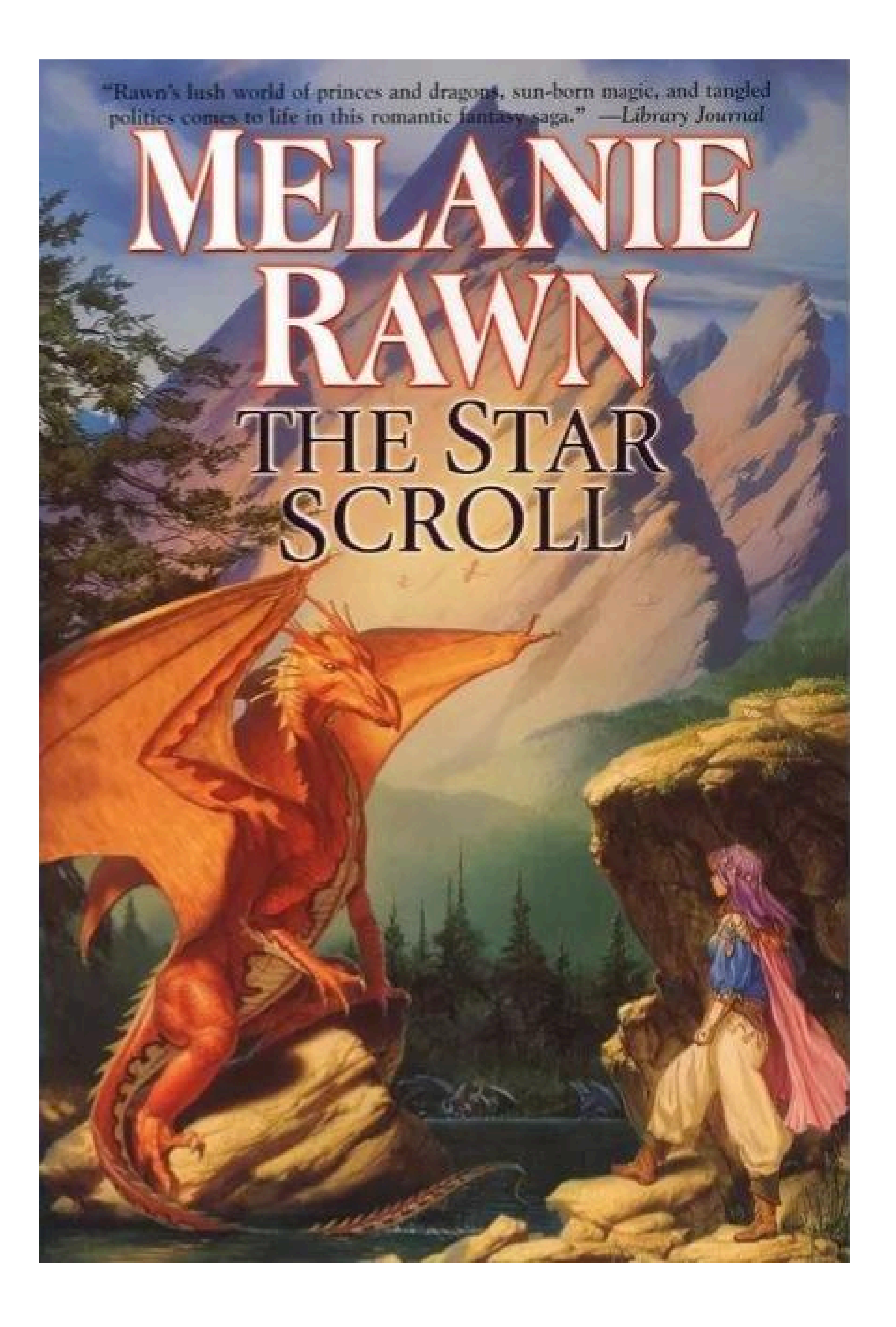

"Rawn's lush world of princes and dragons, sun-born magic, and tangled politics comes to life in this romantic fantasy saga." —Library Journal
MELANIE RAWN
THE STAR SCROLL





W
E
S
Dark Water
Sunrise Water
South Water
Far Islands
Small Islands
Tiron
Balarat
Great Veresch Mountains
Elkrap Manor
Castle Crag
Cunaxa
Tlanth Castle
Tyrlath
Desert
Skybowl
Remagev
Stronghold
Vere Hills
The Long Sand
Radzyn Keep
Fessenden
Princemarch
Meadowlord
Swalekeep
Isel
Kierst
Brochwell Bay
Dorval
Graypearl
Syr
Grib
Ossetia
Goddess Keep
Gilad
Catha Hills
Pyrme River
Faolain River
Catha River

Sobre Melanie Rawn.

Melanie Rawn (nacida en 1954) es una autora estadounidense de literatura fantástica. Se licenció en Historia en Scripps College y trabajó como profesora y editora antes de convertirse en escritora.

Ha sido nominada a los premios Locus en tres ocasiones: en 1989 por Dragon Prince en la categoría de primer novela, en 1994 por Skybowl en la categoría de novela fantástica, y de nuevo en 1995 por The Ruins of Ambrai en la misma categoría. La tercera novela de la trilogía "Exile" está en proceso de publicación desde finales de los 90 debido a que la autora sufre depresión clínica y ha comenzando otros proyectos para facilitar su recuperación. En 2014, Rawn declaró a través del blog de Kate Elliott, autora y amiga junto a la cual escribió Golden Key, que tenía la intención de completar la trilogía tras terminar el quinto libro de la serie Glass Thorns.

Obras de Melanie Rawn.

*Obras que cuentan con traducción.

Dragon Prince

*Dragon Prince (1988)
*The Star Scroll (1989)
Sunrunner's Fire (1990)

Dragon Star

Stronghold (1991)
Dragon Token (1992)
Skybowl (1993)

Exile

The Ruins of Ambrai (1994)
The Mageborn Traitor (1997)
The Captal's Tower (aún sin publicar)

Glass Thorns

Touchstone (2012)
Elsewhens (2012)
Thornlost (2014)
Window Wall (2015)
Playing to the Gods (2017)

Otras Obras

The Golden Key (1996)
Spellbinder (2006)
The Diviner (2011)
Fire Raiser (2009)

Notas del Traductor.

Sobre el carácter de esta traducción.

Soy E. R. Brian, escritor novel aún sin publicar, amante del medio literario y, más específicamente, de la fantasía. Un año atrás leí Dragon Prince tras enterarme de la larga espera detrás de la conclusión de la saga Exile de Melanie Rawn (llevan veintinueve años de espera), y me maravillé con esta autora.

Debo admitir que no soy el fan más acérrimo ni de esta novela ni de esta autora, pues he criticado bastante algunas decisiones creativas detrás de las tres partes que componen esta saga, pero aún así no podía descansar a sabiendas que Melanie Rawn es una autora que no logró trascender al ámbito hispanohablante. Si bien en 1999 su primera novela, Dragon Prince, fue publicada en español bajo el título de El Príncipe Dragón, dar con una versión digitalizada de la misma me ha sido imposible, y la forma en que se publicó (mediante una colección, mezclada entre varios otros autores), daba a estender por sí sola que no habíam intenciones reales de traducir toda la serie. En parte, ese es uno de los motivos por los que hago esta traducción. El segundo motivo fue que a mediados del año 2024 empecé a leer la presente obra, The Star Scroll, pero me vi obligado a abandonarla debido a que el trabajo y la barrera del idioma eran dos problemas que me impedían avanzar. Esta traducción es, por así decirlo, mi forma de darle otra oportunidad a la obra de Melanie Rawn.

Agradezco a mi novia Megan por estar siempre para mí. No hay persona más maravillosa en este mundo, ni tan amable, como Megan. Es la magia encarnada, el verdadero Fuego de un Mensajero del **Sol**. Para ella, mi amor eterno.

Reitero mis intenciones con esta traducción; brindar la posibilidad de que los lectores hispanohablantes se adentren en el mundo de Melanie Rawn mediante la traducción de las tres sagas principales de Melanie; Dragon Prince, Dragon Star y Exile.

Esta traducción no tiene fines de lucro. Está hecha por y para fans, a falta de una versión oficial en español de la saga completa. Si quieren apoyar a la autora, pueden buscar una tienda online y comprar una copia física, en caso de que tal cosa sea posible. Tengan paciencia, Melanie algún día terminará Captal's Tower. No se desesperen.

Espero que la disfruten.

—E. R. Brian, mes de Julio de 2025.

Lista de nombres y sus traducciones.

Stronghold	Stronghold
Skybowl	Cuenco Celestial
Rivenrock	Roca Hendida
River Run	Aguas Dulces
Castle Crag	Castillo del Peñasco
Goddess Keep	Fortaleza de la Diosa
Sunrunner	Mensajero del Sol
Princemarch	Marca del Príncipe
Long Sand	Larga Arena
Whitecliff	Monte Blanco
Kadar Water	Agua de Kadar
Castle Pine	Castillo del Pino
River Ussh	Río Ussh
Swale Keep	Fuerte Cenagoso
Catha Heights	Colinas Catha
Elktrap Manor	Finca Elktrap
Lower Pynne	Bajo Pynne
Sunrise Water	Agua del Amanecer
Far Island	Islas Lejanas
Meadowlord	Prado del Señor
Graypearl	Perla Gris

Para MaryAnne Ford.

The Star Scroll - El Pergamino Estelar

Escrito por Melanie Rawn y traducido por E. R. Brian.

Parte uno

El Pergamino

Capítulo Uno

Perla Gris, el elegante palacio del príncipe Lleyn, un joyero, se alzaba sobre la colina, en un entorno esculpido de exuberante hierba primaveral y árboles en flor. Construido con piedra que brillaba al amanecer y al atardecer con la sutil iridiscencia de la que tomaba su nombre, era una de las pocas residencias principescas que nunca había sido una fortaleza. Nunca se había necesitado arquitectura defensiva en la isla de Dorval, en paz consigo misma y con el continente cercano desde hacía más tiempo del que cualquier bisabuelo podía recordar. Las torres de Perla Gris habían sido diseñadas para la belleza, no para la guerra.

Los jardines se extendían en terrazas curvas con vistas a un pequeño puerto donde los barcos zarpaban en temporada para cosechar los lechos de perlas. Un pequeño ejército de jardineros impedía que la exuberante vegetación primaveral de flores, hierbas y árboles se descontrolara, pero nadie podía imponer un orden similar al chico que corría intrincadamente entre los rosales, pateando una pelota de piel de ciervo. Era un joven delgado, bastante pequeño para sus catorce inviernos. Pero sus largos huesos prometían altura y se movía con una agilidad que los escuderos mayores lamentaban en juegos de habilidad con cuchillos sin filo y espadas de madera. Su cabello rubio oscuro coronaba un rostro ovalado y astuto, cuyo rasgo más vívido eran unos ojos grandes y finos que cambiaban del azul al verde según su humor y el color de su ropa. Era un rostro ágil, inteligente y sensible, con su dosis inherente de orgullo óseo, que se hacía más visible a medida que sus rasgos perdían su redondez infantil. Pero nada en él sugería que fuera algo más que un escudero acogido en la corte del príncipe Lleyn para su entrenamiento, liberado de sus deberes vespertinos y jugando alegremente solo en los jardines. Ciertamente, nada indicaba que fuera el hijo único del Alto Príncipe, destinado a heredar no solo las tierras del Desierto de su padre, sino también las de Marca del Príncipe.

La princesa Audrite, esposa de Chadric, heredero de Lleyn, observaba al niño con una sonrisa indulgente. Sus propios hijos se habían ido a otras cortes, igual que este joven, y habían regresado como caballeros diestros en todas las gracias; ya no eran sus pequeños. Dejó escapar un suspiro por haberse perdido sus años de crecimiento, pero otros jóvenes habían llenado su tiempo y, algunos de ellos, parte de su corazón. Maarken, el hijo mayor de Lord Chaynal de Radzyn y primo del niño que jugaba en los jardines, había sido uno de sus favoritos, con su mente ágil y sus sonrisas radiantes. Pero este príncipe dorado que observaba ahora era especial. Estaba hecho de aire y luz, con un temperamento como un fogonazo en la madera seca del verano y una vena de travesura que más de una vez lo había metido en problemas. De hecho, no debería haber sido excusado de sus deberes como los demás escuderos esta tarde, pues aún le debía copiar cien versos después de una fechoría del día anterior en las cocinas, algo que implicó una gran cantidad de pimienta y la explosión de una vejiga de pescado. No estaba segura de querer saber los detalles. El joven Pol tenía una mente ingeniosa, y Audrite rió entre dientes a pesar suyo. Había elegido el castigo más apropiado: seleccionar poesía para que él la copiara; si le hubiera dado cien problemas matemáticos, los habría resuelto en un abrir y cerrar de ojos y no lo habría considerado castigo alguno.

La princesa se sacudió su fino vestido de seda y se sentó en un banco, sin querer interrumpir el juego de Pol hasta encontrar las frases adecuadas para lo que tenía que decirle. Pero de repente, la pelota de cuero de ciervo pasó disparada junto a ella, impulsada por una patada entusiasta, y el chico patinó hasta detenerse ante ella. Sorprendido por su presencia, le dedicó una reverencia digna del más elegante de los jóvenes señores.

—Disculpe, mi señora. No quería molestarla.

—No te preocupes, Pol. De hecho, vine a buscarte y pensé en sentarme un rato a la sombra. Hace bastante calor esta primavera, ¿verdad?

Pol aún no dominaba la conversación educada como para seguir su ejemplo y hablar del tiempo.

—¿Tiene noticias, mi señora?

—Tu padre ha pedido permiso para alejarte de nosotros por un tiempo —Audrite optó por ser tan directa como él—. Quiere que regreses a tu hogar en Stronghold, pasando por Radzyn, y luego al Rialla con él y tu madre.

La emoción brilló en el joven rostro.

—¿A casa? ¿En serio? —Entonces, dándose cuenta de que su reacción podría ser malinterpretada, se apresuró a continuar— Es decir, me gusta estar aquí y os echaré de menos a ti, a mi señor Chadric y a mis amigos...

—Y nosotros te echaremos de menos, Pol. —Audrite sonrió, comprensiva—. Pero te traeremos de vuelta a Perla Gris con nosotros después del Rialla para que puedas continuar tu entrenamiento. Es inusual, ya sabes, que a un escudero se le conceda un descanso del trabajo que debe realizar para convertirse en caballero de espada, pero también de modales. ¿Crees que lo que has aprendido hasta ahora es suficiente para mantener la reputación del príncipe Lleyn?

Pol le dedicó una sonrisa alegre.

—Si no lo es, ¡entonces mi padre sabrá que es culpa mía, no de nadie más!

—Sí —Audrite le devolvió la sonrisa—, recibimos una larga carta sobre ti cuando llegaste con nosotros.

—Pero entonces era solo un niño —le aseguró, olvidando alegremente la transgresión del día anterior—. No haré nada que avergüence a nadie. Ya he superado todo eso. —Hizo una pausa, mirando el mar que se extendía a lo lejos—. Excepto que... tendré que cruzar el agua, ¿no? Intentaré portarme mejor que la primera vez.

La princesa le alborotó el pelo rubio.

—No hay nada de qué avergonzarse, Pol. De hecho, deberías estar orgulloso. Todos los Mensajeros del Sol pierden su dignidad junto con el desayuno cuando cruzan el agua.

—Pero soy un príncipe, y debería controlarme mejor. —Suspiró—. En fin. Una vez para ir a Radzyn y otra para volver; supongo que no será tan malo.

—Hay un barco de seda que sale en dos días hacia el puerto de Radzyn, y el príncipe Lleyn te ha reservado un lugar. Enviará a Meath para que te haga compañía.

Pol hizo una mueca a medio camino entre una sonrisa y una mueca.

—¡Entonces podremos vomitar juntos!

—¡Estoy convencida de que es la forma en que la Diosa te mantiene humilde! ¿Por qué no subes ahora y empiezas a empacar?

—Lo haré, mi señora. Y mañana… —Dudó, y luego continuó:— ¿Podría bajar al puerto a buscar regalos para mi madre y la tía Tobin? He ahorrado casi todo lo que mi padre me ha enviado desde que llegué, así que tengo dinero suficiente.

Tenía el instinto adecuado; ya era generoso y atento a la hora de complacer a las damas. Esa cara y esos ojos romperían corazones antes de que fuera demasiado mayor, reflexionó Audrite, y disfrutó de la idea de que ella estaría presente para observar.

—Tú y Meath pueden excusarse mañana. Pero creo recordar que primero tienen que terminar un proyecto para mí. ¿Cuántas líneas eran?

—¿Cincuenta? —preguntó esperanzado, y luego suspiró— Cien. Los tendré listos para esta noche, mi señora.

—Si no los tengo en mis manos hasta mañana por la noche, lo entenderé —sugirió ella, ganándose otra de sus amplias sonrisas y una reverencia de agradecimiento. Luego corrió de vuelta a las terrazas hacia el palacio.

Audrite pasó unos momentos más disfrutando de la sombra antes de abandonar también los jardines. Sus pasos eran ágiles y enérgicos mientras subía; su pasión por la equitación la había mantenido esbelta y ágil durante sus cuarenta y nueve inviernos. Abrió la verja que conducía al enclave privado y se detuvo a admirar el oratorio que se alzaba como una gema brillante entre los jardines. Se decía que el de Castillo del Peñasco, una cúpula de cristal construida en la ladera de los acantilados, era el más espléndido de los trece principados, pero no podía imaginar nada más hermoso que este oratorio de Perla Gris, y no solo porque había tenido mucho que ver en su construcción.

Se habían extraído columnas de piedra tallada de una torre del homenaje abandonada al otro lado de la isla para sostener muros de madera clara y brillantes vidrieras. El techo de madera pintada se elevaba a lo alto, salpicado de pequeñas ventanas transparentes con un patrón irregular que parecía aleatorio, pero no lo era. Podría decirse que el oratorio era en realidad un templo: iluminado por el Fuego del sol y la luna, abierto al Aire, construido con los elementos de la Tierra y rodeado por un arroyo que irrigaba los jardines. Audrite cruzó la pequeña pasarela y se interpuso entre las columnas, conteniendo la respiración como siempre ante la belleza del lugar. Era como entrar en un arcoíris. Y si estar allí, abrazada por todos los colores del mundo, fue una experiencia conmovedora para ella, debía ser casi un éxtasis para farad-h'im.

El techo había sido lo más difícil de reconstruir. Algunos de sus soportes habían sido demolidos, y Audrite había tardado años en estudiar para discernir la ubicación correcta de las ventanas. El suelo de baldosas había sido cuidadosamente levantado de la tierra y la hierba crecida al otro lado de Dorval, y estaba marcado con varios símbolos de las estaciones e indicaba la posición y las fases de las tres lunas en cualquier noche del año. Audrite había pasado años comprobando su precisión, y bajo su dirección se habían fabricado varias baldosas nuevas para reemplazar las desgastadas o rotas hacía tiempo en la otra fortaleza. Sus cálculos sobre la relación exacta entre el techo y las baldosas, y las observaciones de los Mensajeros del Sol de Lleyn, Meath y Eolie, habían asombrado a todos. Pues el diseño original de este oratorio había sido correcto hasta el más mínimo matiz.

Veintiún años atrás, el príncipe Lleyn supo por Lady Andrade —quien gobernaba la Fortaleza de la Diosa y todos los Mensajeros del Sol— que el castillo abandonado había pertenecido antaño a los faradh'im. Se habían extraído piedras de allí durante siglos para construir otros lugares, incluyendo Perla Gris, pero a su regreso del Rialla ese otoño, se inició una excavación a fondo. Esta obra maestra había sido su hallazgo más importante, salvo uno. Audrite caminó con suavidad sobre las baldosas de verano, sonriendo ante la belleza del oratorio y la alegría de comprenderlo. La estructura había vuelto a ser lo que debía ser: el calendario más extraordinario de todos los principados.

Oyó pasos en la pasarela y se giró. Meath entró en el oratorio y saludó con una reverencia.

—Lunas llenas esta noche —dijo, sonriendo al compartir su alegría por el conocimiento.

—Puedes usarlos para contactar con la princesa Sioned —contestó Audrite.

—¿Has hablado con Pol, entonces?

—Sí. Tendré que darte mis notas sobre los pergaminos. —Frunció ligeramente el ceño—. Meath, ¿crees que es prudente dárselos a Andrade ahora? Es muy mayor. Puede

que no tenga tiempo de descubrir su significado, y también puede que la próxima Señora o Señor de la Fortaleza de la Diosa no use el conocimiento con sabiduría.

El faradhi se encogió de hombros y extendió las manos; los anillos brillaban a la luz del sol.

—Estoy convencido de que nos sobrevivirá a todos, aunque solo sea por pura maldición. —Sonrió y negó con la cabeza—. En cuanto a lo otro, estoy de acuerdo en que es un riesgo. Pero prefiero que Andrade examine los pergaminos ahora y decida qué hacer con ellos que esperar a ver quién gobierna la Fortaleza de la Diosa.

—Tú fuiste quien los encontró —dijo lentamente—. He ayudado con todas las palabras que he podido, y, la Diosa sabe, no había mucho que pudiera entender del todo —añadió con pesar—. Pero la responsabilidad por ellos es tuya.

—Bueno, es cierto que los saqué de entre los escombros, pero preferiría no tener que elegir qué hacer con ellos. Si son tan importantes como sospechamos, entonces es un conocimiento que no estoy cualificado para manejar. Prefiero ver los pergaminos en manos de Andrade, no en las mías. Ella los entenderá y los usará, o los destruirá si son demasiado peligrosos.

Audrite asintió.

—Pasa por mi biblioteca más tarde esta noche y te daré mis notas.

—Gracias, mi señora. Andrade lo agradecerá, lo sé. —Volvió a sonreír—. ¡Ojalá pudieras estar allí para ver su rostro!

—Yo también. Solo espero que la impresión no sea demasiado grande para ella.

Tras copiar y entregar a la princesa Audrite los cien versos, Pol quedó libre a última hora de la mañana para cabalgar hacia el puerto con Meath. Las tiendas se apiñaban a lo largo de la estrecha calle principal del pueblo, con productos no tan variados como los del principal centro de embarque de Dorval, costa abajo, o los del puerto de Radzyn. Pero allí se podían encontrar cosas interesantes: artesanías autóctonas de la isla que no se vendían mucho en otros lugares: pequeños objetos hechos con retazos de seda, joyas ingeniosamente elaboradas para ocultar defectos en perlas no aptas para el mercado general. Pol y Meath ataron sus caballos frente a una posada junto al muelle donde planeaban almorzar más tarde y pasearon por la calle mirando escaparates.

Todos los comerciantes conocían a Pol, por supuesto, y tenían dos posturas a la hora de venderle cosas. Algunos, conscientes de la gran riqueza de su padre, ofrecían precios exorbitantes con la esperanza de apropiarse de una parte de esa riqueza. Otros, más preocupados por el favor real, subestimaban sus productos en un descarado intento por conseguir el patrocinio de Pol. El joven príncipe solía echar un vistazo por las ventanas y luego consultaba con sus compañeros el precio justo de los artículos que le llamaban la atención antes de comprar. Paciente durante el primer y el segundo recorrido por la calle, Meath finalmente le preguntó a Pol si pensaba pasar todo el día allí. Una tercera inspección fue todo lo que el Mensajero del Sol soportó; ordenó al muchacho que regresara a la posada a buscar comida.

El príncipe Lleyn no toleraba a los marineros rufianes en ese puerto. Los desalentaba en otros lugares, naturalmente, pero aquí, en los límites de su palacio, estaban prohibidos. Así pues, todo lo que atendía a estos hombres —tabernas donde se servían bebidas fuertes y las peleas eran comunes, alojamientos de mala reputación donde se acostaban entre viajes, y las mujeres con las que dormían— había desaparecido del pequeño puerto de Perla Gris. La ley garantizaba la paz doméstica y la seguridad de los residentes, así como de los jóvenes de alta cuna que llegaban a Dorval como escuderos, y el propio anciano

príncipe se aventuraba a menudo al puerto para comer o disfrutar de un paseo al aire libre. La posada que Meath eligió era una que Lleyn le había presentado años atrás, un establecimiento limpio y alegre, perfectamente seguro para el heredero del Alto Príncipe. Pero incluso si no lo hubiera sido, la gran estatura de Meath, sus anchos hombros y sus anillos de faradhi habrían garantizado la seguridad de Pol.

—¡Saludos de la Diosa, Mensajero del Sol! ¡Y también para el joven amo! —El posadero, llamado Giamo, salió de detrás del mostrador e hizo una reverencia antes de acompañarlos a una mesa— ¡Es un honor servirles a ambos! Hoy tenemos un asado frío exquisito, pan recién horneado y las primeras bayas de la temporada, tan dulces que no necesitan miel encima, ¡aunque mi esposa, como le gusta, se las pone de todas formas! ¿Les parece bien?

—Perfectamente —dijo Meath con un suspiro de felicidad—. Puedes añadir una jarra para mí y algo apropiado para mi amigo.

Pol le dirigió una mirada de profundo reproche, y cuando el posadero fue a buscar la comida, dijo:

—¿Qué es *apropiado* para mí? ¿Un vaso de leche? ¡No soy un bebé, Meath!

—No, pero tampoco lo suficientemente alto ni corpulento para una pelea con la cerveza que Giamo elabora. ¡No con poco más de catorce inviernos! Agrégales unos dedos de altura y algo de carne, y luego ya veremos. —Meath sonrió—. Además, solo me falta que tu madre me recrimine por dejarte emborrachar.

Pol hizo una mueca y luego centró su atención en los demás clientes de la posada. Había algunos pescadores de perlas, fácilmente identificables por sus cuerpos delgados y ágiles, sus músculos pectorales bien desarrollados y las cicatrices en sus manos de extraer conchas de las grietas de las rocas. La piel curtida por el mar y la sal había palidecido un poco durante los meses de invierno, pero pronto volverían a estar en sus pequeños botes, bronceados de pies a cabeza por el sol de verano durante la cosecha anual. Los escuderos de Lleyn a menudo disfrutaban del placer de un día de navegación en las calas de perlas, pero Pol no. La primera vez que vio esos pequeños barcos de fondo plano meciéndose suavemente en sus amarres, sintió unas náuseas humillantes.

En un rincón de la sala, un par de mercaderes regateaban amablemente su comida, con retazos de seda sobre la mesa entre ellos. Un muchacho cortejaba a una guapa joven que estaba cerca, olvidando su almuerzo mientras le susurraba al oído y la hacía reír a carcajadas. Cerca de la puerta estaban sentados cinco soldados, cuatro hombres y una mujer de mediana edad, todos vestidos con arneses ligeros pero sin espadas, según la ley local. Vestían las túnicas rojas lisas y la insignia blanca de la vela del príncipe Velden de Grib.

—¿Meath? —preguntó Pol en voz baja— ¿Qué hacen en Perla Gris?

—¿Quiénes? —miró a su alrededor— Ah, ellos. El embajador de Gribain llegó esta mañana. Algo sobre organizar el comercio de la seda.

—Pero hay un tratado desde siempre que dice que toda la seda pasa por Radzyn.

—Bueno, pueden intentar convencer a Lleyn, ¿no? Pero no creo que lleguen a nada. No me preocuparía demasiado por los ingresos de tu tío, ni por los tuyos —terminó bromeando.

—Dorval puede hacer lo que quiera con sus sedas… —dijo, irritado.

—¿Siempre que el Desierto vea las ganancias? —Meath rió y luego levantó una mano para apaciguarlo al ver brillar sus ojos azul verdosos—. Lo siento. No pude resistirme.

—Hablaba de tratados y leyes, no de ganancias —dijo Pol con severidad.

—Creo que descubrirás que esas cosas son flexibles a la hora de ganar dinero.

—No desde que mi padre es Alto Príncipe —afirmó—. La ley es la ley, y él se encarga de que se cumplan.

—Bueno, todo esto va más allá de un simple Mensajero del Sol como yo, su excelencia —dijo Meath, apenas controlando otra sonrisa.

Giamo llegó con una bandeja y les colocó dos enormes platos de comida: una jarra de cerveza para Meath y una copa de cristal fironés llena de un líquido transparente, de color rosa pálido, que espumeaba suavemente con burbujas doradas. Pol dio un sorbo bajo la atenta mirada de su anfitrión y sonrió encantado.

—¡Maravilloso! ¿Qué es?

—De mi propia elaboración —respondió Giamo, complacido—. La sidra más delicada y refinada, apenas ruborizada"

—Sabe igual que la mismísima primavera —dijo Pol—. Y me honra la copa en la que se sirve.

—El honor es de mi esposa —respondió Giamo con una reverencia—. No todas las mujeres pueden decir que un señor tan importante ha comido en su mesa y bebido de su posesión más preciada.

—Si no está muy ocupada, quizás pueda visitarla en la cocina y darle las gracias

—Después de que hayas terminado de comer en paz —sonrió Giamo—. Mi buena esposa Willa podría hablarle a un dragón hasta que este perdiera la cola.

Mensajero del Sol y príncipe se abalanzaron sobre la comida. El apetito saludable de un niño en crecimiento y un hombre grande y activo requería repetir; Meath pidió una tercera porción de carne y pan de hojaldre, y Pol lamentó sinceramente estar demasiado lleno para hacer lo mismo. Se demoró en un plato de bayas glaseadas con miel y bebió un sorbo de sidra, preguntándose si podría convencer a Giamo de que le regalara una botella a su madre, quien adoraba los vinos finos.

Los pescadores de perlas se habían ido, reemplazados por un trío de carpinteros de ribera que venían a disfrutar de unas jarras de cerveza. El joven y la joven estaban siendo objeto de burlas por parte de los dos comerciantes de seda; Pol sonrió para sí mismo mientras la pareja se sonrojaba. En unos años, él sería el que estaría allí, disfrutando de la compañía de una dama encantadora. Pero no tenía prisa.

Satisfecho por fin, Meath se recostó con la jarra en la mano, listo para volver a conversar.

—No dijiste si había algo en las tiendas que te gustara lo suficiente como para comprarlo.

—Bueno... las zapatillas de seda verde eran bonitas, y ese peine de concha de perla. Pero el príncipe Chadric me dijo que un hombre nunca debería comprar un regalo para una dama a menos que lo mire y pueda verla usándolo.

El Mensajero del Sol rió.

—Una excelente política, y sin duda la razón por la que Audrite siempre está tan guapa.

—Podrías probar su consejo con esa nueva criada del ala oeste —dijo Pol, con los ojos abiertos e inocentes—. He oído que no has tenido mucha suerte hasta ahora.

Meath se atragantó con un trago de cerveza.

—¿Cómo supiste de...?

Pol se limitó a reír.

Willa, la esposa de Giamo, salió entonces de la cocina, limpiándose las manos en el delantal y con la evidente intención de recibir cumplidos de su distinguido invitado. Los comerciantes se habían levantado para irse, todavía discutiendo amablemente sobre la seda.

—¡Oh, Rialt, eres terrible! —chilló la jóven en respuesta a una ocurrencia de su compañero; los carpinteros de ribera rieron en respuesta y alzaron sus copas en su honor.

Todo era una cálida alegría, hasta que uno de los soldados de repente empujó su silla hacia atrás y se puso de pie de un salto, gruñendo una diferencia de opinión que hizo girar todas las cabezas en la sala. Meath vio el destello del acero y se levantó, su robusta figura se colocó instintivamente entre los soldados y Pol. Los mercaderes, atrapados entre su mesa y los furiosos Gribain junto a la puerta, lanzaron una mirada de súplica frenética al Mensajero del Sol, y este asintió para tranquilizarlos.

—Vamos —dijo Meath con indiferencia—. Pueden resolver esto afuera, ¿no?

Normalmente, su altura, la anchura de sus hombros y sus anillos, lo dejaban claro. Pero estos eran soldados experimentados, furiosos y resentidos ante cualquier interferencia, incluso la de un faradhi. El barbudo que parecía haber iniciado la pelea gruñó.

—No es asunto tuyo, Mensajero del Sol.

—Guarda el cuchillo —respondió Meath, con una voz menos agradable. Los mercaderes intentaban pasar sigilosamente, con muestras de seda crujiendo en sus manos apretadas, y la chica se había encogido en su silla.

Willa avanzó con las manos en las caderas.

—¿Cómo te atreves a amenazar la paz de esta posada? —reprochó— Y en presencia de…

Meath la interrumpió antes de que pudiera mencionar a Pol.

—Salgan de aquí antes de que cometan un grave error, amigos míos.

La mujer —su capitana, a juzgar por el colgante en su garganta— desenvainó su propio cuchillo.

—Tienes una boca ruidosa y ofensiva, faradhi. Y te equivocas al usar ese tono con los miembros de la guardia del príncipe Velden.

El hombre barbudo levantó su cuchillo en una clara amenaza; la luz del sol que entraba por las ventanas se volvía plateada ante la hoja, y la esposa del posadero gritó una protesta. Los mercaderes intentaron desaparecer tras un par de sillas. Y el cuchillo, a través de un silencio abrupto, se dirigió al pecho de Meath.

—¡No! —gritó una voz joven.

Meath se apartó fácilmente del alcance del cuchillo mientras una fuente de Fuego de Mensajero del Sol se alzaba desde el centro de la mesa de los soldados. Gritaron y retrocedieron de un salto, y, en ese precioso instante de sobresalto, Meath se abalanzó sobre ellos. Estrelló a dos contra la pared y empujó a la mujer contra los aterrorizados mercaderes. Rialt se zafó de la mano que su novia le agarraba, se puso de pie de un salto y se abalanzó sobre el soldado barbudo. Los tres carpinteros de ribera, con sus musculosos torsos apenas cubiertos por camisas finas, apuraron el último sorbo de cerveza antes de unirse a la pelea.

Al final, Meath tenía la mandíbula dolorida y un corte superficial en el brazo. Nada de eso le impidió volcar una mesa encima del Gribain, quien cometió la insensatez de no quedarse donde Rialt lo había pateado. Dos de los carpinteros de ribera sujetaban a un segundo soldado para que Rialt pudiera recibir los golpes que quisiera; Willa estaba atando a la mujer inconsciente con servilletas anudadas. El cuarto soldado se había estrellado de cabeza contra la chimenea de ladrillo; el quinto estaba despatarrado en el suelo, y el carpintero de ribera, sentado tranquilamente sobre la espalda del Gribain, miró a Meath con una sonrisa.

—¡Muchas gracias por el entretenimiento, mi señor Mensajero del Sol! ¡No me había divertido tanto desde que trabajé en el otro puerto!

—Un placer —respondió Meath, y buscó a Pol con la mirada. El chico le estaba sirviendo cerveza a la chica pálida. Estaba ileso, y Meath sintió un ligero alivio en las rodillas. No quería pensar en lo que le habría dicho a Sioned si su hijo hubiera resultado herido.

Giamo subió resoplando las escaleras del sótano y lanzó un grito de asombro. Meath le dio una palmadita en el hombro.

—Todo arreglado. Pero me temo que hemos dejado tu habitación hecha un desastre. —Bajó la mirada mientras unas manos expertas se ponía manos a trabajar en su brazo herido—. No es nada —le dijo a Willa.

—¿Nada? —Ella resopló y se ató la venda que había hecho con tiras arrancadas de su delantal— ¡Nada que podría haber significado una muerte en mi casa, eso es lo que es nada! Ahora, averigua quiénes son estos rufianes y qué traman mientras yo busco un buen vino fuerte para reponer la sangre que has perdido.

Meath estuvo a punto de protestar diciendo que solo era un rasguño, pero entonces recordó el glorioso vino que el príncipe Lleyn le había ofrecido en esa misma posada el otoño pasado. Asintió con entusiasmo y Willa resopló de nuevo.

Había más heridos entre los muebles y la vajilla que entre las personas implicadas. Rialt tendría el hombro dolorido durante unos días, y la dignidad de los mercaderes había quedado más magullada que sus traseros. Meath enderezó una silla volcada, comprobó su solidez y señaló a la comandante Gribain, sentada en el suelo con las manos atadas a la espalda.

—Toma asiento —la invitó.

Torcida y torpemente, obedeció. Su túnica roja era un poco más oscura en un hombro, pero Meath consideró que la herida era superficial. De sus compañeros, tres tendrían fuertes dolores de cabeza y el otro no podría caminar completamente erguido durante un tiempo. Tras asegurarse de su relativa buena salud, Meath se quedó de pie ante su capitán con los brazos cruzados, indiferente a su arrogante exigencia de ser liberada al instante.

—Capitán —le dijo—, no me importa que montes guardia frente a la alcoba del príncipe Velden mientras él mima a su esposa. Conoces la ley aquí.

—Era un asunto privado entre mis hombres y yo —espetó ella—. No tienes derecho...

—Tengo el derecho de cualquier hombre o mujer a asegurarme de que se cumpla la ley. Quiero varias cosas, y las quiero ahora: tu nombre, el de tus hombres y el motivo de este ultraje a la paz del príncipe Lleyn. Y luego podrás disculparte y reparar el daño causado a quienes has ofendido hoy.

—¡Disculpas! —Contuvo la respiración y lo fulminó con la mirada.

Meath bajó la mirada mientras Pol tiraba de su manga.

—¿Qué ocurre?

—He enviado a Giamo a buscar a la patrulla. Deberían llegar pronto.

—Bien pensado. Gracias. —El chico estaba un poco pálido, pero parecía controlarse perfectamente—. ¿Estás bien?

—Bien. Pero no creo que esto fuera un simple desacuerdo —añadió pensativo—. De hecho, estoy seguro de que el de la barba lo empezó a propósito.

Meath casi temía saber por qué. Tampoco esperaba una explicación sobre cómo Pol había conjurado el Fuego. Meath y Eolie nunca le habían enseñado cómo. Quizás Sioned sí lo había hecho antes de que Pol se marchara de Stronghold, pero Meath lo dudaba. Pol se lo habría dicho.

El faradhi bajó la mirada hacia sus ojos claros.

—¿Por qué empezaría una pelea? —preguntó en voz baja.

—Porque quería matarme. —Pol se encogió de hombros—. Rialt le impidió lanzar su segundo cuchillo. Estabas ocupado con los demás y no lo viste. Pero tampoco te apuntaba a ti la primera vez. Iba tras de mí.

No era natural que un chico de catorce años hablara con tanta calma de esas cosas. Meath empezó a rodearle los hombros con el brazo, pero Pol se escabulló y se dirigió a la puerta del sótano, donde Willa acababa de aparecer con jarras de vino de barro. Pol se apoderó de una y dio un largo trago, luego la ayudó a servir el resto. Meath bebió el contenido de su jarra de dos tragos y luego se acercó al hombre que yacía atrapado e inconsciente bajo la mesa volcada.

No destacaba en ningún aspecto: altura, peso, color de piel, rasgos, y esa misma simpleza indicaba peligro. ¿Quién se fijaría en este hombre, si no fuera por el uniforme y la barba? Sin embargo, ambos eran demasiado fáciles de identificar, y Meath no pudo evitar preguntarse sobre ellos. Incluso si Velden de Grib hubiera tenido una razón de peso para matar a Pol, Meath no podía creer que alguien fuera tan estúpido como para enviar a un asesino vestido con los colores de su propio principado, a menos que contara con que todos asumieran que nadie sería tan estúpido. Los planes intrincados le causaban dolor de cabeza a Meath. Y podía oírse a sí mismo acusando a un príncipe gobernante de intento de asesinato. Era mucho más fácil absolver a Velden de complicidad y decidir que el uniforme era una protección prestada, lo que le daba al asesino acceso a Perla Gris como parte de la suite Gribain, y que la casualidad colocaba a los soldados allí en la posada al mismo tiempo que Pol.

Además, estaba la barba, un disfraz que podía desecharse casi con la misma facilidad que el uniforme. Meath se agachó para observar el rostro del hombre.

—¿Qué buscas? —preguntó Pol por encima del hombro.

—No estoy seguro —admitió Meath—. No creo que haya tenido la barba muy larga. Es irregular y no le ha crecido lo suficiente como para recortarla con cuidado. Y esa zona de la barbilla está prácticamente calva.

El chico se arrodilló y se tocó la barba. Cuando cruzó la mirada con el Mensajero del Sol, la suya estaba atormentada.

—Mérida —susurró.

—Imposible. Fueron prácticamente exterminados el año en que naciste. Walvis los consiguió en la Batalla de Tiglat.

—Mérida —repitió Pol con terquedad—. La cicatriz está en su barbilla justo donde debe estar. Son asesinos entrenados. ¿Y quién más querría matarme?

Meath oyó por fin que la reacción comenzaba cuando la voz de Pol se alzó ligeramente, y ayudó al chico a ponerse de pie. Tomó otra copa de vino de la bandeja sobre la mesa y se la dio a Pol después de sentarlo firmemente en una silla. Rohan había enviado a su hijo a Dorval por su seguridad, con el acuerdo de que Meath, amigo de Sioned desde sus días de estudiantes en la Fortaleza de la Diosa, actuaría como guardaespaldas siempre que el chico no estuviera en las inmediaciones de Perla Gris. Las manos de Meath temblaban al pensar en lo que podría haber sucedido allí hoy.

Pol había recuperado el color y la compostura. Felicitó a los comerciantes y carpinteros de ribera por su destreza en la lucha, hablando con la naturalidad de si se hubiera tratado de una simple pelea de taberna, no de un intento de matarlo. Pero el despreocupado escudero de Lleyn había desaparecido, reemplazado por un joven que ahora sabía cuánto valía su muerte. Rohan y Sioned descubrirían que su hijo había dado un gran paso hacia la madurez en cuestión de segundos. Ya se conocía la identidad de Pol; mientras agradecía a Rialt su rapidez, la reverencia que recibió pareció avergonzarlo. Esto tranquilizó a Meath por

razones que no comprendió de inmediato. La patrulla llegó y Meath se alegró de entregarles a los prisioneros. Serían llevados ante el príncipe Lleyn; ansiaba oír las explicaciones del Mérida.

—Siento mucho los daños —le decía Pol a Giamo—. Y tu copa se rompió. Encontraré una de repuesto en el Rialla, te lo prometo.

—¿Mi copa? —exclamó Willa— Gran Diosa, protégenos, ¿qué es una copa tan tonta? Si tu Mensajero del Sol no hubiera invocado el Fuego y los hubiera asustado tanto, ¡se habría roto más que mi copa y algunos muebles!

Pol no corrigió su impresión de que el Fuego había sido obra de Meath.

—Bueno, de todos modos, conseguirás otro cristal fironés cuando regrese este otoño.

Uno de los mercaderes se aclaró la garganta.

—Bien dicho, su excelencia. Pero discrepo con la buena Willa. Fue tu grito lo que los distrajo y probablemente lo que me permitió conservar no solo mi sangre, sino la vida. Puede que ser valiente sea el deber de un príncipe, pero el coraje siempre merece una recompensa.

—Sabemos que no aceptaría nada para sí mismo —dijo su compañero—. Pero venga a nuestros almacenes cuando tenga tiempo y elija lo que le apetezca que se adapte a la famosa belleza de su señora madre.

Pol inició una protesta, pero Meath lo interrumpió con suavidad:

—Eres muy generoso, y en nombre de la Alta Princesa Sioned, aceptamos.

Negarse habría sido una ofensa, y Pol aún no sabía lo suficiente sobre ser un príncipe como para comprenderlo. Era propio de la mayoría de la gente creer que los nobles eran especiales, más valientes y mejores que la gente común. Se debía confiar en ellos para gobernar los principados y las posesiones, y si no eran mejores, ¿qué esperanza había? Un tributo de seda fina simbolizaría la creencia con la misma seguridad con la que Willa encontraría justificación en su nueva copa. El instinto de Pol lo había guiado correctamente, aunque aún no comprendiera que hacía algo mucho más importante que restituir algo roto.

Pero sí sabía lo suficiente como para seguir el ejemplo de Meath.

—Gracias. Mi madre te lo agradecerá mucho. ¿Estarás en Waes este año para verla luciendo tu seda?

—Ni los dragones podrían mantenernos alejados, su excelencia. —La pareja le dedicó una elegante reverencia, y Pol sonrió. Solo Meath vio el breve destello de diversión en los ojos azul verdosos.

Más tarde, de regreso a Perla Gris, Meath se mordió la lengua y se preguntó cómo explicárselo al príncipe Lleyn. Los acontecimientos en sí eran bastante sencillos, pero le preocupaban los Mérida y la invocación del Fuego. A mitad de la colina, miró a Pol y dijo:

—Sabes, probablemente había maneras más fáciles de ahorrarte el gasto de comprarle un regalo a tu madre.

—¿Esa es la historia que vas a contarle?

—Puede que sí. Pero en realidad estoy pensando en tu pequeña exhibición de Fuego. Ah, no me quejo, claro. Se asustaron y por eso no lucharon bien. Y ni siquiera dejaste marcas de quemadura en la mesa —aprobó.

—Quizás Lady Andrade me dé mi primer anillo —respondió Pol con ligereza.

_Y quizá sea mejor que me digas quién te enseñó a hacer eso —dijo Meath, serio.

—Nadie. Solo… necesitaba distraerlos, y me pareció la mejor manera.

Meath miró fijamente el camino entre las orejas de su caballo.

—Tienes la herencia de ambos lados, así que supongo que no es de extrañar que te dejaras llevar por tus instintos. —Frenó bajo la sombra de un árbol, y Pol hizo lo mismo.

Meath lo miró directamente a los ojos, sosteniendo su mirada con deliberada intención—. ¿Tengo que decirte lo peligrosos que pueden ser tus instintos, mi príncipe?

El uso del título en lugar del nombre hizo que Pol tragara saliva. Pero no podía apartar la mirada de Meath. El Mensajero del Sol especuló sobre cuánto tiempo podría influir en Pol de esa manera. Era algo que todos los faradh'im aprendieron de Lady Andrade durante el entrenamiento, esa concentración absoluta que cautivaba a otro con la misma seguridad con la que un dragón puede atravesar una oveja o un ciervo con una sola mirada. Sosteniendo la mirada de Pol, se dio cuenta de que, a pesar de su color, los ojos del chico no tenían nada de marino. Había en ellos el cielo del Desierto iluminado por el sol, de un azul infinito como los ojos de su padre; también había esmeraldas, brillantes como la que su madre llevaba en el dedo, del color de la luz de la luna a través de una hoja. Pero no era el mar, no para este hijo del Desierto.

Meath alzó las manos para que sus anillos reflejaran la luz que se filtraba a través de la sombra que las cubría.

—Mi padre era herrero en Gilad, y mi madre era hija de un pescador que odiaba la vista del mar. De ella recibí los dones que me convirtieron en faradhi. El primero de estos anillos es para invocar el Fuego. Me llevó tres años de entrenamiento obtenerlo. Pasé de los veinte cuando fui digno de mi cuarto anillo, y dos años más que eso cuando recibí el quinto y el sexto. Puede que tengas más del don que yo, pero también tienes más que perder con él que yo.

—¿Más que perder? —Pol frunció el ceño, desconcertado— ¿No querrás decir más que ganar?

—No —dijo Meath con dureza—. Naciste con dos tipos de poder. Eres un príncipe y un día serás un Mensajero del Sol.

—¿Y podría perderlo todo? ¿Es eso lo que quieres decir? —susurró el chico, con los nudillos blancos aferrados a las riendas— Meath...

—¿Sí? —Bajó las manos hasta el cuello del caballo.

—Tienes razón en asustarme con eso. ¿Hiciste lo mismo con Maarken?

—Sí. —Conscientemente, renunció al control de los ojos verdeazulados y la cabeza rubia agachó la cabeza. Meath sabía que esta lección debería haber venido de Sioned, quien conocía ambos tipos de poder. Pero el momento oportuno era ahora, y tenía que asegurarse de aprender la lección correcta—. A mí también me asustó —admitió—. Todos los días de mi vida, hasta que aprendí a conocerme. Para eso está el entrenamiento en la Fortaleza de la Diosa, Pol. Te enseña a usar tus instintos y poderes, pero también cuándo no usarlos. Lo mismo ocurre con tu entrenamiento como escudero y caballero. Estás aprendiendo tus poderes como guerrero y príncipe.

—Pero hay una cosa que a veces un príncipe debe hacer y que los Mensajeros del Sol tienen prohibido.

Meath asintió.

—Un faradh'im nunca debe usar el don para matar. Cuando te conozcas y confíes en ti mismo, Pol, no tendrás miedo. —Rozó el hombro del chico con las yemas de los dedos, con los anillos brillando—. Ven, sigamos cabalgando. Se hace tarde.

Ya casi estaban en las puertas cuando Pol volvió a hablar.

—¿Meath? ¿Hice lo correcto hoy?

—¿Me corresponde a mí decirlo, o a ti?

—Creo… creo que sí. No, estoy seguro. —Mientras cabalgaban bajo el arco de piedra, añadió:— Pero sabes, es una estupidez. No puedo dejar de pensar en la copa rota de Willa.

Se separaron en los establos: Pol para informar al Maestro de Escuderos y Meath para informar a Chadric y Audrite de los acontecimientos del día. Los prisioneros se habían adelantado, y Lleyn estaba entrevistando al capitán Gribain. El hijo mayor de Chadric, Ludhil, trajo la inquietante noticia de que el soldado barbudo se las había arreglado para ahorcarse en su celda.

Lleyn entró en la habitación de Audrite poco después. Pasado de los ochenta, frágil como un pergamino extendido sobre un cristal quebradizo, se apoyaba en un bastón de madera y rechazó la ayuda de su hijo y su nieto para sentarse. Mirando a Meath con sus finos y apagados ojos, cruzó las manos sobre el mango del bastón, con la cabeza de dragón tallada, y dijo:

—¿Y bien?

—Por su expresión, mi señor, la capitana Gribain no sabe nada del origen del Mérida y no tiene nada que decir sobre la causa de la discusión —Meath se encogió de hombros—. Supongo que dice la verdad.

—No me interesan las suposiciones —espetó Lleyn—. Quiero saber qué pasó.

—Pol cree que el Mérida provocó la pelea a propósito. Y como se suicidó, diría que tenía algo que ocultar.

—¿Pero por qué atentar contra la vida de Pol ahora? —preguntó Chadric— Seguro que tuvieron muchas oportunidades mientras aún vivía en Stronghold.

—Deberías prestar más atención a los rumores —le dijo su padre.

Mientras Audrite recuperaba el aliento, Lleyn asintió.

—Veo que me has entendido, querida.

El rostro sencillo y afable de Chadric se tensó hasta convertirse en una mueca sombría.

—Si te refieres a ese posible hijo de Roelstra…

—Tendrá casi veintiuno. Pol apenas tiene catorce —comentó Lleyn.

—¡Pero es absurdo! —protestó Audrite— Incluso si el chico es de Roelstra, tendría que conseguir el apoyo de toda Marca del Príncipe. Y eso no sucederá. Rohan ha hecho bien en nombrar regente a Pandsala; nadie, salvo un necio, cambiaría la prosperidad segura por un impostor desconocido.

—Bien dicho —gruñó Lleyn, acariciando la cabeza del dragón—. Pero resulta que Rohan es un necio honorable. Se sentirá obligado a conocer a este joven y escucharlo.

—No hay pruebas ni de un lado ni del otro —dijo Chadric—. Son solo suposiciones.

—La falta de pruebas hace peligroso al supuesto hijo de Roelstra —comentó Meath.

—Está Lady Andrade —les recordó Audrite—. Estuvo allí la noche de los nacimientos.

—Puede que sepa lo que pasó, o puede que no —respondió Lleyn—. Y a pesar de toda su autoridad como Señora de la Fortaleza de la Diosa, también es tía de Rohan y no precisamente una testigo imparcial.

Chadric negó con la cabeza, levantándose para pasear por el solar.

—La cuestión no es la identidad del impostor, padre. Se reduce a esto: ¿Acaso la reivindicación de alguien con la sangre de Roelstra pesa más que los años de buen gobierno establecidos por Rohan en tierras que ganó por derecho de guerra?

Los ojos de Lleyn brillaron.

—Me complace ver que mi entrenamiento no ha sido en vano y que heredaste el ingenio de tu madre, además de su vista. Tienes derecho a ello, Chadric. ¿A quién apoyamos cuando llegue el momento? Si este joven es realmente hijo de Roelstra, ¿nos ponemos de su lado y apoyamos la reivindicación de sangre que mantiene a todos los príncipes en el poder? ¿O respaldamos a Rohan y lo que ha hecho en Marca del Príncipe? —Sonrió sin humor— No es el tipo de decisión que un príncipe encuentra cómoda.

—Su excelencia —Meath se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas—, aún no se ha demostrado que la persona sea quien algunos dicen. Pero incluso si no lo es, habrá quienes opten por creer...

—O finjan creerlo —coincidió Lleyn—. Solo por causar problemas. Se necesitarán pruebas fehacientes de lo contrario.

—Entiendo por qué Pol se ha convertido de repente en un objetivo de los Mérida —dijo Audrite con tristeza—. Miyon de Cunaxa todavía los protege, aunque dice no hacerlo. Probablemente esté detrás de lo que pasó hoy. Nunca habrá pruebas, por supuesto. Pero sin Pol para heredar Marca del Príncipe, este impostor podría ser bienvenido sin reservas, y Miyon preferiría tratar con cualquiera antes que con Rohan o su hijo. Y también entiendo por qué Rohan quiere al chico con él este verano, en Waes.

—Ta hay un avance hacia el Castillo del Peñasco planeado —afirmó Lleyn.

Con una mano, Chadric hizo un gesto, como ahuyentando al impostor.

—Una vez que vean a Pol y los gane como hace con todos…

—Aún queda el asunto de demostrar que este pretendiente es un mentiroso —dijo Lleyn— ¿Crees que gente como Miyon apoyará a Pol por su encantadora sonrisa?

—Es a la gente de Marca del Príncipe a quienes ganará —dijo Chadric.

—La gente de Marca del Príncipe no asiste al Rialla y vota sobre quién y qué es la verdad. Andrade es la única testigo fiable y las pruebas tendrán que venir de ella de una manera que los príncipes acepten como verdad absoluta.

—Para eso está Pandsala —les recordó Meath.

—Ah, sí, Pandsala. —Resopló Lleyn— ¿Puedo recordarles que si este chico es aclamado, la regente se quedaría sin trabajo? —Negó con la cabeza— Esto no me gusta. Para nada. Meath, antes de partir de Radzyn hacia la Fortaleza de la Diosa, asegúrate de hablar largo y tendido con Chay y Tobin.

Mucho más tarde, en sus aposentos, Meath sacó el estuche que contenía los pergaminos desenterrados en la antigua fortaleza de los Mensajeros del Sol. Estaban escritos en la lengua antigua; aunque la escritura no había cambiado mucho con respecto a la moderna, las palabras no le decían nada. Sin embargo, ciertas palabras sobrevivieron hasta el presente día casi sin cambios —los nombres personales, por ejemplo, solían elegirse teniendo en cuenta sus antiguos significados— y, al desenrollar uno de los pergaminos, se mordió el labio. El motivo habitual del sol y la luna faltaba en la primera página. Las fuentes de luz para los tejidos faradhi no estaban representadas aquí como en todos los demás pergaminos. Este tenía un patrón diferente, un diseño de cielo nocturno sembrado de estrellas. Contempló durante un buen rato el título que tanto le había impactado al verlo por primera vez, palabras que no le había costado traducir.

Sobre Hechicerías.

Capítulo Dos

Pandsala, regente de Marca del Príncipe e hija del difunto Alto Príncipe Roelstra, frunció el ceño al ver la carta sobre su escritorio y se dijo a sí misma que la vida habría sido mucho más sencilla sin hermanas. Su padre le había proporcionado diecisiete. Aunque diez habían muerto —algunas en la Plaga del año setecientos uno, otras desde entonces— y qué suerte, aún le quedaban demasiadas para su tranquilidad.

Las supervivientes eran una plaga en sí mismas. Cartas como la que tenía ante sí llegaban constantemente al Castillo del Peñasco: peticiones de dinero, favores o una palabra al oído del Alto Príncipe Rohan, y sobre todo, peticiones para que se les permitiera visitar su hogar de la infancia. Pandsala había pasado los primeros cinco años de su regencia expulsando a sus hermanas del Castillo del Peñasco por diversos métodos; no iba a permitir que ninguna regresara, ni por un solo día.

Pero era la más joven de ellas, la que nunca había estado allí, quien causaba la irritación actual de Pandsala. La carta de Chiana no la habría irritado más si la joven hubiera escrito cada palabra con la intención de insultar a su poderosa hermanastra. Presumía de una intimidad que repugnaba a Pandsala; incluso se autoproclamó *princesa*, como si su madre, Lady Palila, hubiera sido la esposa de Roelstra en lugar de su prostituta. Nacida en Waes y criada en varios lugares, incluyendo la Fortaleza de la Diosa durante los primeros seis inviernos de su vida, Chiana evidentemente optó por olvidar que Pandsala había compartido esos seis inviernos y conocía cada detalle de su carácter con minuciosidad. Sus escasos encuentros desde entonces y las cartas que Chiana le escribió eran prueba fehaciente de que la madurez no la había cambiado. A sus casi veintiún años, su altivo egoísmo había empeorado. En esta carta, Chiana insinuaba que si Pandsala la invitaba a pasar el verano en el Castillo del Peñasco, Chiana podría ser persuadida de honrarla con su presencia. Pero Pandsala había jurado hacía tiempo que Chiana nunca pondría un pie allí mientras fuera la señora del castillo.

Algunas de las otras hermanas habían compartido la crianza de Chiana después de que Lady Andrade se negara rotundamente a que volviera a la Fortaleza de la Diosa. Lady Kiele de Waes, casada con el señor de esa ciudad, la había acogido inicialmente. Pero con el tiempo se cansó de las pretensiones de Chiana y la envió a Puerto Adni cuando la Princesa Naydra se casó con Lord Narat. La isla de Kierst-Isel había sido un lugar excelente para Chiana, ya que la distancia era algo que Pandsala valoraba mucho. Sin embargo, después de unos inviernos, incluso la paciencia de Naydra había cedido. Para entonces, Lady Rabia, hermana de Chiana, se había casado con Lord Patwin de Colinas Catha, y la pareja había invitado a la joven sin hogar a vivir con ellos. La muerte de Rabia al dar a luz puso fin a la estancia de Chiana en Colinas Catha, y volvió a vivir en Waes durante un tiempo antes de que Kiele la sorprendiera intentando seducir a Lord Lyell. Había regresado a Naydra, desde cuya residencia costera ahora escribía.

Pandsala miró con amargura el título real y la gruesa tinta que Chiana había usado como firma. Sabía muy bien por qué la muchacha quería ir al Castillo del Peñasco: para que, al final del verano, formara parte de la corte de Pandsala en el Rialla, con acceso a todos los príncipes y sus herederos solteros. Aunque carecía de tierras, recibiría una dote considerable de Rohan, al igual que todas las hermanas que habían decidido casarse, y su belleza por sí sola la convertiría en una pareja deseable. Pero Pandsala se condenaría si se dejaba seducir por su odiosa hermana pequeña.

Escribió una breve y firme negación, y luego garabateó sus propios títulos y firma. Reclinándose en su silla, contempló las palabras que representaban su poder y pensó en

sus otras hermanas supervivientes. Ella y Naydra eran las únicas que quedaban de las cuatro hijas de Roelstra y su única esposa. Lenala había muerto de peste e Ianthe llevaba catorce años muerta en el castillo de Feruche. La insensata e inofensiva Lenala y la hermosa, brillante y despiadada Ianthe; representaban los extremos de la descendencia de Roelstra. Las demás hijas supervivientes se encontraban en un punto intermedio. Kiele era insensata, pero no inofensiva, ni, afortunadamente, lo suficientemente despiadada como para representar un peligro real.

Naydra era lo suficientemente inteligente como para aprender a aceptar su destino. Pandsala sospechaba que incluso era feliz como esposa de Narat. Chiana, en cambio, era hermosa, brillante y una constante molestia. En cuanto a las demás, Pandsala apenas recordaba su aspecto. Moria vivía plácidamente en una mansión en las faldas de Veresch; Moswen dividía su tiempo entre una casa en Einar y visitar a Kiele en Waes y a Danladi, la hija de Roelstra con Lady Aladra, en Alto Kirat. Catorce años atrás, en Stronghold, cuando Rohan fue aclamado Alto Príncipe, Danladi trabó amistad con la princesa Gemma, la última de su rama de la casa real syrena desde la muerte de su hermano Jastri. El príncipe Davvi había tomado a su joven prima bajo su protección y Danladi se había convertido en parte del séquito de Gemma. Pero sin importar lo que las demás hijas de Roelstra hicieran, pensaran, o pensaran hacer, Pandsala sabía que podía ignorarlas sin problema. Cada una poseía cierta belleza y un mínimo de inteligencia, pero ninguna representaba una amenaza.

¿Y la propia Pandsala? Sonrió levemente y se encogió de hombros. Aunque no era tan hermosa ni tan inteligente como Ianthe, distaba mucho de ser estúpida y había aprendido mucho en sus años como regente. Se preguntaba si su hermana muerta, en el infierno que seguramente habitaba ahora, podía ver la posición e influencia actuales de Pandsala. Esperaba que así fuera. Saberlo atormentaría a Ianthe más que cualquier otra cosa que pudiera concebirse.

Los ojos oscuros de Pandsala se cerraron con fuerza, sus dedos se curvaron como garras al pensar en Ianthe, a pesar de que la ruina a manos de su hermana había pasado hacía más de veinte años y hacía tiempo que había saboreado su venganza. La última amante de su padre, Palila, estaba embarazada y debía dar a luz poco después del Rialla del año seiscientos noventa y ocho. Pero por si acaso llegaba antes, habían traído a otras tres mujeres embarazadas, pues Ianthe planeaba que si Palila daba a luz al preciado heredero varón, una niña nacida de una de las otras sería la sustituta. Al menos, ese había sido el plan que le habían contado a Pandsala.

Se levantó del escritorio, se acercó a las ventanas y contempló el estrecho cañón excavado en las montañas por el río Faolain. Podía oír el murmullo del agua a lo lejos, pero ningún sonido de la vida cotidiana de la fortaleza la alcanzaba en ese nido. Poco a poco, se fue calmando lo suficiente como para recordar el pasado sin sucumbir a una furia ciega, e incluso con algo parecido al desapasionamiento.

La mayoría habría dicho que merecía lo que había recibido aquella noche de antaño. Le había prometido a Palila que si nacía otra niña, encontraría la manera de sustituirla por un niño nacido de una de las sirvientas, quien sería drogada para que diera a luz antes de tiempo. Roelstra tendría a su tan ansiado heredero, Palila sería la madre todopoderosa de ese heredero, y Pandsala tendría el primer puesto en la búsqueda del joven príncipe Rohan. Ambas conspiraciones habían sido apuestas descabelladas basadas únicamente en el sexo de los no nacidos. Tan descabelladas, de hecho, que Ianthe no tuvo reparos en denunciar a Pandsala ante su padre la noche del nacimiento de Chiana. La astuta y despiadada Ianthe... Pandsala aún podía ver su sonrisa mientras Roelstra condenaba a su hija recién nacida y a Pandsala al exilio en la Fortaleza de la Diosa, mientras que Ianthe había sido

recompensada con el importante castillo fronterizo de Feruche. Pero la verdadera ironía no fue que Pandsala descubriera su talento como faradhi bajo la tutela de Andrade, ni siquiera su actual posición de poder. Lo ridículo fue que, momentos después de que Ianthe la traicionara, una de las sirvientas había parido un niño. Si el momento hubiera sido un poco más oportuno, Pandsala habría sido la vencedora, no Ianthe.

Su mirada se dirigió a sus manos y a los cinco anillos que le conferían el rango Mensajera del Sol. Otro anillo con topacio y amatista engastados simbolizaba su regencia. La piedra dorada del Desierto brillaba con más fuerza y más intensidad a la luz del sol que la gema púrpura oscura de Marca del Príncipe. Y así debía ser, se dijo a sí misma.

Su falta de devoción filial a los designios de su difunto padre la preocupaba tan poco como su falta de afecto fraternal. Años atrás, había aceptado un encargo del hombre que podría haber sido su esposo, en nombre del niño que podría haber sido su hijo. Su vida encontró un rumbo cuando Rohan la nombró regente de Pol. Para ellos, gobernó con severidad y eficacia; para ellos, hizo de esta tierra un modelo de ley y prosperidad; para ellos, aprendió a ser una princesa. Por ellos, cualquier cosa.

Regresó a su escritorio y selló la carta a Chiana, observando el brillo de sus anillos. Solo ella, entre todas las hijas de Roelstra, había heredado el don; no provenía de su linaje, sino del de su madre, la princesa Lallante, su única esposa. Si Ianthe hubiera tenido un don similar... Pandsala se estremeció, incluso a estas alturas. Ianthe, con los poderes de Mensajera del Sol, habría sido casi invencible.

Pero Ianthe había muerto, y Pandsala estaba allí, viva, y la segunda entre las mujeres, solo superada por la propia Alta Princesa. Recordó entonces que tenía un informe que escribir a Sioned, y olvidó a Chiana, a sus hermanastras y al pasado.

Lady Kiele de Waes también estaba en su escritorio esa noche, reflexionando sobre el don que Pandsala poseía y ella no. Kiele hizo lo mejor que pudo con lo que tenía, pero ¿cuánto más podría haber hecho si hubiera tenido la capacidad de tejer la luz del sol y ver lo que otros tal vez no desearían ver? Alisándose los pliegues de un vestido de tisú verde dorado, se consoló con lo que sí poseía. Pero dentro de poco presidiría una cena para el príncipe Clutha en Waes para discutir los preparativos de la Rialla de ese año, preparativos que casi los llevarían a la ruina a ella y a Lyell. Una vez más. Clutha nunca había perdonado a Lyell por aliarse con Roelstra durante la guerra contra el Desierto, y todos esos años de vigilancia y sospecha no habían sido divertidos. A Clutha se le había ocurrido que obligar a Waes a pagar todos los gastos de la reunión trienal dejaría a sus señores con muy pocos fondos para hacer travesuras en otros lugares. Recorrer el camino extremadamente estrecho que su señor había decretado mantenía a Kiele en un estado de nervios casi constante. A Lyell, sin embargo, no parecía importarle. No tenía la suficiente inteligencia para preocuparse; estaba demasiado ocupado agradeciendo que aún poseía su vida, y, más importante, su ciudad.

Los dedos de Kiele recorrieron el tocado dorado de su escritorio. No era exactamente una corona, pues ni siquiera ella se atrevería a hacerlo en presencia de su príncipe. Su bonita boca se torció mientras calculaba una vez más las posibilidades de lucir la auténtica algún día. Ninguna, a menos que muriera mucha gente. Aunque anciano, Clutha gozaba de excelente salud, al igual que su hijo Halian. El vínculo de sangre entre ellos y Waes era por línea femenina y tan remoto que Kiele no tenía ninguna esperanza de que llegara a aplicarse a la herencia de Prado del Señor.

Lo mejor que podía hacer era nombrar a una de sus hermanastras como esposa de Halian. Iba por buen camino hacía algunos años, cuando su Elegida, Cipris, murió de una

fiebre lenta y misteriosa. Halian había estado sinceramente apegado a Cipris, pero eso no le había impedido buscar una amante para consolarse. Había engendrado varias hijas con la mujer, todas niñas, por cuya gracia Kiele agradeció a la Diosa. De haber tenido un hijo, podría haberse convertido en el próximo heredero de Prado del Señor, sin ningún vínculo de sangre con Kiele.

Halian había sido bastante feliz en su ilícita vida doméstica y se resistía a cambiarla por un matrimonio legal. Pero ahora su amante había muerto. Kiele sonrió al firmar una carta invitando a su hermanastra Moswen a pasar el verano en Waes. Moswen sería una esposa excelente para Halian, aunque Kiele se preguntaba por qué se tomaba la molestia de encumbrar a una de las hijas de la odiosa Lady Palila. Luego se encogió de hombros. Trabajaba con lo que tenía. Moswen tenía la edad adecuada, era razonablemente guapa y agradecía a Kiele los favores del pasado. También ansiaba las riendas del poder. Veía las joyas, las hermosas ropas, la deferencia, y eso era lo que deseaba. De las realidades del poder no veía ni entendía nada. Kiele la consideraba la elección perfecta, pues sería fácil de instruir e influenciar. Una vez que Clutha muriera y Halian y Lyell estuvieran fuera de la mirada del anciano, Prado del Señor sería de Kiele para jugar con él a su antojo. Halian había demostrado ser el tipo de hombre que podía dejarse llevar por lo que tenía entre las piernas, igual que Lyell. Con Moswen guiando a Halian, y Kiele guiándola a ella…

Un cambio de luz en el espejo captó su atención, y la puerta tras ella se abrió de golpe para dejar entrar a su esposo. Lyell era un hombre anguloso y pálido, cuyos ojos azules y cabello rubio casi incoloro estaban más apagados que nunca por los colores de Waes, rojo y amarillo, que componían su atuendo formal. Kiele frunció ligeramente el ceño al acercarse, pues ella había ordenado a sus escuderos que lo vistieran de un tono verde que complementara su propio vestido. Habrían formado un conjunto a juego, y Clutha se habría sentido honrada de que llevaran su color. Pero Lyell era obstinado en cuanto a la dignidad de su familia y vestía sus propios colores en todas las ocasiones formales. En cierto modo, su obstinación le había sido útil a Kiele, pues podría haber cometido algunos errores tácticos en el pasado de no ser por la insistencia de Lyell en las rigideces de la tradición. Una leve gratitud la invadió al recordarlo, y su ceño fruncido se transformó en una sonrisa cuando él cruzó la habitación y se paró detrás de ella.

—Eres tan hermosa —murmuró, acariciando su hombro desnudo.

—Gracias, mi señor —dijo ella con recato—. Había pensado en guardar este vestido para la Rialla, pero…

—Entonces úsalo también ahí. Ni siquiera la Alta Princesa Sioned puede tener algo tan magnífico.

La mención de la esposa de Rohan, la Mensajera del Sol, quien con su cabello dorado como el fuego y sus ojos profundos como el bosque, vestía de verde incluso mejor que Kiele, la hizo decidirse a no incluir el vestido en su guardarropa para el Rialla.

—¿Tenías algo que decirme?

—Te llegó una carta de alguien de Einar. Dijiste que no querías que te molestaran mientras te vestías, así que la abrí. —Sacó un trozo de pergamino doblado de su bolsillo.

Una maldición casi escapó de sus labios al reconocer la letra y los restos de un sello de lacre azul oscuro. Obligándose a mantener la calma y la compostura mientras dejaba la carta a un lado, dijo:

—Es de mi niñera de la infancia, Afina, que se casó con un comerciante de Einar. —Era la verdad, pero no añadió que Afina había sido la única sirvienta del Castillo del Peñasco que la cuidó después de que su hermana muriera de peste. Afina había querido ir a Waes, pero la habían convencido de que podría ser mucho más útil en el vital puerto de Einar, el

primer eslabón de la cadena de informantes de Kiele. Los comerciantes lo oían todo y solían contárselo a sus esposas.

—Una carta aburrida, en realidad; solo noticias familiares. No sé por qué te molestas con una antigua sirvienta, Kiele.

—Fue muy amable conmigo cuando era niña. —Para distraerlo del tema, que seguramente pronto tocaría lo inapropiado de que la Dama de Waes se comunicara con la simple esposa de un comerciante, juntó los brazos para profundizar el valle entre sus pechos. Los dedos de Lyell descendieron de sus hombros, como pretendía.

—Bajemos a cenar tarde —sugirió.

—¡Lyell! ¡Me llevó toda la tarde ponérmelo!

—Solo tardarás unos minutos en quitártelo.

—No nos atrevemos a insultar a Clutha —lo regañó, guiñándole un ojo—. Cualquier otra noche…

—Pero ahora sería perfecto. He hablado con tus mujeres. Es el momento perfecto para tener otro heredero.

Kiele juró despedir a cualquiera de sus doncellas que hubiera estado chismorreando. Había aprendido hacía mucho tiempo que los hombres se extraviaban cuando sus mujeres estaban embarazadas; su padre nunca había soportado ver a sus amantes durante el embarazo. Kiele había cumplido con su deber dándole a Lyell un hijo y una hija. Concebir esa noche significaría que estaría corpulenta e incómoda a finales del verano, cuando necesitaría todo su ingenio y encanto, y cuando otras mujeres estarían en su máximo esplendor buscando a los hombres más ricos y poderosos. Lyell había sido la llave de los muros del Castillo del Peñasco para ella; no lo amaba ni nunca lo había amado. Pero él era útil, y era suyo, y no pretendía que buscara otros lechos. Una vez que gobernara Prado del Señor a través de Moswen y Halian, Lyell podría tener tantas amantes como quisiera. Pero ahora no. Ella le sonrió.

—La anticipación siempre aumenta el disfrute, Lyell. Ahora, sé un encanto y encuentra mis zapatillas verdes, ¿sí? Después de todo, tú las pateaste debajo de la cama la otra noche.

Él la besó en el hombro y obedeció. Kiele guardó la carta de Afina en su joyero y guardó la llave en un bolsillo de su enagua. Lyell regresó del dormitorio justo a tiempo para verla alisándose las medias verdes. Se arrodilló a su lado para ponerle las zapatillas de terciopelo.

—Si no te bajas la falda, olvidaré que Clutha existe —dijo juguetonamente.

Ella se subió el vestido un poco más a propósito.

—¿De verdad?

—¡Kiele!

Pero ella se deslizó suavemente de su silla y se puso fuera de su alcance, riendo mientras se colocaba el tocado dorado sobre sus trenzas oscuras.

La cena en el salón de banquetes fue interminable. El príncipe Clutha tenía un montón de planes para que el Rialla de este año fuera más espléndido que nunca, y, bien lo sabía la Diosa, el coste del último había sido tal que Kiele llevaba medio año sin un vestido nuevo. Se vio obligada a escuchar en un silencio furioso y con una sonrisa en el rostro cómo el orgullo de Lyell lo hacía aceptar planes que lo empobrecerían. La mayoría de los entretenimientos corrían a cargo de los príncipes, con la carga recayendo sobre Rohan, como siempre, pero los premios de las carreras de caballos y el espectáculo del banquete de la última noche eran responsabilidad de Lyell, con apenas una asistencia nominal de

Clutha. Kiele se prometió a sí misma que, una vez que Halian fuera Príncipe de Prado del Señor con Moswen como esposa, esta penuria trienal cesaría.

Clutha había traído consigo a su Mensajero del Sol, un anciano frágil y marchito de ojos muy oscuros que, en lo que a Kiele concernía, veía demasiado. Sabía que, siempre que acompañaba a Clutha a Waes, Lady Andrade recibía informes detallados. Al terminar la cena, el viejo faradhi entró con dificultad en el comedor, acompañado del escudero de Clutha. El joven dedicó a Kiele una leve y elegante reverencia; sus finos ojos oscuros brillaron con desaprobación ante su casi corona. Ella lo obsequió con una ceja levantada, preguntándose si su posición en la escala social de la nobleza era lo suficientemente baja como para permitirle un insulto calculado a cambio.

Clutha levantó la vista de la lista de gastos escrita.

—Tienes el aspecto de la última luz del sol sobre ti, Tiel.

—En efecto, su excelencia, Riyan y yo acabamos de recibir la noticia de que el príncipe Ajit de Firon ha muerto. Un problema del corazón, se dice.

Kiele emitió los sonidos apropiados de conmoción y dolor, pero su mente trabajaba a toda velocidad. Ajit no tenía heredero directo. Intentó recordar las ramas colaterales de la casa real fironesa y si tenía algún parentesco o relación con alguna de ellas.

Clutha suspiró profundamente, sacudiendo su cabeza calva.

—Qué mala noticia. Muchas veces le he dicho que debería vivir la vida con más tranquilidad, como corresponde a los hombres de nuestra edad.

Kiele tosió para disimular una risita, recordando que Ajit había planeado tomar otra esposa —la séptima— este año en el Rialla. Halian la miró y sus labios se crisparon.

—Habrá una boda menos en el Último Día de este año —comentó.

—¡Llorarás a nuestro primo real con respeto, insolente! —tronó su padre.

—No pretendo faltarte al respeto —dijo Halian contrito, pero había algo en sus ojos que le decía a Kiele que deseaba que el viejo muriera, se quemara y se fuera de su vida. Bajó la mirada a su regazo después de dirigirle una cautelosa mirada de compasión. Sí, estaba listo para ser desplumado, si Moswen era astuto y jugaba con la impaciencia de su padre. Clutha se comportaba como si su hijo fuera un muchacho de apenas veinte inviernos, no un hombre de casi cuarenta. Kiele tendría que recordar decirle a Moswen cuál era la mejor estrategia. Sería princesa antes del otoño.

La noticia de la muerte de Ajit apagó el ardor de Lyell, por lo que Kiele le estaba profundamente agradecida. Mientras él dormía en la enorme cama de gala, ella regresó al tocador y encendió la vela de su escritorio. Su reflejo en el espejo le dio suficiente luz para leer mientras hojeaba la carta de Afina.

Quizás recuerdes a mi hermana Ailech, quien sirvió en el Castillo del Peñasco durante tu infancia, aunque no en el lugar de honor que yo ocupaba a tu lado, sino en las cocinas. Nunca fuimos muy unidas, pues ella envidiaba mi puesto. Pero he tenido noticias de su familia después de todos estos años. Como sabrás, fue a Waes con Lady Palila, ambos encintos, y dio a luz a un hijo, un joven apuesto de cabello oscuro y ojos verdes. Ailech murió poco después de dar a luz, y como su esposo también falleció, Masul fue criado por mis padres, quienes viven como pensionistas en la mansión de Dasan en Marca del Príncipe. Masul es como un halcón en un nido de gorriones, pues con su cabello negro y ojos verdes, no se parece al resto de nuestra familia rubia de ojos castaños. El esposo de Ailech también tenía ojos oscuros y era de baja estatura como nosotros, pero dicen que Masul es de la altura de tu difunto padre. Pero yo hablo de asuntos que podrían no interesarte.

Afina nunca escribía sobre nada que no le interesara a Kiele, y ambos lo sabían. Kiele le había pedido que usara sus contactos en Marca del Príncipe para obtener noticias concretas sobre un niño que se decía era hijo de Roelstra. Había estado dándole vueltas a un plan particular todo el invierno, desarrollando ideas, puramente especulativas, hasta ahora, cuando pareció que su flecha disparada en la oscuridad había dado en un blanco inesperado. La alegría le arrancó una suave carcajada. Miró la puerta abierta del dormitorio, pero no se oía nada de Lyell.

Aquella noche en el Rialla siempre había intrigado a Kiele. Cuatro recién nacidos en una sola noche; una princesa exiliada y otra recompensada; una amante quemada en su cama. De los cuatro bebés, uno había sido Chiana, una niña insufrible. Si algo compartía Kiele con Pandsala era la aversión hacia su hermanastra.

¿Pero era Chiana hija de Roelstra? Kiele rió entre dientes mientras prendía fuego a la carta y la veía arder hasta convertirse en cenizas sobre una placa de latón pulido. Afina no había tenido que repetir lo de los ojos verdes. Los ojos de Roelstra eran de ese color. Y Masul era casi de la altura de Roelstra, ¿verdad? Kiele se mordió los labios para no reír a carcajadas.

Sacó un pergamino y una pluma, y escribió una carta rápida a Afina agradeciéndole la misiva y pidiéndole más noticias familiares de interés para distraerla de la tensión de organizar el Rialla. Terminó expresando su deseo de un regalo, una de esas baratijas que Afina solía darle para alegrarla y divertirla, algo en tonos negros y verdes. Esto se interpretaría correctamente como que el regalo sería el propio Masul. Mientras firmaba y sellaba la carta, se le ocurrió otra idea. Escribió una segunda carta, esta vez una invitación bellamente redactada para que su querida hermana menor, Chiana, le hiciera el favor de ir a Waes a ayudarla a planificar las fiestas de ese año. Que Chiana misma se encargara de las fiestas de Kiele provocó otra risa mientras doblaba y sellaba el pergamino. Kiele sopesó la carta para Moswen en la mano durante unos instantes antes de quemarla también. Con Chiana allí, Moswen no podía estar. Y al pensar en su otra hermanastra casi se rió a carcajadas, pues ¿qué podía ser más gracioso que depositar las esperanzas de Chiana en Halian, solo para que este la rechazara por completo cuando se hiciera pública su humilde cuna? Kiele se abrazó a sí misma mientras la carta ardía, balanceándose hacia atrás y hacia adelante con alegría contenida.

Tras un tiempo, se puso seria. Sabía que debía ser cautelosa. Las características físicas que Afina había mencionado serían de gran ayuda, sin importar la verdadera ascendencia del chico. Una vez que Kiele tuviera a Masul a mano, podría juzgar si los ojos verdes y la altura coincidían con un parecido facial razonable. Lady Palila tenía el cabello castaño rojizo; si el de Masul era muy negro, Kiele podía aumentar la ilusión de su ascendencia aplicando un sutil tinte rojizo. La ropa adecuada también era esencial. Y las joyas. Rebuscó en sus maletas y encontró un broche de amatista que podía rehacerse como anillo para insinuar su conexión con Marca del Príncipe. Podría disimularlo entre las joyas que debían reajustarse a tiempo para el Rialla. En el peor de los casos, si el chico era un caso perdido, tendría un anillo nuevo.

Pero si Masul era creíble como hijo de Roelstra, incluso si realmente era de sangre pura, había infinitas maneras de usarlo. La mortificación pública de Chiana cuando se dudó de su nacimiento valió la pena. La carga de la prueba recaería sobre quienes sospecharan que su ascendencia era común, pues lo único cierto de esa noche había sido el caos.

Y si los rumores eran ciertos, y Masul realmente era su medio hermano... Kiele sonrió al espejo, contemplando la encantadora perspectiva de Pandsala expulsada del Castillo del Peñasco, Pol desheredado y Rohan humillado. Se imaginó a Lyell como el campeón de

Masul y a ella misma como su mentora, enseñándole a ser príncipe y, a través de él, gobernando Marca del Príncipe.

Contempló las dos cartas. Una iría a Einar y traería a Masul, la otra a Puerto Adni y traería a Chiana. Mantendría a Masul escondido hasta la llegada del Rialla, lo instruiría, lo uniría a ella como su única esperanza de ganar su causa. No serviría de nada que se reuniera con Chiana antes que con los príncipes.

Pero todo dependía de su habilidad para hacerse pasar por el hijo de Roelstra. Kiele contempló su propio reflejo a la luz de una vela, preguntándose si sería real, y si quería que lo fuera. Decidió que no. Un impostor, con una realidad que ocultar, sería mucho más fácil de controlar que el verdadero hijo del difunto Alto Príncipe. Conocía las características de la crianza de su padre *demasiado* bien.

Capítulo Tres

Pol tenía recuerdos terribles de su primer viaje a través del estrecho entre Radzyn y Dorval. Su madre le había advertido que los faradh'im y el agua no eran compatibles. Pero, sabio como todos los niños de once años se creen, y muy consciente de su dignidad como hijo del Alto Príncipe, Pol no lo había creído.

Su primer paso a bordo le había enseñado lo contrario. Recordaba haberse girado para mirar a sus padres, que estaban en el muelle con la tía Tobin y el tío Chay, todos esperando lo inevitable. El barco se movió ligeramente con la marea. Pol sintió que palidecía. Se tambaleó hasta la borda, un marinero lo agarró antes de que pudiera caer por la borda y, tras vomitar terriblemente, se desmayó. Un largo día de miseria en un camarote privado había sido coronado por la indignidad de ser sacado del barco esa noche y acostado de inmediato.

A la mañana siguiente, sus ojos habían dejado de imitar brasas y su estómago parecía inclinado a quedarse donde debía estar. Pol se incorporó, con todos los músculos del cuerpo magullados por la violencia de la reacción al cruzar el agua, y gimió. Un anciano dormitaba junto a la chimenea vacía. El ruido lo despertó, sobresaltado de su siesta, y una amable sonrisa arrugó aún más su rostro.

—Pensé que agradecerías una buena noche de sueño en tierra firme antes de cabalgar hacia Perla Grisl. ¿Te sientes mejor? Sí, ya veo. Ahora tienes pecas en la nariz, no manchas verdes.

Así conoció al príncipe Lleyn de Dorval. Pol se sintió incapaz de aceptar el desayuno que le propuso el viejo príncipe, y cabalgaron hasta el gran palacio donde toda la casa se había reunido para recibir al futuro Alto Príncipe. El descanso nocturno le permitió a Pol comportarse con la debida dignidad, y su gratitud fue de tal magnitud que la adoración absoluta del irónico anciano a quien sus padres lo habían confiado estuvo a un paso de distancia. En Radzyn se hicieron arreglos similares para que Pol y Meath pudieran dormir en privado tras la travesía antes de su llegada oficial al Fuerte de Radzyn. Los ayudaron a bajar del barco hasta una pequeña casa que Lord Chaynal tenía en el puerto, donde los arroparon entre sábanas frescas y por la mañana los recibió Maarken, el primo de Pol.

—No preguntaré por la travesía —dijo, sonriendo con compasión mientras la pareja se despertaba con los ojos legañosos—. Yo también lo recuerdo muy bien. Pero parece que ambos van a sobrevivir.

Meath lo miró con tristeza.

—Anoche tenía mis dudas. —Volviéndose hacia Pol, preguntó:— ¿Te has recuperado, mi príncipe?

—Más o menos. Nunca es más fácil, ¿verdad? —Pol suspiró.

—Nunca —afirmó Maarken—. ¿Quieres comer algo? —Sus muecas lo hicieron sonreír— De acuerdo, ¡qué pregunta tan tonta! ¡Ya lo sé! Hay caballos afuera si te sientes capaz de montar sin caerte.

Así fue. No hubo una bienvenida especial por parte de la gente del puerto, aunque hicieron una pausa en sus rutinas diarias para saludar tanto a Pol como a su joven señor. Maarken era la viva imagen de su apuesto padre: alto, atlético, de cabello oscuro y ojos grises como la luz del sol a través de la niebla matutina. Sin embargo, era de complexión más ligera que Chaynal; los huesos esbeltos de la familia de su abuela se habían alargado en él, no engrosado. A los veintiséis años, había cumplido la promesa de altura y fuerza que, por ahora, solo se insinuaba en su joven primo. También lucía seis anillos de Mensajero del Sol mientras Pol no tenía ninguno. Al salir de los límites del pueblo y

emprender el camino entre los campos recién sembrados, captó la mirada envidiosa del chico y sonrió.

—Algún día tendrás los tuyos. Tuve que esperar a ser nombrado caballero antes de que mi padre me permitiera ir a la Fortaleza de la Diosa con Lady Andrade.

—¿Cómo es ella? —preguntó Pol— La recuerdo de pequeña, pero no con mucha claridad. Y lo único que Meath y Eolie dicen cuando pregunto es que lo descubriré antes de lo que me gustaría.

Meath sonrió y se encogió de hombros.

—Es la pura verdad, ¿o no, Maarken?

Los dos eran viejos amigos de la época en que Maarken era escudero en la corte de Lleyn, y compartieron una risita. El joven señor le dijo a su primo:

—Tendrás la oportunidad de verlo con tus propios ojos en Waes. De hecho, será una verdadera reunión familiar este año. Andrade traerá a Andry con ella, y Sorin será nombrado caballero por el príncipe Volog.

Andry y Sorin eran hermanos de Maarken, gemelos de veinte años cuyas vidas habían tomado caminos diferentes. Andry poseía dotes faradhi, al igual que Maarken, pero no veía motivo alguno para seguir el patrón habitual de entrenamiento y nombramiento de caballero como escudero cuando lo único que siempre había deseado era ser un Mensajero del Sol. Cuando Sorin fue acogido en Volog en Kierst, Andry fue a casa del hermano de Sioned, el príncipe Davvi de Syr. Pero después de sólo unos años, había defendido su caso con éxito ante sus padres. Su progreso en la obtención de sus anillos había confirmado su elección. Maarken miró a Meath por encima de la cabeza de Pol.

—¿Cuándo cabalgarás hacia la Fortaleza de la Diosa?

—Mañana por la mañana, después de presentar mis respetos a tus padres.

—Necesitarás una escolta, si no me equivoco. —Señaló las alforjas colgadas del caballo de Meath. Cuando los hombros del hombre mayor se tensaron, Maarken continuó—. Tranquilo, no te lo preguntaré. Pero ni siquiera en tu sufrimiento de anoche las soltaste cuando bajaron el resto del equipaje del barco. Eso significa que son importantes, y necesitarás una escolta que las proteja, y a ti también.

Meath sonrió con inquietud.

—No sabía que había sido tan obvio. No quiero más que un par de guardias, Maarken. Más podrían despertar sospechas.

Pol miró a su amigo.

—Entonces deben ser muy importantes. ¿Por qué no me dijiste que ibas a la Fortaleza de la Diosa? Se lo dijiste a Maarken en la luz del sol, ¿verdad? ¿Cómo voy a ser un príncipe y tomar las decisiones correctas si nadie me cuenta lo que pasa? —Luego se encogió de hombros—. No tienes que decirlo. Aprenderé lo que necesito saber cuando lo necesite.

—Disfruta de la ignorancia, Pol —dijo Maarken—. Cuando seas mayor, a veces sabrás más de lo que quieres, y, de todos modos, normalmente serán las cosas equivocadas.

El camino serpenteaba a través de pastizales donde la hierba alta de primavera esperaba a que los caballos la pastaran. Frente a ellos se alzaban las magníficas torres del Fuerte de Radzyn, sede de los antepasados paternos de Maarken durante siglos. A la izquierda estaba el mar bajo acantilados escarpados; a la derecha, mucho más allá de las praderas, Pol vislumbró el comienzo de la Larga Arena, brillando dorada bajo el sol. De nuevo, Maarken comprendió su mirada.

—Siempre está ahí, ¿verdad? —murmuró— Esperando. Trabajamos mucho para hacer esta pequeña cinta verde a lo largo de la costa, pero la arena la recuperaría en un solo

invierno si nos descuidáramos. —Cambiando de tono, preguntó:— ¿Cómo está el viejo príncipe últimamente?

—Sano y vigoroso para su edad, y pide que lo recuerdes. ¡Como si alguien pudiera olvidarlo!

—Suele causar una buena impresión, sobre todo en tu trasero cuando te pilla haciendo algo que no deberías.

Pol se sobresaltó.

—¿Cómo...?

Maarken sonrió.

—Oh, no estás solo, créeme. Pero es un alivio saber que aplica el mismo remedio tanto a príncipes como a señores de poca monta. ¿Cuánto tiempo pasó antes de que pudieras sentarte?

—Un día entero —admitió Pol con amargura.

—Debes de caerle bien, entonces. Tardé dos días en recuperarme. —Maarken se paró en sus estribos y observó la mole del Fuerte de Radzyn, luego sonrió encantado— ¡Ahí están Mamá y Papá con los potros! Iban a venir a verte hoy, pero el Jefe de Caballería insistió en que la inspección tenía que ser esta mañana, y es un auténtico tirano. Vamos, vamos a ver.

Después de una cabalgata alocada y varias vallas saltadas, tiraron de las riendas. La princesa Tobin, pulcra y elegante con su ropa de montar de cuero, dio un grito de alegría y saltó de su caballo. Pol desmontó y fue a recibir abrazos y besos. Entonces lo mantuvieron a distancia mientras los ojos negros de su tía lo miraban con asombro.

—¡Chay! —llamó a su esposo— ¡Ven aquí y mira lo que nos envió Lleyn en lugar de la cría que le dimos hace tres años!

Pol se dio cuenta de que ya no estaba a la altura de los ojos de su tía. No se había dado cuenta de que había crecido tanto. Tenía las sienes más canosas y se le entretejían hilos blancos entre las trenzas negras, pero por lo demás era tal como la recordaba: hermosa como una noche estrellada. Pol levantó la vista cuando Chay se acercó a ellos y se sobresaltó de nuevo al descubrir que no tenía que echar tanto la cabeza hacia atrás para mirar esos penetrantes ojos grises.

—No seas tonta, Tobin —lo reprendió Chay, dándole un rápido abrazo a Pol—. Tiene que ser Pol, eso o Rohan de nuevo a su edad. Mis propias canas me dicen que el tiempo no ha retrocedido, así que debe ser Pol. No te ves peor por la travesía —añadió, alborotándole el pelo.

—Ahora no. Pero deberías haberme visto anoche. ¡Tengo el presentimiento de que hice algo horrible por toda la cubierta!

—No te preocupes —lo tranquilizó Tobin—. Es solo la prueba de que tienes el don faradhi. —Se giró y le sonrió a Meath—. Bienvenido a Radzyn. Y gracias por cuidar de Pol durante el viaje.

—No puedo afirmar haberlo hecho, mi señora —dijo el Mensajero del Sol mientras se bajaba del caballo—. Saludos de la diosa para ambos, mi señor —continuó, haciendo una reverencia a Chay—. Les traigo cariñosas palabras del príncipe Lleyn y toda su familia.

—Me alegra tenerlos aquí en Radzyn —respondió Chay—. Y es bueno saber que el viejo está bien. Si no están demasiado cansados, ¿por qué no vienen los tres a ver nuestra nueva camada de potros? —Pasó un brazo amigable sobre los hombros de Pol—. Estoy asquerosamente orgulloso de ellos, como de todos mis potros —añadió con una sonrisa para su hijo mayor.

Mientras caminaban hacia la cerca del potrero, Meath comentó:

—El Desierto cría caballos y Mensajeros del Sol tan buenos como sus ellos, mi señor. Tengo motivos para saberlo.

Tobin asintió con orgullo.

—Creo que este año descubrirás que todos son muy especiales. Pol, ¿ves esas seis pequeñas bellezas de ahí? ¿Tres grises, un alazán y un par casi dorados?

Pol contuvo la respiración al verlos. Sus largas patas los impulsaban en saltos juguetones que eran más gráciles que torpes a pesar de sus escasos días de vida. El dúo dorado en particular llamó la atención de Pol, tan parecidos en color y tamaño, y en la oscuridad de la crin y la cola, que podrían haber sido dragones nacidos del mismo cascarón.

—¡Son maravillosos! —exclamó.

—Deben serlo. —Chay cruzó los brazos sobre la barandilla superior de la cerca y contempló a los potros con aire soñador—. Linajes desde aquí hasta el origen del mundo y de vuelta, desde mis mejores yeguas hasta el viejo caballo de guerra de tu padre, Pashta. Si hay realeza entre los caballos, la tienes delante. Los últimos de Pashta son incluso mejores que los primeros.

—¿Sus últimos? —Pol miró a su tío.

Chay asintió

—Murió durante el invierno, con mucha facilidad y lleno de años, ¡y de su vanidad también! Casi como si supiera cómo resultarían estos seis. Para el próxima Rialla estarán listos para ti.

—¿Para mí? —Pol no podía creer su suerte.

—¿Quién más? —Chay le apretó el hombro—. Es deber de Radzyn mantener a sus príncipes decentemente montados, ¿sabes? Los seis son tuyos.

El chico miró con asombro a los potros, imaginándolos ya crecidos. Podía ver la genealogía del viejo Pashta en la profundidad de sus pechos y el arqueo de sus orejas: el amado Pashta de su padre, montado en una carrera de Rialla para ganar las esmeraldas de boda de su madre.

—Gracias, mi señor —susurró Pol—. ¿De verdad van a ser míos?

—Por supuesto.

—Pero no necesito seis caballos solo para mí. ¿Te enojarías si regalara los demás?

—¿En quién tienes en mente? —preguntó Chay con curiosidad.

—A mi padre le gustaría uno de los potros de Pashta, ¿verdad? Y mi madre estaría estupenda montando uno de los dorados; ella y mi padre podrían tenerlos, como un par. —Hizo una pausa—. ¿Estaría bien, mi señor?

—Perfectamente bien. Y basta de eso de *mi señor*, a menos que quiera que empiece a llamarte *su excelencia*. Bueno, ya que está claro, ¿te gustaría ver la yegua que montará a Waes por mí? Necesito manos firmes y un jinete comprensivo para ella. Y si me haces el favor, puedes ejercitarla en el Desierto este verano. ¿Te parece bien?

—¡Sí! —Los ojos de Pol brillaron.

Pasaron el resto de la mañana revisando varias yeguas y caballos castrados que llevarían a Waes para la venta, incluyendo el caballo que sería de Pol durante el verano. Una bonita yegua alazana inspeccionó a Pol con sus grandes ojos oscuros durante un rato antes de acariciarlo con su delicado hocico en señal de amistad. Él quedó encantado, como obviamente el caballo había pretendido que estuviera, y solo su creciente cansancio le impidió probar sus aires allí mismo.

Tras una comida informal a mediodía en privado en el fuerte, Tobin envió a Pol a descansar. Ni siquiera los jóvenes sanos podían cruzar el agua con aplomo cuando eran

faradhi. Maarken desapareció poco después, siguiendo sus propios pasos, pero Meath se quedó atrás.

—Mi señor, tengo que pedirle un favor por razones que no puedo revelarle. Tiene que ver con Lady Andrade.

Chay se encogió de hombros.

—Razón suficiente, y favor concedido.

—Gracias, mi señor. ¿Me prestaría dos guardias para el viaje a la Fortaleza de la Diosa?

—Maarken mencionó algo al respecto —dijo Tobin, la cabeza ladeada—. ¿Necesitas algo más que la protección de tus anillos? ¿Qué llevas, Meath, información en tu cabeza o en tus posesiones?

Se removió incómodo y se disculpó.

—Lo siento, mi señora, pero no puedo decírselo.

—¡Mensajeros del Sol! —se quejó Chay con voz burlona— ¡Y secretos de los Mensajeros del Sol! Claro que puedes llevar guardias, Meath. Lo ordenaré esta noche.

—Muchas gracias, mi señor. Y ahora tengo algo que debo contarte que también es un secreto y que debemos discutir en privado.

La princesa arqueó las cejas, pero se levantó con suavidad y sugirió:

—¿Quizás un paseo por los jardines traseros, junto al sendero del acantilado?

Meath no dijo nada hasta que pasearon por el sendero de grava entre plantaciones de hierbas, con las olas golpeando a lo lejos. No había nadie más en esa sección de los jardines, y podrían ver a cualquier intruso mucho antes de que pudieran oírlos. Les contó el incidente en la taberna, las conclusiones de Pol al respecto y, sobre todo, la conversación posterior de Lleyn con él, Chadric y Audrite. Chay apretó los puños y los ojos negros de Tobin se entrecerraron peligrosamente, pero ninguno dijo una palabra hasta que Meath terminó.

—¿Lo sabe Sioned? —preguntó Tobin.

—Se lo dije ayer en la luz del sol, mi señora. No le hizo gracia —añadió con sutileza.

—Me lo imagino —murmuró Chay—. Bueno, Pol será vigilado por más ojos que de costumbre, aunque ninguno de nosotros respirará tranquilo hasta que esté a salvo en Perla Grisl. Pero el Rialla me preocupa. ¿Crees que podrían convencer a Rohan de cambiar de opinión y no llevarse al chico?

—Sioned no me dijo lo contrario, así que deben creer que pueden protegerlo —respondió Meath.

—Y Rohan tiene este progreso planeado desde el año pasado. ¡Maldición! —Tobin pateó una roca, con los puños metidos en los bolsillos de los pantalones—. ¡Pensé que nos libraríamos de esos malditos Mérida hace años!

—No me gusta dejar a Pol —dijo Meath lentamente—. Ni siquiera al cuidado de sus padres. Es muy importante para mí, y no solo como futuro Alto Príncipe e hijo de mi viejo amigo. Amo a ese chico como si fuera mi propio hijo. Más, incluso. Pero debo ir a la Fortaleza de la Diosa de inmediato.

—¿Qué llevas que es tan importante? —preguntó Chay, y luego levantó una mano—. Perdóname, no te preguntaré más sobre eso, sea lo que sea. Mis mejores caballos y dos de mis mejores hombres te esperarán mañana al amanecer. Conocen la ruta más rápida y segura. —Sonrió levemente—. Y te cuidarán cuando cruces los ríos.

Meath hizo una mueca.

—Por favor, mi señor, ¡no me lo recuerdes!

El faradhi los dejó. Chay y Tobin continuaron caminando por el sendero del acantilado, reflexionando sobre la noticia. Por fin se sentaron en un banco de piedra, de espaldas al mar. Su castillo se alzaba ante ellos: codiciado, jamás violado, protegiendo a un niño mientras dormía.

—No hay ni rastro de ella en él —dijo Chay de repente—. Su cabello es un poco más oscuro que el de Rohan, y su mandíbula será más larga, pero por lo demás es como si no tuviera madre.

—Más concretamente, como si Sioned *pudiera* bien ser su madre.

—¿Cuándo se lo van a decir?

—No lo sé. Es algo de lo que nadie habla nunca. Supongo que habrá que decírselo algún día, pero cuando sea mayor y pueda entenderlo.

—Te refieres a cuando las circunstancias lo obliguen. Sabes tan bien como yo que, si se la dejara elegir, Sioned jamás le dejaría saber que no es su verdadera madre.

—¡Ella es su verdadera madre! En todo menos en el parto, ¡Pol es hijo de Sioned, no de Ianthe!

Chay le apretó la mano.

No necesito que me convenzan. Pero ¿qué le pasaría si se enterara por alguien que no fuera ella o Rohan? Cada año la probabilidad aumenta.

—Disminuye —repuso Tobin con terquedad—. Nunca ha habido el más mínimo rumor. Si alguien lo supiera, ya lo habría dicho.

—Existe el conocimiento y luego están las pruebas —le recordó Chay—. Es esto último lo que me preocupa.

—Encuéntrame pruebas —se burló—. Los pocos que estuvieron en Cuenco Celestial y Stronghold nos aman a nosotros y a él, y dirán lo que Sioned y yo les digamos. En cuanto a los de Feruche... ¡bah! —Los despidió con un encogimiento de hombros arrogante—. ¡La palabra de unos pocos sirvientes contra la de dos princesas!

Chay sabía que el arrebato de arrogancia real la amenazaba.

—Presentemos un caso —sugirió a pesar del destello de advertencia en sus ojos—. Digamos que aún hay mujeres vivas que ayudaron a Ianthe esa noche, bañaron al bebé, mecieron la cuna...

—Nunca las creerían.

—Entonces, piensa cuántos cientos sabían que Rohan estuvo retenido en Feruche. ¿Y cuántas de ellas pueden contar los días sin usar los dedos?

Tobin permaneció imperturbable.

—Dio a luz antes de tiempo. Pensarán que estaba embarazada antes de capturar a Rohan.

—¿Y quién era el padre?

—¿Quién sabe? ¿Y a quién le importa? Creen que el bebé murió en el incendio con ella, así que da igual de quién fuera.

Chay negó con la cabeza.

—Hay tres hermanastros mayores que siguen vivos y que fueron traídos para ver al último hijo de su madre. No son sirvientes, Tobin. Son hijos de una princesa y tres señores de alta cuna. ¿Y si le pidieran a Sioned que demostrara que había tenido un hijo? No puede haber ninguna marca en ella que lo indique.

Le dedicó una sonrisa triunfal.

—¡Sí que la hay! Myrdal conoce hierbas que producen leche, incluso cuando no ha dado a luz. Amamantar cambia los pechos de una mujer.

—No lo había pensado —admitió—. Pero eso no niega el hecho de que debió haber alguien que te reconociera a ti, a Sioned y a Ostvel en Feruche la noche en que ardió el castillo.

—Temes a las sombras como un Mensajero del Sol con un solo anillo, Chay.

—No crees que se lo deban decir a Pol, ¿verdad? —preguntó con el ceño fruncido— Lo guardarías en secreto. ¿No entiendes que hay que decírselo? ¡Y no descubrirlo por rumores que lo lastimarían y le harían dudar de quién es! ¡Y lo que podría ser peor, rumores como ese podrían desbaratar todo lo que Rohan ha construido hasta ahora! ¡Mira estas tonterías sobre el supuesto hijo de Roelstra!

—Chay, es solo eso: tonterías. Si se atreve a aparecer en el Rialla, se reirán de él en Waes. Y lo mismo ocurrirá si alguna vez hay rumores sobre Pol —concluyó ella.

—¡Eres tan terca y ciega como Sioned!

—Obstinada, sin duda. Pero no ciega. Entiendo lo que dices. Pero no veo por qué habría que decírselo a Pol. El fundamento de su vida es la herencia real de su padre y los dones faradhi que cree haber recibido de Sioned. ¿Cómo se le dice a un niño que es nieto de alguien como Roelstra, o que su padre mató a su abuelo?

—No se le dicen esas cosas a un niño, no. Pero una vez que crezca y tenga su título de caballero y algunos anillos de Mensajero del Sol en su haber...

—No. No hay necesidad.

Chay conocía lo suficiente la mente de su esposa como para saber que no había más discusión con ella. Se levantó, la levantó a su lado y emprendieron el regreso al fuerte.

—Al menos estarás de acuerdo —dijo— en que ahora mismo necesitamos protegerlo. Voy a ponerle una vigilancia especial. Maarken es perfecto para ello. Es bueno con la espada y el cuchillo, es un hombre adulto y, además, un faradhi. Pol no sospechará ni guardará rencor si es su primo quien lo protege.

Tobin le sonrió.

—Tal como tú has protegido a Rohan.

—Es otro deber que Radzyn nunca cede a ningún otro señor del Desierto.

El futuro señor de Radzyn se encontraba en ese momento a cierta distancia física de su herencia, y aún más lejos en sus pensamientos. Maarken había salido de los establos montado en Isulkian, que en el antiguo idioma significaba *viento veloz*.

Chay le había puesto el nombre de las tribus nómadas del Desierto que aparecían y desaparecían a su antojo, normalmente para robarle uno de sus sementales. Los Isulk'im nunca se quedaban con los sementales que se llevaban. A veces, a plena luz del día, los devolvían en excelentes condiciones después de que sus yeguas hubieran sido atendidas. Con gusto les habría dado un semental de premio, solo para ahorrarse el cansancio de preguntarse cuándo desaparecerían sus caballos, pero los Isulk'im despreciaban tales ofertas. Tomar prestado un semental ante las narices de Chay era mucho más divertido.

El semental hizo honor a su nombre mientras Maarken lo guiaba por el camino que conducía al sur desde el castillo. Finalmente, el joven tiró de las riendas y sonrió al ver al caballo sacudir la cabeza, aún ansioso por correr contra la brisa primaveral.

—Piensa en eso, amigo mío. Correremos en serio en Waes, y por algo más que diversión. Necesito unos zafiros para adornar el cuello de cierta dama de ojos azules.

Siguiendo a paso tranquilo, Maarken no se sorprendió demasiado al descubrir que había elegido instintivamente el camino a Monte Blanco. A unos cuantos kilómetros de Radzyn, costa abajo, se hallaba el hogar que el heredero habitaría después de casarse. Chay nunca lo había habitado, pues ya era señor de Radzyn cuando se casó con Tobin, y

durante años, Monte Blanco había estado gobernado por mayordomos. Pero si Maarken se salía con la suya, estaría en uso para el otoño, y para el propósito para el cual fue construido.

Sabía que debería haberles dicho algo a sus padres mucho antes. Pero, por alguna razón, no se sentía con fuerzas para decirles que elegir entre las diversas doncellas de Waes ese año no era su intención, pues ya había encontrado a la mujer con la que quería casarse. O tal vez ella lo había encontrado a él. No estaba del todo seguro de cuál de las dos era, y no le importaba demasiado. Se alegraba de que hubiera sucedido. El solo hecho de pensar en Hollis le dibujaba una sonrisa, y que esa actitud, ligeramente adolescente, no le molestaba en absoluto. Había tenido muchos ejemplos de amantes insensatos a su alrededor desde la infancia, siendo sus padres los principales culpables de alimentar, sin querer, sus ideas sobre el romance en el matrimonio. Su padre había cumplido cincuenta y un años y su madre era solo unos años más joven, pero las miradas que intercambiaban cuando creían que nadie los veía eran inconfundibles. Rohan y Sioned eran iguales, al igual que el señor y la señora de Remagev, Walvis y Feylin. Incluso el serio príncipe Chadric y la princesa Audrite habían sido un ejemplo. Maarken siempre había deseado lo mismo para sí mismo: sonrisas, miradas secretas, incluso un temperamento explosivo. Quería una mujer con la que pudiera trabajar y dormir, alguien en quien confiar sus pensamientos y su corazón. Sin esa clase de relación, la vida matrimonial sería poco más que despertar cada mañana con una desconocida.

Sus mejillas se sonrojaron al recordar las muchas veces que había hecho precisamente eso, y la primera mañana en que despertó con Hollis. No debería haberlo hecho, y Andrade se puso furiosa cuando se enteró. Pero no le importó el disgusto de su tía abuela.

Tenía diecinueve años y no era en absoluto inexperto. De hecho, su padre le había mostrado una vez una carta del príncipe Lleyn en la que el anciano se quejaba irónicamente de la propensión de Maarken a atraer mujeres de todas las edades a Perla Gris.

Prácticamente todo en mi palacio que lleva falda lo ha perseguido con devoción desde que cumplió catorce años, y últimamente creo que no ha corrido tan rápido como podría. De hecho, creo que disfruta siendo atrapado.

Chay esperó para mostrarle esa carta hasta que Maarken fue nombrado caballero y se dirigía a la Fortaleza de la Diosa para su entrenamiento de faradhi. Se rieron de ella, Maarken con las mejillas sonrojadas, Chay con orgullo presumido.

Pero esos encuentros fueron solo experimentos, un deseo y una rápida curiosidad, fácilmente satisfechos. Hollis había encendido en él una llama que había ardido con firmeza durante seis inviernos.

Llevaba poco tiempo en la Fortaleza de la Diosa cuando Andrade decidió que su primer anillo, poco ortodoxo, era válido. Rohan le había dado el círculo de plata con un granate engastado durante la campaña contra Roelstra, cuando Maarken invocó el Fuego. Le había demostrado a Andrade que merecía el anillo, y ella le había dado un sencillo anillo de plata para que lo llevara con el granate en el dedo corazón derecho. Al mirar sus pálidos ojos azules, la había oído decirle que al día siguiente iría solo al bosque a consultar con la Diosa sobre su futuro como hombre, pero que antes, a la medianoche, una mujer faradhi vendría a él y lo convertiría en hombre.

En teoría, uno nunca sabía con quién era ese primer encuentro sexual. Se consideraba de muy mala educación intentar averiguarlo, y de todos modos, nunca importaba. La propia Diosa envolvía al Mensajero del Sol en misterio, ocultando la identidad del chico o la chica que por la mañana ya no sería virgen. Solo los hombres y mujeres faradhi de siete o más

anillos poseían esta habilidad, solo ellos tenían la responsabilidad de convertir a las niñas en mujeres y a los niños en hombres.

Hollis solo había usado cuatro anillos esa noche de invierno. A veces se preguntaba si lo habría adivinado de todos modos. Incluso en la oscuridad total, su cabello se sentía dorado en sus dedos. Maarken respiró hondo como para volver a oler la tierna fragancia de su cuerpo.

Hablar estaba prohibido. Ambos lo sabían. Los labios solo eran para besos y caricias, voces para gritar de alegría. Sin embargo, cuando terminó y él descansó a su lado, con el corazón aún latiéndole con fuerza en el pecho, susurró su nombre.

Ella jadeó y se quedó rígida. Maarken la abrazó con más fuerza, sujetándola cuando ella se le escapaba.

—No —susurró—. No, por favor...

—Deseas estar aquí tanto como yo te deseo a ti. —Pero entonces, como solo tenía diecinueve años, añadió vacilante— ¿Verdad?

Ella tembló un instante y luego asintió contra su pecho.

—Andrade me matará.

Maarken deliraba un poco.

—Tendrá que pasarme por encima para hacerlo —respondió con ligereza—, y no arriesgará ni un pelo de mi cabeza. Pariente, futuro Mensajero del Sol, Señor de Radzyn... ¡Soy demasiado importante! Puede que despotrique un poco, ¡pero ambos la hemos oído hacer eso antes!

La tensión desapareció de su mente.

—Sin embargo, todavía hay un problema. Se suponía que esta sería tu noche de conquista. Solo tengo cuatro anillos, así que no puedo haberte instruido adecuadamente. Me temo que no he cumplido con mi deber contigo, mi señor.

Maarken jadeó de asombro antes de reconocer el tono burlón en su voz. Con un tono más suave, dijo:

—Tendrás que darme otra lección, mi señora. Aprendo muy despacio. De hecho, es muy posible que tengas que seguir enseñándome toda la noche.

Olvidaron que a medianoche otra mujer llegaría a la habitación de Maarken. Olvidaron todo menos la dulce alegría de la carne del otro. Su cabello era un río de oro que parecía brillar con luz propia en la oscuridad; casi ciego, apartó los delicados mechones de su rostro, recorriendo con los dedos el contorno de su nariz, mejillas y frente, conociendo su rostro con el tacto como hacía tiempo que lo había aprendido con la mirada. Sus manos lo aprendieron todo sobre ella, todos los colores de su cuerpo tan claros como los de su mente. Se perdió en su zafiro, perla y granate, colores profundos y brillantes que lo envolvían como terciopelo, un patrón perfecto de un alma luminosa y hermosa. Estaban acostados juntos, intercambiando besos ociosos, cuando la puerta chirrió al abrirse suavemente. Maarken se incorporó en la cama y Hollis dio un pequeño grito de miedo. Una voz que Maarken no reconoció provenía de una mujer envuelta en sombras de seda.

—Vaya, vaya, vaya. —De repente, la mujer rió con indulgencia—. Ya que están, podrían terminar bien lo que bien empezaron. Paz, niños.

La puerta se cerró y ella se fue.

Maarken tragó saliva.

—¿Quién... quién crees que era?

—No lo sé. No quiero saberlo. Pero sea lo que sea que haya dicho hace un momento, estamos en problemas, Maarken.

—Te amo, Hollis. Esto era correcto.

—Para ti y para mí, sí, pero no en lo que respecta a Andrade.

—Al diablo con Andrade —dijo con impaciencia—. Te lo dije, no nos castigará. Ya oíste lo que nos acaba de decir quienquiera que fuera. El resto de la noche es nuestra. No voy a renunciar a ella. ¡Y desde luego no voy a desperdiciarla!

—Pero...

—Silencio. —La silenció con un beso. El deseo corría por sus venas, convirtiendo su sangre en lenta luz solar fundida. Ella se resistió un momento, luego suspiró y lo abrazó.

A la mañana siguiente, fue solo al círculo de árboles donde los farad-h'im buscaban su futuro. Arrodillado, desnudo, ante el estanque inmóvil bajo un montículo de rocas, se enfrentó no al Árbol Niño ni al Árbol Joven, sino al Árbol Hombre. Algún día se volvería hacia los enormes pinos que simbolizaban su paternidad y vejez, pero aún no. Hoy, en el ritual de los Mensajeros del Sol, era un hombre. Conjuró Fuego sobre el Agua quieta, se arrancó un cabello de la cabeza para representar la Tierra de la que estaba hecho y sopló el Aire de su propio aliento para avivar las llamas. En ellas vio un rostro: el suyo, maduro y orgulloso, con los huesos fuertes de su padre y los ojos de párpados largos de su madre. El Fuego se encendió entonces, y otro rostro apareció junto al suyo. Era una versión mayor de Hollis lo que vio, su cabello castaño elegantemente trenzado alrededor de su cabeza y atado con un fino círculo de plata con un único rubí engastado, que la identificaba como la Señora del Fuerte de Radzyn.

A su regreso, tras recuperarse más o menos de la felicidad aturdida, encontró una llamada de Lady Andrade esperándolo. Era inmune a su ira mientras ella lo regañaba por ignorar las tradiciones de la Fortaleza de la Diosa. Cuando ella finalmente le preguntó con enfado sobre su penitencia, él le sonrió con perfecta serenidad.

—Vi a Hollis en el Fuego y el Agua.

Andrade contuvo el aliento y frunció el ceño. Pero no se dijo nada más y ni Maarken ni Hollis fueron castigados. Aun así, él era heredero de una importante propiedad, nieto del Príncipe Zehava y primo del siguiente Alto Príncipe. No podía casarse ni hacer una Elección formal sin el consentimiento de sus padres y su príncipe. Pero solo tenía diecinueve años, Hollis dos años mayor, y aún había tiempo.

Al recibir su quinto anillo el verano siguiente, Hollis fue enviada a Agua Kadar, en Osetia. La propiedad estaba lo suficientemente cerca como para permitir visitas ocasionales y una comunicación fluida a la luz del sol entre un faradhi entrenado y un simple aprendiz, y la facilitación de dicho contacto motivó a Maarken a sobresalir en sus estudios. Los días eran soportables, con el toque de sus colores a su disposición bajo la luz del sol; las noches eran larguísimas.

La propia Hollis había sido quien pidió paciencia. Ella insistió en que no se acercara a sus padres ni al Alto Príncipe hasta que cada uno tuviera un sexto anillo, lo que significaba que eran capaces de usar la luz de la luna además de la del sol.

—Tienen que saber que puedo serles útil a ti y a ellos —le dijo con franqueza—. Y tienes que demostrar que has adquirido todas las habilidades que tus dones exigen. Estoy aprendiendo lo que necesito saber sobre cortesanas y modales, y cómo dirigir una finca; cosas que solo puedo aprender aquí, en Agua Kadar. Tengo que ser capaz de funcionar como tu dama además de como Mensajera del Sol. Además, si algún día voy a estar en Radzyn, tendré que aprender sobre caballos, ¿y qué mejor lugar para hacerlo que en Agua Kadar, la competencia? —Y aunque ambos se rieron, ella se puso seria de nuevo enseguida— Es importante para mí, Maarken, tan importante como lo fue tu título de caballero para ti.

Él accedió a regañadientes. Ahora, mirando los seis anillos que brillaban en sus dedos mientras sostenía las riendas de Isulkian, se preguntaba por qué seguía dudando. Podía contárselo a sus padres o esperar a que la conocieran en el Rialla y comprendieran su valor. Andrade había llamado a Hollis a la fortaleza con el acuerdo de que la joven formaría parte de su séquito en Waes. Maarken se sentía agradecido, pero desconfiado; conocía a su tía, y ella nunca hacía nada sin un objetivo específico en mente. Si deseaba que se casara con Hollis, no era por amor, aunque no tendría objeciones a que fueran felices. No, Andrade debía de tener algo más en mente, y eso le preocupaba.

Todavía no podía contar con sus padres como aliados, por mucho que dijeran que deseaban su felicidad por encima de todo. Después de todo, él era su hijo mayor y heredero, una posición poderosa incluso sin su vínculo de sangre con Pol. Gobernaría el único puerto seguro de la costa del Desierto, por donde transitaba todo el comercio importante: caballos, oro, sal y lingotes de vidrio que salían; alimentos, productos manufacturados y, sobre todo, seda preciosa. Radzyn criaba caballos de una calidad que se cotizaba a precios más altos cada Rialla, pero su verdadera riqueza residía en el comercio que administraba. El abuelo de Maarken había sido rico, su padre lo era aún más, y él aún no era consciente de lo rico que iba a ser. Según todas las reglas, debería casarse con una mujer de cuna, si no con una fortuna comparable a la suya.

Hollis era una mujer poco común, pero era hija de dos faradh'im de la Fortaleza de la Diosa, quienes no tenían vínculos familiares reconocidos. Sus hijos con Maarken sin duda heredarían los dones, reforzados por ambos padres. Maarken ya había experimentado la desconfianza y la envidia asociadas a ser Mensajero del Sol e hijo de una familia poderosa.

Cabalgó su caballo por el camino hacia Monte Blanco, deteniéndose en el grupo de árboles que su madre había ordenado plantar antes de su nacimiento. La fresca sombra se extendía a su alrededor, e ignoró los impacientes brincos de Isulkian. Podía ver la mansión a través de los árboles, los sólidos muros de piedra suavizados por las enredaderas en flor. Establos, pastos, jardines, una playa de arena bajo los acantilados, un hogar cómodo y acogedor: todo sería suyo, y traería a Hollis allí antes de que comenzara la temporada de tormentas. Pasarían el invierno escuchando la lluvia y el viento, acurrucados junto a su hogar. Siempre lo había imaginado así, desde la infancia, cuando él y su hermano gemelo Jahni cabalgaban hasta allí para jugar a ser los jóvenes señores de su propia mansión. Eran demasiado jóvenes para incluir en sus juegos algo tan extraño como la idea de esposas, pero a veces, durante los años transcurridos desde la muerte de su hermano, Maarken se preguntaba cómo habría sido, ellos dos y sus esposas compartiendo aquella hermosa y antigua casa, con los niños abarrotando sus numerosas habitaciones y jugando a los dragones en el patio. Una pequeña y triste sonrisa dibujó en su rostro y se acercó.

Lo que Andrade quisiera, lo obtendría. Siempre lo hacía. Había casado a su hermana con el príncipe Zehava con la esperanza de un heredero varón con dotes de faradhi. En cambio, la madre de Maarken era la que tenía potencial. Andrade entonces propuso a Sioned como esposa de Rohan, y esta vez la unión había dado fruto en un hijo que sería a la vez faradhi y Alto Príncipe. Los había criado a todos juntos como sementales y yeguas de premio. Maarken se preguntó si ya tenía una chica en mente para Pol, a pesar de su juventud. Ella no se opondría a su apareamiento con una Mensajera del Sol, lo que le garantizaría los dones de la siguiente generación. Pero también sabía que los finos y elegantes dedos de su tía abuela se cerrarían sobre su vida si no tenía cuidado. Se insinuaba que este era el origen de la frialdad entre ella y Sioned. Andrade la había usado a ella y a Rohan para conseguir a su príncipe Mensajero del Sol, y ellos lo resentían. Además, desde el nacimiento de Pol, Sioned solo había llevado el anillo de esmeraldas de su esposo,

no los otros siete que había ganado como faradhi, un recordatorio visible de que ya no estaba gobernada por Andrade y la Fortaleza de la Diosa. Y eso era precisamente lo que ponía nerviosos a los demás príncipes.

No es que les hubiera reconfortado la idea de que Andrade gobernara a través de Rohan y Sioned. Era la idea de que ambos tipos de poder se fusionaran en cualquier combinación lo que les inquietaba. Y había otros además de Pol: el propio Maarken, su hermano menor Andry, Riyan de Cuenco Celestial. Los demás nobles temían el poder de un señor capaz de invocar el Fuego a su antojo, vigilar cualquier corte en un haz de luz, usar ojos y oídos ajenos para observar donde quisiera. Ser un Mensajero del Sol implicaba una ética: la estricta prohibición de usar los dones para matar, el mandato igualmente estricto de no buscar el bien de una tierra a expensas de otra. Sin embargo, ¿qué esperaba Andrade al crear gobernantes que poseían ambos tipos de poder?

Era una línea delgada y difícil de seguir. Maarken aún no se había enfrentado a una crisis de decisión, pero sabía que algún día lo haría. Por la mirada a veces atormentada de Sioned, ella ya lo había hecho, y, sin importar el resultado, la había marcado. No podía hablar con sus padres sobre este tipo de cosas; a pesar de sus tres anillos, su madre no lo entendería. Aunque influyente por derecho propio y como Señora de Radzyn, Tobin no pensaba como los Mensajeros del Sol. Nunca había recibido una formación real en la Fortaleza de la Diosa. Pero allí estaba Sioned, y Maarken se relajó un poco ante la perspectiva de hablar de todo esto con ella. Había sido la primera en ejercer ambos tipos de poder. Tendría los mismos temores por su hijo que Maarken sentía por sí mismo y sus hijos no nacidos.

Hizo girar a su semental antes de llegar a las puertas de Monte Blanco, aún no preparado para entrar como su futuro amo. Una palabra a su padre sobre la posibilidad de reformar su interior antes de su matrimonio les daría la pista de que por fin estaba considerando seriamente casarse. Pero esperaría, hablaría con Sioned y, en Waes, permitiría que todos vieran los méritos de Hollis por sí mismos antes de decir nada.

Cruzaría las puertas de Monte Blanco con ella a su lado, o lo haría solo.

Capítulo Cuatro

El Alto Príncipe holgazaneó hasta tarde en la cama, terminando un desayuno de fruta fresca y panecillos hojaldrados, acompañados de vino aguado. Tenía un montón de pergaminos junto a él, el de arriba con una mancha de mantequilla de manzana. Normalmente, Rohan incluso trabajaba durante sus comidas, pero esta mañana ignoró sus obligaciones en favor de la diversión de ver a su esposa ceder a los nervios.

Su bata de seda turquesa ondeaba a su alrededor mientras caminaba de un lado a otro. Tres veces se había trenzado y destrenzado su larga cabellera dorada, insatisfecha con cada esfuerzo. Con cada movimiento brusco de sus dedos, su esmeralda brillaba a la luz del sol. Una selección de vestidos estaba amontonada en su tumbona, pero ni siquiera había empezado a probárselos, ocupada por el momento en arreglarse el pelo. Sus maldiciones murmuradas y el ocasional silbido de puro enfado divertían enormemente a su marido.

—Nunca te has tomado tantas molestias en vestirte para mí —dijo finalmente.

Sioned lo miró con el ceño fruncido.

—Los hijos son más observadores que los maridos, ¡sobre todo cuando el hijo lleva tres años ausente!

—¿Puede un simple marido hacer una sugerencia? ¿Por qué no te ves como siempre? Pol esperará ver a su madre, no a la Alta Princesa con todas sus sedas y joyas.

—¿Lo crees? —preguntó con tristeza, y se sonrojó cuando él se rió de ella—. ¡Ay, basta! Sé que es una tontería, pero no puedo evitar pensar en cuánto debe haber cambiado.

—Más alto, con mejores modales y un mayor sentido de su propia posición —enumeró Rohan—. Yo era igual de escudero. Pero él será igual en todo lo que importa, y te encontrará tan hermosa como te recuerda. —Sonrió y se secó las manos—. Confía en mí.

—Has vuelto a dejar migas por toda la cama.

—Estoy convencido de que Stronghold presume de tener suficientes sábanas y sirvientas para cambiarlas. Ahora, ven aquí y déjame arreglarte el pelo, loca.

Se sentó en la cama de espaldas a él, y él, con destreza, le hizo una sola trenza.

—Apenas tienes canas —dijo mientras trabajaba.

—Cuando las encuentro, las arranco.

—Si yo hiciera lo mismo, me estaría quedando calvo. Dame las horquillas y quédate quieta. —Enrolló la trenza en un suave rollo y la besó en la nuca antes de asegurar el moño con unas sencillas horquillas de plata—. Ya. Ve a mirarte.

Se acercó al espejo del tocador y asintió.

—Si alguna vez te cansas de ser un príncipe, te contrataré como mi doncella. Esto no está nada mal. Y en cuanto a las canas, lo único que estás haciendo es volverte plateado en lugar de dorado. No sabía que fueras tan vanidoso.

Sonrió.

—Solo digo cosas así para que seas una esposa buena y obediente y me felicites. —Tiró la sábana sobre los pergaminos, se puso de pie y se estiró. Pasándose los dedos por el pelo, bostezó ampliamente y volvió a estirarse, sin pavonearse bajo su mirada.

—Tu buena y obediente esposa te recuerda que tenemos trabajo que hacer esta mañana —le dijo Sioned.

—¿De verdad? —Miró por encima del hombro hacia la cama— Recuerdo algunos informes, pero parece que se han desvanecido.

Ella rió entre dientes.

—¿Alguna vez te han dicho que eres imposible?

—Sí. Tú. Constantemente. —Se acercó y le desató el cinturón de la bata—. Vístete. La cría llegará antes de que nos demos cuenta.

Pero el grupo de Radzyn llegaba tarde. Rohan y Sioned esperaban en el Gran Salón y Sioned reanudó su paseo, con los tacones de sus botas resonando en el suelo de baldosas azules y verdes. Rohan se despatarró en el alféizar de una ventana, cerca de la mesa de los escuderos, y la observó, enormemente entretenido por su impaciencia. Él también estaba ansioso por ver a su hijo, pero cierta perversidad de su temperamento dictaba que cuanto más se inquietaba ella, más se relajaba él.

Finalmente llegó un sirviente con la noticia de que habían avistado al grupo del joven amo desde la Torre de la Llama, y Sioned le lanzó una mirada de culpabilidad a Rohan. Su expresión le ahorró la molestia de preguntar quién había apostado un vigía allá arriba. Se alisó el cabello y la ropa, respirando hondo antes de cruzar las enormes puertas talladas que se abrían para el Alto Príncipe y la Alta Princesa. Rohan observó a su esposa con una sonrisa, pensando que, por muy hermosa que pudiera estar con su traje de gala y sus esmeraldas, nada le sentaba mejor que un traje de montar cortado para realzar su esbelta figura de piernas largas. Bueno, se corrigió, o el traje de montar o nada en absoluto, excepto los mechones de pelo suelto.

Estaban juntos en el último escalón del porche, Sioned rígida por los nervios. Rohan notó la creciente excitación entre su gente reunida en el patio de abajo. Los mozos de cuadra seguían discutiendo sobre quién tendría el honor de llevar las riendas de Pol mientras desmontaba; los cocineros murmuraban sobre cuál de ellos había recordado sus comidas favoritas, un conflicto que Rohan creía resuelto hacía días. La guardia de Stronghold se alineó en estricta formación, su comandante, Maeta, cepillando la suciedad imaginaria de las impecables túnicas azules y los relucientes arneses. Todo esto para un solo muchacho, se maravilló Rohan, olvidando convenientemente que había recibido la misma bienvenida cuando regresó de su entrenamiento en Remagev.

Oyó la pregunta a gritos desde la portería que exigía saber quién deseaba entrar en Stronghold. No pudo oír la respuesta, pero sabía cuál sería la respuesta de Chay:

—¡Su Alteza Real el Príncipe Pol, heredero del Desierto y Marca del Príncipe!

El orgullo brotó en Rohan; Le daría a su hijo la mitad del continente, desde Agua del Amanecer hasta el Gran Veresch. También le daría leyes para gobernar esas tierras en paz, el poder para hacerlas cumplir y dones faradhi para mantenerlo todo a salvo. Miró a Sioned, quien lo había mantenido a salvo durante veintiún inviernos, la mitad de su vida. Ella había usado sus habilidades y sabiduría en su favor, y al diablo con la desaprobación de Andrade. Juntos formaban el equipo perfecto. Pol tendría el poder y el conocimiento de Rohan combinados con los dones de Mensajeros del Sol de Sioned. Sin importar que ella no lo hubiera engendrado físicamente.

El instinto le decía que había dado con la causa de su inquietud. Si hubiera tenido más tiempo, habría encontrado la manera de reírse de ella. Pol era su hijo tanto como el suyo, y ciertamente más de lo que nunca lo había sido de Ianthe. Pensar en la princesa muerta tensó los hombros de Rohan; se relajó conscientemente y tomó la mano de Sioned. Cualquiera que fuera su apariencia, él siempre podía adivinar lo que realmente sentía cuando la tocaba. Sus largos dedos temblaban levemente, fríos a pesar del calor primaveral, y no respondían en absoluto a su suave apretón. ¿Temía que, al crecer, Pol se hubiera distanciado de ella? ¿Acaso no comprendía aún que su derecho a él, a través del amor, era infinitamente más fuerte que cualquier derecho de sangre?

Las puertas del patio interior se abrieron y los jinetes entraron, Pol primero, como correspondía a un joven señor que regresaba a casa. Chay, Tobin y Maarken los siguieron con diez soldados. Pero Rohan solo tenía ojos para su hijo. Pol cabalgó hacia las escaleras entre los vítores de su gente y les dedicó a sus padres una reverencia formal desde la silla.

Rohan y Sioned respondieron al saludo con regio asentimientos y sonrisas contenidas ante la solemnidad juvenil de Pol. Con el rabillo del ojo, Rohan vio a Chay sonreír y a Tobin poner los ojos en blanco. Se abstuvo severamente de guiñarles un ojo. Mientras Pol desmontaba, Rohan bajó las escaleras con su esposa a su lado.

—Bienvenido a casa, hijo mío —dijo, y Pol le dedicó otra reverencia ceremoniosa. Lleyn y Chadric sin duda le habían enseñado buenos modales, pero, a juzgar por la sonrisa que transformó repentinamente su rostro, no lo habían hecho a costa de su ánimo. Solo quedaba ver si podía abandonar la formalidad en presencia de los habitantes del castillo, que lo conocían de toda la vida y estaban tan orgullosos y divertidos como sus padres.

Pol superó la prueba. Dejando a un lado sus modales reales, subió corriendo las escaleras hasta los brazos abiertos de su madre. Sioned lo abrazó con fuerza y luego lo soltó para que pudiera abrazar a su padre. Alborotando el cabello rubio oscuro de su hijo, Rohan le sonrió.

—¡Pensé que nunca llegaríamos! —exclamó Pol— Siento llegar tan tarde, madre, pero Maarken quería perseguir a un antílope de arena; lo perdimos en Roca Hendida, claro.

—Qué lástima —dijo Sioned con compasión—. Quizás podamos ir a buscarlo mañana. Pareces tan sediento como para haber estado cazando todo el día. ¿Entramos a tomar algo fresco?

—¿Puedo saludar a todos primero? Y también debería ocuparme de mi caballo. El tío Chay me lo regaló para el verano, ¡y puedo montarlo hacia el Rialla!

Rohan asintió y Pol salió corriendo. Su orgullo por el chico no tenía límites. Stronghold había visto los cambios en la apariencia y el comportamiento de Pol, el joven príncipe perfecto. Ahora su instinto le decía que debía restablecer las amistades de su infancia. Rohan se preguntó si Pol sabía qué lo había impulsado a hacerlo y cuál sería el resultado, pero luego decidió que no. Los gestos eran aún más cautivadores por su autenticidad y espontaneidad.

Chay había desmontado y se acercaba a los escalones, con una sonrisa pícara mientras le dedicaba a Rohan una profunda y elaborada reverencia de homenaje. Rohan resopló.

—¡No empieces!

—Solo pensaba seguir el excelente ejemplo de tu hijo, mi príncipe —respondió Chay—. Y si me perdonas mi humildad y la de mi insignificante hijo, seguiremos el ejemplo de Pol y cuidaremos nuestros caballos. ¿Con tu amable permiso, mi príncipe?

—Sal de aquí, gran idiota —lo regañó Tobin, dándole un manotazo en el asiento al pasar junto a él en los escalones.

Rohan buscó a Pol con la mirada. El chico estaba en medio de un grupo de soldados, arqueros, mozos de cuadra, sirvientas que charlaban y bromeaban; incluso el mayordomo principal de Rohan, quien evidentemente sentía que debería estar atendiendo al joven amo en lugar del mayor. Rohan negó con la cabeza con tristeza mientras abrazaba a su hermana, ligeramente desconcertado por el poder, hasta entonces desconocido, del encanto de su hijo. Pero cuando Tobin besó a Sioned y entraron, ella lo puso en su lugar.

—Es exactamente igual que tú a esa edad —le informó su hermana—. Te lo juro, tenía a todos en Radzyn listos para luchar contra dragones por él, y no me imagino que en Perla Gris fuera muy diferente.

—Con un poco menos de su edad —le recordó Rohan—, era intermediario entre cierta princesa y su futuro señor. Reuniones a medianoche, tardes secretas... ¿Pol también es experto en eso?

Tobin tuvo la gracia de sonrojarse, incluso a su edad.

—No lo sé, pero si lo es, ¡apuesto a que no es ni la mitad de torpe que tú! ¡Perdí diez años de mi vida la vez que mi padre me pilló con Chay!

—No fue culpa mía —protestó Rohan—. Y solo te encontraron una vez, de entre cientos de veces…

—¡Cientos! ¡Escúchalo! —Retrocedió hacia la frescura del vestíbulo y los inspeccionó a ambos— Rohan, has estado comiendo. No me lo puedo creer.

Sioned rió entre dientes.

—Uno de los privilegios de la mediana edad es engordar.

—No lo estoy haciendo —dijo Rohan. Pellizcó la cintura de Tobin, que aún estaba firme como la de una jovencita—. No parece que lo hayas aprovechado.

—Si lo hiciera —dijo Chay desde la puerta abierta—, la encerraría en mi calabozo y la mataría de hambre. Sioned, estás más hermosa que nunca, como siempre. —La besó, luego hizo una pausa y la besó de nuevo por si acaso— ¿Qué es todo eso de la mediana edad? Y en cuanto a ti… —Agarró los hombros de Rohan con sus fuertes y grandes manos y sonrió— Aún podrías esconderte tras tu espada. ¿Por qué soy yo el único que envejece?

Sioned arqueó las cejas.

—Solo verte hace que todas las mujeres de Stronghold se pongan nerviosas, ¿y me preguntas eso?

—Adoro a esta mujer —suspiró felizmente—. Pero no soy yo, es Maarken. ¿Sabes que ha pedido que rehagan Monte Blanco este verano?

—¡Ay! —rió Sioned—. ¿Voy a detectar nietos pronto? —Al ver a Maarken en la puerta, con las orejas rojas hasta los lóbulos, le hizo un gesto para que se acercara y lo abrazara. —Ni una palabra más, lo prometo.

—Gracias —dijo con sentimiento—. Pol quiere que subamos sin él. Vendrá enseguida. Myrdal ya lo tiene.

Tobin asintió y empezó a subir la escalera principal.

—Y no lo entregará mientras discutamos el peligro que corre.

La calidez de la reunión familiar se convirtió en un silencio gélido. Varios escalones por encima de ellos, Tobin suspiró, se giró y se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Hay que hablar de esto. Vamos, todos.

Rohan, intentando recuperar algo de su antiguo estado de ánimo mientras la seguían, le susurró a Chay en voz alta:

—¿Por qué me hace sentir como un invitado en mi propio castillo?

—Mejor un invitado que un sirviente —respondió Chay con filosofía—. Deberías ver lo que les hace a los señores y príncipes tan insensatos como para invitarnos a una partida de caza o a un festival de la cosecha.

—Lo he visto, gracias... cada tres años en el Rialla. Ella y yo tuvimos los mismos padres y la misma educación, Chay. ¿Por qué ella puede hacerlo y yo no?

Tobin ya había llegado al rellano y miró por encima del hombro.

—Oh, pobre, torpe y mudo Alto Príncipe —se burló—. Tú también lo haces, solo que te das cuenta tan poco como Pol.

Cuando Rohan asumió el título de Alto Príncipe, el número de personas que entraban y salían de Stronghold se cuadriplicó. Embajadores de otros principados llegaban con mayor frecuencia y se quedaban más tiempo, aunque Rohan se negaba a mantener la clase de

corte permanente que Roelstra había establecido en el Castillo del Peñasco. Las habilidades de Sioned como Mensajera del Sol hacían innecesarios los representantes residentes; podía comunicarse con mayor rapidez y eficacia con los faradh'im de otras cortes que con los mensajes que se podían enviar y recibir a través de mensajeros. Además, la interacción entre Mensajeros del Sol era breve y concisa, a diferencia de las interminables cortesías y ofuscaciones con las que los funcionarios justificaban su existencia. La falta de una corte formal fue un alivio tanto para Rohan como para Sioned. Durante la infancia de Pol, sobre todo, habían querido preservar cierta semblanza de vida familiar a pesar de su elevada posición.

Sin embargo, los emisarios seguían yendo y viniendo, y había sido necesario modificar Stronghold para acomodar el aumento de tráfico. A veces, cada cámara, antesala e incluso los pasillos estaban abarrotados de gente que había tenido la mala suerte de llegar todos a la vez. Si había quejas, Sioned nunca las escuchaba. Tampoco se disculpaba por las molestias. Consideraba a cualquiera que no fuera su familia y amigos cercanos como intrusos en su casa: los toleraba, los alimentaba y conversaba con ellos, pero los animaba a irse en cuanto terminaban sus asuntos. La madre de Rohan, la princesa Milar, había transformado Stronghold de una fortaleza guerrera a una residencia familiar; Sioned no tenía intención de que se convirtiera en una corte que funcionara únicamente para la comodidad y tranquilidad de los forasteros.

Sin embargo, Rohan había insistido en una cosa. Había una gran sala de audiencias formal justo al lado del vestíbulo principal, pero era demasiado imponente para conversaciones confidenciales en un ambiente relajado. Por lo tanto, había reservado una habitación más pequeña y menos formal dentro de los límites de su propia suite. En la cámara de la planta baja, el suelo estaba desnudo, las pocas sillas no tenían cojines y una pared estaba cubierta con un enorme tapiz de la propia Stronghold, un sutil recordatorio de la fuerza de la fortaleza y el poder de sus gobernantes. Pero en la planta alta, una magnífica alfombra cunaxana cubría el suelo de piedra con relajantes tonos verde, azul y blanco; los asientos eran informales y abundantes; tapices más pequeños representaban las colinas de Vere en primavera. Las ventanas daban al patio, donde la gente del castillo se dedicaba a sus quehaceres, y proporcionaban un agradable sonido de fondo. En esta hermosa sala se habían producido muchas conversaciones provechosas entre Rohan y sus athr'im o los funcionarios enviados por algún príncipe para resolver problemas.

Mientras su familia se acomodaba en sofás y sillas, Sioned indicó a los sirvientes que sirvieran vino fresco a todos y luego se retiraran. Había una copa para Pol en la mesa auxiliar. Sioned esperaba que se tomara su tiempo; no podía hablar de peligro con él en la habitación. No es que la preocupación por su seguridad lo asustara; todo lo contrario. En cambio, intentaría encontrar maneras de escabullirse de todos para escapar de la opresiva sensación de ser vigilado, aumentando así el peligro.

—Con su permiso —le dijo Chay a Rohan, aunque su expresión implicaba que la petición era una mera formalidad y que haría lo que planeaba, con o sin permiso—, pondré a Maarken como guardián de Pol en este viaje a Marca del Príncipe. De todas formas, debería adquirir algo de experiencia en el lugar. No solo para su propia educación, sino también para su disposición militar; si en el futuro planeas nombrarlo comandante de campo de Pol, claro.

—Ya se ha convertido en una de las tareas de Radzyn —respondió Rohan—. Maarken merece el puesto por su entrenamiento e ingenio, además de por su cuna.

—Gracias, mi señor —respondió el joven.

—Aunque pasará mucho tiempo antes de que su padre renuncie a su puesto, a pesar de su avanzada edad. Supongo que hay más, Tobin.

—Por supuesto. —Metió una bota bajo el cuerpo, sin preocuparse por la tapicería de terciopelo—. Me preocupa lo que Meath nos dijo sobre este supuesto hijo de Roelstra. Antes no me preocupaba; la afirmación es absurda, después de todo, pero el chico podría convertirse en una molestia para aquellos que son lo suficientemente insensatos como para apoyarlo por las razones que sean. Será difícil saber si realmente creen en su afirmación o si solo fingen creer por los problemas que causará. ¿Qué planeas hacer con él, Rohan?

—Nada. Al menos no directamente. Si siquiera admito que el problema existe, doy crédito a los rumores, ¿sabes? Nuestra visita a Marca del Príncipe servirá más para sofocar las esperanzas de este impostor que cualquier otra cosa. Llevo suficientes espadas para demostrar fuerza, pero solo las adecuadas para una comitiva real. Además, llevamos mucho tiempo planeando el viaje, antes de que estos rumores empezaran a circular. Así que no parecerá que se trata de una solicitud deliberada para conseguir el apoyo de la zona.

Tobin asintió con aprobación.

—Un viaje apresurado, sin previo aviso, se interpretaría como una señal de preocupación y debilidad. —Dio un sorbo de vino y volvió a asentir—. Con Maarken vigilando de cerca a Pol sin que él lo sepa, podrá aprender todo lo posible sobre Marca del Príncipe en caso de que se desate una pelea.

—No habrá guerra.

Rohan lo dijo en voz baja, pero las palabras eran aún más contundentes por la calma de su voz. Las cejas negras de su hermana se arquearon.

—Si es necesario, lucharás. Por muy bonitas que sean tus ideas sobre el honor y la ley, hay momentos en que el acero es la única respuesta. Lo sabes tan bien como yo. Y el entrenamiento de Pol se asegurará de que él también lo sepa.

—No vivirá por la espada como nuestro padre.

Si Tobin percibió la advertencia en su voz, la ignoró.

—No seas tonto. No digo que Pol deba disfrutar de la guerra como nuestro padre. Digo que a veces un príncipe tiene que luchar o deja de serlo.

Rohan la miró a los ojos con calma.

—Tienes razón, Tobin. Ya no soy un príncipe, sino un bárbaro. Y eso es lo que quiero que mi hijo aprenda, con mucho menos dolor que yo.

En el incómodo silencio que siguió, apareció Pol, todo cabello rubio, ojos brillantes y energía desbordante. Su sonrisa emocionada se desvaneció al estrellarse contra la tensión de la habitación. Tras una rápida inspección de cada rostro, dijo:

—Siempre me doy cuenta de cuándo han estado hablando de mí: todos dejan de hablar.

El tono malhumorado no le pareció bien a Rohan.

—Quizás si llamaras a la puerta y esperaras permiso para entrar, podríamos cambiar de tema con elegancia.

Pol parpadeó y se puso colorado. Sioned miró con disgusto a su marido y se levantó.

—Ven a tomar algo —le dijo a su hijo.

Él la siguió hasta la mesa auxiliar con bastante facilidad, pero una vez allí, preguntó:

—¿Está enfadado conmigo?

—No, polluelo.

—No soy un bebé, madre. ¿Cuándo van a dejar de tratarme como a un niño?

—Eras un niño cuando nos dejaste. Simplemente aún no nos hemos acostumbrado a ti.

—Bueno, ya he crecido —afirmó rotundamente—. No necesito que me protejan. ¿Qué puede ser tan horrible como para que tengas que dejar de hablar de ello cuando entro en la habitación?

Sioned se mordió el labio. Intentando reparar el daño causado por el arrebato de ira de Rohan, solo había empeorado las cosas. Su mano se dirigió al hombro de Pol y luego la retiró. Era tan diferente, este joven que había regresado en lugar de su pequeño, con líneas adultas en las mejillas y la mandíbula, percepciones adultas en sus ojos. Un dolor le oprimió la garganta. Quería recuperar a su hijo. Pero Pol tenía razón; ya no era un niño. Sin embargo, había cosas que no debía saber, y una verdad de la que debía protegerse el mayor tiempo posible. Si no podía aferrarse a su amor y confianza ahora, cuando finalmente lo descubriera, podría perderlo para siempre.

—¿Madre? ¿De qué hablabas?

Con sus nervios a flor de piel, no pudo afrontar su desafío directo. *Trátame como a un adulto*, decían sus ojos.

Maarken salvó el momento pidiéndole a Pol que explicara aspectos del entrenamiento de escudero que ambos tenían en común bajo la dirección de Chadric, y poco a poco el ambiente en la sala se calmó. Ante el interés de sus mayores, Pol empezó a parlotear como cualquier otro chico que hubiera estado lejos de casa y hubiera aprendido muchísimo. Pero Sioned lamentó la facilidad de su primer saludo, perdida tras su decepción.

Cuando se acabó el vino, Chay se llevó a Tobin a sus aposentos para que descansara. Rohan aún tenía que atender sus pergaminos, como le recordó Sioned con dulzura, ganándose una mirada de disgusto. Le preguntó a Pol si quería ayudarla a supervisar la siembra de primavera en los jardines e intentó no ofenderse demasiado cuando mencionó una promesa previa de pasar más tiempo con Myrdal en el cuartel de guardia. La comandante retirada de la guardia de la fortaleza, madre de Maeta, era muy amiga de Pol, y Sioned no podía negarle a la anciana el placer de su compañía.

Maarken le preguntó si le importaría que la acompañara, y ella aceptó su oferta con cierta curiosidad. A él no le interesaban en absoluto las hierbas ni las flores. En realidad, a ella tampoco, en particular; Era su deber como ama de Stronghold asegurarse de que floreciera. Recorrieron los senderos de grava y cruzaron el pequeño puente que se arqueaba sobre el arroyo del jardín, cuya doble función era irrigar y embellecer. El arroyo había crecido con la escorrentía primaveral de las altas colinas de Vere y culminaba en la fuente de la Princesa Milar. Sioned habló con los jardineros por el camino, atendiendo sus deberes con una parte de su mente mientras la otra se esforzaba por recordar algo sin llegar a conseguirlo. Cuando ella y Maarken se quedaron solos junto a la alta y estriada flor de agua, captó el recuerdo y sonrió.

Habían recorrido este sendero la mañana después de que él convenciera a sus padres de ir a la Fortaleza de la Diosa para algo más que un entrenamiento rudimentario como Mensajera del Sol. Tobin tenía tres anillos que denotaban habilidades que Sioned le había enseñado con la aprobación de Andrade, pero ella nunca había completado el ciclo de entrenamiento. Chay se había opuesto abiertamente a la idea de que su hijo se educara en tales cosas; nunca se había sentido del todo cómodo con las habilidades de Tobin, aunque valoraba la ventaja que a menudo le proporcionaban. Pero le preocupaba que los poderes de un faradhi, sumados a los de un señor importante, generaran enemistad y sospechas. Sioned había ayudado a Maarken a convencer a Chay de que sus talentos merecían ser cultivados al máximo, y a la mañana siguiente pasearon por los jardines mientras él intentaba encontrar las palabras para expresar su alivio y gratitud. Ella percibió que él necesitaba de nuevo su apoyo, pero esperó a que él mismo abordara el tema. Se quedaron

observando la brillante creación de agua juguetona de su abuela en el Desierto, y por fin él habló.

—Sobre Monte Blanco —empezó, y luego suspiró—. No es con la esperanza de encontrar esposa que quiero tenerlo listo. Ya la encontré.

Sioned asintió lentamente, siguiendo la danza de diminutas gotas de cristal que se precipitaban al estanque mayor y describían círculos contradictorios al impactar, reemplazadas a cada instante por otra gota y luego por otra.

—Es una Mensajera del Sol.

—¿Cómo lo supiste?

—Si no lo fuera, les habrías dicho a tus padres que tenías a alguien en mente; quizás incluso la habrías traído a Radzyn o le habrías pedido que la invitara a pasar el verano. Pero como no has hecho nada de eso, te preocupa su aprobación, lo que apunta a sus anillos.

Pateó la grava blanca alrededor de la fuente.

—Entonces sabes por qué te lo cuento a ti, y no a ellos.

—Crees que necesitas mi ayuda. —Lo miró y le puso una mano en el brazo. Su esmeralda reflejó posesivamente la luz, brillando como si fuera propiedad del sol—. Has hecho todo lo que se supone que debe hacer un joven señor, Maarken. Lleyn te enseñó tu papel de caballero y athri, y has visitado otros principados y posesiones para ver las formas correctas e incorrectas de gobernar. Pero Andrade te enseñó a ser un faradhi, y eso te hace diferente. Crees que elegir a una Mensajera del Sol como esposa te hará estar firmemente de un lado y no del otro.

Maarken se mordió el labio.

—Ella y yo decidimos que ambos tendríamos que estar completamente entrenados antes de poder casarnos. Bueno, llevo mi sexto anillo y sigo preocupándome como un dragón por un hueso de ciervo.

Se sentaron en el borde de la fuente, y Sioned mantuvo su mano sobre su brazo para consolarlo. Extendió sus largas piernas, con los tacones de sus botas clavándose en la grava, y se miró las rodillas.

—Pensé que quería esperar porque en el Rialla podrían conocerla sin prejuicios, ver cómo es por sí mismos. Pero tienes razón, Sioned. No sé qué será más poderoso en mi vida, ser Señor de Radzyn o ser Mensajero del Sol. No sé cuánto se influirán mutuamente ni cómo reconciliarlos. Siempre pensé que serviría mejor a mis tierras, a mi príncipe y a mí mismo si fuera ambas cosas, pero elegir ser Mensajero del Sol hace que parezca que soy más una cosa que la otra. Y eso lleva a Andrade a situaciones donde no debería estar. Sioned, no puedo dejarla entrar, no a la parte de mí que será Señor de Radzyn.

—Maarken. —Esperó a que él la mirara a los ojos y luego se tocó la mejilla, donde una pequeña cicatriz en forma de media luna se curvaba cerca del ojo—. Fui quemada por mi propio Fuego porque puse las necesidades de mi príncipe y mi principado por encima de todo, incluyendo mis juramentos faradhi. Creía más firmemente en mi propia sabiduría y mis decisiones, el destino, si se quiere, que en dejarme guiar por Andrade. No me preguntes qué pasó ni cómo, porque no puedo decírtelo. Pero usé lo que soy para conseguir lo que creía correcto.

Su autoridad como princesa le había valido las leales mentiras de su pueblo sobre la verdadera ascendencia de Pol, pero el Fuego de Mensajero del Sol había destruido el cadáver de Ianthe y había carbonizado Feruche después de que Sioned se llevara al hijo de Rohan. Fue solo por la gracia de un amigo que no asesinó a la madre de Pol con Fuego, algo completamente prohibido para los Mensajeros del Sol. Pero no habría sido la primera

vez que mataba usando sus dones. El faradhi que llevaba dentro se retorció de vergüenza, pero la princesa sabía con absoluta frialdad que tales cosas eran necesarias. Sostuvo la mirada gris de Maarken con la suya.

—Es una decisión difícil y solitaria. Pero te enseña algo muy importante: el miedo.

—¿Cómo temer a Andrade?

—No. Tus propios poderes. Maarken, eres un hombre fuerte y sabes que tu fuerza podría matar. Has aprendido a ser cuidadoso en los combates de práctica por miedo a herir a otros. Ser un Mensajero del Sol es así, más aún para alguien que también es un gran señor. Lo que hagas sentará las bases para Pol, Andry y Riyan. Habrá más en el futuro. Pero tú eres el primero.

—¿Y tú? Eres Mensajera del Sol y princesa a la vez.

—Soy una especie de mestiza. No nací en la realeza, independientemente de las conexiones de mi familia con Syr y Kierst. Fui faradhi antes que princesa, y eso siempre ha influido en mis decisiones. A veces reacciono de una manera como Mensajera del Sol y de otra muy distinta como gobernante, y ambas no siempre son compatibles con mis objetivos.

—Creo que lo entiendo —dijo lentamente—. Conozco el tipo de poder que tengo como guerrero, y un día seré el comandante de campo de Pol con un ejército detrás de mí. También conozco mi influencia como hijo de mi padre, y lo cuidadoso que tendré que ser con ese poder. —Extendió las manos para que los anillos reflejaran la luz del sol—. Este es otro tipo de poder. Y podría entrar en conflicto con el otro. Pero tú tomaste tu decisión, Sioned. El único anillo que llevas es el de Rohan.

—Los demás siguen ahí, como cicatrices —murmuró ella. Logró calmarse antes de continuar—. Apuesto a que tu Elegida te atrae por completo, Maarken. Tiene dones a tu altura, pero también será una excelente Dama de Radzyn. ¿Acaso eso no demuestra que ya has entrelazado ambos tipos de poder, te des cuenta o no? Lo que hiciste en el Faolain hace años lo demostró.

Vio el recuerdo en sus ojos. Con apenas doce inviernos, había reconocido la necesidad militar de destruir los puentes sobre el río Faolain y usó sus dones de Mensajero del Sol para hacerlo. Usar flechas ígneas habría sido arriesgado, pues las tropas de Roelstra podrían haber invadido los puentes para apagarlos y podrían haber muerto. Pero el Fuego de Maarken los había asustado y les había impedido hacer nada. Nadie murió. Rohan se lo contó a Sioned, maravillado por la madura decisión del chico, que combinaba el deber hacia su príncipe y la ética faradhi: fue por este acto que Rohan le dio a Maarken su primer anillo.

—Me alegra que seas el primero —le dijo Sioned—. Rohan conoce las costumbres de los príncipes, y yo las de los Mensajeros del Sol. Pero eres ambos. Pol no podría tener mejor ejemplo que tú. —Tras una breve pausa, esperó a que él la mirara de nuevo y sonriera—. Por eso, no necesitas ayuda con esta dama. La tienes, por supuesto. Pero no la necesitarás.

—Puede que no, pero me alegrará saber que estás ahí, de todos modos.

—No debes decirme su nombre todavía —continuó en un tono más ligero—. Quiero ver si puedo distinguirla entre el séquito de Andrade. ¡Y te apuesto las joyas que quieras para tu collar de bodas a que puedo distinguirla!

Maarken sonrió por fin.

—¡Sioned! ¡No necesita una dote!

—¿Quién habló de su dote? ¿Acaso no tengo derecho a ver a mi sobrino con algo magnífico en su boda? Si pierdo, puedes quedarte con ese tapiz que siempre te ha gustado. Siempre pensé que quedaría más apropiado en un dormitorio.

Se sonrojó, pero se rindió y rió con ella.

—¡Muy bien, hecho! ¡Gano de cualquier manera, y no creas que no sé que lo planeaste así!

—Hay algo en el Rialla que me dan ganas de apostar. ¿Te conté alguna vez que aposté con una de las hijas de Roelstra a que nunca atraparía a Rohan? Esta esmeralda contra toda la plata que llevaba puesta... y tintineaba como un carillón de viento.

—Te conozco, solo apuestas cuando estás segura de ganar. De lo contrario, nunca habrías arriesgado ese anillo.

—Qué perspicaz de tu parte, mi señor. —Con una sonrisa satisfecha, se levantó y le apartó el cabello oscuro y bronceado por el sol de la frente—. Hace demasiado calor aquí fuera. ¿Te imaginas cómo son los veranos en Remagev? Walvis, Feylin y sus niños estarán aquí, en unos días, para escapar del calor.

—Remagev siempre me recuerda a un dragón durmiendo en la arena. ¿Crees que podría ir a verlo y volver con ellos? He oído que Walvis ha obrado milagros con el viejo lugar en los últimos años.

—Apenas lo reconocerías. Yo... —Se interrumpió al ver que el aire a su alrededor brillaba con colores, patrones de luz que podía tocar con la mente. Agarró el brazo de Maarken con ambas manos, al ver que él estaba tan atrapado como ella por los rayos de sol que se espesaban con urgencia mientras una voz faradhi tejía un mensaje breve y aterrador, pidiendo ayuda a gritos.

Meath no tardó mucho en descubrir que los paseos de placer por las colinas de Dorval no eran un entrenamiento adecuado para el largo viaje a la Fortaleza de la Diosa. Cada vez que pensaba que quizás la miseria de un viaje por mar habría sido preferible al amotinamiento de cada músculo de su cuerpo, se obligaba a pensar en la travesía del río Pyrme del día anterior en una pequeña balsa con agujeros. Apenas había tenido tiempo para recuperarse; cuando Lord Chaynal les dijo a sus hombres que se apresuraran a llegar a algún lugar, obedecieron. Meath se recordó que al menos había habido un puente sobre el río Faolain y caballos de refresco en una de las propiedades del príncipe Davvi, pero estaba demasiado exhausto para apreciar el magnífico animal que llevaba debajo. Habían salido de Syr, cabalgando por los pastos abiertos entre los ríos Pyrme y Kadar, y a medida que avanzaba la tarde, Meath empezó a preguntarse con un dejo de desesperación si su escolta alguna vez pediría un descanso. Un hombre corpulento de unos treinta inviernos y una mujer algo mayor, parecían incansables. Meath tuvo que admitir que habían llegado a un ritmo excelente, aunque sospechaba que al día siguiente tendrían que atarlo a la silla para que no se desplomara.

Revia cabalgaba delante de él, su compañero Jal justo detrás. Sus espadas y arcos se complementaban con su estatus de Mensajeros del Sol, que completaba su armamento. Sus anillos habían requisado la balsa antes que varios otros pasajeros, y en las mansiones y aldeas del camino, un simple vistazo a ellos les había proporcionado un servicio rápido. Lady Andrade era conocida, respetada y generalmente temida en todos los principados, y ayudar a uno de sus faradh'im era buena política, además de buenos modales.

Cuando los dos primeros jinetes aparecieron sobre las bajas colinas del norte, Meath solo sintió una vaga curiosidad. La llegada de un tercero, un cuarto y un quinto no le preocupó. Pero cuando eligieron un camino que los interceptara y vio el destello del acero desenvainado, tensó todos los músculos doloridos. La lentitud de las respuestas de su cuerpo le advertía que sería lento hasta que la batalla lo calentara, pues esas espadas desenvainadas no indicaban otra cosa que batalla.

El arco se desprendió del hombro de Revia. Ella enganchó las riendas en el cuerno de la silla, guiando a su montura con rodillas y talones mientras tensaba su primera flecha. Los cinco jinetes aceleraron el paso y Meath intentó adivinar cuándo estarían al alcance de ese arco largo y mortal. Dar en el blanco con un caballo en movimiento sería difícil incluso para el mejor arquero. Pero Lord Chaynal le había prometido lo mejor, y Meath jadeó cuando la segunda flecha de Revia fue preparada y tensada antes de que la primera siquiera hubiera dado en el blanco. El emplumado rojo y blanco brotó como una flor exótica contra la hierba verde justo delante de los caballos al galope; solo una advertencia. Si no se desviaban, el siguiente disparo sería en serio. Jal se acercó a él, con el arco listo, y dijo:

—Adelante, mi señor, cabalga hacia esos árboles. Los derribaremos si es necesario y luego nos uniremos a vosotros.

Cuando el caballo que iba delante esquivó con destreza la primera flecha y los jinetes siguieron avanzando, Revia disparó. Jal mantuvo el ritmo perfecto, disparando mientras ella retiraba otra flecha, recibiendo otra él mismo mientras disparaba.

El principal impulso de Meath era quedarse y luchar junto a su escolta. Pero los pergaminos que llevaba eran demasiado importantes. Estaba a punto de seguir la sugerencia de Jal cuando otros diez jinetes coronaron la colina, con el sol brillando sobre las espadas desenvainadas.

—¡Rápido, mi señor! ¡Los árboles! —gritó Jal.

—O Lord Chaynal nos hará fregar los basureros de por vida —añadió Revia con calma, sin perder el ritmo de su arco.

En lugar de obedecer, Meath frenó con tanta fuerza que su caballo se encabritó sobre sus ancas. Ató las riendas como lo habían hecho Revia y Jal, liberando sus manos. Pero no empuñó la espada. En cambio, levantó ambas palmas para que sus anillos reflejaran la luz del sol. No lo hizo para advertir a los atacantes de que violaban la ley al acercarse a un Mensajero del Sol con las espadas desenvainadas, pues claramente estaban decididos a atacar, con leyes o sin ellas. En cambio, concentró rayos de sol y envió un mensaje urgente hacia la Fortaleza de la Diosa.

Los soldados de Radzyn colocaron sus caballos delante del suyo, protegiéndolo. Meath apenas percibió que un hombre había caído y dos más estaban heridos, y el caballo del cuarto chillaba con el dolor de una flecha en el cuello. Pero la distancia había suavizado el impacto de las flechas, y los demás siguieron cabalgando.

Meath corrió por la luz del sol hacia la costa oeste. Una fría niebla gris lo detuvo. Maldijo el clima primaveral que envolvía la fortaleza en una niebla impenetrable. Al instante regresó y arrojó las madejas en la otra dirección, al este y al norte, hacia Stronghold. La esmeralda, el zafiro, el ónice y el ámbar de Sioned le eran familiares desde hacía tiempo; tejió luz alrededor del patrón de sus colores y los tocó. Brevemente, comunicó su ubicación, el peligro y que lo que llevaba no debía caer en malas manos.

Sin esperar respuesta, se apartó de ella y espoleó a su caballo hasta situarse junto a Revia. Entonces volvió a levantar las manos. Podía invocar Fuego si era necesario, pero este podría matar o arrasar la hierba si su control no era lo suficientemente preciso. No deseaba dejar tras de sí una conflagración como señal del paso de un Mensajero del Sol.

Así que invocó Aire. El polvo de los campos se alzó tras el primer grupo de jinetes enemigos, recogió hierba suelta y piedrecitas, formando un remolino del tamaño de un pequeño dragón. A través de su espesura, vio caballos encabritándose aterrorizados y hombres intentando recuperar el control.

Jal soltó una maldición, sobresaltado. Revia siguió disparando flechas, pero con una sonrisa en el rostro ahora que sus objetivos estaban más cerca y no tenía que preocuparse

por la segunda oleada. Un hombre cayó gritando, con una flecha atravesándole la mejilla. Pero otro, enfurecido, clavó los talones en su semental y se precipitó hacia adelante, ignorando la flecha que Jal le clavó en el muslo. Levantó y lanzó un cuchillo.

Meath gruñó por el impacto en el hombro. Perdió el control de su torbellino; el ardor de la herida fue devastador. Pero no debería haber sido así, se dijo confusamente; solo fue un cuchillo arrojadizo clavado en su hombro, no en su pulmón ni en su corazón. Buscó a tientas el mango, extrajo el cuchillo de acero de su carne con un esfuerzo agonizante. Le pareció que se desplomaba muy lentamente, con los huesos sumergidos. Innumerables colores se hicieron añicos a su alrededor; los tonos de los árboles, las flores, la pradera y el cielo se convirtieron en cristal fironés teñido, perdiendo profundidad, pinturas sobre vidrio que se astillaron con un sonido terrible y se rompieron en fragmentos irregulares. Cayó sobre ellos, suaves briznas de hierba primaveral convertidas en briznas de cristal coloreado. Y entonces todos los colores desaparecieron.

Sioned jadeó por la fuerza del tejido de Meath, y de nuevo cuando desapareció abruptamente.

—¡Maarken! ¡Ayúdame a encontrarlo! ¡Rápido!

La siguió por los senderos de luz solar trenzada, buscando el patrón familiar que era Meath. Pero no poseía las habilidades de Sioned, así que solo encontró los colores, no la imagen de Meath; Sioned vio; Meath conjurando Aire, Meath abatido por el cuchillo resbaladizo y brillante. Vio a su amigo caer y un sonido, mitad sollozo, mitad gruñido, salió de su garganta.

Los jinetes enemigos se reagruparon mientras el torbellino se desvanecía. Se abalanzaron sobre los dos guardias Radzyn y el Mensajero del Sol que yacían boca abajo en la hierba. Sioned sabía que serían masacrados. No tomó la decisión conscientemente; hizo lo necesario. Con la crueldad de la necesidad, se apoderó de cada mente con potencial faradhi que pudo encontrar cerca. Retorciendo todos los colores, ligeros y brillantes hilos de seda en las manos de una maestra tejedora, hilaba la luz del sol como antaño había hilado el resplandor de las estrellas, y dirigía su brillo hacia el camino que se extendía justo frente a los asesinos.

El Fuego de Mensajeros del Sol surgió, una gruesa pared de llamas rugientes. Cabalgaron directamente hacia él, demasiado tarde para detener el impulso de sus caballos. Sioned no podía oír los gritos ni los golpes sordos al caer. Pero podía ver su Fuego lamiendo sus ropas mientras se revolcaban en el suelo, intentando apagar las llamas.

La mujer que vestía los colores de Radzyn saltó de su silla, tirando del cuerpo largo y musculoso de Meath lo mejor que pudo. Su compañero no tardó en ayudarla, lanzando miradas temerosas por encima del hombro hacia el Fuego. Meath fue arrojado sobre su silla y en cuestión de segundos el trío se dirigía hacia los árboles que los protegían. Cuando se perdieron de vista, Sioned dejó que el Fuego se apagara. Quedó una cicatriz en el campo, tierra ennegrecida como una línea que desafiaba al enemigo a cruzar. No lo hicieron. El polvo se alzó casi tan alto como el torbellino de Meath mientras corrían a por los caballos que pudieron atrapar y se alejaban a toda velocidad, dejando los heridos a su suerte.

Sioned esperó a que se fueran y luego dedicó sus energías a desenredar el tenso tejido de colores. En otra parte de Stronghold, Tobin se estremecía bajo la luz del sol que entraba por la ventana de su dormitorio. Chay la sacudió por los hombros, llamándola frenéticamente hasta que recuperó el sentido. En el soleado patio exterior, cerca de la caseta de vigilancia, la vieja Myrdal se aferraba a la frágil figura de Pol, sintiendo al chico

temblar en una tormenta de poder. Había visto a la Alta Princesa conjurar Fuego y cosas similares, pero ahora algo más le sucedía a Pol. Finalmente, experimentó un temblor convulsivo, recuperando la consciencia en su rostro, e incluso le sonrió levemente antes de desmayarse en sus brazos.

Maarken, el fuerte hilo central de su tejido, fue el último en desprenderse. Sioned se separó de él y juntos retrocedieron por los rayos de luz hacia Stronghold. No escatimó en vislumbrar los ricos prados syrenos que se extendían bajo ellos, ni la imponente elevación del Vere, decidida a buscar la seguridad del jardín. Pero de repente aparecieron otros colores: un torbellino cegador y asombroso de tonos arcoíris, tan sorprendidos de ellos como ellos por él. Sioned se apartó y la otra hizo lo mismo. Al abrir los ojos, se encontró mirando a Maarken, y no pudo evitar la impresión de unas alas.

El joven estaba empapado en sudor, temblando. Se aferró a las manos de Sioned con tanta fuerza que el anillo de esmeralda se le clavó en la carne. Sus propios nudillos estaban blancos. No recordaba cuándo habían unido los dedos, además de sus propios dones.

—Sioned —susurró Maarken, con la voz entrecortada—. ¿Qué... qué fue eso?

Ella sostuvo su mirada y dijo con cuidado:

—Creo... creo que nos topamos con un dragón.

Capítulo Cinco

La mujer había sido hermosa en su juventud. Sin embargo, incluso con las marcas de sesenta inviernos en su rostro y su cabello negro, ahora gris como el acero, había en ella un afán que los años normalmente robaban cuando la juventud se había ido irremediablemente. La ambición brillaba en sus ojos verde grisáceos, y una maliciosa diversión por su inevitable culminación. Esta fe absoluta en su eventual éxito le daba el aspecto de una mujer de la mitad de su edad. Su cuerpo aún era delgado y flexible, aunque la gracia ágil de su juventud había sido reemplazada por una deliberada elegancia. Ahora era majestuosa, impresionante por la conciencia de su valía, la clase de mujer que debería haber gobernado un principado en lugar de un pequeño asentamiento en un remoto valle montañoso. Pero en sus ojos había certeza de que no estaría allí para siempre, y que de hecho gobernaría algún día, y no solo un principado, sino todos.

El anochecer en el Veresch trajo un escalofrío. La mujer esperó, frente al montículo que marcaba el arco oriental de un círculo de piedras. Las rocas se inclinaban bajo los últimos rayos ardientes del sol poniente, y pronto las primeras estrellas aparecerían directamente sobre ellas. Le había complacido reunir a todos mientras aún había luz solar; el rápido descenso de la oscuridad y la repentina aparición de las estrellas fue un drama poderoso y primigenio, especialmente allí. Que los faradh'im tuvieran su sol, sus árboles, sus tres lunas pálidas. Ella y los de su especie conocían desde hacía incontables generaciones el poder de las piedras y las estrellas, y un tipo diferente de fuego.

Un círculo completo de noventa y nueve rodeaba la cañada fuera de las planas marcas de granito, con las manos entrelazadas y la respiración casi acallada en el silencio. En tiempos pasados había sido difícil reunir a tantos, pero los rumores esta primavera eran tan abundantes como corderitos recién nacidos y habían atraído gente hacia ella. Mientras esperaba a que desapareciera la última luz del sol, reflexionó sobre la magia de este múltiplo de tres, un número especial desde el principio del mundo. Tres lunas en el cielo, tres inviernos entre apareamientos de dragones, tres grandes divisiones de tierra en la Montaña, el Desierto y la Pradera del Río. Los príncipes se reunían cada tres años. Los antiguos habían honrado a tres deidades: la Diosa, el Padre de las Tormentas y el Sin Nombre, que habitaba en la espesura de estas montañas. Los faradh'im habían negado hacía mucho tiempo el poder que ella invocaría esa noche, cuando más necios habían sido. Pues también había tres clases de luz: sol, lunas y estrellas. Con noventa y nueve ahí, se convirtió en la centésima, representante del Sin Nombre que lo gobernaba todo.

Tres era también el número de los hijos de la princesa Ianthe, cada uno de ellos situado a un tercio del círculo, junto a las piedras verticales que les llegaban a la cadera. Podía percibir sus poderes en bruto, a medio entrenar, heredados de una abuela que había estado entre los últimos diarmadh'im de pura raza. Lallante, una cobarde corta de entendimiento que había rechazado su verdadera herencia, la había usado, sin embargo, para atrapar al Alto Príncipe Roelstra. El matrimonio había dado a luz a Ianthe, quien a su vez había engendrado tres hijos ambiciosos y maleables. Eran las piedras angulares del poder que invocaría esa noche, y la razón por la que estaba segura de su triunfo final.

Catorce inviernos atrás, la victoria era una palabra para otros. Para ella solo había existido la supervivencia, como la había existido para todo su pueblo durante cientos de inviernos, desde que el regreso de los Mensajeros del Sol al continente desde su exilio en Dorval destruyó a los diarmadh'im, su poder, su idioma y su forma de vida. Expulsados a las montañas remotas, fueron perseguidos y masacrados por despiadados Mensajeros del Sol liderados por tres —ese número de nuevo, pensó con amargura— cuyos nombres estaban

incluso ahora prohibidos para que sus espíritus, transportados por el viento, no encontraran estos últimos escondites.

Pero ahora tenía tres propios, se dijo a sí misma, sintiendo a los fuertes hijos de Ianthe a su alrededor. Harían su obra y su voluntad, y ella triunfaría. La juventud había comenzado de nuevo para ella el día que los trajeron al refugio de las montañas.

La luz del sol se había ido y la oscuridad trajo la primera estrella. La mujer extendió las manos de modo que el único destello de luz se centrara entre sus dedos extendidos. El brillo estelar se extendía entre sus brazos alzados y ella apretó los puños, entrecerrando los ojos mientras tejía el fuego frío, centrando la trama antes de envolver la tela de luz alrededor y a través de las piedras.

Sus anclas, los hijos de Ianthe, comenzaron a temblar. Su temblor recorrió el círculo de manos y cuerpos que los rodeaban, y la fuerza de la mujer aumentó al absorber la energía de noventa y nueve vidas unidas por el fuego estelar. Dirigió este poder hacia el círculo de piedras. Y un instante después se reveló la fuente del nombre de su especie: diarmadh'im, Quemapiedras.

Se convirtió en la roca inmóvil del túmulo, observando cómo se formaba una escena en el frío resplandor de diminutas llamas blancas. Dedos largos y finos fue lo primero que vio, extendidos hacia un hogar. Diez anillos tachonados de gemas rodeaban los dedos; finas cadenas de oro o plata conectaban cada anillo con brazaletes en muñecas huesudas. A continuación, se vislumbró un rostro orgulloso y de rasgos afilados. El cabello había sido rubio en el pasado. Los ojos aún eran de un azul intenso, entrecerrándose ligeramente a medida que el fuego encontraba leña fresca y ardía con más intensidad. Pero las delgadas manos se acercaron aún más a la llama, frotándose en busca de calor. Lady Andrade, de la Fortaleza de la Diosa, sentía el frío.

Un hombre apenas más joven que ella le colocó una pesada capa forrada de piel sobre los hombros. El hombre era Lord Urival, Maestro de los Mensajeros del Soles y mayordomo de Lady Andrade. Hermosos ojos de un curioso marrón dorado se asomaban a un rostro curtido y carente de belleza. Acercó una mesa entre sus sillas y se sentó, frotando sus nueve anillos antes de envolverse en los pliegues de su túnica de lana marrón.

Intercambiaron algunas palabras, inaudibles desde el círculo de piedras, y luego sus cabezas se giraron al unísono. En la visión apareció el Mensajero del Sol alto, de hombros anchos y cabello oscuro, que había escapado por poco de la muerte hacía solo dos días en el camino a la Fortaleza de la Diosa. Su rostro estaba contraído por el agotamiento y el dolor. Mantenía un brazo torpemente a su lado, protegiendo instintivamente las vendas que le abultaban en el hombro. Hizo una reverencia, habló y colocó sus alforjas sobre la mesa baja.

La mujer que observaba siseó frustrada. Sus secuaces no habían logrado detener a este hombre; por el Sin Nombre, era difícil ver los preciosos pergaminos abultados dentro de las bolsas de cuero. Fijó su mirada en ellos con avidez. Cuando volvió su atención a la escena más amplia, el Mensajero del Sol herido había desaparecido.

Lord Urival abrió las alforjas y extrajo cuatro cajas largas y redondas. Un momento después, tenía el primero de los pergaminos extendido sobre la mesa frente a él, girado para que Lady Andrade pudiera verlo. La mujer en el círculo de piedras contuvo la respiración al ver la exquisita escritura. Gran parte del antiguo idioma se había perdido, y ella era una de las pocas que conocía algo más que un poco de sus palabras. Pero con el tiempo suficiente, los pergaminos serían traducidos, y eso no debía suceder.

Lady Andrade observó la escritura, negando con la cabeza. Le dijo algo a Urival y él hizo una reverencia, abandonando la visión. Pronto regresó con un joven de no más de

veinte inviernos que lucía cuatro anillos, cada uno con un diminuto rubí engastado. Dirigió su atención a los pergaminos, inclinándose sobre ellos con una mirada de creciente fascinación en el rostro. Después de un momento, se enderezó y se frotó los ojos con una mueca cómica que provocó una pequeña sonrisa en respuesta de Andrade.

Pero de repente, Lord Urival se giró, frotando espasmódicamente sus anillos con los dedos, y miró fijamente las llamas; casi directamente a la mujer en el círculo estrellado. El joven también se giró, con los ojos azules abiertos por el asombro bajo una mata de cabello castaño claro. Interrumpió el conjuro con desesperación, desenredando el tejido de estrellas entre sus manos. El fuego que atravesaba el círculo regresó al túmulo, que brilló con intensidad por un instante. Luego se oscureció, una pila irregular de rocas de granito en la noche, nada más.

Algunos en el círculo se tambalearon y gimieron ante la abrupta terminación de la visión. La mujer frunció el ceño, recordándose a sí misma que la próxima vez tendría que poner a prueba la fuerza de todos, y no solo la voluntad que les inspiraba el miedo.

—Tráiganme al joven llamado Masul, que vive en la Mansión Dasan en Marca del Príncipe. Tráiganlo como sea necesario, pero asegúrense de que esté vivo, bien y en su sano juicio. No quiero que le hagan daño.

Todos menos tres de los noventa y nueve se inclinaron ante ella y se perdieron en el bosque, muchos apoyándose en sus compañeros. La mujer flexionó las manos, frotándose las palmas donde sentían un ligero ardor. Había sido una operación muy potente; necesitaría tiempo para recuperarse.

—¿Para qué lo necesitan? —preguntó el mayor de los hijos de Ianthe con resentimiento— Me tienes a mí.

—A nosotros —corrigió su hermano menor con suavidad.

—Aún no es su hora —dijo con firmeza.

El más joven de ellos sonrió levemente.

—Sí, mi Lady Mireva. Por supuesto.

Los miró de arriba abajo, recordando a los tres niños sucios y salvajes a los que había convertido en jóvenes príncipes. Ruval, el mayor de diecinueve años, había alcanzado su estatura máxima, pero aún no había adquirido los músculos y la firmeza propios de la virilidad. Moreno y de ojos azules, sus rasgos eran similares a los del difunto Alto Príncipe, su abuelo, pero la forma de sus ojos era la de Ianthe. Marron, un año menor, seguía siendo torpe y huesudo, propio de la adolescencia tardía. De los tres, era el que menos se parecía a su madre, pues había heredado los ojos de párpados pesados y el pelo rojo intenso de su padre. El menor, Segev, apenas tenía dieciséis años y seguía siendo un niño en muchos aspectos. Sus ojos eran de un verde grisáceo como los de Mireva y tenían la forma de los de Ianthe, pero su pelo era tan negro como el de Roelstra. Era el más inteligente y, paradójicamente, el más dócil. Mireva lo comprendía y lo valoraba; él confiaba en su sabiduría y haría exactamente lo que le ordenara, pues albergaba un anhelo que sus promesas y su poder alimentaban con creces.

—¿Por qué él? —preguntó de repente, haciéndose eco de la pregunta anterior de Ruval— Porque ninguno de ustedes tiene la edad suficiente todavía. Tienen mucho que aprender sobre los poderes que les dio su abuela. Por ahora, este Masul es una finta que, para diversión mía, le causará problemas interesantes a Rohan.

—Sobre todo cuando lo tengas en tus manos —comentó Marron con una sonrisa.

Mireva decidió ignorar la burla bajo la admiración.

—Lo más importante ahora mismo son los pergaminos. Tú los viste, por supuesto, aunque nadie más los vio. Cuando nuestro pueblo gobernaba aquí, los faradh'im se

quedaron en su isla sin hacer nada. Luego, sin previo aviso, llegaron aquí, oponiéndose a nosotros. Pasaron años vigilándonos en secreto, aprendiendo nuestras costumbres para sus propios fines, usándolas en nuestra contra. Nos expulsaron del poder y nos persiguieron hasta estas montañas. Y luego borraron todo recuerdo nuestro de la mente de la gente, haciendo que cayéramos en el olvido junto con nuestras costumbres. Pero lo que sabían de nosotros quedó escrito. Y ahora alguien ha encontrado los pergaminos y los ha puesto en manos de Lady Andrade.

—No parecía que entendiera ni una palabra —comentó Ruval.

—Pero lo hará. Es astuta y despiadada. Querrá que los faradh'im conozcan el poder que una vez tuvimos.

—Así que los pergaminos deben ser destruidos —supuso Marron.

—Es bastante fácil de hacer, incluso a esta distancia. Un poco de fuego estelar, bien dirigido...

—¡No! ¡Debo saber qué contienen! ¡Debo saber cuánto se ha perdido!

—Deben ser robados —dijo Segev—. Como nos robaron el conocimiento. ¿Y si...?

Mireva lo miró con los ojos entrecerrados a la luz de las estrellas.

—¿Y si...? —insistió

—Alguien con los dones pudiera ir a la Fortaleza de la Diosa para ser entrenado, ganar la confianza de los Mensajeros del Sol y robar los pergaminos.

—¿A quién tienes en mente? —preguntó Marron con voz sedosa.

—Tú no —replicó su hermano menor—. Tienes la sutileza de un dragón en celo.

—¿Y crees que podrías hacerlo? —se burló Ruval.

—Puedo. Y lo haré. —Una sonrisa se dibujó en sus rasgos afilados—. Y tal vez también pueda vengarme de la querida tía Pandsala por traicionar al abuelo durante la guerra contra el príncipe Rohan.

—Tu principal preocupación deben ser los pergaminos —dijo Mireva—. Déjame a mí a la Princesa Regente, y a Masul, que puede que sea su hermano o no. —Rió suavemente, emocionada—. ¡Excelente, Segev! Un plan digno de un príncipe e hijo de diarmadh'im. Pero hay cosas que debo enseñarte antes de que te vayas. Ven mañana por la noche a mi morada.

Lo interpretaron como una despedida y la dejaron. Oyó el tintineo de las bridas al montar los caballos que se habían adentrado en el bosque, y la voz de Marron mientras se burlaba de su hermano por convertirse en un faradhi débil. Cuando la discusión se apagó, emprendió el largo camino de regreso a su casa, disfrutando del roce de la fresca luz de las estrellas a través de los árboles.

Vivía en una vivienda baja de piedra, mucho más grande de lo que parecía, aparentemente construida en la ladera de la colina, pero en realidad excavada profundamente por generaciones de sus antepasados. Había dos habitaciones exteriores que parecían abarcar todo el lugar, pero los tablones de madera que formaban la pared trasera ocultaban una puerta que conducía a la parte importante de la casa. Mireva se detuvo para encender el fuego contra el frío nocturno, luego se acercó a los paneles toscos y presionó un pestillo oculto en una juntura. Gruñendo levemente por el esfuerzo, empujó la puerta y esta se abrió con un crujido de protesta. El pasillo estaba negro como la noche exterior. Mireva golpeó el hierro con pedernal —podía invocar el Fuego si quería, pero nunca usaba las artes de los Mensajeros del Sol si podía evitarlo— y una llama ardía obedientemente sobre una delgada columna de cera. Arrancó la vela de su nicho y caminó por el suelo de tierra compacta, sin siquiera mirar los pasillos de techo bajo que se

bifurcaban del principal. Por fin llegó a la puerta que buscaba y colocó la vela en un candelabro.

Se percibía el brillo de objetos dorados, plateados y gemas que teñían la habitación con los colores del arcoíris. Un enorme espejo se alzaba en un rincón, envuelto en terciopelo azul medianoche, cosido con hilo de plata formando un patrón de estrellas. La mayor parte del espacio estaba ocupado por enormes cofres y cajas que reposaban sobre mesas. Mireva tomó un pequeño cofre y lo abrió, sacando un trozo de pergamino enrollado alrededor de algo picado y quebradizo. Solo quedaban cinco paquetes similares, notó; pronto tendría que ir a cosechar, en lo alto de las montañas, donde la hierba crecía fuerte y potente.

Regresó entonces a las habitaciones exteriores, deslizando la pesada puerta de nuevo en su lugar. No había indicios de que existiera. Tomó una botella y una copa de vino, se acomodó en un cómodo sillón frente al fuego y removió el contenido del paquete en la botella. Esperó a que la hierba se mezclara, luego vertió una medida de vino y lo bebió en tres largos tragos. Ese mismo día había consumido una copa similar, pero los efectos habían desaparecido y necesitaba más. Una sonrisa se dibujó en su rostro cuando la droga empezó a actuar en su sangre. Qué estúpidos eran los faradh'im al tener tanto miedo de esto. Pero quizás sus poderes de sol y luna eran demasiado frágiles para el dranath. Los antiguos lo habían encontrado una fuente de fuerza segura y sustentable, la adicción a él una garantía de potencia.

Mireva respiró hondo para prolongar el aturdimiento y cerró los ojos. No, los Mensajeros del Som eran débiles que no toleraban el dranath. El que Roelstra había esclavizado se había roto después de solo unos años. Recordaba muy bien el día en que le había regalado la hierba y el conocimiento de sus propiedades adictivas a Lady Palila, la última amante de Roelstra. Mireva era joven entonces, y solo representaba el papel de anciana sabia de las colinas. El espejo de su dormitorio le decía que se requeriría mucho menos esfuerzo para mantener la imagen en estos días, y que mañana por la noche necesitaría el engaño opuesto. Suspiró y se encogió de hombros.

Tenía la habilidad. Y ganaría. El Mensajero del Som corrompido y usado por Roelstra había sido un pasatiempo. Pero ahora jugaría el juego en serio. La táctica con Masul pondría a prueba a sus oponentes, Segev le proporcionaría los pergaminos, y en tan solo unos años Ruval le traería la victoria final.

La oleada de dranath alcanzó su punto máximo, centrada en su vientre. Se movió ligeramente, disfrutando del cosquilleo de placer sensual. Andrade podría tener sus diez anillos y su posición como gobernante de todos los faradh'im, pero Mireva sabía que nunca había conocido el enorme poder que traía el dranath. Para asegurarse de que nunca lo hiciera, Mireva sacó una pluma y un pergamino, cerrando los ojos para recordar mejor las palabras del mismo. Después de unos momentos, su mano comenzó a moverse, copiando lo que veía en su mente.

Urival aceptó la copa de vino que Andry le ofreció, asintió en agradecimiento y bebió profundamente. Dejó la taza, se recostó en la silla y exhaló. Se frotó el anillo del pulgar izquierdo distraídamente.

—Soy demasiado viejo —murmuró—. Ya no tengo fuerzas.

—Al menos tú lo sentiste —dijo Andrade—. Ni siquiera percibí un destello. —Miró a su sobrino nieto y tocayo—. ¿Tú tampoco?

—No, mi Señora. —Andry bajó la vista hacia sus cuatro anillos, cada uno con un pequeño rubí engastado, símbolo de su condición de hijo de un poderoso athri. Los colores

de Chay también estaban en su ropa; su túnica estaba decorada alrededor del cuello con nudos entrelazados rojos y blancos—. Creí ver el fuego saltar, pero…

—Eso no tuvo nada que ver con lo que sentí —interrumpió Urival—. Alguien nos observaba. Era sutil, pero estaba allí. Y no tenía ninguna base en el fuego; no era el Fuego de un Mensajero del Sol. Es de noche, las lunas no han salido; solo hay estrellas.

—Has dicho lo que no era —espetó Andrade—. Dime qué era.

Andry se agachó de espaldas a la chimenea, sentado sobre sus talones. Con su cuerpo ágil y encorvado, y su cabello demasiado largo cayendo desordenadamente alrededor de un rostro casi imberbe, parecía mucho más joven que sus veinte inviernos, salvo por sus ojos penetrantes e inteligentes, de un azul más profundo que los de Andrade.

—Conjuramos con Fuego para que nos muestre cosas, pero en realidad no podemos observar los acontecimientos salvo con la luz tejida del sol o la luna. Sin embargo, Urival dice que nos observaban. Si no de la manera habitual, ¿cómo?

Andrade golpeó el pergamino con un dedo largo.

—Nosotros no, Andry. Esto. —Recorrió la portada con sus dos palabras siniestras y el extraño diseño del borde—. Mira esto y dime cómo lo hicieron —añadió con gravedad.

Urival se quedó mirando.

—¡Imposible!

—Sioned ya lo hizo—le recordó—. Usó luz estelar.

Lo miró a los ojos y compartieron el recuerdo de la noche en que Rohan mató a Roelstra en combate singular. Una cúpula tejida por Sioned con un brillante fuego estelar plateado los protegió de cualquier interferencia. Ella y Urival quedaron atrapados en el poderoso conjuro. Pandsala, presente en la escena, quedó atrapada, y Tobin, que estaba con Sioned en el lejano Cuenco Celestial. Y, aunque apenas tenía un día de vida, Pol también quedó entretejido en esa peligrosa y prohibida tela de luz.

—¿La tía Sioned lo hizo? —Andry levantó la vista, frunciendo el ceño—. Pero no es posible, e incluso si lo fuera...

—Si no fuera posible, ¿por qué molestarse en prohibírnoslo? —preguntó Urival—. No es algo que hagamos nosotros, pero sabemos que se puede hacer porque Sioned lo hizo.

—Quienquiera que sea debe tener poderes superiores a los nuestros.

—No necesariamente.

—Mira esta página. —Andrade volvió a trazar el patrón del cielo nocturno con estrellas—. Sobre Hechicerías.

—Con razón Meath le tenía miedo. Y con razón alguien intentó matarlo para conseguirlo. ¿Conocimientos que nuestros antepasados dejaron en Dorval, cosas que no querían que se recordaran?

—Y alguien no quiere que lo descubramos, eso es seguro —dijo Andry.

—Las tentaciones deben ser muy grandes. —La Señora de la Fortaleza de la Diosa juntó con fuerza sus manos ensortijadas—. Me siento tentada. Elijo ceder a esa tentación. Debo saber lo que enseñan los pergaminos. Otros lo saben. Saberlo es mi deber.

—Tenían razones para dejar esto atrás —advirtió Urival—. Razones para la prohibición de usar la luz de las estrellas. Andrade, el peligro...

—... estaría en no saberlo —interrumpió Andry, grosero por la emoción—. La Señora tiene razón. Debemos saber qué hay aquí y cómo usarlo. Aunque solo sea para saber de qué debemos protegernos. —Su atención estaba fija en el pergamino, por lo que no vio la mirada que intercambiaron sus mayores.

Sin ningún poder especial, pero gracias a largos años de familiaridad con sus pensamientos, Andrade y Urival reaccionaron de la misma manera ante el uso del plural por

parte de Andry. Él se consideraba uno de los que debían saberlo. Andrade lo había convocado allí esta noche porque era su pariente y alguien extremadamente dotado, pero aún desconocía lo que ella y Urival habían decidido este invierno: que cuando ella muriera, Andry sería el Señor de la Fortaleza de la Diosa. A pesar de su juventud, era la única opción posible. Su relación con el Alto Príncipe solo había sellado lo que sus talentos le habrían proporcionado de haber nacido en una cabaña en lugar de un castillo.

—¿Usar sus propias armas contra ellos, sean quienes sean? —le preguntó Andrade—. ¿Métodos que nuestros antepasados creían mejor olvidar? ¿Métodos peligrosos y prohibidos para nosotros?

Andry se puso de pie con soltura, y no había nada infantil en él al mirarla. Ahora lo rodeaba la mirada de su padre: fuerza de voluntad, clarividencia y firmeza de propósito que le daban madurez al rostro. Pero más que a su progenitor, Andrade de repente vio en él a su abuelo, vio la obstinada codicia de Zehava, su afán de posesión. Zehava había querido tierras y autoridad incuestionable sobre ellas; Andry quería conocimiento. Ambas ambiciones eran peligrosas.

Los ojos de Andry brillaron de ambición al preguntar:

—¿Cómo crees que nuestros antepasados ganaron, para empezar?

Urival dejó escapar una exclamación ahogada. Andrade no reaccionó en absoluto.

—Continúa —dijo en voz baja.

—Dijiste que hace mucho tiempo dejaron Dorval y vinieron aquí para involucrarse en el mundo. ¿Por qué? No pudo haber sido por el poder, pues no se convirtieron en príncipes, y nuestra historia no ha sido la de inmiscuirse en los asuntos de los principados. —Hasta hace poco, decían sus ojos, hasta que llegaste, tía Andrade—. Así que no debió ser por su propio beneficio, sino por el de la gente. Porque eran necesarios. Y aun así, dejaron cierto conocimiento en Dorval. ¿Por qué no querían que supiéramos estas cosas? Más importante aún, ¿por qué no querían que supiéramos cómo usar la luz estelar, las *hechicerías* que este pergamino implica? Esta noche supimos que otros saben lo que estos Mensajeros del Sol querían que se olvidara. ¿Es tan absurdo pensar que esta era la gente a la que nuestros antepasados vinieron aquí a oponerse?

—¿Y para qué aprender las costumbres del enemigo? El conocimiento es para usarlo; si no, ¿para qué aprenderlo? Debieron de llevarlo consigo en la cabeza y, una vez derrotados los demás, nunca volvieron a enseñarlo, así que, por supuesto, lo olvidaron.

Urival se recuperó de su horror ante las palabras de Andry y dijo:

—Eso está muy lejos de decir que usaron lo que podría haber en este pergamino para luchar contra estos enemigos desconocidos, ¡cuya existencia ni siquiera se ha probado!

—No se ha probado, ¿verdad? —Andry miró a su tía abuela—. Viste, cuando te convertiste en Señora, que el Alto Príncipe Roelstra era demasiado poderoso.

Las joyas de sus anillos vibraron a la luz del fuego, delatando el repentino temblor en sus manos.

—Sabía mucho antes en qué se convertiría. Llegó a la fortaleza de mi padre de joven, buscando esposa.

Andry abrió los ojos de par en par, pues nunca había oído esa parte de la historia.

—Pero tú ya debías de ser una Mensajera del Sol.

—Sí. Había vuelto a casa a visitar a mi padre y a mi hermana gemela, tu abuela Milar. Sé lo que vas a decir, Andry. Vi cómo el poder de los faradh'im menguaba, nuestra influencia amenazada a medida que el poder de Roelstra crecía. Así que casé a mi hermana con el príncipe Zehava, con la esperanza de que uno de sus hijos tuviera el don, alguien a quien pudiera entrenar para ser el primer príncipe Mensajero del Sol.

—Pero no fue así —murmuró Urival.

—No. Tu madre mostró el don, Andry. Y así arreglé que Rohan se casara con Sioned, quien sabía que era poderosa. —Una punzada de amargura cruzó su rostro.

—Y ahora Pol será el príncipe que querías —continuó Andry.

—Pero ya sucedió incluso antes que él, mi Señora. Sioned es la Alta Princesa, y no duda en usar sus dones como le parezca necesario para gobernar. Pandsala hace lo mismo como Regente de Marca del Príncipe. Mi hermano Maarken y Riyan de Cuenco Celestial, y quizá otros que aún no hemos identificado, serán señores Mensajeros del Sol, al igual que Pol algún día. Las costumbres faradhi se están fusionando con las de los príncipes, porque tú lo decidiste.

—¿Y nuestras costumbres deben ahora fusionarse con las de nuestros enemigos, porque tú lo decides? —espetó ella.

—No fusionarse. ¿Pero por qué no deberíamos hacer lo que probablemente hicieron nuestros antepasados?

—Porque tenían buenas razones para dejar atrás ese conocimiento y prohibirnos la luz estelar. —Se reclinó en su silla, con aspecto muy anciano—. Habla con Rohan alguna vez sobre usar métodos que desprecias para obtener algo que sabes que es correcto. ¿Por qué crees que su espada ha permanecido inactiva en el Gran Salón de Stronghold desde que derrotó a Roelstra?

—¡Sin embargo, luchó y ganó! Y gracias a ello, ha tenido la oportunidad de hacer de este un mundo de leyes en lugar de sangre derramada por la espada.

—¿Nos convertirías en usuarios de estrellas oscuras en lugar de la luz pura del sol y las lunas?

—Por tu propia admisión, Sioned usó la luz estelar, y aunque ya no lleva anillos faradhi, no se puede dudar de su corazón.

Urival se puso de pie. Andry era demasiado listo y había aprendido a razonar con demasiada facilidad.

—Déjanos ahora. Has presentado tu caso. Y no necesito decirte que no hables de esto.

—No, mi señor. No necesitas decírmelo. —Las palabras fueron pronunciadas sin rencor, pero sus ojos azules estaban ensombrecidos por el desafío. Les hizo una reverencia a ambos y se fue.

Andrade guardó silencio un momento y luego dijo:

—Si no vivo lo suficiente para inculcarle algo de cautela a ese chico, estamos perdidos. —Levantó la cara hacia Urival—. ¿Crees que aguantaré? —preguntó casi juguetonamente, pero sus ojos estaban sombríos.

—Brindarás por ver mis cenizas flotando en la brisa —le dijo—. Pero no si no descansas un poco.

—No discutiré. Guarda los pergaminos en un lugar seguro.

—Lo haré. Y luego vuelve para asegurarte de que duermes. —Sonrió—. Vieja bruja testaruda.

—Viejo bastardo insensato.

Después de guardar los pergaminos en un lugar que solo Urival conocía, regresó a sus aposentos. Ella estaba sentada en la cama, con largas trenzas plateadas deshechas formando una capa pálida y ondulante a su alrededor. Se había puesto un camisón, pero parecía demasiado apática para terminar el trabajo deslizándose entre las sábanas. Urival la había visto así cada vez con más frecuencia en los últimos dos años, y el temor por su salud era una punzada de angustia en su pecho. Retiró las sábanas y la ayudó a acostarse,

sintiendo lo ligera y frágil que se había vuelto. Apagó las velas y se dirigió silenciosamente a la puerta.

—No. Quédate.

De cualquier otra mujer, habría sido una orden para ofender incluso al corazón más amoroso. De ella, era lo más cercano a una súplica que su orgullo jamás le permitiría. Urival estaba asustado.

—Como desee, mi Señora. —Se desnudó hasta quedar en su larga túnica interior y se tumbó sobre las sábanas, levantando la colcha desde los pies de la cama para envolverse en ella. No la tocó, solo esperó, mientras la luz de la chimenea proyectaba suaves sombras en la habitación.

—Si fuera Maarken en lugar de Andry, no me preocuparía —dijo finalmente—. Nació con un sentido del honor tan fuerte como el de Chay o Rohan. Pero Andry está maldito con una inteligencia inapropiada. ¿Por qué todos mis parientes tienen que ser tan inteligentes? —Suspiró—. Hay algo en él que lo diferencia a su padre, su tío o sus hermanos. Tal vez lo heredó de Zehava.

—O tal vez incluso de ti.

—Sí, siempre he sido muy lista, ¿verdad? —Soltó una risa áspera—. Andry va a ser aún más peligroso que yo. Y le ruego a la Diosa no estar haciendo mal en nombrarlo Señor de este lugar una vez esté muerta.

—Es joven. Aprenderá.

—Y te tendrá a ti para que lo guíes.

—Siempre suponiendo que te sobreviva —bromeó con la mayor ligereza posible, sin querer pensar en un mundo donde ella no estuviera—. Además, están Rohan, sus padres... y no subestimes la influencia de Maarken ni la de Sorin. Andry adora a sus hermanos.

Se removió bajo las mantas y sus dedos se cerraron alrededor de los de él.

—No es la primera vez que compartimos la cama —comentó—. ¿Te acuerdas?

—Por supuesto. Siempre supe que fuiste tú quien me hizo un hombre esa noche.

—Hago un buen trabajo —respondió ella, con una risa sincera en su voz—. Tuve que luchar contra Kassia por ti también. Tenía que ser una u otra. No creo que me haya perdonado jamás.

—Nunca te habría perdonado si hubiera sido ella.

—Pero ¿cómo lo supiste? Ninguno de los otros lo hizo.

No le dijo que, por haber sido él, ella no había tejido las ilusiones de la Diosa con el cuidado que debía. Cuarenta y cinco años después, seguía sin darse cuenta de que había querido que él lo supiera.

—Un don de la Diosa —respondió, sinceramente.

—Y todas las noches desde entonces. Así debe ser como me reconociste. Repetición de la experiencia. ¿Supo Sioned alguna vez que eras tú?

—Puede que lo haya adivinado. No lo sé. Debo decir que he estado tentado de recibir mi parte de gratitud de Rohan. Yo también hago un buen trabajo.

—Viejo libertino engreído. —Ella se acercó y él la rodeó con el brazo—. Se han portado bien el uno con el otro. ¿Crees que Maarken y Hollis serán iguales?

—Tan buenos como lo hemos sido tú y yo a lo largo de los años. —Le dio un ligero beso en la frente—. Y ninguno de los nosotros es tan viejo como para que, cuando amanezca, no haya forma de demostrarlo.

—Desvergonzado.

—Tú fuiste quien me enseñó —respondió sonriendo—. Duérmete.

Capítulo Seis

Sioned no solía engañar a su esposo en ningún asunto, ni había evitado jamás su presencia por ningún motivo. ¿Cómo engañar o evitar a su segunda personalidad? Pero se vio en la necesidad de hacer ambas cosas durante los días posteriores al rescate de Meath y al impactante encuentro con el dragón.

La preocupación por Pol y Tobin, quienes habían reaccionado mal a la pérdida de energía, le acaparó la tarde y la noche. Para cuando estuvo segura de que ambos dormirían largo y tendido sin sufrir daños reales, Sioned estaba tan agotada que se dejó caer en la cama, ajena a todo hasta el mediodía siguiente. La llegada del Señor y la Señora de Remagev con sus hijos ocupó el resto del día; su bienvenida y su adaptación le dieron a Sioned otra oportunidad para engañar a Rohan sobre sus pensamientos inquietos y evitar estar a solas con él.

Él la esperó, pero cada vez que ella lo miraba, la preocupación en sus ojos era más profunda. A la tercera mañana, ya había tenido suficiente de esperar, y en lugar de bajar a compartir el desayuno con todos en el Gran Salón, ordenó que les enviaran la comida a su estudio. Quedó entendido que no debían ser molestados, y Sioned sabía que no habría interrupciones fortuitas, pues la orden permanecería vigente hasta que Rohan estuviera convencido de lo ocurrido en la luz del sol.

Ella se sentó frente a él en la gran mesa de madera frutal que les servía de escritorio, lo que le recordó las veces en el Fuerte de la Diosa cuando la habían llamado para explicar alguna fechoría. Ciertamente, había un aire de familia entre Rohan y Andrade, acentuado ahora por la severidad de sus rasgos.

Pilas ordenadas de cartas, pergaminos en blanco, material de escritura y demás apéndices de una voluminosa correspondencia habían sido apartados para dejar espacio para una comida que ninguno de los dos había tocado. Cerca del codo derecho de Rohan se encontraba el enorme libro de leyes y precedentes, encuadernado en piel de dragón verde-bronce ligeramente iridiscente y apoyado en un soporte de madera tallada que les había regalado el príncipe Davvi de Syr, hermano de Sioned. En su lado de la mesa había una caja de madera a juego que contenía sus diversos sellos: uno para cada carta personal, otro par para documentos más formales, y el gran sello del dragón, ancho como la palma de la mano de Sioned, estampado en colgantes de cera azul que colgaban de cintas verdes en todos los decretos del Alto Príncipe. Dos paredes estaban cubiertas hasta el techo de libros, volúmenes cuidadosamente ordenados por tema; una escalera de mano se encontraba abandonada junto a la sección de geología y metalurgia. La puerta se apretaba en un rincón, con más libros encima, y un mapa tapizado ocupaba la mayor parte de la tercera pared. La seda y la lana pesadas se mecían perezosamente con la cálida brisa que entraba por las ventanas abiertas en la pared a su izquierda.

A Sioned le encantaba esta habitación. En ella, Urival probablemente le había enseñado más de lo debido sobre los secretos del faradhi durante su primer verano en Stronghold, antes de convertirse en la princesa de Rohan. Allí había aprendido la ley del Desierto y los principios de justicia que su esposo tanto valoraba. Y durante los últimos veintiún años había trabajado con él en esta cámara, gobernando sus tierras y planeando el futuro que le darían a su hijo. Pero ahora, con culpa, deseaba estar en cualquier otro lugar en lugar de estar sentada frente a Rohan, con sus fríos ojos azules fijos en ella con tanta gravedad que quería retorcerse como una niña sorprendida rompiendo una regla. Se mantuvo quieta, consciente de que en ese momento él no era su esposo, sino el Alto Príncipe. Tampoco era su esposa; era su Mensajera del Sol.

—Un dragón —fue todo lo que dijo.

Ella asintió, decidida a acabar con aquello de una vez para poder recuperar a su Rohan. Explicó lo sucedido desde que Meath la contactó mediante la luz del sol y concluyó:

—Siempre hemos sospechado que los dragones son muy inteligentes. Si estoy en lo cierto, y tienen colores de pensamiento que los faradh'im pueden percibir, entonces podría ser que sean incluso más inteligentes de lo que pensábamos originalmente.

—¿Por qué esto nunca había sucedido antes? Con todos los faradh'im tejiendo luz del sol y todos los dragones volando quién sabe dónde a lo largo de los años, ¿por qué nadie se había *topado* con uno antes?

—Quizás lo hicieron, solo que no lo entendieron. O quizás estoy completamente equivocado. Pero juro lo que sentí, mi señor. Toqué colores y sentí alas, y Maarken también. Pol y Tobin estaban sanos y salvos aquí antes de que ocurriera, así que no pueden verificarlo. Pero Maarken sí.

Rohan apoyó las manos planas sobre la mesa. Al igual que ella, solo llevaba un anillo, un topacio que había sido de su padre. La gema había sido restaurada hacía algunos años en un círculo de diminutas esmeraldas, un homenaje al color de los ojos de su esposa. Sus manos eran delgadas, poderosas, con sus largos dedos con tenues cicatrices de batalla; eran manos que podían controlar al caballo más valiente con facilidad, o acariciar su piel con la ligereza de un soplo de viento, o blandir la espada y el cuchillo con una fuerza letal. Eran las manos de un caballero y un príncipe, pero también las de un poeta. Sioned no recordaba un momento en el que no hubiera anhelado el contacto de esas manos. Pasó un buen rato antes de que volviera a hablar, y con sus palabras, sus dedos se cerraron en puños, con los huesos pálidos resaltando sobre la piel bronceada por el sol.

—¿Podrías hacerlo otra vez? ¿Tocar un dragón?

Sorprendida, dijo lo primero que le vino a la mente.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Podrías?

Reflexionó un buen rato y luego negó con la cabeza.

—¿Cómo voy a saber qué buscar? A nadie se le ha ocurrido memorizar los colores de un dragón. Y es el dueño de esos colores quien discierne su forma y tono, y los comunica a los demás.

—Recuerdo que Andrade me lo explicó cuando era pequeño —reflexionó—. Las personas son como vidrieras únicas con colores que se tocan y se tejen con la luz, tal como el sol que entra por una ventana proyecta colores en el aire. Sioned, si los dragones también tienen esos colores y se les pudiera enseñar a comprenderlos, ¿qué pasaría si pudiéramos... no sé, hablar con ellos de alguna manera o ver a través de sus ojos? Pronto regresarán al Desierto para aparearse.

—No creo que sea peligroso, mi señor, solo asombroso. —Sonrió levemente—. Siempre los has amado tanto. Intentaré tocar a uno de tus dragones por ti.

—Otros no ven a los dragones como yo —dijo, encogiéndose de hombros.

Sioned pensó un momento, empezando a fruncir el ceño.

—Tú nunca los usarías mal, pero otros sí. Dragones en batalla: si hay una manera de hacerlo, alguien lo hará. Diosa, ¿por qué todo tiene que reducirse a matar?

Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras sostenía su mirada, el príncipe volviéndose su Rohan.

—Mi padre quería que tuviera una esposa, como otros príncipes. No sabía que Andrade me traería una princesa.

—Si lo soy, entonces eres tú quien me enseñó, mi amado. Intentaré tocar un dragón por ti. Pero no esperes demasiado.

—Lo espero todo de ti, y nunca me has decepcionado. —Miró hacia las ventanas, calculando la hora—. Feylin también quiere hablar de dragones esta mañana. ¿Viste ese fajo de pergaminos con el que vino armada? Más datos y cifras que nadie, salvo ella, entiende.

—Come algo primero —sugirió Sioned, señalando el desayuno intacto—. Sabes que cuando te pones a hablar de dragones, te olvidas de todo lo demás, incluso de tu estómago.

—Creía que estabas de acuerdo con Tobin en que me estoy poniendo de mediana edad y gordo.

Ella se rió y le lanzó una manzana de pantano.

—Todo hombre debería tener una mediana edad como la tuya, mi señor, con una cintura no más ancha que la de Maarken. Cállate y come.

Pol y Feylin los esperaban en la sala de recepción del piso de arriba, con la hija de Walvis; Sionell. La Dama de Remagev les sonrió a modo de saludo y dijo:

—Los demás, incluyendo a Walvis y Chay, están jugando algo llamado *inspeccionar los caballos*.

—Pensaba que ustedes también estarían ahí fuera —dijo Rohan a los niños, alborotando la mata de rizos rojizos de Sionell.

—Lady Feylin dice que van a hablar de dragones —respondió Pol—, padre. ¿Puedo quedarme a escuchar?

—Por supuesto que sí. ¿Y tú, Sionell?

La tocaya de Sioned, de once años, era una copia redonda y sonrosada de su madre, con el mismo pelo rojo oscuro y el mismo rostro triangular. Solo sus ojos los había heredado de Walvis: un azul deslumbrante, bordeado por gruesas pestañas negras sobre las que se arqueaban unas cejas igualmente oscuras. Su sonrisa también era la suya, una maravilla de buen humor despreocupado.

—Me gustan los dragones, mi señor. Y me gusta esta habitación; es mi favorita en Stronghold. Es el salón de verano.

—Entonces la llamaremos así —le dijo Sioned—. Esta tarde le diré al mayordomo que Lady Sionell la ha llamado Salón de Verano en honor al tapiz. Y así se llamará de ahora en adelante. —Sostuvo brevemente la mirada divertida de Rohan y le guiñó un ojo. Ambos sabían que Sionell se había enamorado de Pol, lo cual se confirmó por la mirada de triunfo que la niña dirigió al joven príncipe. Pol fingió no darse cuenta y Sioned disimuló una sonrisa.

Se acomodaron en la alfombra y Feylin extendió una formidable colección de cartas, mapas y listas. La conferencia comenzó con el censo anual de dragones.

—Los informes más fiables sitúan el número total en ciento sesenta, de los cuales trece son machos y cincuenta y cinco hembras en edad reproductiva. El resto son crías de tres años que no participarán en el apareamiento este año. La población ha adoptado un ciclo bastante constante, como puede ver en este gráfico, mi señor. El desgaste por vejez, enfermedades y accidentes reduce su número a unos ciento cincuenta, y después de la eclosión, el total aumenta a unos trescientos.

—Pero deberíamos tener cerca de cuatrocientos después de la eclosión —dijo Rohan—. Con cincuenta y cinco hembras...

—Pero solo hay cuarenta y tres cuevas utilizables —le explicó Feylin—. Ya ves el problema.

Pol frunció el ceño.

—¿Qué les pasa si no pueden poner huevos?

—Mueren —respondió Sionell sucintamente. Pol pareció algo molesto porque ella sabía más de dragones que él, pero ignoró su expresión y continuó—. La última vez murieron ocho hembras. Perdimos no solo las crías de ese año, sino todas las demás que habrían tenido a lo largo de su vida.

—Pero si la población se mantiene constante, ¿cuál es el problema? —preguntó.

—¿Y si hay otra plaga?

—Volvamos a las cuevas —reprendió Feylin con suavidad—. A menos que encontremos suficientes para albergarlos a todos, las hembras que sobren morirán. Pol tiene razón en que la población se ha mantenido bastante constante dentro de su ciclo, pero no puede crecer más allá de trescientos por la falta de cuevas adecuadas. No me sentiré tranquila hasta que haya al menos quinientos dragones en la cima del ciclo, preferiblemente más.

—¿Hay alguna cueva a la que podamos atraerlos, Feylin? —preguntó Sioned.

—Hace demasiado frío en Veresch; los huevos no se calentarían lo suficiente para eclosionar. Y más al sur que Roca Hendida no hay cuevas adecuadas.

—Roca Hendida —repitió Rohan—. Allí hay muchísimas cuevas. Excelentes, diría. ¿Tienes alguna sugerencia para convencer a los dragones de que vuelvan allí, Feylin?

—Lo siento, mi señor. —Negó con la cabeza—. Las plantas agridulces de la que se alimentan en años de apareamiento es más densa allí que en ningún otro lugar. Las cuevas son perfectas, como has dicho. Han eclosionado mil generaciones allí, por lo que sé. Pero ya ni siquiera vuelan sobre ellas.

—No lo entiendo, mamá —se quejó Sionell—. Sé que murieron por la Plaga allí, pero los que tienen la edad suficiente para recordarlo ya están todos muertos, ¿no? ¿Cómo saben los más jóvenes que deben evitar Roca Hendida?

—Creo que son mucho más inteligentes de lo que jamás imaginamos —respondió Sioned pensativo, recordando esos brillantes colores, tocados solo por un instante—. Si pueden comunicarse entre sí más allá de las formas habituales de los animales, entonces los dragones mayores bien podrían haber advertido a los jóvenes que se mantuvieran alejados del lugar donde murieron tantos. Por otra parte, quizás los jóvenes ni siquiera conocieron el lugar por sus mayores, así que no saben que está ahí.

Rohan la miró a los ojos con intenso interés. No dijo nada, pero ella conocía sus pensamientos como si los hubiera expresado. Si pudiera comunicarse de alguna manera con los dragones mediante la luz del sol, entonces podría ser posible atraerlos de vuelta a Roca Hendida, donde la disponibilidad de cuevas aseguraría su aumento en número.

Pol, sensible a la mirada que intercambiaron sus padres, preguntó:

—¿Tienes alguna idea de cómo traerlos de vuelta, padre?

—Nada a lo que me gustaría comprometerme ahora mismo —sonrió—. Feylin, ¿cuántas crías veremos este año?

—Unas ciento cincuenta, con suerte. Y, por cierto, Sionell, te equivocas al decir que a los dragones hay que enseñarles sus cuevas. Algunas se desplomaron en Cuenco Celestial hace unos años, y los dragones salieron a buscar otras cercanas. Así que diría que saben que Roca Hendida está aquí. Simplemente no se acercan.

—Ojalá los progenitores no se mataran entre sí —dijo Sionell con tristeza—. Es horrible ver morir a un dragón.

—Así sobreviven los más fuertes —le informó Pol—. Si hubiera suficientes cuevas para todas las hembras, las más débiles también sobrevivirían.

—Es cierto —dijo Rohan—. Pero Lady Feylin tiene razón. Primero tiene que haber una población lo suficientemente grande como para que los dragones no corran peligro. Cuando aumenten su número hasta ese punto, la regla de que los más fuertes sobrevivan para aparearse se impondrá sin riesgo.

—Son como los príncipes —dijo Pol—. Todos intentaban matarse entre sí, peleándose por las mejores tierras. Hasta que les demostraste que eras el más fuerte —añadió con orgullo, y Rohan frunció el ceño—. Porque son las leyes las que hacen la mayor fuerza, ¿verdad, padre? El poder de un ejército es incierto, pero la ley sigue siendo la ley. —Echó un vistazo a Sionell para ver cómo reaccionaba a su sabiduría principesca, y Sioned disimuló otra sonrisa al ver que la niña asentía solemnemente.

Feylin también notó la indirecta y no se molestó en disimular su sonrisa al cruzar la mirada con la de Sioned.

—Los dragones son mi especialidad, no la política principesca —anunció, ordenando sus pergaminos—. Te dejo esto para que los estudies, mi señor. Sionell, ¿no se supone que debemos reunirnos con tu padre, tu hermano y ese nuevo poni que querías enseñarle a Lord Chaynal?

—Sí, mamá. Pol, ¿vendrías a ver mi poni, por favor?

Por un momento, Sioned creyó que accedería. Pero luego negó con la cabeza.

—Tengo que quedarme aquí con mis padres y hablar de lo que nos ha contado Lady Feylin. Quizás más tarde.

Las cejas negras de Sionell se fruncieron al ponerse de pie de un salto.

—¡Quizás más tarde salgamos a cabalgar y no tengas la oportunidad! —Recordó hacer una reverencia a Sioned y Rohan antes de salir corriendo por la puerta.

Los adultos, heroicamente, controlaron la risa mientras Pol miraba fijamente la puerta vacía. Feylin logró contenerse hasta después de cerrar la puerta, pero Sioned creyó oír una risita incontrolable un momento después, y deseó poder disfrutar de la misma.

Pol murmuró algo en voz baja, y Rohan dirigió una mirada indiferente a su hijo.

—¿Qué dijiste?

—Nada. ¿Qué vamos a hacer con los dragones, padre?

—Para empezar, este año todos iremos a Cuenco Celestial a verlos.

—¿Todos?

—Pues sí —respondió Rohan con toda inocencia, y Sioned casi perdió la batalla con la risa—. Walvis se quedará aquí y cuidará de Stronghold mientras no estamos, por supuesto. Pero todos los demás vendrán.

Sioned se apiadó del chico.

—Feylin estará con nosotros, por supuesto, pero creo que Sionell y Jahnavi querrán quedarse aquí con su padre. Es un viaje muy largo, incluso con un poni nuevo.

Pol asintió, intentando disimular su alivio, pero sin conseguirlo.

—Es una pena que se pierdan ver a los dragones —dijo, capaz de ser generoso ahora que sabía que su alimaña no se uniría a ellos.

—Creo que ya es hora de que amplíe tu educación, Pol —comentó Rohan con expresión pensativa—. Te he enseñado a montar, a ganar una pelea con cuchillo y los fundamentos de la esgrima, y Lleyn ha dicho que está satisfecho con tu progreso en las tres. Pero ahora voy a enseñarte algo más que te será muy útil. —De repente, sonrió—. Voy a enseñarte a vencer a una mujer en el ajedrez.

—Valientes palabras, mi señor príncipe dragón —se burló Sioned—. ¡Trae el tablero y el juego, Pol, y mira cómo lo derroto por vigésima vez este año!

—Y solo faltan veinte días para la primavera —dijo Pol con picardía, corriendo a buscar el tablero y las piezas.

Rohan colocó la partida sobre la alfombra, con Pol sentado a su lado. La luz del sol bruñía las dos rubias cabezas, iluminaba sonrisas idénticas. Incluso el gesto de apartarles el pelo de la nuca era el mismo. El color de Pol era un poco más intenso que el de Rohan; su cabello y pestañas eran un tono o dos más oscuros, sus ojos brillaban tanto verdes como azules. Pero no había nada de Ianthe en él, nada que le recordara a Sioned a la princesa que lo había engendrado.

Una vez completadas las tácticas iniciales, examinó el tablero y le confesó a Pol:

—Intentará engañarme para que cometa un error. Solo observa.

—¿Te haría eso? —preguntó Rohan, con los ojos abiertos y la inocencia herida.

—En cada oportunidad.

—Estás usando la defensa de la abuela Milar, ¿verdad, madre? Maarken se la enseñó a Meath, y él me la enseñó a mí.

—Le encantaba el ajedrez y jugaba muy bien —respondió Sioned—. Andrade era la único que podía ganarle muy a menudo. Y deja de intentar distraerme, polluelo —añadió, haciéndole una mueca.

Él rió y ella supo que había sido perdonada por los contratiempos de su llegada.

—Ten en cuenta —dijo Rohan—, que es una terrible perdedora.

—Según escuché, no ha tenido mucha práctica en perder —respondió Pol con una sonrisa— ¡Y no parece que esta vez le vayas a enseñar, padre!

—¡Oh, así que ahora son cumplidos para llevarme a la complacencia! —Sioned alcanzó la oreja de Pol y la moldeó con los dedos.

Rohan movió una pieza en el tablero.

—Recuerda, muchacho, lo principal de jugar al ajedrez con una mujer es siempre dejarla ganar, incluso después de que te hayas casado con ella.

—¿Dejarme ganar?

Sioned lanzó un puño juguetón en su mandíbula y éll le atrapó la muñeca, tiró y logró derribarla a un lado del tablero de ajedrez. Sioned fue por sus costillas, conociendo cada lugar vulnerable en su cuerpo. Las piezas de ajedrez salieron volando.

—¡Perdió! —gritó Pol.

Mientras los tres cayeron en la alfombra, riendo y cosquillas. El cabello de Sioned se soltó de sus alfileres y Rohan agarró la espesa trenza, tirando de ella hacia abajo para un beso. Luego ambos fueron tras su hijo. Capturado, Pol se retorció impotente de risa.

—Bueno, ahora —dijo una voz divertida desde la puerta—. ¿Es una revolución del castillo, me pregunto? ¿Apuestas al ganador, Maarken?

—Pol —dijo el joven a la vez—. Chadric enseña trucos sucios en combate desarmado, madre.

El trío real se solucionó y se sentó, todavía riendo. Rohan sonrió en Maarken y Tobin.

—Siempre apuestas al hombre más joven, ¡especialmente cuando se trata de tu futuro príncipe!

—Es solo una buena política —estuvo de acuerdo Maarken, riéndose y ayudando a Sioned a ponerse de pie.

Ella le agradeció e intentó hacer algo con su cabello.

—¿Te vas a sentar allí? —Ella le preguntó a su esposo— Levántate y al menos finge una pequeña dignidad principesca.

—Hazlo un buen espectáculo —aconsejó Tobin—. He llegado a anunciar la embajadora fironesa.

Rohan gimió y sacudió la cabeza.
—No se suponía que se quedara otro día. Al menos no según su Mensajero del Sol
—Lady Eneida está justo detrás de mí, hermano querido.
Maarken y Pol buscaron las piezas de ajedrez dispersas, mientras que Tobin reemplazó el tablero y enderezó una silla volcada. Rohan y Sioned se arreglaron, luego agarraron a su hijo en su camino y realizó el mismo servicio para él. Se deslizaron en los asientos, Maarken de pie detrás de la silla de su madre, ya que era apropiado para un joven señor en presencia de sus príncipes, justo cuando sonó un golpe en la puerta.
—Pasa —dijo Rohan, rastrillando su mano por última vez a través de su cabello.
La embajadora era una mujer delgada y de tez oscura, en algún punto entre los cuarenta y los setenta. Era tan fresca y frágil como el cristal por el cual su tierra era famosa, pero allí terminó la semejanza; la aireada gracia del fantástico cristal fironés brillaba por su ausencia en ella. Frágil como parecía, había algo robusto en ella, y aunque la corte de Rohan la salvó de verse aún más sólida con rígidas túnicas, su vestido de lana había sido hecho para el clima más frío de Firon y su frente estaba ligeramente húmeda mientras hacía inclinaciones ante el alto príncipe, la princesa y su heredero.
—Es generoso de tu parte recibirme en privado, su gracia —le dijo a Rohan.
—Más generoso de tu parte fue hacer el viaje desde Firon con tal rapidez —respondió—. Por favor, mi señora, ponte cómoda.
Cuando Maarken le colocó una silla, murmuró su agradecimiento y dobló sus estrechas manos en su regazo.
—Nuestro consejo de gobierno me ha enviado para consultar con su gracia respecto al lamentable ánimo de nuestro principado —comenzó—. Como saben, el Príncipe Ajit murió sin herederos este año.
—Tuvimos noticias de su muerte mediante la luz del sol y nos afligimos —dijo Rohan. Recordó muy bien el príncipe que, en el primer tumultuoso Rialla de Rohan, había dudado abiertamente de su capacidad para comprender incluso los conceptos básicos del gobierno. Nunca había tenido nada contra Ajit; de hecho, había estado agradecido por las expresiones de duda, ya que había sido un tributo a sus habilidades de actuación. La idiotez límite había sido precisamente la impresión que había deseado crear, lo mejor para poner a Roelstra en concesiones. Ahora todos lo conocían mejor, por supuesto.
Lady Eneida continuó:
—Los días desde la muerte de su gracia no han sido fáciles. Hemos recibido constantes sugerencias... de otros príncipes.
—Soy consciente de ellos. ¿Cómo los ve su consejo?
—Con sospecha, como podrás imaginar, mi Señor —la fría sonrisa que le dedicó estaba llena de condescendencia.
—De hecho, sí —murmuró Tobin.
—La mayoría de estas sugerencias se refieren a linajes, tanto reales como imaginarios. Y, por lo tanto, conciernen a Sus Excelencias. —Incluyó a Sioned y Pol en su mirada.
—Me temo que no lo entiendo —comentó Sioned—. No estoy lo suficientemente informada sobre genealogía principesca, Lady Eneida.
—Eso no me sorprende, Su Excelencia, ya que el punto es bastante confuso. La abuela del Alto Príncipe era hija de nuestro Príncipe Gavran, quien también tenía dos hermanas, que se casaron con los príncipes gobernantes de Dorval y Kierst.
Tobin se inclinó ligeramente hacia adelante en su silla.
—Así pues, hay cuatro posibles herederos de Firon: los hijos de Volog de Kierst, los hijos de Davvi de Syr, los nietos de Lleyn de Dorval y mi sobrino, el Príncipe Pol.

La embajadora inclinó la cabeza en señal de agradecimiento por el sucinto resumen de Tobin.

—La reivindicación del Desierto es más fuerte gracias al Alto Príncipe y también a la conexión de la Alta Princesa Sioned con la línea real kierstiana.

Rohan frunció el ceño, irritado por el entusiasmo de su hermana.

—Mi señora, ¿se da cuenta de que nombrar a mi hijo heredero de Firon podría significar la desaparición de esa tierra como principado independiente?

Ella respondió encogiéndose de hombros.

—La perspectiva no nos complace demasiado, con el debido respeto, Su Gracia —le dijo a Pol, quien asintió, comprensivo—. Pero es infinitamente preferible a ser absorbidos por Cunaxa.

—Aprecio tu posición —dijo Rohan, y la leve sonrisa de Lady Eneida le indicó que apreciaba su juego de palabras geográfico; Firon estaba justo al lado de la siempre hambrienta Cunaxa—. Tal evento tampoco nos complacería mucho. Aun así, hay mucho que decir sobre proponer, por ejemplo, al nieto menor del Príncipe Lleyn como heredero. Así, al menos, Firon conservaría su independencia.

Tobin se removió ligeramente en su silla y miró de reojo a su hermano con disgusto. Maarken, de pie junto a ella, le puso una mano discreta en el hombro. Comprendía los instintos adquisitivos de su madre tan plenamente como Rohan.

—Dorval está lejos —dijo Lady Eneida sin rodeos—. En diez días de navegación con buen tiempo, podríamos necesitar ayuda contra los cunaxanos. Pero también compartimos frontera con Marca del Príncipe.

—Una frontera difícil —señaló Sioned—. Montañas sólidas con un solo paso decente para atravesarlas.

—Además, está la proximidad del Desierto a Cunaxa —dijo Lady Eneida sin expresión alguna, con la mirada penetrante como astillas de cristal oscuro.

Rohan dejó que el silencio que siguió se prolongara, sabiendo lo que insinuaba. Un tratado que estableciera a Laric, nieto de Lleyn, en Firon intimidaría a los cunaxanos mucho menos que si Rohan fuera el dueño del lugar. Un ataque a Firon se convertiría en una amenaza directa para él, sin el filtro de ningún acuerdo de defensa con un principado independiente. Kierst estaba más cerca de Firon, pero solo el Desierto podía atacar a través de la frontera compartida con Cunaxa en respuesta a una marcha sobre Firon. El Príncipe Miyon jamás cometería la insensatez de invadir por el oeste cuando podía estar seguro de un contraataque desde el sur que necesariamente reduciría a la mitad sus fuerzas y su efectividad.

Lady Eneida finalmente rompió el silencio diciendo:

—La reivindicación más fuerte proviene del Desierto. El Príncipe Pol está una generación más cerca de Firon a través de usted, mi señor. Combine esto con la sangre kierstiana de Su Gracia… —Terminó con un encogimiento de hombros que indicaba la inevitabilidad del fin de Firon como principado independiente.

—Su consejo está de acuerdo o no estaría aquí, supongo —dijo Tobin.

—Sí, Su Gracia… —asintió a regañadientes. De nuevo, sin intención de insultar. No es que nos preocupemos por la idoneidad de nuestra elección

—Solo que lamentas que haya tenido que hacerse —añadió Rohan—. Yo también lamento la necesidad, mi señora.

—¿Puedo considerar entonces que la sugerencia del consejo es aceptable para el Alto Príncipe?

—Nuestra respuesta no podrá llegar hasta el Rialla, cuando hayamos consultado con los demás príncipes, como exige la ley.

Tobin respiró hondo y los dedos de Maarken se apretaron sobre su hombro en una silenciosa advertencia. La columna vertebral de Lady Eneida se convirtió en una vara de hielo.

—Por favor, créeme —dijo Rohan— cuando te digo que se hará todo lo posible para garantizar la seguridad e integridad de las tierras fironesas. Pero la ley es la ley y debe cumplirse. No puedo presentar ninguna reclamación y, desde luego, no puedo aceptar nada hasta que se hayan presentado todos los hechos en Waes.

—Mi señor, quizá ha subestimado el peligro de Cunaxa. La primavera y el verano serán largos antes de la llegada del Rialla.

—Sin embargo, acataré las leyes que yo mismo escribí —dijo en voz baja—. Tu faradhi en Balarat está a un paso de la princesa Sioned. Si necesitas ayuda, te la proporcionaremos, según la ley.

Y con eso tuvo que conformarse. Se despidió con fría dignidad y cerró la puerta tras ella con un ruido como el de hielo al romperse.

Sioned habló antes de que Tobin pudiera dar rienda suelta a su indignación.

—Maarken, ¿podrías ir a buscar a tu padre, por favor?

Un destello de decepción se dibujó en su rostro al no poder presenciar uno de los famosos temperamentos de su madre, pero hizo una reverencia y obedeció. Rohan asintió en agradecimiento a su esposa y se volvió hacia Pol.

—Has tenido el beneficio de recibir sermones de Lleyn y Chadric. ¿Qué opinas de esto?

El chico se recuperó rápidamente de la sorpresa de que se le pidiera su opinión.

—Tenemos que tomar Firon. Les suministramos lingotes de vidrio, y no puedo creer que los cunaxanos permitan que ese comercio continúe aunque les cueste gran parte de sus ingresos. Sobre todo con los Mérida en su corte hablando en nuestra contra. Y están justo al otro lado de la frontera de Firon, con dos buenos pasos entre montañas para usar.

—Tres —espetó Tobin, con los ojos negros encendidos—. Rohan, ¿qué te pasa? ¡Te están entregando un principado envuelto en cintas de seda! ¿Y vas a esperar hasta el final del verano para tomarlo?

—Sí. ¿Puedes decirme por qué, Pol?

—Porque es la ley, tal como dijiste. —El chico dudó y luego se encogió de hombros—. Además, los príncipes no pueden hacer otra cosa que estar de acuerdo, ¿verdad? Nuestra demanda de sangre es la mejor, y tú eres el Alto Príncipe, después de todo.

—¿Entonces por qué no actúa como tal? —exigió Tobin— Es muy noble y amable de tu parte observar las formalidades, Rohan, pero mientras tanto, los cunaxanos podrían cruzar la frontera y entonces tendríamos que luchar por lo que los fironeses quieren darnos sin desenvainar una sola espada.

Rohan no le prestó atención, sino que miró pensativo a su hijo.

—Porque soy el Alto Príncipe —repitió—. ¿Eso convierte mis deseos en ley?

—No, pero...

Lo interrumpió la entrada de Chay y Maarken. Tobin se puso de pie de un salto y le ordenó a su esposo que hiciera entrar en razón a su hermano. Chay arqueó las cejas ante su vehemencia, pero no dijo nada hasta que giró la silla de Lady Eneida, se sentó con los brazos cruzados sobre el respaldo y estiró sus largas piernas, calzadas con botas.

—Me han dicho que los fironeses quieren hacerte un regalo —comentó con dulzura. Luego sonrió, con un brillo pícaro en sus ojos grises—. ¡Qué verano tan perfecto para las

maniobras militares en los alrededores del Castillo Tuath! ¡Y qué suerte que esté a solo cincuenta millas de la frontera cunaxana!

Tobin silbó entre dientes y miró a su señor con furia. Pol abrió los ojos de par en par, asombrado; Sioned se contempló las manos para disimular su diversión. Pero Rohan le sonreía abiertamente a su hermana.

—Deberías saber que no debes dudar de mi cordura, Tobin —la amonestó—. Miyon y su consejo estarán tan nerviosos viéndonos cruzar la frontera que no tendrán tiempo ni valor para pensar en Firon.

—Eso dices —replicó ella—. ¿Pero por qué no aceptan la propuesta fironesa ahora? Ahorraría mucho tiempo. Pol tiene razón: no pueden hacer otra cosa que aceptar al Gran Príncipe.

—Y si yo no cumplo la ley, ¿quién más lo hará? —replicó—. ¿Lo entiendes, Pol?

El chico miró a Maarken, quien le sonrió alentadoramente, y luego dijo:

—Es como ser un Mensajero del Sol, ¿verdad? Eres el Alto Príncipe y tienes mayor responsabilidad ante la ley que nadie, incluso cuando la ley es incómoda. Y ser un faradhi es lo mismo. Más deberes y obligaciones conllevan más poder, ¿no?

—En efecto. —Apenas pudo evitar que el brillo de su orgullo eclipsara la luz del sol, y se recordó a sí mismo que debía agradecer a Lleyn, Chadric y Audrite—. Tobin, tienes una cabeza excelente para los mapas. ¿Trabajarías en una propuesta para dividir Firon entre Marca del Príncipe y Fessenden?

—¡Fessenden!

Pol se quedó boquiabierto; Sioned le guiñó un ojo. Chay apoyó la frente en los brazos cruzados y se estremeció con una risa silenciosa. Al cabo de un momento, levantó la cabeza y murmuró:

—Tobin, Tobin, ¿aún no has aprendido a no tratar de predecirlo?

Su sorpresa dio paso al asco.

—Oh, entonces no queremos parecer un príncipe codicioso, ¿verdad? ¡Con tal de que todos los mejores criadores estén bajo la jurisdicción de Marca del Príncipe!

—Esto dejará a Fessenden con un buen pedazo de tierra y una buena dósis de gratitud por nuestra generosa expansión de su territorio. Maarken, quizás puedas contactar a Eolie en Perla Gris y preguntarle si Lleyn sabe de algún vínculo fuerte o aversión más fuerte entre la gente de las tierras fronterizas. Quiero que esto sea lo más fácil y sencillo posible para todos.

Maarken sonrió, apreciando el plan.

—Será un placer, mi señor. Lleyn es una fuente de información sobre las propiedades de todos después de las disputas fronterizas de hace tres Riall'im. Sabe quién ha estado peleando por qué hasta la última brizna de hierba, aunque le aburra muchísimo.

—Estoy seguro de que todos encontrarán interesante este pequeño reordenamiento geográfico —dijo Rohan—. Asegúrense de mencionarle que habrá una compensación por eliminar a sus nietos de la consideración de otros príncipes para el trono fironés, si así lo desea.

—Creo que sí. El hijo mayor, Ludhil, jura que nunca saldrá de Dorval salvo para asistir al Rialla, así que dudo mucho que quiera a Firon. Y Laric es más erudito que príncipe.

Rohan pensó un momento.

—Cuando esté en Waes hablaré un poco con Davvi sobre Tilal. Sería un príncipe excelente.

—Para eso lo entrenamos —asintió Sioned—. Pero ¿qué hay del hijo menor de Volog? Su pretensión es igual de válida.

—Yo también me sentaré con él. La Diosa debe estar sonriendo, porque puedo hablarles como parientes y como príncipes.

Tobin resopló con delicadeza.

—Ah, sí, que todo quede en familia, ¿vale? Recuerdas, por supuesto, que lo arreglaste para que el nieto de Volog gobernara tanto a Kierst como a Isel algún día. ¿Vas a añadir un tercer principado a su lista?

—¡Difícilmente diría que lo organicé yo, Tobin! ¿Podría haber previsto que el único hijo de Saumer moriría sin un heredero?

—No, pero las cosas suelen salirte bien —replicó ella—. Muy bien, reorganizaré tu mapa. Pero sigo diciendo que deberías tomarlo todo, y ahora mismo.

—Solo estás enfadado por no haber pensado primero en el ángulo de Fessenden —dijo Chay—. Rohan, supongo que quieres que Walvis lidere las maniobras en Tuath.

—A menos que Maarken quiera. —Miró al joven con una mirada interrogativa, que perdió la sonrisa—. Si no...

—Lo haré si me lo pides, mi señor.

—Pero estoy seguro de que Andrade querrá verlo en el Rialla —insistió Sioned—. Envía a Walvis. Lo conocen bien en el norte después de lo que hizo en Tiglath. Estoy seguro de que Maarken podría impresionar a los cunaxanos y a nuestra propia gente, pero la idea es evitar la batalla, no demostrar lo capaz que es Maarken provocándola.

Todo era perfectamente lógico, pero Rohan sabía que sus razones declaradas para querer a Maarken en Waes y a Walvis en Tuath eran diferentes a las reales. El alivio en los ojos de Maarken confirmó que el Rialla también era su deseo. Rohan miró a su esposa con recelo y luego asintió. Ya le sonsacaría la verdad más tarde.

—Supongo que eso significa… —Pol dejó escapar un suspiro de tristeza.

—Chay —interrumpió Sioned con suavidad—, ¿por qué no habláis tú y Maarken con Walvis esta tarde?

Tobin seguía manteniendo la irritación que le provocaba su hermano, pero Chay había captado el trasfondo. Sin embargo, no dijo nada al respecto, simplemente asintió y acompañó a su esposa e hijo fuera de la habitación, no sin antes dirigirle a Sioned una larga y risueña mirada, que ella le devolvió con perfecta compostura. Rohan lo vio sonreír y negar con la cabeza.

Cuando los tres se quedaron solos, Sioned miró con picardía a Pol.

—Sí, eso significa que Sionell y Jahnavi vendrán con nosotros a Cuenco Celestial. Vivirás.

Rohan rió entre dientes al ver las mejillas del chico enrojecerse.

—Dale unos cinco inviernos más, Pol, y entonces no tendrás que preocuparte por ella. Habrá muchos jóvenes más que dispuestos a desviar su atención de ti.

Pol se quedó mirando, completamente asombrado de que Sionell pudiera atraer a jóvenes hacia su personita regordeta y pestilente, o de que le importara si lo hacía. Rohan, sabiendo que no debía reírse, rió de todos modos.

—Bueno, en fin —dijo Pol—, es bastante apropiado que mi derecho a Firon provenga de ustedes dos, al igual que mis dones de Mensajero del Sol. Me alegra que sea así, reforzado. No creo que me sentiría del todo bien de otra manera.

Sioned asintió con facilidad, pero sus ojos se habían quedado en blanco. Rohan sabía por qué. No había ningún derecho a Firon a través de ella, ni tampoco lo había el talento de su generosidad. Era demasiado sensible.

—¿Te preocupa la perspectiva, hijo?

—No. No mucho, en cualquier caso —corrigió con sinceridad—. Es solo que ahora tendré que preocuparme por otro principado más. —Esbozó una sonrisa caprichosa—. Solo asegúrate de que este sea el último que tenga que añadir a la lista, padre. ¡No creo que tenga espacio suficiente en la cabeza para recordar más principados!

—Como Alto Príncipe, tendrás que preocuparte por todos ellos.

—¡Entonces los mantendré a todos muy ocupados respondiendo un millón de preguntas!

—Haremos todo lo posible por responder. Y eso me recuerda, ¿cómo está Chadric últimamente? La verdad es que no he tenido tiempo de hablar contigo sobre tu entrenamiento y tu vida en Perla Gris.

—¿Pero no deberíamos empezar a planear las cosas?

—Considéralo la primera lección para ser el Alto Príncipe —Rohan dejó escapar una risa—. He enviado a todos a hacer un trabajo que saben muy bien cómo hacer sin mí. Chay, Maarken y Walvis me presentarán excelentes planes para Tuath, Tobin se sumergirá en libros y mapas durante los próximos diez o doce días, y cuando estén listos, mis expertos me dirán qué han descubierto. Pero hasta entonces, mi tiempo es mío. Nunca hagas tú mismo lo que otro puede hacer por ti mejor y más rápido, Pol. Ahora, dime qué piensas de Chadric. Era escudero aquí, ¿sabes? Llegó el año en que nací y se fue cuando solo tenía seis años, así que no lo recuerdo muy bien.

Pol se lanzó a una descripción de las muchas virtudes de Chadric, y durante su recital, Sioned recuperó la compostura, tal como Rohan pretendía. Siguieron hablando un rato, y luego él sugirió que sería de buena educación que Pol fuera a felicitar a Sionell por su nuevo poni. Pol hizo una mueca y luego suspiró.

—Supongo que no puede evitarlo —observó filosóficamente—. Después de todo, solo es una niña pequeña.

Ni Rohan ni Sioned extrañaron la autoridad que les otorgaban tres años de ventaja, pero ninguno se dejó llevar por la diversión. Pol los dejó, y Rohan tomó la mano de su esposa.

—Me duele verte disgustada, cariño.

—Simplemente no esperaba que dijera lo que dijo, eso es todo. —Ella se encogió de hombros—. Odio que crezca creyendo una mentira; lo sé, lo sé, es una mentira necesaria hasta que tenga la edad suficiente para entender lo que realmente sucedió y por qué nunca se lo dijimos. Pero es una suerte que la reclamación fironesa no venga solo a través de mí. Por honor, habríamos tenido que negarnos.

—Y piensa en una muy buena razón para ello. Pero no cambiará mucho en Firon, ¿sabes? No es probable que Pimantal de Fessenden cierre el puño sobre sus nuevas posesiones, sobre todo después de que haya tenido una breve charla con él.

—La misma táctica que usas con Marca del Príncipe. Han pasado catorce inviernos desde que Pandsala se convirtió en regente, y el pueblo ha aprendido dónde está su ventaja. Para cuando Pol tenga edad suficiente para gobernar allí, encontrarán nuestros métodos completamente naturales.

—Me pregunto si los demás príncipes lo harán. —Se levantó y se acercó a las ventanas, mirando hacia el patio—. Firon es una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar, y el hecho de que ellos vinieran a mí en lugar de al revés me tranquiliza un poco la conciencia. Pero tendré que tener cuidado, sobre todo justo ahora con este asunto del hijo de Roelstra. —Resopló con una risa repentina—. ¿Puedes creerlo? El viejo Ajit tenía seis esposas y pensaba tomar una séptima, ¡y aun así no podía tener más hijos que Roelstra!

—A veces depende de la mujer, ¿sabes? —murmuró ella, y cuando él se giró con expresión afligida, le sonrió— Oh, basta. Ya no me preocupo por eso, Rohan. Después de todo, te di un hijo. Y además, Ajit tuvo un heredero que murió hace muchos años.

—Es cierto, lo había olvidado. —Oyó gritos y risas afuera, en el patio, e hizo una seña a Sioned para que se acercara a las ventanas—. ¡Ven a ver esto!

Ella se unió a él y juntos observaron cómo Walvis, jugando al dragón para sus hijos, agitaba una inmensa capa verde como alas mientras intentaban montarlo en sus ponis. Chillando de risa, los niños apenas podían mantenerse en sus sillas. Los ponis indignados se vieron obligados a trotar arriba y abajo, arriba y abajo, mientras blandían espadas de madera ante el dragón. Pol estaba cerca, con rostro elocuente: ansiaba unirse a la diversión, pero su dignidad como heredero de Rohan y escudero de Lleyn se lo prohibía. Sionell le solucionó el problema pateando a su poni hasta donde él estaba y lanzándole su espada. Pol le dedicó una reverencia y luego se adelantó para complacerla matando al dragón.

—¡Oh, es maravillosa! —rió Rohan—. ¡Justo lo que necesita!

—Bueno, tendremos que esperar a que sea mayor para ver si heredó el gusto de su padre por las pelirrojas —bromeó.

—Sería genial que sucediera. Pero puede elegir a su esposa entre muchísimas chicas.

—¿Como tú? ¡Todavía puedo verte ese año en Waes, hundido hasta las caderas en princesas!

—Y ahogándome en un par de ojos verdes —respondió galantemente, besándola.

—Muy romántico —aprobó ella—. Enséñale algo de eso a Pol, y no lo dejarán en paz.

—Personalmente, no recuerdo que fuera una experiencia muy agradable. Y hablando de Waes, ¿qué era eso de Maarken?

—No te lo diré. Puedes torturarme, matarme de hambre, arrancarme las uñas, meterme en la mazmorra o incluso hacerme cosquillas, y no diré ni una palabra.

—No tengo mazmorras. Y estoy muy contento por hoy, gracias. La tortura es un desastre, mi fiel guardia me usaría como tiro al blanco si intentara matarte de hambre, y en cuanto a las uñas… —Tomó una de sus manos y le mordisqueó las yemas de los dedos—. Es una idea —admitió—. Al menos no me arañarían en la cama. Qué enfática eres, Sioned.

Sionell felicitaba a Pol por su conquista y Walvis había desaparecido en la fortaleza, presumiblemente para consultar con Chay y Maarken. Rohan vio a Jahnavi, de ocho años y ya una experta jinete, realizar una serie de maniobras llamativas alrededor del abrevadero. Pero su atención se centraba en Pol, quien ignoró las atenciones de Sionell y se dirigió a los jardines. La niña dio una patada en el suelo y corrió tras él.

—Sabes —reflexionó Rohan—, creo que me gustaría construirle un castillo.

—Ya tienes varios.

—Bueno, no un castillo, en realidad, sino un palacio. Algo parecido a lo que Lleyn tiene en Perla Gris. No una fortaleza lista para la guerra, sino un lugar tranquilo, con muchos jardines, fuentes y todo eso.

—¿Y dónde ubicarías esta maravilla?

—A medio camino entre Stronghold y el Castillo del Peñasco. De hecho, voy a inspeccionar algunos lugares cuando pueda. Piénsalo, Sioned: un nuevo palacio para un nuevo príncipe, uniendo dos tierras. Me gustaría empezar a construir la próxima primavera, así estará listo para cuando Pol se case.

—Apuesto a que es Sionell. Y como apuesta...

—Extorsionadora. ¿Qué quieres si ganas? —Le sonrió.

—Feruche.

La conmoción lo recorrió por todo el cuerpo y se apartó de ella.
—No.
—El paso a través del Veresch es importante, Rohan. Feruche siempre lo protegió, pero ahora no hay nada, ni siquiera una guarnición. Feruche debería ser reconstruido.
—No quiero tener nada que ver con ese lugar nunca más —dijo con voz áspera, mirando por las ventanas con los ojos cerrados. Feruche: el hermoso castillo rosa que se alzaba sobre los acantilados; la mujer letal que lo había gobernado; La noche en que la violó y ella concibió a su hijo.
—Prometiste hace mucho tiempo que me darías Feruche —le recordó Sioned—. Hay dragones cerca que necesitan vigilancia y protección. Quiero Feruche, Rohan.
—No. Nunca.
—Es la única manera de que ambos olvidemos lo que nos pasó allí. Lo destruí con el Fuego de los Mensajeros del Sol; para mí, yace en cenizas. Pero para ti sigue en pie, porque nunca regresaste para verlo arrasado. Quiero que lo reconstruyan, Rohan, para que ya no sea de Ianthe, sino nuestro.
—¡No! —gritó, girando sobre sus talones hacia la puerta— ¡No lo reconstruiré, no pondré un pie a menos de diez metros de él! ¡Y no quiero que vuelvas a hablar de ello!
—Cuando le digamos a Pol la verdad, ¿le presentaremos también las ruinas carbonizadas donde fue concebido y nació, y donde murió su madre? ¿O construiremos un lugar nuevo que no conserve nada del antiguo, nada que dé testimonio de lo que allí ocurrió?
Se detuvo, con la mano en el pestillo de la puerta.
—Si me amas, jamás pronunciarás el nombre de ese lugar en mi presencia mientras vivamos.
—Es porque te amo que tengo que decirlo. Quiero Feruche, Rohan. Y si no lo reconstruyes tú, seré *yo* quien lo haga.

Capítulo Siete

Lady Andrade permanecía de pie ante las ventanas grises y cerradas de la biblioteca, de espaldas a Urival y Andry, sin que la vieran frotándose las manos. El orgullo le impedía acurrucarse junto a la chimenea, como su cuerpo helado le imploraba, y sobre todo rechazó la súplica de sus huesos envejecidos por la cálida suavidad de su cama. Miró con resentimiento la torre envuelta por la lluvia al otro lado del patio interior de la Fortaleza de la Diosa. ¿Habían sido peores el frío invernal y las lluvias primaverales este año, o simplemente se sentía vieja? Estas últimas vacaciones de Año Nuevo habían sido las septuagésimas de su vida; comparada con el Príncipe Lleyn, era una simple niña.

—¿Qué les llevó a dejar Dorval por este lúgubre lugar? —murmuró.

Urival se acercó a su hombro, silencioso como un cazador experto en busca de una presa inquieta.

—Esta será la última tormenta de la temporada. Pero tienes razón: las nubes son el enemigo natural de un Mensajero del Sol. ¿Por qué eligieron construir aquí? —Metió las manos en los bolsillos de su túnica para disimular el temblor y luego se volvió hacia su joven pariente— ¿Y bien? Has tenido un rato para descifrar los pergaminos.

—No mucho, mi Señora —le recordó Andry—. Pero creo que tengo algunas pistas. Es desesperante, sin embargo: algunas palabras son muy parecidas a las que usamos ahora, pero han cambiado con el tiempo en contexto. He tenido que ser más cuidadosa con ellas que con las que al principio no tenían ningún sentido. Pero creo que he encontrado algo interesante. —Pasó un dedo por la sección del pergamino que habían estado examinando toda la mañana—. Una pequeña marca, como una ramita doblada, aparece una y otra vez. Las primeras veces pensé que eran solo manchas en la página, errores, pero ahora creo que son bastante deliberadas.

—¿Y qué significan? —preguntó con impaciencia.

Andry dudó, luego se encogió de hombros y se lanzó a la conversación.

—Creo que quieren decir que la palabra que aparece sobre ellos debe interpretarse como su opuesto exacto. Sabes lo extraño que ha sido leer una cosa y luego descubrir que se contradice. Pero la marca aparece con sospechosa regularidad en los lugares que parecen ser lo opuesto a lo anterior o posterior.

—¡Qué deliciosa confusión! —resopló Andrade— ¿Estás diciendo que escribieron falsedades deliberadamente, confiando en que sus pequeñas ramitas señalaran las mentiras?

—Creo que sí. —Andry empezó a hablar con más entusiasmo sobre su teoría, incluso ante su evidente burla—. Por ejemplo, hay un lugar que dice que Lady Merisel permaneció en Dorval durante todo un año, pero más adelante dice que se quedó con un poderoso señor en lo que hoy es Syr ese mismo verano. Más adelante aún se menciona una alianza entre los Mensajeros del Sol y este hombre que se formó ese verano, y en ese mismo pasaje del que te hablé, aparece ese pequeño signo de la ramita.

—Necesitas un mejor caso que un solo ejemplo que probablemente sea un error. —Urival frunció el ceño.

—¡Pero es lo único que tiene sentido! De lo contrario, todo se convierte en una serie de afirmaciones que se niegan constantemente hasta que no sabemos qué está bien o qué está mal, que es probablemente lo que Lady Merisel pretendía cuando escribió esto, de hecho. —Desenrolló el pergamino en otra sección—. En todas las partes que he estudiado, donde un lugar dice una cosa y en otro dice lo contrario, la marca siempre aparece en la palabra clave. Escucha esto. —Encontró el lugar que quería y leyó en voz alta—: *Los hijos*

gemelos que fueron de Lady Merisel con Lord Gerik fueron tratados por Lord Rosseyn como suyos. Y la marca aparece debajo del nombre de Lord Gerik.

—¿Y qué significa esto? —Andrade le puso un tono ácido a su voz para disimular su creciente emoción.

—Creo que significa que… ¡que los chicos no eran realmente hijos de Lord Gerik! ¡Incluso podrían haber sido de Lord Rosseyn! Por favor, escúchenme. Si lo interpreto como indica la marca: *Los hijos gemelos que eran de Lady Merisel, pero no de Lord Gerik, fueron tratados por Lord Rosseyn como suyos.* ¿No significaría eso que él era el padre?

—Pruebas —exigió Urival—. Dennos pruebas, no conjeturas.

—Aquí dice que pelearon por unas pocas extensiones de tierra cerca de Radzyn, pero conozco esa zona. ¿Por qué habrían de pelear por una parcela desértica sin valor? La marca lo confirma, pues indica que la tierra no fue la razón por la que libraron la batalla. Y en esta sección, más adelante, dice que Lord Gerik se alegró de que Lord Rosseyn usara sus poderes en la batalla. Pero solo una página antes dice que él y Lady Merisel habían prohibido el uso de los dones para matar, y ahí está el símbolo, justo debajo de la palabra *placer*, en referencia a lo que hizo Rosseyn. —Se apartó el pelo de los ojos y miró a Andrade—. Es la única manera posible de explicar todo esto, mi Señora.

Urival miró los pergaminos.

—¿Entonces nos dieron dos versiones de su historia? ¡Diosa mía, nos llevará años descifrarlo toda!

—Lo que debemos recordar es que no le estaban dando nada a nadie —dijo Andry—. No podían saber quién encontraría los pergaminos, ni siquiera si los encontrarían. Debía de ser su forma de confundir a cualquiera que no debiera leer esto; las contradicciones te volverían loco. Casi me confunden a mí, hasta que descubrí el significado de su signo de la ramita.

—¿Pero por qué complicar tanto el asunto? —preguntó Andrade—. ¿A quién le importaría a estas alturas si este Rosseyn, quienquiera que fuera, engendró a los gemelos de Merisel?

Andry respiró hondo y se quedó mirando sus cuatro anillos.

—Creo que es mucho más sutil que eso, mi Señora. ¿Por qué se enterraron estos pergaminos junto con el de brujería? Para proporcionar la pista que nos ayudaría a interpretar correctamente ese pergamino esencial y peligroso, y para evitar que quienes no fueran tan perseverantes descubrieran su significado.

Andrade regresó a su silla y se sentó, con los puños apretados dentro de los bolsillos.

—Muéstrame el Pergamino Estelar. —ordenó. Andry lo sacó con reverencia de su estuche y lo desenrolló sobre el otro—. Tiene marcas por todas partes —explicó—. Esta fórmula, por ejemplo. Dice que puede causar pérdida de memoria. Todas esas raíces, hierbas e instrucciones, pero en lugar de omitir un ingrediente esencial que anularía su eficacia, añadieron algo que arruinaría la receta con la misma seguridad. Aquí. Esta flor de la que nadie por aquí ha oído hablar, con la pequeña marca debajo. Y mira esta: instrucciones para hervir cierto ungüento que puede hacer que una herida supure en lugar de cicatrizar. ¡Pero la señal indica que no debe hervirse en absoluto! Y aquí: esta receta para un veneno poderoso. Es igual, mi Señora: la lista de ingredientes con la pequeña señal debajo de varios de ellos que juraría que se combinan para producir el antídoto dentro del propio veneno, ¡así que no sería peligroso si alguien encontrara el pergamino! En todos los que podrían ser peligrosos, aparece la pequeña ramita por algún lado, diciéndonos que no hagamos algo que haría el lector desinformado al seguir las instrucciones.

El paso en falso añadido para que la fórmula no valiera nada en caso de que cayera en malas manos. Andrade se dejó llevar por la admiración y el asombro, convencida ahora.

—Por lo que me has contado de Lady Merisel, era lo suficientemente astuta como para haber ideado esto. ¿Te la imaginas en su vejez, escribiendo todo esto como dice el primer pergamino, riéndose a carcajadas mientras se aseguraba de que nadie usara este conocimiento, aunque lo encontraran?

—Y la clave está en las historias —asintió Andry—. De verdad es lo único que tiene sentido.

—Hmmm —gruñó Urival, todavía escéptico—. La única forma de demostrarlo sería elegir una receta y seguirla en ambos sentidos. Con tu permiso, Andrade, haré precisamente eso: elegir algo que sepamos que podemos curar, por supuesto.

Ella asintió, volviéndose hacia Andry.

—Léeme una sección que no tenga que ver con pociones. Quiero averiguar si esto es cierto.

Andry eligió de inmediato unas líneas de letra apretada, dándole a Andrade la impresión correcta de que había planeado toda la conversación para que llegara hasta ese punto.

—La hierba dranath no puede aumentar poderes —leyó en voz alta y luego sostuvo su mirada sorprendida—. La marca está debajo de la palabra que significa *no puede*.

Sabía con certeza que la había manipulado deliberadamente para que hiciera esto. Le molestaba su habilidad y la admiraba, pero su miedo era aún más fuerte.

—Si no puede aumentar, entonces debe aumentar. ¿Era ese su secreto? *¿La hierba dranath puede aumentar poderes?* ¿La maldita hierba que corrompió a mi Mensajero del Sol para que Roelstra lo usara?

Andry se estremeció levemente.

—Mi Señora... —Andry se estremeció levemente— Lo siento...

Miró fijamente el fuego.

—Esclaviza, cauda adicción, mata... pero también curó la Plaga. Y ahora me dices que aumenta el poder.

—Parece que sí —dijo con cautela.

—¡No lo creo! —afirmó ella— Pruébalo como quieras, pero esto no lo creeré.

Se levantó y le dio la espalda, necesitando el calor del fuego para calmarse más que el frío de una tormenta primaveral. Fue un gesto de despedida, y escuchó cómo recogían los pergaminos, los deslizaban susurrantes en sus tubos de cuero y los volvían a guardar en las alforjas. Sintió una brisa en los tobillos cuando la puerta se abrió con bisagras silenciosas y luego se cerró.

Urival se arrodilló para echar más leña al fuego.

—Le mentiste. Sí crees.

—¡Me llevó de la nariz adonde quería que fuera! —Retrocedió un paso mientras las llamas se intensificaban— Urival... ni siquiera lo noté. Me engañó por completo con su pequeño espectáculo.

—Será un Señor de la Fortaleza de la Diosa realmente astuto.

—Sí, es como todos lo hemos hecho. Sobre todo yo. Es bueno, el joven Lord Andry. Muy bueno. Cuando gobierne aquí, desde mis aposentos y mi silla… —Se hundió de nuevo en su silla y cerró los ojos—. Gracias, Diosa, no estaré presente para observar.

A pesar de todos los privilegios que le otorgaba su parentesco con Lady Andrade, Andry solo llevaba cuatro anillos y no tenía ninguna precedencia especial en la Fortaleza de la Diosa. Oficialmente era un aprendiz, aunque esperaba que para el final del verano

consiguiera el quinto anillo faradhi, que lo marcaría como un Mensajero del Sol completamente entrenado. El sexto significaría su capacidad para tejer la luz de la luna con la misma destreza; el séptimo, que podía conjurar sin Fuego. Cerró la puerta de su habitación tras él y se sentó en la cama, mirándose las manos, viéndolas vacías de los honores que sabía que algún día serían suyos. Pero, con toda honestidad, sabía que tendría que aprender mucho antes de ser digno de los anillos, incluyendo el octavo y el noveno que pretendía obtener. Había fracasado en su estrategia para convencer a Andrade y Urival sobre los pergaminos. Su fe había estado a su alcance, pero había cometido un error. Si alguna vez esperaba ejercer verdadera influencia entre los faradh'im, tendría que aprender sutileza.

Por primera vez se atrevió a imaginar el décimo anillo, el de oro en su dedo de bodas y las finas cadenas que lo unirían a todos los demás, a los brazaletes que sujetarían sus muñecas. Señor de la Fortaleza de la Diosa. Amo de este lugar y de todos los Mensajeros del Sol, y de los príncipes y athr'im que poseían los dones. El número era muy pequeño ahora, pero crecería. Su intención era que creciera, pues creía de todo corazón en el plan a largo plazo de Andrade. Andry se mordió el labio e intentó no ver los diez anillos en sus manos. Sin embargo, una parte de él argumentaba que no había nada malo en aspirar a un alto cargo. Ciertamente, sus hermanos no se avergonzaban de sus habilidades. Maarken, con sus seis anillos, algún día sería Señor de Radzyn y comandante militar del Desierto y Marca del Príncipe. El hermano gemelo de Andry, Sorin, iba a ser nombrado caballero ese año en Rialla, y no había ocultado que deseaba una fortaleza importante para él, que su tío, el Alto Príncipe, sin duda le concedería. Pero la Fortaleza de la Diosa era el único lugar que Andry deseaba, el único honor que codiciaba, la única vida que alguna vez creyó que le convenía. Poseía los dones con mayor fuerza que Maarken, y no deseaba los logros caballerescos de Sorin. Quería diez anillos y este castillo, el derecho a gobernar todos los farad-h'im y el privilegio de guiar los principados como Andrade lo había hecho durante tanto tiempo.

Oyó pasos afuera, en el pasillo. Era hora de bajar a cenar, pero no se movió de su asiento junto al pequeño brasero que apenas encendía y rara vez calentaba su habitación. Nunca sentía frío; la broma en la fortaleza era que había absorbido tanto sol y calor del Desierto en su infancia que solo un invierno en Cuevas Nevadas lo enfriaría. Pero lamentaba la poca luz del brasero, que no le permitía leer hasta altas horas de la noche, y esperaba con ansias el quinto anillo que traería consigo una habitación más grande, un piso más abajo, con su propia chimenea.

—¡Andry! Sé que estás ahí, te oigo pensar —llamó una voz familiar desde afuera de su puerta—. Date prisa o llegarás tarde.

—No tengo hambre, gracias, Hollis —respondió.

La puerta se abrió de par en par y la Elegida no oficial de su hermano mayor apareció allí, con las manos en sus esbeltas caderas y sus trenzas, como ríos gemelos de luz solar oscura, cayendo más allá de su cintura. Le dedicó una mueca de exasperación afable, y él sonrió. Hollis le caía bien y aprobaba la elección de su hermano: ambos sin duda tendrían hijos no solo guapos e inteligentes, sino también dotados de la gracia. Pero se preguntaba cómo iban a aceptar sus padres la idea de que Maarken se casara con una mujer sin familia, posesiones, riqueza ni nada que la recomendara aparte de su belleza y sus anillos de Mensajera del Sol. Claro que les preocupaba la felicidad de sus hijos por encima de todo (Andry jamás habría podido elegir este camino de otro modo), pero Maarken era su heredero. Andry deseaba que Sorin ya hubiera conocido a Hollis para poder intercambiar impresiones y elaborar alguna estrategia para apoyar a su hermano mayor en sus objetivos.

Hollis no se había esforzado por conocer a Andry ni por convertirlo en su aliado. De hecho, lo había evitado con devoción durante un tiempo tras su regreso de Aguas de Kadar ese invierno. Andry se había sentido insultado hasta que de repente se dio cuenta de que ella estaba nerviosa, temerosa de no gustarle y de que desaprobara su sangre de baja cuna, y no se había atrevido a acercarse por temor a que pensara que buscaba su favor. Andry, con un gesto de la cabeza, se limitó a negar ante las incomprensibles costumbres de las mujeres y fue a buscarla. En un día llegaron a un buen entendimiento, ayudados por su sorpresa y luego por su risa cuando él empezó diciendo:

—Así que tú eres la Mensajera del Sol con la que se va a casar mi hermano.

Su franqueza se vio igualada por la honestidad de ella al confesar sus inquietudes, y se hicieron amigos, al margen del amor que sentían por su hermano.

Así fue como ella lo regañó como a una hermana mayor.

—¿No tienes hambre? ¿Y de qué esperas vivir entonces? ¿Con la brillantez de tu intelecto mientras estás aquí sentada pensando grandes cosas? Péinate y vamos a comer.

Se levantó, le hizo una humilde reverencia, empañada por una sonrisa.

—Que la diosa ayude a mi hermano cuando te cases.

—Que la diosa ayude a la pobre chica que se case contigo —respondió Hollis con aspereza, alisándole el cabello—. Ven, no querrás perderte las presentaciones, ¿verdad?

—¡Oh! Claro que no. Había olvidado que era esta noche. Gracias por venir a buscarme, Hollis. Me encanta verlas hacer sus primeras reverencias ante Andrade. —Mientras salían de su habitación y bajaban la escalera, continuó:— Aunque conocía a Andrade de toda la vida, ¡estaba aterrorizado esa noche! Siempre intento sonreírles para que vean al menos una cara amiga. Pero no sé cuánto sirve una sola sonrisa.

—No mucho —admitió ella—. Fue diferente para mí haber nacido y crecido aquí, ¡aunque cuando hice mi primera reverencia me temblaban tanto las rodillas que me salieron moratones!

—¿Cuántos hay esta noche?

—Seis. Urival dice que espera unos seis más antes de que acabe el verano. Esperamos tener veinte al año, pero con suerte tendremos diez.

Doblaron el rellano y subieron el siguiente tramo de escaleras. Estaba alfombrado, a diferencia de la piedra desnuda de más arriba, lo que indicaba que habían llegado a las zonas más públicas de la fortaleza. Andry negó con la cabeza ante el último comentario de Hollis.

—No me imagino por qué alguien que siquiera sospeche que tiene los dones no querría llegar aquí cuanto antes.

—Tu padre no necesitaba que trabajaras la tierra ni que heredaras su oficio —señaló ella—. Tienes un hermano para gobernar Radzyn, y otro para continuar la tradición caballeresca y casarte con una joven rica y terrateniente —añadió con algo de nostalgia.

—Lo que deja a Maarken libre para casarse con quien le apetezca —le dijo Andry con firmeza—. Pero entiendo lo que quieres decir. Funciona igual con las mujeres, ¿no? Las necesitan en sus fortalezas o en sus oficios, o para formar alianzas matrimoniales. Es una lástima. Todas deberían venir, pase lo que pase.

—Otros tienen diferentes deberes y puntos de vista. Además, creo que Andrade se sienta ahí dando miedo solo para que los tímidos que no están seguros puedan ser descartados.

—Si no quieren estar aquí, no deberían estar. Pero sigo sin imaginar a nadie que pueda ser un Mensajero del Sol sin luchar por la oportunidad.

Estaban al pie de la escalera, desembocando en un pasillo largo y ancho que conducía por un lado al refectorio y por el otro al archivo, la biblioteca y las aulas. Andry y Hollis fueron de los últimos en bajar por el pasillo de techo alto, y al pasar junto a la tronera de una ventana, vieron a cuatro chicos y dos chicas apiñados, escuchando con los ojos abiertos mientras un Mensajero del Sol les indicaba cómo rendir reverencias a Lady Andrade. Las chicas y uno de los chicos no tenían más de trece inviernos; los otros tres chicos eran mayores, de quince o dieciséis. El más alto de ellos era un joven apuesto y seguro de sí mismo, con el pelo negro brillante y profundos ojos verde grisáceos. Sostuvo la sonrisa de Andry con perfecta calma y no la devolvió. Su mirada se desvió hacia Hollis con la expresión evaluadora y aprobadora de un hombre que conoce sus propios atractivos y sabe cómo utilizarlos. Pero había algo más en él, una conciencia de rango y valía que sorprendió a Andry. El ligero rubor en las mejillas de Hollis también lo sorprendió.

Se separaron dentro del enorme refectorio: ella para unirse a los demás Mensajeros del Sol de rango, él para sentarse con sus compañeros aprendices. La comida progresó con los tres platos habituales: sopa, carne y ensalada, galletas y fruta. Andrade puso una mesa abundante aunque sencilla, y Andry esperaba con ansias las elaboradas comidas que se servían en el Rialla. Era goloso y las bayas frescas y las galletas con especias no satisfacían. Por último, pasaron jarras humeantes de taze, y mientras se servía una taza llena, inhaló profundamente el intenso aroma, con un ligero toque cítrico. No echaba de menos nada de su vida en Radzyn, salvo las expediciones con su familia para recolectar diversas hojas, cortezas y hierbas que molía para la mezcla especial de su madre. El taze era su ritual doméstico favorito. Pasaba varias tardes al año en la cocina creando la mezcla perfecta, mientras su esposo echaba a los sirvientes y se ponía un delantal para hornear tartas de fruta que eran su contribución a la ceremonia familiar. Andry guardaba recuerdos maravillosos de horas llenas de risas y compañerismo —y de peleas de harina con sus hermanos— mientras su padre, plácidamente, anulaba su imagen de guerrero horneando y su madre llenaba enormes sacos con el taze molido de otra temporada.

Los recuerdos se desvanecieron cuando los seis recién llegados fueron llevados al salón. Intentó verlos como Andrade lo haría, como un Señor de la Fortaleza de la Diosa evaluaría a los recién llegados. Su atención pronto se fijó en el joven de cabello negro. Una mirada a Hollis le indicó que ella también miraba solo al chico, que se movía con una seguridad natural, digna del hijo de un señor. Había un aire de nobleza en sus finos y apuestos rasgos, y sus manos estaban bien cuidadas, aunque su ropa era sencilla y algo desgastada. Andry estaba demasiado lejos en el pasillo para captar su nombre, pero pudo interpretar fácilmente la reacción de Andrade. Le tomó un tiempo familiarizarse con los matices de sus labios, cejas y los músculos alrededor de sus ojos, pero Andry supo de inmediato que estaba impresionada. Mientras los seis regresaban entre las mesas después de hacer sus reverencias, dirigiéndose a los asientos más bajos, Andry vio que el chico captaba y sostenía la mirada de Hollis todo el tiempo que pudo, con una sonrisa en los ojos.

En cuanto Andrade los despidió a todos y se retiró a sus aposentos, Andry buscó a la Elegida de su hermano y le preguntó:

—¿Quién era ese? ¿Oíste su nombre?

—¿El nombre de quién?

—Sabes muy bien de quién. El del cabello negro y los ojos extraños.

—¿Te parecen extraños? Se llama Seldges o algo así. No lo oí con claridad.

—Me pregunto de dónde viene —reflexionó Andry—. ¿Viste cómo no bajó la mirada ni una sola vez, sino que miró directamente a Andrade a la cara?

—Cualquier chico con esa mirada está acostumbrado a que lo miren. Imagino que devolverle la mirada es una reacción defensiva. Pero una cosa es segura: ese chico se hizo hombre hace mucho tiempo. ¡La noche de su primer anillo no será nada nuevo para él!

Andry sonrió para ocultar la vergüenza que aún podía sentir años después. Él mismo había sido prácticamente el mismo esa noche. No tenía ni idea de cuál de las mujeres allí presentes se había acercado a él, y confiaba en la misericordia de la Diosa para no saberlo nunca, pues sospechaba que no había sido nada admirable. Maarken, quien aún residía allí por aquel entonces, lo había adivinado; no es que lo hubiera dicho directamente, por supuesto. Pero a los pocos días tuvo la oportunidad de comentar de pasada que a veces era muy incómodo no encontrar atractivo en ninguna mujer que no fuera su dama ausente, y que parecía ser un defecto familiar. Andry interpretó esto correctamente como una reconfortante confirmación de que disfrutaría mucho más con una mujer a la que amara de verdad. Después de todo, esa noche debía demostrar la diferencia entre el deseo físico y el amor genuino, y lo infinitamente preferible que era este último. Andry confiaba en que algún día sería tan afortunado como Maarken, su padre y Rohan. Sin embargo, incluso las chicas más guapas de la Fortaleza de la Diosa no le despertaban más que una admiración pasajera.

Recientemente, mientras trabajaba en los pergaminos, se había dado cuenta, algo perplejo, de que se había enamorado un poco de la extraordinaria Lady Merisel. Su escriba anónimo tampoco había sido inmune a ella, aunque debía de tener casi noventa años cuando le dictó los pergaminos. Los relatos, por lo demás impersonales, sobre ella estaban salpicados de frases como ojos luminosos, sonrisas graciosas y belleza incomparable, como si el hombre no pudiera evitarlo. Incluso sin estos indicios de sus encantos personales, su sabiduría y el alcance de sus poderes e intereses eran evidentes en cada verso. Tenía mucho que decir sobre casi todos los temas imaginables, y las opiniones que no estaban grabadas al ácido solían ser muy divertidas, y a veces ambas cosas. Su favorita hasta el momento en su traducción mencionaba antiguas supersticiones sobre la simbología de los números, y luego comentaba:

Hay cuatro elementos: Fuego, Aire, Agua y Tierra. Cada uno de ellos tiene tres aspectos, lo que hace un total de doce. Doce son los dígitos uno y dos juntos; súmalos y obtienes tres, que es el número de lunas. Suma el doce al cuatro y obtienes dieciséis, que es uno más seis, o siete, que es indivisible. Me dicen que si uno suma todas las estrellas, luego suma el resultado al número de lunas más el sol, y luego suma esos dígitos, obtendría un número igualmente místico. Lo cual solo demuestra lo absurdo que es todo el asunto.

Andry la imaginaba combinando las cualidades de su propia madre, apasionada y fascinante, la silenciosa y feroz Sioned, y Lady Andrade en todo su orgullo y poder, con suficiente astucia e intelecto para hacer que las tres mujeres parecieran ingenuas en comparación. Siempre había sabido, con una especie de resignación triste, que la mujer que él mismo eligió tendría que recorrer un largo camino para estar a la altura de las principales influencias femeninas en su vida. Su admiración por Lady Merisel no le ayudaba mucho. Quería que su dama se presentara ante él de forma sencilla e irrevocable, tal como Sioned había llegado a la vida de Rohan. Quería estar tan absolutamente seguro como lo habían estado sus padres cuando se vieron por primera vez. Estaba tan desinteresado en el proceso de encontrar esposa como impaciente con los pasos que debían darse para ganarse sus anillos. Se sabía digno de la mujer y de los honores; la falsa modestia era absurda cuando uno era afable por derecho propio, de cuna real y tan dotado en las artes de los Mensajeros del Sol como él.

Saber que tendría que esperar todo eso tampoco ayudaba mucho.

El chico de cabello negro regresó a su cama en el dormitorio, complacido consigo mismo y con la noche. El nombre que le había dado no era Seldges, sino Sejast, y sus oídos habían sido entrenados para responder a ese nombre en lugar del suyo. Había pasado cada prueba que se había impuesto: enfrentarse a Lady Andrade, identificar a Lord Andry de Radzyn sin dificultad, incluso hacer una elección tentativa de la mujer que sería suya en una noche de conquista de hombres que Mireva había vuelto totalmente innecesaria.

Segev sonrió en la oscuridad al recordar la sorpresa de sus hermanos la mañana siguiente a la noche en su casa. Se giró para reprimir una risita en la almohada, pero el roce de las sábanas contra su cuerpo le recordó aquella noche.

Mientras cabalgaba hacia la casa, acurrucada contra la colina, se dijo a sí mismo que Ruval y Marron no tenían derecho a tratarlo como si fuera un niño. Era tan nieto del Alto Príncipe Roelstra como ellos, y Mireva había accedido a que fuera él quien llevara a cabo esta tarea esencial en la Fortaleza de la Diosa. Entró en la morada, esperando recibir lecciones sobre cómo engañar a Lady Andrade. Pero Mireva no lo había estado esperando.

La chica era unos inviernos mayor que él, y con casi dieciséis años, Segev era más que suficiente para apreciar su belleza. Esbelta de cintura, de ricas curvas arriba y abajo, vestía una túnica de seda tres tonos más clara que sus ojos azul pálido. Su cabello negro caía en cascada en ondas espesas y sueltas bajo un tenue velo dorado, sujeto en sus tres puntas con monedas de plata. Su rostro era de frente redonda, barbilla puntiaguda, labios color rosas de verano y pestañas que descendían recatadamente mientras murmuraba:

—Eres mucho más guapo que tus hermanos, mi señor.

Lo siguiente que supo con certeza fue su voz de nuevo. Estaban tumbados en la alfombra familiar frente a la chimenea, ambos empapados en el sudor de su trabajo, y ella había dicho:

—También más hombre que tus hermanos —Y entonces se rió.

Con la cabeza dando vueltas, Segev se apartó de ella con un espasmo. No era la joven que yacía a su lado, sino Mireva, una mujer con la edad suficiente para ser su abuela.

Sin embargo, no parecía una abuela. Aunque se había despojado de su disfraz, reconoció el roce cómplice de sus dedos y de repente anheló el sabor de su boca. Al amanecer estaban en su cama, y Mireva seguía riendo.

—Tus hermanos lo consiguieron tres veces cada uno. ¡Pero tú me has satisfecho cuatro veces!

—Cinco —dijo, extendiendo la mano de nuevo.

—Ah, puede que seas joven y tengas un nuevo fuego en la sangre, pero no me apetece volver a abrazar las llamas tan pronto. No debes estar tan ansioso cuando la noche te alcance en la Fortaleza de la Diosa, ni dejar que la mujer descubra cuánto sabes.

Ella le había explicado entonces que el ritual faradhi era una perversión de las viejas costumbres, cuando solo los más poderosos iniciaban a las vírgenes, como era su derecho. Los Mensajeros del Sol eran tan débiles en sus hechizos que realizaban el acto en total oscuridad y silencio, para que sus tramas no se deshicieran a su alrededor.

—Cualquier necio de seis o más anillos puede acostarse con la virgen, probablemente porque quienes se creen los más poderosos son demasiado viejos.

—Entonces no será Andrade —respondió con un suspiro de alivio.

Mireva había fingido insulto.

—¡Solo me lleva diez inviernos!

—Diga treinta, y quizá le crea.

La respuesta la complació tanto que hubo una quinta vez antes de que reanudaran la conversación.

Segev se dio la vuelta en la cama de su dormitorio, maldiciéndose por recordarlo tan vívidamente, y se obligó a pensar en las tareas que le aguardaban. La primera era mantener la ilusión de ser simplemente otro estudiante de las artes faradhi. La perspectiva de las clases y la disciplina lo aburría, pero las superaría para alcanzar su siguiente objetivo: la hermosa Mensajera del Sol de cabello dorado que deseaba para su noche de conquista. Tendría que asegurarse de que se ganara el derecho a acostarse con él, y entonces le daría vino con dranath, como le había indicado Mireva. Después, buscaría otras oportunidades para drogarla, suave y lentamente, para que no se diera cuenta de su creciente adicción. A veces se cansaba, le dolían los huesos, y entonces Segev estaría allí, todo tierna solicitud, ofreciéndole vino o taze como reconstituyente. Si era astuto, ella llegaría a creer que era él, y no la droga, lo que le causaba problemas de salud y ánimo. Cuando llegara la oportunidad de robar los pergaminos, ella sería su cómplice voluntaria; no es que él le pidiera nada inusual o imposible. Solo un caballo preparado en la puerta, unas cuantas mentiras para compensar el tiempo necesario para el robo, y, una vez que se fuera, tendría un defensor apasionado que enfermaría y moriría lentamente por falta de dranath.

Años atrás, otro Mensajero del Sol había muerto de esa misma enfermedad. Mireva le había contado los detalles mientras él se vestía esa mañana, y le había explicado las complejidades de la noche en que nació Masul. Segev no había podido compartir su pesar por que Ianthe no hubiera conquistado al príncipe Rohan, señalando que difícilmente se podía esperar que él lamentara las circunstancias que lo llevaron a su propio nacimiento.

Recordaba muy poco de su madre. Ojos oscuros y brillantes, una fragancia rara y costosa, unas faldas rústicas, un regazo suave: esos eran sus únicos recuerdos. Sus hermanos le habían dicho que en el último año de su vida había quedado embarazada, pero él no recordaba nada. El hermano o la hermana había muerto con ella en aquella noche de fuego que constituía el primer recuerdo claro de Segev.

Arrancado de un sueño profundo por los olores a humo y miedo, los gritos de muerte y fuego, la visión de un resplandor espantoso y codicioso fuera de su habitación. Cargado bruscamente por la escalera en llamas en unos brazos fortísimos. Incapaz de respirar entre la densa humareda y las llamas. Gritaba por su madre, golpeaba el pecho del guardia, medio asfixiado por los pliegues de una capa maloliente. Más dolor al ser colgado de una silla de montar. Mirando hacia atrás, a la falsa luz del amanecer oriental creada por la quema de Feruche.

Marron disfrutaba atormentando a Segev con su miedo al fuego. Pero Segev finalmente descubrió que su hermano le tenía aún más miedo que él, y una medianoche muy satisfactoria lo había asustado hasta provocar un grito de terror con una vela cerca de su rostro dormido. Ese había sido el fin de las bromas de Marron.

Segev volvió a suspirar, envolviéndose con más fuerza en su manta. El frío allí era diferente al de las montañas: húmedo por el mar, goteando hielo sobre sus huesos como no lo hacía el frío níveo y crujiente. Su mirada se desvió hacia la chimenea, lejos de él, más allá de las otras camas, pero aunque podía apreciar el calor del fuego, nunca podría considerarlo un amigo. El fuego pertenecía a los Mensajeros del Sol. Se quedó inmóvil, oyendo el murmullo de voces en la puerta mientras revisaban a los recién llegados para la noche. El nombre que se había dado le resonó en los oídos, y sonrió contra la almohada. Conocía algo del antiguo idioma, y Mireva se había divertido enormemente cuando le

dijeron la palabra con la que había decidido que lo conocieran: Sejast, que significa *hijo oscuro*.

Las voces se apagaron y la puerta se cerró de nuevo, dejando la chimenea como única fuente de luz. Tendría que conjurar el Fuego antes de recibir su primer anillo y pasar la noche con la rubia. Debía recordar no invocarlo con demasiada fuerza para no despertar sospechas. No le hacía ilusión la prueba, pero sabía que podía hacerlo, que debía hacerlo, y pronto.

Y entonces, cuando el primer anillo brillara en su dedo corazón derecho y la hermosa faradhi fuera suyo a través del dranath, le demostraría a Lady Mireva que *él*, y no *Ruval*, debía ser quien desafiara al Príncipe Pol.

Capítulo Ocho

Justo antes de que la primavera diera paso al verano, los dragones regresaron al Desierto.

Dentro de Stronghold, Rohan y Tobin alzaron la vista a la vez del escritorio donde ella había estado explicando un mapa. Hermano y hermana se levantaron al unísono para mirar hacia el norte desde las ventanas, tensos por la anticipación. Sioned compartió una sonrisa irónica con Chay y comenzaron a ordenar los pergaminos sobre el escritorio. No habría más trabajo ese día.

Pol estaba paseando con Myrdal por la llanura arenosa bajo Stronghold, detallando sus experiencias como escudero del Príncipe Lleyn. La anciana asintió, aprobando su entrenamiento; en su época, había estado al mando de la guardia del castillo y había instruido a más de un niño en las artes caballerescas, incluido el Príncipe Chadric, lo que, en cierto modo, daba la impresión de que Myrdal también había entrenado a Pol. Él sonreía al darse cuenta cuando ella se detuvo de repente y clavó su bastón de hueso de dragón en la arena. Su rostro se alzó hacia el cielo.

—Escucha —murmuró—. ¿Las oyes? ¡Escucha las alas, Pol!

Se decía de su abuelo Zehava que podía ver la formación de las nubes y predecir el día del regreso de los dragones. Se rumoreaba que Myrdal era prima de Zehava; sin duda, parecía tener el mismo talento. Pol cerró los ojos y se concentró, deseando con todo su corazón haber heredado la habilidad. Muy vagamente, en los confines de su mente, percibió las alas; no tanto oyéndolas, sino sintiéndolas a lo largo de sus nervios, un delicioso hormigueo, un destello de excitación en la sangre.

Maarken estaba en el patio con Sionell y Jahnavi, contándoles una historia mientras tallaba una flauta para el niño. Dio un respingo y se puso de pie, recuperando el aliento. Jahnavi, llamada así por el hermano gemelo de Maarken, fallecido hacía tiempo, tiró de su manga con desconcierto, con el rostro arrugado por la preocupación. Sionell empezó a hablar, pero entonces se oyó un grito desde la Torre de las Llamas.

—¡Dragones!

Toda Stronghold abandonó sus tareas y deberes, buscando atalayas en las ventanas, en lo alto de la portería y a lo largo de las murallas. Para cuando los dragones se convirtieron en una tenue mancha contra el horizonte norte, la gente se apiñaba para encontrar los mejores lugares para verlos, todo en un extraño y sobrecogido silencio. Rohan, Sioned, Tobin y Chay se encontraron con Feylin camino a la Torre de las Llamas; sus pasos a la carrera eran el único sonido. El vigía ya había abierto la puerta de piedra de una enorme sala circular en la cima de la torre, donde un fuego ardía todo el año como faro en el Desierto y símbolo del reinado de Rohan. Ni siquiera las ventanas abiertas que rodeaban la sala podían enfriar el calor que desprendía el fuego que ardía en el centro de la cámara. El sudor les perló la frente y les goteó entre los omóplatos mientras los cinco se agrupaban alrededor de las ventanas. En el silencio se oía el batir de alas. La mancha difusa se hizo más grande, dividiéndose en dragones individuales. La luz del sol brillaba sobre pieles opacas: marrón, rojizo, gris ceniza, verde bronce, dorado oscuro, azul negruzco. Y de repente se oyó la música de las voces de los dragones. Un temblor recorrió a todos los que oían los arrogantes bramidos de posesión, de triunfo, de advertencia. Las alas batían con fuerza, con las patas delanteras y traseras plegadas, con garras brillantes apenas visibles. Al alcanzar las cálidas corrientes térmicas, se elevaban aún más,

planeando con facilidad con las alas desplegadas, virando al este para pregonar su dominio sobre la Arena Larga antes de volver a las colinas.

Un enorme macho, de piel marrón moteada de oro y alas negras en la parte inferior, intentó morder a un macho más pequeño, de piel plateada y tendencias agresivas, que voló demasiado cerca. Declararon su rivalidad con rugidos tan fuertes que hicieron temblar las piedras de Stronghold y se acercaron con insolencia a la fortaleza, lanzando un rugido de desprecio hacia los seres insignificantes que los observaban en silencio, perplejos.

—¡Padre de las Tormentas! —exclamó Feylin— ¡Se me olvidó contarlos! ¡Rápido, alguien, pluma y pergamino!

—Todo tuyo —le dijo Chay.

Ella bajó la mirada con un sobresalto de sorpresa, y luego le ofreció los utensilios junto con un tintero del bolsillo de su túnica.

—¡Toma notas por mí! —Se asomó precariamente a una ventana y Rohan la sujetó por la cintura para estabilizarla mientras contana— Grupo de ocho jóvenes, todos morenos; cinco hembras, de gris variable; catorce, no, dieciséis hembras más, bronce y negro… —Hizo una pausa para respirar, contando frenéticamente— Treinta y seis inmaduros, macho moreno, macho negro, dos grises, tres dorados... ¡Diosa, mira esa bandada de rojos! ¡Cuarenta!

—Cuarenta y dos —corrigió Tobin desde la ventana contigua mientras los dragones pasaban volando.

Chay apenas podía escribir lo suficientemente rápido. Se despatarró en el suelo y garabateó con todas sus fuerzas mientras las dos mujeres decían números y colores. Rohan se aferró a Feylin mientras ella subía al alféizar.

—¡Y, cerrando la marcha, veintiocho dragones inmaduros, grises, verdosos y bronceados! —Su equilibrio la abandonó en ese momento. Rohan la jaló de vuelta a la habitación y cayeron al suelo cerca de Chay, derramando la tinta en una mancha negra.

Sioned se quedó de pie junto a ellos, riendo.

—Feylin, querida, sabes cuánto valoro tu amistad, pero si no sueltas a mi esposo ahora mismo...

Rohan ayudó a Feylin a levantarse y le guiñó un ojo.

—No le importaría tanto si no tuviera preferencia por las pelirrojas. ¡Pensé que ibas a salir volando por la ventana con ellas!

—Estuve a punto —admitió, frotándose una cadera—. ¿Lo anotaste todo, mi señor? —le preguntó a Chay.

Él levantó la vista del suelo.

—Si alguno de ustedes puede entender el garabato, estamos bien. ¡Pero lo escribí yo y ni siquiera puedo leerlo!

—Estaba escuchando —le informó Sioned.

—Tú y tus trucos de memoria faradhi, ¿por qué no me lo dijiste antes?

—¿Quieres decir que no la viste allí, quieta como una piedra? —preguntó Tobin—. Aunque estoy seguro de que la mirada vacía es algo que Andrade enseña junto con los trucos, solo para presumir. Feylin, tú y Sioned bajen con Chay y hagan una copia limpia mientras ella aún lo recuerda todo.

Cuando se fueron, ayudó a Rohan a secar la tinta derramada.

—Mira esto. ¡Está empapado en la piedra!

—La próxima vez, hagamos el recuento desde las almenas. —Se secó el sudor de la frente, dejando una mancha negra.

Tobin se la secó.

—Estoy de acuerdo. Esto es un horno. Probablemente fue el mayor caos que he visto desde que mis hijos crecieron. Pero los dragones son hermosos, ¿verdad?

—¡No me digas que por fin has llegado a mi punto de vista sobre ellos!

—No me gusta perder nuestro ganado por culpa de ellos, no. Pero son criaturas maravillosas. Además, siempre pagas por lo que engullen.

—Pago precios inflados —la acusó, siguiéndola fuera de la habitación. La pesada puerta se cerró tras ellos con un golpe sordo que resonó por la escalera vacía.

—Eso me hiere profundamente, hermanito.

—No te oigo negarlo.

—Bueno, si eres tan insensato como para pagar por lo que roban los dragones… —Sonrió—. Además, gracias a los propios dragones, puedes permitirtelo. ¿Cuánto oro sacaste de sus cuevas el año pasado?

Doblaron una esquina y casi chocaron con Pol. Su rostro parecía incapaz de decidir si la emoción, la sorpresa o el desconcierto era la expresión que quería transmitir; sus ojos decían una cosa, sus cejas otra, y su mandíbula flácida una tercera.

Rohan miró a su hermana con disgusto, y ella tuvo la decencia de sonrojarse mientras le decía a Pol.

—Espero que no sigas su ejemplo y reveles esa información por toda la fortaleza.

Pol negó con la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—Y recuerda hacer más ruido al subir las escaleras —aconsejó Rohan—. A menos que disfrutes avergonzando a la gente que es pillada diciendo cosas que no deberían. Ahora bien, ¿qué has venido a decirme?

—¿Qué? Oh... Myrdal y Maeta quieren saber si vamos a ir a Cuenco Celestial esta noche o si esperaremos a mañana.

—Mmm. Vamos esta noche. Habrá lunas altas, y me apetece dar un paseo mientras hace frío. Cuando lleguemos a Cuenco Celestial, responderé a todas las preguntas que tanto te cuesta tragar.

—Sí, padre. Lo siento, tía Tobin.

—Fue culpa mía, Pol. —Mientras bajaba corriendo las escaleras, mucho más ruidoso que al subirlas, ella se giró hacia Rohan—. No quise...

—Sé que no. Pero pensaba esperar antes de decírselo.

—Lo siento mucho, Rohan. Fue un descuido por mi parte.

—El día en que tengamos que medir todo lo que decimos en Stronghold, será el día en que cambiaré este montón de roca por una tienda de campaña con los Isulk'im para dejar que alguien más juegue a ser Alto Príncipe por un tiempo. —Le puso un brazo alrededor de su cintura—. Ven. Ya habrán terminado el conteo. Solo espero que Feylin esté satisfecha con el total: ¡tiene esta forma de mirarme como si fuera mi culpa que haya menos dragones de los que había planeado!

Sionell atacó a Pol mientras este andaba, intentando captar su atención corriendo a su lado y llamándolo por su nombre. Él la ignoró. Frustrada, lo agarró de la manga.

—¡Más despacio! ¿Adónde vas tan rápido?

—Estoy tratando asuntos de mi padre. Suéltame. —Logró desasirse y prosiguió.

—¿Puedo ir contigo?

—No.

Ella lo siguió de todos modos, escuchando desde la puerta mientras Pol informaba a Myrdal y a su hija Maeta que partirían hacia Cuenco Celestial esa noche.

—Bien —dijo Maeta—. Es un largo viaje, ¡pero con la cocina y las bodegas de Ostvel al final!

—Si hubiera un caballo en los establos que no me aflojara los huesos, iría contigo —suspiró Myrdal—. Chaynal, bendito sea, nunca ha criado un animal lento en su vida.

—Podrías montar en mi poni —ofreció Sionell tímidamente—. Nos vendrían bien muchas mantas de silla de montar.

—Gracias, niña, pero un caballo de plumas no me serviría a mi edad —Myrdal sonrió.

—Daré las órdenes necesarias, mi señor —le dijo Maeta a Pol—. Si fueras tan amable de decirle a tu padre…

—Por supuesto. —Empezó a cruzar el patio de vuelta, molesto cuando Sionell saltó a su lado.

—Yo también voy —anunció—. En mi nuevo poni.

—Qué bien —murmuró—. ¿Es Myrdal realmente tu pariente? Oí a alguien decir que es prima de tu abuelo. ¿Lo es?

—No deberías escuchar las conversaciones de los demás. Es de mala educación. Olvidó convenientemente que él mismo había hecho lo mismo ese día, aunque sin querer.

—No puedo evitar que la gente hable y tal vez diga cosas que no debería. Mamá dice que la Diosa nos dio ojos para ver y oídos para oír...

—¿Y una boca para repetir todo lo que oyes?

—¡Quél grosero! —Sionell se le adelantó e hizo un absurdo intento de bloquearle el paso, con sus pequeños pies plantados en el empedrado— Discúlpate.

—¿Por qué?

—¡Por tus modales! ¡Di que lo sientes!

—¡No! —Sabía que estaba siendo infantil, pero algo en esta mocosa lo irritaba hasta la médula. La idea de que lo siguiera por todo Cuenco Celestial era intolerable.

—¡Dilo!

—No me hables así —le advirtió.

—¿Por qué no? ¿Porque eres un príncipe? Bueno, yo no soy cualquiera: soy Lady Sionell de Remagev, ¡y tú no eres más que un maleducado!

Se irguió, provocado hasta perder el control.

—¡Eres más maleducada que yo, si acaso yo lo hubiera sido! ¡Y resulta que soy el heredero del Alto Príncipe!

Otra voz habló a sus espaldas, con una aguda desaprobación.

—Eres un niño insolente que debería recibir una paliza por esa declaración. Discúlpate de inmediato —espetó Sioned.

La boca de Pol se tensó en una mueca rebelde y negó con la cabeza.

Los ojos verdes de su madre se entrecerraron un instante y luego miró a Sionell.

—¿De qué se trata todo esto?

—Nada, su excelencia —susurró la muchacha—. Lo siento, mi señor príncipe.

Pol parpadeó, más asombrado por este repentino cambio de actitud que por el uso de su título. Pero si ella era lo suficientemente generosa como para no contarle a su madre lo mal que se había portado y disculparse de paso, él no podía hacer menos.

—Yo también lo siento, mi señora —logró decir en voz baja.

Los ojos azules de Sionell se abrieron de par en par, maravillados, al dirigirle el título honorífico; era la primera vez que alguien de alta cuna se dirigía a ella seriamente por su título.

Sioned los miró a ambos.

—Supongo que no me van a decir exactamente por qué necesitamos todas esas disculpas. Sionell, ¿me harías un favor, por favor? Dile a Maeta que si la pezuña de Selca está curado, me gustaría montarla esta noche.

—Sí, mi señora. —Salió corriendo.

Pol miró a su madre y se preparó para una reprimenda. Cuando llegó, fue menos de lo que merecía y peor de lo que esperaba.

—Un príncipe que debe recordar a la gente su rango no es precisamente un príncipe —dijo ella. Y eso fue todo.

Él tragó saliva, asintió y la siguió en silencio de vuelta a la fortaleza.

Al caer la tarde del día siguiente, estaban en Cuenco Celestial. La fortaleza era invisible desde las dunas de abajo, y las únicas señales de habitabilidad eran los pequeños campos en terrazas de plantas de hojas cerosas que crecían mejor expuestas al calor extremo. Matorrales y matas de cactus cola de cabra salpicaban las laderas del antiguo cráter, pero la mayor parte de la ladera estaba desnuda y gris.

Sin embargo, al llegar a la cima del sendero antes de un descenso serpenteante hacia el cono, los visitantes descubrieron el motivo del nombre de Cuenco Celestial. Un lago perfectamente redondo, de un azul intenso, se asentaba en la cavidad del volcán. Nadie sabía su profundidad. En la orilla opuesta se encontraba la torre del homenaje, que bien podría haber encajado en el patio de Stronghold. Construida con piedra extraída de acantilados cercanos, fragmentos de brillante vidrio negro reflejaban las chispas del sol al incrustarse en la roca gris pálida. Un estandarte con una franja marrón sobre fondo azul se movía perezosamente en lo alto de la única torre del castillo, y quienes observaban con atención veían el brillo dorado sobre el estandarte: un dragón dorado en vuelo.

El grupo de Stronghold cabalgó sobre el borde del cráter y un cuerno sonó desde el interior de la torre. Unos momentos después, el estandarte descendió para alzarse de nuevo, precedido por el estandarte azul y dorado del Desierto, lo que significaba que el príncipe ya estaba en la residencia. Rohan aminoró el paso para que Ostvel tuviera tiempo de salir a saludarlos, aprovechando el momento para respirar profundamente el aire fresco. El lago lo llamaba; lo señaló y le preguntó a su esposa:

—¿Te unes?

—¡Ni hablar! Ostvel siempre dice que los Mensajeros del Sol tienen miedo de ahogarse en una bañera.

—¿Crees que hará falta una orden real para llevarlo a Waes este año?

Sioned saludó con la mano mientras su viejo amigo y antiguo mayordomo salía a caballo por las puertas.

—Me esforzaré en persuadirlo —prometió—. A Riyan le rompería el corazón si su padre no estuviera allí para verlo nombrado caballero. Además, Ostvel no ha salido del Desierto en años. Cuando lo nombramos Señor de Cuenco Celestial, no fue para verlo encerrarse en la fortaleza.

Rohan levantó una mano en señal de saludo mientras Ostvel galopaba hacia ellos.

—Todavía está de luto, Sioned. Después de tantos años, todavía la echa de menos.

—Como si la hubiera perdido ayer —Camigwen, esposa de Ostvel y madre de su única hija, había sido Mensajera del Sol y la mejor amiga de Sioned. Su muerte a causa de la Plaga seguía siendo una herida abierta; Ostvel nunca mostró su dolor y vivió felizmente en Cuenco Celestial, pero abandonó su solitaria fortaleza a regañadientes. Sioned levantó la vista al sentir los dedos de Rohan rozar su brazo.

—Sonríe, amor —murmuró.

Así lo hizo, viendo su dolor reflejado en sus ojos y el terror de que algún día alguno de ellos tuviera que soportar la misma pérdida.

Ostvel frenó su caballo e hizo una profunda reverencia desde la silla.

—Que la diosa los bendiga, mi príncipe, mi querida dama —los saludó—. Y bienvenidos a Cuenco Celestial. Pero me temo que no reconozco a varios de sus acompañantes.

Sioned rió entre dientes mientras su mirada se dirigía primero a Pol, luego a Sionell.

—Seguro que conoces a Lady Feylin y a Lord Maarken —dijo ella, inspirándose.

—Por supuesto —respondió con una reverencia en su dirección—. Pero veo a dos desconocidos aquí. Oh, algunas cosas en ellos me resultan familiares, quizás, pero…

—¡Oh, Lord Ostvel! —lo regañó Sionell— ¡Sabes que soy yo!

El athri de Cuenco Celestial se llevó una mano a la frente, simulando la escena al máximo.

—Los ojos, la voz, el cabello… —Hizo girar a su caballo para inspeccionarlo a fondo y le dedicó una elegante reverencia— ¡Mis ojos no me engañan! ¡Es, en efecto, la bella Lady Sionell!

La niña rió alegremente. Ostvel se irguió, mirando a Pol con los ojos entrecerrados.

—¿Será…? ¿Acaso contemplo…?

Sioned movió su montura para poder golpearle la cabeza juguetonamente.

—Oh, deja de hacer el tonto.

—Con la misma amabilidad de siempre —observó—, e igual de certero. —Se frotó la oreja con tristeza—. ¡Es bueno saber que algunas cosas nunca cambian! —Hizo una reverencia a Pol—. Mi príncipe, bienvenido a Cuenco Celestial.

—Gracias, mi señor —dijo Pol con la debida dignidad.

—La comida y la bebida están listas para usted, y los baños para los faradh'im. Supongo que realizará sus abluciones habituales en el lago, ¿no, Rohan?

El Alto Príncipe regresó de nadar y encontró a su esposa aún sumergida en una bañera fría. Nunca había considerado que fuera una muestra de fuerza de carácter resistirse a la tentación de ver a Sioned vestida solo con agua y su propio cabello largo y suelto. Así que se metió con ella, con la inocente excusa de que la ayudaría a lavarse. La bañera no era propicia para el coqueteo sin unas interesantes acrobacias y muchas risas, pero lo lograron.

Después, se recostó en sus brazos, con los dedos persiguiendo distraídamente los mechones flotantes de su cabello rojizo. Sioned rió suavemente.

—¿Hmm?

—Estaba pensando que es posible ahogarse en una bañera, incluso si no eres un Mensajero del Sol.

—No seas absurda. Salpicamos casi toda el agua al suelo.

—Ostvel nos conoce demasiado bien. Nos dieron la suite con el mejor desagüe. —Señaló la pequeña rejilla incrustada en las baldosas del suelo.

Encontraron otra prueba de la consideración de su anfitrión en la habitación principal, que conectaba con el baño a través de un vestidor. Habían batas de seda sobre la cama, y dos cómodas sillas se enfrentaban en una mesa repleta de cena.

—Ostvel tiene al mejor cocinero de todos mis principados, maldita sea —dijo Rohan tras acabarse una milagrosa mezcla de pastel caliente envuelto en fruta fría. Se estiró, se frotó los hombros cubiertos de seda y suspiró—. ¿No creerás que podría convencerlo de un trato, verdad?

Sioned sirvió el resto del vino y negó con la cabeza.

—Aunque podríamos enviar a nuestros cocineros aquí arriba un rato, para que aprendan algunas cosas.

—Lo dudo. Su mago residente se entrenó en Waes, y no revelan sus secretos. Ni siquiera a los Altos Príncipes. Y hablando de secretos, a Tobin se le escapó ayer lo del oro del dragón y Pol la escuchó.

—Tenía que saberlo algún día —dijo ella con filosofía—. Supongo que harás la revelación con el dramatismo adecuado, ¿no?

—¿Te refieres a colarlo en una cueva oscura y encender una antorcha de repente? —Rió—. Es una idea. Algo así como cuando nos enteramos, ¿recuerdas? Nunca olvidaré el brillo de la arena y cavar en ella con tu Fuego al hombro.

—De hecho, podrías pedirle a Pol que conjure el Fuego por ti. Lo he puesto a prueba, Rohan. Tiene un talento instintivo. Es asombroso. Si Andrade cree que ya tenía bastante con Andry, se va a llevar una sorpresa cuando le llegue el turno a Pol en la Fortaleza de la Diosa. Por cierto, he estado pensando en eso. Si lo nombran caballero a los dieciocho, será un año de Rialla y podremos despedirlo ante Andrade desde el mismo Waes, dejando muy claro que será un faradhi completamente entrenado, además de príncipe.

—No es precisamente sutil —comentó.

—Y si intentáramos hacerlo de forma menos pública, los demás príncipes sospecharía aún más de lo que lo hacen ahora.

—Siempre se reduce a eso, ¿no? —reflexionó, apoyando los codos en la mesa— Pol los pone muy nerviosos, con todo ese potencial de poder. Pero tendrá a Maarken para enseñarle cómo se hace, y no podría haber mejor ejemplo, ni para él ni para los demás príncipes.

—Tobin y Chay están tan orgullosos de él que están a punto de reventar —coincidió Rohan—. ¡Menuda familia ha formado mi hermana! Dos faradh'im y otro hijo que promete ser un caballero aún mejor que su padre. La última carta de Volog casi brillaba. Este año nombrará caballero a Sorin, ¿te lo dije? Diosa, están creciendo tan rápido.

—Ojalá no tuviéramos que enviar a Pol de vuelta a Dorval. Ríete de mí si quieres, pero odio perderme cualquier parte de su vida.

—No me río, Sioned. Pero es mejor para él estar en Perla Gris. Está aprendiendo muchísimo de Lleyn y Chadric. Y allí es más seguro.

—Los Mérida…

—...Amenazaron solo una vez en los años que lleva allí. Y ocurrió fuera del palacio. No podemos mantenerlo envuelto en seda, y él jamás lo toleraría aunque lo intentáramos. No querrías un hijo que permitiera tal hermetismo. —Suspiró.

—Lo sé, lo sé. Pero no puedo evitar preocuparme.

Rohan se puso de pie y se estiró de nuevo.

—Deberíamos madrugar mañana —le recordó—. Saldremos a ver a los dragones y luego llevaré a Pol a recorrer las cuevas.

—¿Quieres que intente tocar un dragón mañana? — Se unió a él en la cama después de tender su bata sobre una silla.

Rohan la abrazó bajo la sábana ligera, acariciándole el pelo húmedo.

—Podría ser interesante. Todos piensan en poco más que en aparearse, y quién sabe qué podrías sentir o en qué podrías participar.

—¡Ni lo sueñes! —replicó ella, mordiéndole el hombro.

—Deja de hacer eso. O al menos hazlo como si lo sintieras.

Levantó la cabeza y miró sus brillantes ojos azules que brillaban de humor y deseo.

—¡Si esto es la mediana edad, es un milagro que ambos hayamos sobrevivido a la juventud!

Chay se recostó en la cama, frunciendo el ceño, pensativo.

—Tobin...

Dejó de cepillarse el pelo largo y negro.

—¿Honras mis oídos con tus palabras, oh luz de mis ojos?
—No seas insolente, mujer, o te dejaré inconsciente a golpes.
—¿Tú y qué ejército?
—Bueno… —Se aclaró la garganta—. Tobin, ese chico es demasiado perfecto.
—¿Qué chico? ¿Pol? ¿Qué le pasa?
—Solo eso. No hay nada malo con él, excepto el mismo hecho de que no hay nada malo. Adora a su madre, venera a su padre, es razonablemente obediente, no se hurga la nariz en público, se lava detrás de las orejas y es demasiado inteligente para su edad.
—¿Y esto es motivo de queja?
—No es natural. No, lo es —insistió él cuando ella rió—. No se mete en líos. Nuestros chicos nunca se portaron tan bien.
—Ni fueron tan limpios —añadió ella, sonriendo.
—Quiero saber qué le pasa.
—Nada, según tú.
—De eso se trata. Piensa en Rohan a su edad.
—Mi querido hermano también era perfecto. Pregúntale a él.
—Era el niño más astuto, malvado e imposible que he conocido. Simplemente nunca lo pillaron.
—Bueno, quizá Pol sea como él: demasiado listo para que lo pillen.
—No lo creo. No es que no sea listo. O sea. Pero no creo que tenga que usar esa astucia para evitar meterse en líos. Ojalá se mereciera unos cuantos azotes de vez en cuando. Le hace bien al carácter.
—¿Eres consciente de que esta es una de las conversaciones más ridículas que hemos tenido? —Se metió en la cama a su lado.
—No, no lo es. El premio a la mejor parte es todo lo que nos dijimos antes de nuestro primer beso. Miles de palabras, todas una completa pérdida de tiempo.
—Esta conversación también lo es. —Hizo varios movimientos poco sutiles para distraerlo.
—Para.
—Qué dos palabras más ridículas. —Lo miró con una inmensa paciencia—. Chay, Pol es un chico de catorce años educado, respetuoso, con modales y, además, es concienzudo. —Se acurrucó de nuevo en su abrazo y añadió—: Pero no te preocupes. Estoy segura de que pronto se le pasará.

Maarken había sido criado en el Desierto por ambas ramas de su familia. Amaba la naturaleza salvaje de la tierra, conocía sus caprichos y respetaba sus peligros. No le pedía nada más a un día que pasarlo contemplando los delicados colores del amanecer que se transformaban en un mediodía deslumbrante, para luego suavizarse lentamente hasta las sombras rosadas y púrpuras del crepúsculo, que daban paso a cielos negros y brillantes y dunas plateadas. Disfrutaba del calor que le calaba los huesos, del suave susurro de la arena bajo sus pies, de las visiones brillantes que danzaban tentadoramente, fuera de su alcance. En este lugar donde otros ni siquiera podían sobrevivir, su gente había prosperado; él sentía su parte de orgullo por el logro, su parte de amor por la tierra inhóspita que, tras ponerlos a prueba, no les había encontrado nada que desear.
Pero aunque tenía la intención de pasar su vida en el Desierto, en ese momento era el último lugar donde quería estar. Una cabalgata de treinta kilómetros, una larga caminata y horas de espera no habían mejorado su ánimo. Se acurrucó en una hondonada arenosa observando dragones, irritado por el lento paso del sol por el cielo.

Hollis había prometido contactarlo hoy mismo. Sus deberes en la Fortaleza de la Diosa variaban, y no era seguro cuándo podría estar sola. Su mente lo comprendía; pero su corazón, como el de cualquier otro amante apasionado, resentía cualquier cosa que la distrajera de pensar en él y solo en él. Su sentido del humor proporcionaba un equilibrio entre ambos extremos, pues sabía que ella difícilmente podría pasar el día consumiéndose por él, ni él querría que lo hiciera. También sabía que se habría reído hasta quedarse sin aliento ante la sola idea. Aun así, se dijo, se suponía que estaba enamorada de él. Seguramente podría encontrar tiempo para acercarse a él a través de la luz del sol, aunque solo fuera por un rato.

El aburrimiento tampoco ayudaba a su temperamento. Había decidido unirse al grupo de observación para tener algo que hacer que lo mantuviera al sol y razonablemente ocupado, pero hasta el momento no había sucedido absolutamente nada. Las dragonas, de regreso de una incursión matutina para alimentarse, se tumbaban en la arena, horneando sus pieles hinchadas por los huevos. Los dragones inmaduros habían sido ahuyentados durante todo el combate, aunque Maarken sabía que probablemente habían encontrado un punto estratégico, al igual que los humanos. No había rastro alguno de los sementales, aunque el ocasional rugido lejano proveniente de los cañones sobresaltaba a todos. Pero las hembras no prestaban la menor atención a los bramidos de sus compañeros; solo bostezaban.

Maarken miró a Pol, sentado a su lado en la arena. El chico llevaba la capa marrón amarillenta oscura, con la capucha puesta para proteger su rubia cabeza del calor. Parecía una tienda de campaña en miniatura. Maarken sonrió al ver al resto del grupo desplegado a lo largo de las dunas como un pequeño pueblo de tiendas Isulki, todos con capas ligeras que se mimetizaban con los colores del Desierto. Los dragones eran muy sensibles al color, como Feylin había descubierto hacía algunos años.

Había llevado a cabo un experimento con ovejas humilladas, teñidas de estridentes tonos de azul, naranja, escarlata y púrpura, que los dragones evitaron escrupulosamente en favor de sus hermanos de color canela y blanco inalterados. Maarken recordó el esfuerzo que Feylin se había tomado para asegurarse de que el tinte no perdurara en la lana, y sobre todo recordó el caos que habían presenciado desde la cima de una colina mientras las pobres ovejas, sin teñir y desprevenidas, intentaban escapar de treinta y cinco alegres dragones jóvenes que agradecían la comida gratis.

Tuvo que reírse entre dientes al recordar el experimento posterior. Feylin había usado tonos más sutiles esta vez, marrones y grises que se acercaban a los colores habituales de las ovejas. Los dragones no habían sido tan exigentes esa vez, y se había concluido que la coloración protectora solo funcionaría si se usaban los tonos más chillones. Todos se habían reído a carcajadas ante la idea de convencer a los pastores para que cuidaran rebaños de ovejas púrpuras.

Aun así, las pruebas habían demostrado que los dragones eran sensibles al color. Maarken se ajustó la capucha de su propia capa marrón y recordó la impresión de chocar con un dragón a la luz del sol. Lo había hablado largo y tendido con Sioned, coincidiendo con ella en que quizá fuera posible modelar y comprender los colores de los dragones. Pero los problemas que se presentaban eran graves.

Quienes no eran faradhi nunca comprendían las limitaciones de los dones. Una fuente de luz constante era esencial. Una nube sobre el sol o la luna, una aventura programada demasiado cerca del atardecer o la puesta de la luna, y las sombras ahogaban todo color. Perderse en la sombra era la muerte más espantosa que un Mensajero del Sol podía afrontar. Con la chispa de la mente desaparecida y la pérdida del patrón de color del

pensamiento y la personalidad, el cuerpo vivía solo un poco más en un vacío inconsciente y hueco.

Maarken fijó su mirada en los grandes dragones que se balanceaban a medio metro de donde él estaba sentado. ¿Y si un faradhi en contacto con un dragón era arrastrado a una cueva o a la sombra de una montaña? ¿Y si el dragón volaba hacia la niebla, o del día a la noche? Nadie, salvo los Mensajeros del Sol, comprendía la vulnerabilidad de los suyos ante la oscuridad. Se preguntaba si Rohan tenía idea de los verdaderos peligros, o si Sioned se lo diría.

La pareja estaba sentada un poco más allá de Pol, dos tiendas triangulares iguales de seda dorada opaca. Habrían permanecido anónimas de no ser por la pequeña cifra de dragón cosida en el hombro derecho de cada prenda, el mismo símbolo que aparecía en la capa de Pol. Otros príncipes habían adoptado la innovación de Rohan: un emblema además de los colores, y algunos eran realmente hermosos: la gavilla de trigo dorada de Ossetia sobre verde oscuro, el vellón plateado de Fessenden sobre verde mar. Los athr'im clamaban por privilegios similares, y este año en el Rialla decidiría si se les concedía. Hasta el momento, solo uno de los señores había recibido el derecho a usar una cifra con sus colores.

Maarken sonrió y miró a su izquierda, donde sus padres estaban sentados uno al lado del otro, con sus capas color canela distinguidas por el símbolo que Rohan les había dado: sobre un campo rojo con ribetes azules, una espada estaba cosida con hilo de plata, representando el papel del señor de Radzyn en la defensa del Desierto. El banderín y el estandarte de batalla de Chay estaban bordeados de blanco y lucían magníficos. Maarken soñó con el día en que le regalaría a Hollis una capa con ese símbolo...

Su madre lo miró entonces, y Maarken se tensó ligeramente, como si sospechara haberle leído el pensamiento. Pero ella solo sonrió y puso los ojos en blanco expresivamente, y él le devolvió la sonrisa. Era la persona que menos paciencia tenía para quedarse quieta que él había conocido. Odiaba la falta de actividad física, e incluso cuando discutía un problema tendía a pasearse, tamborilear con los dedos, golpear con los pies y cambiar de posición constantemente. Su actitud activista ante todo era, en ocasiones, la desesperación de su marido; Ella creía que no había nada en su mundo que no pudiera evitarse, resolverse o conquistarse si uno se levantaba y hacía algo al respecto. Rohan era su opuesto en ese sentido, como en la mayoría de los demás; creía en dejar que las cosas se desarrollaran, en no forzar los acontecimientos. En el asunto tan personal de Hollis, Maarken sabía que podía contar con el apoyo discreto de su tío, y eso era una ayuda. Pero si Tobin decidía que aprobaba a Hollis, haría todo lo posible por facilitar el matrimonio. A Maarken no le gustaba pensar de lo que sería capaz si no aprobaba a su Elegida.

Le divertía que su tranquila y serena Hollis fuera tan diferente de su madre. Nunca montaría en cólera, daría órdenes imperiosas ni convertiría una diferencia de opinión en una pelea a gritos. Tobin hacía todo esto con tanto entusiasmo como con todo en su vida. Maarken adoraba a su madre, pero no quería casarse con una copia de ella.

Sin previo aviso, un papá dragón bramó, desafiante, a través de las dunas. Maarken casi saltó del susto. El grito profundo y ronco resonó hasta la Larga Arena. Feylin se levantó de su posición en la duna más alta y se deslizó hasta donde estaban sentados Sioned y Rohan. Maarken se esforzó por escuchar sus susurros y vio a sus tíos enderezarse, expectantes. Una oleada de alerta recorrió a las dragonas cuando una sombra apareció en la arena, luego otra, y luego otra. Los dragones padres estaban listos por fin. Las hembras se movieron, se trasladaron de las colinas bajas que bordeaban la llanura y se agruparon en

grupos de cinco a diez. Feylin se acercó a Pol y comenzó a explicarle en voz baja la jerarquía.

—Las más jóvenes están a ambos lados de las hembras mayores. Es difícil distinguirlas, salvo por las alas. ¿Ves las cicatrices de las mayores? El apareamiento es bastante duro. Pero hay otra forma de distinguir a las jóvenes de las mayores. Las que ya han pasado por esto fingen estar aburridas. —Rió suavemente mientras Pol parpadeaba—. Los sementales tendrán que impresionarlos. Las jóvenes serán las primeras en elegir a sus parejas, pero las demás esperarán un poco. Ya lo han visto todo y, como la mayoría de las damas, quieren ser cortejadas.

Maarken susurró juguetonamente:

—Toma nota, Pol.

—Algún día me casaré con una chica, no con un dragón —se burló.

—¡Mi esposo dice que no hay diferencia perceptible! —Feylin rió suavemente—. ¡Observen a los machos! Ya casi están listos.

Los tres dragones aterrizaron con suavidad en la arena y se les unieron un cuarto y un quinto. Dos eran dorados con las alas inferiores negras. El tercero era rojizo, los otros dos negros y marrones. Maarken había visto sus danzas antes, pero nunca tantos dragones a la vez. Levantó la vista y vio a los ocho machos restantes revoloteando vigilantes sobre las corrientes térmicas, esperando a que los primeros dragones se agotaran; cuando uno se cansaba, un macho más fresco que volaba en círculos sobre ellos aterrizaba y ocupaba su lugar.

Los cinco se posicionaron ante su público, encabritados como uno solo, con las alas abiertas y las cabezas alzadas al cielo, mientras aullaban su música inicial. El acorde subía y bajaba por la escala, aullando como cinco tormentas de viento separadas. Maarken luchó contra el impulso de taparse los oídos y supo que los demás estaban igual de perturbados por la música salvaje. Feylin se acurrucó en su capa. Pol se quedó paralizado, con los ojos como platos mientras escuchaba el terrible canto del dragón. Pero las hembras reaccionaron con el equivalente a un encogimiento de hombros, y los mayores abrieron las fauces en amplios e insultantes bostezos.

El semental de piel rojiza fue el primero en moverse. Bajó la cabeza y sus alas barrieron la arena ante él en grandes olas brillantes. Su canto se convirtió en un gemido bajo y lastimero mientras extendía las garras como si quisiera destrozar pedazos de cielo. Con el cuello retorcido, las alas moviéndose de un lado a otro esparciendo arena en todas direcciones, su voz se elevó a un chillido una vez más. Y entonces comenzó a bailar.

Poesía al vuelo, los dragones deberían haber sido torpes bultos en el suelo. Pero su gracia en el aire no era nada comparada con la elegancia de la danza de la arena. Balanceándose de un lado a otro con la suavidad de un esbelto sauce al viento, el dragón rojizo plegó sus alas, las extendió y las cerró de nuevo mientras caminaba con agilidad por la arena. Pronto se le unió el dragón negro con alas de color marrón rosado, luego uno dorado, luego el marrón y el segundo dorado. La secuencia de movimientos era tan ordenada y estructurada como los colores de un Mensajero del Sol, repitiéndose de dragón en dragón, cada uno siguiendo al otro en pasos rituales y aleteos.

La arena volaba alto y ancho mientras los dragones repetían los pasos una y otra vez, cada uno marcando su territorio, cada uno alzándose completamente con las alas desplegadas antes de descender de nuevo para recorrer las dunas, balanceándose con gracia hasta el final de la secuencia, cuando le tocaba repetir la canción. Las hembras más jóvenes cambiaban de ritmo según sus elecciones tentativas, a veces cambiando a mitad de compás al ser captadas por otro macho que se movía en un punto diferente de la danza.

Las dragonas mayores habían abandonado su fingida indiferencia, pero seguían sentadas sobre sus cuartos traseros, esperando ser impresionadas.

El dragón negro se cansó primero. Perdió un paso, plegando un ala para mantener el equilibrio. Un semental gris ceniza vio al instante la oportunidad y se abalanzó, llamando con desdén a su vacilante rival. El negro gruñó, pero el patrón se había roto y no pudo recuperarlo. Retrocedió unos pasos reticentes y batió las alas para alejarse de su contrincante. El semental gris comenzó entonces su danza, fresco y enérgico. Las hembras jóvenes se fijaron en él de inmediato, y la primera reorganización de sus filas se produjo al ser atraídas por su vigor.

Pero cuando accidentalmente se enganchó la primera articulación de un ala en una garra delantera, las hembras silbaron en señal de desaprobación y lo abandonaron para observar a los demás sementales. Un dorado había desaparecido, reemplazado por otro marrón con unas preciosas alas inferiores de un rojo dorado. Otro dragón, muy joven y sin una cicatriz de batalla en su piel, tuvo la valentía de unirse sin ocupar el lugar de un semental vacilante, extendiendo sus alas desafiando los bufidos de las hembras mayores ante su insolencia. Era como si supiera muy bien que su piel verde bronce, acentuada por unas llamativas alas inferiores plateadas, lo convertía fácilmente en el más hermoso de todos los sementales, y pretendía aprovecharlo.

Se separaban ahora, lenta y sutilmente, y las hembras se movían con ellos. La danza continuaba. El semental rojizo que lo había iniciado todo se alejaba cada vez más del territorio que había marcado; Había aguantado el recorrido y ahora vería cuántas parejas había conseguido. Siete lo siguieron, crías que se contoneaban cargadas de huevos. Era su turno de fingir ignorarlas, una dulce venganza tras su aparente indiferencia anterior. Una de ellas lanzó un grito lastimero, y otra se apresuró a mordisquearle suavemente la cola, pero él no dio señales de notarlas. Esto impresionó a una de las hembras mayores, que echó a correr tras él. Unos momentos después, otra lo siguió.

El grupo estaba bastante alejado de los demás cuando el macho se alzó de repente con un solo y potente aleteo y aterrizó con precisión detrás de las dos hembras mayores. Sus intentos de arrearlas tras las otras siete provocaron aullidos de protesta y algunos gruñidos furiosos. Una lo eludió y regresó al grupo que observaba. El macho le bramó al pasar junto a ella, pero evidentemente sintió que no valía la pena perseguirla; lanzó un aullido, obviamente con la intención de insultar, al que ella respondió enseñando los dientes. El semental rojizo reunió entonces a sus ocho hembras y partieron a su lado hacia las cuevas sobre Cuenco Celestial.

Este proceso se repitió siete veces más. Ocho sementales capturaron entre cinco y nueve hembras cada uno. Pero aún quedaban cinco machos sin aparear al final de la danza, y sus furiosos gritos de rechazo hicieron temblar la arena y a los humanos que observaban encogerse bajo sus capas.

Maarken, fascinado por la actuación de los dragones, sintió de repente el delicado roce de colores familiares y queridos. Sobresaltado, giró la cabeza instintivamente hacia el oeste, donde el sol aún brillaba sobre las Colinas Vere.

¿Así te comportarías si te rechazara? —dijo una voz burlona en su mente.

¡Peor! —respondió, reuniendo los brillantes colores de Hollis y estabilizando el haz de luz solar— *¿Cuánto tiempo llevas mirando?*

Solo un ratito, y con mucha menos devoción que tú. ¡Me costó cuatro intentos llamar tu atención! Pero son magníficos, ¿verdad?

La próxima vez estarás aquí conmigo para verlos. ¿Dónde has estado todo el día?

Trabajando desde el amanecer con el demonio de tu hermano, ayudándolo a traducir esos pergaminos que trajo Meath. ¡Me sorprende poder comunicarme con palabras de menos de cuatrocientos años!

Hay algunas palabras que me gustaría escuchar ahora mismo —sugirió, y sonrió mientras sus colores reían a su alrededor—. *Pero las diré primero porque soy un caballero, un caballero y un lord. ¡Te amo! Y Sioned lo sabe; no que que eres tú, pero contamos con su ayuda si la necesitamos.*

La legendaria Princesa Mensajera del Sol. ¿De verdad es tan hermosa como dicen?

Si te gustan las pelirrojas. A mí me gustan las rubias. Hollis, he hablado con mis padres sobre abrir Monte Blanco, así que saben que estoy listo para casarme. ¿Por qué no se lo digo ahora en lugar de esperar?

Maarken, te amo, pero... ¿no les debemos un encuentro primero? ¿Y si no les gusto?

No seas ridícula. Y digan lo que digan, me casaré contigo.

¿Podrías ir en contra de los deseos de tus padres?

¡Podría si, llegado el caso, es necesario para casarme contigo! Pero esperaré al Rialla si eso es lo que quieres. Solo recuerda que los matrimonios del Último Día los dirigiremos nosotros, mi amor.

Ah, Maarken, maldita sea, puedo oír a Andry gritándome. Tengo que irme. Cuídate, amado. Que la Diosa te guarde.

Se dio cuenta de que Pol estaba a su lado, tirando de su manga, y suspiró. Los hilos se deshicieron y estaba de vuelta en el Desierto, y Pol susurraba:

—Estabas cabalgando el sol, ¿verdad?

—Sí —asintió Maarken.

—¿Adónde? ¿A qué distancia? ¿Con quién hablaste?

—Tomando tus preguntas en orden: un largo camino, muy lejos, y no es asunto tuyo. —Suavizó las palabras con una sonrisa.

Se puso de pie, estiró los músculos rígidos y vio que todos los demás hacían lo mismo. Pol, con toda la flexibilidad de su juventud, se levantó de un salto y corrió hacia sus padres para compartir su emoción al presenciar la danza de la arena. Maarken se unió a sus padres, sonriendo mientras Chay se ponía de pie con dificultad y se frotaba el trasero.

—¿Cómo puedo estar entumecido y seguir doliéndome? —se quejó—. Soy demasiado viejo para estas tonterías.

—El paseo de vuelta a los caballos me aliviará las molestias —dijo Tobin—. Pol y Rohan van a las cuevas, Maarken. ¿Quieres ir con ellos?

—Les prometí a Sionell y Jahnavi un relato completo antes de cenar esta noche, así que te acompañaré a Cuenco Celestial.

—También me acompañarás con botellas del mejor brebaje de cactus de Ostvel, para calmar mis huesos —añadió Chay—. ¡Si vuelves tarde, no esperes que te guarde nada! —gritó a Rohan.

—¿Ni siquiera para tu príncipe?

—Ni un dedal. Es tu culpa que esté aquí fuera asándome como un cordero.

—No un cordero cualquiera, cariño —dijo su esposa con dulzura—. Definitivamente se trata de un carnero.

—¡Tobin! —Tomó una trenza larga en cada mano y la atrajo hacia sí para besarla— Estás escandalizando a los niños

Maarken sonrió al imaginarse a sí mismo y a Hollis escandalizando de la misma manera a sus propios hijos. Algún día, todos dirían sus nombres al unísono, como dicen *Chay y Tobin* o *Rohan y Sioned*. Un día muy cercano.

Capítulo Nueve

Los habitantes de Cuenco Celestial se mantenían herméticos, incluso con su príncipe y su heredero, en lo que a oro se refiere. Los hombres y mujeres que les habían dado una cálida bienvenida el día anterior solo asintieron cortésmente mientras Rohan y Pol ataban sus caballos en el Cañón Hilo de Plata. Cabalgaron hacia las colinas desde la llanura del dragón, luego tomaron rumbo norte por un estrecho barranco para unirse al sendero que conducía a Cuenco Celestial y las cuevas de oro.

El viento y la arena habían desgastado las rocas, dándoles formas extrañas; enormes cactus crecían aquí y allá a lo largo del cañón, anchas bandejas verdes erizadas de agujas del tamaño de púas. Aún había agua en las profundidades del subsuelo, pero no quedaba nada del río que hacía mucho tiempo había excavado la piedra más blanda.

Las cuevas inferiores de Cuenco de Plata se usaban para refinar el oro extraído de las superiores, algo que Pol dedujo por el tenue resplandor de las hogueras del interior. Su padre confirmó su suposición mientras desmontaban para ascender a pie a las cavernas superiores, pero no ofreció más información. El chico entrecerró los ojos hacia las estrechas repisas conectadas por un sendero apenas lo suficientemente ancho para un solo caballo de carga. El trabajo casi había terminado y la mayoría de los hombres y mujeres ya bajaban. Obsequiaron a los dos príncipes con leves gestos de reconocimiento y respeto; uno o dos sonrieron, pero no hubo saludos verbales. Pol se preguntó sobre eso, y sobre el hecho de que su padre pareciera imperturbable ante el silencio. La curiosidad casi lo mata.

Mientras esperaban a que bajaran los últimos caballos, Pol no pudo contener más sus preguntas.

—Se supone que estamos extrayendo plata aquí, ¿no? Bueno, eso es lo que todos piensan, incluyéndome a mí.

—Esa es la historia, sí. Y realmente hay una veta que recorre estas colinas. De ahí el nombre de Hilo de Plata.

—Y fingimos que esto es una extensión, para que todos piensen que nuestra riqueza proviene de la plata.

—Por supuesto. De vez en cuando encontramos plata por aquí. Es útil. —Rohan empezó a subir por el sendero y Pol se apresuró a seguirle el paso.

—¿Pero por qué mantenerlo todo en secreto? —preguntó.

—Es un asunto complejo —respondió su padre con enigmática discreción.

Pol se detuvo, dejando pasar a una joven que llevaba odres de agua, y lo alcanzó.

—¿Cómo ocultamos que sacamos oro, y no plata, de las cuevas?

—Tenemos formas de disimular la producción. Lleyn ayuda. Volog también.

Pol deseaba desesperadamente escuchar todos los detalles de este fraude fiscal en curso, pero su padre le había hecho una señal a un hombre de piernas arqueadas en la primera plataforma rocosa. El chico guardó silencio durante la subida y le presentaron a un tal Rasoun, quien gestionaba toda la operación para Ostvel. El minero se inclinó en señal de respeto y le dio una discreta bienvenida.

—Gracias —respondió Pol cortésmente—. ¿Nos va a enseñar las cuevas?

—Creo que cederé ese honor a su excelencia. —Rasoun sonrió—. Tenía más o menos tu edad cuando mi padre me mostró por primera vez las cavernas de oro. Era supervisor de Lord Farid, quien dirigía Cuenco Celestial para el padre de tu padre, el príncipe Zehava.

Pol hizo cálculos rápidos mentalmente. Farid había muerto el verano anterior a su nacimiento; Zehava había muerto seis inviernos antes; si a eso le sumamos unos años más de trabajo bajo el reinado de su abuelo y consideramos la edad probable de Rasoun, las

cuevas debían de haber estado produciendo durante al menos treinta años. ¿Cómo habían logrado mantener tanto oro en secreto durante tanto tiempo?

—¿Podrías sugerirnos una cueva para explorar, Rasoun? —preguntó Rohan.

—La del centro servirá, mi señor. Planeamos empezar allí la próxima primavera, así que habrá mucho que ver. Necesitarás una antorcha.

—Gracias, no. Mi hijo tiene otro tipo de Fuego a su disposición.

Pol se quedó boquiabierto. Rasoun pareció un poco sorprendido y murmuró:

—Ah, sí. Por supuesto, mi señor.

Mientras subían por el sendero en zigzag hacia la cueva indicada, Pol preguntó:

—Padre, ¿de verdad quieres que invoque Fuego para ti?

—Tu madre dice que eres bastante competente. ¿Por qué? ¿Te pone nervioso?

—Bueno... sí. Un poco.

—No necesitaremos un incendio, ¿sabes? —le dijo Rohan, divertido—. Solo algo para ver. Pero espera a que te lo diga, y ten cuidado. —Bajó la voz hasta el susurro de un conspirador—. ¡Y no se lo digas a Lady Andrade!

Pol negó con la cabeza enfáticamente, y Rohan sonrió.

El sendero era empinado, aún no nivelado para facilitar el acceso a los trabajadores y los caballos de carga. Deteniéndose a mitad de camino para recuperar el aliento, Pol contempló el cañón que se vaciaba. Ni tan largo ni tan ancho como Roca Hendida al sur, y con solo una cuarta parte de las cuevas que había allí, seguía siendo una vista impresionante bajo el resplandor del atardecer. Las paredes estaban doradas por la luz rosada que llegaba al Desierto a finales de primavera y otoño, oscureciéndose hasta convertirse en sombras violáceas donde el cañón se curvaba y se estrechaba hacia el norte.

—¿Padre? ¿No ponemos guardias por la noche? ¿Y por qué no se trabajan todas las cuevas en lugar de solo unas pocas? Y nadie que haya visto hasta ahora parece lo suficientemente grande y fuerte como para extraer oro de la roca.

—Tendrás que dejar que te lo cuente a mi manera, Pol —dijo su padre con tristeza.

—¿Pero cuándo?

—Paciencia.

Por fin llegaron a una cornisa estrecha, y tuvieron que trepar a gatas los últimos pasos. Tras un momento para sacudirse las manos y la ropa, Rohan preguntó:

—¿Te contó Maarken alguna vez sobre el día en que una cría de dragón casi los asó a él y a su hermano para cenar?

—Sí —asintió Pol—. Él y Jahni fueron a mirar en una cueva sin permiso.

—Sí que lo hicieron. Y se llevaron un susto de muerte cuando ese dragón salió de su cueva. Fue la última Cacería de la Eclosión que se celebró —continuó en voz baja—. Una costumbre espantosa; no un deporte, sino un asesinato en masa.

—¿Por qué el abuelo nunca la prohibió?

—Porque creía que siempre habría suficientes dragones. No más preguntas, no hasta que te lo haya contado todo.

Pol asintió, conteniendo la respiración, mirando fijamente el oscuro agujero de la cueva.

—Ese día, Maarken y Jahni fueron a explorar; fue el mismo día que tu madre y yo entramos por primera vez en una cueva de dragones. Fue el verano que pasó en Stronghold antes de casarnos. Ese día descubrimos lo que mi padre sabía desde hacía años y nunca me había contado.

Entraron en la cueva. Sombras impenetrables absorbían toda la luz en una cámara al menos tres veces más alta y ancha que la habitación de Pol en Stronghold. El techo y las paredes formaban un arco irregular sobre un suelo arenoso que se extendía hacia atrás en

una oscuridad que podría haber terminado allí o haberse adentrado un trecho entero en la ladera. Rohan le indicó a Pol que avanzara hasta que estuvieron justo dentro de la cortina de sombras.

—Ahora puedes invocar un poco de Fuego, por favor.

Así lo hizo, centrando la llama que nació de uno de sus dedos en la arena unos pasos delante de ellos. Al estabilizarse, la cueva empezó a brillar. Pol intentó plantar los pies con más fuerza en la arena, confundido por la sensación de movimiento, pero solo la luz se movía, proyectando un destello dorado a su alrededor.

Rohan se acercó a la pared más cercana, se agachó y regresó con un fragmento del tamaño de una mano de lo que parecía cerámica pálida. También brillaba.

—Es parte de un caparazón de dragón —explicó—. Y de aquí sacamos nuestro oro.

El pequeño Fuego se encendió cuando Pol reaccionó, y rápidamente recuperó el control.

—Exhalan fuego para secar sus alas después de la eclosión. Cuando los caparazones se queman, liberan parte del oro. Con los años, todo se muele en la arena. No quedan muchos caparazones aquí, pero en Roca Hendida podría enseñarte grandes trozos dejados por dragones no mucho mayores que tú. —Le entregó el fragmento a Pol—. No es roca lo que extraemos de las cuevas, ¿sabes? Nadie usa pico, y nadie tiene que ser muy musculoso para tamizar la arena que va a las bolsas de los caballos de carga. Por cierto, esa fue una observación muy astuta tuya. Tendré que hablar con Rasoun al respecto y traer hombres más corpulentos aquí arriba para dar la impresión correcta. El oro se lleva a las cuevas de fundición de abajo, y todo lo importante se hace donde ni siquiera los Mensajeros del Sol pueden verlo.

—¿Padre...?

—Déjame adivinar. ¿Qué pasa con el oro, no?

Pol asintió, dándole vueltas al brillante fragmento en sus manos.

—La mayor parte se convierte en lingotes, como el vidrio que comerciamos con Firon y otros lugares. Va al tesoro; no al de Stronghold, sino a unas reservas secretas que tenemos aquí.

—¿Y el resto?

—Enviamos algo a Lord Eltanin en Tiglath, donde los artesanos elaboran diversos artículos: vajilla y joyería que se venden de la forma habitual. Pero no podemos deshacernos de mucho con esa estratagema. Una afluencia de oro haría sospechar a la gente sobre su origen y arruinaría el valor de mercado de la obra. Así que una parte va en los barcos de Lleyn a Kierst, donde Volog tiene una mina de oro, una auténtica. —Sonrió y se encogió de hombros—. Aunque esa casi se ha agotado. Tenemos a algunas personas allí que... digamos que nos llevó años encontrar la manera de que el oro pareciera provenir directamente de esa mina.

—¿Pero cuánta gente lo sabe realmente? Me refiero a lo de los dragones.

Rohan se agachó y recogió un puñado de arena. Los granos se deslizaron entre sus dedos como luz del sol seca.

—Lleyn solo sabe que ha pagado generosamente por el derecho exclusivo de Radzyn al comercio de la seda. Volog ignora que el oro no es suyo. Y no creas que lo hago por un viejo amigo o por la familia de tu madre. —Levantó la vista con una sonrisa.

Pol trató furiosamente de recordar todo lo que sabía sobre Kierst y cualquier cambio que se hubiera producido allí en los últimos años. Pero la impresión del oro, el fragmento de caparazón de dragón en su mano y la arena que se filtraba lentamente entre los dedos de Rohan ralentizaron sus pensamientos. Lo único que se le ocurrió fue:

—Volog es un aliado importante.

—Sí que lo es. Pero hay razones más importantes, Pol. En los cuatro años que llevamos abasteciendo su mina, ha tenido la riqueza suficiente para financiar trabajos valiosos: carpintería, mejoramiento de sus rebaños, fabricación de pergaminos, plantación de nuevos huertos. Nunca antes había tenido dinero de sobra, ¿sabes?, y aunque buena parte se destina a lo que algunos llamarían frivolidades, bueno, eso también mantiene a otros artesanos alimentados y felices. Pero si se tratara de cualquier otra persona que no fuera Volog, no lo haría. No es un hombre avaricioso, ni de los que ven la riqueza como un medio para hacer travesuras. Quiere mejorar su principado, y nuestro oro se lo permite.

Recogieron otro puñado de arena y Pol la vio caer, fascinado por el oro que había financiado los sueños de su padre.

—Me interesa especialmente los pergaminos que produce y los rebaños que cría. Este año voy a sugerirle que establezca un scriptorium. ¿Te lo imaginas, Pol? Libros a un precio asequible no solo para los príncipes, sino para todos los athr'im, y con el tiempo para casi todos. Con suerte, el scriptorium se convertirá en una escuela. Tendremos gente formada en artes y ciencias, igual que se forma a los faradh'im en la Fortaleza de la Diosa, que podrán llevar su conocimiento a todos los principados y enseñar a otros. Quienes nunca tendrían la oportunidad de aprender a leer podrán ser educados hasta donde sus mentes les permitan.

El pequeño Fuego volvió a saltar suavemente al percibir la emoción de su padre.

—Todas las habladurías, la historia, la música y todo lo demás se puede escribir y compartir...

Rohan volvió a reír.

—¡Padre de las Tormentas, eres mi hijo! ¡Cualquier otro niño de tu edad se lamentaría al pensar en seguir estudiando!

Aunque Pol se sonrojó un poco, también rió.

—¡Mientras sean otros los que hagan lo difícil, estoy totalmente de acuerdo!

—Lo más difícil es nuestra responsabilidad como príncipes. Absorber las palabras de los libros es bastante fácil, ¿sabes? Aplicarlas al mundo que te rodea… —Se encogió de hombros e hizo una mueca de burla—. Eso lo aprendí en mi primer Rialla. Ven y siéntate, Pol. Hay más.

—¿Lo hay? —preguntó asombrado.

—Oh, sí. Mucho más.

Se sentó cerca de su padre en la arena, todavía con la concha en la mano.

—¿Acaso el príncipe Volog no entendería lo del scriptorium, el oro y todo eso?

—Es un buen hombre, básicamente. Pero como todos los demás, solo vería el oro. Además, ni siquiera un Alto Príncipe puede simplemente ordenar algo cuando está tan estrechamente relacionado con otro principado. Solo puedo sugerir cosas, intentar que parezca que la idea fue de Volog, no mía.

—Y luego alabarlo por su astucia, mientras cosechas las recompensas. —Pol asintió sabiamente.

—Solo espero que ninguno de ellos sea lo suficientemente listo como para descifrar lo del oro. Si alguna vez lo hacen… —Negó con la cabeza; la luz del Fuego se reflejaba en su cabello rubio, tiñéndolo casi del mismo rubio rojizo que el de Sioned. Pol observó el rostro de su padre, tan familiar para él como el suyo. Con el tiempo esperaba que así fuera *su* rostro, pues era uno orgulloso, fuerte, sin miedo al duro trabajo que exigían los sueños.

—En realidad, empezó el año de la Plaga. Tu madre y yo habíamos descubierto el oro en Roca Hendida antes, pero yo seguía buscando la manera de extraerlo en secreto.

Entonces llegó la Plaga. Murieron muchos, Pol: tu abuela, Jahni, Camigwen, la esposa de Ostvel... —Bajó la mirada hacia sus manos, ahora vacías—. Había una hierba llamada dranath que podía curar la Plaga. Crecía solo en el Veresch, lo que significaba que el Alto Príncipe Roelstra controlaba el suministro. Los dragones también morían, de a montones. Yo estaba aquí en Cuenco Celestial y Lord Farid y yo tuvimos la idea de poner dranath junto a las plantas agridulces de los acantilados. Así, cuando los dragones comieran, no podrían evitar recibir también una dosis de la hierba.

Los músculos del rostro de Rohan se tensaron, profundizando las finas líneas que enmarcaban su boca.

—Pero primero necesitábamos dranath, una gran cantidad. Roelstra lo vendía a través de sus comerciantes a un precio increíble. No había tanto dinero en el mundo. En algunos lugares, retenía el suministro hasta que uno de sus enemigos moría. Nunca pude demostrarlo, pero sabía que era cierto.

—Deberías haberlo matado entonces —susurró Pol—. No esperar a más tarde.

Rohan levantó la vista, sobresaltado, como si de repente recordara que tenía audiencia. Tras un largo momento de vacilación, finalmente dijo:

—Quería hacerlo, Pol. Quizás debería haberlo hecho. Pero entonces Farid me mostró las cuevas de aquí y el oro que mi padre había sacado de ellas, pero del que nunca me habló. —Negó con la cabeza, aún desconcertado después de tantos años—. No quería que las cosas fueran demasiado fáciles para mí, durante mis primeros años como príncipe. Si hubiera sabido de esta riqueza, podría haber intentado comprar mi testamento con los otros príncipes. Se habrían enterado del oro si lo hubiera usado insensatamente, y nos habrían atacado como un halcón a una rata de arena.

—Pero teníamos que conseguir el dranath. Así que vaciamos el tesoro y pagamos lo que Roelstra pidió. Durante los años siguientes, tuvimos que aparentar que nos habíamos empobrecido para hacerlo. El oro debía permanecer en secreto. Pero tras la muerte de Roelstra y la toma de Marca del Príncipe, la gente esperaba que nos hiciéramos ricos y pudiéramos empezar a construir de nuevo. Tiglath y el Castillo de Tuath fueron mejorados. Baisal de las Tierras Bajas de Faolain obtuvo su nueva fortaleza. Y gran parte del dinero se destinó a recuperar Remagev de la Larga Arena.

—Y pagasteis mucho de lo que Roelstra había exigido a los demás por dranath —dedujo Pol, basándose en su conocimiento certero del carácter de su padre.

—Una parte, sí —Rohan sonrió levemente—. Tobin me convenció de que pagar más sería una tontería; después de todo, con mi oro se habían comprado suficientes dranath para distribuirlos entre los principados, así que me debían la vida. En cualquier caso, Ostvel y yo iniciamos la operación que veis aquí hoy, tan grande como nos atrevimos, y difundimos el rumor de que se había encontrado una nueva veta de plata.

»Así que, Pol, por muy ricos que siempre hayas sabido que somos, somos mucho más ricos que eso. Pero el verdadero origen del oro debe permanecer en secreto.

—Ya es bastante malo que vaya a heredar dos principados —dijo Pol lentamente—. Peor; voy a ser faradhi además de príncipe. Pero si a eso le sumamos el oro…

—Exactamente. Hay quizás cincuenta personas que conocen toda la verdad. Ni siquiera todos aquí en Cuenco Celestial lo saben; pocos comprenden la conexión entre los dragones y el oro. Quienes abastecen la mina de kierstina desconocen el origen real del oro, ni tampoco Lord Eltanin. En cuanto a quiénes sí lo saben, están tu madre, Tobin, Chay, Ostvel y Riyan, pero Sorin, Andry y Maarken no lo saben, ni tampoco Andrade. Nosotros enviamos parte del oro a los artesanos del Príncipe Davvi en Alto Kirat, pero él tampoco conoce su origen.

—¿Ni siquiera el hermano de mi madre?

—No. Cincuenta personas son demasiadas, Pol. No es que no confíe en los demás, pero a menos que tengan una buena razón para saberlo, es mejor y más seguro que no lo sepan. —Suspiró y estiró los hombros—. Y ahora que conoces los antecedentes, puedo contarte el resto. Estas cuevas no durarán. Los dragones no llevan aquí quién sabe cuánto tiempo, y nunca volverán a acercarse al lugar. La gente lo ha invadido durante demasiado tiempo.

—¿Pero qué hay de las Cacerías de la Eclosión en Roca Hendida?

—Eso era un solo día cada tres años. Estas cuevas se han trabajado casi a diario durante más de treinta. El otro lado del cañón está agotado. De este lado solo quedan unas pocas cuevas como esta.

—Pero ahí está Roca Hendida, ¿no? Podríamos… ¡Oh! —Pol se enderezó— ¡Los dragones necesitan esas cuevas!

—Y no volverán jamás si hacemos allí lo que se ha hecho aquí. Idealmente, podremos atraerlos de alguna manera y explotar las cuevas que usan ahora, al norte de aquí.

—Cerca de Feruche —dijo Pol.

—Sí. —Apretó un puñado de arena entre sus fuertes dedos. El anillo de topacio y esmeralda escupía fuego—. Tu madre quiere que reconstruya el castillo de allí. Parece que tendré que hacerlo.

Algo en su tono de voz le advirtió a Pol que no preguntara por qué se resistía tanto a hablar de Feruche.

—Pero, padre, tampoco podemos tocar esas cuevas, o los dragones no tendrán dónde eclosionar. No volverán a Roca Hendida, y ese es el único lugar con suficientes cuevas para asegurar una gran población de dragones.

—Así que ya ves, Pol, aprender es fácil y hacer que las cosas funcionen es difícil. —Se sacudió las manos y se puso de pie—. Y ahora ya lo sabes todo sobre los dragones y su oro. No quería preocuparte con esto tan pronto, pero... —Terminó encogiéndose de hombros.

—¿Lamentas haber tenido que decírmelo?

—No. Mejor que alguien más se ponga manos a la obra con el problema. Al fin y al cabo, nuestras dificultades no son inmediatas. Ostvel calcula que tardaremos entre ocho y diez años en vaciar estas cuevas. Ya pensaremos en algo para entonces.

—Más nos vale —dijo Pol, levantándose. Arrojó el fragmento de vuelta a la cueva y se dirigió a la entrada; luego se giró al ver a Rohan carraspear—. ¿No me digas que hay más de qué hablar?

—No, solo algo que has olvidado. —Señaló la delgada llama que aún flotaba sobre la arena.

Avergonzado, Pol apagó el Fuego con la mente.

—Menos mal que acordamos no contárselo a Andrade —añadió Rohan—. ¡Nunca lo superarías!

Lejos de las cuevas de oro de dragón, Lady Andrade disfrutaba de lo último de un día perfecto. El oro que veía a su alrededor era un resplandor brumoso del atardecer que convertía el mar en ondas de terciopelo rojizo. Se había soltado el cabello por la espalda y los hombros como una jovencita, y la suave brisa que entraba por las ventanas agitaba los mechones plateados alrededor de su rostro. Como todos los faradh'im, era una criatura de luz solar; las tormentas invernales y la niebla oprimían su espíritu. Pero ahora, con la

riqueza de la primavera a su alrededor y la promesa del verano en el aire, se sentía verdaderamente viva de nuevo.

Apoyando un hombro en la piedra que enmarcaba la ventana, se cruzó de brazos y suspiró de placer mientras el sol le infundía calor en los huesos y las mejillas. Sus mórbidos murmullos invernales sobre la edad y la muerte habían quedado olvidados; siempre se sentía así cuando las nubes de lluvia oscurecían el cielo. Pero los últimos escalofríos habían desaparecido de sus músculos y la sangre volvía a fluir fresca y fuerte por sus venas. Rió entre dientes y juró que los sobreviviría a todos. Había sido un día interesante, y para dos personas en la fortaleza sería una noche aún más interesante. El joven Sejast había sido puesto a prueba esa mañana para obtener su primer anillo, y casi provocó una hoguera. Pero no se había sonrojado ni balbuceado una disculpa por su falta de control. Era fuerte y lo sabía. Andrade ansiaba enseñarle el fino arte de la moderación durante los próximos años; ya lo había hecho antes con hombres y mujeres jóvenes incluso más dotados que él y aún más ansiosos por explorar sus poderes. Pero tenía que admitir que su arrogancia —esa era la única palabra para describirla— solo encontraba rival en Andry.

O en ella misma, la honestidad la obligaba a reconocerlo. Volvió a reír entre dientes, preguntándose cómo sus antiguos maestros habían logrado no estrangularla. Casi deseó ser lo suficientemente joven como para disfrutar de la noche de conquista de Sejast, pues sabía que podía lograr mucho con domarlo. Pero confiaba en la habilidad de Morwenna en la materia. Mensajera del Sol de ocho anillos y treinta y cinco inviernos, Morwenna tenía suficiente Fuego en su interior como para abrasar incluso al joven Sejast con facilidad.

Un suave golpe en la puerta la apartó de la vista del atardecer sobre el mar y gritó:

—Pasa, Urival. Está abierto.

Pero no fue su mayordomo principal quien entró: más bien, como conjurada por sus pensamientos, Morwenna entró cojeando en la habitación. Parecía sumamente irritada y bastante dolorida. Andrade se acercó a ella enseguida y le preguntó:

—¿Qué ha pasado? Ven, siéntate

—Gracias, mi Señora. ¿Que qué ha pasado? ¡La mayor estupidez que te puedas imaginar! —Se hundió en una silla y se dio una palmada en el muslo con disgusto— Tropecé con mi propia sombra, eso es lo que ha pasado. ¿Sabes ese escalón torcido en la biblioteca que todos evitan? Bueno. Al evitarlo, tropecé y me caí. Me temo que tendrás que enviar a alguien más a Sejast esta noche.

—Espero que ya te hayan curado la herida.

—Claro. Nada roto, solo un moretón. Pero duele muchísimo. —Se apartó el pelo negro de los ojos—. La Diosa podría prestarme su hechizo para pasar la noche, pero dudo que ni siquiera ella pueda disimular esto. —Se subió la falda para mostrar la marca lívida en su piel oscura—. Espectacular, ¿verdad?

—Ciertamente, bastante. Tienes suerte de no haberte roto nada. Bueno, dime a quién enviarías en tu lugar.

Morwenna se acomodó la falda una vez más y se recostó.

—Lamento la oportunidad perdida, créeme. Será difícil de manejar y lo esperaba con ansias. —Sonrió cuando Andrade resopló. Incluso para una fironesa apasionada, el desmesurado placer de Morwenna al convertir niños en hombres era casi escandaloso—. Jobyna es demasiado dócil, Vessie no se siente lo suficientemente segura en el arte para alguien tan perspicaz como Sejast. Enviaría a Fenice, pero está en el punto equivocado de su ciclo. Eridin le serviría, y creo que Hollis es capaz, si no se desanima por Maarken.

—Hmmm. —Andrade se sentó y tamborileó los dedos en los brazos de la silla—. ¿Has visto a Hollis y Sejast juntos?

—No más de lo que los demás faradh'im se relacionan con los recién llegados. Han hablado, seguro. Pero la Diosa se encarga de mantener el secreto.

—La Diosa —respondió Andrade secamente— confía en que usemos nuestro ingenio. No confío en la gente que se conoce bien...

—¡Oh, vamos! De los cinco que podría haber sido para mí, crecí con tres de ellos aquí mismo en la fortaleza, el cuarto fue mi tutor, ¡y el quinto fue alguien con quien planté todo el jardín de hierbas esa primavera! Y nunca supe cuál de ellos fue realmente.

—Entiendo —concedió Andrade—. Supongo que será Hollis entonces. ¿Es el momento adecuado para ella?

—Está a salvo. Pero admito que tengo curiosidad por saber qué clase de hijos podría engendrar ese chico. Si es que no ha dejado uno o dos atrás, a estas alturas. —Rió entre dientes.

—Esa es una apuesta que ni Sioned aceptaría —asintió Andrade—.;Ve a ponerte una compresa en la pierna. Haré que te suban la cena.

Morwenna suspiró.

—No es exactamente la noche que había planeado. Pero no importa. ¿Voy a avisarle a Hollis?

—Yo lo haré. Quita ese peso de encima a ese precioso moretón. —Andrade sonrió—. Y te prometo que arreglaré el escalón.

—Sería de gran ayuda. No hay nada que hacer con mi torpeza. —Hizo una mueca mientras se ponía de pie y salía cojeando.

Los dedos de Andrade seguían tamborileando a un ritmo siempre cambiante. Si Hollis estaba perdida en fantasías sobre Maarken, bueno, qué lástima. Aún no era su esposa. Y ella era, y siempre sería, una Mensajera del Sol. Había realizado el hechizo dos o tres veces desde su escandalosa desobediencia al ir junto a Maarken la noche en que se forjó como hombre, y Andrade estaba razonablemente seguro de que él sabía de ello. Pero una mujer era dueña de su cuerpo, incluso cuando había entregado su corazón. Además, Hollis ni siquiera era la Elegida oficial de Maarken. La chica conocía su deber como Mensajera del Sol.

Mientras se trenzaba el cabello antes de salir de sus aposentos para buscar a Hollis, Andrade fue consciente de que no fue tanto la idoneidad de la chica para la tarea lo que la decidió, sino la, posiblemente, última oportunidad de recordarle su compromiso con la Fortaleza de la Diosa. Andrade estaba preparada para ver a otra de sus faradh'im casada con un señor real, pero estaría condenada si volvía a ver otra Mensajera del Sol quitarse todos los anillos menos el que su esposo le había dado. Hollis cumpliría con su deber.

No sería otra Sioned.

Segev se ofreció a llevarle la cena a Morwenna. Era lo mínimo que podía hacer después de haber orquestado su caída.

Había sido ridículamente fácil de organizar. Ella siempre iba a la biblioteca a estudiar una o dos horas antes de la cena, preparando sus apuntes para las clases del día siguiente. El escalón defectuoso había sido su aliado; todos hacían el mismo movimiento para evitarlo, y deslizar el siguiente lo justo para desequilibrarlo había resuelto el problema. Había experimentado la noche anterior, con cuidado de no caer en su propia estratagema, y luego había limpiado la madera. Esa tarde había esperado la visita habitual de Morwenna, y después de que ella saliera cojeando, maldiciendo en voz baja, había salido de su escondite para secar los restos de aceite. El paño delator había sido arrojado por el acantilado, donde

la marea lo arrastraría mar adentro. Nadie lo había visto, nadie sospechaba que el accidente no había sido casual, y se sentó a cenar con total despreocupación.

Hollis no estaba en su asiento habitual, lo cual era una buena señal. Pero ni Jobyna ni Eridin estaban presentes, lo cual era malo. Claro que se arriesgaba a que alguien más que Hollis ocupara el lugar de Morwenna esa noche, pero la Mensajera del Sol de cabellos dorados solo era su opción preferida. Cualquiera de las otras habría funcionado igual de bien, aunque ninguna era tan guapa.

Le divertía que el instinto lo hubiera llevado hacia la Elegida de Lord Maarken, prima del chico que podría perder Marca del Príncipe para el próximo Rialla y que sin duda perdería el propio Desierto en pocos años. Segev estaba cada vez más convencido de que él, y no su hermano mayor, Ruval, expulsaría a Pol de Stronghold, pero dependía de demostrar su valía a Mireva. Subió temprano, cansado de fingir vergüenza ante las bromas poco sutiles de sus compañeros. Estaban celosos. Tenía una nueva habitación para él solo, y un nuevo estatus, representado por el sencillo anillo de plata en su dedo medio derecho, ganado antes de que ninguno de ellos hubiera invocado siquiera una fugaz chispa de Fuego. Escapó de sus burlas en cuanto pudo y subió a explorar su nuevo entorno.

Era demasiado joven cuando Feruche cayó como para recordar los lujos que allí reinaban, pero algo en él ansiaba cosas bellas: sábanas de seda, alfombras gruesas, tapices, muebles elegantes y enormes habitaciones donde exhibirlo todo. Su nueva habitación no tenía nada de eso. Había una cama estrecha, una mesita junto a ella, un brasero vacío y un pequeño arcón para la ropa. En la mesilla de noche había una palangana para lavarse y una sencilla jarra de cerámica que había llenado de vino esa mañana. Ahora la rociaba generosamente con dranath y bebía un poco, saboreando el inconfundible resplandor que infundía a su cuerpo.

Segev se acostó desnudo en la cama e hizo como si durmiera. Pero con el paso del tiempo, se impacientó, preguntándose si se habrían olvidado de él. ¿Cómo se comportaban otros jóvenes cuando sabían que iba a ser su noche de conquista? Estaba nervioso, pero no como ellos lo habrían estado. Cada paso en el pasillo le aceleraba el pulso, pero la puerta permanecía cerrada. La oscuridad se hizo más densa en su habitación sin ventanas y las sábanas empezaron a rozarle. Se giró sobre su lado izquierdo, luego sobre el derecho, tiró las sábanas al suelo y las volvió a levantar. Algo había salido mal, estaba seguro. La vieja zorra de Andrade había empezado a sospechar. Alguien había descubierto restos de grasa en el escalón. Su disfraz había sido descifrado. Estaban a punto de sacarlo de la cama a rastras y usar todas sus artes para obligarlo a contar todo lo que sabía sobre Mireva y el círculo de piedras en el bosque y...

Una rendija de luz apareció alrededor de su puerta, definiéndola como un rectángulo alto. Se incorporó de golpe en la cama, con el sudor cubriendo su cabello y piel. Alguien entró; no, algo, una niebla brillante sin colores, tan pálida que era casi transparente. La puerta volvió a oscurecerse, fundiéndose con la noche, pero el sutil resplandor informe se deslizó hacia él, sin proyectar luz ni sombra. Intentó calmar su corazón palpitante mientras sentía un dedo suave rozar suavemente sus labios. No había estado tan agitado con Mireva, ni siquiera con la campesina con la que perdió la virginidad a los trece años.

Estaba en llamas.

La tenue luz se acercaba y él extendió la mano, cerrando sus brazos alrededor de una esbelta figura femenina. Un temblor lo recorrió y jadeó. La atrajo hacia sí y se olvidó de Mireva, de sus hermanos, de la razón por la que estaba en la Fortaleza de la Diosa; de todo. Solo conocía su vertiginosa fragancia, su flexibilidad, el antiguo desafío implícito de su carne susurrando contra la suya.

Su primera cópula lo agotó rápidamente. Se recostó jadeando, empapado en sudor, humillado por no haber durado más. Un vago recuerdo de Mireva en su juventud cruzó su memoria; ¿por qué nunca le había dicho lo poderosa que era la magia faradhi en este acto? La mujer, quienquiera que fuese, existía solo como un tenue resplandor luminoso. Sus dedos podían tocarla, pero no podía identificar la forma de su nariz, frente y boca, ni el contorno de sus pechos y caderas que le revelarían quién era. No podía distinguir el color del cabello que caía en cascada a su alrededor. Esperaba que fuera dorado, y que fuera Hollis la que llevaba en brazos, pero no le importaba si no lo era; sus labios le enseñaban cosas que ni siquiera Mireva sabía, devolviéndole la vida cuando temía que la noche hubiera terminado para él.

La segunda vez, tuvo más tiempo para recuperarse. Habiéndose desenvuelto con mayor destreza y preparado para el placer cegador de su cuerpo, recuperó el aliento y la serenidad antes. Buscó sus manos, intentando sentir el número de anillos. Pero no había ninguno, y eso lo asustó. La sorpresa le despejó la mente. Se suponía que los verdaderos Mensajeros del Sol ni siquiera debían sentir curiosidad por saber quién había acudido a ellos. No debía cometer más errores. Debía recordar lo que tenía que hacer. Segev abrió la boca para sugerir que tomaran vino, pero descubrió que no podía emitir ningún sonido. Sabía que su propia voz había repetido los gritos de placer de la mujer, pero ahora sentía la lengua extraña y espesa, los labios entumecidos y la garganta cerrada, casi ahogándolo. Verdaderamente asustado, se apartó de las manos que lo consolaban y cayó de rodillas junto a la cama baja, agarrando las sábanas revueltas con ambos puños. Era un sueño, nada más que un pálido fantasma sin definición ni identidad. Si los poderes del faradhi eran así de formidables… Tomó el vino y bebió dos grandes tragos, necesitando el dranath para recobrar el coraje.

Sus dedos se cerraron alrededor de los de él y le quitó la jarra de cerámica. Bebió profundamente. La mano de Segev resbaló cuando le devolvió la jarra y el vino se derramó sobre sus rodillas. Oyó una risa caprichosa y nebulosa a lo lejos mientras ella lo convencía de volver a subir a la cama.

Cuando la campanada matutina sonó afuera, en el pasillo, se despertó con un espasmo de terror. Ella se había ido. Estaba flácido y exhausto, apenas capaz de rodar sobre su costado e incorporarse. Con cuidado, invocó un poco de Fuego en el brasero y a su luz inspeccionó la jarra de vino. Casi todo el líquido había desaparecido.

¿Había bebido demasiado? ¿Había tragado ella lo suficiente? La ira ardía en sus nervios cansados y maldijo en voz alta. ¿Por qué Mireva no le había advertido de que las artes de los Mensajeros del Sol eran tan potentes?

Apuró lo que quedaba del vino drogado y se recostó, relajándose gradualmente mientras hacía su efecto. Quizás Mireva no lo sabía; Quizás ahora estaba en posición de aprender cosas que ella jamás sabría. Quizás, usando esas cosas, podría fácilmente reemplazar a Ruval cuando llegara el momento de derrotar al Príncipe Pol.

Quizás Segev ya no necesitaba a Mireva.

Hoy iría al círculo de árboles en el bosque y buscaría su futuro en el Fuego. El plan original había sido simplemente seguir el procedimiento, pero decidió que sí invocaría la magia, pues si otras cosas faradhi eran tan poderosas como lo ocurrido anoche, podría ver cosas que ni siquiera Mireva podía.

Los Mensajeros del Sol le habían enseñado todas las palabras rituales y todas las acciones correctas. Había prestado atención por curiosidad, pues nunca había tenido la intención de llevar a cabo la ceremonia privada. Pero ahora saltó de la cama y se vistió

apresuradamente, ansioso por descubrir si los faradh'im poseían otros hechizos igualmente potentes. Combinado con lo que Mireva le había enseñado, podría...

De repente, se quedó quieto, con las manos en el pestillo de la puerta. No iría al bosque como un verdadero Mensajero del Sol. En su sangre diarmadhi latía una hierba a la que temían como a nada en el mundo. Si el hechizo que rodeaba a la mujer la noche anterior había sido el de la Diosa que Mireva siempre le había enseñado a negar, ¿sería posible que se vengara de él por lo que había hecho y por lo que planeaba hacer?

Se obligó a abrir la puerta, ignorando sus supersticiones. Hasta entonces lo había logrado. No había razón para suponer que no lo lograría en todo.

Y empezó a creer que podría tener poderes aún mayores que los de Mireva. Podría apoderarse de Marca del Príncipe y del Desierto, y convertirse en Alto Príncipe como su abuelo.

¿Con Hollis a su lado? Se recordó a sí mismo que debía vigilarla de cerca. A ella, a Jobyna y a Eridin, y con suerte detectaría señales del consumo de dranath.

Bajó las escaleras sonriendo.

Capítulo Diez

Sioned frunció el ceño concentrada, sopesando la piedra plana en la palma de su mano. Su público esperaba cerca: Sionell contenía la respiración, Pol revisaba su propia colección de piedras y Walvis sonreía mientras se acariciaba la pulcra barba negra. El Señor de Remagev hizo un gesto de invitación hacia la tranquila superficie del lago. Sioned inclinó el brazo con cuidado y lanzó la piedra rozando el agua.

—¡Once, doce, trece, catorce! —gritó Sionell emocionada— ¿Puedes hacerla saltar tantas veces, papá?

—Tan fácil como deslizarse por una duna de arena —le aseguró. Lanzó una piedra por el lago, y su hija contó quince pequeños chapoteos antes de que se hundiera—. ¿Tres de cuatro? —retó a Sioned.

Mientras recogían las piedras adecuadas, Pol y Sionell intentaron lanzar piedras. Los dos mayores intercambiaron sonrisas: Sionell hizo seis en su primer intento y Pol solo dos.

—Algo así —dijo Sionell, dando una instrucción que Pol aceptó con desgana—. Mírame hacerlo. —Un momento después, gritó— ¡Ocho! ¡Tengo ocho!

Sioned se giró a tiempo para ver el segundo intento de Pol. La piedra que lanzó golpeó el agua tres veces y luego desapareció.

—Inténtalo de nuevo —la instó Sionell.

—No, gracias.

La niña lo miró con disgusto.

—¿Cómo vas a aprender si ni siquiera lo intentas? No se puede ser bueno en todo la primera vez, ¿sabes?

Sioned captó la mirada de Walvis y esperaron mientras Pol se enfrascaba en una lucha interna que se le notaba en el rostro. El orgullo ganó, algo habitual a esa edad. Negó con la cabeza y apiló todas las piedras que había elegido en las palmas de su madre.

—Practicaré otro día.

Sioned y Walvis se pusieron en fila para la competencia. La primera piedra de ella rebotó doce veces, al igual que la de él; la segunda, dieciséis. Walvis gimió al ver que su segundo intento solo le daba diez.

—¿Al mejor de cinco de siete? —aventuró esperanzado.

—Trato hecho —replicó ella, y movió la muñeca. La piedra rebotó catorce veces y Sionell aplaudió.

Walvis miró a su hija con fingida ofensa.

—¿De qué lado estás? —preguntó, y ella rió. Soltó su tercera piedra— Doce, trece, catorce, quince...

De repente, una sombra descendió en picado, sus alas agitando una brisa en el agua. Un dragón azul negruzco hundió sus garras traseras en el agua, golpeó el aire con potentes brazadas y estiró el cuello mientras se elevaba hacia el cielo. Su gruñido de frustración resonó en el cráter.

—¡Pensó que era un pez! —exclamó Pol, riendo— ¡Míralos a todos!

Una bandada de unos cuarenta dragones de tres años se acomodó en la orilla opuesta para beber. Con las alas plegadas con gracia y los largos cuellos inclinados hacia el agua, se detuvieron cuando el que había confundido una piedra lanzada con un pez llegó tarde. Lo zarandearon de un lado a otro y gritaron con desdén mientras él volvía a gruñir.

—Walvis —murmuró Sioned—, juraría que se están burlando de él.

—Pensaba lo mismo. ¿Los dragones tienen sentido del humor? —Cerró una mano sobre el hombro de su hija mientras ella se movía a su lado— No, no puedes acercarte a mirar —ordenó.

—¡Pero no me harían daño! ¡Son tan hermosos!

—Y tienen dientes de la mitad de largos que tu brazo. Los observaremos desde aquí y esperemos que se sientan amigables. —Lanzó una mirada preocupada a Sioned, compartiendo su pensamiento; Debían quedarse quietos y no atraer la atención de los dragones, pues abundaban las historias de personas que habían sido arrancadas del suelo por dragones cuando intentaban huir.

Sionell se retorció.

—Ya han comido, papá. Mira sus estómagos.

Tenía razón; los vientres solían estar delgados antes de que comieran, y algunos dragones incluso dejaron de beber para eructar. Sionell se preguntó cuántas ovejas y cabras habrían ido a alimentar a ese grupo, y se recordó que debía preguntarle a Rohan de nuevo sobre la cría de rebaños para uso exclusivo de los dragones.

Con la sed saciada, algunos dragones saltaron por los aires. Volaron a una altura tremenda, luego plegaron las alas y se zambulleron directamente en el agua. Zambulléndose, rodando, lanzándose agua unos a otros con alas ondulantes, llamando a los que estaban en la orilla, parecían niños juguetones.

—¿Lo ves? —dijo Sionell— No le harían daño a nadie. Además —añadió con picardía—, no soy una princesa, ¡y todo el mundo sabe que los dragones las prefieren!

—Silencio —dijo Walvis, apretándola con más fuerza en el hombro.

Sioned miró a su hijo. Un amor encantado se reflejaba en sus ojos, exactamente la misma expresión que brillaba en el rostro de su padre cuando había dragones cerca. El oro no les importaba a ninguno de los dos; amaban a los dragones como parte del Desierto, parte de su sangre.

Finalmente, las criaturas salieron del agua para tomar el sol. Sioned admiró los variados tonos de sus pieles, cada una de un color diferente. Identificó una rojiza, más pequeña que las demás, que se sacudió gotas como diamantes de las alas. Sioned la observó un momento, preguntándose si se atrevería. Los dragones sin duda tenían sentido del humor, y ella sabía que tenían colores de pensamiento. Entrelazó algunos hilos de luz solar, extendiendo con cautela el tejido dorado y sedoso hacia la pequeña dragona. La hembra arqueó el cuello, desplegando sus alas con su delicada parte inferior dorada, y sacudió la cabeza para despejarse los ojos del agua que aún le corría por la cara. Giró la cabeza con aire interrogativo y echó los hombros hacia atrás, recogiendo las alas a lo largo del cuerpo. Sioned exhibió sus propios colores —esmeralda, zafiro, ónix, ámbar— y su patrón, grabado en su memoria desde hacía mucho tiempo. La dragona sacudió la cabeza, salpicando gotas mientras se agitaba. Sioned buscó un contacto más cercano y la dragona gimió por su larga nariz, temblando un poco.

De repente, la luz del sol explotó en un arcoíris de colores. Sioned gritó al mismo tiempo que la pequeña dragona echó la cabeza hacia atrás con un aullido de terror. Todos los demás dragones saltaron al cielo, lanzando un coro de lamentos de miedo y advertencia mientras huían.

—¡Madre!

Pol intentó sostenerla mientras se desplomaba, con Walvis y Sionell a su lado para amortiguar su caída. Sioned respiró hondo varias veces, temblando por la impresión, y logró sonreír levemente a su hijo de mejillas pálidas.

—Estoy bien —susurró.

—Los dragones no —dijo Walvis con gravedad—. Escúchalos.
La música salvaje resonó desde el grupo de formas oscuras en el cielo. Sioned se incorporó e hizo una mueca.
—Fui demasiado torpe. La asusté.
—¿De qué hablas? —preguntó Walvis— Mi señora, ¿qué hiciste?
Pol, arrodillado a su lado, respondió:
—Usó la luz del sol para tocar a un dragón.
—¿Hizo qué?

Los ojos de Rohan brillaron al ver a la mujer que estaba sentada bebiendo té helado con la misma naturalidad con que regresaría de un paseo vespertino por el lago.
—Por favor, deja de regañarme. No puedes decir nada de lo que no se me haya acusado.
—Cuando te pregunté si podías tocar un dragón, ¡no quise que arriesgaras tu vida!
—Tendré más cuidado la próxima vez.
—No habrá una próxima vez. —Se acercó a las ventanas de su habitación y miró las tranquilas aguas—. Oímos tu grito desde Hilo de Plata.
—¿El mío o el del dragón?
—¿No serían ambos? —replicó.
Eso la hizo dudar.
—Puede que tengas razón —admitió.
Rohan se giró.
—Los faradh'im hablan de perderse en las sombras. ¿Y si se perdieran entre los colores de un dragón y no pudieran recordar los colores propios? Sería lo mismo, ¿verdad?
—Pero eso no pasó.
—¡Esta vez!
—Estás pensando en prohibirme que lo vuelva a intentar —dejó la copa a un lado y juntó las manos sobre su regazo—. ¿verdad?
—Estoy pensando en hacerte jurar —la corrigió.
—Nunca te he mentido… —Sioned se mordió el labio.
—Pero omites cosas cuando te conviene. Eres demasiado honesta para mentir, y demasiado lista para ponerte en una situación en la que tendrías que hacerlo. Después de veintiún años viviendo contigo, mi señora, te conozco muy bien. —Ella no dijo nada—. Sioned, hay demasiadas maneras en las que podría perderte simplemente por el curso normal de las cosas. No añadiré otra a la lista solo por mi estúpida idea sobre los dragones. No me servirá de nada prohibírtelo directamente, y ambos lo sabemos. Tampoco te haré prometer. Pero eso significa que tendré que confiar en tu buen juicio y en el hecho de que quieres ver crecer a tu hijo.
Ella se estremeció.
—¡No es justo, Rohan!
—No —coincidió él—. Pero tampoco lo son tus pequeñas omisiones.
Ella lo fulminó con la mirada.
—Muy bien, te prometo algo. No lo volveré a intentar a menos que Maarken esté conmigo para apoyarme y volver a poner mis colores si empiezo a perderlos.
—¿Como hiciste con Tobin, la noche en que quedó atrapada mientras cabalgaba la luz de la luna?
—Sí. Conocía sus colores y podía traerla de vuelta. Prometo que no volveré a tocar un dragón sin tener el mismo contacto con Maarken. ¿Eso te contentará, mi señor?

—Tendrá que contentarme, supongo. —Se cruzó de brazos—. Eres una mujer peligrosa, Alta Princesa.

—No más de lo que tú lo eres, Alto Príncipe. —Sonrió levemente—. Eso nos convierte en una muy buena pareja, ¿verdad?

Rohan resopló.

Los chillidos de los dragones despertaron a todos en plena noche. Rohan y Sioned se vistieron y corrieron al patio, donde toda la población de Cuenco Celestial se había reunido a la luz de las antorchas, confundida y bastante asustada. Ostvel, despeinado y preocupado, se abrió paso entre la multitud hacia Rohan.

—¡Nunca los había oído gritar así a estas horas de la noche! ¿Qué crees que está pasando? —Hizo una mueca al oír otro aullido agudo que hendía el aire— ¡Diosa! ¡Escucha eso! ¿Qué les pasa?

—No lo sé —respondió Rohan, mirando a su alrededor— ¿Dónde está Pol? Sioned, ¿lo ves?

—No, y si ha salido corriendo a ver dragones, ¡ay de mí! ¡Le romperé el trasero! ¡Walvis! —gritó al ver al señor de Remagev— ¿Has visto a Pol?

Subió unos escalones y observó a la multitud, luego negó con la cabeza.

—Y a Maarken tampoco.

Chay y Tobin llegaron a tiempo para oírlo, y este último le preguntó a Sioned:

—¿No creerás que intentaron tocar a un dragón?

Sioned palideció.

—¡No pueden ser tan tontos! ¡Pol! —gritó— ¡Pol!

—¡Aquí arriba, Madre!

Él y Maarken estaban en el balcón de la portería con varios guardias de Cuenco Celestial. Todas las miradas se volvieron hacia ellos cuando Rohan gritó:

—¿Qué hacen ahí arriba? ¡Bajen enseguida!

—¡Pero estamos viendo a los dragones, padre! ¡Están luchando en la orilla!

—¡Yo también quiero verlos! —Sionell se zafó de los brazos de Feylin y corrió hacia los escalones de la portería.

Rohan se volvió hacia Ostvel.

—Que todos entren. Pueden observar si quieren, pero nadie debe poner un pie fuera de los muros hasta que esos sementales se hayan reconciliado. Es probable que ataquen a cualquier cosa que se mueva.

—Enseguida, mi señor. Pero nunca los había visto luchar a estas horas de la noche.

Las lunas se alzaban altas en el cielo, iluminando el lago con un pálido color plata. Desde las delgadas ventanas de la portería se veían dos dragones en la mitad del lago, resaltados por dientes y garras relucientes. Las alas estaban plegadas cerca de las ágiles figuras mientras los machos rugían desafiantes, con las cabezas extendidas para desgarrar las pieles ya sangrantes. Dragones adolescentes se alineaban en el borde del cráter, observando; en tres años, ellos también lucharían a muerte por la posesión de hembras.

Pol había ayudado a Sionell a subir a la tronera de una ventana, sujetándola con un brazo alrededor de su cintura. Ninguno de los dos notó la entrada de sus mayores hasta que Feylin sacó a su hija de su precaria posición y la apartó firmemente de la ventana abierta.

—No iba a caerme —se quejó Sionell—. Pol me sujetaba.

—Le doy las gracias —respondió Feylin—, pero no te acerques a la ventana, mi niña.

Pol se unió a sus padres, de pie en una repisa de piedra donde, en tiempos de guerra, los arqueros se arrodillaban para disparar flechas por las estrechas aberturas.

—¿Cuál creen que ganará?

Ambos dragones estaban heridos; uno sostenía su pata delantera izquierda en un ángulo incómodo, doloroso de ver. Llevaron su batalla al aire, sobresaltando al público de niños de tres años que aletearon en respuesta. Los dragones combatientes se rodearon, chasqueando con sus mandíbulas ensangrentadas y atacando con garras y colas. Gruñidos de esfuerzo e impacto resonaron en el cráter mientras se golpeaban. El dragón más oscuro se elevó por encima de su rival y, por un momento, todos creyeron que había perdido el campo. Pero entonces se desplomó, clavando garras y dientes en la espalda de su enemigo.

El macho herido bramó de dolor y furia, perdiendo el control del aire y de sus propias alas cuando la cola de su atacante se estrelló contra los huesos principales de su ala izquierda con un crujido audible incluso en la caseta de vigilancia. Alguien gimió compasivo. La pareja cayó hacia la orilla, donde el dragón derrotado seguramente moriría aplastado contra el suelo pedregoso. Sin embargo, conservó la agudeza y la fuerza suficientes para inclinar la caída, y los dos dragones aterrizaron con un potente chapoteo en el agua.

El vencedor aleteó hacia arriba, proclamando su triunfo mientras su enemigo derrotado se revolcaba en el agua, intentando en vano recuperar su ala destrozada. Los adolescentes volaron tras el vencedor, dejando morir al semental mortalmente herido.

Rohan bajó las escaleras de la caseta de vigilancia antes de que nadie, salvo Sioned y Pol, se diera cuenta de su ausencia. Jadeaba al llegar a la orilla del lago. La tenue luz de la luna brillaba sobre el agua teñida de sangre. Los débiles movimientos del dragón al nadar se debilitaban. Sus esfuerzos casi lo habían llevado a la orilla, pero incluso si tocaba tierra firme, moriría. Rohan vio en los enormes ojos oscuros que el dragón lo sabía. Sin embargo, no abandonó la lucha, no dejó de intentarlo. A Rohan le dolía el pecho y sentía el escozor de las lágrimas en los ojos.

—Lo siento —susurró—. Lo siento mucho.

Oyó a los demás correr para alcanzarlo, sintió el toque de Sioned en su brazo.

—¿Podemos ayudarlo? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Ha perdido un ala y demasiada sangre.

—Padre, por favor —dijo Pol en voz baja—. Míralo a los ojos.

—¿No podemos al menos aliviar su dolor? —Sioned le apretó el brazo con más fuerza.

El dragón gimió. El sonido fue repetido por las voces de dragones, decenas de ellos desde más allá del borde de Cuenco Celestial, lamentándolo. El cielo nocturno estaba vacío de alas, pero el canto de los dragones crecía y se estremecía como si lo transportara el viento creado por sus latidos.

Tráeme una espada —pidió Rohan con voz ronca.

—No —murmuró Chay—. Juraste que nunca más, mi príncipe. Nunca más otro dragón moriría por tu mano.

Hizo una mueca cuando el dragón volvió a gemir. Walvis dio un paso al frente.

—Lo haré yo —dijo en voz baja—. Feylin, dime dónde sería más rápido.

—No es necesario —le dijo Sioned—. Maarken, deberías aprender esto. Ven conmigo.

Se acercaron a la orilla. El dragón expulsó un gemido de dolor, mientras su cuerpo debilitado alcanzaba la arena poco profunda, con el agua fría lamiéndolo. Sioned le canturreó en voz baja, a apenas dos brazos de la cabeza que colgaba. Con Maarken como telar, tejió hilos de luz de luna en una pálida trama plateada sobre los ojos del dragón. El

enorme cuerpo se estremeció; ella y Maarken también temblaron. Los ojos del dragón se cerraron. Después de un rato, la dolorosa rigidez abandonó los músculos y la carne desgarrada. Sus facciones se relajaron, sus grandes pulmones respiraron con un largo suspiro y se durmió.

—Creo que ya está en paz —dijo Sioned mientras se volteaba.

—Mamá, ¿lo tocaste? —suspiró Pol.

—No. Solo lo ayudé a dormir.

Tobin asintió lentamente.

—Andrade solía hacer lo mismo, Rohan, ¿te acuerdas? Cuando éramos pequeños.

—Es algo que se aprende con el octavo anillo —confirmó Sioned a la par que asentía.

—Pero tú… —Chay se detuvo, frunció el ceño y se encogió de hombros—. No voy a preguntar. Te he visto hacer demasiadas cosas que no deberías poder hacer.

—Y algunas de esas cosas Andrade no las conoce —terminó Sioned—. ¿Aprendiste cómo, Maarken? ¿Sentiste sus colores?

—Entendí la secuencia del tejido —respondió—. Vi todo un arcoíris de colores. Desvaneciéndose. Se puede hacer, Sioned. Solo es cuestión de cuándo y de qué dragón.

Rohan se acercó a la cabeza del animal y acarició el largo cuello donde la vida latía cada vez más despacio. Nunca había tocado un dragón vivo, nunca había estado tan cerca de uno. La piel era lisa y fresca, de un verde oscuro que se tornaba marrón a la luz de la luna. Con las yemas de los dedos recorrió las orgullosas líneas de la frente, la nariz y el ángulo de la mandíbula. Tocó suavemente los párpados, sintiendo su suavidad sedosa. Hermosos, incluso muertos.

Miró a su esposa por encima del hombro y murmuró:

—Gracias.

Dos días después, Pol se inclinó sobre un mapa extendido sobre la alfombra, trazando desganadamente la ruta que su padre, Chay, Ostvel y Walvis seguían hacia Tiglat, en el norte. Puso cara de tristeza, todavía decepcionado por no haber podido ir con ellos. La razón aducida había sido la proximidad de Tiglat a posibles lugares frecuentados por Mérida, pero Pol sospechaba que todos lo consideraban demasiado joven. Cumpliría quince años antes del final del invierno, pero aún lo consideraban un niño. Era irritante. Pero se le había permitido asistir a las sesiones de planificación, tan fascinado por el debate táctico como por los cambios en personas que conocía desde la infancia. Padre, tía, tío, primo y amigos desaparecieron. Se convirtieron en el Alto Príncipe, una princesa guerrera y el athr'im de Radzyn, Monte Blanco, Cuenco Celestial y Remagev. Incluso su madre se había despojado de su rol de cosoberana, convirtiéndose en nada más que en una Mensajera del Sol para el Alto Príncipe. Por muy esclarecedora que hubiera sido la charla militar, Pol había encontrado aún más instructiva la asunción de roles formales. Tendría que aprender a hacerlo, decidió: a integrar su propia personalidad en las responsabilidades de su cargo.

En cierto modo, la transformación de Tobin había sido la más sorprendente. La tía de Pol, risueña y de voz cálida, había hablado con auténtico entusiasmo sobre las posibilidades de conquistar Cunaxa si ese principado cometía la insensatez de invadir Firon. Líneas de avance, probables bajas, la destrucción de la sede cunaxana de Castillo del Pino, la masacre de todos los Mérida existentes: Tobin conocía a la perfección todas las formas de la guerra. Su alegre crueldad la había divertido al principio, luego lo había asustado al darse cuenta de que hablaba en serio. Pero finalmente le pareció que era su papel perfecto en el debate. Estaba dedicada a promover los intereses del Desierto, aunque sus ideas para ello fueran más que sanguinarias. Representaba el punto de vista de su padre; al príncipe

Zehava nada le había gustado más que una batalla limpia y justa que le proporcionara más tierras, además de gloria. Mientras Pol escuchaba, se hizo evidente que su propio padre estaba rodeado de personas con diferentes puntos de vista que nunca dudaban en expresar sus opiniones. Pol esperaba que, cuando llegara su turno, escuchara el mismo consejo que él le daba libremente. Además, Rohan controlaba por completo el debate, aunque rara vez hablaba y solo para desviar la conversación hacia sus principales preocupaciones. Las decisiones serían solo suyas, y todos lo sabían. Argumentarían sus propios puntos de vista, pero a ninguna de estas poderosas personas se le ocurrió cuestionar la autoridad de Rohan. Pol estaba asombrado por esta silenciosa prueba del poder de su padre.

El reclutamiento de las levas del Desierto y de tropas seleccionadas de Marca del Príncipe había sido deliberadamente informal, con la intención de no alarmar a nadie. Chay lo explicó como un ejercicio para que los soldados de ambos principados se familiarizaran con las técnicas del otro. Propuso que al año siguiente se realizara un ejercicio similar en las montañas para que las tropas acostumbradas al Desierto pudieran experimentar cómo sería otro tipo de guerra. Cuenco Celeste no estaba equipado para albergar una gran afluencia de tropas, por lo que se había establecido un punto de concentración en la antigua guarnición bajo las ruinas del Castillo de Feruche. Pol miró en el mapa cada posición del Desierto y los lugares desde donde serían llamados los soldados de Marca del Príncipe, y silbó en voz baja al ver el total de trescientos soldados de infantería, la mitad de arqueros y doscientos jinetes.

—Suficiente para impresionar, pero no para provocar —había sido la conclusión de Maarken.

Pol podía imaginar el campamento que pronto se levantaría en la llanura rocosa, fuera de las murallas de Tiglath. Tiendas, fogatas, las lanzas y espadas de los soldados de infantería asomando fuera de las tiendas en una formación letal; caballos atados al alcance de sus jinetes; arcos desencordados y flechas cuidadosamente guardadas en carcajes de cuero. Las banderas de batalla de doble cola de todas las posesiones del Desierto estarían presididas por el estandarte azul y blanco de Walvis, con un dragón dorado en la cima del asta que simbolizaba su estatus como comandante del Alto Príncipe en el norte. El violeta de Marca del Príncipe también estaría presente, con el azul del Desierto sobre él. Habría marchas y esgrima, competiciones entre arqueros, jinetes practicando las cargas y maniobras necesarias en la guerra. Todo ello despertaría la imaginación inquieta de un niño, haciéndole desear ir a observar, aunque no pudiera participar como soldado activo.

Pol suspiró. Casi todos habían salido con Walvis y los reclutas de Cuenco Celestial. Rohan y Chay regresarían en unos diez días después de mostrar su apoyo a Walvis y reunirse con algunos habitantes de Marca del Príncipe. Ostvel se ausentaría más tiempo para visitar a Lord Abidias de Tuath, y luego volvería por Tiglath para informar a Rohan del campamento en Cuenco Celestial. Solo una fracción de las tropas disponibles del Desierto y Marca del Príncipe saldría al campo de maniobras, pero Pol ansiaba desesperadamente echar un vistazo a lo que estaba sucediendo.

Una parte rebelde de él le decía que si quería mirar, podía. Era un Mensajero del Sol; aún no había recibido entrenamiento, por supuesto, pero sabía que podía sortear la luz si se lo proponía, deslizarse por sus senderos hasta Tiglath. Y, ay, cuánto lo deseaba, pero no se permitió pensar demasiado en ello. Tenía responsabilidades. No podía hacerlo. Aunque quería.

Su dedo dibujó pequeños círculos en el mapa mientras se juraba que, de mayor, nadie podría obligarlo a quedarse quieto cuando quisiera estar en otro lugar. Al menos, si se le negaba la diversión y la emoción del campamento de verano, estaría haciendo algo casi

igual de interesante. Su dedo dejó Tiglath y tocó el pequeño símbolo que indicaba la ubicación del Castillo del Peñasco, en lo alto del Veresch, junto al río Faolain.

No había una ruta definida planeada para el avance. Deambularían a su antojo. La única certeza en su itinerario era que la princesa Pandsala los esperaba en el Castillo del Peñasco a tiempo para una larga visita antes de partir hacia Waes y el Rialla. Pol había visto las montañas Veresch desde muy lejos, lejanos picos purpúreos coronados de nieve blanca, un elemento en el que no estaba del todo seguro de creer. La región montañosa de Dorval nunca veía nieve. Casi había decidido que ver maravillas como pinares, lagos, prados, ríos caudalosos y, sobre todo, nieve, era tan bueno como pasar el verano como soldado.

—¡Aquí estás!

Pol levantó la vista. Sionell tenía una habilidad realmente asombrosa para encontrarlo.

—Buenas tardes —saludó cortésmente—. Jahnavi y yo vamos a cabalgar. ¿Quieres venir?

—No, pero gracias por preguntar.

Sionell se encogió de hombros y se sentó en una silla cercana.

—¿Por qué Riyan es Mensajero del Sol si su padre no lo es?

—Por la misma razón que Maarken lo es y su padre no.

—O tú y tu padre —dijo ella, asintiendo—. ¿Siempre viene del lado materno?

—Nadie sabe de dónde viene. —Empezó a enrollar el mapa—. El padre de mi abuela era faradhi, aunque nunca fue entrenado, y su esposa no mostró ningún signo de ello. Uno de sus hijos fue Lady Andrade, quien es más poderosa que nadie, y otro fue mi abuela, la Princesa Milar.

—Y la Princesa Tobin lo es, pero tu padre no. Y sus hijos sí lo son, y no lo son. ¡Es muy confuso! —Sonrió— Aunque tú sí lo eres. ¿Crees que serás tan bueno como tu madre?

—Eso espero.

—Me gustaría ser una Mensajera del Sol y tocar un dragón.

—Ser un Mensajero del Sol no se trata de eso. —Se puso de pie, con el mapa de vuelta en su estuche—. Ser un faradhi es...

—Pero quieres tocar un dragón con la luz del sol, ¿verdad? —le interrumpió.

Pol se apartó de los astutos ojos azules.

—No es asunto tuyo —murmuró.

—Tú también. Me doy cuenta. Sé un montón de cosas sobre ti que no quieres que sepa.

—¿Como por ejemplo? —Se dio la vuelta.

Sionell le dedicó una sonrisa pícara.

—¡No voy a decirte nada!

—¡Más te vale!

Se levantó de un salto de la silla y salió corriendo por la puerta, riendo. Pol dejó caer el mapa y corrió tras ella, alcanzándola en las escaleras. Él intentó agarrarla del codo, pero ella lo esquivó.

—¡Sionell! ¡Dime!

—¡No lo haré, no hasta que prometas venir a cabalgar con nosotros!

—¡Eres la mocosa más insoportable del mundo!

—¡No soy una mocosa!

—Lo eres. Y mira si no me preocupo por cosas que probablemente no sepas, de todas formas. —Se giró para volver a su habitación.

—¡Pol, sí sé algo! ¡Sé que quieres tocar a los dragones para poder hablar con ellos y decirles que pueden volver a Roca Hendida sin peligro!

Se giró y la miró fijamente.

—¿Cómo lo supiste?

—Porque es exactamente lo que yo haría si fuera Mensajera del Sol.

Bajó la vista hacia su carita regordeta, con un atisbo de respeto.

—¿Lo harías? ¿Entiendes a los dragones?

—Mi madre lleva años estudiando dragones. Sabe más de ellos que nadie. Hablamos de dragones todo el tiempo.

—Hay mucho que no sé de ellos. Quizás podrías enseñarme.

Sionell brilló de felicidad por un momento, luego recuperó su orgullo y bajó la mirada hacia sus dedos de los pies, pateando el escalón que tenía encima.

—Quizás podría, si fueras más amable conmigo. A veces eres un fastidio, ¿lo sabes?

—Lo siento. —Intentó pensar en algo más que decir. Ella le ahorró la necesidad sonriéndole tímidamente. Algún día, pensó inesperadamente, incluso podría resultar guapa. Aún más sorprendente, estaba a punto de decírselo cuando las paredes de Cuenco Celestial se estremecieron. —¿Qué demonios es eso? —soltó.

—Escucha.

—¿Están peleando los dragones otra vez?

—¿No oyes la diferencia? —se burló ella.

—No parecen enfadados —se aventuró a decir él.

—Claro que no. Se están apareando.

Sioned y Maarken habían pasado los dos últimos días con Feylin, quien estaba en el largo proceso de diseccionar al dragón. Al principio, el maldito proyecto les puso un poco enfermos a ambos Mensajeros del Sol. La fascinación pronto sustituyó a la aprensión. Y, además, había algo exquisito en el encaje de hueso con hueso, el descubrimiento del funcionamiento de los músculos, las elegantes configuraciones del vuelo, que superaban la tendencia a las náuseas. Feylin sentía un sincero respeto por los dragones y lamentaba haber profanado a este al morir. Pero su curiosidad era más fuerte. Informó de sus hallazgos a dos escribas, cada uno de los cuales confiaba en la memoria de Sioned para que les proporcionara lo que a veces se les escapaba. Maarken realizaba hábilmente dibujos mientras Feylin les dictaba a los escribas. Sus representaciones de la delicada interconexión de músculos y huesos en las alas eran obras de arte. Otros sirvientes estaban ocupados construyendo una pira rocosa para los restos del dragón, que se colocaron allí cuando Feylin terminó de describirlos y Maarken terminó sus dibujos.

—El cerebro es el doble de grande que el nuestro, pero sin tantas curvas ni crestas —informó, sosteniendo la masa de material gris con ambas manos—. También es mucho más grande en la parte posterior, donde se une a la columna vertebral, y no está tan desarrollado en las regiones frontales…

—Espera —protestó Sioned—. ¿Cuándo has visto un cerebro humano?

Feylin se aclaró la garganta con aire de culpabilidad.

—Bueno… mi madre era médica. Le gustaba descubrir cómo funcionaban las cosas.

—¿Pero cómo…?

—Un día encontró a un hombre muerto en las colinas; no había forma de identificarlo, nadie que lo reclamara. Después le dimos una buena quema —terminó a la defensiva.

Maarken levantó la vista de su cuaderno de dibujo con los ojos muy abiertos. Sioned tragó saliva, negó con la cabeza y murmuró:

—Perdón por preguntar. Continúa, Feylin.

Cerebro, ojos, lengua, dientes, estructura nasal: todo fue medido y definido para los escribas y luego colocado ante Maarken para que lo dibujara. Durante los últimos dos días, Feylin había examinado sistemáticamente el enorme cadáver: piernas, estómago, pulmones, alas, cavidad torácica y corazón. Uno de los escribas, que había aguantado una descripción detallada de la última comida del dragón tras explorar el contenido del estómago, finalmente se resistió a un largo discurso sobre los ojos. Tiró el pergamino y la pluma, se tambaleó hacia el lago y vomitó violentamente. Sioned ocupó su lugar, garabateando con todas sus fuerzas, y se dijo a sí misma con firmeza que las Altas Princesas no vomitaban en público.

—Maarken, tienes la cara verde como una embarazada —dijo Feylin de repente.

—Está la sangre, y la sangre —dijo, variando el tono en cada ocasión—. Es diferente a la sangre de batalla.

—¿Descuartizar un dragón para estudiarlo es peor que descuartizar a tus enemigos?

—Es diferente —mantuvo obstinadamente.

—Tiene razón, ¿sabes? —observó Sioned—. ¿Qué te parecería que alguien te cortara en pedazos?

—¡Me importaría mucho si siguiera vivo! Una vez muerto, ¿qué importa? Después de todo, mi cuerpo ya no me sirve, una vez que me haya ido. —Feylin colocó el último trozo de cráneo sobre la manta delante de Maarken, se estiró y se agachó junto a Sioned—. En fin, esta oportunidad era demasiado buena para dejarla pasar.

—Pero parece que... —Terminó con un encogimiento de hombros con impotencia.

—¿De qué otra manera podemos aprender? Mi madre no fue la única médica que investigó cadáveres humanos, ¿sabes? ¿A un cadáver le importan las llamas que encendemos a su alrededor? ¿Le importaría que lo hurgaran?

—De todas formas, no quiero que nadie me haga eso —le dijo Sioned.

—¿Y si aprendemos algo de este dragón que nos ayude a comprender mejor a toda la raza?

—Oh, no discuto contigo, Feylin. Y me ofrecí a ayudar. Pero me temo que no puedo verlo con tanta calma como tú.

—Creo que sé por qué —dijo Maarken—. Esto no es diferente a descuartizar cualquier animal que usamos como alimento. Pero Sioned y yo hemos tocado los colores de los dragones. Las únicas otras criaturas con las que podemos hacerlo son los humanos. Y eso es lo que lo hace diferente.

Al caer la tarde, terminaron, y vertieron frascos de aceite perfumado sobre el cadáver desmembrado. Sioned y Maarken juntos invocaron Fuego para prender los restos, y las llamas desprendieron un olor dulzón y especiado. Los escribas y trabajadores regresaron agradecidos a Cuenco Celestial, dejando a Sioned, Feylin y Maarken para ver cómo ardía el dragón.

Cuando los aullidos de apareamiento hendieron el cielo, los tres dieron un respingo. Feylin, cuyo respeto por los dragones incluía un sano miedo, palideció; Sioned la tomó del brazo para apoyarla.

—Solo se están apareando. Ya lo has oído antes.

—Y me afecta igual cada vez. Es ridículo —dijo nerviosa—. Puedo estudiarlos, contarlos, observarlos... incluso cortar uno en pedazos para saber cómo funciona. Pero hay algo en sus voces que me revuelve el alma. —Dio otro respingo y se estremeció al ver una bandada de dragones de tres años irrumpir sobre el borde sur del cráter—. ¡Dulce Diosa!

La mirada de Sioned se fijó al instante en la pequeña hembra rojiza de alas inferiores doradas, el dragón que había intentado tocar antes. El grupo había vuelto al lago a beber otra copa; ni los gritos de apareamiento ni el cadáver en llamas parecían afectarles en absoluto. No tenían la edad suficiente para comprender o interesarse por los primeros, y en cuanto a los segundos, era casi como si, con su muerte, el dragón progenitor hubiera sido borrado de su memoria. Aunque sabía que estaba siendo fantasiosa al proyectar emociones humanas en los dragones, Sioned todavía lo encontraba increíblemente triste.

La promesa que le había hecho a Rohan cruzó por su mente y miró a Maarken. Él le devolvió la mirada con aire especulativo y asintió. Sioned se aseguró de que Feylin estuviera bien y luego fue con su sobrino.

—Apóyame —fue todo lo que dijo, y al instante sintió la poderosa energía solar de una mente faradhi entrenada y disciplinada. Sus colores, rubí, ámbar y diamante, creaban un potente espectro con los suyos: esmeralda, zafiro, ámbar y ónix, y los distintos patrones se complementaban, dominando el suyo, tal como le había pedido.

Pero el brillo de sus colores no era nada comparado con los torbellinos en los que Sioned se vio repentinamente sumergida con su primer roce tentativo con el dragón. Arcoíris se desbocaron en su mente y se tambaleó por el impacto; cada color se repetía en cientos de matices, cada uno con un sonido, una visión, una impresión, un recuerdo o un instinto; demasiado para que pudiera comprenderlo, y mucho menos asimilarlo en una forma reconocible. La abundancia de colores la dejó atónita; la información que los acompañaba casi le destrozó la mente. Vagamente, a través de la tormenta arcoíris, sintió que el dragón se alejaba de ella. Entonces se desmayó.

—¡Sioned! —Maarken la abrazó para mantenerla erguida, aterrorizado por sus mejillas cenicientas y su cabeza colgando. Su habilidad, bien afinada, mantenía sus colores en un patrón estricto, recuperados y reformados antes de que se desmayara; no había peligro de que se perdiera en la sombra. Pero esta inconsciencia lo ponía nervioso.

Temblando y con el rostro pálido, Feylin lo ayudó a bajarla al suelo.

—Maarken, ¿qué demonios pasó?

—No lo sé. No vi nada ni toqué al dragón; no sé qué vio o sintió. —Le sujetó la cabeza con una mano y le dio una suave palmada en las mejillas con la otra— ¡Sioned!

—No puede ser tan malo, ¿verdad? No gritó como la última vez. El dragón tampoco.

Se desenganchó un odre de agua del cinturón —ese objeto que los habitantes del Desierto nunca olvidaban llevar consigo, estuvieran donde estuvieran— e hizo beber a Sioned. La princesa se atragantó un poco, pero aparte de un trago reflejo, no dio señales de despertar.

Maarken vio una sombra fugaz y levantó la vista. Los demás dragones habían volado, pero la hembra rojiza seguía allí, con las alas inferiores reluciendo mientras volaba en círculos sobre la pira. Gritó, un suave gemido de angustia, y se lanzó hacia abajo para observar más de cerca antes de alzarse para volar en círculos cerrados sobre ellos, gimiendo.

—Está preocupada por Sioned —susurró Feylin—. ¿Es posible?

Sioned se movió por fin, revolviéndose aturdida. Hizo un vago gesto de rechazo con una mano y luego abrió los ojos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Maarken con ansiedad.

—Me duele desde la cabeza hasta los pies. Maarken...

—No lo recuerdas, ¿verdad?

—¿Hay algo que debería recordar? —Frunció el ceño.

—No lo sé. No estaba lo suficientemente cerca como para verlo con mis propios ojos. Pero tocaste a ese dragón, Sioned. Debiste haberlo hecho.

—¿Lo hice? —Se incorporó y se abrazó las rodillas contra el pecho— Recuerdo que quise hacerlo y te pedí que me apoyaras, pero después de eso...

—Creo que será mejor que te llevemos a la fortaleza y a la cama —le dijo Feylin.

Sioned gimió mientras la ayudaban a levantarse.

—¡Diosa! Me siento como si hubiera estado en la Larga Arena durante todo un otoño de tormentas. —Levantó la vista de repente cuando el dragón gritó— ¡Sigue aquí!

Vieron al dragón volar bajo sobre el lago, acercándose lo suficiente como para aproximarse a Sioned y mirarla con sus grandes y hermosos ojos oscuros. Volvió a barritar, una única nota plateada que resonó alrededor del cráter mientras volaba hacia el Desierto. Feylin intercambió una mirada con Maarken y dijo:

—Lo noté en su voz.

—Creo que incluso lo vi en sus ojos —asintió él—. Se alegra de que Sioned esté bien y ahora puede volver con los demás. —Miró a su tía con ojos pensativos—. Pase lo que pase entre ustedes, diría que has hecho un amigo.

Capítulo Once

El año setecientos uno, el año de la Peste, la residencia costera de los señores de Waes se había convertido en un hospital para enfermos. A mediados del verano, se había convertido en un mausoleo. Los muertos insepultos se pudrían en cámaras y pasillos por falta de personas lo suficientemente valientes como para arriesgarse a infectarse entrando en el edificio. Uno de los últimos actos de la vida del anciano Lord Jervis había sido ordenar quemar su palacio, tanto para honrar a los muertos como para evitar que el contagio se extendiera a la ciudad. Murió el mismo día del incendio, y su cadáver fue trasladado desde la casa donde se había refugiado su familia a la elegante y antigua residencia con vistas al mar, para que allí ardiera con su palacio y su gente.

Su viuda había trasladado a la familia superviviente a una casa en la ciudad cuando pasó el peligro. Durante los años transcurridos, Lord Lyell se había hecho cargo de las casas a ambos lados de la primera, derribando muros para conectar habitaciones y jardines, añadiendo nuevos tabiques y extrañas escaleras y rampas inclinadas para conectar los distintos niveles. La residencia se convirtió en una composición habitable, aunque excéntrica, de unas treinta habitaciones en cinco plantas diferentes. No tenía ni la elegancia ni el esplendor del palacio costero, pero su fealdad le confería una clara ventaja en lo que a Lady Kiele concernía. Había más salidas de las que nadie podía recordar, y eso le venía de maravilla.

Salió por una de ellas —una puerta lateral que daba a lo que había sido una cocina, pero que ahora se usaba como almacén— y se arropó con una gruesa capa para protegerse del frío vespertino de la bahía de Brochwell. Nadie la vio mientras se deslizaba por el jardín trasero hacia la puerta que daba a un callejón. Caminó un trecho tras las casas de ricos comerciantes y funcionarios de la corte, luego atravesó un parque y se dirigió rápidamente a la zona portuaria de la ciudad. Su destino era una vivienda común y corriente a mitad de un callejón maloliente. La casa había sido alquilada para ella por su anciana niñera, Afina, y al hombre que le abrió la puerta le habían dicho que la esperara.

—Milady — la saludó con una voz tan áspera como su piel. Hizo una reverencia torpe y la hizo pasar—. Está arriba. No me gusta nada, milady.

Ella se encogió de hombros, apartando la mirada de él, de la habitación miserable y, sobre todo, de la mujer de pelo grasiento que estaba sentada junto a la chimenea contando ostentosamente monedas de oro. Kiele cruzó el suelo mugriento hasta las escaleras. El hombre la acompañó, y el peso combinado de ambos sobre la madera medio podrida provocó crujidos y gemidos que temblaban a lo largo de los escalones. El calor y el humo de la chimenea intensificaban el hedor; se llevó el pañuelo a la nariz, inhalando su intenso perfume.

—Aquí, milady.

Abrió con el hombro una gran puerta. Kiele respiró hondo para calmarse y se arrepintió al percibir el olor a sudor del hombre incluso a través de la seda que le cubría la nariz.

—No sabe que vienes —añadió.

—Bien. Déjanos. Estaré perfectamente a salvo, te lo aseguro. —Su mirada se fijó en la figura alta y delgada que permanecía en las sombras, tras la luz de las velas, de espaldas a la puerta. Las bisagras de hierro oxidado crujieron, y Kiele se quedó encerrada en la habitación, sola con un hombre que podría o no ser su hermano.

—Tiene razón. No sabía que estarías aquí. ¡Pero ya era hora, maldita sea!

Se puso rígida de furia y luego se obligó a reír, apretando el pañuelo en el puño.

—¡Impresionante! Casi el tono de mi padre. Dominas la arrogancia a la perfección. A ver si tienes el físico adecuado. Ven a la luz.

—Nuestro padre —la corrigió, se giró y dio un paso adelante.

El tenue resplandor de la vela sobre la mesa iluminó un rostro de huesos altos y labios sensuales. Sus ojos eran como cristal verde escarchado. Kiele contuvo el aliento y buscó a tientas una silla. Él sonrió sin humor y la dejó encontrar su propio apoyo mientras él daba unos pasos más y se cernía sobre ella. Ella reprimió los recuerdos de infancia de su padre haciendo lo mismo, y el terror que sus ataques de ira siempre le provocaban. Ya no era una niña, era una mujer adulta, y en ella residía el poder del éxito o el fracaso de este hombre.

—¿Qué opinas, querida hermana?

Recuperándose, lo miró con el ceño fruncido y le ordenó:

—Siéntate y escúchame. Puede que seas quien dices ser, y puede que no. Pero, por la Diosa, vas a escuchar lo que te digo y a seguir mis instrucciones. Si, claro está, esperas lograr tu objetivo.

Él rió.

—Tenemos otra cosa en común. —Apartó la segunda silla de la mesa y se sentó, estirando las piernas.

—Siéntate más erguido. Piernas cruzadas, con el tobillo izquierdo sobre la rodilla derecha.

Obedeció, sin dejar de sonreír. Kiele soltó el pañuelo de seda y cruzó las manos sobre la mesa. Un encogimiento de hombros le hizo caer la capa, aliviando un poco el calor opresivo. Observó al joven un rato en silencio, ocultando su creciente excitación. Ahora que se había recuperado del verde gélido de sus ojos, el parecido no era tan sorprendente. Algo en la barbilla no cuadraba, y la boca era demasiado ancha. Había otras discrepancias. Pero la altura era correcta, y la delgadez correspondía con las descripciones de un Roelstra joven.

—Pasarás —dijo secamente—. Con un poco de educación, por supuesto, y con un decolorante para realzar los reflejos rojizos de tu pelo. El de Palila era castaño rojizo. El tuyo es demasiado oscuro.

—Como el de nuestro padre —replicó.

—Un tinte rojizo evoca recuerdos de ella, y ese es el punto clave, estarás de acuerdo. Ahora explícame por qué tardaste tanto en llegar.

—Salí como lo había planeado y a tiempo, siguiendo las instrucciones de una mujer que parece creerse mi tía. —Sonrió—. Es hija de quienes dicen ser mis abuelos, pero el parentesco no es cosa mía. ¿Fue su dinero o el tuyo el que enviaron para persuadirme?

—La desfachatez no te llevará a ninguna parte —espetó—. ¡Dime por qué llegas tarde!

—Me seguían jinetes.

—¿Quiénes?

—No los dejé con vida para que mantuvieran una conversación —replicó—. Me atacaron de noche, cuatro de ellos con cuchillos desenvainados.

—¿Qué aspecto tenían?

—Campesinos. Uno de ellos balbuceó algo sobre alguien que me ayudaría a desafiar al principito. Se hablaba de un poder superior al de los faradh'im. —Se encogió de hombros—. No necesito la ayuda de nadie. Estoy listo para recibir mi herencia.

—¡Deberías haberlos interrogado!

—¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Pedir información mientras me descuartizaban? Los oí acercarse y fingí dormitar junto a mi fuego, y cuando estuvieron lo suficientemente

cerca empecé a matarlos antes de que pudieran matarme. Si eso no te conviene, querida hermana, pues condenadamente mal.

—Deja de llamarme así. Aún no se ha demostrado que eres hijo de mi padre. Y para eso, me necesitas. Lo sabes, o no estarías aquí. ¿Quién te enseñó a hablar correctamente?

—¿Quieres que use mi rústico acento montañés? —se burló— ¿Eso ayudaría a la ilusión? ¡No necesito trucos! Soy el hijo del Alto Príncipe Roelstra y su amante, Lady Palila, nacido hace casi veintiún años a pocos pasos de aquí, en el río Faolain. Quien lo dude…

—No me amenaces, muchacho —le dijo—. No tengo que creer en ti; solo tengo que decidir si te apoyo o no. ¿Hasta dónde crees que llegarías sin el apoyo de una de las hijas de Roelstra? Ahora bien, ¿cómo aprendiste a hablar con amabilidad?

Con aire hosco, respondió:

—Un par de hombres de la Mansión Dasan fueron sirvientes en el Castillo del Peñasco en su juventud. Ellos me enseñaron.

—Bien. Podemos decir que reconocieron tu nobleza y te instruyeron. Podemos trabajar en tu apariencia y en varios gestos que puedo enseñarte. Levántate y da una vuelta por la habitación.

Lo hizo, con los ojos encendidos de resentimiento.

—¿Camino lo suficientemente bien para ti?

Ella ignoró la pregunta, sin querer admitir cuánto la angustiaban sus fuertes movimientos. Había poder en ese cuerpo delgado y robusto, unido a un temperamento que lo haría peligroso si se le ponía en aprietos.

—Apóyate en la pared. Cruza los brazos sobre el pecho... no, más arriba. Bien. Ahora aparta tu cabello de la frente. Usa los dedos como un peine. Así es. ¿Puedes defenderte en una pelea con espadas?

—He recibido entrenamiento. Dasan pertenece a un caballero retirado del servicio, y dice que soy un luchador nato. También soy bueno con los caballos. Y con los cuchillos. Como demostré de camino hacia aquí. —Señaló la daga que llevaba en el cinturón—. No te preocupes por eso.

—Lo que me preocupa es tu arrogancia y tu ira. Tendrás que controlarlas si quieres que esto funcione. No puedes irrumpir en la conferencia de príncipes y exigir tus derechos. Deja que mi esposo se encargue de eso, y mantén la boca cerrada, salvo para decir lo que te digamos. ¡Oh, deja de mirarme con enojo, Masul! No solo tienes que demostrar tu derecho a Marca del Principe, sino también que serás un príncipe con el que los demás puedan trabajar. ¡Ya estaban hartos de las costumbres de mi padre antes de morir, te lo aseguro!

Era, obviamente, un concepto nuevo. Se hundió en su silla y dejó escapar un largo suspiro.

—Muy bien. Pero primero tienes que entender algo. Toda mi vida he estado atrapado en esa ruina mansión en el fondo de la nada. Todos me miran de reojo, susurrando que no puedo ser el supuesto hijo de mi padre, no con mi altura y mi color de piel, y sobre todo con mis ojos. —Se levantó y empezó a caminar de un lado a otro. Kiele controló su expresión para que se mantuviera fría. Su padre había acechado de esa manera. Pero, aún más que sus recuerdos, la fuerza apenas contenida de Masul la impresionó de nuevo como un golpe físico. Su paso hacía parpadear la llama de la vela a su paso, la luz proyectando extrañas sombras en su rostro.

—Los rumores empezaron cuando tenía unos quince años. ¿Podría ser? ¿Y si lo es? Seguro que no lo es. Recuerda al viejo príncipe, lo que realmente sucedió esa noche...

—Eso es algo que muy poca gente supo —interrumpió Kiele—. Palila, Roelstra, Ianthe, Pandsala, Andrade. De esos cinco, los tres primeros están muertos.

—Y los dos supervivientes no me recibirán con los brazos abiertos —añadió.

—Pandsala no renunciará a su poder sin una lucha terrible —coincidió ella—. Arrojará su propio honor por la borda antes de cometer el más mínimo desliz que pueda demostrar que eres hijo de Roelstra. En cuanto a Andrade, está unida por la sangre al Desierto y odiaba a Roelstra con una pasión que rozaba la obsesión. No creo que mienta, sea cual sea la necesidad, pero es tan lista como un mercader de seda y no dirá nada de la verdad que pueda respaldar tu afirmación.

—Depende de mí, entonces. Tengo que parecerme lo suficiente a él y a Palila, decir lo que tú y Lyell me digan, y comportarme como si fuera un príncipe bueno y dócil una vez instalado en el Castillo del Peñasco. —Volvió a sonreír, como un lobo.

Ella había pensado en ofrecérselo ella misma, pero parecía que él tenía sus propias ideas. Eso ayudaría a convencer a los demás, por supuesto, pero sospechaba que su gratitud por su ayuda solo duraría lo que le llevara entrar en el Castillo del Peñasco.

—Estoy listo para que me eduquen, querida hermana —dijo, y volvió a sentarse.

Ella lo miró fijamente un buen rato por encima de la llama de la vela.

—Masul, ¿alguna vez te has dejado barba?

—No.

—Hazlo, tienes tres razones. Primero, muchos hombres de pelo oscuro tienen barbas rojizas, y sería de gran ayuda que fuera tu caso. Segundo, tenemos que ocultarte hasta el Rialla, y una barba te haría parecer mayor.

—¿Y tercero?

Ella rió, complacida con su inspiración.

—¡Imagínatelo! Apareces por primera vez en el Rialla, con barba. Solo verán tus ojos. Son muy parecidos a los de mi padre, ¿sabes? Esa noche te afeitaremos la barba, y como ya están acostumbrados a ver a Roelstra en tu rostro, ¡les parecerá aún mayor el parecido!

Masul pareció sorprendido por un momento, luego rió a carcajadas.

—Padre de las Tormentas! ¡Genial, hermana, genial!

—Aún no he decidido que soy tu hermana —le recordó. Las palabras surtieron el efecto deseado; él pareció un asesino, luego se resintió, y finalmente pareció decidido a convencerla.

Se levantó, satisfecha. Se esforzaría más en sus lecciones para demostrar su identidad, y su eventual aquiescencia le resultaría aún más dulce por haberla conseguido con tanto esfuerzo. Esto le daría más confianza en su capacidad para convencer a los demás. No es que necesitara mucha más confianza, reflexionó mientras se arregló la capa. Aun así, había establecido los principios de su dominio sobre él con sus dudas y sus instrucciones. Él estaría dispuesto a hacer lo que le dijera.

—¿Es aquí donde me tendrás hasta el Rialla? —preguntó Masul.

Sonrió, complacida por la frase que confirmaba su dominio.

—No estará tan mal después de que la limpien. Pero cuando la ciudad empiece a llenarse más tarde en el verano, haré que te muden a una pequeña mansión que tenemos afuera de las puertas.

—¿El lugar donde conoces a tus amantes? —sugirió.

Ella retiró la mano para abofetearlo, pero él la agarró de la muñeca, riendo.

—¡Cómo te atreves! —espetó—. ¡Suéltame!

—Una mujer tan hermosa como tú debe tener muchos amantes; así son las cosas entre ustedes, los nobles, ¡y especialmente entre los hijos de Roelstra! ¿Cuántos tuvo Ianthe antes de morir? ¡Debo decir que es una pena que seas mi hermana, querida hermana!

Se apartó de él.

—¡No vuelvas a tocarme nunca más!

Su sonrisa la enfureció, al igual que su burlona parodia de reverencia. Abrió la puerta de un tirón y la cerró de golpe, bajando las escaleras corriendo. Deteniéndose solo para ordenar que limpiaran la casa a fondo antes de su próxima visita —y lanzándole otra bolsa de oro a la mujer para pagarla—, dejó el sofocante lugar para salir al fresco aire nocturno del exterior. Le golpeó las mejillas ardientes como una tormenta de hielo.

Mientras caminaba, se calmó un poco y se dio cuenta de que parte de su ira era en realidad conmoción. Su sugerencia sobre sus amantes y su insinuación de que no le importaría ser uno era una desfachatez de la peor calaña: tenía la mitad de su edad y, además, posiblemente era su hermano. Sin embargo, algo más profundo la perturbaba; había visto lujuria en los ojos de los hombres antes, pero reconocerla en la mirada verde de Masul le traía recuerdos a raudales. Roelstra había mirado a Palila de esa manera, y a muchas otras mujeres hermosas. Con audacia, especulación, arrogancia, con la seguridad de que con solo una seña estarían en su cama al instante. No porque fuera el Alto Príncipe, sino porque era un hombre que disfrutaba del cuerpo femenino. Más que cualquier otra cosa que hubiera visto u oído esa noche, la mirada en los ojos de Masul empezó a convencerla de que, en efecto, podría ser el hijo de Roelstra.

Kiele se detuvo unos instantes en la fresca oscuridad de su jardín, mirando hacia las ventanas donde las luces brillaban azules, rojas o verdes tras finas cortinas. Las sombras se movieron tras algunos, y de repente, la luz blanca y dorada de una vela se proyectó desde una ventana del cuarto piso al tiempo que se apartaba la seda. Kiele se quedó paralizada y corrió a refugiarse bajo un árbol. Jadeó en busca de aire e intentó calmar su corazón acelerado. ¿Por qué no dar un paseo por sus propios jardines si así lo deseaba? Aun así, se quedó donde estaba hasta que la luz volvió a quedar cubierta por cortinas verdes. Cuando pudo respirar con normalidad, regresó a la casa.

Al llegar a la parte principal del edificio, encontró a los sirvientes alborotados. Dejó caer su capa sobre la alfombra para que uno de ellos la recogiera, mirándose rápidamente en un espejo para asegurarse de que su cabello y vestido estuvieran arreglados antes de exigir saber la causa del alboroto.

—La princesa Chiana, mi señora, acaba de llegar, y...

—¿Princesa? ¿Quién te dijo que la llamaras así? —espetó Kiele— No importa, ya sé quién lo hizo. ¡Maldita sea su insolencia! Es Lady Chiana en mi casa, ¡y cualquiera que le otorgue títulos reales, tanto en mi presencia como fuera de ella, será despedido en el acto! ¿Dónde está?

—Con su señoría, mi señora, en la Tercera Sala.

Kiele se dirigió al salón principal, furiosa de nuevo al ver el equipaje de Chiana esparcido por el suelo. Ordenó que lo guardaran en las habitaciones preparadas para ella y se dijo a sí misma que pronto se vengaría de la pequeña zorra. Por ahora, tendría que ser pura miel y seda. Se alisó el rostro en consecuencia y esbozó una sonrisa al recordar la frenética humillación de Chiana en el Rialla.

La Tercera Sala estaba reservada para recibir a los invitados más importantes, siendo la más grande y mejor amueblada. Las diferencias entre las casas que componían la residencia obligaban a colocar pequeñas escaleras aquí y allá, y los escalones que conducían a la cámara eran perfectos para la entrada. Kiele siempre disfrutaba de la oportunidad que esos cinco pasos le brindaban para detenerse, observar y atraer todas las miradas. Pero esa noche no se molestó en entrar como siempre en la habitación donde Chiana y Lyell estaban sentados frente a humeantes tazas de té.

Lyell se levantó; Chiana no. Kiele ocultó su irritación porque su hermana no le había mostrado el respeto de siempre. Sonrió dulcemente, se sirvió algo de beber y se dejó caer en una silla cerca de la de Chiana.

—¡Qué llegada tan precipitada, querida! Pero muy bienvenida. ¿Fue problemático el viaje?

Las dos mujeres intercambiaron palabras corteses por unos instantes, y Kiele recuperó el buen humor al imaginar la reacción de Chiana ante Masul. Tener a ambos bajo su mirada le proporcionaría un excelente entretenimiento privado durante el largo verano que se avecinaba.

Chiana era, sin duda, la hija de Roelstra y Palila. Poseía los mejores rasgos de ambos, lo que creaba una belleza que, a sus casi veintiún años, cumplía con creces la promesa de su juventud. Su abundante y espeso cabello castaño rojizo se rizaba seductoramente alrededor de unos ojos color avellana con pestañas sorprendentemente largas; no era tan alta como sus padres, pero su figura estaba perfectamente proporcionada y se veía realzada por el ajustado corpiño y la cintura de su vestido. Kiele notó que a Lyell le costaba apartar la mirada de las curvas definidas por ese corpiño. Tomó nota mental de seducirlo esa noche. No estaba del todo preparada para que se alejara de su cama, y mucho menos para que entrara en la de Chiana.

Como era natural, la conversación giró hacia sus hermanos.

—Naydra está regordeta y satisfecha consigo misma —dijo Chiana con desdén—, aunque no ha podido darle un hijo a Narat. Hace tiempo que no sé nada de las demás. ¿Tienes noticias de ellas?

Kiele repasó la lista automáticamente.

—Pandsala se sienta en el Castillo del Peñasco, como siempre, siendo sabia y generosa. Moria se sienta en la casa que el príncipe Rohan le regaló como dote, viendo caer las piñas, por lo que sé. Cómo puede soportar el Veresch todo el año escapa a mi comprensión. Moswen está visitando al príncipe Clutha; creo que espera atrapar a Halian.

Chiana rió entre dientes.

—¿Ese chorro de agua alto y delgado con la señora y las hijas? ¿Para qué lo querría?

—Su herencia, por supuesto —dijo Lyell—. Nunca conocí a ninguna hija de Roelstra que no fuera ambiciosa. —Lo dijo con cariño, con una mirada orgullosa a su esposa.

—Práctico, mi amor —corrigió ella—. Y con ganas de sobrevivir. —Su mirada era igualmente amorosa, pero en su interior lo maldecía por su inusual perspicacia. Si, en cambio, él comprendía y se complacía con su ambición, sería mucho más fácil guiarlo en el asunto de Masul—. ¿Dónde estaba? Ah, sí. Dicen que la muerte de Rabia ha dejado a Patwin desconsolado. Pero probablemente este año encuentre a una chica encantadora y se case de nuevo. Danladi está en la corte syrena con la princesa Gemma. Y esa es la lista, Chiana, excepto tú y yo. —Esbozó su sonrisa más encantadora—. Me alegra mucho que hayas venido a ayudarme con el Rialla este año. Clutha es muy exigente; cada uno tiene que ser más grandioso que el anterior, ¡y se me han acabado las ideas!

—Me alegra mucho poder ayudarte, Kiele. ¡Será muy divertido! Pero dime, ¿qué has oído sobre esa persona que dice ser nuestro hermano?

Sin estar preparada para la pregunta, Kiele esperó que su repentina confusión se interpretara como una incapacidad para expresar su indignación ante una afirmación tan presuntuosa. Lyell llenó el vacío, y por una de las pocas veces en su matrimonio, Kiele agradeció a la Diosa la existencia de su esposo.

—Es molesto, por supuesto —dijo—. Pero no es asunto nuestro.

—Dicen que aparecerá en el Rialla para reclamar Marca del Príncipe. ¿Podría hacerlo, Lyell?

Le dio una palmadita en el brazo.

—No te preocupes por eso.

Pero Chiana sí lo haría, y Kiele lo sabía. Sonrió.

El príncipe Clutha había pasado su juventud y mediana edad preocupándose por si su amado Prado del Señor sería o no el campo de batalla del Desierto y Marca del Príncipe. Las montañas separaban los dos principados a lo largo de su frontera mutua, pero las amplias y suavemente onduladas tierras de Clutha se encontraban justo en el medio entre ambos; Su padre y su abuelo habían visto ejércitos en guerra arrasar los trigales, dejando tras sí cosechas quemadas y aldeas destruidas. A Clutha nunca le importó mucho quién saliera victorioso, siempre y cuando la lucha no se librara en su territorio. Había trabajado con ahínco durante años para evitar que Roelstra y Zehava, primero, y Roelstra y Rohan, luego, llegaran a las manos. Pero durante los catorce años del reinado de Rohan como Príncipe Supremo y la unión de las dos tierras, sus preocupaciones al respecto se habían desvanecido.

Ya no le preocupaba la seguridad exterior de su principado; ahora se concentraba en su seguridad interior. De todos sus athr'im, ninguno tenía tanto potencial de poder y descontrol como Lyell de Waes. No es que el hombre fuera particularmente inteligente, ni capaz por sí solo de hacer algo más que gobernar su ciudad con competencia; era Kiele, la hija de Roelstra, quien preocupaba a Clutha. Lyell estaba ligado al Desierto por el matrimonio de su hermana con Lord Eltanin de Tiglath. Ella y su hijo mayor habían muerto de peste, pero el menor, Tallain, sobrevivió como heredero. Clutha había apoyado la boda de Lyell con la hija de Roelstra porque equilibraría a la perfección el compromiso con el Desierto. No había contado con que el joven señor abandonara el Desierto para unirse de lleno a Roelstra en su guerra contra Rohan. Desde entonces, Clutha había vigilado de cerca a los gobernantes de Waes.

Así fue como dejó atrás a su escudero tras su visita aquella primavera. El joven no era un huésped bienvenido en la residencia, pero ni Kiele ni Lyell pudieron negarse cuando su príncipe les ofreció sus servicios. Clutha regresó a su hogar en Fuerte Cenagoso satisfecho, pues este escudero era más que un simple escudero.

Riyan era el único hijo de Lord Ostvel de Cuenco Celestial y un Mensajero del Sol. A los doce años había ido a Fuerte Cenagoso para entrenarse como caballero, permaneciendo allí dos años antes de viajar a la Fortaleza de la Diosa para aprender las artes faradhi. El verano anterior, a los diecinueve, Riyan había regresado a Prado del Señor para prepararse para su nombramiento como caballero ese año en Rialla; aunque había sido, de hecho, el escudero de Lord Urival en la Fortaleza de la Diosa, solo un caballero podía hacer otro caballero, y Urival no lo era. Así que Clutha sería quien le otorgaría el galardón y una nueva espada, momento en el que regresaría con Lady Andrade para continuar su educación como Mensajero del Sol.

Era un plan diferente del que le había valido a Lord Maarken su título de caballero y sus anillos. Entrenar a jóvenes señores que también fueran faradh'im era una propuesta nueva, y Andrade, francamente, estaba experimentando para encontrar la mejor manera de lograrlo. Pronto se decidiría cómo se entrenaría al Príncipe Pol. ¿Continuaría en Perla Gris con Lleyn y Chadric, o reduciría su aspiración a la caballería, como había hecho Riyan, para recibir una educación faradhi más temprana que la que había recibido Maarken? Aún estaba por decidir.

Riyan sabía muy bien que era un experimento, y no le importaba en absoluto. Disfrutaba por igual de ambos aspectos de su entrenamiento y esperaba ser el Señor Mensajero del Sol de Cuenco Celestial sin el menor reparo. Las dificultades que preocupaban a Maarken eran cosas que Riyan ignoraba. Comprendía el problema del anciano señor, pero no lo compartía. En primer lugar, el poder que tendría como athri de Cuenco Celestial sería mucho menor que el de Maarken como Señor de Radzyn. Es cierto que tendría jurisdicción sobre las cuevas de oro, pero otros se encargarían de la política del Desierto y Marca del Príncipe. También se sentía más tranquilo con su estatus de faradhi que con el de Maarken. Ostvel nunca expresó reservas al respecto, como a veces lo hacía Lord Chaynal. Riyan no culpaba a Chay; quienes nunca habían vivido entre los Mensajeros del Sol solían mirarlos con recelo. Pero su propio padre había pasado su infancia y juventud en la Fortaleza de la Diosa; Ostvel comprendía los faradh'im. La orientación de Riyan era servir a su príncipe, no gobernar por su cuenta. Maarken tendría que presidir las vastas posesiones independientes de Radzyn, ayudar a Pol a gobernar, decidir grandes cuestiones de estado y liderar ejércitos si era necesario. Nada de eso estaba en el futuro de Riyan. Su madre, Camigwen, había sido castellana de Stronghold, pero también había sido la mejor amiga de Sioned, hermana más que sirvienta. Ostvel poseía Cuenco Celestial para Rohan, no para sí mismo. Rohan había intentado darle el mismo acuerdo que tenía con el más poderoso de sus vasallos: la propiedad absoluta de la tierra. Pero Ostvel se había negado. Cuenco Celestial pertenecía a Rohan. Ostvel la supervisó y sirvió a su príncipe con fervor y fidelidad. Cuando le llegara el turno, Riyan haría lo mismo, tanto como athri como Mensajero del Sol.

Sin embargo, esos asuntos de peso no ocupaban su mente mientras holgazaneaba en su habitación de la residencia de Waes esa noche. Pensaba, prosaico, en las posibilidades de conocer mejor a la hija de cierto comerciante. La muchacha y su padre habían sido su acompañante en Waes durante sus primeros días allí, mientras conocía la ciudad portuaria. Jayachin poseía cabello negro azulado, ojos tan azules que casi parecían morados y una piel como la luz de la luna. Riyan sentía un profundo aprecio por el sexo opuesto, especialmente por aquellos que se reían de sus chistes y se resistían a sus insinuaciones hasta cierto punto. Su padre se había asegurado de que aún no hubiera llegado ni de lejos a ese punto, pero Riyan era consciente de que el comerciante no era insensible al honor de que su hija fuera cortejada por el heredero de Cuenco Celestial, amigo del mismísimo Príncipe Pol.

Riyan tenía la intención de preguntarle a Jayachin mañana si le gustaría cabalgar con él a pasar un día en el campo. El clima de los últimos días había sido fresco, con un fuerte viento de la bahía que azotaba las nuevas flores del jardín, para desesperación de los jardineros. Pero mañana podría ser más apacible. Se levantó de la cama y se acercó a las ventanas, apartando las cortinas de seda verde para mirar el cielo.

Reconocer la figura envuelta en la capa que se alzaba fue fácil; Kiele siempre llevaba un gran anillo de oro con diamantes engastados en la mano derecha, y captaba incluso la luz más tenue. Riyan arqueó las cejas al deslizarse a la sombra de un árbol. ¿Por qué esconderse?, pensó. Se encogió de hombros, dejó caer la cortina y volvió a la cama.

Extendiéndose sobre la colcha, intentó pensar en Jayachin. Pero la imagen de Kiele esa noche, sumada a sus observaciones desde la partida de Clutha, no encajaba con ningún patrón. El volumen de cartas privadas de Kiele, algunas dirigidas a su hermanastra Moswen en Fuerte Cenagoso, otras a una mujer en Einar, le resultaba interesante. A veces desaparecía todo el día en la ciudad, diciendo después que había ido de compras, pero nunca volvía a casa con ningún paquete. Una o dos veces la había seguido por pura

curiosidad y había descubierto que era extraordinariamente hábil para escabullirse por callejones, donde la perdía. Y, lo más desconcertante de todo, había invitado a Chiana a pasar el verano en Waes.

Todos sabían cuánto odiaba Kiele a su hermana menor. La llegada de Chiana esa noche había sido la señal para que Riyan subiera las escaleras. Sabía que debería haberse quedado a ver a Kiele con ella, pero Chiana le rechinó los dientes. Era hermosa, sin duda, y suponía que podía ser encantadora cuando le convenía. Pero verla despreocupada por Lyell había sido demasiado repugnante para el gusto de Riyan esa noche.

Finalmente, admitió que el paseo nocturno de Kiele por los jardines lo desconcertó lo suficiente como para ponerse las botas y bajar las escaleras. Había aprendido más o menos el peculiar plano de la residencia, y solo se equivocaba de pasillo una vez de cada cinco. Esa noche acertó y se escabulló en la oscuridad.

Se dirigió al lugar donde ella había estado y luego desanduvo los pasos que debía de haber dado. Los jardineros estaban reponiendo la grava blanca de todos los senderos; Riyan tenía suerte, pues esa tarde habían rastrillado la tierra desnuda. Invocó un dedo de Fuego para iluminarse y seguir sus pasos. Conducían directamente a la puerta trasera. Arqueó las cejas de nuevo al oír eso; así que no era un paseo vespertino por los jardines lo que había estado haciendo, sino un regreso de otra parte de la ciudad. La puerta no estaba del todo cerrada. La abrió, haciendo una mueca al oír el suave chirrido de las bisagras, y se quedó en el callejón unos instantes, preguntándose por dónde habría entrado y salido. Quizás Andrade debería saberlo. Riyan hizo una pausa, alzando la vista hacia las lunas que el viento arrastraba por el cielo. Apretó ambas manos con suavidad, sintiendo los cuatro anillos que lo identificaban como aprendiz de Mensajero del Sol. Podía hacerlo solo, aunque su técnica a veces dejaba algo que desear. Pero ahora eran lunas sobre él, no la luz fuerte y constante del sol. El principio era el mismo; se preguntó si se atrevería, y sonrió.

Cerró los ojos para sentir mejor las delicadas hebras de luz lunar en sus pensamientos. Con su mente las entrelazó, las probó, y se sintió complacido por su natural flexibilidad y fuerza. Era más sencillo de lo que le habían hecho creer.

Entrelazó sus propios colores de granate, perla y cornalina en la luz de la luna trenzada. Adquirieron un nuevo brillo, refulgiendo sutilmente al proyectar el tejido sobre la tierra oscura y el agua estrellada. Siguiendo el sendero resplandeciente, contuvo el aliento ante la belleza que se extendía bajo él y casi olvidó detenerse en la Fortaleza de la Diosa. Alguien a quien no conocía estaba de guardia esa noche en la hermosa cámara de tres paredes de cristal donde siempre se sentaba al menos un Mensajero del Sol, esperando cualquier mensaje que pudiera llegar a la luz. Las ventanas se mantenían abiertas excepto cuando llovía, cuando la nubosidad impedía la comunicación faradhi. Riyan prácticamente bailó a través de una de las ventana y rozó los colores desconocidos del Mensajero del Sol.

¡Bendición de la Diosa!, saludó alegremente. *Riyan de Cuenco Celestial, con palabras para Lady Andrade.*

El sobresalto de la persona fue casi gracioso. Tras un saludo apresurado, respondió con una disculpa y la promesa de ir a buscar a la Dama. Riyan se quedó en la habitación, esperando, imaginando qué estaría pasando. El Mensajero del Sol de guardia estaría gritando por toda la fortaleza; Andrade exigiría saber qué demonios estaba pasando. Le llevaría un tiempo subir las escaleras desde sus aposentos hasta la sala de cristal...

En mucho menos tiempo del que imaginaba, una poderosa presencia en la luz de la luna capturó su tejido y lo tejió con auténticas cuerdas hechas de luz de luna.

¿Qué crees que tramas, joven idiota?

Lo siento, mi Señora, pero pensé...

¡Te equivocaste! ¿No sientes que las hebras son demasiado frágiles para llevarte de vuelta sano y salvo a Waes? ¿Y qué haces en Waes? ¿Por qué no me informaron?

El príncipe Clutha me dejó aquí para vigilar a Lady Kiele y Lord Lyell. Y ha habido mucho que observar. Chiana está aquí, para empezar.

Los brillantes colores de Andrade brillaron dolorosamente y Riyan hizo una mueca. *De acuerdo, cuéntamelo todo.*

Así lo hizo, percibiendo su asombro y sus sospechas. Cuando terminó, oyó algo parecido a una inhalación sibilante y se preguntó si solo su experiencia pasada con ella le había hecho imaginarlo.

Hiciste bien en contármelo, admitió. Sigue vigilando a Kiele cuando puedas, y también a Chiana. ¡Pero por la Diosa, la próxima vez esperarás a que salga el sol o te despellejaré viva y clavaré tu piel en la pared del refectorio como advertencia para todos los demás jóvenes insensatos que creen saberlo todo!

Sí, mi Señora, respondió dócilmente.

¿Me entiendes, Riyan? Si hubieras intentado regresar, la luz de la luna se habría deshecho como una manta podrida, y te habrías perdido en la sombra. ¡Esos cuatro anillos tuyos no te permiten intentar cabalgar la luz de la luna! Ahora, volvamos al punto de partida, ¿de acuerdo?

La luz de la luna era como un gigantesco rollo de seda lanzado desde la Fortaleza de la Diosa hasta Waes. Se deslizó por él atropelladamente, sin aliento por la velocidad y el torbellino de colores que lo rodeaba. De vuelta en el callejón, fuera del jardín, observó con su mente cómo Andrade lo desenredaba sin esfuerzo del tejido y desaparecía de nuevo en su sedosa luz de luna.

Le llevó unos instantes recuperarse. Pero enseguida se prometió a sí mismo que no volvería a intentarlo hasta que recibiera las instrucciones adecuadas. Las lunas podían estar más cerca que el sol, pero la luz que emitían era más tenue, más delicada. No quería pensar en lo que podría haber sucedido si hubiera intentado regresar por su cuenta.

Andrade no había salido de sus aposentos, simplemente había hecho uso de la luz de la luna que se filtraba por sus ventanas. Al regresar, miró a Urival y Andry, quienes se habían reunido con ella después de la cena para hablar de nuevo sobre los pergaminos.

—Parece que están sucediendo cosas interesantes —dijo, y les contó la esencia de su conversación con Riyan.

—*Interesante* es la palabra correcta por ahora —asintió Urival—. Solo espero que estas cosas no se vuelvan *fascinantes*.

—O peor —murmuró Andry.

Andrade hizo una mueca de agradecimiento por sus comentarios.

—Bueno, no quiero darle demasiadas preocupaciones a Riyan. Enviaré a alguien más a Waes.

—¿Quién? —preguntó Andry con entusiasmo.

—No te preocupes. —Ella lo miró con severidad—. ¡Eres otro igual que él, queriendo saberlo todo, creyendo que lo sabes todo a tu edad! ¡Cuatro o cinco anillos, y crees entender el universo! ¡Bah!

Andry se puso rígido y luego bajó la cabeza.

—Sí, mi Señora.

—Ya he tenido suficiente por esta noche. Déjame.

Cuando se fue, Urival guardó los pergaminos en sus estuches y se dirigió a la puerta, donde se detuvo y dijo:

—Entiendo que necesite una reprimenda de vez en cuando. Pero no demasiado, o se enojará contigo y se volverá ingobernable.

—¿Crees que ya es gobernable? ¿Lo oíste darnos un sermón esta noche sobre los pergaminos, Lady Merisel y la historia de los Mensajeros del Sol que es el primero en conocer en cientos de años? Si no tuviera un talento tan extraordinario para traducir, se los quitaría y dejaría que lo hiciera otro. Pero tiene una mente ágil y ganas de aprender.

—Tan ávida de mente como siempre lo fue Sioned, pero sin su humildad.

—¿Cuándo fue humilde esa chica? ¡Ella y Rohan me han desafiado desde el día de su boda! ¡Hace años que no usa sus anillos faradhi! Solo esa maldita esmeralda enorme. ¿Humilde? —Rió con amargura.

—Estás de muy mal humor esta noche.

—Lo sé. —Hizo un gesto de disculpa con una mano; los anillos y el brazalete brillaban a la luz del fuego—. Lo que Sioned tiene es un sano temor al poder que el conocimiento le puede dar. Andry no le teme a nada. Excepto, por ahora, a mí. Pero no por mucho más tiempo.

—Andrade... es como ella; puede dejarse llevar por el amor, pero no por el miedo.

—No le he dado ningún motivo para amarme. Nunca quise hacerlo, no con ninguno de ellos. No quiero que me adoren. No es necesario.

—Si quieres que luchen y trabajen por ti…

—¡Vete, Urival!

—Como desees, mi Señora —dijo con voz cargada de desaprobación.

Andrade oyó cerrarse la puerta y resistió el impulso de tirar algo. Era demasiado mayor para estas tonterías, demasiado mayor para estar haciendo malabarismos con las acciones, los motivos y los sentimientos de tanta gente. En su juventud había disfrutado del poder; en la mediana edad lo había ejercido con consumada habilidad. Pero ahora estaba cansada. Cansada de la responsabilidad, de las intrigas y de vigilar a todos para asegurarse de que se mantuvieran a raya.

Pero más que su cansancio, estaba asustada. Andry no se mantendría a raya. Haría con los pergaminos lo que a ella le daba miedo: usarlos.

Capítulo Doce

Era prácticamente imposible para el Alto Príncipe viajar de incógnito, pero Rohan lo intentó con ahínco durante su viaje a través de Marca del Príncipe. Ningún estandarte de dragón anunciaba la identidad de los ocho jinetes; ninguna insignia real aparecía en las túnicas de los guardias, que eran sencillas e inigualables; ningún arreo caro adornaba los caballos; y ningún granjero o posadero con el que se alojaban se iba sin pagar, aunque todo príncipe tenía derecho a exigir comida y alojamiento gratis al viajar por su reino.

Pero aunque Rohan no anunciaba su presencia, tampoco negaba su identidad cuando la gente se dirigía a él con títulos reales. Las noticias de sus viajes parecían difundirse con mayor rapidez que los mensajes faradhi en la luz del sol; Andrade envidiaría la silenciosa eficiencia de esta gente. Por su parte, apreciaba su falta general de ceremonia. Odiaba el alboroto, desconfiando casi desde la cuna de quienes armaban un gran espectáculo en su presencia, pues el espectáculo solía estar diseñado para ocultar lo que la gente no quería ver. Esta gente, sin embargo, fue informal y cordial en su bienvenida, sin nada que ocultar a su príncipe. Rohan interpretó esto como un tributo a su buen juicio y el buen gobierno de Pandsala en nombre de Pol. Si hubiera sido una mala gobernante, habrían odiado todo lo relacionado con él, intentando disimularlo con una falsa alegría.

El alojamiento variaba. Algunas noches se alojaban en pulcras habitaciones de una posada; ocasionalmente desenrollaban mantas en un granero; con frecuencia, pasaban la noche al raso bajo las estrellas cuando la tarde los encontraba aún en camino. La comida variaba desde aperitivos de taberna hasta guisos de granja, pasando por sus provisiones y lo que les proporcionara una cacería de medio día.

Cabalgaban donde la curiosidad los llevara, investigando los lugares emblemáticos locales, adentrándose en valles remotos, desviándose de su camino para visitar los lugares famosos recomendados por sus anfitriones. Había carreras improvisadas por prados floridos y excursiones a las colinas para bañarse en cascadas de agua helada. Todas estas excursiones eran vigiladas por cuatro guardias que, a la vez que participaban en el espíritu de la diversión, permanecían en constante alerta. Los cuatro estaban al mando de Maeta, cuya presencia no había sido planeada. Simplemente apareció al tercer día de marcha, con la misma naturalidad con la que se habría encontrado accidentalmente durante una tarde de paseo. Su explicación de que siempre había querido ver los paisajes no engañó a nadie; todos sabían que su formidable madre lo había enviado como guardia extra para Pol. Rohan no envió a Maeta de vuelta a Stronghold, pues ni siquiera él se sentía capaz de enfrentarse a la ira de Myrdal; la anciana probablemente era pariente de Pol, pero sin duda era la única abuela que conocería, y Rohan respetaba esa relación especial casi tanto como el temperamento de Myrdal.

Además, le convenía añadir a Maeta al grupo.

Pol ya había demostrado tener talento para emprender la marcha por su cuenta. La yegua que Chay le había prestado, un rayo compacto en cuatro patas y un par de ojos inquietos, disfrutaba de un galope salvaje. Pol defendió sus escapadas con el inocente recordatorio de que había prometido mantener la yegua en buen estado para venderla en el Rialla. Las amenazas no sirvieron de nada; ni siquiera la promesa privada de que Rohan le imprimiría la palma de la mano en el trasero lo impresionó demasiado. Pero su primer intento de escapar tras la llegada de Maeta le valió una tarde cabalgando con las riendas detrás de su caballo. Rohan aprobó de corazón la derrota de su hijo, aunque se preguntaba con tristeza si realmente era un fracaso tan rotundo como disciplinario.

Maarken también agradeció la presencia de Maeta. Hablaron de tácticas y estrategias la mayor parte del día y la mitad de la noche. Había participado en la mayoría de las batallas importantes de los últimos treinta años, y su experiencia era casi tan amplia como la de su padre. A veces, Rohan y Pol participaban en estas conversaciones, sentados alrededor de la fogata para intercambiar ideas. Pero más a menudo, padre e hijo pasaban tiempo juntos. Durante las largas noches que pasaban hablando, Rohan llegó a comprender mejor a su hijo, especialmente la razón por la que el castigo físico no era ni de lejos tan efectivo como una dosis prudente de vergüenza pública. Debería haberlo sabido, por supuesto; Pol era igual que él en su conciencia de rango, su orgullo y sus nociones de dignidad personal. No era exactamente arrogancia, y esa falla era algo de lo que había que cuidarse.

Las tierras bajas de Marca del Príncipe fueron una revelación: ricos y ondulados valles de cultivo y pastos, una abundancia despreocupada que asombraba la mirada del Desierto. Los granjeros obsequiaron a la comitiva real con las frutas de verano del campo, orgullosos de su productividad y sonriendo mientras sus invitados se maravillaban con la abundancia.

Un mediodía, se preparó una increíble variedad para el almuerzo en el jardín delantero de un granjero. Rohan preguntó:

—Dígame, ¿hay algo que ustedes no cultiven?

El granjero se rascó la barbilla pensativo.

—Bueno, mi señor —dijo tras la debida deliberación—, no mucho.

Y era cierto. Frutas, cereales, carne, queso, frutos secos, verduras: disfrutaron de la abundancia y quedaron asombrados.

—Y todo es tuyo —le comentó Maeta a Pol una mañana, extendiendo el brazo para abarcar los campos y huertos que los rodeaban.

—Todo —repitió con incredulidad—. ¡Debe haber como para alimentar al mundo entero!

—Una buena parte del nuestro, al menos —respondió Maeta—. No recuerdas los viejos tiempos. A veces teníamos que renunciar a la sal de un año o a la mitad de los caballos de Radzyn por comida suficiente para el invierno. Ahora que esto es nuestro, nunca más tendremos que arrastrarnos.

Rohan sostuvo su mirada por encima de la silla mientras apretaba una cincha.

—Nunca más —repitió. Recordaba muy bien el año al que aludía Maeta, y la furia de la impotencia en los ojos negros de su padre cuando Roelstra exigió un pago exorbitante por comida suficiente para evitar que el Desierto se muriera de hambre. Añadió con más ligereza:— Pero probablemente sirvió para agudizar el ingenio, regateando aquí y allá. A veces echo de menos el estímulo de mi primer Rialla como príncipe.

Maeta resopló.

—No le pasa nada malo a tu ingenio, si lo que escuché de Firon es cierto.

—¿Y qué escuchaste?

—Que todo esto… —Volvió a señalar los campos— …incluirá todo eso. —Un dedo marcado por la batalla señaló al noroeste, donde yacía Firon.

—Es posible —concedió Rohan.

Maarken rió mientras se subía a la silla.

—¡Que mi madre no te oiga decir eso! Ya están retejiendo el mapa del tapiz, ¿sabes? Lo está usando para enseñarle costura a Sionell. Si cambias de opinión, te clavará la cabeza en una lanza.

—¿La tía Tobin sabe coser? —Pol estaba asombrada—. No parece de las que les gustan esas cosas.

—No —dijo Maarken alegremente—. Dice que solo sirve para tener algo que hacer con las manos cuando quieres estrangular a alguien.

—La estrangulación no es su especialidad —observó Rohan—. Cuchillos, flechas, espadas cuando éramos pequeños… ese es más su estilo.

—¿Es cierto lo de su contrato matrimonial con el tío Chay? —preguntó Pol mientras montaba.

—¡Nada de cuchillos en el dormitorio! —rió su padre—. Ah, es muy cierto. Chay insistió.

—¿Qué hay en tu acuerdo con Madre? —bromeó Pol.

Maeta le respondió:

—Los Mensajerls del Sol son demasiado sutiles como para andar blandiendo acero. Su contrato dice que el único Fuego que invocará en su dormitorio es el que quema las sábanas. ¡Y así, muchacho, es como empezaste!

Ese día, el vigésimo quinto de su viaje, comenzó la ascensión al Gran Veresch. Cadena tras cadena de picos se alzaban casi hasta las nubes, los más altos coronados de nieve incluso en pleno verano. Entre ellos se extendían profundidades azul violeta donde, cuando el ángulo del sol era el adecuado, finas franjas de agua reflejaban plata. Coníferas diez y veinte veces más altas que un hombre desarrollaban agujas agrupadas, tan largas como el brazo de Pol, y conos que podían partirse para obtener semillas dulces y resina con sabor a miel. Manadas de ciervos asustados alzaban sus astas blancas al cielo antes de correr a esconderse. El agua de lagos y arroyos era la más dulce que jamás habían probado, como extraída directamente de las nubes sin tocar el suelo. La cantidad y variedad de aves los asombraba; el mundo parecía estar vivo día y noche con aleteos, cantos y gritos de caza, tan diferente del silencio del Desierto. A veces pasaban mañanas enteras observando bandadas de pájaros flotando sobre un lago, zambulléndose en busca de peces o cayendo del cielo sobre prados repletos de presas. Y las flores, estrechos senderos a través del bosque, de repente daban paso a prados de montaña inundados de azul, rojo, naranja, amarillo, morado y rosa, una increíble profusión de colores suficiente para embriagar los sentidos faradhi.

Para los criados en el Desierto, familiarizados solo con la belleza austera de la Larga Arena, donde nada crecía y pocas aves o animales tenían hogares permanentes, el Veresch era casi aterrador. Las tierras bajas que habían sentido cercas y arados eran de alguna manera más comprensibles que estas montañas, donde todo era como había sido desde los primeros árboles. La gente era una idea de último momento allí, y el trabajo de sus manos no podía compararse con la fuerza del bosque. En el Desierto, la gente se agrupaba para soportar mejor la dureza de su lugar; allí, vivían en pequeños asentamientos de no más de treinta personas, pastoreaban ovejas y cabras sin cesar por las tierras altas y construían cabañas solitarias en lo profundo del bosque. Pero por muy ajenos que fueran sus patrones de vida, ambos compartían un vínculo que se hizo más evidente para Rohan con el paso de los días. Ambos pueblos habían aceptado que no podían cambiar la tierra. El silencioso poder de la Montaña y el Desierto era mayor que cualquier cerca o arado. La gente sabía lo que sus lugares les darían y lo que no.

La nieve encendía la curiosidad de Pol. No solo quería mirarla, sino tocarla y asegurarse de que era real. Rohan, compartiendo en secreto la curiosidad de su hijo, recibió instrucciones de un pastor desconcertado que obviamente los consideraba locos por ir a buscar nieve cuando el invierno pronto se la traería. La comitiva real pasó dos días persuadiendo a sus indignados caballos, nacidos en el Desierto, de atravesar los campos de cristal helado, y dos noches temblando bajo mantas inadecuadas para la temperatura y la altitud.

—¿Suficiente? —preguntó Maarken esperanzado la mañana del tercer día. Pol, aferrándose a una manta sobre cada prenda de ropa que había traído, asintió con énfasis. Lanzar bolas de nieve a todos había sido muy divertido, y el aire fresco era literalmente impresionante; pero, sobre todo, deseaba volver a estar caliente.

El descenso desde las alturas les mostró cresta tras cresta de montañas cubiertas de niebla azul. Impresionantes afloramientos de granito sólido se alternaban con laderas densamente cubiertas de pinos. Extrañas y lisas losas de roca, de media pulgada de ancho y salpicadas de rocas colosales, hacían resonar los cascos de sus caballos. Incluso encontraron algunas cuevas de dragones abandonadas hacía tiempo y pasaron un día explorando. Curiosamente, había rastros de humanos en las cercanías; Maarken descubrió fogatas y los cimientos de una vivienda del tamaño de una aldea, también abandonada hacía tiempo. De mayor interés para Rohan y Pol fue la evidencia de una fundición primitiva. Intercambiaron miradas especulativas y se dirigieron directamente a las cuevas. Pero la mayoría de las paredes se habían derrumbado, y en lugar de dragones en una de las pocas cavernas utilizables, se encontraron con un gato de las colinas muy malhumorado que se sentía profundamente molesto por haber sido interrumpido en su siesta. Padre e hijo emprendieron una retirada apresurada.

De vuelta bajo la nieve, comenzaron a visitar mansiones y fortalezas de forma más sistemática. La noticia de su llegada los precedió; fueron recibidos con mucho más pompa que en la primera parte del viaje. Su primera parada fue una pequeña fortaleza llamada Rezeld, donde Lord Morlen y su esposa, Lady Abinor, se habían estado preparando para la esperada visita desde la primavera. Rohan se estremeció por dentro ante el entusiasmo desbordante de la bienvenida, pero compartió con Pol la filosófica observación de que Rezeld probablemente nunca había visto a un príncipe entre sus muros, y mucho menos a dos, y que descuidar las visitas personales a cada athri bajo su dominio siempre era un error.

—La mejor manera de juzgar una fortaleza o una mansión es visitándola uno mismo —reflexionó—. Claro que suelen tener el lugar en su mejor estado, salvo por lo que quieren que pagues por la restauración, pero la clave está en mirar bajo la superficie y ver qué está pasando realmente.

Estaban sentados en la amplia y elegante habitación de Lady Abinor, suya durante su estancia. Tapices raídos y alfombras deshilachadas iluminaban la habitación y aliviaban el frío de la piedra; todos los tejidos, incluida la ropa de cama, mostraban señales de remendado inadecuadas para su estado de desgaste. Los muebles eran sencillos y escasos, y los cristales de las ventanas necesitaban ser reemplazados, pero el vino de resina de piña era excelente. Rohan se sirvió otra copa y se recostó en una silla, observando pensativo a su hijo.

Pol miró a su alrededor, interpretando correctamente las últimas palabras de su padre como que debía evaluar Rezeld y sus ocupantes. Su llegada esa mañana había sido el acontecimiento más importante de los últimos veinte años en la mansión; todos, desde la familia del athri hasta el más humilde pinche de cocina, habían salido limpios, lustrados y radiantes. Los hijos de la casa, ambos unos inviernos más jóvenes que Pol, habían servido como escuderos durante la cena y se comportaban bien a pesar de no haber recibido formación formal en una gran fortaleza. Avaly, la hija de dieciséis años de Lord Morlen, había aparecido con el mejor velo de seda de su madre, haciendo ruido con adornos de madera y cuerno de alce. Pero Pol veía Rezeld como una propiedad claramente menor, sin mucha riqueza ni importancia.

—Realmente trajeron lo mejor para nosotros —dijo, señalando las alfombras y los tapices—. El collar que llevaba Lady Avaly era solo de madera tallada, sin ningún valor. Y por lo que vi... Bueno, ni siquiera tienen velas, solo antorchas viejas y apestosas. No creo que se hagan los pobres para sacarnos más dinero, Padre. Y parecen contentos de tenernos aquí.

—Sí, lo están. —Rohan sonrió.

—Pero ¿por qué es tan tacaña Pandsala? Hay dinero de sobra para alfombras nuevas y demás, y no es que sea un lujo absurdo en un clima como este. Siento el frío subiendo por el suelo incluso con las botas puestas. —Metió los dedos de los pies bajo una alfombra para enfatizar—. Probablemente todas las ovejas y cabras estén pastando en verano, pero aun así... Si yo fuera a recibir a mi príncipe, querría tener aquí a mis mejores animales para que supiera lo buenos que son y me recompensara consiguiendo buenos precios en el Rialla.

—Es un análisis muy interesante, Pol, basado en lo que seguro fueron observaciones minuciosas. —Los ojos del chico se iluminaron de orgullo hasta que Rohan añadió:— Por desgracia, todo está mal.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Pol.

—La joven llevaba, en efecto, hileras e hileras de *cosas talladas* en un collar. Era muy bonito, además. Si hubieras estado escuchando detenidamente a algunas de las personas que nos hemos encontrado en el camino, sabrías que cada una indica una cierta cantidad de ovejas, cabras, vacas, fanegas u otros productos locales que una familia reclama. Me han dicho que Rezeld tiene una cantera bastante buena cerca, administrada por su señoría. —Sonrió—. Pero recuerda, solo somos ignorantes del Desierto y no sabemos nada de eso. Creemos que estas son sus únicas joyas, que está carenciada, y que no es una gran dote, según nuestra forma de pensar, ¡cuando en realidad lleva más dote de la que la mayoría de nuestras chicas pueden ofrecer! ¡También te echó el ojo encima! ¡Sí, te estaba mirando! —bromeó mientras Pol se sonrojaba—. No es que me sorprenda. Eres un joven adinerado y, además, un príncipe. Pero ella no tiene ninguna esperanza de conquistarte y lo sabe, así que probablemente su intención era hacerte sentir nostalgia de que una chica tan guapa no tenga más riqueza material. Parece que lo consiguió. Chica lista. Su señoría, de hecho, está haciendo alarde de lo que posee y confía en nuestra ignorancia para hacernos creer que es pobre.

A Pol casi se le desencaja la mandíbula, y sus ojos azul verdoso estaban abiertos como platos. Ocultando otra sonrisa, Rohan se puso de pie y fue a servirse una tercera copa de vino espeso y dulce.

—Fíjate en los tapices —continuó, señalando las paredes—. Si su propósito es proteger del frío y la humedad, ¿por qué colocarlos en varillas para que se puedan apartar? Deberían estar clavados a la pared lo más cerca posible. Si te fijas, las varillas son nuevas; se nota no por el pulido, sino por la blancura del yeso usado para sujetar una carga tan pesada. Justo a los lados de los accesorios hay más yeso, ocultando marcas donde solían estar otros tapices. Estoy seguro de que hay toda una hilera de marcas debajo, lo que nos indica que otro tejido se usa habitualmente aquí. Por cierto, es lo mismo en todas las demás habitaciones que nos mostraron.

—Pero, padre, ¿por qué harían algo así?

—Excelente pregunta. Los tapices que reemplazaron probablemente sean muy finos y no se suponía que viéramos ni supiéramos de ellos. En cuanto a las antorchas, como no pueden permitirse velas, fíjate en los soportes. Los han limpiado bien, pero aún quedan restos de cera goteada. Y el tamaño de los casquillos es bastante incómodo, ¿no te parece? Fíjate en cómo han tallado los extremos de las antorchas para que encajen. Así

que descubrimos que, además de muchas ovejas, cabras, tapices, etc., también tienen velas. Pero se supone que debemos pensar que no tienen nada de eso. —Recostándose de nuevo en su silla, le dedicó a su hijo una sonrisa irónica—. Así que finalmente tenemos que preguntarnos el sentido de todo esto. ¿Por qué tanto esfuerzo para ocultar su riqueza? ¿Quieren que les demos un poco? ¿O hay algo más en juego? Me inclino a pensar lo primero, pues su señoría no parece tan astuto como para tener planes más allá de lo obvio. Pero lo estaré vigilando durante los próximos días, y tú también deberías.

Pol seguía boquiabierto. Rohan rió suavemente.

—No te sientas tonto, Pol. No soy mago. Hace muchos años, uno de mis vasallos, muerto hace tiempo, intentó gastarme trucos similares. Cuando se los señalé a tu madre, tenía un aspecto casi idéntico al tuyo.

—¿Cómo lo supiste?

—Bueno... para ser sincero, al principio no lo sabía, hasta que vi algo más interesante. En un lugar famoso por la calidad de sus cabras, una mañana me sirvieron crema de leche de vaca sobre un plato de bayas de musgo.

Pol rió de repente.

—¿Dónde escondía el ganado?

—Oh, el ganado ni siquiera era el problema. Era solo la clave del trato privado que tenía con los cunaxanos del otro lado de la frontera para que le proporcionaran más que unas pocas vacas al año. No entraré en detalles, pero basta con decir que me suministró queso excelente hasta que las vacas murieron, como cualquier vaca que se precie hace en cuanto puede en el Desierto. —Rohan le guiñó un ojo.

Negando con la cabeza con tristeza, Pol dijo:

—¡Jamás lo habría visto! ¡Y habría hecho el ridículo prometiéndole a Pandsala que haría más por ellos! Padre, ¿puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—No entiendo lo de ser príncipe.

—Ay, Diosa mía —murmuró—. ¿Se trata de las cosas en general, de esta mansión en particular, o de algo más?

—De todo. —Pol suspiró—. No podemos confiar en ellos ni por un instante, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Pero acabas de decir...

—En las cosas importantes, hay que confiar en ellos. Pol, este asunto de los tapices y las velas no tiene importancia. Le haré saber a Lord Morlen que sé lo que trama, con discreción, por supuesto, para salvar su orgullo, y le multaré con algunas de sus piedras de cantera para un proyecto de construcción que tengo en mente. Dudo que lo vuelva a intentar. Sabrá que lo atraparé entre mis garras. Pero también me respetará y confiará en mí, porque no solo fui lo suficientemente inteligente como para darme cuenta, sino que no lo ejecuté por ello. —Rohan se encogió de hombros con burla. Se puso de pie, se acercó a las ventanas y se quedó mirando el crepúsculo de la montaña—. Solo está haciendo lo que hizo su padre, ¿sabes?, ocultarle su verdadera riqueza a Roelstra. En su época, si hubieran atrapado a Morlen, estaría muerto. Será libre de intentar burlarme de nuevo, pero supongo que no lo hará. La gente solo oculta lo que teme que le arrebaten. No tomaré lo que no pueda darme; llegará a confiar en mí y apreciará mi forma de trabajar. Lo que significa que luchará si se lo pido, para poder mantenerme como su señor.

—¿Y confiarás en él?

Rohan lo miró y volvió a sonreír.

—Tanto como confío en cualquiera de ellos. Es decir, confío en mi propio juicio y mi ingenio.

—¿Sabes? Creo que empiezo a entender cómo llegamos a donde estamos —reflexionó Pol, con los ojos brillantes de repente—. Quizás sobrevivimos a todos, ¡pero quizás fuimos más listos que todos los demás!

—Esa es una forma de verlo, y probablemente tan acertada como cualquier otra.

Pol guardó silencio un momento y luego exclamó:

—¿Pero por qué la gente tiene que tratarnos diferente? Es decir, todos se inclinan y nos respetan, ¿lo hacen porque somos príncipes o porque realmente creen que somos especiales?

—¿Por qué lo preguntas?

—Solo… por la forma en que la gente reacciona cuando descubre quién soy.

—Hmmm. Ya veo. Te pone nervioso, ¿verdad? —preguntó con compasión— A mí también. Supongo que tienen que creer en alguien, Pol. Estamos donde estamos porque la gente creyó en nuestros antepasados por una razón u otra. Tu abuelo ganó batallas y convenció a todos de que podía protegerlos. Mis métodos de protección son diferentes. Morlen llegará a comprenderlos con el tiempo, si es inteligente. Confiará en mí y en ti como su padre nunca pudo confiar en Roelstra. Pero todo esto significa que tenemos que esforzarnos mucho para conservar su confianza y su fe.

—Suena terriblemente difícil y sombrío.

—¿Sombrío? Para nada. Hijo mío, tenemos que aguantar a gente muy pesada porque es parte de la forma en que un príncipe hace negocios. Pero vale la pena soportar todo el alboroto porque un príncipe puede hacer mucho por servir.

—¿Te refieres a servir a la Diosa?

—Si quieres verlo así. Personalmente, dejé que la tía Andrade se encargara de ese aspecto. Mi intención era servir a las personas que confían en nosotros para velar por la paz que necesitan para vivir sus vidas.

Pol asintió lentamente.

—El abuelo lo hizo con su espada. Tú lo haces…

—…siendo más listo que todos los que conozco. —Rohan volvió a reír—. ¡Lo cual a veces creo que es infinitamente más difícil!

Un bufido burlón respondió al comentario.

—Te encanta y lo sabes.

—Debo admitir que puede ser divertido. Es una gran responsabilidad, pero una alegría. Firmar un tratado que ofrece un mejor precio por las ovejas, dar una dote a un niño o niña cuyos padres no tienen nada para ellos, con solo saber que los ejércitos no pisotearán el grano mientras madura, hay bondad en esas cosas, Pol. Y si alguna vez pierdes la alegría de ser príncipe, pregúntate a quién sirves: a la gente que confía en ti o a ti mismo.

—¡Pero hablas del deber como si realmente fuera divertido!

—Nunca me divertí tanto en mi vida como la noche que le di Remagev a Walvis. Nunca lo viste cuando no eran más que muros derruidos y el viejo primo Hadaan intentando levantarlos. Walvis lo convirtió de nuevo en una fortaleza funcional. Ahora cría más ovejas que nadie en la Larga Arena, y sus lingotes de vidrio están entre los mejores que producimos. Y eso es alegría, Pol.

—Supongo que lo entiendo. Pero a veces sigue pareciendo sombrío.

—Bueno, supongo que sí. Pero recibimos tanto, Pol... No me refiero a la deferencia ni siquiera a la oportunidad de burlar a un athri que cree haberte engañado. —Rohan volvió a sonreír—. Y no son las joyas, los caballos finos ni las cosas que conlleva la riqueza.

Tenemos la oportunidad de hacer cosas. Cosas buenas, cosas que importan y que harán de este un lugar mejor con nuestra presencia. —Cruzó los tobillos y se miró las puntas de las botas—. Si tú y yo fuéramos, digamos, un granjero y su hijo, nos aseguraríamos de que nuestro trigo creciera alto y abundante, para así obtener el mejor precio y alimentarnos, pero también alimentaríamos a quienes compran nuestro grano. Claro, pocos granjeros miran sus cosechas y dicen *¡Qué maravilla que esté cultivando un grano tan fino para alimentar a tanta gente!* Pero entiendes lo que quiero decir. Todas las artesanías encajan en la trama. Tú y yo también. Solo que lo que hacemos es algo más espectacular a primera vista. —Se encogió de hombros—. Y también puede doler más. A veces hay que liderar un ejército contra alguien que no ve ser príncipe como la oportunidad de hacer un trabajo valioso, sino como la oportunidad de obligar a los demás a hacer lo que le plazca.

—Como hizo Roelstra.

—Sí. Ahí es cuando ser príncipe se vuelve muy difícil. Tienes el poder de ordenar a hombres y mujeres que vayan a la batalla, donde muchos morirán. Eso es lo terrible, Pol. No hay alegría en ganar una guerra. Solo hay dolor y arrepentimiento por haber tenido que librarla.

—Pero a veces tenemos que hacerlo, ¿no? Para tener la oportunidad de hacer el bien, ayudar a quienes confiaron lo suficiente en nosotros como para seguirnos y luchar por nosotros. —Frunció el ceño—. Pero también tenemos que esforzarnos para asegurarnos de que no nos engañen quienes debemos proteger, nos hayan engañado antes o no. No parece justo.

—¿Dije alguna vez que lo fuera? Pol, hay muchas maneras de ser príncipe. Una es disfrutar de las ventajas materiales y no preocuparse por las responsabilidades. Encontrarás muchos ejemplos en Waes. Personalmente, prefiero ese tipo. No representan una amenaza para nada, salvo para su propio tesoro. Otra es disfrutar de tu poder para ordenar la vida de la gente, no para su beneficio, sino para tu propia diversión. Verás varios de ese tipo también. No me tienen mucho cariño, porque no les dejo que se den ese gusto. Y luego están los que, como yo, prefieren ejercitar su cerebro en lugar de sus espadas. Pura pereza —dijo con indiferencia—. No me gusta ir a la guerra. Implica todo tipo de inconvenientes y odio estar lejos de mi hogar...

—Y de madre —añadió Pol con picardía.

—Eso se sobreentiende.

El niño se recostó deliberadamente en su silla, con las piernas estiradas y los brazos colgando.

—Creo que seré un príncipe como ustedes —decidió sonriendo—. ¡Siempre y cuando mi esposa sea lo suficientemente guapa!

Cualquier respuesta que Rohan pudiera haber dado, aparte de una risa, fue interrumpida por un discreto rasguño en la puerta. Pol se enderezó rápidamente cuando su padre le dio permiso para entrar. Entró una joven, vestida con una tela marrón y con una bandeja vacía.

—Solo estoy aquí para recoger los platos, excelencias... Disculpen, por favor, no tardo más que un momento…

—Por supuesto —dijo Rohan, señalando la mesa donde reposaba la jarra de vino y extendiéndole su copa para que la tomara.

Pol, preparado para observarlo todo y sacar conclusiones, observó a la chica con atención. Mechones de cabello negro se escapaban de las trenzas, muy anudadas, en su nuca, y ella los apartaba con una mano notablemente cuidada. La suciedad bajo sus uñas era, de alguna manera, una incongruencia, y lo dejó perplejo. Mientras colocaba la jarra y

las tazas en la bandeja, sostuvo su mirada curiosa con bastante serenidad. Sus ojos eran de un peculiar tono verde grisáceo, su expresión parecía dieciocho inviernos más vieja que ella. Se sonrojó al ser sorprendido mirándolo fijamente y se levantó para situarse junto a su padre. La chica dobló las rodillas torpemente ante ellos antes de darse la vuelta para marcharse, pero de alguna manera, la falta de gracia también parecía falsa, tan mal como el vestido marrón de punto y el chal verde apagado con sus flecos deshilachados. Sus ojos volvieron a sostener los suyos antes de salir, y había risa en ellos.

—Padre…

Rohan levantó un dedo para pedir silencio. Pol escuchó, sin saber qué debería estar oyendo, y entonces lo consiguió. El pestillo no había hecho clic. Pensó rápidamente y luego dijo:

—Con todo este vino, ¿por dónde se va al retrete más cercano?

Rohan asintió en señal de aprobación y felicitación.

—A la izquierda, creo, al final del pasillo.

Pol no vio a nadie en su camino de ida y vuelta. Se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada al volver a la habitación, y su padre le sonrió.

—Muy bien —aprobó Rohan— ¿Viste a alguien?

Pol negó con la cabeza.

—¿De verdad crees que quería escuchar?

—No lo sé. Puede que haya sido un descuido dejar la puerta sin cerrar. Pero creo que vigilaré a Lord Morlen con más atención. Por ahora, sin embargo, no quiero vigilar nada más que el interior de mis párpados. —Se giró hacia la enorme cama del rincón—. ¿Sabes? Hace más tiempo del que recuerdo que no duermo al lado de nadie más que tu madre. Espero de verdad que no ronques.

—¡Roncar! ¡Mamá dice que a veces haces vibrar las ventanas!

—Una mentira vil e insultante, que pagará caro la próxima vez que tire todas las mantas al suelo.

Pol se desnudó y se metió en la cama, un poco aturdido; no por las revelaciones de su padre sobre Rezeld o sobre ser príncipe, sino por el potente vino. Le alegró que nadie hubiera comentado que tomara una copa. Varias copas, en realidad, suficientes para que el retrete fuera realmente necesario; su estratagema no había sido del todo la inspiración que parecía. Ahora, con las antorchas apagadas y solo la suave luz de las estrellas brillando a través de las ventanas, pues era una de esas raras noches sin luna, sentía como si su cerebro le diera vueltas lentamente en el cráneo. Tras un rato considerable en una oscuridad silenciosa, se giró de lado y fijó una mirada acusadora en el rostro dormido de su padre.

—¡Roncas tanto! —susurró, y se levantó de la cama.

Nadie se movía abajo, en el pequeño patio. Miró a través de un cristal roto y reflexionó sobre qué más, además de tapices y velas, podría estar escondiendo Lord Morlen. Su padre lo encontraría, fuera lo que fuese. De niño, Pol siempre había considerado a Rohan la fuente de todo conocimiento y sabiduría. Nada de lo que había visto le había hecho cambiar de opinión. Simplemente no podía concebir que cometiera un error.

Pero Pol empezó a pensar que él mismo lo había hecho al ver una figura que cruzaba apresuradamente el patio, dirigiéndose a la poterna. La luz de las estrellas le mostró un voluminoso vestido oscuro y un chal con flecos, y parpadeó sorprendido. ¿Por qué una sirvienta estaría fuera a esas horas de la noche, abandonando la mansión? La explicación obvia: un amante, se le ocurrió. Se encogió de hombros. Pero entonces la chica se detuvo de golpe, se dio la vuelta y miró directamente a Pol.

Una brisa ligera y cortante entró por un cristal roto. Pol retrocedió, con la mirada fija en el rostro estrellado de la mujer, vuelto hacia arriba. No era el rostro de una chica, sino el de una mujer. Su forma era la misma, en el arco de las cejas y la línea de la boca. Pero este era el rostro de una mujer madura de cincuenta inviernos, probablemente más. Sonreía; la risa que antes había asomado a sus ojos se expresaba en una curva maliciosa y burlona de labios y un fruncimiento de cejas.

Entonces se echó el chal por encima de la cabeza y se desvaneció, traspasando la puerta trasera, adentrándose en el bosque oscuro como la noche. Pol se estremeció y se dio la vuelta, profundamente preocupado.

—¿Qué ocurre? —preguntó su padre en voz baja, incorporándose en la cama, con las estrellas brillando en su rubio cabello.

—Nada. —Pol hizo un esfuerzo por sonreír—. Quizá Meath tenga razón y yo sea demasiado joven para tanto vino.

Mireva llegó al árbol junto al arroyo donde había dejado su ropa y se quitó la que había robado de un tendedero en la Mansión Rezeld. La emoción le calentaba las mejillas y el cuerpo; no sentía el frío de la noche mientras se ponía sus propias prendas.

Así que ese era el joven príncipe Pol, pensó. *Un rostro intrigante, igual que el de su padre, pero con un aura de poder que lo envolvía. Más que el poder de un Mensajero del Sol, también.* Mireva rió a carcajadas mientras se soltaba el pelo de la trenza que le apretaba y sacudía la cabeza con furia. No se había equivocado sobre la sensación que le producía el joven; se sentía como estar entre los suyos. También lo supo con los tres hijos de Ianthe y en todos los demás de sangre diarmadhi. Pero mientras que con Ruval, Marron y Segev sabía que el poder provenía de la princesa Lallante, no tenía ni idea de cuál de los antepasados de Pol había portado el don. El linaje de Sioned se remontaba fácilmente por línea paterna a la invasión faradhi del continente; allí no había origen. Del linaje de su madre antes del matrimonio de una Mensajera del Sol con un Príncipe de Kierst, no se sabía nada. Quizás Pol heredó su doble talento de ella.

Pero también estaba Rohan. De nuevo, sus antepasados paternos estaban firmemente establecidos, pero los antepasados de su madre Milar, que también eran de Andrade... Mireva se ató la falda a la cintura, sonriendo. ¡Qué ironía sería que la propia Señora de la Fortaleza de la Diosa fuera diarmadhi!

Entonces se puso seria. Quienquiera que hubiera venido y de dondequiera que hubiera venido, este segundo legado de poder era una nueva faceta, posiblemente peligrosa. Ser Mensajero del Sol era, por sí solo, bastante malo, pero Mireva podría haberlo superado. La herencia de Pol de su propio poder le presentaba varias alternativas.

Emprendió el largo camino de regreso a su morada, reflexionando sobre sus opciones. Matar a Pol esa noche no había sido una de ellas; ni drogarlo ni interferir de ninguna manera con su mente o cuerpo. Solo quería verlo, para juzgar en qué clase de hombre se convertiría. Había mucho de su padre en él, no solo en su aspecto y su porte, sino en la mirada lúcida, inteligente y curiosa con la que la había mirado. No, matarlo no era lo que había venido a buscar, no era la razón por la que había asumido su apariencia juvenil y luego la había abandonado, sabiendo que él la observaba. Explorar su rostro con la mirada, intuir su fuerza faradhi, infundir inquietud en su mente: esos habían sido sus propósitos. Matarlo tendría que esperar algunos años.

Pero este asunto de que él fuera diarmadhi era algo que la hacía reflexionar, y tal vez replantear el futuro. ¿Y si lo hacía saber y demostraba de alguna manera que Pol descendía de aquellos a quienes Andrade tanto temía, aquellos a quienes los faradh'im se habían

esforzado tanto por destruir? Los demás príncipes ya estaban bastante nerviosos por su estatus de Mensajero del Sol; ¿podrían oponerse con tanta vehemencia a que se entrenara en las artes, que Rohan tendría que renunciar a la educación faradhi de Pol para salvar su trono? ¿Y si ella misma apoyaba al chico, en lugar de a los hijos de Ianthe, y lo convertía en su alumno? Esa idea tenía mucho encanto, pero la rechazó con un gesto de la cabeza. Había demasiado en el rostro de Pol, parte del honorable e ingenuo de su padre, como para que los juegos de ambición y poder de Mireva le resultaran aceptables.

Pero ¿y si no decía nada sobre el otro don de Pol y le enseñaba a Ruval los métodos que los diarmadh'im habían usado para disciplinar, incluso matar, a los de su propia especie? Su mayor tragedia fue que estos no surtieran ningún efecto en los faradh'im; mientras luchaban contra los Mensajeros del Sol con tanta valentía, lo habían aprendido hasta su derrota final. Por supuesto, enseñarle al voluntarioso Ruval tal potencia era un riesgo calculado; podría usarla con sus hermanos o incluso con ella si no podía controlarlo. Conocía a los hijos de Ianthe y no confiaba en ninguno.

Mireva aminoró el paso al amanecer, deslizándose sobre las montañas, y se detuvo al observar cómo se desvanecían las últimas estrellas antes de otro día de cegador sol de verano. Inusualmente indecisa, se preocupó por los problemas durante un rato mientras el aire se calentaba a su alrededor y hacía que incluso su fino vestido resultara demasiado cálido. Luego se encogió de hombros. Esperaría a ver si Ruval necesitaría tales métodos contra Pol. Tenía muchos años por delante para planear la muerte del chico, y se recordó a sí misma que los Mensajeros del Sol tenían su propia vulnerabilidad especial, una que su gente no compartía. La sangre faradhi de Pol lo hacía susceptible. Sería una elección de muerte interesante para él: a través de su orgullosa herencia de Mensajero del Sol o a través de su insospechada Sangre Antigua. Pero por el momento tenía otras preocupaciones.

No había tenido noticias de Segev desde su partida hacia la Fortaleza de la Diosa. Pronto tendría que alcanzarlo con la luz de las estrellas, averiguar si estaba cerca de robar los preciados pergaminos. Pronto, también, tendría que descubrir qué le había sucedido a Masul, quien había matado a cuatro de sus secuaces más fuertes al escapar de lo que habría sido su camino más seguro al triunfo. Había oído rumores sobre él durante años, por supuesto; la Mansión Dasan estaba a solo una o dos montañas de su hogar. Volvió a encogerse de hombros, irritada. Si era demasiado estúpido para aferrarse al poder que ella podía ofrecer, merecía fracasar. Que fuera o no hijo de Roelstra le daba igual; solo quería usarlo para descubrir qué tipo de enfoque sería el mejor cuando llegara el turno de Ruval de desafiar a Pol.

Pero esto la llevó de vuelta a la inquietante pregunta de qué debía enseñarle exactamente a Ruval. Cuánto se atrevería a enseñarle. Hasta qué punto podía confiar en él. Mireva avanzaba con dificultad bajo la creciente luz del día, maldiciendo la necesidad de que otros hicieran su trabajo. En un momento en que había estado a punto de abandonar toda esperanza de devolver a su pueblo al lugar que le correspondía, los nietos de Lallante le habían dado un nuevo propósito. Pero aun así deseaba que no fueran también la herencia de Roelstra. El hombre había sido imposible de controlar. De repente, se preguntó si esa era la razón por la que Lallante se había casado con él. Su pariente siempre había sido una ingenua pretenciosa, temerosa del poder y declarando que no en vano su pueblo había sido derrotado hacía tanto tiempo. Roelstra, el Alto Príncipe, el hombre más poderoso de su generación —hasta la llegada de Rohan—, le había proporcionado a Lallante un refugio completamente a salvo de cualquier otra influencia, incluida la de su propia especie.

Roelstra, que había sido tan ingobernable como lo serían sus nietos si Mireva no fuera muy, muy cuidadosa.

Capítulo Trece

El Castillo del Peñasco no había visto tal esplendor en más de cuarenta y cinco años, desde que Lallante llegó para convertirse en la esposa de Roelstra. Los estandartes de todos los athr'im importantes de Marca del Príncipe ondeaban con la brisa que subía desde el desfiladero, y el dragón dorado sobre azul se alzaba para anunciar que el Alto Príncipe en persona pronto estaría en la residencia. Una multitud ansiosa se alineó en el camino durante media hora, hasta cuatro capas de personas. Había flores esparcidas, la gente vitoreaba hasta quedarse ronca, y las trompetas sonaban desde las almenas mientras Rohan y Pol los guiaban hacia el patio.

Pol le susurró a su padre:

—Me siento como si fuera el plato principal de un banquete.

Rohan rió suavemente.

—¡Tienen hambre de verte, pequeño, no de morderte!

Rohan nunca había visitado Marca del Príncipe y se había resistido a todas las sugerencias de hacerlo. Aunque nominalmente le pertenecía, había dejado claro que Pandsala era el regente de Pol, no suyo, y que su hijo debía ser considerado gobernante de Marca del Príncipe, no él mismo. Una vez que el niño fuera nombrado caballero y hubiera aprendido las habilidades de faradhi, tomaría el control y lo gobernaría como un principado independiente hasta que, a la muerte de Rohan, el Desierto también fuera suyo. Rohan esperaba que años de considerar a Pol como su príncipe facilitaran la transición cuando llegara el momento de que Pol gobernara.

Esta distinción quedó resaltada por la bienvenida de Pandsala. Bajó la escalera, vestida de azul y violeta, y su primera reverencia fue para Pol. Él siguió las instrucciones de su padre, tomándole las manos, levantándola del suelo e inclinándose sobre su mano izquierda, donde lucía el topacio y la amatista de su regencia, junto con los anillos de Mensajero del Sol. Solo entonces se giró hacia Rohan y dobló las rodillas. Así fue como, a la vista de los nobles y otros dignatarios reunidos en el patio, el lugar de Pol fue reconocido abiertamente como superior al de Rohan. Estaba elegantemente decorado, y Rohan lo agradeció. Pol no había conocido a Pandsala antes, y la encontró bastante sorprendente. No aparentaba sus cuarenta y cuatro inviernos, sino que se parecía más a Lady Andrade que él recordaba: casi eterna, entre treinta y sesenta. Su rostro tenía una belleza aristocrática y angulosa que transmitía gran dignidad pero poca calidez, incluso cuando sonreía. Además del anillo que Rohan le había dado como prenda de su cargo, lucía cinco anillos de Mensajera del Sol. Sus ojos eran de un castaño frío, y la plata ondeaba desde sus sienes a través de trenzas enrolladas en lo alto de su cabeza. Le dieron la bienvenida con voz tranquila y respetuosa, y todo se hizo con la ceremonia debida a su rango, y ella inquietó mucho a Pol. Ciertamente, era bastante agradable. Él no entendía su reacción ante ella; Quizás era la forma en que le dirigía una mirada y que luego apartaba cada vez que él intentaba sostener su mirada directamente.

—Tengo mensajes para su excelencia de la Alta Princesa Sioned —le dijo mientras los acompañaba a él, a Rohan y a Maarken arriba, a sus aposentos.

—¿De verdad? —preguntó Pol con entusiasmo, dándose cuenta solo en ese momento de cuánto extrañaba a su madre. Luego, como no quería demostrarlo, añadió:— ¿Ya han eclosionado los dragones?

—No hasta dentro de unos diez días —respondió ella, sonriendo levemente—. Probablemente para cuando partamos hacia Waes.

—Siento que este año tomemos el camino más largo, mi señora —se disculpó Maarken con una sonrisa a la vez triste y encantadora—. Ni Pol ni yo tenemos su envidiable habilidad para cruzar el agua sin deshonrarnos.

—No tiene importancia, Lord Maarken. De todas formas, nunca me gustó mucho navegar por el Faolain. —Se volvió hacia Rohan—. La Alta Princesa se encuentra muy bien, mi señor, y le ruega que llegue puntual al Rialla. Tiene mucha información que compartir con usted sobre los dragones.

—Ella y Lady Feylin no han hablado de otra cosa en todo el verano —dijo sonriendo—. Ese tapiz del rellano era precioso, Pandsala. ¿Cunaxano?

—De Gribain, mi señor, y nuevo. He estado fomentando el comercio con ellos, como usted sugirió hace unos años. Han mejorado desde sus primeros esfuerzos.

—Hmmm. Creo que vimos algunos en la Mansión Rezeld: cosas toscas y raídas que no abrigaban ni un estornudo, y mucho menos los vientos invernales que deben de soportar en las montañas. —Miró a Pol con expresión inocente, y al chico le costó controlar la suya—. Sin embargo, me impresionó Lord Morlen y su inventario de ganado. Tendrá que informarme también sobre las extracciones de las canteras, ya que estamos aquí.

—Me alegra que haya mejorado en los últimos años, mi señor. Siempre llora por la pobreza. —Hizo un gesto a un sirviente que abrió una gran puerta de pino tallado con incrustaciones de brillante piedra negra—. Lord Maarken, esta es su suite. Espero que sea satisfactoria.

Maarken se aplomó lo suficiente como para no quedarse boquiabierto ante los lujos del interior. Se limitó a asentir.

—Gracias, mi señora. Estoy seguro de que es completamente adecuada para mis necesidades. Si me disculpa, limpiaré la suciedad del camino y la atenderé más tarde.

Pol no pudo controlar la vista ni la mandíbula lo suficiente como para no reaccionar cuando la propia Pandsala abrió la puerta de la suite que compartiría con su padre. La primera habitación era una gigantesca sala de recepción, con señales de una reciente redecoración, aunque no al estilo de Rezeld: había cortinas nuevas, pintura fresca, cojines en los que nadie se había sentado y el agrio aroma a pulimento cítrico. Azul, violeta y dorado eran los colores dominantes, suntuosos y ligeramente abrumadores.

Las habitaciones estaban decoradas de forma similar. Sonriendo, Rohan observó el rostro de Pol, y cuando Pandsala los dejó, dijo:

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Es... es...

—Sí, lo es, ¿verdad? —Se hundió en una silla, disfrutando de su comodidad después de tantos días en la silla.

—Padre, me pone un poco nervioso.

—Si se comportó un poco rígida, es porque está ansiosa por que todo sea perfecto. De hecho, probablemente tú también la pones nerviosa.

—¿Yo?

—Mm-hmm. Puede que la haya contratado, pero su verdadero amo eres tú, y ella lo sabe.

—¡Pero no tengo nada que decir sobre lo que pasa aquí!

—Todavía no.

Pol digirió esto en silencio, luego saltó a la cama, aterrizando con un rebote y una sonrisa.

—¡Al menos tengo mi propia habitación y no tengo que oírte roncar!

—Yo no ronco, insolente…

—Lo haces.

—¡No!

Rohan sacó una almohada de detrás de su espalda y la lanzó. Pol respondió con un cojín mullido. Rohan lo atrapó y se lo devolvió.

—¡Otra vez no, o tendremos plumas por todas partes!

—Dignidad, dignidad —dijo Pol con tristeza, sacudiendo la cabeza—. Tengo que portarme bien, ¿no? —Cayó boca abajo, abrazando la almohada— Bueno, cuando venga a vivir aquí, esto se irá. No me importa si los príncipes tienen que vivir con pompa; ¡me daría miedo bañarme por si ensucia la bañera! ¿Viste el tamaño de esa cosa? Tú y Madre no viven así. ¿Por qué Pandsala hizo todo esto?

—Todo el lugar es igual, ¿sabes? Y piensa por un momento por qué querría convertir esta en la suite más espléndida de todo Castillo del Peñasco. No te equivoques, Pol. No está alardeando de lo que sabe hacer con el dinero. Todo lo que hace es por nosotros. Cuando se comprometió con nosotros contra su propio padre, lo arriesgó todo, incluida su vida. Mucha gente, Tobin y Andrade incluidos, me dijeron que estaba loco por nombrarla regente. Ella también lo sabe. —Suspiró quedamente—. Su compromiso es todo lo que tiene. Con su sangre real, jamás podría haber sido una Mensajero del Sol tradicional, vinculada a alguna corte. ¿De verdad te imaginas a una hija del Alto Príncipe Roelstra como una faradhi de la corte? Y como Andrade nunca la quiso mucho, volver a la Fortaleza de la Diosa era impensable.

—Madre tampoco la querría en Stronghold —observó Pol.

—La inquietud en torno a Pandsala no es una reacción infrecuente —reflexionó.

—No puedo decir que le tenga mucho cariño, pero la aprecio, y sobre todo el trabajo que ha hecho por nosotros. —Hizo una pausa—. Le dio una vida, Pol. En su juventud la entrenaron para nada, salvo para ser princesa, y luego, tras la muerte de su padre… —Se encogió de hombros.

—Oí a mi madre decir una vez que gobernar aquí es su venganza contra su padre.

—Quizás. Pero también se preocupa de verdad por ti y por Marca del Príncipe. Ya hemos visto los resultados.

—¡Excepto que nunca descubrió lo de Lord Morlen! —Pol sonrió, y luego se puso serio—. Pero no puedo evitar sentirme raro a su lado.

—Como dije, probablemente ella también se sienta rara a tu lado. ¡Deja de pensar tanto! —la reprendió con cariño—. Si me preocupara tanto como tú, estaría calvo como un huevo de dragón. Se supone que deberíamos estar pasándolo bien, ¿sabes?

—Lo estaba… hasta que tuvimos que empezar a vestirnos para la cena. ¿Hay alguna posibilidad de que no haya banquete esta noche?

—Puedes soñar —respondió su padre.

Pero el banquete se canceló poco antes de su inicio. Rohan todavía estaba envuelto en una toalla cuando Maarken llegó a contarle la información que Pandsala acababa de recibir con los últimos rayos del sol del atardecer.

—Inoat de Osetia y su hijo Jos salieron a navegar hoy por el Lago Kadar. Debían regresar mucho antes del atardecer. Pero su bote llegó a la orilla, vacío. Rohan, los cuerpos fueron encontrados hace un rato. Ambos están muertos.

Se sentó en la cama ornamentada.

—Otra muerte…, dos muertes. Dulce Diosa... Jos es unos inviernos más joven que Pol. —Tiró de las cortinas con flecos—. Chale debe estar destrozado. Los adoraba a ambos.

—Su único hijo y su único nieto —asintió Markeen—. Conocí a Inoat un par de veces; vino de visita la Fortaleza de la Diosa mientras yo estaba allí. Me caía bien, Rohan. Habría

sido un buen príncipe. —Hizo una pausa—. Le he dicho a Pandsala que lo cancele todo a la vez. Espero que no haya sido presuntuoso.

—No, en absoluto. Gracias por pensarlo. Celebraremos el ritual por ellos esta noche… _Su voz se fue apagando y se pasó una mano por el pelo mojado— Sabes lo que significa todo esto, ¿verdad? Puede sonar frío pensar en política ahora mismo, pero...

—Eres el Alto Príncipe. Tienes que pensar en política.

—Te pareces mucho a tu padre: me tranquiliza en todos los sentidos —sonrió levemente—. Me tranquiliza cuando lo necesito y me patea cuando es necesario. Prométeme que siempre harás lo mismo por Pol.

Maarken le devolvió la sonrisa.

—Soy suyo en la misma forma que mi padre es tuyo.

—Y Ossetia será de la princesa Gemma. Chale no tiene otro heredero.

—¿Gemma? ¿Su prima?

—Sobrina. Su madre era hermana de Chale.

Rohan vio que Maarken miraba el primero de sus anillos de Mensajero del Sol: un granate que había pertenecido al hermano mayor de Gemma, Jastri, Príncipe de Syr, quien había muerto luchando del lado de Roelstra contra el Desierto.

—De repente se ha convertido en una joven muy importante —observó Maarken.

—Y Waes estará repleto de hombres intentando atraer su atención.

—¡Yo no! —se sobresaltó Maarken.

—¿Tienes a alguien más en mente?

Pálido ligeramente, dudó y luego negó con la cabeza. Rohan se limitó a sonreír. Maarken volvió al tema principal, una maniobra táctica que no pasó desapercibida para su tío.

—¿Dónde está Gemma ahora?

—En Alto Kirat con Davvi, el hermano de Sioned. Todos son primos por parte de la casa real syrena. Gemma sigue siendo princesa de Syr, por supuesto, y técnicamente, pupila de Davvi.

—Necesitará el consentimiento del Alto Príncipe para casarse.

—Sí. ¿Y si elige a alguien que no me guste como próximo Príncipe de Ossetia? O peor aún, ¿y si el hombre que elija le resulta desagradable a Chale? Él y yo no estamos de acuerdo en muchas cosas.

—Si interfieres demasiado, te acusarán de intentar controlar Ossetia a través de Gemma. —Maarken hizo un gesto, notablemente molesto— ¡Y ahí está Firon! Esto, además, no te hará muy popular.

—Observa cómo el codicioso Alto Príncipe se apropia de tierras y poder —asintió Rohan con amargura—. No necesitamos explorar esto a fondo ahora, Maarken. ¿Es Pandsala competente en cabalgar la luz de la luna?

—No estoy seguro. Tiene cinco anillos, lo que la convierte en aprendiz, pero no estoy seguro de cuánto entrenamiento recibió antes de dejar la Fortaleza de la Diosa. Preguntaré.

—Bien. Si es capaz, entonces pueden dividirse las tareas de faradhi por mí esta noche. Necesito avisar a Davvi para que ponga una guardia a Gemma, si no lo ha hecho ya. Pandsala puede enviar nuestras condolencias a Chale, de Regente al Príncipe. Ambos lo agradecerán. Tendrás que contactar a Andrade. No creo que ella y Pandsala hayan intercambiado una palabra en quince años. Y Sioned tendrá que saberlo todo después de que hayas terminado con el resto. —Se levantó de la cama y miró la ropa que le tenían preparada—. Que Pandsala organice con su mayordomo el luto gris. ¿Dónde se celebra el ritual aquí?

—Para los muertos de otros principados, en el oratorio.

—Ah. Esperaba verlo en circunstancias más agradables. Me han dicho que es una maravilla. ¿He olvidado algo, Maarken?

—Nada que se me ocurra. ¿Quieres que te envíe a Pol?

—Sí, hazlo. Gracias. Luego ve a buscar a Pandsala y empezamos. —Se apartó el pelo de los ojos y dijo—: Y recuérdame que le diga a Pol que bajo ninguna circunstancia debe mirar siquiera a Gemma a menos que sea absolutamente necesario. Lo único que me falta es el rumor de que su matrimonio nos dará Ossetia. Además, ella es… ¿cuánto? ¿Diez inviernos mayor que él?

—Los chicos crecen rápido cuando se acercan a los quince —comentó Maarken.

Rohan hizo una mueca agria.

—No creo que se haya dado cuenta todavía de que existen las chicas.

—Los chicos crecen rápido cuando se acercan a los quince —repitió Maarken, sonriendo.

Las velas titilaban en hileras ordenadas; el cálido brillo de su primera llama se desvaneció en destellos inciertos. Rohan se quedó de pie frente a ellos, plenamente consciente de la oscuridad tras él. Era bien pasada la medianoche, el ritual había terminado. Había hablado con los nobles y dignatarios reunidos en el oratorio, unas breves palabras sobre la pérdida sufrida por las muertes de Inoat y Jos, cumpliendo con su obligación como Alto Príncipe. Las velas habían sido colocadas en la pared del fondo, y todos habían bajado a la cena que los esperaba. Rohan se dijo a sí mismo que él también debía estar allí, aunque este ya no fuera un banquete ceremonial oficial, pues tenía hambre y Pol querría tenerlo cerca mientras todos lo evaluaban. Pero Pol contaba con Maarken y Pandsala para ayudarle en cualquier momento difícil, y Rohan aún no estaba listo para unirse a ellos.

El oratorio era una obra exquisita, una semicúpula de cristal fironés facetado que sobresalía del castillo en la ladera del acantilado, amueblada con sillas blancas cubiertas de terciopelo blanco. Brillaría con el sol, la luna o las estrellas. Pero el cielo se había oscurecido poco después de la salida de la luna; nubes color humo oscurecían toda luz. Solo brillaban las velas, y ardían con poca intensidad.

Fuera de la sede de ossetia en Athmyr, los cuerpos de padre e hijo arderían ahora en una pira compartida. El viejo príncipe Chale y su faradhi esperarían y velarían durante la noche hasta que la carne se convirtiera en cenizas, y entonces el Mensajero del Sol invocaría un suave soplo de Aire para llevar las cenizas sobre la tierra que había visto nacer a los dos príncipes, una tierra que nunca gobernarían. Las velas arderían en honor a ese fuego fúnebre aquí, en este oratorio y en lugares similares de cada principado: la pequeña cámara con cúpula de cristal en el Alto Kirat de Davvi, el salón central de la corte de Volog en Nueva Raetia, la sala del calendario faradhi en Perla Gris que Pol había descrito con asombroso detalle. Rohan se preguntó dónde celebraría Sioned el ritual en Cuenco Celestial; Stronghold tenía una cámara para tal fin, pero Cuenco Celestial no contaba con tal instalación. Imaginó que elegiría un lugar al aire libre junto al lago, tal vez incluso haría flotar velas sobre las oscuras aguas.

Lo mismo se había hecho en Cuenco Celestial por su padre, de quien Roelstra había hablado aquí, en esa misma cámara, la noche en que el cuerpo de Zehava se había reducido a cenizas en el Desierto. Rohan dudaba que la elegía de Roelstra hubiera sido sincera.

Apartándose de las velas, Rohan miró hacia el techo de cristal, donde las luces parpadeantes se reflejaban en los paneles grabados. Donde la cúpula transparente se unía

al suelo de piedra, a treinta pasos de él, había una mesa con vajilla de plata y oro y dos copas de oro batido. Se decía que los trozos de amatista sin tallar engastados en las copas habían caído del cielo con la primera puesta de sol. Solo se había celebrado un matrimonio con ellas: el de Roelstra con su única esposa, Lallante. Rohan suponía que, tarde o temprano, Pol estaría allí para casarse con la joven adecuada. El gobernante de Marca del Príncipe apenas podía evitar casarse en su propio oratorio. Sin embargo, a pesar de su belleza, Rohan no podía desterrar el frío que sentía en aquella habitación. Roelstra había gobernado allí demasiado tiempo.

Caminó en silencio por la alfombra blanca hasta el centro de la cámara, justo debajo del punto donde el cristal se unía a la roca pulida en lo alto. Los paneles estaban engastados en delicadas tracerías de piedra que debían de haber tardado años en tallarse. Admiraba la artesanía, pero se preguntaba por qué no percibía la alegría de los artesanos al crear semejante belleza. Los jardines de su madre en Stronghold —la obra de su vida y su orgullo— transmitían una atmósfera completamente distinta. Ella y un pequeño ejército de trabajadores habían transformado los áridos patios del castillo en un milagro de gracia y plantas en crecimiento: cada parterre, árbol, banco y curva del pequeño arroyo denotaban el placer de su creación. Su propia restauración del Gran Salón transmitía algo parecido: artesanos deleitándose con sus habilidades, quienes creaban tales maravillas. Este oratorio, a pesar de su magnificencia, era un lugar frío y sin vida que ni siquiera la suave luz de las velas podía calentar.

Se dijo a sí mismo que lo sentiría de otra manera una vez que lo hubiera visto a pleno sol. Podría ver a través del vasto cañón los acantilados opuestos y el torrente del Faolain, muy abajo. El oratorio no se sentiría entonces como una burbuja de cristal aferrada en la oscuridad a la ladera de una montaña, aislada, fría y con el aroma de su enemigo.

Rohan se giró rápidamente al abrirse las puertas. Pandsala permaneció allí, la luz de las velas iluminando su cuerpo y convirtiendo su túnica de luto gris y su velo en plata líquida oscura.

—Todos preguntan por usted, mi señor.

—Bajaré en un momento. ¿Cómo está mi hijo?

Pandsala sonrió, con sus ojos oscuros brillando de orgullo.

—Encantando a todos, por supuesto, tal como esperaba.

—No te dejes engañar por sus modales. Puede ser un terror cuando quiere, y más testarudo que seis juntos.

—¿Sería un chico si no lo fuera? Los cuatro hijos de mi chambelán han sido mis pajes, uno tras otro, y cada uno más travieso que el anterior. —Entró en la habitación y las puertas se cerraron tras ella—. Sin embargo, como es un chico con esas cualidades, pensé que debía advertirte. Ha oído hablar de la vieja costumbre de demostrar la fuerza y el coraje escalando los acantilados frente al castillo. Me temo que se le ha metido en la cabeza intentarlo.

—He oído hablar de ello. La idea es deslizarse hacia abajo por las cuerdas, algo así como volar. Entiendo que eso le atraiga.

—Lo prohibirás, naturalmente.

—Déjame contarte algo sobre mi crío, Pandsala —Rohan rió entre dientes—. Prohibirle hacer algo equivale a invitarlo abiertamente a que lo haga de todas formas.

—¡Pero es demasiado peligroso!

—Probablemente.

—¡Y es tan joven!

—Es mayor que Maarken cuando fue a la guerra. Pandsala, si se lo prohíbo, solo se irá y lo hará por su cuenta. Podría encerrarlo en sus aposentos y aun así encontraría la manera de salir y hacer lo que le plazca. Con Pol, hay que usar la razón y una astucia aún mayor que la suya, y a veces ni siquiera eso funciona.

—Pero, mi señor… —empezó.

—Bajemos. Te mostraré algo sobre nuestro testarudo príncipe.

Rohan apenas se había servido un plato de comida y una copa de vino cuando su retoño apareció entre la multitud, con Maarken justo detrás.

—Mira —le susurró Rohan a Pandsala, quien observaba preocupado mientras Pol pedía permiso para probar su fuerza y coraje contra los acantilados.

—Y pensaba, padre, que también sería bueno para nosotros políticamente —concluyó con admirable, aunque transparente, astucia.

—Además de horriblemente divertido —añadió Rohan.

Pol asintió con entusiasmo.

—He escalado un poco por Stronghold y Cuenco Celestial, y el príncipe Chadric llevó a todos los escuderos a unas rocas cerca de Perla Gris para darles lecciones. Estaba justo sobre el océano, así que sé cómo escalar sobre el agua sin ponerme nervioso. ¿Puedo, padre? ¿Por favor?

Rohan fingió considerarlo, aunque su decisión ya estaba tomada, en parte impulsado por la suposición automática de Pandsala de que lo prohibiría.

—¿Qué preparativos harías para esta hazaña?

—Bueno, sé que es un poco peligroso. Pero Maarken podría venir conmigo si quiere, y a Maeta le encanta escalar. Si tuviéramos un grupo de personas que ya lo hayan hecho, podrían tomar la iniciativa y enseñarnos cómo. No será un gran riesgo, padre. Y si voy a ser príncipe, debo demostrarles de qué pasta estoy hecho.

Los labios de Rohan se curvaron en una sonrisa.

—Maarken, ¿qué te parece?

—Si está decidido a hacer esta locura —el joven se encogió de hombros—, entonces iré con él.

—Mmm. Lo pensaré.

Un destello de decepción se dibujó en el rostro de Pol, pero luego decidió interpretar sus palabras de la mejor manera posible.

—¡Gracias, padre!

Un hombre se acercó, fue presentado como Lord Cladon del Río Ussh, y la conversación giró hacia otros temas. Cuando Rohan y Pandsala volvieron a estar en relativa intimidad, se volvió hacia ella y sonrió.

—¿Y bien?

—Creo que lo entiendo, mi señor. Inventó maneras de convencerte de que sería seguro para obtener tu permiso. Sin embargo, si hubieras dictado esas condiciones, se habría resentido y te habría desafiado.

—Exactamente. Dentro de unos días habrá investigado el problema y me habrá presentado más precauciones para su seguridad, y sabrá mucho más de escalada que ahora.

—Pero ya te habías decidido.

—Tiene razón, ¿sabes? Sería excelente que demostrara su valía a tan temprana edad. —Rohan observó cómo la sorpresa le abría los ojos de par en par, interpretó correctamente su expresión y respondió—: No creas que no temo por él, Pandsala. Pero no puedo envolverlo en seda. Puedo guiar sus pasos, pero no evitaré que se lastime. Es la única

manera de que se convierta en un hombre por sí mismo, un príncipe digno de las tierras que heredará.

—Perdóneme, mi señor, pero… —Dudó un momento y luego continuó—: Hoy todos hemos recordado con mucho dolor lo rápido que se puede perder la vida de un príncipe. Pol es demasiado valioso para arriesgarlo.

—También yo lo era. —Hizo una pausa y luego continuó en voz baja—: Mis padres me mantuvieron protegido hasta los trece años, mucho más allá de la edad habitual para la acogida en otra fortaleza. Cuando me dejaron ir, fue con mi primo Hadaan en Remagev, a apenas un día de viaje desde Stronghold. Allí tenía un poco más de libertad, pero no mucha. Para cuando llegó la última guerra de mi padre contra los Mérida, estaba desesperado por demostrar mi valía, así que salí disfrazado de soldado raso. Fue una completa estupidez. Podrían haberme matado fácilmente. Pero me habían prohibido ir como heredero, ¿sabes? La madre de Maeta, que comandaba la guardia de Stronghold antes que ella, me atrapó, pero decidió hacer la vista gorda. Comprendió que, en cierto modo, me habían obligado a ello los mimos de mis padres. Mi pobre madre casi sufre un infarto y mi padre estaba furioso conmigo. Pero también me nombró caballero en el campo de batalla.

—Y no quieres que Pol se vea obligado a hacer lo mismo —reflexionó Pandsala—. Aun así, mi señor, es un riesgo terrible.

—Sioned se pondrá furiosa cuando se entere, por supuesto. Pero no puedo evitarlo. A menudo me pregunto por qué no desafié a mis padres mucho antes. Quizás fue por falta de oportunidad, pero sospecho que en realidad era miedo a mi padre. —Se encogió de hombros, cosa habitual en él.

—A mí me pasó lo mismo —dijo ella, mirando a cualquier lado menos a él—. Todos le teníamos terror a Roelstra. Pero tú nunca odiaste a tu padre como yo odiaba al mío.

—Con nosotros como ejemplo, ¿te preguntas por qué le permito a Pol hacer esto? No tendrá la necesidad de hacer algo tan temerario como yo….

—O tan perverso como yo. Somos ejemplos edificantes, mi señor. —Le dedicó una leve sonrisa—. Muy bien, lo entiendo, pero me aseguraré de que mi mejor gente lo acompañe en la subida.

—Gracias. Es todo lo que podemos hacer, ya sabes. Tomar todas las precauciones posibles y confiar en la misericordia de la Diosa para el resto. —Suspiró con tristeza—. Francamente, la sola idea de esto me aterra. Pero tengo que dejar que Pol sea quien es. Lo será de todas formas, lo permita o no, así que ¿por qué oponerse?

—Como desees, mi señor.

—Además —terminó Rohan con una sonrisa—, mi crío quiere volar por naturaleza. Pandsala, me gustaría reunirme en privado con cada uno de los vasallos mañana. ¿Podrías organizarlo, por favor?

—Por supuesto, mi señor. —Hizo una pausa pensativa, escrutándolo a los ojos—. ¿Sabes? Con todas las diferencias entre tú y mi padre, tanto como hombres como Altos Príncipes, creo que todo se reduce a una simple cosa. Mi padre nunca le dijo *por favor* a nadie en su vida.

Pol agradecía su gruesa chaqueta de cuero, pues las corrientes ascendentes del río, allá abajo, enviaban ráfagas frías a lo largo de los acantilados. El verano ya estaba en sus tres cuartas partes, y mientras que en el Desierto y en Perla Gris los días seguían siendo abrasadores, en las montañas se habían formado nubes de nuevo la noche anterior. Tras haber conseguido finalmente el permiso de su padre para escalar —tras cuatro días de súplicas alternadas con planes detallados—, Pol estaba desesperado por si una lluvia de

finales de verano arruinaba su oportunidad. Tenían que partir hacia Waes en dos días; la escalada tenía que ser esa mañana o no sería. Miró hacia abajo por primera vez desde que comenzó la lucha por ascender y tragó saliva. No se había dado cuenta de lo lejos que había llegado, de lo lejos que estaba el río ahora. Se aferró con más fuerza a la anilla de hierro clavada en la pared rocosa y se obligó a levantar la cabeza, intentando calcular la distancia hasta la cima y cuánto tardaría en llegar. Un tirón en la cuerda alrededor de su cintura le indicó que era hora de dar el siguiente paso por el acantilado. Tragó saliva con dificultad, negándose a admitir que había sido un insensato al intentar esa escalada.

A medida que los dedos de las manos y los pies encontraban asideros, recuperó la confianza. No era muy diferente a trepar por la roca irregular y esculpida por el viento en las Colinas Vere, salvo por la distancia que descendía. La vista era espléndida; realmente se sentía como los dragones. Se imaginó equipado con alas, preparándose para volar y luego surcando el desfiladero, con cada fibra de su cuerpo cantando…

—¡Pol! ¡Presta atención!

La orden de Maeta lo alertó, y recordó que definitivamente no era un dragón. Trepó para unirse a ella en una pequeña cornisa, respirando con dificultad.

—¿Qué divertido, eh? —Le sonrió—. Lo estás haciendo bien. Tira de la cuerda de Maarken y vayamos hacia la cima.

—¿Cuánto falta? —Miró hacia arriba con los ojos entrecerrados.

—Casi la mitad de lo que nos llevó llegar hasta aquí. Luego podemos almorzar, descansar y volar de regreso.

—Ojalá pudieramos volar.

Maeta se rió y le acarició el hombro con cariño.

—Lo que cuenta es el desafío. El privilegio de volar hay que ganárselo, ¿sabes? Además, ¡piensa en el agradable y tranquilo viaje de regreso por el cañón cuando terminemos! Incluso te dejaré dormir en tu caballo. Nos vemos arriba, polluelo.

Emprendió la marcha de nuevo y Pol la observó mientras encontraba los asideros cerca del siguiente anillo de hierro. Maeta pasó la cuerda y la ató para sujetar a Pol en la siguiente parte de su ascenso, al igual que ella estaba sujeta al hombre que la cubría por seguridad. Pronto Maarken se unió a Pol en la cornisa, jadeando para recuperar el aliento.

—¡Debí estar loco para aceptar esto!

—Tú y yo —admitió Pol—. Me estoy quedando sin uñas. —Extendió las manos raspadas y ensangrentadas por el agarre de la piedra afilada y le sonrió a su primo—. ¡Pero vale la pena! ¡Échale un vistazo!

Maarken pareció inhalar el cielo, los árboles y los acantilados, su mirada deteniéndose, como la de Pol, en las flores silvestres multicolores que colgaban de las rocas.

—¡Maravilloso! —exclamó—. Pero no me atrevo a mirar hacia abajo; la última vez que lo hice casi pierdo el desayuno. ¡No creo que pueda levantarme de la cama mañana! Pero tienes razón, vale la pena. —Miró al otro lado del cañón y señaló—. ¿Son tu padre y Pandsala?

Pol saludó con la mano y casi perdió el equilibrio. Maarken lo sujetó firmemente por el hombro.

—Gracias —dijo temblorosamente—. ¿Crees que puedan vernos?

—Esa chaqueta azul tuya debe ser visible por milla y media de distancia.

—¡Como si tú pasaras desapercibido! —se burló Pol, rozando con un dedo el rojo brillante de su primo. Otro tirón de la cuerda lo alertó, y se puso en marcha. Después de media mañana así, estaba seguro de lo que hacía, pero las crestas talladas en la piedra estaban hechas para una persona adulta, no para un niño que llegaba a su decimoquinto

invierno. A veces tenía que estirarse bastante para alcanzar las bodegas, y los hombros y las piernas empezaban a dolerle con fuerza— ¿Cuándo demonios voy a crecer? —murmuró mientras buscaba a tientas un hueco y apenas lo alcanzaba.

También ansiaba crecer en otros aspectos, además de en altura. Durante los últimos días, Pol había asistido a conversaciones con hombres que supuestamente eran sus vasallos, y con embajadores y emisarios de otros principados. La advertencia de Rohan de que un príncipe debe escuchar a gente muy tediosa se había hecho patente; a veces, Pol apenas podía mantener los ojos abiertos. Pero era divertido ver a estas personas mirar alternativamente a él y a Rohan: uno, el verdadero dueño de Marca del Príncipe, y el otro, su verdadero gobernante. Parecían no saber si debían preocuparse seriamente por las opiniones de Pol o tratarlo con una especie de indulgencia medio divertida: el chico que finge ser un príncipe. *Sería genial ser mayor*, reflexionó mientras buscaba el siguiente punto de apoyo, *tener la edad y la altura de Maarken, con su autoridad natural.*

Acababa de asegurarse al siguiente anillo cuando un estruendo metálico golpeó la roca. Giró la cabeza y algo gris y ligeramente oxidado pasó volando junto a él, hacia el cañón. Al levantar la vista, vio a Maeta congelada en la pared del acantilado, con los brazos y las piernas extendidos.

—¡Maeta!

—Revisa el anillo, Pol. Date prisa.

Inspeccionó el círculo de hierro y el terror le paró el corazón por un instante. La punta que sujetaba el anillo se había aflojado. Si se le ponía tensión, probablemente no soportaría más peso que el suyo, y quizá ni siquiera lo sostuviera mucho tiempo.

—Se está saliendo, ¿verdad? —gritó Maeta en voz baja, con la voz entrecortada.

Exploró la unión de la punta y la piedra.

—¡Alguien la ha tocado!

—Ya me lo imaginaba. —Dudó un momento y luego dijo—: Mi cuerda también está deshilachada.

—El hombre que va delante debe de haber...

—No lo creo. No arriesgando su vida en el proceso. Pol, desata la cuerda que nos une.

Él se dio cuenta de lo que le pedía.

—¡No! ¡Si te sueltas, te caerás!

—Y si caigo con la cuerda atada al anillo y a ti, te llevaré conmigo. Haz lo que te digo.

—Maeta, puedo trepar hasta ti...

—¡No! —La fuerza de su exclamación la hizo cambiar de postura, y algunas piedritas resbalaron del fino agarre que había conseguido con su bota izquierda— Escúchame —dijo en voz más baja—. Esto no es un accidente. El anillo que acaba de caer había sido aflojado. Fui una tonta al no verlo antes. Lo siento, mi príncipe.

—Maeta, quédate quieta. Iré hacia ti. Ninguno de los dos se caerá...

—¡Maldita sea, desata la cuerda! ¡No pienso caerme! Pero si lo hago, tú y Maarken no podrán sujetarme, ¡no con ese anillo a punto de salir de la roca! ¡Hazlo, Pol! Cuanto más tardes, más tiempo tendré que quedarme así.

Reprimió otra protesta e hizo lo que le dijo. Maarken, aún en la cornisa de abajo, gritó:

—¡Quietos, los dos! ¡Voy a rodear las rocas con la cuerda!

—¡Maarken, no la dejes caer!

Aunque lo que creía que su primo podría hacer era incomprensible para él. Su mirada se fijó en Maeta, deseando que encontrara un asidero más seguro. Encontró una grieta, luego otra, buscando asideros que aliviaran la tensión de sus músculos.

—Pol, no te muevas. —Maarken estaba justo debajo de él—. He atado la cuerda a unas rocas y avisé a todos los que están abajo. Déjame pasar y ataré el otro extremo a Maeta.

Pol se pegó al acantilado mientras Maarken maniobraba entre sus piernas, encontrando asideros donde no había ninguno tallado en el acantilado.

—Ahora está más segura —dijo el chico, asombrado por la voz tranquila que no reconoció como la suya—. ¿Qué quieres que haga?

—Sube de nuevo a la cornisa, agárrate a la cuerda y prepárate. —Maarken se detuvo para darle una palmadita tranquilizadora en la pierna, luego se deslizó y echó a andar hacia Maeta.

Había sido mucho más fácil estirarse hacia arriba con los brazos que bajar a tientas con los pies mientras sus dedos se hundían en las grietas. Estaba casi en la estrecha cornisa cuando oyó un leve silbido que lo hizo estremecerse. La punta de acero de una flecha hizo saltar una chispa en la piedra a un brazo de distancia de su cabeza.

—¡Maarken! —gritó.

—¡Escóndete entre las rocas!

Otra flecha arrojó un destello cerca de los pies de Maarken. Pol se puso a salvo y miró al otro lado del desfiladero, hacia el Castillo del Peñasco. Las flechas debían de venir de allí, disparadas por un arco poderoso arco con ansias de alcanzar el otro lado. Pero las torres estaban demasiado lejos para que vieran al arquero, que podría haber estado escondido en cualquiera de las más de cien ventanas. *Pandsala*, pensó sin venir a cuento, *iba a ponerse furiosa.*

Maarken estaba justo debajo de Maeta, con los dedos al alcance de su tobillo. Los escaladores que estaban encima de ella habían lanzado una cuerda nueva, y ella intentó agarrarla mientras la acercaban a sus manos. Maarken le gritó que se quedara quieta. Otra flecha, y luego otra, impactaron en las piedras con un leve tintineo. Pol se acurrucó, encogiéndose todo lo que pudo tras un saliente de piedra. Los puños apretados, el sudor salado ardiendo en sus ojos.

—Vamos, vamos —susurró—. Por favor…

Maarken se incorporó casi junto a Maeta, extendiendo el brazo hacia su cintura. Ella tosió y dio un respingo de sorpresa. Muy lentamente, su mano se retrajo para buscar a tientas la flecha incrustada junto a su columna vertebral, una flecha con plumas marrones y amarillas. Colores de los Mérida.

Sus dedos se aflojaron. Su alto cuerpo se arqueó hacia atrás, ofreciendo a Pol una visión de su rostro ya muerto, sus ojos negros sin vista. Le llevó una eternidad soltarse del agarre desesperado de Maarken, alejarse del acantilado gris, pasar junto a Pol, descendiendo hasta rozar piedras irregulares y finalmente desaparecer en las oscuras profundidades del cañón.

Ya no había flechas. Pol volvió la mirada, empañada por las lágrimas, hacia el Castillo del Peñasco y vio una llama brillante que se alzaba desde las almenas superiores. Como la llama de una antorcha a esa distancia, una única luz contra la sombría mole de la fortaleza, pero una llama que desarrollaba brazos que se agitaban en inútil agonía mientras el Fuego de Mensajero del Sol inmolaba carne humana. La antorcha resplandeció y luego se perdió de vista.

Sintió las manos de Maarken sobre sus hombros, oyó respiraciones sollozantes.

—Pol, ¿estás bien? ¿No estás herido? ¡Háblame!

Miró a Maarken sin comprender. El sudor y las lágrimas corrían por el rostro de su primo, y había un corte rodeado por un moretón hinchado en la frente de Maarken.

—No estoy herido —se oyó decir—. Pero tú sí.

—Solo es un rasguño. No te preocupes por mí. Nos quedaremos aquí un rato hasta que dejes de temblar. —El fuerte brazo de Maarken lo rodeó.

—No tiemblo —dijo Pol, y entonces se dio cuenta de que sí lo hacía. Hundió la cara en el hombro de su primo.

—Shh. Ella vale más que nuestras lágrimas, Pol, pero eso es todo lo que podemos darle ahora mismo. Aunque nos regañe por ello.

—Si… si no me hubiera hecho desatar la cuerda…

—Entonces también te habríamos perdido —dijo Maarken con voz ronca—. Dulce Diosa, tener el coraje de esa mujer…

Después de un rato, se callaron, y el abrazo de Maarken se relajó un poco.

—¿Todo bien? —preguntó, secándose las mejillas.

Pol asintió.

—Encontraré al culpable y lo mataré.

—Pandsala ya lo hizo. Viste el Fuego. Mató con su don.

La sorpresa se combinó con la alegría feroz de que el arquero estuviera muerto. Pero más fuerte que ambas, la indignación tensó la espalda de Pol. Pandsala había actuado con perentoria eficacia, matando al asesino antes de que pudiera responder por sus actos.

—No, *ella* responderá ante *mí* —corrigió Pol—. Soy el príncipe aquí, y es a mí a quien querían muerto. Si los anillos sueltos no lo lograban, entonces el arquero me remataría. ¿Por qué Pandsala no ordenó que lo sometieran y lo sujetaran?

—Seguro que tendrá una buena explicación. —Hizo un gesto al resto de los escaladores, que se dirigían rápidamente a la cornisa—. Mientras tanto, parece que estamos discutiendo con ella por habernos salvado la vida. ¿Preferirías estar muertos?

—No. Pero no tenía por qué matarlo, y menos así.

—Recuerda de quién es hija.

—Y de quién soy hijo. —Pol se frotó los ojos con los nudillos y respiró hondo para tranquilizarse—. ¿Viste las flechas, Maarken? Marrones y amarillas. Mérida.

—¿Quién más?

Pandsala no solo estaba furiosa. En su padre o en su hermana Ianthe, esta rabia habría acarreado más ejecuciones. Quería encontrar a alguien más a quien castigar, alguien en quien descargar esa terrible furia de vergüenza y miedo. Observó cómo el Mérida se reducía a cenizas bajo el Fuego de Mensajero del Sol, y solo la presencia del Alto Príncipe le impidió llamar al capitán de su guardia y matarlo también, por permitir que un traidor invadiera el Castillo del Peñasco.

Rohan, con el rostro serio, se apartó de las llamas retorcidas y pestilentes. Su mirada buscó los acantilados de enfrente, donde ayudaban a Pol y Maarken a subir a la cima. Rodeó el cadáver humeante y se quedó de pie con las manos apoyadas en la pared, la piedra fría y arenosa bajo las palmas. El cañón se abría ante él, magnífico y letal. El río Faolain hervía de espuma blanca contra las rocas. Si hubiera sido el Desierto, las aves carroñeras ya estarían sobrevolando. Pero no estaban en el Desierto, por lo que encontrarían el cuerpo destrozado de Maeta río abajo o encajado entre los riscos, si es que la encontraban. La muerte en aguas oscuras no era propia de una mujer de arenas brillantes y cielos infinitos. Era consciente de la presencia de Pandsala tras él. Su rabia lo maravillaba de su propia calma mortal. Debería estar rugiendo con furia, ordenando represalias contra los Mérida ocultos en los valles de Cunaxa. Ya habían atentado dos veces contra la vida de Pol; por derecho propio, debería estar cobrando cien vidas de Mérida por cada amenaza contra su hijo. Sus levas del norte, bajo el mando de Walvis, ya

estaban cerca de la frontera. Solo tenía que avisar a Sioned vía el sol y Maarken, y la invasión comenzaría.

Sabía por qué no lo haría. Todas las pruebas habían desaparecido: flechas con sus reveladoras plumas de colores, el rostro con la probable cicatriz de la barbilla, la boca con sus secretos de identidad y su infiltración silenciados para siempre. La ley era la ley, y actuar sin pruebas sería algo digno de Roelstra, el padre de Pandsala, un Alto Príncipe que hacía lo que quería y se encogía de hombros ante las leyes. Rohan vio a Pol y Maarken izados sanos y salvos hasta la cima del acantilado, sabiendo que descansarían un rato antes de emprender el largo camino hacia el cruce río arriba. Ya sería de noche cuando regresaran al Castillo del Peñasco, antes de que pudiera volver a ver el rostro vivo de su hijo.

—Mi señor —empezó Pandsala.

—No. —La miró brevemente, luego al patético montón de ceniza gris negruzca sobre las piedras—. Ahora no.

Bajó lentamente las escaleras de caracol hacia la parte principal del castillo, con el oratorio cristalino brillando a la luz del sol como su objetivo. El cristal tallado y facetado proyectaba arcoíris sobre la alfombra blanca y los muebles, sobre el oro y la plata de la mesa. Rohan se acercó a la pared del fondo y se dejó caer en el suelo, con las piernas dobladas y la espalda apoyada contra la piedra, donde se fundía con el cristal transparente. Desde allí podía ver los acantilados y observar el avance de su hijo por el camino del cañón, sabiendo que Pol estaba a salvo.

¿Por cuánto tiempo?

Rohan inclinó la cabeza, cubriéndose el rostro con las manos. ¿De qué servía todo su poder si no podía proteger a su hijo? Debía aplastar a los Mérida ahora, y también al príncipe Miyon de Cunaxa por darles refugio. Tobin vería este intento de asesinato como la excusa perfecta para una invasión, incluso sería mejor excusa que una invasión cunaxana en suelo fironés. ¿Por qué Rohan no podía?

Y debía hacer más. Aceptar la invitación fironesa y reclamar el principado ahora. Ordenar a Davvi, el hermano de su esposa, que casara al instante a la heredera Gemma con cualquiera de sus hijos, asegurando así parte del futuro de Pol a través de sus parientes. *No*, se recordó Rohan con tristeza. *No parientes.* Sioned no era la madre de sangre de Pol.

Era Ianthe. Ianthe, hija de Roelstra, Alto Príncipe y tirano. Y allí, en los alrededores del Castillo del Peñasco, Pol casi había muerto. ¿Acaso el espíritu maligno de Roelstra persistía allí, como Rohan había presentido vagamente la otra noche?

Volvió el rostro hacia la luz del sol, sintió el calor en su cuerpo. Ni la presencia ni el ejemplo de Roelstra mancharían a Pol. Rohan no ordenaría la invasión de Cunaxa; ni se apoderaría de un principado, ni jugaría a la política con una joven cuyo único delito fue haber nacido princesa. Había visto a Roelstra usar a sus hijas como moneda de cambio, había visto los ejércitos de Roelstra en suelo desértico durante una guerra basada en pretextos endebles. Él no sería el tipo de Alto Príncipe que Roelstra había sido. Si algunos consideraban esto una debilidad…, se encogió de hombros, pues le importaban muy pocas opiniones en este mundo. Miró los arcoíris que cubrían la alfombra blanca, manchas de color contra la incoloridad. El oratorio era más bello gracias a la luz del sol, a los colores que evocaban a su príncipe Mensajero del Sol. Pero los objetos con los que Roelstra lo había llenado tendrían que ser reemplazados.

Rohan se puso de pie y caminó lentamente alrededor del perímetro de la jaula de cristal hasta la mesa con sus ricos adornos. Sus dedos se apretaron alrededor de una copa de oro

y amatista. Un instante después, un cristal se rompió y la invaluable baratija desapareció por el cañón hacia las oscuras aguas.

Pol se mantuvo firme con la rigidez de los músculos maltratados y el agotamiento absoluto. Su cuerpo se resistía a obedecer la orden de mantenerse erguido y comportarse como debía hacerlo el hijo de sus padres. Entró en el enorme salón de banquetes sin mirar los ojos de nadie salvo a los que eran los suyos puestos en un rostro severamente controlado.

Murmullos de alivio se sucedieron entre la asamblea de vasallos, embajadores y criados. Pol apenas era consciente de su presencia, pero concentraba la mayor parte de su atención en su padre y en controlar la vergonzosa necesidad de estar rodeado de fuertes brazos. En ese momento, cuando debía comportarse como un hombre, nunca se había sentido tan necesitado del abrazo de su padre.

Rohan bajó los cuatro escalones de la mesa principal y recibió a Pol con una mano en el hombro y una leve sonrisa. El gesto y la expresión parecían casuales, pero Pol sintió los largos dedos apretarse con un feroz amor posesivo. Entonces Rohan miró a la multitud por encima de la cabeza de Pol. Luego, ambos se giraron y encararon a la congregación.

—Agradecemos a la Diosa y a la buena gente del Castillo del Peñasco por la seguridad de nuestro amado hijo. Con tal protección, sin duda gobernará Marca del Príncipe durante mucho tiempo, y con éxito.

Se oyeron vítores, y Pol sintió que su padre se tensaba, como si intentara no abrazarlo. Lo comprendió; no eran padre e hijo en ese momento, sino Alto Príncipe y Heredero. Miró a su alrededor, sorprendido por la verdadera alegría y alivio en la mayoría de los rostros, intrigado por las sonrisas cautelosas en otros. Nadie allí deseaba su muerte, estaba seguro. Pero había quienes no la llorarían demasiado.

Él y Maarken siguieron a Rohan hasta el estrado, donde Pol se sentó entre su padre y Pandsala. Su rostro estaba pálido e inexpresivo; no lo miraba. Maarken se sentó al otro lado de Rohan, tan cansado y dolorido como Pol, pero igual de decidido a no demostrarlo.

La sala quedó en silencio.

—Cuéntanos qué pasó —dijo Rohan.

Pol lo hizo. No se habían detenido a lavarse ni a cambiarse de ropa; quería que todos vieran sus moretones y suciedad. Se aseguró especialmente de que todos supieran del sacrificio de Maeta, y si se le quebró la voz al hablar, nadie lo culpó. Cuando mencionó los colores de la flecha que la había matado, un rumor sordo recorrió la sala. Su relato terminó con elogios para quienes los habían ayudado a él y a Maarken a ponerse a salvo; se había asegurado de aprender sus nombres al regresar. Hizo una pausa y terminó diciendo:

—Les agradezco que me hayan cuidado hoy, y lamento no haber completado la escalada y haber fallado en mi… —No lo dejaron terminar la frase.

—¿Fallado? —gritó alguien— ¡Nosotros fuimos quienes le fallamos!

Y, entre protestas similares, otro exclamó:

—¡Es una costumbre estúpida que casi nos cuesta a nuestro príncipe!

—Lo intentaré de nuevo —insistió Pol—. Y la próxima vez llegaré arriba y me ganaré el vuelo de regreso, ¡y lo haré todo yo solo!

—¡No si tengo algo que decir al respecto! —La figura grande y corpulenta de Cladon, athri de Río Ussh, avanzó con paso decidido de la silla al pasillo—. ¡Demostraste tu valentía y para eso es la escalada! ¡No volveremos a arriesgarte, joven príncipe!

—¡Pero es lo más cerca que estaré de volar como un dragón! —Pol se dio cuenta al instante de lo infantil que sonaba eso y sintió que le ardían las mejillas.

Pero aunque la risa recorrió la sala, era amable, comprensiva, incluso admirativa. Estaba confundido hasta que oyó a su padre susurrar:

—¡Bien hecho! Ya los tienes, mi polluelo.

Y se dio cuenta de que, sin querer, había hecho algo muy inteligente. Los nobles de Marca del Príncipe habrían quedado debidamente impresionados con una ascensión completa, pero el atentado contra la vida de Pol había aumentado su valor a sus ojos más que cualquier otra cosa. Y él había sellado su compromiso jurando volver a escalar. Ahora era suyo, todos lo reclamaban como su príncipe.

Era una sensación extraña, que recordaba vagamente por un instante su reacción al llegar, algo así como ser ofrecido en bandeja de oro. Pero entonces comprendió. Al reclamarlo, también se habían entregado. Su padre tenía razón. Los tenía. Si él era suyo, ellos también eran de él.

—Lo hablaremos en otro momento, Lord Cladon —dijo Rohan, mirando de reojo a Pol con una mezcla de firmeza paternal y orden principesca. Otra risa recorrió la asamblea y Cladon hizo una reverencia, satisfecho con el instinto cauteloso de Rohan—. Por el momento —continuó el Alto Príncipe—, nos alegra tenerlo de vuelta sano y salvo.

—Yo... tengo algo más que decir. —Pol se asombró cuando el sonido de su voz provocó un silencio instantáneo—. Cuando encontremos a Maeta... me contó lo hermosa que le parecía esta tierra. Me gustaría celebrar su ritual aquí, para que algo de ella permanezca en Marca del Príncipe, antes de que sus cenizas sean devueltas al Desierto.

—¡Bien dicho, su gracia! —Lord Dreslav de Gran Veresch se puso de pie, con la copa en alto—. ¡Por nuestro joven príncipe!

Más tarde, cuando la pareja real se quedó sola en la habitación de Pol y volvieron a ser solo padre e hijo, Rohan abrazó a Pol con fuerza. Pol se aferró a él, temblando de cansancio. Después de un rato, se calmó y se apartó.

—¿No te importa, verdad? ¿Lo de la quema de Maeta?

—No. Fue una buena idea, tanto política como personalmente. Sé que le gustaría formar parte de esta tierra que gobernarás algún día. Dicen aquí que las cenizas de los muertos se convierten en flores. —Rohan se sentó pesadamente en una silla y se frotó los ojos—. Pero quiero el viento de la Larga Arena para mí, Pol. Prométeme que dondequiera que termine, me traerás de vuelta a casa.

—Padre, ¡no puedes morir! No hables así. —Se arrodilló junto a la silla y agarró el brazo de su padre.

—Lo siento. —Rohan sonrió fugazmente—. Estoy muy cansado, y verte en ese acantilado no me alargará la vida.

—No debería haberme ido. Maeta seguiría viva.

—Y aún habría un Mérida aquí para amenazarte. Nunca trates de adivinar el devenir de la vida, Pol.

Apoyó la mejilla en la rodilla de Rohan.

—Madre no va a estar contenta —murmuró.

—Maarken sabrá cómo explicárselo. Lo entenderá.

—¿Incluso sobre que Pandsala mató al arquero?

—Tu madre… ha hecho cosas similares. Ella también lo entenderá.

Pol intentó imaginar a su madre haciendo lo que Pandsala había hecho, y era demasiado fácil ver sus ojos verdes brillar mientras invocaba Fuego en defensa de lo que amaba.

—Por eso ella y Lady Andrade no se llevan bien —dijo Rohan de repente—. Hablando de ella, tendrá mucho que decir sobre esto y no creo que Pandsala disfrute nada. Pero dudo que Andrade intente siquiera castigarla. Rompió el juramento, pero también te salvó la vida.

—Padre, ¿apruebas lo que hizo?

—Deberían haber capturado vivo a ese hombre e interrogarlo. Podría haberme dado la excusa que necesitaba, delante de testigos, para invadir Cunaxa y destruir a los Mérida de una vez por todas. —Miró fijamente las ventanas oscuras y vacías.

—¿Pero aún así te tienta hacerlo? —aventuró Pol.

—Sin justificación, no puedo hacer nada. —Miró a Pol—. ¿Entiendes? ¿Ves que, con todo el cariño que te tengo y el temor que siento por ti, no puedo ir en contra de las leyes que yo mismo ayudé a redactar?

—Claro que lo entiendo —dijo Pol, disimulando su asombro ante la posibilidad de que su padre le dijera esas cosas—. Además, puede que no hayan sido los Mérida quienes están detrás de esto. Puede que sea el hombre que dice ser hijo de Roelstra.

—Quizás. —Rohan se frotó los ojos—. Será peor en el Rialla.

—Tendré cuidado.

—Dudo que haya otro intento antes. Tendrían que ser más sutiles. No todos están contentos de que un día gobiernes dos principados y probablemente también una buena parte de Firon. No pretendo preocuparte con esto, sobre todo a tu edad, pero debes saber a qué nos enfrentamos.

—Gracias por decir *nosotros* —dijo Pol en voz baja—. Nunca antes lo has hecho.

—¿De verdad? —Rohan parpadeó.

—Sí. Siempre es entre tú y Madre, o Chay, o Maarken; nunca se me incluye como socio activo.

Parece que hoy me has impresionado tanto a mí como a todos los demás con lo bien que estás creciendo —Rohan parecía desconcertado—. Muy bien. Nosotros, es decir, tú y yo, tenemos mucho de qué hablar. Pero también necesitamos dormir al menos hasta el mediodía de mañana. Y esa es una orden que nosotros, Alto Príncipe y padre, te exigiremos que obedezcas.

Pol hizo una mueca y luego se rió.

—Algún día escalaré ese acantilado y volaré hacia abajo. ¡No soy el Hijo del Dragón por nada!

—Aunque sigues siendo un crío. Vuela a tu cama y duerme un poco, polluelo.

Capítulo Catorce

Andry observó a su público, intentando contener un repentino ataque de nervios. Había agotado todas sus garantías para convencer tanto a Andrade como a Urival de que lo dejaran experimentar con una fórmula del Pergamino Estelar. Sabía que funcionaría. Había estado todo el día agitado por la emoción ante la inminente posibilidad de probar su teoría. Pero, de repente, la idea de usar una antigua hechicería lo puso nervioso. Tragó saliva y se recompuso.

Había elegido la pequeña cocina del ala de la biblioteca para su demostración. No solo toda esa sección de la fortaleza estaba tranquila y desierta a esas horas de la noche, sino que además contaba con el suministro necesario de agua corriente y un calentador para preparar sus pociones. Esta era también la parte más antigua del castillo (había encontrado su plano en uno de los textos históricos), y si el espíritu de Lady Merisel merodeaba por algún lugar de la Fortaleza de la Diosa, sería allí.

Urival y Morwenna serían sus conejillos de indias mientras Andrade observaba. Hollis también estaba con ellos, con los ojos algo tensos mientras le dedicaba una leve sonrisa de aliento. Creía en su interpretación del pergamino y, por lo tanto, no podía participar en el experimento. En cambio, lo ayudaría y sería un testigo más de lo sucedido.

—He elegido un ungüento cuyas propiedades no revelaré todavía, para que sus reacciones sean espontáneas —empezó—. He preparado dos versiones: una según la receta original y la otra siguiendo las indicaciones del código manuscrito.

—Espero que puedas contrarrestarlo con medicina de nuestra propia elaboración —dijo Morwenna con indiferencia, aunque su mirada suspicaz se posó en los tarros de la mesa.

—Por supuesto. —Miró a su tía abuela, cuyo rostro permanecía completamente inexpresivo. Pero sus dedos golpeaban lenta y arrítmicamente el brazo de su silla. Andry tragó saliva e intentó sonreír—. No es nada grave, créeme, y nada que no podamos curar en un instante.

—Pues adelante —dijo Urival.

Andry los dirigió a unas sillas frente a la puerta, de espaldas a la chimenea y a la mesa donde trabajaría con dos pequeños calderos. Hollis estaba a su lado, preparada con paños limpios y un cubo de agua. Andrade colocó su silla para poder observarlos a todos, incluyendo a Urival y a Morwenna.

—Les voy a dar varias dosis a cada uno. No podrán ver de qué recipiente las estoy sacando. Puede que todas sean auténticas, puede que todas sean falsas, o puede que sean cualquier combinación en cualquier orden. —Cuando todo estuvo listo en la mesa frente a él, fuera de la vista de los sujetos, se arriesgó a mirar de nuevo a Andrade. Ella arqueó una elegante ceja en un silencioso desafío. Quería que fracasara, que se le demostrara que estaba equivocado. Las implicaciones eran demasiado peligrosas. Andry sabía muy bien que iba a funcionar, y en ese momento le importaba un bledo.

—Por favor, extiendan la mano derechas —dijo. Tomando una cucharada de pasta espesa y tibia de una de las ollas de cobre, untó un poco en cada palma, sobre la base del pulgar. Unos instantes después, Urival se giró a medias en su silla.

—¿Y? Nada.

—Lo sé. Eso se hizo siguiendo estrictamente la receta. Hollis, ¿puedes lavarles las manos, por favor?

Esta vez, sumergió las cucharas en ambas mezclas, puso un poco de una en la mano de Urival y la otra en la de Morwenna. Ella se tensó, esperando no sabía qué, pero fue Urival quien soltó un grito ahogado de sorpresa y dolor.

—¡Dios de las Tormentas! ¡Me arde la mano! —Le temblaban los dedos y se le acalambraban los músculos de la mano, atrayendo el pulgar hacia la palma con una contorsión tan agonizante de ver como obviamente dolorosa de experimentar.

—Lávatelo, rápido —le dijo Andry a Hollis. Al hacerlo, el músculo se relajó lentamente y parte de la tensión desapareció del rostro de Urival.

—Supongo que fue de verdad —observó Andrade con su voz más fría. Los dedos de su mano izquierda tamborileaban sobre la mesa.

—Sí, mi Señora —dijo Andry—. Morwenna, por favor, sumerge la mano en el agua. Gracias. ¿Alguna secuela, Urival?

—Pica un poco, pero ya no duele. —Se inspeccionó el pulgar, empujando el dorso con suavidad—. Déjalo más tiempo la próxima vez. Quiero ver si se extiende al resto de la mano.

Andry no dijo nada, sintiendo la mirada de Andrade sobre él como hielo azul mientras untaba los diferentes ungüentos en los pulgares de sus súbditos. Urival maldijo, mientras el sudor le corría por la frente. Las profundas arrugas de su rostro se tensaron de dolor mientras su mano empezaba a acalambrarse.

—No, déjalo puesto —jadeó—. ¡Se me está extendiendo por toda la palma, Diosa!

Andry hizo una mueca de compasión mientras los dedos se anudaban en conjunto, contrayendo los músculos, desalineando los huesos. La otra mano de Urival agarró el brazo de su silla con tanta fuerza que astilló la madera quebradiza. Hollis se acercó para lavarle la mano, pero él negó con la cabeza, apretando los dientes.

—¡Basta! —exclamó Andrade mientras su muñeca empezaba a retorcerse.

Hollis lavó la mano de Urival con agua fría y este echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y el rostro ceniciento. Andrade clavó en Andry una mirada dura.

—Has demostrado tu punto.

—Pero no es justo que Urival sea el único. —Morwenna se giró en su silla y extendió ambas palmas—. Una falsa y otra real. No sé cuál de tus pequeños botes es cuál.

Andry miró a la Dama; ella asintió brevemente. Aplicó las pastas en las manos de Morwenna, y los dedos de la izquierda comenzaron a curvarse al instante. Su aliento silbaba entre sus dientes.

—¡Madre mía! Tenía razón: ¡me arde toda la mano!

Andrade se levantó, agarró el cubo de agua y hundió la mano de Morwenna en él.

—Felicidades —le espetó a Andry—. Tenías razón. ¡Ahora destruye ese terrible brebaje de una vez!

—Pero…

—¡Destrúyelo! —tronó— ¡Y tienes suerte de que no ordene quemar también el Pergamino Estelar! ¡Si este es el tipo de conocimiento que contiene, entonces debería ser quemado!

—¡No! —exclamó Andry, sin poder evitarlo. Hollis le puso una mano en el brazo como advertencia y él se calmó.

—Cállate —le dijo Andrade—. Y no le digas nada de esto a nadie. ¿Me entiendes, Andry?

—Sí, mi Señora —murmuró.

Cuando Morwenna se recuperó, ella y Urival salieron de la pequeña cocina con Andrade. Nadie había dicho una palabra más. Andry se desplomó en una silla junto a la chimenea encendida y contempló las llamas, con un silencio sombrío como una capa demasiado pesada sobre sus hombros. Hollis estaba de pie a su lado, con las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones.

—Está cegada por el miedo —murmuró Andry—. No lo entiende.

—Quizás elegiste la receta equivocada para hacer tu demostración —sugirió Hollis—. Fue dramático, te lo aseguro, pero algo que causa tanto dolor no es la elección más sabia que pudiste haber tomado.

—¿Qué otra cosa podía hacer? No podría enfermar a alguien y luego curarlo con algo del Pergamino Estelar, ¿verdad? —Se levantó y empezó a pasearse por el suelo de baldosas—. Pero tenía razón, Hollis. Tenía razón. Simplemente ella no quiere admitirlo. ¿Sabes lo que dice del dranath? Que cura la enfermedad del dragón, lo que conocemos como la Plaga. Lady Merisel escribió en los pergaminos que el dranath puede curar la enfermedad, y sabemos que es cierto porque lo vimos. Si lo hubiéramos sabido antes, si hubiéramos tenido los pergaminos, ¡quizás mi hermano Jahni, mi abuela, Lady Camigwen y todos los demás aún estarían vivos! ¡Y habla de quemar el Pergamino Estelar!

Hollis, normalmente de voz suave, se volvió hacia él con repentina furia.

—¿No entiendes por qué tiene miedo? ¡Tiene setenta inviernos, Andry! El pergamino la amenaza, no porque sea obstinada, sino porque es vieja y quizá no le quede tiempo para controlar el peligro que le has mostrado. ¿No lo entiendes?

La miró fijamente. En todas las veces que se había puesto en secreto en el lugar de Andrade como gobernante de la Fortaleza de la Diosa, nunca había considerado que un día él también envejecería, que el tiempo se acortaría, que no sería capaz de hacer planes y llevarlos a cabo. Que moriría.

Hollis, evidentemente, encontró algo en su rostro que la satisfizo. En tono más tranquilo, continuó:

—No es que no quiera saber qué hay en el Pergamino Estelar. Le teme a un futuro que quizá no esté aquí para moldear. Se ha dedicado toda su vida a ello. ¿Te extraña que le dé miedo?

—Pero no puede ordenarme que lo queme. No puede.

—No creo que lo haga. Sabe lo importante que es. Pero también ve peligros que tú no ves. —Hollis se frotó la frente con cansancio—. Y perdóname por decirte que sería mejor que aprendieras a temer esos peligros tú mismo.

En silencio, tomó las dos pequeñas ollas de cobre de la mesa, se acercó al fuego y raspó su contenido sobre las brasas. Un hedor nauseabundo se elevó y tosió, retrocediendo apresuradamente al sentir que le ardía la nariz. Hollis, que también había recibido una buena dosis de humo, se tambaleó hasta una silla y se deslizó en ella, ahogándose. Andry miró a su alrededor frenéticamente, apenas capaz de ver a través de las lágrimas que le nublaban los ojos, y cogió un paño para remojarlo en agua fresca en el fregadero. Lo rasgó en dos, se puso la mitad en la nariz y la otra contra el rostro pálido de Hollis.

—¡Respira! —ordenó.

Tras un instante, la sensación de ardor se desvaneció, aliviada por las gotas de agua que ambos inhalaron. Pero se les llenaron los ojos de lágrimas y tosieron un rato después. Cuando ambos se recuperaron, Andry se agachó junto a la silla de Hollis y la miró con ansiedad.

Ella se secó los ojos e intentó sonreír.

—Parece que no hemos traducido lo suficiente del pergamino como para aprender eso. ¿Me crees ahora?

Andry inclinó la cabeza.

—Sí. Lo siento, Hollis.

Sintió sus dedos alborotarle el pelo con cariño.

—Escúchame, hermanito, porque espero que pronto seas mi hermanito. Eres valiente, astuto y más inteligente de lo que te mereces, y tus dones son mucho mayores de lo que crees ahora. Te quiero por ser tú mismo, Andry, y por Maarken.

—¿Pero? —preguntó con voz apagada.

—Eres joven. Se necesitan años para aprender a ser paciente, a ser sabio y cauteloso. No dejes que tus poderes y tu inteligencia te impidan ver tu juventud.

Alzó la vista, a punto de asegurarle que sería cauteloso y sabio. Pero el cansancio mortal en su rostro borró cualquier otro pensamiento de su cabeza.

—Hollis, ¿estás bien? Te ves horrible.

—Otra cosa que aprenderás con la edad es a hablarle a una mujer —rió suavemente—. Las palabras adecuadas serían: *Te ves un poco agotada, ¿por qué no vas a descansar?.* Pero no importa. Encontraré a Sejast y le pediré que me prepare una taza de ese sabor tan especial. Hace maravillas.

—Yo también necesito un poco —admitió Andry.

—Jura que una vieja bruja de las montañas le dio la receta en secreto —dijo sonriendo.

Andry sonrió y se puso de pie.

—¿Quien le hizo jurar que nunca revelaría su contenido, o le sacaría los ojos con las uñas y le arrancaría las venas de su cuerpo vivo...?

—¡Andry! —lo reprendió—. No te burles. Maarken me dijo que te daban miedo las lagartijas de pequeño, ¡porque creías que eran crías de dragón que habían salido de sus caparazones para escupirte fuego!

—¡Una suposición perfectamente natural! Pero supongo que no conviene burlarse de las brujas. —Miró significativamente la puerta por donde Andrade había desaparecido—. Vete a la cama. Yo limpiaré esto. Y te ves fatal, ¿sabes?

Se puso de pie con esfuerzo.

—¿Qué pasó con tu parte del infame amuleto de tu padre?

—¡Lo estoy guardando para una chica que no esté prometida a uno de mis hermanos!

Era muy tarde, y Riyan tenía que pellizcarse constantemente para mantenerse despierto. Seguir a Lady Kiele en sus excursiones nocturnas por Waes y sus alrededores solía ser muy aburrido. Esta noche no parecía ser la excepción.

Riyan había hecho bastantes amigos en Waes gracias a su sociabilidad, a segundas intenciones y al puro aburrimiento. Su informante, el sirviente del padre de Jayachin y compañero de copas en una taberna local, había oído de un lacayo, que a su vez había oído de un ayudante de cocina, que a su vez había oído de la doncella de Lady Kiele (a quien el ayudante de cocina cortejaba), que ella había ordenado ensillar un caballo para un paseo nocturno. Un mozo de cuadra había aceptado la ayuda de Riyan para preparar el caballo, y había sido facilísimo hacer una ranura profunda en la herradura trasera de la yegua. La marca se veía muy claramente en el suelo aún húmedo tras la llovizna de la noche anterior, lo que facilitaba seguir a Kiele.

Riyan había hecho precisamente eso después de colocar a otro sirviente en la puerta con órdenes de responder a todas las preguntas con la noticia de que estaba en cama con un resfriado de verano. Escabullirse por una de las muchas puertas fue fácil. Y ahora se acurrucaba junto a un arbusto, observando una pequeña casa solariega escondida entre un grupo de árboles. Las ventanas tenían cortinas negras, pero unas líneas de luz irregulares se filtraban aquí y allá, tentándolo a acercarse. Se resistió, sin saber cuánta gente podría haber dentro. No tenía intención de que lo atraparan; no había visto guardias hasta el momento, pero siempre existía la posibilidad.

Durante la primavera y principios del verano, había seguido a Kiele siempre que podía. Casi siempre, ella visitaba las casas de varios personajes notables de la ciudad, incluyendo la del padre de Jayachin. Sin duda, las visitas estaban relacionadas con los planes para el Rialla, pero de vez en cuando, Riyan sospechaba firmemente que la llegada de Kiele era una completa sorpresa para sus anfitriones. Salía cada ocho o diez días, y en una ocasión la rastreó hasta una casa junto al muelle. La investigación de la tarde siguiente solo reveló a un marinero corpulento y a una sirvienta muy fea, ninguno de los cuales imaginaba útil para la Dama de Waes. Riyan no la había vuelto a ver entrar en la casa y se maldijo por haberla asustado. Sin duda, su propia visita había sido reportada, y ella no se había atrevido a volver allí.

Pero esa noche, la herradura marcada lo había conducido desde las puertas de la ciudad hasta esta mansión rural. Riyan la había perdido en un bosque, pues no conocía bien los senderos de los alrededores de Waes a pesar de las interesantes excursiones con Jayachin. (Normalmente tenían más que hacer que un recorrido a pie exhaustivo, aunque hasta entonces Riyan había tenido poco éxito romántico). Pero la hendidura en la herradura le había sido útil, y solo tenía que conjurar una brizna de Fuego cuando era necesario para saber adónde había ido.

Los viajes de Kiele podían no ser más siniestros que encuentros con un amante —Riyan no la habría culpado, siendo Lyell el insulso que era—, pero Kiele le había parecido una mujer fría cuyas pasiones se reservaban para el poder y el odio. Había oído las historias sobre su padre y su hermana Ianthe.

Y últimamente, una extraña sensación se cernía sobre la residencia. Chiana, tras ser rechazada más de una vez por Riyan, por fin lo había dejado solo y se había concentrado en Lyell, y Kiele ni siquiera parecía notarlo. Pasaba mucho tiempo fuera de la residencia, diciendo que trabajaba en los preparativos para el Rialla. Pero a veces Riyan la veía sentada con planos desplegados ante ella, mirando al vacío con una sonrisa secreta y feroz en los labios.

Tras esperar lo que consideró suficiente tiempo para asegurarse de que nadie se acercara por el lateral de la casa con espada en mano para proteger a quienquiera que estuviera dentro, Riyan se acercó. Conocía lo suficiente a la yegua atada en el exterior como para que el animal no se moviera nerviosa ni relinchara ante su aparición; le dio una palmadita en el cuello en agradecimiento y se acercó sigilosamente a las ventanas.

Podía ver un trocito de la habitación a través de la rendija de las cortinas. Limpia, amueblada con pulcritud, pero sin lujos, resplandeciente por una luz que lo hacía parpadear, era el hogar de gente acomodada, pero no adinerada. Kiele pasó junto a él y se sobresaltó al verla cerca de la ventana. Llevaba un ligero vestido de verano de seda verde y casi podía oír el frufrú con la furiosa rapidez de sus pasos. Riyan entrecerró los ojos, intentando enfocar una figura que se alzaba justo fuera de su campo de visión.

Una mano de acero lo agarró del hombro.

—¿Qué demonios haces aquí? —le susurró una voz al oído.

Casi gritó de miedo. Otra mano le sujetó la mandíbula para evitarlo. Riyan consideró forcejear, pero descartó la idea por ser demasiado ruidoso y estaba a punto de coger su cuchillo de bota cuando se dio cuenta de que la mano que le tapaba la boca llevaba anillos. Se relajó por completo y levantó la suya.

—Bien —susurró la voz, y lo soltó.

Riyan siguió al hombre fuera de la casa. A salvo entre los árboles, vio un pequeño dedo de Fuego danzar delicadamente sobre un arbusto que le llegaba a la cintura, y casi volvió a gritar.

—¿Kleve? —susurró— ¿Qué haces aquí?

—Lo que he hecho la mayor parte de mi vida —el hombre mayor sonrió con fuerza—, por supuesto: seguir las órdenes de Lady Andrade.

—¡Yo también! Me dijo que vigilara a Kiele...

—Pero no, creo, que la siguieras por todo Waes y más allá. —Kleve se hundió en el suelo, sacudiendo la cabeza, y Riyan se acurrucó a su lado—. ¡No te imaginas cuántas veces he tenido que esconderme de ti, además de esconderme de ella cuando sale a dar sus paseos nocturnos!

—Te refieres a que tú... ¿y yo ni siquiera te vi?

—Claro que no. Cuenta tus anillos, Mensajero del Sol. Y luego cuenta los míos. —Kleve le dio una palmadita afable en el hombro—. Has crecido desde la última vez que te vi en Cuenco Celestial.

Kleve era uno de los pocos faradh'im itinerantes que recorrían los principados a instancias de Andrade, observando e informando de cosas que los Mensajeros del Sol asignados a cortes específicas no solían oír. Había sido clave en ciertas maniobras durante la guerra del año en que nació el Príncipe Pol, y durante la infancia de Riyan en Cuenco Celestial, a veces acudía para disfrutar de unos días de relajación, compañía y buena comida. Ostvel tenía en gran estima a Kleve, y una broma recurrente entre ellos era el intento del athri de persuadir a Kleve para que se convirtiera en su Mensajero del Sol en la corte. Kleve odiaba cualquier tipo de muralla, ya fueran las que rodeaban una ciudad o una pequeña fortaleza; era más feliz recorriendo las escarpadas tierras alrededor de Cunaxa, Marca del Príncipe y el Desierto del norte.

—¿Por qué tan lejos de casa? —preguntó Riyan.

—Podría preguntarte lo mismo. ¿Clutha se ha dado por vencido y te ha expulsado de Fuerte Cenagoso, desesperada por si alguna vez te convertirías en caballero?

—Tampoco confía en Kiele ni en Lyell —respondió Riyan con una sonrisa—. Y me van a nombrar caballero en el Rialla. Padre estará aquí, espero. Dime que te quedarás lo suficiente para verlo.

—No se lo perdería. ¿Sabes qué trama Kiele?

—Sé lo de la casa junto a los muelles —empezó.

Kleve resopló.

—¿Te refieres a la que ya no frecuenta porque la asustaste con tus indagaciones? ¡Podría haberte estrangulado por eso! —Apagó la llama del dedo con un gesto y miró hacia la casa—. Vuelve a la residencia ahora, Riyan. Desde ahora me encargo yo.

—Lady Andrade me dijo que la vigilara —dijo el joven con terquedad.

Kleve agarró el hombro de Riyan.

—Andrade me dejaría medio muerto y tu padre terminaría el trabajo si dejara que te pasara algo. Hasta ahora has estado a salvo; no has visto nada ni aprendido nada importante. Pero si lo que sospecho es cierto, entonces estar aquí, esta noche, es más peligroso de lo que crees.

—¿Qué has descubierto?

—Unas cuantas cosas —esquivó—. Espero saberlo con seguridad pronto. Por cierto, me hiciste un gran favor: al seguirte, encontré a Kiele. Me ha esquivado las últimas veces. —Se puso de pie—. Voy a echar un vistazo y a escuchar. La mejor manera de ayudarme es volver al pueblo. Hay una orfebre llamada Ulricca que vive en Nueva Gran Calle. Nos vemos en su casa mañana por la mañana. Ahora, muévete.

—Kleve… —dijo Riyan, casi con rebeldía.

—Puede que seas un Mensajero del Sol, y casi un caballero, pero esto no es trabajo para ti. ¿Tengo que enumerar mis anillos y citar la autoridad que me dan?

—No, pero…

—Pues haz lo que te digo. Será mejor que te pongas en marcha. Es un largo camino. —Kleve suavizó la orden con un codazo cariñoso—. Te lo contaré todo mañana.

—Más te vale —murmuró Riyan.

Andry no podía dormir. Estuvo a punto de ir a la habitación de Hollis para pedirle que usara el hechizo que había estado aprendiendo de Urival, pero la decencia le exigía que la dejara descansar. Con o sin el brebaje de bruja de Sejast, últimamente estaba agotada. Negó con la cabeza mientras se vestía, contento de haber crecido en lugares sofisticados donde las brujas y cosas así eran cuentos para niños.

Y, sin embargo, se detuvo en seco en las escaleras cuando una idea lo asaltó. Algunas cosas del Pergamino Estelar sin duda podían considerarse hechicería. Su mismo título era evocador: Sobre Hechicerías. ¿Y si Sejast realmente se había topado con uno de los ancianos? Se inclinaba más a pensar que el chico se había topado con un sabio que conocía extraños remedios herbales, en lugar de una hechicera de las viejas costumbres. Pero alguien había estado observando la noche en que Meath entregó los pergaminos; observando no al sol ni la luna, sino al tenue resplandor de las estrellas. Andry continuó bajando las escaleras, temblando ligeramente, y decidió averiguar más sobre la supuesta bruja de Sejast.

Se dirigió al ala de la biblioteca a través de los silenciosos pasillos de la fortaleza. Estaba casi en la puerta cerrada de la cámara donde se guardaban los pergaminos cuando se dio cuenta de que Hollis tenía la llave. Demasiado solo para pasar la noche investigando, pensó Andry con tristeza, y se preguntó qué más podría aliviar su inquietud. ¿Un paseo rápido por los jardines? Quizás podría visitar los establos para ver cómo estaba su caballo. Maycenel había sido tristemente descuidado mientras trabajaba en los pergaminos, y se sentía culpable por ello. Su padre le había regalado el joven semental cuando se convirtió en escudero del príncipe Davvi: una montura digna del caballero en el que Andry nunca se convertiría. Sorin había recibido como regalo el hermano gemelo de Maycenel al partir hacia la corte del príncipe Volog ese mismo año: una obra maestra, gemelos para gemelos. Pero Sorin había aprovechado su Joscenel para el uso que su padre pretendía, y sería nombrado caballero ese año. Andry se preguntó de repente si Chay estaría terriblemente decepcionado de que no hubiera hecho lo mismo. Y, de ser así, si alguna vez lo demostraría.

El patio estaba vacío, salvo por los gatos de caza. Andry cruzó las losas hacia los establos, esperando oír solo el soñoliento sonido de los caballos en sus cubículos. El tintineo de una brida lo sobresaltó. Siguió el sonido hasta el otro extremo del edificio, pisando silenciosamente la paja fresca.

—¡Hollis! —exclamó, incapaz de evitar el sobresalto al ver la larga cabellera, entre naranja y marronácea, de la muchacha— ¿Qué haces aquí?

Ella se giró y dejó caer la brida en sus manos. Una silla de montar estaba apoyada en la paja cerca de una pequeña yegua veloz que había sido el regalo de su padre a Andrade hacía unos años; a pesar de su edad, la Señora de la Fortaleza de la Diosa aún sabía apreciar una cabalgada rápida en un buen caballo. Hollis se quedó mirando un momento, luego se agachó para recoger la brida. El metal resonó con el temblor de sus dedos.

—Solo... pensé en ir a montar...

—¿A estas horas de la noche? ¿Has dormido algo?

Ella se encogió de hombros, de espaldas a él, mientras le colocaba las correas de cuero por encima de la cabeza a la yegua. Andry apoyó los codos en la media puerta del establo y frunció el ceño. A Hollis le encantaban los caballos y montar a caballo; difícilmente habría sido una esposa adecuada para el próximo Señor del Fuerte de Radzyn si no fuera así, pero esto era más que extraño.

—¿Quieres compañía? —preguntó finalmente, con una oferta deliberadamente informal.

Ella negó con la cabeza violentamente, con las trenzas doradas y desordenadas agitándose sobre sus hombros. Tenía los dedos enredados en la crin negra de la yegua y su cuerpo empezó a temblar. Andry se quedó boquiabierto al oír un leve sollozo que le arrancó la garganta. Abrió la puerta de golpe y se acercó a ella, dándole palmaditas en la espalda con torpeza, deseando que Maarken estuviera allí para consolarla. Debía de ser él el motivo de su llanto, se dijo Andry.

Cuando dejó de llorar, lo miró e intentó sonreír.

—Lo siento. No suelo ser tan tonta.

—No tienes que preocuparte por el Rialla, ¿sabes? —dijo, intentando explorar su suposición sobre Maarken—. Mis padres te querrán, igual que a Maarken.

Ella parpadeó, y él se dio cuenta de que su hermano era lo último que tenía en mente. Ni siquiera se molestó en disimular su reacción, y eso lo sobresaltó aún más.

—Estás cansada —continuó, buscando excusas para explicar su comportamiento—. No has dormido nada. Vuelve arriba, Hollis.

Ella asintió débilmente. Andry le quitó la brida a la yegua, la colgó de un clavo y volvió a colocar la silla en su soporte. Cuando se giró, Hollis ya no estaba.

La alcanzó en el patio y le tocó el brazo. Ella soltó un pequeño grito y se alejó de él.

—¡Ay! ¡No te acerques tan sigiloso! ¿Qué haces fuera a estas horas de la noche?

Era como si los momentos en los establos nunca hubieran ocurrido. No encontró nada en su rostro ni en sus ojos que indicara que no era la primera vez que lo veía esa noche.

—No pude dormir. Fui a la biblioteca a trabajar en los pergaminos, pero tienes la llave.

—Está arriba, en mi habitación. —Echó un vistazo por encima del hombro hacia los establos, casi con desesperación.

—Lo sé —dijo, más desconcertado que nunca por su extrañeza—. Volveré a la cama y fingiré que duermo.

—Quizás un libro te ayude —sugirió, sonando más propia de sí misma—. Conozco varios que te harán roncar en dos páginas.

Se rió, pero había una furia en el sonido que anuló cualquier alivio que él pudiera haber sentido al verla recuperar el sentido del humor. Era caprichosa y asustadiza como una potra salvaje; nada que ver con la Hollis sensata y práctica que él conocía.

Kleve se deslizó hasta la ventana, esperando que Riyan hiciera exactamente lo que le decía. Que le molestara al chico, de todas formas, y que también le molestara a Andrade, por obligar a Riyan a hacer lo que Kleve era perfectamente capaz de hacer solo. Aun así, tenía que admitir que la presencia del joven había sido útil esa noche. Nunca habría encontrado a Kiele de no ser por Riyan.

Rodeó la casa, buscando una ventana entreabierta que le permitiera oír lo que decían dentro, y casi recibe un golpe en la cara al abrirse de golpe una ventana. Se pegó a la pared, apretando los dientes para no soltar una exclamación de sorpresa, y se quedó paralizado hasta que las cortinas volvieron a caer para proteger la luz del interior.

—¡Aquí dentro se está en un horno, maldita sea! ¡Hace más calor que el Desierto en pleno verano! —gritó la voz de un hombre—. ¡Si tengo que probarme esta maldita ropa, al menos ahórrate la molestia de lavarme el sudor después!

—¡No tienes el mínimo sentido de precaución! Estoy segura de que no me siguieron, pero si crees que estamos a salvo, ¡piénsalo dos veces!

—¡Cállate, Kiele!

—¡Cómo te atreves a darme órdenes! ¿Y qué mosca te picó como para que vinieras a la ciudad hoy? ¡De todas las estupideces…!

—¡Estaba aburrido! ¡Me has tenido aquí fuera más tiempo del que puedo recordar! Y no ha pasado nada malo, ¿quién me reconocería?

—Ese es el punto, ¡que alguien te reconozca!

—Si mi antiguo carcelero no hubiera estado bebiendo, nadie se habría dado cuenta. Pero no, tenía que estar medio borracho y, por supuesto, ¡tuvo que correr a delatarte! —Se oyó el ruido de algo, quizás una silla, al caer al suelo. Kiele soltó un pequeño grito y luego una maldición, y el hombre rió.

—Tranquilízate. Has venido a sermonearme, y no me interesa. Sigamos con lo de la ropa, ¿de acuerdo?

—¡Aprenderás a callarte y a hacer exactamente lo que te digo, o nos arruinarás a todos, Masul!

—Estoy harto de estar enjaulado —su voz era salvaje, una fiera hambrienta—, y estoy harto de que me digas lo que debo y no debo hacer, ¡y sobre todo estoy harto de tus dudas! ¿Cuándo vas a admitir que soy quien digo ser, querida hermana?

Kleve clavó los dedos en la madera desgastada de las paredes del interior mientras sus rodillas temblaban por la repentina impresión.

—Pruébate la túnica —dijo Kiele con el hielo inexorable de un glaciar de montaña.

Kleve se movió para poder mirar a través del pequeño resquicio de las cortinas negras. Sus músculos crujieron en protesta por la incómoda postura necesaria para evitar el roce de un arbusto en flor, pero su recompensa fue ver la cabeza de Masul asomando por el cuello de una elegante túnica de terciopelo violeta oscuro.

Una vez, hacía muchísimo tiempo, Kleve viajó a Einar por asuntos que le competían a Andrade. A mitad del viaje, casi fue pisoteado en la calzada por un grupo de nobles que habían salido a cazar. No se disculparon; de hecho, el joven líder le dijo que quitara de en medio su inmundo cadáver de Mensajero del Sol o se arrepentiría. Riendo, siguieron adelante. Kleve había tenido el gran placer de seguirlos en secreto y ahuyentar a un ciervo de primera con una ráfaga de viento en sus cuartos traseros. Había divertido a Andrade con la historia a su regreso a la Fortaleza de la Diosa. Su satisfacción había sido aún mayor cuando él había evocado el rostro del líder en el fuego. Lo había identificado al instante.

El rostro que veía ahora —ojos verdes, huesos altos, sensual, hoscamente atractivo— sería, sin la barba, casi la viva imagen de ese joven arrogante, el Alto Príncipe Roelstra.

Se deslizó por la pared hasta el suelo cubierto de hierba, aturdido. Así que los rumores eran ciertos y sus sospechas justificadas. El impostor existía y Kiele lo protegía. Probablemente lo había instruido en los gestos de su padre y cosas por el estilo, ensayándolo para una aparición en el Rialla. Y Chiana estaba en la residencia de Waes; Kleve lo entendía muy bien. El deleite de Kiele ante la humillación de Chiana sería el condimento final del taze. El mismísimo Padre de las Tormentas no podría haber creado el alboroto que causaría este Masul, con la ayuda de Kiele.

Aún podía oír voces desde el interior de la casa, pero no les prestó atención. Masul se probaba ropa, media docena de prendas diseñadas para lucir lo más majestuoso y lo más

parecido posible a Roelstra. Kleve echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos con fuerza, recordando ambos rostros. El parecido estaba ahí, sin duda. ¿Pero era realmente hijo de Roelstra? Y si lo era, ¿entonces qué? ¿Tenía derecho al principado de su padre? En rigor, Kleve suponía que sí. Pero Rohan había derrotado a Roelstra años atrás y reclamado Marca del Príncipe según todas las reglas de la guerra. Y nada de eso importaría, pues incluso si Masul no era quien decía ser, muchos príncipes optarían por creerlo, aunque solo fuera para causarle problemas a Rohan.

Las complejidades políticas lo superaban, se dijo Kleve. Le comunicaría esta asombrosa noticia a Andrade y ella tomaría las decisiones. Era muy buena en eso. Se puso de pie, con los huesos un poco doloridos por la humedad de la lluvia del día anterior. Necesitaba tranquilidad, aislamiento y la luz de la luna. Se alejó sigilosamente de la casa, sin necesidad de ver ni oír nada más, en dirección a los árboles donde había dejado a Riyan.

Algo le advirtió, un susurro apagado en el límite de su percepción, medio instante antes de oír la voz.

—Así que tenías razón después de todo, Kiele. Nos estaban vigilando.

Una mano larga y fuerte rodeó la muñeca de Kleve, con dedos que se hundían hasta los huesos. El Mensajero del Sol se apartó bruscamente y maldijo, abalanzándose sobre la yegua atada cerca. Masul solo rió cuando Kleve agarró las riendas, encajó la bota en un estribo y se incorporó de golpe. El puño que le golpeó en la parte baja de la espalda le provocó un espasmo de dolor. Perdió el equilibrio y se desplomó en el suelo.

—¡Te dije que oí algo! —gritó Kiele con voz aguda y estridente—. Masul, ¿qué vamos a hacer con él?

—Primero, averiguaremos qué sabe.

Kleve sabía lo que sucedería después. Se puso de pie con dificultad, agarrándose a la silla de montar, y levantó una mano.

—¡Responderás ante Lady Andrade! ¡Soy faradhi!

En la oscuridad, tejió una llama de Fuego, invocada con desesperación, pues a su luz vio su propia muerte en los ojos verdes de Masul. El joven se reía de él, con una risa profunda y suave que le heló la sangre.

—Siempre he querido conocer a uno.

Kleve libró una pequeña e incoherente guerra con su juramento de toda la vida de no matar usando sus dones. El instinto de supervivencia y la necesidad de hacerle llegar esta información a Andrade luchaban contra su entrenamiento, sus ideales, su vocación y su moral. Giró el rostro hacia la luz de la luna, tambaleándose hacia atrás contra el flanco del caballo mientras Masul le daba un rodillazo en la ingle. El Fuego se extinguió, y el instinto tejió otros hilos con una velocidad frenética. El poder lo inundó con una fuerza vertiginosa en su necesidad mientras completaba el tejido. La garra de hierro le retorció el brazo. Cayó de rodillas, enredado en la luz de la luna. Clasificando los hilos con frenéticas explosiones de poder, forcejeó contra el agarre físico de Masul e hizo un gran esfuerzo para moldear la luz de la luna en una tela que llegara hasta la Fortaleza de la Diosa.

Sintió un frío gélido en la base de su meñique izquierdo, rápidamente reemplazado por un dolor abrasador.

—Dedo a dedo —dijo Masul.

En su juventud, cuando se deleitaba en vigorosas batallas con asaltantes de montaña que respetaban las ganancias más que los Mensajeros del Sol, había conocido su cuota de heridas de cuchillo y espada. Pero cuando la hoja de acero de Masul le cortó el dedo, sintió como si le hubieran abierto todo el cuerpo, cada nervio cercenado. Hilos de luz de luna se

transformaron en cristal plateado a su alrededor y se hicieron añicos. Los fragmentos le laceraron la mente. Gritó, y el sonido se convirtió en colores que eran más cuchillos en su cabeza, en su carne. El pulgar le fue arrancado de la mano derecha y volvió a gritar.

—¡No lo mates! ¡Tenemos que averiguar qué sabe y si se lo contó a Andrade!

—Solo son dos dedos. No morirá por eso. ¡Qué cobarde es! ¡Solo escúchenlo gritar!

Kleve fue incapaz de luchar contra la espantosa agonía que lo descuartizó por dentro. Otro dedo cayó en la tierra ensangrentada.

Murió antes de que pudieran hacerle la primera pregunta: murió no por pérdida de sangre ni por el impacto físico, sino por el acero que lo atravesó repetidamente mientras intentaba usar sus dones faradhi.

Segev oyó voces en la biblioteca justo cuando localizó el Pergamino Estelar en el estante. Se quedó paralizado, con los dedos extendidos, casi tocando su premio. Un destello en su mente oscureció la pequeña llama que había conjurado para ver. Se dijo a sí mismo que debía esperar, mantener la calma, recordar lo cerca que estaba del éxito. Quienquiera que hubiera entrado pronto se iría. Había esperado antes tras una fila de estantes a que Andry saliera, y podía esperar de nuevo.

Pero fue la voz de Andry la que oyó.

—Si crees que los ensayos de Wilmod son aburridos, deberías probar con los de Dorin. Al menos Wilmod sabe cómo construir un argumento. ¡Dorin es simplemente pésimo en todo!

Estaban al final de la habitación, frente a la pequeña cámara donde los pergaminos estaban guardados bajo llave junto con otros documentos importantes. Segev revisó rápidamente la disposición y respiró aliviado al recordar que los libros de los que Andry hablaba estaban al otro lado de la biblioteca. Pero entonces se tensó de nuevo cuando el reconocimiento de la segunda voz destruyó todos sus planes.

—Pensaba en usar manuales agrícolas como soporíferos —dijo Hollis en tono burlón.

Segev oyó sus pasos desvanecerse por la larga hilera de estanterías y se movió con rapidez. No había tocado nada más que la cerradura de la puerta, así que no había nada que dejar como estaba. Rozó con anhelo el estuche de cuero que contenía el Pergamino Estelar y se dirigió a la puerta. Se deslizó por el interior y la cerradura se abrió con un leve clic. Guardando la llave en el bolsillo, maldijo a Andry por arruinarlo todo. Hollis, obedeciendo a una sugerencia que le había hecho esa noche mientras le servía un té con dranath, había ido a los establos, como tenía previsto, a ensillar un caballo para su rápida y desapercibida partida. Pero Segev no se atrevía a arriesgarse ahora que le habían dejado la montura.

Usó las sombras para disimular su avance hacia la puerta principal, pero se quedó paralizado de nuevo al oírlos volver en su dirección. Cerca había un rincón con una mesa de estudio y una silla. Segev se sentó, abrió un libro que habían dejado allí y apoyó la cabeza en los brazos cruzados.

—Oh, Andry, mira —dijo Hollis en voz baja desde cerca—. No lo había visto antes. ¡Pobre chico!

—Es un estudioso dedicado —susurró Andry—. ¿Deberíamos despertarlo?

—Mañana tendrá una tortícolis terrible si no lo hacemos.

Una mano suave le tocó la cabeza y, a pesar suyo, un escalofrío de emoción lo recorrió. Nunca había olvidado aquella noche con ella y dudaba que alguna vez lo hiciera. Aprovechó el sobresalto para fingir un despertar repentino y murmuró:

—Lo siento, Morwenna, olvidé la respuesta... ¡oh! —Parpadeó y se incorporó. Hollis lucía una sonrisa cariñosa y divertida, y Andry sonreía sobre un pergamino apretado contra su pecho— ¿Qué pasó? ¿Me quedé dormido?

—Sí, y apuesto que hace bastante tiempo.

Hollis le revolvió el pelo.

—Sube a la cama, Sejast.

Daba la impresión de estar aturdido por la falta de sueño al levantarse y bostezar. La mirada penetrante de Andry se había posado en el libro abierto sobre la mesa, y sus cejas se alzaron exactamente igual que la forma en que Andrade lo hacía.

—¿Los tratados de Magnowa? Eso es bastante avanzado.

Segev agradeció saber del libro y se encogió de hombros tímidamente.

—Algunas palabras son difíciles, pero es interesante.

—Gran parte está estrechamente relacionada con el idioma antiguo —observó Andry—. ¿Tienes muchos problemas?

—Algunos, mi señor, pero cada vez es más fácil. —Añadió con valentía—: Supongo que debe ser igual con los pergaminos.

Hollis respondió al asombro de Andry con:

—Viene de las montañas. Los dialectos de allí se parecen más a la lengua antigua que a la que hablamos nosotros. Le interesa la historia y me ha ayudado varias veces.

El joven Mensajero del Sol asintió lentamente.

—Quizás puedas aconsejarme sobre algunas traducciones.

Segev casi gritó de alegría.

—¿Podría, mi señor?

—Las historias son difíciles de leer en algunas partes, y hay muchas palabras que no logro descifrar. Agradecería la ayuda.

—¡Oh, gracias! Me encantaría trabajar contigo y Lady Hollis... —Miró con calculada adoración a la rubia Mensajera del Sol, quien le devolvió la sonrisa con sus ojos azul oscuro encendidos.

Las comisuras de los labios de Andry se crisparon, pues había visto precisamente lo que Segev deseaba que viera: un chico enamorado de una mujer mayor.

—Mañana hablaré con Lady Andrade. Mientras tanto, creo que deberíamos volver arriba, ¿no te parece?

Habiendo impresionado a Andry con su admiración por Hollis, fue fácil incluirse en su compañía de regreso a su habitación. Fingió sentirse atraído por la vista del mar desde sus ventanas y, de camino a la puerta, dejó la llave silenciosamente en el pequeño cuenco de plata de su escritorio, donde la había encontrado. Se demoró todo lo posible en desearle buenas noches y luego regresó a su pequeña habitación sin ventanas.

La reacción se apoderó de él después de cerrar la puerta. Se sentó en su cama, la habitación iluminada por el resplandor del brasero, necesario para la luz, pero también para proteger las paredes de la humedad, incluso en verano. Desconcertado, extendió ambas manos y observó cómo le temblaban los dedos. Casi lo habían atrapado esa noche. No quería pensar en lo que Andrade le habría hecho si hubiera descubierto su verdadera identidad y propósito allí, y mucho menos en lo que le había hecho a Hollis al hacerla adicta al dranath.

Pero no lo habían atrapado. Es cierto que el Pergamino Estelar no estaba en su poder. Y no galopaba hacia el norte, hacia Mireva. Pero algo aún mejor sucedería si Andry seguía adelante con su idea de que "Sejast" lo ayudara con los pergaminos. Podría conseguir acceso libre a ellos y aprender más de lo que Mireva jamás hubiera imaginado; sin duda,

más de lo que ella jamás le enseñaría sobre ese peligroso conocimiento. Ruval era a quien había elegido para educar en los puntos más delicados del oficio; Ruval, cuya única recomendación fue ser el primogénito de Ianthe.

Su tercer hijo estaba sentado, abrazado a sus rodillas y sonriendo. Se alegraba de no haber podido robar los pergaminos, de quedarse allí. Si cumplía con su parte correctamente, aprendería lo que el Pergamino Estelar podía ofrecer, junto con todos los secretos faradhi que le enseñaban a diario. Incluso podría ser llevado al Rialla como parte de la suite de Andrade. A Hollis le gustaba, no podía prescindir de él. Le pediría permiso a Andrade para llevarlo con ella.

¿Por qué esperar?

Una vez allí, desafiaría al mismísimo Alto Príncipe.

Riyan se apoyó en un árbol mientras Kiele pasaba galopando en su yegua. Había oído los gritos, débiles pero claros en la quietud de la noche, y apenas se había adentrado en el bosque a tiempo de esquivarla mientras corría de vuelta a la mansión.

Para cuando llegó, el lugar estaba silencioso y desierto. Riyan observó un rato desde un refugio, con escalofríos que lo recorrían, antes de acercarse finalmente a la vivienda. La puerta no estaba cerrada con llave. Entró con cautela y encontró el interior vacío. Había señales de estar habitado, y también de una despedida apresurada.

De nuevo afuera, rodeando la casa en busca de alguna pista sobre lo que había sucedido, no encontró nada. Había tierra y hierba acumuladas en una pared, pero podría haber sido obra de la yegua. De Kleve no había rastro alguno.

Riyan inspeccionó la casa una vez más con creciente perplejidad. Descubrió comida, vajilla usada, una cama revuelta y algo de ropa que le sentaría bien a un hombre alto y atlético. Al salir, miró las lunas, tentado de usar su luz para escudriñar el campo en busca de Kleve. El recuerdo de la advertencia de Andrade lo disuadió; eso, y la promesa de Kleve de verlo mañana en casa del orfebre. Riyan bajó la vista hacia sus cuatro anillos con una sensación de traición. Conocimiento suficiente para tejer la luz del sol, pero no las lunas que tanto necesitaba en ese momento.

Regresó a la residencia, deslizándose en su habitación al amanecer. A pesar de su inquietud, durmió profundamente durante varias horas y se levantó a tiempo para acudir a la cita en casa del orfebre. Pero Kleve no se presentó.

Parte Dos

Hechicería

Capítulo Quince

Sioned se agazapó en lo alto de un montículo entre la alta hierba estival, mientras la brisa de la bahía de Brochwell le alborotaba el pelo suelto. La luz del sol entraba por detrás, convirtiéndola en una sombra inidentificable —un truco que le había enseñado su esposo, criado en el Desierto— mientras observaba la actividad en el campamento de abajo, donde casi noventa tiendas formaban once pequeños y pulcros enclaves de color. Cada grupo seguía aproximadamente el mismo patrón: el gran pabellón del príncipe en el centro, rodeado de tiendas más pequeñas para vasallos, ayudantes y sirvientes. Su propio pabellón, una inmensa pieza de seda azul que había sido la última adquisición extravagante del príncipe Zehava antes de su muerte, ocupaba el mejor sitio en una elevación justo por encima del brazo oeste del río Faolain. El estandarte del dragón estaba desplegado, pues, aunque Rohan aún no había llegado, compartía su soberanía. El dragón era tanto de él como suyo. Lo había dejado muy claro en su primer Rialla. Sonrió para sí misma, recordando la estupefacción de los demás príncipes cuando Rohan rompió con la tradición y la llevó a un banquete a su lado. Desde entonces, otras esposas habían exigido, y en general habían recibido, el mismo privilegio. Sin embargo, ninguna compartía la autoridad de sus maridos tan plenamente como Sioned. El dragón también era prueba de ello, sosteniendo un anillo faradhi de oro con una esmeralda engastada en sus garras.

Los demás príncipes también habían seguido el ejemplo de Rohan en el uso de emblemas personales para identificar a su gente y pertenencias. En los últimos diez años, todos habían elegido sus propios emblemas, aunque Chay seguía siendo el único athri con su propio símbolo. El campamento era ostentoso con tiendas de colores y rebosaba de banderines que ondeaban sobre él representando todo tipo de emblemas. Algunos eran hermosos, otros simplemente apropiados. El vellón plateado de Fessenden sobre verde mar ondeaba en altas astas de plata; Las tres lunas plateadas de Gilad, sobre un rosa ruborizado, ondeaban sobre tiendas del mismo ridículo color. El barco blanco de Dorval, sobre un campo azul, ondeaba un brazo más alto que la vela blanca sobre rojo de Grib, lo que sin duda irritaría al orgulloso príncipe Velden, quien sin duda pediría astas más altas la próxima vez. Sobre las tiendas de su primo Volog, la brisa acariciaba estandartes escarlata con elegantes frascos de plata finamente delineados en negro. La gavilla de trigo de Ossetia, sobre un verde oscuro, estaba adornada con un gris de luto para recordar a todos la pérdida del hijo y el nieto del príncipe Chale. Sioned notó la tranquilidad de su campamento, un triste contraste con el bullicio del resto. Compadeció al pobre anciano, obligado a asistir a la Rialla cuando su dolor era tan reciente.

Faltaban tres colores en el arreglo que había debajo de ella, y había huecos correspondientes para los que aún no habían llegado. Su hermano Davvi debía llegar hoy, y al anochecer, sus tiendas turquesas se alzarían cerca de las azules de ella, justo cuando su principado de Syr bordeaba el Desierto. El violeta de Marca del Príncipe se establecería al otro lado cuando Rohan, Pol, Maarken y Pandsala llegaran mañana. No habían tomado la ruta habitual río abajo por el Faolain hasta el Rialla, pues ni Pol ni Maarken podían poner pie en nada que flotara. Pandsala no tenía esa dificultad, y una de las curiosidades de sus habilidades como Mensajera del Sol era que no tenía reparos en cruzar el agua. Andrade y su séquito —incluida la futura esposa de Maarken— llegarían cuando Andrade quisiera. Sus tiendas blancas se instalarían separadas del resto. Sioned se había asegurado de que varios lugares privilegiados estuvieran disponibles para ella, pero el lugar donde la Dama

eligiera acampar era, como siempre, asunto suyo. Sioned se sentó sobre sus talones, con los labios fruncidos, mientras reflexionaba sobre las reuniones que constituirían la parte operativa del Rialla para Rohan. Las tres últimas asambleas habían sido asuntos bastante anodinos en comparación con la primera a la que había asistido. Acuerdos comerciales, acuerdos de límites, acuerdos matrimoniales: casi todos habían estado de acuerdo en casi todo. Sioned atribuía gran parte de esta amistad a la habilidad política de Rohan y a su habilidad para entrelazar tantas personalidades y objetivos diferentes en un grupo más o menos cohesionado. Pero aunque sabía que su perspicacia era responsable de gran parte de la concordia entre los príncipes, otros factores estaban involucrados. Las Riall'im del setecientos uno y el setecientos cuatro habían sido canceladas; la Plaga había aturdido al continente antes de la primera y, tres años después, la muerte de Roelstra había asestado a todos otra conmoción. La boca de Sioned se tensó en una línea de amargura al reflexionar que casi nadie había creído que Rohan pudiera vencer al poderoso y astuto Roelstra. El recuerdo de su combate final, una lucha a muerte bajo una cúpula de luz estelar tejida por la propia Sioned, aún la hacía estremecer. La traición planeada por Roelstra había fracasado; Rohan lo había matado en una lucha justa. Pero el recuerdo de la tensión mientras usaba la luz estelar prohibida a una distancia imposible era propio de pesadillas.

En los años transcurridos desde entonces, los príncipes habían aguardado el momento oportuno, a la espera de ver en qué clase de Alto Príncipe se convertiría Rohan. Los más jóvenes, con menos experiencia, también habían esperado, atentos a sus fortalezas y, sobre todo, a sus debilidades. Para entonces, todos lo conocían como hombre y como príncipe. A pesar de su evidente poder, estaban ansiosos por ponerlo a prueba.

Pasó los dedos por la hierba alta, evaluando su humedad como se le había sido enseñado al ser hija de un señor agricultor. No crecía hierba en el Desierto, que había sido su hogar durante casi la mitad de su vida, pero la vieja costumbre seguía en ella y, al reconocerlo, sonrió. Su infancia en Aguas Dulces parecía muy lejana. La propiedad ahora pertenecía al hijo menor de Davvi, Tilal, quien durante ocho años había sido escudero de Rohan. Tilal tenía veinticuatro años y buscaba esposa. Sioned se recordó a sí misma que debía apostar con su hermano cuántas jóvenes se enamorarían de los rizos negros y los brillantes ojos verdes del joven señor. Anticipó una buena ganancia gracias a la modestia de Davvi respecto al atractivo de su descendencia.

Si tan solo los asuntos familiares fueran su única preocupación... Vio cómo sus dedos se curvaban como garras de dragón y los relajó conscientemente. En cierto modo, este supuesto hijo de Roelstra era un asunto de familia. Su mirada recorrió el campamento y sumó a los príncipes que probablemente apoyarían la pretensión del joven, aunque solo fuera para causarle problemas a Rohan. Miyon de Cunaxa era el principal candidato; un hombre alto, delgado y altivo de treinta inviernos, que finalmente había logrado arrebatar el control de su principado a los consejeros que habían gobernado en su nombre durante muchos años. Los había ejecutado a todos, según se decía, con su propia espada. Pero aunque el control de Cunaxa había cambiado, sus políticas no. Miyon codiciaba el Desierto del norte y dio refugio a los Mérida, a quienes, antaño, le habían pertenecido dichas tierras. La ciudad de Tiglat, en el Desierto, aunque no era un puerto en absoluto, ofrecía el único desembarco relativamente seguro al norte de Radzyn. Las mercancías cunaxanas —lana, alfombras, ropa y las mejores espadas y piezas de metal de los principados— se enviaban principalmente por tierra, pues el señor Eltanin de Tiglat detestaba a los Mérida aún más que Rohan y cobraba a los cunaxanos enormes sumas por el derecho a cargar barcos frente a sus costas. Con frecuencia, los mercaderes preferían las caravanas a los barcos, a pesar del coste del transporte terrestre. Miyon era lo suficientemente realista como para no

poner la mira en Radzyn, al sur, donde fondeaban los grandes cargueros del príncipe Lleyn, pero siempre miraba con avidez a Tiglat. Apoyaría la reclamación del pretendiente, creyera o no en ella; cualquier cosa con tal de presionar a Rohan para que cambiara las exorbitantes tasas portuarias de Eltanin.

Cabar de Gilad y Velden de Grib eran otros dos jóvenes príncipes deseosos de poner a prueba la autoridad de Rohan. Se habían portado bien durante bastante tiempo, pero en el último Rialla había indicios de que solo buscaban una excusa conveniente para un desafío. Saumer de Isel podría inclinarse por cualquier lado, dependiendo de su deseo de irritar al príncipe Volog, con quien compartía una isla y un nieto. Asimismo, el príncipe Chale era cuestionable; él y Rohan se enfrentaban a menudo a la oposición porque Chale odiaba cordialmente al príncipe Zehava, padre de Rohan. Sioned sospechaba que Chale había apoyado a Roelstra en su guerra contra el Desierto, pero cualquier prueba que pudiera existir había sido ignorada hacía tiempo en aras de la amistad principesca. Rohan era muy generoso cuando le convenía. Aun así, el dolor de Chale por la pérdida de su hijo y su nieto podría volverlo apático, lo que podía ser una ayuda o un obstáculo. Sioned no tenía forma de saberlo.

Quienes apoyarían a Rohan serían Lleyn, Volog y Davvi. De los cuatro príncipes restantes, Clutha de Prado del Señor con toda probabilidad volvería a su tradicional postura de neutralidad. Era una vieja costumbre que perdía el tiempo; Clutha había pasado demasiado tiempo vigilando cada una de sus fronteras, temeroso de que su tierra se convirtiera de nuevo en su campo de batalla. En cuanto a Marca del Príncipe, la voz de Pandsala como regente se alzaría contra el pretendiente, pero su influencia sería insignificante. Si se decidía que este hombre era quien decía ser, Pandsala se quedaría sin trabajo. Pimantal de Fessenden podría, sencillamente, comprarse con unos pocos cientos de metros cuadrados de una Firon sin líder, cuyo representante no tendría voz ni voto en el asunto. Ni Rohan ni Pandsala tampoco.

Resultaba interesante que las tiendas de abajo estuvieran agrupadas según criterios políticos. Las de Cabar, Velden y Miyon estaban al oeste; Lleyn y Volog estaban cerca de las tiendas azules de Sioned y los espacios reservados para Davvi y Pandsala; Clutha, Pimantal, Saumer, Chale y el pabellón negro que albergaba a Lady Eneida de Firon estaban al este. Tres a vigilar, tres de los cuales asegurarse y cuatro a los que convencer si era posible. Se preguntó qué podría ofrecer Rohan para ganarse a los escépticos, y con cuál de sus miedos nerviosos jugaría Miyon para ganarse su apoyo.

Todo esto suponiendo, por supuesto, que no se pudiera ofrecer ninguna prueba concluyente sobre este impostor. A veces, Sioned creía que Andrade y Pandsala serían capaces de convencer a todos de inmediato de que Chiana era la hija de la amante de Roelstra, Lady Palila. Pero también era realista, y mientras observaba con tristeza las tiendas donde los ambiciosos príncipes conspiraban para su propio beneficio, supo que ella y Rohan debían estar preparados para lo peor.

Se puso de pie y se estiró, mirando automáticamente hacia el norte, donde Rohan y Pol cabalgaban hacia Waes. Tenía mucho que contarles sobre el desvío que había tomado con Chay y Tobin de vuelta a Radzyn para recoger caballos para vender; su avance a través de Syr y Prado del Señor había tenido toda la gracia y la dignidad de una estampida amenazante. Pero le preocupaba más escuchar los detalles de su verano. Maarken la había mantenido informada con la luz del sol, y ella misma se había observado con prudencia en varias ocasiones, sobre todo para asegurarse de que Pol estuviera ileso tras la desastrosa expedición de escalada en el Castillo del Peñasco. Pero quería oírlo todo de su marido y su hijo, y la mayor parte de Rohan, preferiblemente en la cama.

Eso le recordó ciertos preparativos que deseaba hacer. Bajó corriendo la colina y llegó sin aliento a su pabellón. Tobin se había acercado al gran escritorio de Rohan, repasando sus notas para el desayuno que siempre servía a los príncipes la cuarta mañana del Rialla. La princesa levantó la vista al entrar Sioned y sonrió.

—¿Sabes? Incluso después de todos estos años, no encuentro ni una sola mejora en los planes de Camigwen. Era una auténtica maravilla de la organización.

—Stronghold sigue funcionando según sus órdenes. ¿Te imaginas lo que habría hecho con Cuenco Celestial de haber podido poner sus manos en ella? Aunque debo decir que a Ostvel no le ha ido tan mal.

—¿Qué haces? —preguntó Tobin mientras Sioned abría un cofre y rebuscaba en su contenido.

—Estoy recogiendo algunas cosas. Estoy planeando una sorpresa para Rohan.

Tobin rió mientras Sioned sostenía dos copas de vino que le resultaban familiares.

—¡Esas no pueden ser las mismas que compraste en la Feria hace veintiún años!

—Claro que sí. Y cuando llegue Davvi, voy a robarle una botella de su mejor vino de zarzamora, y... ¿qué es todo ese alboroto afuera?

Ambas mujeres abandonaron la zona privada del pabellón y asomaron la cabeza. Sioned le preguntó al guardia de turno a qué venía todo ese alboroto; Saludó con indiferencia y respondió:

—Creo que ha llegado su excelencia, el príncipe Davvi, mi señora. ¿Debo enviar a un escudero para que la atienda?

Ella ya corría al encuentro de su hermano, esquivando caballos, carros de equipaje y sirvientes vestidos de turquesa. Davvi se había convertido en príncipe de Syr tras la muerte de su pariente cercano Jastri en la guerra de Roelstra contra Rohan; aunque no había nacido para tal honor, Davvi había demostrado ser un gobernante capaz y un aliado por razones de amistad, filosofía y vínculo de sangre.

Hizo un alto al ordenamiento sobre cómo armar sus tiendas cuando su hermana lo llamó. Se parecía muy poco a ella en apariencia, salvo por el brillo de sus ojos verdes al alzarla en brazos.

—Mírate, ¡alta princesa, sin duda! Vestida con tus cueros de montar más viejos, con el pelo hecho un desastre, las botas desgastadas... ¡qué desastre eres, Sioned!

Le hizo una mueca.

—¡Esa no es forma de dirigirse a la Alta Princesa! Te ves bien, Davvi; eres un poco más corpulento que antes, pero te sienta muy bien. —Le dio un codazo juguetón en el estómago.

—¡Uff! ¡Eso sí me molesta! —Le pellizcó la barbilla y volvió a reír—. Pero mira a quién he traído conmigo, Sioned.

Se giró y encontró a Kostas y Tilal cerca. Después de abrazarlos a ambos, retrocedió un paso para observarlos.

—Davvi, ¿cómo lograste tener hijos tan hermosos? Dios sabe que no eres nada digno de admiración. Kostas, te ves más principesco cada vez que te veo. Y Tilal, ¿has vuelto a crecer?

—No, a menos que hayas bajado de estatura —respondió—. Sé a ciencia cierta que te has vuelto más hermosa. ¿Verdad, Kostas?

—Injusto para todas las demás mujeres del Rialla —respondió el mayor de los hermanos, sacudiendo la cabeza con pesar.

—Guarda tus lindos discursos para las chicas a las que les vas a romper el corazón —replicó.

Eran, sin duda, una pareja guapísima. Tilal era ligeramente más alto, con sus llamativos ojos verdes en un rostro coronado por brillantes rizos negros. Kostas no le concedía nada a su hermano en cuanto a belleza; su ondulante cabello castaño estaba suavemente peinado hacia atrás dejando sus ojos casi negros, y su cuerpo, sólidamente musculoso, era más ancho de hombros, aunque igual de delgado de cintura y caderas. Sioned revisó su plan de apostar por las conquistas de Tilal para incluir también a Kostas. Entre los dos, harían vibrar a todas las mujeres solteras a cincuenta millas a la redonda. Sioned sonrió y se lo dijo.

—Ya son bastante engreídos —resopló Davvi—, gracias. ¡No los animes! Vamos a dar un paseo mientras hacen un pequeño trabajo honesto para variar y ayudan a organizar todo. Podemos ponernos al día con todas las noticias.

Tomó el brazo de Davvi y se encaminaron hacia el río. El orgullo paternal los mantuvo hablando de sus hijos durante un buen rato mientras caminaban por la orilla. Se acordó una cena familiar para esa noche en las tiendas de Davvi, ante su insistencia.

—Ya tienes bastante de qué preocuparte como para ver cómo mis dos glotones se comen la mitad de tus provisiones.

—Oh, muy bien. Pero yo traeré el vino. Ahora dime qué te preocupa.

—¿No es obvio? De acuerdo. Necesito tu opinión y tu consejo, Sioned.

—Suena serio.

—Lo es. Sabes que Wisla siempre quiso que Kostas se casara con Gemma, y ambos se han resistido. Al principio pensé que fue por lo que le pasó a su hermano Jastri. Pero me he asegurado de que la traten como a una princesa de Syr y que siga viviendo en la casa de su infancia. Hemos hecho todo lo posible por ella, incluyendo una dote si elige a alguien que no sea Kostas.

—Pero ahora tiene la dote de toda Ossetia como heredera de Chale. Empiezo a ver el problema, pero continúa.

—Es bastante sencillo. La madre de Gemma era hermana de Chale, y quienquiera que se case con ella se convertirá en Príncipe de Ossetia. Diosa, todo este lío por las herencias, ¿es mi imaginación o es peor que cualquier cosa que haya sucedido antes? Lo que me recuerda, ¿qué hay de ese supuesto hijo de Roelstra?

—Luego —dijo ella, negando con la cabeza—. Háblame de Gemma.

Davvi apartó una rama de sauce para ella.

—Kostas es guapo, encantador cuando le place, bastante capaz de gobernar... y un tonto. En cuanto se supo que Inoat y el joven Jos habían muerto... bueno, no podría haberlo llevado peor. Es ambicioso sin la astucia para disimularlo, Sioned. Si hubiera sido inteligente, habría aprovechado la oportunidad para consolar a Gemma, habría sido a quien ella acudiera en su dolor. Era muy cercana a sus primos ossetios, a pesar de que Inoat era mucho mayor que ella. —Hizo una pausa pensativa—. Gemma es una chica de sentimientos profundos y bastante testarudos. De esas que deciden y nunca flaquean, pase lo que pase.

—No es la mejor cualidad de un gobernante, pero... da igual. Adelante.

—Oigo hablar a la Alta Princesa —sonrió brevemente—. A ver, ¿dónde estaba? Ah, sí. Kostas no pudo ocultar su emoción y anunció a todos que se casarían aquí, en el Rialla. Ella reaccionó como cualquier chica orgullosa y nerviosa. Ella no lo aceptará, Sioned, y él está igualmente decidido a casarse con ella para poder anexar Ossetia a Syr cuando yo ya no esté.

—¡Ay, Dios mío! —murmuró Sioned.

Davvi se agachó, recogió unas piedrecitas sueltas de la orilla y las arrojó al agua.

—Le tengo cariño a la chica. Vino a reemplazar a Riaza, la hija que Wisla y yo perdimos en la Plaga. Pero también la quiero por lo que es, y admito que en parte se debe a que no ha mostrado ningún interés en casarse con Kostas solo para convertirse en Princesa de Syr.

—A veces puede ser un poco difícil —observó con diplomacia.

—¡Puede ser un completo idiota —resopló Davvi—, como lo demuestran sus recientes acciones! Gemma no tenía prisa por encontrar marido, pero ahora me temo que preferirá a cualquiera antes que a Kostas. Quiero que sea feliz. Fue un gran consuelo para mí cuando Wisla murió hace dos inviernos. Ella y Danladi, la hija de Roelstra con Lady Aladra, alegran la vida de un anciano como yo.

—¿Danladi?

—Niña tranquila, rubia, muy tímida. Es una amistad extraña, porque Gemma tiene una voluntad muy fuerte.

—Aún más extraño: Roelstra fue quien condujo a Jastri a la guerra que le costó la vida.

—Te dije que Gemma es impulsiva en sus gustos y disgustos. Tienen la misma edad, y eran solo niñas cuando Roelstra y Jastri murieron, y supongo que ambas son exiliadas. Son como hijas para mí, Sioned.

Se agachó en la orilla de grava y empezó a separar piedrecillas.

—Kostas no puede arrastrar a Gemma a patadas y gritos a las bodas del Último Día, ya sabes —Su hermano no respondió, simplemente se sentó sobre sus talones a su lado, y ella lo miró sobresaltada—. ¿No me digas que la deshonraría y la obligaría a casarse de esa manera? Las leyes sobre la violación lo harían muy arriesgado.

—Seguro que ya se le ha ocurrido —respondió con gravedad—. Pensé que tú y Rohan tendrían alguna idea. La verdad es que no quiero que Kostas tenga Syr y Ossetia. Es mi hijo y lo quiero, y le irá muy bien con lo que le dé; es un buen hombre. Pero…

—¿Pero no confías del todo en él? —sugirió con dulzura.

—Es horrible admitir algo así sobre un hijo, ¿verdad? Si fuera Tilal, no lo dudaría ni un instante. Tú y Rohan lo convertisteis en un hombre excepcional, Sioned.

—Tuvimos un material excelente con el que trabajar, gracias a ti y a Wisla.

Davvi se encogió de hombros.

—¿Alguna vez… digo, Pol aún es muy joven…?

—Creo que la diferencia radica en que Pol está siendo entrenado para las responsabilidades de dos principados, no solo uno. Kostas probablemente ve la toma de Ossetia como la realización de una ambición, no como una responsabilidad.

—Y Pol será un faradhi —dijo Davvi en voz baja.

Sioned se sorprendió tanto que miró fijamente a su hermano.

—¿Me estás diciendo que parte de la ambición de Kostas es tener hijos Mensajeros del Sol con Gemma?

—Lo sospecho. No es algo desconocido en la línea ossetia, ¿sabes? Esa es otra razón por la que no quiero que tenga ambos principados. Pero, dejando eso de lado, no le gusta mucho el potencial de Pol. No me mires así; sabes muy bien que hay otros que piensan como él. Pol será Alto Príncipe y Mensajero del Sol. Esa es una combinación que pone de los nervios a mucha gente.

Arrojó las piedras al río y se puso de pie de un salto.

—¡Padre de las Tormentas! ¿Se detendrá solo cuando todos los príncipes sean también faradh'im?

—No lo sé —le dijo con franqueza—. Si fuera Tilal, no me preocuparía. Pasó mucho tiempo contigo. No siente envidia, ni resentimiento, ni miedo por lo que eres, ni por lo que

Pol se convertirá. —Davvi suspiró profundamente y negó con la cabeza—. Sioned, a veces me pregunto qué habrían dicho nuestros padres de nuestras vidas.

Sioned le puso una mano en el hombro.

—Tienes más recuerdos de ellos que yo. ¿Qué crees que habrían dicho?

—Creo… —se encogió de hombros, incómodo— que quizás nunca me habría casado con Wisla, y si no lo hubiera hecho, nunca habrías ido a la Fortaleza de la Diosa.

—Y nunca me habría casado con Rohan, y tú nunca te habrías convertido en Príncipe de Syr. No seas tonto, Davvi.

—Eras tan pequeña —murmuró, mirando a todas partes menos a ella—. No sabía qué hacer contigo, cómo criarte. Y Wisla…

—Quería ser una dama en su nuevo hogar. Y yo no era precisamente una niña fácil de tratar —añadió con ironía—. No hay nada que perdonar, querido. Las cosas pasan como pasan. Tomamos las decisiones y hacemos lo mejor que podemos con ellas. No es muy original, lo sé, pero es cierto de todos modos.

—Sí —por fin, sonrió levemente—, pero también podemos darle un pequeño empujón.

Sioned le devolvió la sonrisa.

—Entonces, lleva a Gemma hacia las tiendas de Chale mientras tanto. Probablemente la quiera allí de todas formas, como su heredera.

—Habrías sido desperdiciada como cualquier otra cosa que no fuera Alta Princesa.

—Eso le sigo diciendo a mi esposo.

—Se lo recordaré la próxima vez que lo vea.

Emprendieron el camino de regreso al campamento. Después de un momento, la tomó del codo y se detuvieron junto a un sauce.

—¿Qué me puedes contar de este impostor?

—No mucho —admitió, pasando los dedos por las delgadas hojas verdes—. Aparecerá por aquí e intentará demostrar su derecho, por supuesto. El problema es que hubo mucha confusión la noche en que nació Chiana.

—Apuesto a que ahora mismo está hecha un manojo de nervios.

—Si eso es todo lo que hace, tendremos suerte. Cenamos en la residencia de Waes la noche que llegamos y estaba encima de Chay, intentando seducirlo para que la apoyara, ¡como si él pudiera creer en la proclama de ese hombre! —De repente, rió entre dientes— ¡Pensé que Tobin iba a estallar!

—¿De celos? —preguntó Davvi con tono incrédulo.

—¡De intentar no reírse en la cara de la chica! Aun así, puedes entender la postura de Chiana. Si esta farsante resulta convincente, todas sus pretensiones se irán al traste. Está frenética. Y su comportamiento va a generar dudas donde antes no existían. —Se encogió de hombros, molesta—. Si tuviera un poco de sentido común, actuaría como si todo fuera inapropiado. Pero no, debe buscar apoyo en todas partes, usando su sonrisa y su cuerpo.

—Qué bueno que Pol sea tan joven —dijo Davvi con una sonrisa.

—Sí, pero ahora ella empezará con Rohan, naturalmente. ¡Su forma de pensar es absurda, Davvi! ¿Por qué le creería Rohan a este hombre?

—Quizás tenga sus propias ambiciones.

—Hmmm. Como Ianthe, en el Rialla del seiscientos noventa y ocho. Intentó seducir a Rohan, ¿sabes?

—No, no lo sabía. No la veo triunfando.

Sioned apartó un recuerdo de hacía quince años: Rohan en Feruche, herido, drogado con dranath. Pol era el resultado de esa noche.

—Claro que no. Pero ella y Chiana son del mismo tipo: siguen intentándolo, incluso cuando el hombre en cuestión las aparta con ambas manos. Ven, volvamos para que puedas pedir la cena y descansar un poco. Asegúrate de enviarle una carta a Chale ofreciéndote a prestarle a su heredera. Gemma estará tan vigilada en su campamento como Pol en el nuestro, y probablemente le guste tan poco como a éll.

Cuando Sioned regresó a su pabellón, encontró preparativos para una fiesta improvisada. Ostvel revisó su desgastada ropa de montar y la condujo a la sección privada de la tienda, donde había dispuesto un vestido apropiado para la Alta Princesa.

—¿Has olvidado que estás dando una pequeña fiesta de bienvenida al Rialla? Vístete y péinate.

—Ah, ¿tengo que hacerlo? Mañana es pronto para hablar con esta gente.

—Lo que podrías aprender hoy es más importante. Cámbiate de vestido y date prisa, llegarán en cualquier momento.

—Inventas estas cosas para atormentarme —se quejó, y se resignó a la seda azul intenso que él había elegido.

Sioned era su propia doncella, algo que había escandalizado a la madre de Rohan cuando Sioned se convirtió en su esposa. Pero había razones muy prácticas para ello: su ropa era lo suficientemente sencilla como para que pudiera vestirse rápidamente si era necesario, y se aseguraba de que las únicas personas que entraran en sus aposentos fueran ella misma, Rohan y su escudero. La privacidad era deseable para el Alto Príncipe y la Alta Princesa; para Rohan y Sioned personalmente, era esencial.

Salió de la tienda con un trozo de seda tejida de forma suelta cuyo propósito la desanimó.

—Ostvel, esto es precioso, pero ¿qué hago con él?

—Es la última moda, o lo será, cuando todas las mujeres te vean con él puesto. —Le colocó la tela sobre la cabeza, se la puso sobre los hombros y finalmente la dobló para dejarle el rostro visible—. Se llama *encaje* y no solo vas a marcar una nueva moda, sino que también vas a establecer una nueva industria.

—¡Qué lista soy! —dijo con ironía. Acarició el delicado tejido de telarañas de seda azul que formaban un patrón de flores entrelazadas— ¿De quién es la industria?

—La tuya, para la primavera. Esta mañana encontré un tejedor que hace montones de esto y le compré una cuarta parte. Siguiendo mi consejo, subirá los precios para la Feria. En agradecimiento por tu patrocinio, ha decidido mudarse de Grib a Marca del Príncipe y enseñar a otros cómo hacerlo. —Ostvel le dedicó una sonrisa satisfecha.

—¡Vaya, hombre conspirador! —exclamó con admiración— Como tenemos los derechos exclusivos sobre el comercio de la seda, haremos una fortuna.

Hizo una reverencia.

—Mis honorarios por esta brillantez serán modestos, digamos el cincuenta por ciento de las ganancias.

—¡Cincuenta!

En ese momento, sus invitados comenzaron a llegar, ansiosos por probar los vinos, panes, carnes y quesos dispuestos en largas mesas al aire libre. Tobin y Chay llegaron un poco tarde; la princesa lucía un velo similar de encaje de seda rojo oscuro que enmarcaba sus delicados rasgos como rayos de sol tejidos. Las miradas envidiosas de las demás damas presentes confirmaron la astucia de Ostvel; pronto estarían clamando por su belleza.

Era una fiesta informal, pero no del todo agradable. Demasiadas tensiones y rumores se perseguían de un grupo a otro. Todos estaban allí, naturalmente. Lleyn, apoyado en el bastón con cabeza de dragón que Rohan le había enviado, reunió a una pequeña corte de

ancianos junto a un árbol, con Clutha y Chale uniéndose a él; Los viejos príncipes dejaron que los jóvenes circularan y charlaran, contentos de observar y comentar con la aspereza que les otorgaban sus años y experiencia.

Miyon de Cunaxa felicitó a Sioned por su velo con tanto encanto como si un ejército del Desierto no estuviera al otro lado de su frontera, luego se disculpó para hablar con Cabar y Velden; algo poco sutil por su parte, pensó Sioned, pero exactamente la configuración de aliados que ella había imaginado. Davvi dedicó su tiempo a entretener a su primo Volog de Kierst, quien venía con Saumer de Isel. Este último parecía tranquilo; tal vez estaría de humor para apoyar a Rohan y rechazar la pretensión del pretendiente. Sioned bendijo el tacto de su hermano y centró su atención en los athr'im.

Había más allí que en años anteriores, muchos en busca de esposa. Patwin de Colinas Catha, aún viudo tras la muerte de Rabia, hija de Roelstra; el joven Sabriam de Einar; Allun de Bajo Pyrme; Tilal de Aguas Dulces; había suficientes manos y fortunas entre ellos para mantener ocupadas a las jóvenes damas de alta alcurnia. Y eso sin contar a los herederos de principados, como Kostas, que también necesitaban esposas.

Sioned les dio la bienvenida a todos, se aseguró de que les proporcionaran vinos finos de Gilad, Ossetia y Syr, y agradeció a la Diosa el aislamiento de Stronghold. Sabía que hacía tiempo que se habría vuelto loca si se hubiera visto obligada a soportar este desfile constante de gente a su alrededor, observando, juzgando, esperando un desliz, celosa de una sonrisa que pudiera indicar preferencia. Tobin y Chay, sin embargo, estaban en su salsa. Ambos rezumaban encanto y buen humor. Tobin se dedicaba a tranquilizar al joven Milosh de Fessenden, el hijo menor y favorito de Pimantal; el chico apenas tenía veinte años y estaba claramente deslumbrado por ella. Sioned saludó en silencio la perspicacia política de su cuñada. Necesitaban a Fessenden. Chay había atraído a Velden, Miyon y Cabar a su alrededor y hablaba de espadas y caballos; una conversación perfectamente calculada para atraer a tres jóvenes orgullosos, deseosos de impresionar a este gran señor con sus conocimientos. Los jóvenes coqueteaban, los mayores bebían y charlaban, y al anochecer casi todo el vino se había acabado y Ostvel ordenó que se abrieran algunos barriles más.

Sin embargo, mientras Sioned hablaba del entrenamiento de Pol con la princesa Audrite, notó que faltaban tres rostros. Audrite notó rápidamente su ceño fruncido y preguntó la causa.

—Nos faltan algunos invitados —comentó Sioned.

Las espesas y oscuras pestañas de Audrite bajaron ligeramente mientras observaba a la multitud.

—Ah, sí. Nuestras amigas de Waes y la Dama... perdón, la Princesa... Chiana. —Audrite torció la boca como si el nombre le agriara la lengua, y Sioned rió entre dientes—. Tendrán la excusa de los preparativos de última hora, claro, pero es bastante grosero por su parte no aparecer.

—En cierto modo, me alegro de que no estén aquí. Las señoritas también deberían alegrarse. Chiana no es precisamente sutil.

—¡Vaya, prima! —Audrite fingió sorpresa, y ambas rieron—. En serio, no es Chiana de quien nadie debería preocuparse. Hoy he oído cosas inquietantes sobre Kiele. Ha dicho que Lyell ha hecho investigar a este impostor, y toda la información le beneficia.

Sioned frunció el ceño.

—Así que por eso hubo más frialdad de la habitual entre ella y Chiana la otra noche. Como azúcar helado.

—Puedes contar con nuestro apoyo, por supuesto. Este hombre es un impostor, sin duda, pero incluso si fuera real, ni a mi esposo ni a su padre les agrada la idea de otro Roelstra. Además, Rohan ganó Marca del Príncipe según todas las reglas de la guerra y fue confirmado por los príncipes.

—Excepto Miyon, cuyos consejeros lo mantuvieron en Castillo del Pino. —Sioned miró a la figura alta y morena, frunciendo ligeramente el ceño.

—No me preocuparía demasiado por él. Es inexperto. Seguro que comete algún error.

—Estoy de acuerdo, pero no podemos contar con los errores de otros para promover nuestra causa. —Suspiró—. Sé que tú, Chadric y Lleyn harán todo lo posible por nosotros, y te lo agradezco. —Se disculpó y se apartó un poco de sus invitados, esperando a que los sirvientes colocaran diez postes altos alrededor del área y aseguraran antorchas apagadas sobre ellos. Sioned se concentró un momento, hizo un gesto, y las antorchas cobraron vida. Se oyó un leve murmullo de sorpresa y todas las miradas se volvieron hacia ella, tal como pretendía. Sonrió con dulzura. Nunca estaba de más recordarles que su Alta Princesa también era una Mensajera del Sol.

Ostvel le trajo una copa de vino fresco.

—Exhibicionista —la acusó.

—Te estás volviendo pesado con la edad. ¿De qué sirve ser faradhi si no puedo divertirme un poco de vez en cuando? ¿Viste la cara de Miyon cuando esa antorcha se iluminó justo sobre su cabeza?

Ostvel retrocedió un paso e hizo una reverencia a alguien que se acercaba a Sioned por su izquierda.

—Princesa Naydra —dijo, con una leve reverencia, y tras murmurar una excusa cortés, los dejó solos.

—Buenas noches, su excelencia —dijo Naydra—. He estado admirando su velo. Es muy hermoso.

—Gracias. Debo felicitarla también por sus perlas. Nunca había visto ese tono de rosa. Son exquisitas.

—Mi señor es muy generoso conmigo. —Sus ojos oscuros encontraron y acariciaron a su esposo, Lord Narat de Puerto Adni, un hombre corpulento y alegre que en ese momento mantenía una animada conversación con el príncipe Saumer.

Sioned hizo una seña a un sirviente y le pidió que le trajera a Naydra otra copa de vino. Mientras las dos mujeres intercambiaban las triviales cortesías propias de las princesas, Sioned observó pensativa a su compañera. Naydra era la mayor de las hijas de Roelstra, la única, además de Pandsala, de su descendencia legítima que aún vivía, y por lo tanto la única con derecho a ser llamada *princesa*. No se parecía mucho a sus dos hermanas más famosas. Sus ojos eran los mismos, con la forma y el color de Ianthe, y poseía gran parte de la dignidad de Pandsala, pero ahí terminaban las similitudes. Naydra era tranquila, sumisa y carecía por completo de pasión y ambición.

—Quería decirle a su excelencia que cada día estoy más agradecida por su bondad.

—Me temo que no lo entiendo. —Sioned sonrió; una mueca llena de incertidumbre.

—Lamento no poder darle un heredero a mi señor, pero más allá de eso no tengo nada que desear. Tengo una vida que me complace, y es gracias a usted y al Alto Príncipe que soy feliz. —Bajó la mirada hacia sus manos—. Su generosidad al dotarme…

—Oh, Naydra, por favor, no lo hagas. Solo lamento que no pudiéramos hacer lo mismo con todas sus hermanas.

—Sí, matrimonios que habrían llegado a Rusalka, Cipris y Pavla, si hubieran vivido. Ya quedamos pocas. Pandsala y yo, Kiele, Moria, Moswen, Danladi… —Naydra levantó la vista

y se encogió de hombros—. Las tres últimas han evitado el matrimonio, ¿sabe? No por falta de pretendientes o dote, sino porque el compromiso parece ser peligroso para las hijas de Roelstra. Y la muerte de Rabia al dar a luz tras dos partos normales fue impactante. Yo también estuve a punto de morir, ¿sabe?, abortando a mi pobre bebé. —La princesa miró fijamente a Sioned un buen rato, luego apartó la mirada—. Es casi como si una maldición nos azotara a nosotras y a nuestros hijos.

Entonces llegó el sirviente con el vino de Naydra, lo que le dio tiempo a Sioned para reflexionar sobre el catálogo de hermanas y la extraña conclusión a la que había llegado Naydra. Cuando el sirviente se marchó, Sioned preguntó con cautela:

—¿Qué intenta decirme, mi señora?

—Nada, su excelencia. Solo me entristece. —Pero de nuevo Naydra sostuvo su mirada de una forma inusualmente directa—. Con su permiso, atenderé a mi señor.

Con un pequeño y elegante asentimiento, se alejó. Sioned alisó su fruncido ceño, pero no podía dejar de pensar en lo que Naydra había dicho. Quizás la princesa aún lamentaba la pérdida de su única hija; Sioned lo comprendía perfectamente, pues sus propios abortos aún la atormentaban. Pero Naydra parecía insinuar algo más. Una maldición sobre las hijas de Roelstra y sus hijos; ridículo, algo que la gente razonable consideraba mera superstición. Las tres hijas de Rabia gozaban de perfecta salud, y Kiele tenía un hijo y una hija magníficos. E Ianthe... Sioned bebió un sorbo de vino para quitarse el amargo sabor que siempre le acompañaba pensar en la madre de Pol. Una maldición; qué disparate.

Aun así, reflexionó mientras se unía a Lleyn, Chale y Clutha: de las dieciocho hijas de Roelstra y sus diversas damas, solo siete seguían vivas.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que, en su catálogo de hermanas, Naydra no había incluido a Chiana. Sioned se despertó temprano a la mañana siguiente con saludos a gritos, el tintineo de los arneses y las exigencias de su esposo de saber por qué su perezosa esposa se había acostado tan tarde. Apenas se acordó de coger una bata y ponérsela mientras salía volando del pabellón para abrazarlo.

—¡Rohan, ay, amor, te he echado de menos! —Lo abrazó y hundió la cara en su cuello. Olía a sudor sano, cuero y caballo; un olor delicioso, para ella.

—¡Padre de las Tormentas, mujer, déjame respirar! ¡Y ponte algo de ropa, estás dando un espectáculo! —Él rió, abrazándola con más fuerza.

—Oh, cállate —dijo ella, y evitó con éxito más regaños al rozar sus labios con los suyos. Cuando consideró que lo había recibido con creces, se apartó y preguntó—: ¡Ahora sí que hemos dado un espectáculo a los dos, como si te importara!

—Me sorprende que no se haya formado todo el campamento para mirar. —La besó de nuevo.

Maarken le dio un codazo a Pol.

—¡Date prisa, reúne a todos aquí y podemos vender entradas: dos monedas por cabeza y dividir las ganancias al cincuenta por ciento!

Rohan la soltó y ella se giró hacia su hijo. Había algo más maduro en su sonrisa, que reflejaba lo que le había sucedido durante el verano que habían pasado separados. Y sin duda era más alto. Extendió los brazos y él se acercó, y ella apretó la mejilla contra su cabello rubio. Cuando él se retorció un poco —lo suficientemente joven todavía como para querer un abrazo, pero lo suficientemente mayor como para ser consciente de su dignidad—, lo soltó y vio a Pandsala de pie, silenciosa y vigilante, cerca. Sioned le sonrió a la princesa.

—¿Qué demonios le has estado dando de comer en el Castillo del Peñasco? ¡Ha crecido tanto que se salió de su túnica!

Los ojos de Pandsala se iluminaron con humor y se acercó para estrecharle la mano a Sioned.

—Solo aire fresco de la montaña y luz del sol, Su Gracia. Me alegra verle.

—Y yo a usted, y con tan buen aspecto, sobre todo después de acoger a mi polluelo. —Miró a Pol—. ¿Le ha causado algún problema a Su Gracia?

—Fue un placer tenerlo con nosotros —dijo Pandsala en voz baja—. Todo Marca del Príncipe se resistía a separarse de él.

Pol parecía tan engreído que Sioned decidió que su dignidad requería una pequeña broma.

—¿Sin bromas, sin escapadas, sin desobediencia? ¡No me lo creo! Debes contarme tu secreto para convertirlo en un ser racional y con buenos modales, Pandsala.

—¡Madre! —protestó Pol, y Sioned rió—. ¡Fui un invitado muy amable!

—Sí, Su Excelencia —secundó Pandsala.

—Puedes contárselo en detalle una vez que nos hayamos acomodado —dijo Rohan con insistencia—. Supongo que está a punto de ofrecerles a todos un baño, una cama y el desayuno mientras se montan las tiendas de Pandsala.

—Todo empezó en el instante en que finalmente asomaron la nariz —le aseguró, y luego se volvió hacia el regente—. La princesa Tobin ha ofrecido su tienda para su comodidad. Probablemente querrán descansar mientras Ostvel y su mayordomo supervisan su campamento.

—Gracias, Su excelencia. Será muy bienvenido. —Hizo una reverencia y se retiró, acompañada por una camarera que rondaba a su lado.

Maarken se adelantó entonces para saludar a Sioned.

—¿Ya ha llegado Andrade? —le susurró al oído.

—Más tarde, quizás mañana. Y no he olvidado nuestra apuesta. —Ella se apartó y le sonrió—. Tus padres querrán verte enseguida. Y Sorin ha venido varias veces desde las tiendas de Volog, preguntando cuándo llegarías.

—¿Sorin? ¡Oh, por supuesto! Será nombrado caballero en unos días. —Maarken se volvió hacia un escudero—. Encuentra a mi hermano en las tiendas kierstianas, por favor, y dile que estaré con nuestros padres. —Dirigiéndose a Sioned, continuó—: ¿Cenaremos todos juntos esta noche?

—Por supuesto. —Maarken se alejó y Sioned hizo un gesto a su marido e hijo para que entraran en el pabellón—. Baño y comida para ambos, y luego a descansar.

—Pero no estoy cansado, madre.

—Lo estarás.

Poco después, el baño caliente y el desayuno prometidos le dieron la razón. Pol bostezó mientras entraba en la parte de la enorme tienda separada para su dormitorio, y Rohan compartió una sonrisa con su esposa.

—¿Siempre tienes razón?

—No siempre, pero *nunca* me equivoco.

—Y si lo haces, no lo admites —resopló él.

—Tú tampoco. —Volvió a llenar sus tazas con té caliente y humeante y se recostó en su silla, frente a la de él en el escritorio—. Maarken me mantuvo al tanto, por supuesto, pero quiero que me lo cuentes todo tú.

—Pandsala no solo estaba siendo educada —sonrió Rohan—, ¿sabes? ¡Creo que todos los que conocieron a Pol querían llevárselo a casa!

—Tal como esperaba. Háblame de los vasallos.

—No hay muchos. Roelstra tomó la mayor parte de Marca del Príncipe en sus propias manos, así que las propiedades están dirigidas por administradores glorificados, no por athri'im. Hay cuatro excepciones. Mi favorito es Lord Garic de Finca Elktrap. Es un viejo astuto; esperó a Roelstra, ocultando la mayor parte de su riqueza, con el resultado de que sus dos hermosas nietas están dotadas como princesas.

—Mmm. Hablando de princesas y dotes... —Le contó su conversación con Davvi y la solución a su problema—. Muy astuto de tu parte, cariño. A Chale probablemente le vendrá bien el consuelo que le brindará la presencia de Gemma. —Se frotó la frente con cansancio—. ¿Qué noticias debería saber?

Sioned detalló lo que sabía, lo que sospechaba y lo que se rumoreaba. Rohan escuchó en silencio impasible el largo relato y finalmente asintió lentamente.

—Algo interesante ocurrió el día antes de nuestra partida. Pandsala ha estado recorriendo Marca del Príncipe desde la primavera buscando alguna noticia sobre este impostor. Da la casualidad de que creció en la Mansión Dasan y se llama Masul. Para cuando llegó la noticia, Lord Emlys de Dasan hacía tiempo que había abandonado el Castillo del Peñasco con los demás vasallos y mayordomos, así que no pudimos interrogarlo. El informante de Pandsala dice que Masul desapareció a finales de la primavera con un poco de dinero, la ropa que llevaba puesta, una espada y el mejor caballo de Emlys. El caballo apareció en Einar, nada menos. Pero apuesto lo que sea a que Masul ya está en Waes.

—¿Qué dicen de él? ¿Es posible que sea el hijo de Roelstra?

Rohan estiró los hombros para aliviar la tensión y Sioned se colocó detrás de él, frotándole los músculos tensos.

—Ahh... qué maravilla. Dicen que el niño es alto, de cabello oscuro y ojos verdes. Vivía con sus abuelos en Dasan. Sus hijas estaban al servicio del Castillo del Peñasco, una de ellas como niñera de Kiele y Lamia. Y ahora me dices que Kiele está haciendo correr la voz de que ese Masul podría ser su hermano. Una conexión interesante, ¿no te parece?

—Su invitación a Chiana también queda clara. Ya sabes cuánto nos lo preguntamos todo el verano. Nunca se han llevado bien, sobre todo desde que Chiana intentó seducir a Lyell. Kiele se la va a pagar con la humillación pública.

—Las hijas de Roelstra son unas mujeres encantadoras —murmuró Rohan.

—A mí siempre me ha gustado Naydra y a ti también. Anoche estuve hablando con ella y me dijo una cosa rarísima. Hablamos de sus hermanas y…

—¿Sioned? ¿Rohan? —Tobin echó un vistazo por el biombo— Tu hijo dice que está a punto de morir de hambre y pregunta si podemos comer ya. Debo decir que estoy de acuerdo. Es mediodía.

—¿Tanto tiempo hemos hablado? —preguntó Rohan, sorprendido— ¿Y cuándo se escapó Pol de aquí?

—Después de comer, te vas a la cama —le dijo Sioned.

—¿Completamente solo? —Puso cara de tristeza.

No tienes la energía para hacerme justicia —dijo riendo—. Además, tengo una sorpresa planeada para más tarde. Duerme lo que puedas, porque esta noche no dormirás.

—Amo la forma en que haces que una amenaza suene absolutamente encantadora.

Esa noche, vieron a su hijo resentido pero obediente arropado en la cama y salieron del pabellón. Guardias entrenados por Maeta en el arte de proteger a príncipes irremplazables estaban de servicio; Pol estaba a salvo. La familia había brindado por Maeta esa noche en la cena después de que Maarken y Pol les contaran cómo murió. Cuando regresaran al Desierto, el resto de sus cenizas serían esparcidas por el viento, convocadas por la

princesa faradhi a la que había servido y el joven príncipe faradhi inexperto por cuya protección había dado la vida. La educación de Pol comenzaría temprano para que pudiera prestar este servicio a su pariente.

Sioned le enseñaría, y a ella le importaba más bien poco lo que Andrade pensara al respecto.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Rohan mientras paseaban por la orilla del río, pasando el puente.

—Veinte años atrás —respondió ella, apoyando la cabeza en su hombro—. Acabas de hacer algo terriblemente heroico al salvarme de las garras malignas de un infame seductor...

—Heroico, ¿eh? —rió Rohan— ¿Y estamos a punto de anticiparnos a nuestros votos matrimoniales varios días, no es así? —La abrazó más fuerte— Pensé que te amaba entonces. No era nada comparado con lo mucho que te amo ahora.

—No has perdido tus impulsos románticos —aprobó ella, y conjuró una pequeña llama en la hierba húmeda frente a ellos, una luz suave que iluminó la silueta de un sauce. Separó las ramas y reveló la acogedora guarida que había creado la tarde anterior, la cual un guardia desconcertado había vigilado hasta esa noche.

Rohan se deslizó dentro y Sioned lo siguió después de apagar el pequeño fuego.

—Es mucho más acogedor que la última vez —comentó, palmeando las mantas extendidas en el suelo—. Si mal no recuerdo, tuvimos que usar tu falda como cama —Extendió la mano y acarició las dos copas y la botella que descansaban contra el tronco del sauce— ¡Y me acusaste de romántico!

La tenue luz de las lunas y las estrellas se filtraba a través del dosel de hojas verde plateado que los rodeaba, rozando su rostro con un fuego fresco y suave. Sioned tomó sus manos, las acercó a sus mejillas y giró la cabeza para besar cada palma.

—Te amo —dijo Rohan.

Sus labios se encontraron y se desplomaron sobre la manta, contentos durante un largo rato simplemente con besarse. Sioned se perdió en la calidez de sus brazos, en el vino; en su lengua, en los delicados matices de su boca sobre la suya. Con los huesos derritiéndose, una dulce debilidad corriendo a través de sus venas, un dolor familiar creciendo en su cuerpo, vislumbró en su memoria al tímido joven que le había hecho el amor por primera vez bajo ese sauce, y sonrió contra sus labios.

Capítulo Dieciséis

El príncipe Volog de Kierst era primo de Sioned, algo que a nadie le habría importado si ella hubiera seguido siendo una desconocida Mensajera del Sol en la Fortaleza de la Diosa. Pero se había casado con Rohan, quien se había convertido en Alto Príncipe; los acontecimientos habían convertido a su hermano en Príncipe de Syr. Así, Volog se encontró vinculado por sangre con personas muy importantes.

Era lo suficientemente sabio y orgulloso como para no pedir favores ni aprovecharse de sus relaciones. No había necesidad de hacer ninguna de las dos cosas. Su posición y sus posesiones creaban un vínculo que Rohan se complacía en reconocer para beneficio mutuo. A su vez, Volog encontró en Rohan un amigo agradable y un pariente servicial. No le molestaba la oportunidad que le había dado a Sioned los dones faradhi de su abuela en lugar de a sí mismo, pues era de ese raro hombre que se aferraba a lo que era suyo, apreciaba lo que la vida le daba y no se extralimitaba más allá de sus conocidas limitaciones.

Sin duda, se había regodeado con la eventual unión de Kierst con Isel en un solo principado. Pero lo hizo en privado, pues no quería afrontar lls problemas que Saumer de Isel era perfectamente capaz de causar antes de que su nieto alcanzara la mayoría de edad. Por enérgica sugerencia de Rohan, se había celebrado un matrimonio entre el único hijo de Saumer y la hija mayor de Volog. El heredero de Volog se había casado posteriormente con la hija favorita de Saumer. De esta última unión surgió un hijo que se convirtió en el único heredero de ambos principados cuando el heredero de Saumer murió sin descendencia. El niño sería criado en ambas cortes hasta su duodécimo invierno, momento en el que Volog pretendía que Saumer aceptara su acogida en Stronghold. No necesitaba la aprobación de Saumer, pero era lo suficientemente astuto como para saber que debían estar de acuerdo sobre la educación de su heredero mutuo. Volog disfrutaba de su triunfo en privado, y en público era el alma de la amistad para Saumer. Ambos hombres olvidaron convenientemente los cientos de años que sus antepasados habían pasado fomentando el robo de tierras y de ganado a lo largo de su frontera común.

Volog tenía otra hija, la menor y su favorita. Alasen era una muchacha encantadora, de veintidós inviernos, con cabello castaño con reflejos dorados y ojos verdes del color del mar de la costa kierstiana. Unas delicadas cejas arqueadas y una boca dulce y seria completaban su belleza; su inteligencia se evidenciaba en su rostro y su conversación. Era el orgullo y la alegría de Volog.

Pero no lucía en su mejor momento cuando él la presentó con brusco orgullo a Sioned la primera mañana del Rialla. Tenía las mejillas pálidas, las ojeras y una expresión contraída en la boca. Sioned sabía que nada de eso se debía a la inquietud por encontrarse con la Alta Princesa. Reconocía los signos de una prolongada recuperación tras cruzar el agua cuando los veía.

—Creo que el viaje desde Kierst no fue de tu agrado —observó con ironía—. Volog, parece que la herencia de nuestra abuela no te ha evadido, después de todo.

—No tengo el don faradhi, su excelencia —dijo Alasen rápidamente, y con tanta firmeza que Sioned arqueó las cejas—. Otros, además de los Mensajeros del Sol, están enfermos en los barcos.

Volog se encogió de hombros.

—Queda por ver si tiene el don o no, Sioned. Pensé que te gustaría conocerla de todos modos.

Sioned interpretó correctamente esto como que debía averiguar si Alasen era realmente faradhi. En sus labios estuvo la pregunta de por qué Volog no la había llevado con Andrade mucho antes, pero la mirada de cariñosa indulgencia que le dedicó a su hija lo explicó todo. Alasen negó la posibilidad; su padre no se atrevía a someterla a las pruebas de Andrade contra su voluntad. Sioned era su segunda mejor opción.

—Encantada de conocerla —dijo sonriendo—. Si te sientes con ánimo y no tienes nada más que hacer, ¿te gustaría acompañarme a la Feria hoy? Mi esposo me ha prohibido terminantemente comprarle regalos a mi hijo para consentirlo, y, naturalmente, no tengo intención de obedecer.

Volog soltó una carcajada.

—Los derechos de una madre están por encima de las órdenes de un esposo, ¡y con razón! La Diosa lo sabe: su madre y yo hemos consentido a Alasen sin pudor.

—El padre de Rohan le dijo una vez que hay que consentir a las hijas, pues es responsabilidad del marido disciplinar a su mujer. —Sioned rió suavemente, pero no pasó por alto la tensión en los labios de Alasen al mencionar a los maridos—. No puedo decir que el príncipe Zehava siguiera su propio consejo, pues consintió tanto a su hija como a su esposa hasta el día de su muerte. ¡De todas formas, Rohan nunca le creyó! —Se giró hacia la chica— Me encantaría tener tu compañía hoy, Alasen.

La broma la había relajado, y le dedicó a Sioned una sonrisa encantadora.

—Me encantaría unirme a ti, Su Gracia.

—Entonces la dejo a tu cuidado —dijo Volog, y se marchó.

Sioned tomó a la chica del brazo.

—Si aún no puedes usar mi nombre, por favor, llámame *prima*. Entre nosotras dos, es la verdad, no como la mayoría de las demás a las que tengo que dirigirme con ese término. —Arrugó la nariz y Alasen sonrió.

—Sé exactamente a qué te refieres. Cada vez que tengo que usarlo con el príncipe Cabar, recuerdo lo agradecida que estoy de que no sea cierto.

—Nuestro querido primo de Gilad es un poco arrogante, ¿verdad?

—Es pomposo, arrogante e insoportable —resumió Alasen con aspereza, y luego se sonrojó—. Mi padre tiene razón; me han mimado tanto que olvido hablar con el debido respeto.

—Decirlo y sentirlo son cosas diferentes. Somos familia, Alasen. Di lo que quieras. —Sioned le guiñó un ojo—. ¡La Diosa sabe que yo así lo hago!

Las dos mujeres vestían de manera informal, y al unirse a la fila en el puente, nada las distinguió de las demás que iban a la Feria ese día. Todo rango y privilegio quedaron a un lado, un alivio de la ceremonia de otras ocasiones. Los vendedores se dirigían a todos, desde las doncellas hasta las princesas con títulos exaltados; Cuanto más bonita era la dama, más escandalosa era la forma de tratarla. Los hombres, ya fueran lores o mozos de cuadra, siempre eran Su Excelencia en la Feria. La ropa sencilla y la nivelación de rangos eran la norma.

Sin embargo, el cabello rojizo y dorado de Sioned era bien conocido, a pesar de que la enorme esmeralda que llevaba en el dedo estaba oculta por finos guantes de cuero. Los intentos de deferencia eran desalentados con una sonrisa y un movimiento de cabeza, lo que solo conducía a más deferencia. Rechazó cortésmente un lugar al frente de la fila para cruzar el puente; de todos modos, se le abrió un camino. Al otro lado del río, los comerciantes abandonaban al resto de sus clientes para atenderla. Ella se apartaba deliberadamente cuando esto ocurría, y al cabo de un rato corrió la voz de que la Alta

Princesa estaba entre la multitud, pero no quería ser reconocida. La situación se calmó y pudo hacer algunas compras importantes.

—¿Siempre es así para ti? —preguntó Alasen.

—Desde el principio, sí. Atrás quedaron los días en que podía pasar desapercibida. Supongo que es tu primer Rialla.

—Sí, ¡y es maravillosa! He visitado Puerto Adni, por supuesto, y sus mercados. ¡Pero no se compara en nada a esto! —Señaló el alegre caos de puestos de mercaderes, clientes, escuderos y pajes haciendo recados, aprendices cargando con mercancía fresca para reemplazar la que ya se había vendido. La Feria brillaba con toldos de colores y era ruidosa con una multitud que se arremolinaba con ánimo festivo; y, al otro extremo del enorme campo, olía mal por los corrales llenos de ovejas, cabras, terneros y alces jóvenes. Sus balidos eran casi tan fuertes como el parloteo del regateo. Las dos princesas fueron a inspeccionarlos.

—Mira ese ternerito con la mancha blanca en la cara —le dijo Sioned a Alasen—. Será un auténtico monstruo cuando crezca y engendrará muchas generaciones como él.

—¿Cómo sabes esas cosas?

—Crecí en una granja, no en un palacio —respondió Sioned sonriendo—. Ese pequeño desciende de ganado que cuidé de niña. Su linaje es tan magnífico como el de cualquiera de los sementales de Lord Chaynal. —El ternero, como si se sintiera objeto de discusión, se acercó y olfateó la mano extendida de Sioned—. Davvi va a sacar un buen provecho de ti, muchacho.

—¿Por qué debería un príncipe preocuparse por el ganado? —se preguntó Alasen.

—Un príncipe debería involucrarse en todo lo que sucede dentro de sus fronteras. De hecho, esto fue idea de la princesa Pandsala. Se le ocurrió que el linaje de todos los principados puede mejorarse mezclándose con otros. Con un precio, por supuesto —añadió riendo—. Puede que la cría de ganado no sea tan glamurosa como los caballos de Chay, pero es mucho más práctica.

—Mi padre dice que este año también hay halcones en venta. ¿Fueron idea de la regente? ¿Podemos ir a verlos?

—Iba a ir allí después. Y son idea mía —continuó mientras subían una colina hacia el bosque—. De niña, nunca pudimos permitirnos buenos halcones. Los mejores se crían en Marca del Príncipe y solo se conservan para los más ricos. Siguen siendo caros, pero la mayoría de la gente debería poder permitírselos.

Los halcones enjaulados estaban a la fresca sombra de los árboles. Algunos llevaban capuchas a pesar de la distancia del ruido y el bullicio de la Feria. Sioned observó con satisfacción los resultados de su pequeño plan. Los halconeros estaban haciendo un negocio floreciente, como lo evidenciaban las pequeñas etiquetas en muchas de las jaulas que indicaban que las aves se habían vendido. Las etiquetas estaban codificadas por colores para cada príncipe y athr'im. Le complació notar que la gente había comprado temprano.

Alasen contempló con asombro un halcón de cara ambarina que se pavoneaba. Una larga ala se extendía por el borde de la jaula, mostrando plumas de bronce, esmeralda y oro.

—¿No es hermosa? —susurró la chica—

—Siempre quise volar —murmuró Sioned—. Especialmente tras ver a los dragones sobre Aguas Dulces cuando era pequeña.

—Debe ser la sensación de libertad más maravillosa del mundo —dijo Alasen con aire soñador—, saber que solo necesitas el cielo y el sol.

—Es como ser un faradhi —comentó Sioned, y recibió la reacción que esperaba. Alasen se enderezó y se apartó del halcón. Sioned fingió no darse cuenta—. Estoy a punto de malcriar a mi hijo comprándole una de estas aves. Ayúdame a elegir la mejor.

—Pero él es el dueño de todas, ¿no?

—Tiene el derecho de criarlas para luego ser vendidas por buena suma a estos buenos cetreros, que se llevan el fruto de su trabajo.

Un joven barbudo se acercó, hizo una reverencia y extendió la mano para señalar su mercancía. Sus mangas largas hacían que el gesto evocara un vuelo, una impresión acentuada por la pronunciada curva de su nariz y sus dos pequeños y brillantes ojos.

—¿Un halcón para Sus Magnificencias? ¡Ninguno mejor que el mío! Una donación personal del mismísimo Príncipe Pol, otorgado con sus propias manos reales. Modestia aparte, mis halcones son fruto de un apareamiento muy similar al que dio origen al joven príncipe: una legendaria dama por madre y un poderoso y principesco padre, y mis halcones son lo mismo. Permítanme mostrarles aves por las que la Alta Princesa me felicitó esta misma mañana, excelente jueza que es entre todas las cosas de este mundo, incluyendo halcones, y me dijo que la famosa esmeralda en su mano sería un precio justo por cualquiera de estas bellezas.

Sioned metió la mano enguantada que lucía la famosa esmeralda en su bolsillo.

—Si tal cosa fuera posible. ¿Pero por cuánto está dispuesta a vender una?

Mencionó un precio que la hizo parpadear. Pandsala había establecido límites estrictos al precio a cobrar; Incluso teniendo en cuenta el trueque que bajaría el precio, la suma final sería considerablemente superior a ese límite. La idea era que las aves fueran asequibles, no un lujo que dejara una ganancia enorme.

Para sorpresa de Sioned, fue Alasen quien empezó a regatear el precio. Su experiencia fue una lección para Sioned, quien nunca había sido muy buena en esas cosas. Cuando veía algo que quería, nunca se atrevía a regatear y posiblemente a ponerse en una posición en la que el orgullo la obligara a marcharse. La mayoría de los comerciantes lo veían en su rostro al primer intercambio poco entusiasta. Pero Alasen era una verdadera artista que obviamente amaba el juego, y pronto tuvo al cetrero agarrándose el pelo alborotado y arañando su barba con fingida agonía. Sioned guardó silencio y disfrutó del espectáculo.

Por fin, Alasen se volvió hacia Sioned.

—Será mejor que vayas a ver a los otros halcones. Creo que me reuniré contigo enseguida; el cráneo de este hombre es tan grueso y duro como un caparazón de dragón sin eclosionar.

Dispuesta a cumplir su parte, Sioned paseó entre las demás jaulas. Preguntó por los precios y encontró cantidades iniciales igualmente exorbitantes. Contó las etiquetas de colores, hizo un cálculo mental rápido y regresó con Alasen, quien había regateado el precio hasta el punto de partida.

Tras cruzar la mirada con el cetrero, Sioned se quitó los guantes lenta y deliberadamente. Al aparecer la esmeralda, los ojos del hombre se abrieron de par en par. Volvió a mirar el cabello, los ojos y la esmeralda para confirmar su identidad, y luego lanzó un aullido de consternación que hizo correr a los demás cetreros. Por un momento, Sioned pensó que el hombre se postraría y para echarse tierra sobre la cabeza en señal de penitencia.En cambio, se dirigió a sus compañeros:

—¡Su Muy Noble, Exaltada y Graciosa Alteza Real, la Alta Princesa!

Sioned los miró a todos con las manos en las caderas.

—¡Saludos de la Diosa! —dijo con dulzura— Me alegra mucho ver que todo marcha tan bien y con tan buenas ganancias. —Sonrió, y la culpa se reflejó en todos los rostros. Alasen ocultó una sonrisa tras su mano.

—Si no me falla la memoria —continuó Sioned en un tono que indicaba que su memoria era impecable—, se fijó un precio específico para estos halcones. Ahora bien, no tengo objeción a un margen de beneficio modesto. Así son las cosas. Pero a mi hijo le dolerá descubrir que su generosidad con ustedes no ha sido correspondida con la generosidad de ustedes con sus clientes. Un simple cálculo de los probables precios de venta de estas aves me indica que cada uno de ustedes ha obtenido ganancias adicionales equivalentes al precio de un halcón. Son cinco. Por lo tanto —concluyó con otra sonrisa—, le deben a mi hijo cinco halcones. —Hizo una pausa significativa—. Hasta ahora.

—Pero… Su Real Excelencia…

Sioned lo ignoró.

—A mi prima le gusta el de cara ambarina. A mí también me gusta el de la capucha verde. Son dos. Confiaré en tu criterio para elegir los mejores que tengas y etiquetarlos como pertenecientes a mi hijo. ¿Nos entendemos? ¡Maravilloso! Creo que no hace falta añadir que he contado la cantidad de aves sin vender, y con un ritmo similar de ganancias no autorizadas, acabarás debiéndole a mi hijo ocho halcones más, si continúas con tus prácticas actuales.

—¡Pero qué escándalo si bajan los precios de repente! —protestó un hombre—. ¡Nuestros primeros clientes se pondrán furiosos! Le ruego a Su Excelencia que lo reconsidere...

—Tienen razón, prima —intervino Alasen—. En mi opinión, hay dos soluciones. Nuestros buenos amigos pueden devolver la diferencia cuando los compradores vengan a recoger sus halcones... —Hizo una pausa al oír sus gemidos—, o pueden mantener sus precios y hacer que sus próximos clientes se crean unos regateadores prodigiosamente astutos.

—Tienes razón en lo que dices —respondió Sioned pensativa, reprimiendo con severidad una sonrisa ante la astucia de la chica—. Sería vergonzoso que estos honestos comerciantes admitieran que cobraron de más a sus primeros clientes, después de todo. ¿Qué opinan, amigos?

El cetrero barbudo tragó saliva.

—Su Gracia es pura perspicacia y genio. Permitiremos que los futuros clientes… que… —Se atragantó un poco y uno de sus compañeros le dio un codazo en las costillas—. El regateo continuará hasta que los precios sean los que especificó el regente —terminó, saboreando cada palabra como si fuera vinagre.

—¡Espléndido! —sonrió Sioned— Así que los cinco halcones, los dos que mencioné y los tres que elegirán ustedes mismos, son todo lo que le deben a mi hijo. Por cierto, las aves serán etiquetadas para mí, el Alto Príncipe, mi hijo, la Princesa Tobin, y la Princesa Alasen de Kierst, con quien acaban de tener el honor de hablar.

Los ojos de Alasen se abrieron de par en par, asombrados por el regalo. Sioned la tomó del brazo y, con una última mirada sonriente a los halconeros, la condujo de vuelta por la ladera. Apenas estaban fuera del alcance del oído cuando Sioned ya no pudo contener la risa.

—¡No me había divertido tanto en todo el año! ¿Puedes creer lo que pedían por esos halcones? Pandsala se pondrá furiosa.

—Mi señora, de verdad que no puedo aceptar...

—¿Por qué no? Te lo has ganado. Y por si no te habías dado cuenta, esos cinco halcones no me costaron nada. Dijiste que te encantaba observar el vuelo de los pájaros, Alasen, y no se me ocurre nada más hermoso que ese halcón de cara dorada con las alas extendidas hacia el sol. Ni una palabra más sobre el tema.

Alasen dudó, luego sonrió.

—De mi parte, no, ¡y gracias! ¡Pero oirás muchas palabras de gente que se cree muy lista para negociar!

Regresaron a la Feria, rumbo a los puestos de comida. Los deliciosos aromas competían entre sí en un derroche de tentaciones, y Sioned cedió con alegría. Entre carnes, quesos, pasteles, verduras, tartas, frutas frescas y en conserva, y cientos de botellas de vino, eligió un elegante almuerzo.

—Llevaremos esto al río para poder comer tranquilos —dijo, entregándole a Alasen un cántaro de bayas frescas remojadas en miel y hierbas. Hizo malabarismos con el resto de la comida mientras intentaba evitar a una tribu de jóvenes pajes que habían salido a divertirse—. Luego tengo que volver a buscar algo más para Pol, y... ¡oh! —Recuperó el equilibrio y se giró hacia quien la había empujado, una hermosa mujer de mediana edad con una mirada curiosamente intensa.

—Disculpe, noble dama —murmuró la mujer.

—No hay daño —respondió Sioned alegremente—. Se está bastante apretado aquí.

—Sí. Pero veo que no tienes pan para tu almuerzo. Puedo recomendar al panadero de Waes, justo por este pasillo.

—Gracias por su sugerencia, pero...

—No pueden perdercelo —interrumpió la mujer.

Sioned estaba a punto de sonreír otra vez, con intenciones de negarse. Pero algo urgente, casi desesperado, en los ojos de la mujer la detuvo.

—¿De verdad? —Preguntó con cautela, preguntándose qué tan lejos llegaría la mujer en su insistencia.

Lo suficientemente lejos como para la curiosidad de Sioned. La mujer se aferró a la manga de la Alta Princesa y susurró:

—Por favor, Su Gracia.

—Muéstrame.

Ella y Alasen siguieron a la mujer por la fila de puestos a uno con un toldo brillante rojo y amarillo: los colores de Waes, exhibidos por los comerciantes de esa ciudad, ya que todos en la Feria del Rialla mostraban los colores de su señor por ley. Las rondas de pan sin levadura se apilaron en cestas, ordenadas según el tamaño y el saborizante. Todos llevaban la marca de panadería en la parte superior, una impresión muy parecida a la que se hacía con sello de cera. Este panadero había elegido una ola oceánica estilizada como su sello distintivo, que también apareció en pintura blanca en el puesto de madera.

El anciano angular detrás del mostrador giró de completar una venta, y su mirada se estrechó al ver la escolta de Sioned.

—Ah. Ulricca. Me encontró otro cliente, ¿verdad?

—Solo lo mejor para esta dama —dijo Ulricca.

—Tengo ojos —se quejó el anciano y empujó a un lado una cortina amarilla en la parte posterior de la cabina—. Cuide que nadie me robe mientras no estoy —advirtió, y desapareció.

—¿Lo mejor? —Sioned murmuró a Ulricca, quien fingió no haber escuchado. Alasen la miró, interrogativa, y Sioned se encogió de hombros.

Un momento después, el viejo regresó. En sus manos había una gran ronda de pan envuelta en una tela limpia aunque algo harinosa. Sioned tenía monedas listas, pero el anciano sacudió la cabeza.

—No hace falta dinero. Sé a quién sirvo.

—Incluso una noble paga por sus comidas. Estoy segura de que lo remuneraré lo mejor posible. —Presionó dos monedas de oro en su mano, cien veces el costo de una barra de pan.

—Confío en que sí, noble dama. —Se inclinó y fue a ayudar a otro cliente.

—Sioned, ¿a dónde fue esa mujer? —Alasen miró a su alrededor, frunciendo el ceño— No la vi irse. ¿Quién era ella?

—No tengo idea. —Sioned miró a su alrededor, buscando a Ulricca y no encontró un rastro de ella.

Choquándose, llevó a Alasen a la orilla del río y eligió un asiento debajo de un enrejado cubierto de enredaderas en flor. Ella colocó su comida con casualidad deliberada y, por último, sin envolver el pan. Era genial y había estado mucho tiempo desde el horno; La tela no era para proteger las manos de Sioned, sino para esconder algo sobre el pan que podría despertar sospechas. Fue Alasen quien vio la marca en el fondo del pan: no la ola del océano del panadero, sino el contorno áspero de un dragón en vuelo, dibujado en la masa con un cuchillo.

—¿Es un mensaje? —Alasen preguntó, con los ojos muy abiertos.

Sioned sacudió la cabeza.

—Sello de identidad. —Perforó el borde de la corteza con su pulgar—. Abriré esto para que podamos poner queso adentro. Y si te mueves un poco a tu derecha, esas personas que comen allí no podrán ver nada. ¡Gracias. Ajá!

Extrajo un trozo de pergamino doblado del tamaño de su palma, su superficie pegajosa por el aceite del pan. Mientras lo cepillaba, se cayó un círculo dorado y recuperó el aliento.

—¿Un anillo? —Alasen respiró, luego cayó en la cuenta de qué era— ¡Un anillo de faradhi!

Sioned puso la nota y el anillo en su bolsillo.

—Sí —respondió ella—. Abre el vino, vamos a comer.

Cuando terminaron el almuerzo, recogieron las restos y caminaron hacia el río, distribuyendo migajas a las aves. Fue solo entonces que Sioned sacó la nota.

—Es mejor que valga la pena el oro —murmuró. Alasen casi bailaba con impaciencia cuando Sioned encontró el breve mensaje y lo sacó de su bolsillo—. Solo hay una forma de separar a un Mensajero del Sol de sus anillos, cosa que esta nota confirma.

—¿Qué dice?

—Perdóname, Alasen. No puedo decirte. Pero puedo hacerte saber que tienes razón acerca de lo del anillo Faradhi. Es el color del oro, ligeramente rojizo, como viste.

—Y el Mensajero que lo llevaba está muerto.

—Sí. De lo contrario, todavía estaría en su dedo. —Ella miró sus propias manos—. Soy la única a la que le robaron sus anillos y vivió... para nunca volver a usarlos.

—Pero la nota...

—No puedo hablar de eso, Alasen.

—Crees que soy demasiado joven y mimada, ¿verdad?

—Era más joven que tú cuando me convertí en princesa de Rohan, así que sería una vileza negarme por tu edad. Pero hay ciertas cosas de las que deberías protegerte, porque la honesta inocencia es la mejor defensa contra preguntas incómodas. Ahora mismo sabes que un Mensajero del Sol ha muerto y que recibí un mensaje. Si no sabes nada más,

estarás a salvo. Ni siquiera las princesas con el don de los Mensajeros del Sol deberían saberlo todo.

—Sí que lo sabes —murmuró Alasen.

—¡Ay, querida! ¡Ojalá! —Hizo una pausa—. No te asustaste cuando te llamé faradhi.

Alasen partió queso en trozos que echó al agua para los peces.

—¿Has oído alguna vez la historia de Siona, la abuela que compartimos tu padre y yo? Era una Mensajera del Sol en la Fortaleza de la Diosa que conoció al Príncipe Sinar en un Rialla. Se enamoraron. Fue un escándalo terrible, porque en aquella época los príncipes y señores no se casaban con faradh'im; al menos no con los que habían recibido formación formal. Se temía que los dones aparecieran en la siguiente generación de gobernantes, formados por padres faradhi sin la supervisión de la Fortaleza de la Diosa.

—Los tiempos parecen haber cambiado —dijo Alasen con una mirada furtiva a Sioned.

—Andrade los cambió a su gusto. No fue sino hasta que nací que los dones aparecieron en la línea kierstiana, y ahora en ti. No es tan terrible, ¿sabes?, ser una Mensajera del Sol y una princesa.

—Pero eso me hace valiosa, ¿no? —exclamó Alasen. Arrojó el resto del queso al agua. Peces verde plateados convergieron y el agua se agitó mientras se peleaban por la comida.

—Ah —murmuró Sioned, comprensiva—. Si no fuera por mí y mi innovador matrimonio con Rohan, podrías haber admitido tus talentos, entrenado en la Fortaleza de la Diosa y haber vivido solo como Mensajera del Sol. Pero gracias a mí, eres una joven importante en lo que a matrimonio se refiere.

—No es tu culpa —dijo Alasen rápidamente—. Tienes razón, sé que tengo el talento de faradhi. Siempre lo he sabido. No creía que fuera posible ser princesa y Mensajera a la vez. Y soy una Princesa de Kierst; tengo deberes. Incluso si me hubieran entrenado en la Fortaleza de la Diosa, mi posición exige que me case con un príncipe o un señor. Así que ves que es mejor así. Realmente no tengo elección.

—Pero hay una parte de ti... —la animó Sioned.

—Sí, una parte de mí me dice que si no aprendo esas cosas, viviré sabiendo que solo soy la mitad de lo que podría haber sido. Pero no quiero convertirme en esos terneros u ovejas, valiosas para mi linaje faradhi en lugar de para mí misma. Ya es bastante malo ser una princesa con la dote que me dará mi padre. Pero al menos he sido entrenada para ese tipo de vida. —Miró a Sioned—. No creo que haya ningún entrenamiento para ser una princesa Mensajera del Sol excepto la vida.

—Aun así —le recordó Sioned con dulzura—, quieres volar.

Alasen asintió secamente.

—No puedo evitarlo, pero tampoco tengo por qué rendirme. —Se limpió las manos y se encogió de hombros—. Lo siento, no debería molestarte con mis problemas, sobre todo después de esa nota.

—Lo que tuve que encarar fue lo contrario, ¿sabes? Sabía cómo ser una Mensajera del Sol, pero no tenía ni idea de qué se le exigiría a una princesa. Ven, deberíamos volver al campamento.

Sioned dejó a Alasen en las tiendas de Volog y se dirigió a su pabellón, donde Rohan se tomaba un descanso al mediodía de sus actividades principescas. Lo saludó con un beso y le habló primero de los halcones, lo que lo hizo reír entre dientes.

—Tienes razón, ¡Pandsala se pondrá furiosa! Tendremos que advertirla. Alasen parece una chica muy lista.

—Es una pena que sea demasiado mayor para Pol.

—Pensé que estaba enamorado de Sionell, y la Diosa sabe que ella también lo está.

—Todo príncipe debería poder elegir —le dijo con dulzura—. Igual que tú.

—Mmm... siempre y cuando la elección coincida con lo que quieres, querrás decir. —Tiró juguetonamente de una de sus trenzas—. Mi mañana no ha sido ni la mitad de entretenida. Todos intercambiaban ideas, Lleyn se quedó allí sentado, silencioso y divertido, y nadie mencionó el verdadero asunto del Rialla.

—Firon y Masul, pero sobre todo Masul —añadió—. ¿Ni una sola indirecta?

—Ninguna. Pero Lyell ha pedido dirigirse a los príncipes mañana. No puedo decir que me haga verdadera ilusión.

—Entonces piensa en esto. —Sacó el anillo y el pergamino doblado, y le contó cómo los había conseguido—. Un poco indirecto, llegado al final, ¿no te parece?

Rohan leyó la nota en voz alta.

—*Este anillo pertenecía a Kleve, quien ha muerto. Sus otros anillos han desaparecido, al igual que los dedos que rodeaban. Su cuerpo estaba siendo preparado para la hoguera de los pobres cuando fue identificado y se le incineró como era debido. Se desconoce quién lo asesinó. Pero cuidado: en la ciudad corren rumores de que el padre de un hijo generalmente corre al Desierto ante el peligro.* —Rohan se mordió el labio un momento y luego dijo—: Kleve era un buen hombre. Un buen amigo nuestro. ¿Crees que estaba aquí por los intereses de Andrade?

—Sí. No quería llamar la atención sobre el panadero, así que no volví a su puesto. Pero podría encontrarlo de nuevo si quieres.

—¿Y ponerlo en peligro? No. Él o esta mujer evidentemente consideran que esta nota es todo lo que necesitamos saber. —Apretó el puño alrededor del círculo dorado—. Diosa, pobre Kleve. Es una barbaridad. Le cortaron los dedos, lo dejaron morir y lo quemaron en una pira común…

Sioned lo rodeó con ambas manos.

—Kleve estaba aquí en Waes. La ciudad de Kiele, la mujer que defiende a Masul. Lo que sea que descubrió le costó la vida. No hay otra forma de interpretarlo.

Rohan se apartó de ella, todavía agarrando el anillo.

—No es a mí a quien buscan… *generalmente corre al Desierto ante el peligro*. Eso implica a los Mérida, por supuesto. Pero, ¿*el padre de un hijo*? —Se giró de repente— ¿De quién es el hijo que nos ocupa? ¡De Roelstra! Pero ya está muerto, así que la amenaza…

—Espera, me has perdido —protestó Sioned.

—¡Debe ser el verdadero padre de Masul! ¿No lo ves? ¿Quién podría aportar la prueba más decisiva? ¿Un hombre que se parecía, hablaba y se movía como Masul, y que no está ni cerca de estar muerto?

Las cejas de Sioned se arquearon.

—Te estás pasando —dijo secamente—. Hay docenas de padres aquí que tienen hijos...

—Y solo uno nos preocupa de verdad —le recordó—. ¿Pero cómo lo encontramos?

—Bueno, ¿a quién querría encontrar?

—Supongo que a la gente que más dinero le pagará, ya sea para hablar o para no hablar. No ha recurrido a nosotros, así que creo que podemos asumir que busca a estos últimos. ¿A quién recurriría? ¿A Kiele? ¿A Miyon? ¿Al propio Masul?

—Si Kiele ordenó a alguien asesinar a Kleve, y creo que lo hizo, no dudaría en matar también a este hombre. Silenciado permanentemente. —Sioned empezó a pasear por la estancia—. ¿Con quién hablaría? ¿Qué tan familiarizado está con la política de esto?

—No...

Lo interrumpió la entrada de un guardia.

—Disculpen, Altezas —dijo la mujer—. Las princesas Pandsala y Naydra les piden un momento de su tiempo.

—Sí, por supuesto —dijo Rohan distraídamente. Luego miró fijamente a Sioned—. ¿Crees que…?

Las hermanas entraron, y las primeras palabras de Pandsala confirmaron sus sospechas.

—Mi señor, mi señora, lamento molestarlos, pero un hombre vino a ver a Naydra esta mañana...

—Déjenme adivinar —le dijo Sioned—. Afirmó ser el verdadero padre del impostor y quería dinero para guardar silencio al respecto.

Naydra abrió mucho los ojos.

—¿Cómo lo supieron?

Pandsala palideció y susurró:

—¡Qué tonta soy!

—No podían saberlo —dijo Rohan—. Y acudiste a mí en cuanto te enteraste. Princesa Naydra, por favor, cuéntame qué pasó.

—Dijo que, como hija de mi padre, yo querría que tú y los tuyos se fueran de Marca del Príncipe, y que si no le pagaba...

—Lo mandaste lejos, ¿verdad? —la interrumpió— Aprecio tu lealtad, mi señora, pero ojalá me lo hubieras dicho enseguida.

Se retorció las manos.

—Mi señor, lo siento, no pensé que... que solo quería dinero...

—Tenías razón en eso —dijo Rohan con más suavidad—. No te culpo, mi señora. Por favor, cuéntanos todo lo que dijo.

—Me dijo que había tenido un hijo con una mujer casada con otro hombre, todos sirvientes del Castillo del Peñasco. Formaba parte de la tripulación de la barcaza; no lo recuerdo, pero eso no significa nada, la verdad. Lo escuché tanto tiempo solo porque me asombró su descaro. —Naydra se recompuso con admirable aplomo y les contó todo lo que sabía.

El hombre era alto, moreno y de ojos verdes, como se decía que era Masul. Tras el incendio de la barcaza aquella noche, se instaló un tiempo en Waes y luego trabajó en varios barcos. Rumores de esta primavera lo trajeron de vuelta, donde esperaba al Rialla para ver qué podía aportarle la información.

—Acudí a Pandsala poco después de que se fuera, mi señor. Me sentí tan ofendida que pensara que los traicionaría a ustedes y a la princesa Sioned, que han sido tan buenos conmigo…

—¿Podrías encontrarlo de nuevo? —preguntó Rohan— ¿Decirle que lo has reconsiderado?

Naydra negó con la cabeza.

—Lo siento, mi señor —dijo con tristeza—. Después de recuperarme del impacto de su impertinencia, lo dejé ir sin dudar de mi lealtad. Luego fui a contarle a Pandsala sus mentiras, por si acaso volvía a verlo.

Sioned suspiró quedamente.

—Bueno, ¿adónde iría después? A ti no, Pandsala, desde luego. Kiele es una posibilidad en la que no quiero pensar. No viviría más allá de sus primeras palabras.

Naydra palideció.

—Mi señora, ¿no crees que ella…?

—Estoy casi segura. —Se volvió hacia su esposo—. Si yo fuera él, iría a Chiana. No tiene mucho dinero, pero es la que más tiene que perder.

Lo que Chiana perdió fue la paciencia. La llamaron al pabellón y le contaron, en esencia, lo sucedido, lo que la hizo descargar su enfado en Naydra.

—¡Estúpida! ¿Por qué no lo mantuviste contigo y mandaste a buscar al resto?

—Ya basta —espetó Pandsala.

—¡Ni de lejos, Princesa Regente! —espetó Chiana con la mirada encendida— ¡Tú, Ianthe y tus estúpidos planes... si no fuera por ti, nada de esto habría sucedido!

—Mi señora —dijo Rohan con engañosa suavidad—, su opinión no es necesaria ahora mismo. Sin embargo, su inteligencia sí lo es. Cálmese y piense.

—Oh, sí, puede ordenarme que mantenga la calma y la serenidad; no es su identidad la que está en juego, ¿verdad, Alto Príncipe?

Pandsala dio un paso amenazador hacia su hermanastra.

—¡Calla!

—¡Ni se te ocurra darme órdenes, zorra traidora!

Rohan masculló una maldición en voz baja.

—Basta ya, los dos. Chiana, vuelve a las tiendas de Kiele. Sí, sé que es el último lugar del mundo donde quieres estar, pero es el único lugar donde puedes ser útil.

Respiró hondo, lanzando una mirada venenosa a Pandsala, y asintió.

—Sí. Discúlpame, por favor. —Le hizo una reverencia y se retiró.

—Disculpa sus modales, mi señor —añadió Pandsala en voz rígida.

—Pandsala, esa chica no tiene modales —comentó Sioned, y apenas esbozó una sonrisa.

—Aun así, tiene razón —murmuró, los ojos cerrados, la respiración profunda—. Si no fuera por Ianthe y la estupidez de Palila al prestar atención a mi revisión de su plan, nada de esto estaría sucediendo.

—Eras joven y estabas desesperada —dijo Naydra en voz baja—. Como todos nosotros.

—No apruebo lo que intentaste hacer —dijo Sioned—. Pero lo entiendo.

Pandsala sostuvo la mirada de Sioned, y de repente fue como si estuvieran solos.

—¿Aún sabiendo que todo fue en perjuicio de Rohan?

—Él solo era un símbolo para ambos. Libertad, en la forma de un solo hombre. Pero creo que has aprendido lo que Ianthe nunca aprendió: somos nosotras quienes hacen nuestras propias cárceles.

Pandsala dudó y luego murmuró:

—Nunca le había dicho esto a nadie, pero… fuiste la elección más sabia. —Sus mejillas se sonrojaron y miró nerviosa a Rohan, recordando bruscamente su presencia—. Perdóname, mi señor. Con tu permiso, Naydra y yo nos marchamos.

Cuando ambos se marcharon, Rohan suspiró y se dejó caer en una silla.

—Ven aquí, Sioned.

—¿Cómo puedes sentarte ahí y...?

—No puedo hacer mucho ahora mismo, ¿verdad? Ven aquí. —Cuando la sentó en su regazo, volvió a suspirar—. El día se pone cada vez más interesante. Pero recuérdame que, cuando elija una amante, que sea una que se adecúe al tamaño de mi regazo. Estas piernas tuyas, tan largas...

—Lamento ser tan sobredotada, mi príncipe. Y aún quiero saber...

—Sioned, si ordeno registrar cada tienda y todo Waes, alertaré a nuestros enemigos de que considero a este hombre de vital importancia, y así lo mataré con más eficacia que si lo

atravesara con mi propia espada. Así que pienso esperar a ver qué pasa, que es lo único que puedo hacer por ahora, aparte de reencontrarme con mi esposa después de todo un verano de ausencia.

Unos momentos después, la voz del escudero de Rohan llegó desde el otro lado del tabique.

—¿Sus Altezas Reales?

—Maldición —murmuró Rohan, y Sioned se levantó de su regazo—. Sí, Tallain, pasa —gritó.

Tallain, único hijo superviviente del Señor Eltanin de Tiglath, era rubio como el trigo y de ojos oscuros, un joven corpulento de diecinueve inviernos a solo un año de ser nombrado caballero. Rohan había tenido suerte toda su vida al elegir escuderos, y Tallain no era la excepción. Walvis, hijo menor de un pequeño terrateniente, se había convertido en un consumado comandante de batalla, un athri de confianza y un buen amigo; Tilal, sobrino de Sioned, era ahora un importante señor por derecho propio y se mantenía cerca de ellos. Tallain algún día gobernaría la ciudad amurallada del norte, un importante bastión contra los Mérida y los cunaxanos al otro lado de la frontera, y estaba siendo entrenado con esta idea en mente. Hizo una reverencia, se apartó la mata de pelo, siempre rebelde, de los ojos y dijo:

—Lo siento, mi señor, mi señora. Pero alguien dejó esto fuera del pabellón. Solo vi de él una sencilla túnica oscura; sin emblema, sin colores que reconociera. —Rohan aceptó la bolsa de áspera lana marrón y desató los cordones.

—Ah —dijo en voz baja mientras extraía un fino cuchillo de cristal—. Mérida.

Tallain se puso rígido, pero fue Sioned quien habló.

—¿Es de las que usan para matar en el Desierto?

—Supongo que sí. Otra advertencia, cada vez más interesante —repitió—. Gracias, Tallain. Y no te preocupes. Esto no es para ninguno de nosotros.

—Doblaré la guardia de todos modos, mi señor.

—No, no lo harás.

Tallain hizo una reverencia y pareció disgustado.

—Como desee, mi señor.

Cuando el joven se fue, Rohan acarició la afilada hoja del cuchillo con un dedo.

—He visto demasiados de estos, muchos dirigidos a mí.

—¿Qué crees que quieren decir con eso?

—Quieren que sepa que están aquí. Quieren que me preocupe por Pol, pero no por este *padre de un hijo* del que nos advirtió nuestro amigo panadero. —La miró—. Sioned, si de verdad fuera el héroe del que me acusaste anoche, registraría los campamentos y no daría paz a nadie hasta encontrar al hombre... y lo encontrarían con vida. Se supone que los héroes actúan por impulso, hacen cosas que no han pensado bien. Y para los héroes, esas cosas siempre funcionan. Eso es lo que los convierte en héroes. —Hizo una pausa, dándole vueltas al cuchillo—. De joven, tenía todo el poder impulsivo de la juventud y la insignificancia a mis espaldas. Ah, tenía un principado y eso me convertía en alguien a tener en cuenta, pero no era un Alto Príncipe. No tenía que preocuparme por todo ni por todos. Ahora, tengo que hacerlo. El poder de ser un Alto Príncipe me limita.

Sioned asintió lentamente.

—En aquel entonces, el único límite era lo que podías hacer. Ahora es lo que no debes hacer.

—Exactamente. Y no hay otra persona en este mundo que entienda lo que quiero decir. ¿En qué me convertiría si pisoteara la vida de todos simplemente porque soy el Alto

Príncipe y tengo el poder? Si todavía fuera solo Rohan, quien gobernaba el Desierto, podría intentar prácticamente lo que quisiera, porque habría alguien más poderoso que yo para detenerme si pudiera. Pero ya no hay nadie así. —Terminó con un encogimiento de hombros burlándose de sí mismo—. Y no está en la descripción de un héroe ser tímido al usar el poder.

—Mi descripción de un héroe es muy diferente —dijo ella en voz baja—. Lo estoy viendo.

—Tú, mi querida, tienes prejuicios.

—Por supuesto —asintió ella de buena gana—. Pero observa a quienes te rodean de vez en cuando, quienes buscan tu guía. Observa a tu hijo, que te venera. Rohan, si ser un héroe es tener el coraje de resistirse a usar el poder arbitrariamente, entonces tú eres un héroe, amado.

Se encogió de hombros de nuevo.

—Lo que llamas coraje parece cobardía desde aquí. Y no nos acerca a localizar al padre de Masul.

—¿De eso estamos hablando realmente? —preguntó ella en voz baja.

Él le dedicó una leve sonrisa que se desvaneció casi antes de tocar sus labios.

—Supongo que no. De lo que estamos hablando es de encontrar y ejecutar a Masul antes de que pueda decir una sola palabra. Antes de que tengamos que usar a su padre para destruirlo.

Bajó la vista hacia el cuchillo: un cuchillo Mérida, del que la antigua liga de asesinos había tomado su nombre: cristal suave. De repente, lo lanzó con saña por los aires. Un instante después, la brillante hoja colgaba temblorosa de un soporte de madera al otro lado de la tienda.

—¡Al diablo con los debates sobre el poder! Sioned, aunque tenga que romper mis propias leyes, voy a erradicar a cada una de esas alimañas asesinas y ejecutarlas, con mis propias manos, si es necesario. ¡Pol no va a pasarse la vida buscando por encima del hombro una espada Mérida!

Sioned contempló el cuchillo durante un largo rato. Le costó un gran esfuerzo apartar la mirada y fijarla en su marido.

—Entonces, haz que a Miyon le resulte rentable expulsarlos de sus tierras.

—¿Qué sugieres? —preguntó con amargura.

—Dale algo a cambio de los Mérida y, de paso, de su apoyo contra Masul.

—¿Como qué?

Con calma, sacó el cuchillo Mérida de la madera y lo sostuvo de modo que la luz se reflejara en su hoja de cristal.

—Algo como Chiana.

Capítulo Diecisiete

Al igual que su padre, Pandsala no creía en hablar de poder. Creía en usarlo.

Pandsala esperaba en la llamativa tienda de Lyell, con sus rayas rojas y amarillas, cada vez más furiosa mientras Kiele la mantenía esperando en una antecámara. Cuando por fin la admitieron en presencia de su hermanastra, Pandsala estaba furiosa. Que la obligaran a ocultar su furia solo aumentó su odio hacia esta belleza ostentosa que la recibía con la sonrisa más amplia y más falsa que había visto. De todas sus hermanas y hermanastras, Kiele era la que más merecía haber muerto. Pandsala lamentaba no haberla matado años atrás.

—¡Pandsala! Espero que no te hayan hecho esperar demasiado. Mis escuderos me dijeron hace un momento que estabas aquí; detestan interrumpirnos a Lyell y a mí cuando tenemos un rato a solas. —Kiele besó el aire junto a la mejilla derecha de Pandsala—. Tienes mucha suerte de no estar casada, ¿sabes? Una siempre se preocupa por no pasar suficiente tiempo con su marido y sus hijos.

Pandsala soportó el abrazo con firmeza, sin pasar por alto el comentario mordaz de Kiele sobre su situación de soltería.

—Lamento molestarte —se obligó a decir.

—No te preocupes. Hacía tanto tiempo que no charlábamos juntas... ¿Por qué no pido un par de caballos y te llevo a la ciudad? Te mostraré la residencia y comeremos algo. Es un lugar peculiar, pero he conseguido que sea habitable, aunque no lógico.

Pandsala dudó un momento si dejar que Kiele hiciera sus propias conjeturas sobre el porqué de la visita, pero luego decidió que no tenía paciencia.

—Me temo que tendré que posponer el placer de ver tu casa, Kiele. Tengo algo bastante inquietante que comentar contigo.

—¿Ah, sí? —Kiele señaló las sillas— ¿En qué puedo ayudarte, Pandsala?

—Naydra vino hoy a verme con una historia asombrosa.

Con un susurro de faldas de seda, Kiele se hundió en un asiento.

—Todavía no he tenido oportunidad de hablar con ella. ¿Cómo está?

Pandsala le atribuyó todo el mérito por contener la curiosidad ante esta conversación con una hermana a la que detestaba profundamente. El sentimiento era mutuo y ambas lo sabían, y Pandsala empezó a disfrutar del juego.

—Ah, entiendo. Pero su historia fue bastante asombrosa. Parece… —Dudó el tiempo justo y luego continuó en voz baja— Kiele, hay un hombre en Waes que dice ser el verdadero padre de este impostor.

Los ojos de Kiele se abrieron de par en par, pero ocultó a Pandsala la mayor parte de su verdadera reacción ante la noticia.

—¡Increíble! ¿Qué puede significar esto? —susurró.

—Significa que todos lo buscan. A Naydra le pidió dinero para mantenerse callado; como hija de nuestro padre, naturalmente desearía que Rohan se fuera de Marca del Príncipe. ¿Cómo pudo pensar que alguna de nosotras querría eso? Padre no nos dio nada, y Rohan nos lo ha dado todo.

—Oh, sí, sin duda —dijo Kiele con seriedad, y de nuevo Pandsala se vio obligada a admirarla por mantener la seriedad.

—Vine a ti, como otra leal sirvienta del Alto Príncipe, para preguntarte si podrías poner a tu gente a buscar a este hombre. Conocen a Waes mucho mejor que la mía. Si es el verdadero padre de este impostor, entonces su verdad debe ser escuchada. Y si no lo es…

—Se encogió de hombros—. Si no lo es, tendrá que aprender una lección por mentir sobre asuntos de estado tan importantes. ¿Me ayudarás, Kiele?

—Con todo mi corazón, Pandsala. Es impactante, ¿verdad?, toda esta historia de que papá posiblemente tenga un hijo. Y ahora este hombre con su historia… —De repente, a Kiele se le formaron los hoyuelos— Oh, ¿y si es verdad? ¿Y si Palila realmente se quedó embarazada de un novio, un cocinero o algo así, con la esperanza de darle un hijo a papá?

Pandsala le dedicó una risa sincera.

—No me habría sorprendido nada viniendo de esa zorra, ¿y tú? Diosa, ¿recuerdas cuánto la odiábamos? A decir verdad, querida, me asombra verte dándole espacio a su hija. —Volvió a reír cuando el disparo dio en el blanco.

—Esa pequeña... —Kiele se mordió los labios, pero fue demasiado tarde. Pandsala asintió lentamente, sonriendo—. Chiana es mi invitada y me ha sido de gran ayuda en la planificación del Rialla —continuó, en un intento desesperado por recuperarse.

—Viví con ella seis largos años en la Fortaleza de la Diosa —señaló Pandsala—. Francamente, querida hermana, ¡casi valdría la pena descubrir que este farsante es quien dice ser, si eso humillara a Chiana!

Kiele se recostó en su silla, con las manos y los brazos flácidos a los costados y la boca abierta. Pandsala rió suavemente.

—¿No te lo imaginas? Deshonrada, privada de estatus, revelada como la hija de una sirvienta. Es lo que Ianthe y yo planeamos para ella desde su nacimiento, y ella es la razón por la que me desterraron a la Fortaleza de la Diosa. ¡Debo admitir que me encantaría ver a una hija de su insufrible madre ganándose la vida como esclava de la cocina!

—Es una imagen interesante —reconoció Kiele con una repentina sonrisa burlona—. De hecho, la invité aquí con la esperanza de que encontrara a alguien que se casara con ella y nos la quitara de encima. Sé que Naydra ya está harta de ella, y yo misma estoy bastante cansada de sus aires de grandeza.

—En cierto modo, es una lástima que la afirmación de este farsante no sea cierta. —Observó cómo asimilaba la idea y esperó las preguntas. No tardaron en llegar.

—Fue una noche rarísima, ¿verdad? Claro que estabas allí —dijo Kiele con indiferencia—. Pero, ¿sabes?, no puedo evitar preguntarme, con toda esta confusión, qué pasó realmente, Pandsala. Solo tú e Ianthe lo supieron.

—Y Lady Andrade —añadió Pandsala con suavidad—. Tienes razón sobre las circunstancias. Un caos absoluto. Pero yo estaba allí, Kiele. Y lo sé. Por eso no puedo permitir que se oculte el asunto. ¿Me harías el favor de que tu gente busque a este hombre en la ciudad, en el campamento y en la Feria? Deberían poder encontrar a un extraño con cierta descripción, incluso con todos los demás extraños alrededor. Puede que adopte los colores de algún señor o príncipe, pero lo dudo, ya que cualquiera legítimamente al servicio conocería a todos sus compañeros. Correría peligro de ser desafiado.

—¿Entonces no tiene amo propio?

—Que yo sepa, no. Vestía ropa sencilla cuando habló con Naydra. ¿Lo harás, Kiele? Te lo agradecería.

—Con gusto te ayudaré —dijo Kiele con fervor—. ¿Qué aspecto tiene?

Le dio todos los detalles que Naydra había podido recordar durante el interrogatorio que la misma Pandsala había llevado a cabo, que había sido mucho más intenso que el de Rohan. Kiele la acompañó afuera, con mucha dulzura y cooperación, y las dos mujeres se separaron en los mejores términos. Pandsala regresó a sus tiendas, donde veinte sirvientes la esperaban, tal como se les había ordenado. Habían abandonado los colores de Marca del Príncipe y vestían túnicas sencillas.

—Vigilen a todos los sirvientes que salen de la tienda de Lady Kiele. Estarán buscando a un hombre alto de ojos verdes. Ahora, escúchenme bien: este hombre no debe acercarse a mi hermana. Asegúrenlo y tráiganmelo de inmediato, sano y salvo. Ni una palabra a la gente del Alto Príncipe ni a nadie más. Sobre todo, no permitan que la gente de Kiele sepa quiénes son. Habrá una recompensa sustancial por su éxito. ¿Alguna pregunta? Bien.

Rohan no pudo cumplir con su palabra de dejar que las cosas sucedieran como fueran. Aprovechó un momento para hablar con Tallain, instruyéndole que alertara a todos los guardias y sirvientes sobre la descripción de cierto hombre con el que Rohan deseaba hablar. Si lo veían, debían llevarlo al pabellón de inmediato.

—Pero díganles que no sean obvios —concluyó—. Sin alboroto, y sin registrar las tiendas ni interrogar a todo el que encuentren.

Al caer la tarde, Rohan había abandonado los pergaminos que exigían su atención para dar un paseo junto al río. Excusó su negligencia argumentando que necesitaba aire fresco para despejarse. Nunca se le había dado bien mentirse a sí mismo.

Con la misma naturalidad con la que había salido de su pabellón, y con la misma excusa que le había dado a Tallain, Sioned apareció a su lado.

—¿No te parece una tarde hermosa para dar un paseo? —preguntó ella.

—Una tarde hermosa —repitió él.

—Todo está preparado para nuestros diversos grupos —continuó ella distraídamente mientras se acercaban a la orilla del río—. Comida suficiente para un ejército y vino suficiente para sustentar la mitad de la flota mercante de Lleyn.

—Qué bien.

—Pol me ha dicho que me regalará algo que vestir en el banquete del Último Día. Pero no quiere decir qué es.

—Es la primera vez que oigo hablar de ello. —Arrancó una flor de un arbusto y empezó a deshojar los pétalos.

—Confiesa, Rohan, lo que de verdad te gustaría hacer es registrar cada tienda, casa y cabaña en un radio de cien metros.

—Si lo admito, ¿lo harás? —Le sonrió.

—No hay muchas posibilidades de encontrarlo, ¿verdad?

—No muchas.

Continuaron en un silencio amistoso durante un rato, en dirección al puente que cruzaba el Faolain. La gente regresaba de la Feria cargada con paquetes y carteras, comentando compras y rumores. Rohan y Sioned pasaron prácticamente desapercibidos entre la multitud, pues ambos vestían con sencillez y llevaban las manos con los anillos delatores en los bolsillos. Algunos pocos los reconocieron, pero ante un leve gesto de negación con la cabeza de ambos, simplemente hicieron una leve reverencia y siguieron su camino.

—Hay mucha gente aquí este verano —observó Rohan.

—Más que suficiente para mimetizarse, ¿no te parece?

—Excepto si resulta que eres un joven príncipe con dos guardianes celosos. Mira. —Señaló hacia donde su hijo caminaba junto al río, con Maarken y Ostvel a su lado.

—Parece que ninguno de nosotros puede quedarse quieto toda la tarde —murmuró Sioned con una sonrisa irónica.

—No puedo culparnos. —La condujo fuera de la multitud hacia Pol.

—Me pregunto dónde está Riyan —dijo de repente—. Clutha está aquí, pero Riyan aún no ha venido a saludar a Ostval.

—Supongo que ha estado demasiado ocupado. Estuvo en Waes este verano, ya sabes, vigilando a Lyell por Clutha. Pero no estaba en la residencia cuando cenamos allí. Chiana dijo que había cabalgado hasta el cruce de Faolain para encontrarse con el grupo de Clutha. —Saludó a Pol mientras él subía apresuradamente la cuesta hacia ellos—. Parecía bastante molesta, probablemente porque no había llegado a nada con Riyan.

—Amor mío, ¡el chico tiene buen gusto! Pero me gustaría hablar con él. Quizás haya oído algo.

—Le pediré a Clutha que lo envíe esta noche. —Sonrió al ver a Pol acercarse y les dedicó una reverencia cortés y una sonrisa pícara.

—¿Han estado en la Feria? —preguntó Pol—. Yo estuve un ratito —añadió con una mirada entre burlona y resentida hacia Maarken y Ostvel por encima del hombro—. Tenía unos asuntos que resolver.

—¿Mi regalo? —insinuó Sioned.

—¡Podría ser!

—Sea lo que sea, espero que me quepa —respondió ella, alborotándole el pelo rubio. Entonces se volvió hacia Maarken y añadió—: Supongo que te tomaste un tiempo para ti y hablaste con al menos una docena de orfebres sobre collares de boda.

El joven le hizo una mueca, y Ostvel reprendió:

—Vamos, Sioned. No le des la lata al chico. Además, solo eran media docena. Los conté.

Estaban a punto de regresar a las tiendas del Desierto cuando alguien de la multitud cercana gritó una advertencia. Se oyó una refriega en el puente y la gente se dispersó por las escaleras, gritando. Un hombre alto y mal vestido se tambaleó contra la barandilla. Le brotaron chorros de sangre del cuello.

—¡Diosa mía, alguien lo ha matado! —gritó una voz masculina.

—¡Ahí están! ¡Agarradlos, no dejéis que escapen!

Rohan y Ostvel ya corrían hacia las escaleras. Pol habría hecho lo mismo de no ser por el firme agarre de Sioned en su hombro, aunque necesitó todas sus fuerzas para sujetarlo. Maarken se interponía entre ellos y el puente, observando a la multitud con cautela, con la espada desenvainada, lista para defenderlos si era necesario. Pero era Rohan quien necesitaba una espada, un arma que Pol no había portado en toda su vida. Un hombre vestido de amarillo y marrón surgió del grupo de gente asustada y saltó hacia él, con la hoja reluciente. Los cuchillos de bota de Rohan estuvieron en sus manos al instante, y luchó con toda la gracia y destreza de alguien nacido para blandir una espada. Ostvel forcejeó con un segundo hombre con los colores de Mérida, quien saltó sobre él antes de que tuviera oportunidad de desenvainar la espada. Rodaron pendiente abajo y se precipitaron al río.

—¡Padre! —gritó Pol, forcejeando contra Sioned.

La batalla terminó rápidamente. Muy pocos eran rivales para Rohan en una pelea a cuchillo; este hombre no era uno de ellos. Lo obligaron a subir los escalones del puente, sangrando por una docena de heridas. Finalmente, se giró, con los ojos desorbitados, y se arrojó por encima de la barandilla al río, cuyas aguas fluían con destreza. Salió a la superficie una vez, agitando los brazos. Arrastrado río abajo por la violenta corriente, atrapado en la resaca, gritó y desapareció.

Mientras tanto, Ostvel había logrado evitar que su atacante lo ahogara y, en cambio, lo animaba a respirar agua sumergiéndole la cabeza hasta la arena. Rohan ayudó a Ostvel a sacarlo del río. Lo sacudieron, lo abofetearon y, al cabo de un rato, se atragantó y vomitó.

Sioned permitió que Pol se escapara de su agarre, y Maarken lo siguió hasta la orilla. La multitud se apiñaba cerca, murmurando y asombrada. Nadie más que Sioned recordaba al moribundo en las escaleras.

Ella se acercó a él y comprendió de inmediato que no había forma de ayudarlo. Tenía la garganta destrozada, la blancura del hueso visible a través de un corte abierto que había dejado de sangrar con el final de los latidos de su corazón. Su manga se había enganchado en un clavo y colgaba inerte, sus ojos verdes abiertos parecían mirarla fijamente.

Mientras bajaba las escaleras, una mujer se abrió paso entre la multitud, arrastrando consigo a un prisionero reacio. Sioned se tensó, pues la mujer no llevaba colores distintivos ni insignia de servicio.

—Comandante Pellira, Su Alteza, de la guardia del regente —dijo la mujer, haciendo una reverencia—. Lamento que no hayamos sido lo suficientemente rápidos para atrapar a los demás.

—¿Quién es? —preguntó Sioned en voz baja.

—¡No soy un asesino! —El cautivo había dejado de intentar escapar— ¡Solo regresaba de la Feria cuando me atrapó!

—¡Dile la verdad a Su Gracia! —espetó el guardia de Pandsala— Estaba siguiendo al muerto. Lo sé porque *yo también lo seguía*.

—Llévenlo a nuestro pabellón y vigílenlo —le dijo Sioned, repentinamente muy cansada—. Lo interrogaremos más tarde.

Se quedó junto a Pol y Maarken mientras Ostvel trabajaba en el segundo asesino. Rohan lo levantó mientras se estremecía y respiraba con dificultad; su gratitud por estar vivo luchaba contra el terror absoluto. Rohan se levantó, con la mandíbula manchada de sangre por un rasguño de cuchillo, y sostuvo la mirada de Sioned. Ella negó con la cabeza y él suspiró quedamente.

—Este vivirá —le dijo.

—Colores Mérida —rechinó Ostvel, con la voz amoratada.

—No —dijo Pol—. Padre, mira tus manos y las de Ostvel. —Señaló los dedos de Rohan, manchados de marrón y amarillo por la túnica del hombre—. Él no es Mérida. Los colores se tiñeron hace poco, y no muy bien. ¿Ves cómo se te ha corrido por las manos? ¿Y por qué llevarían sus propios colores de forma tan obvia? Ese no es el estilo Mérida.

—Tienes una vista aguda —reconoció Ostvel—. Pero si no es Mérida, ¿entonces qué?

—¿Por qué no se lo preguntamos? —Rohan le dio un codazo en la pierna al hombre con la punta de la bota— Que lo traigan a nuestro campamento y lo sequen. Y creo que te toca un cambio de ropa, Ostvel, antes de que te mueras de frío. Que traigan también al muerto —añadió.

—¿Muerto? —Pol miró hacia el puente.

—Sí. Bastante. —Sioned sintió un deseo irracional de abrazar a su hijo, protegerlo de todo lo feo y asqueroso de este mundo. Se contentó con rozarle el hombro con las yemas de los dedos—. ¿Me ayudas a subir la cuesta, Pol?

Él la rodeó con el brazo por la cintura y ella se sintió reconfortada por su cercanía, su calor, la fuerza vital de él a su lado. Principiante, inexperto, sin sangre, pero había crecido casi tanto como ella durante el verano y pronto sería un hombre. Uno no intentaba proteger a los hombres de la vida. Y menos a los príncipes.

Oyó a Maarken ordenar que, si era posible, recuperaran el cadáver del ahogado río abajo. Oyó la tos de Ostvel, las protestas quejumbrosas del asesino, los murmullos de la multitud que se dispersaba lentamente. Pero no oyó la voz de su marido, y cuando llegó a la orilla del río, se giró para buscarlo.

Estaba inmóvil junto al puente mientras varios hombres levantaban el cadáver y lo bajaban de los escalones. Rohan levantó la vista y Sioned captó su mirada, que reflejaba su propia ira, cansada e impotente.

Se unió a ella y a Pol, quien por fin rompió el incómodo silencio entre ellos.

—Nunca te había visto usar cuchillos, padre.

Rohan apenas lo miró mientras se dirigían a sus tiendas.

—¿Se me da bien? —preguntó con un tono amargo que Sioned entendió y Pol no. El chico se sonrojó y apretó los labios. Rohan se encogió de hombros— Cualquier idiota puede usar un cuchillo, Pol. Es muy directo y... heroico. Pero los resultados no suelen merecer la pena.

Maarken nunca había usado mucho el licor para aliviar los nervios, y desaprobaba vagamente a quienes recurrían a la botella en momentos de estrés. Pero esa noche aprendió el valor de la compañía de una copa de vino. Se sentó solo en la creciente oscuridad y dio la bienvenida a la falsa fuerza del vino syreno que corría por sus venas. Tras ver al hombre asesinado, Maarken sintió la necesidad de un reconstituyente.

No era que el estado del cadáver lo que le había causado tal impresión, se dijo mientras rellenaba su copa. El cuchillo había atravesado la garganta del hombre con una destreza increíble, y la muerte había sido rápida. Maarken era más joven que Pol cuando vio cosas mucho peores en la guerra: campos de batalla enteros de hombres y mujeres descuartizados en pedazos apenas reconocibles como humanos. Había visto muertes mucho más desagradables.

Se levantó, paseando por la tienda privada que le correspondía como el casi oficial Señor de Monte Blanco, consciente de que sus rodillas no estaban como debían. Bebió más vino. De alguna manera, el asesinato lo había conmocionado aún más que la tragedia de la muerte de Maeta en Castillo del Peñasco. Durante toda la primavera y el verano había sabido de los problemas que afrontaba su tío, pero la visión de ese cadáver de ojos verdes había hecho que los peligros fueran inmediatos. Sus preocupaciones privadas eran insignificantes comparadas con la amenaza que representaba el impostor.

Maarken sabía lo precaria que era la posición de Rohan. La verdadera dificultad ni siquiera residía en la afirmación de este hombre. Todo se reducía al poder faradhi. La personalidad de Pol convencería a todos de que no tenía madera de tirano, que no usaría sus dones de Mensajero del Sol junto con los poderes del Alto Príncipe para aplastar a toda oposición. Pero si era hijo de su regio padre, también lo era de su madre faradhi. Por muy adulador que fuera, muchos temían la unión de ambos poderes en un solo hombre.

Maarken volvió a sentarse y cerró los ojos. La imagen del cadáver estaba grabada a fuego en sus párpados: alto, moreno, con ojos verdes abiertos hasta los últimos rayos de sol. Difícilmente podrían exhibir el cadáver como prueba contra el pretendiente; había muchos hombres de ojos verdes en el mundo. ¿Quién podía afirmar que este había engendrado al impostor?

—Maldición —murmuró, apretando el puño alrededor de su copa de vino. Tenía que haber algo que pudieran hacer, alguna forma de convencer a la gente...

—¿Por qué tan solitario esta noche, mi señor? —La voz femenina lo sobresaltó tan violentamente que el vino se derramó de su copa.

Una delgada sombra se acercó a él en la penumbra.

—No debería estar solo y triste, mi señor. Comparta su problema conmigo.

Sin pensarlo, invocó Fuego en la mecha de una vela.

—¿Chiana? —preguntó con incredulidad— ¿Qué haces aquí?

—¡Tú, faradh'im! ¡Siempre sobresaltado! —Ella rió levemente y se acercó. Sus dedos se posaron en el respaldo de la silla, junto a su hombro, y de alguna manera el gesto fue más íntimo que si lo hubiera tocado— Vine a aliviar su soledad, mi señor.

—Gracias por la atención, mi señora —dijo, recordando por fin sus modales—. No pretendo ofender, pero preferiría estar solo. No soy la compañía adecuada para una dama esta noche.

Ella volvió a reír, esta vez con un murmullo gutural.

—Apuesto a que siempre eres una excelente compañía para una mujer, especialmente de noche. —Unos dedos frescos y suaves le rozaron la nuca. Hacía mucho tiempo que no recibía caricias de una mujer hermosa, pero esta no era la mujer adecuada.

Se puso de pie, maldiciendo el vino que lo había mareado. Chiana lo miró; la luz de las velas le daba un rostro de labios suaves y ojos brillantes y excitados, enmarcados por un cabello delicadamente peinado.

—Perdóneme, mi señora, pero...

—Eres demasiado modesto —dijo Chiana juguetonamente—. Pero lo noto, mi señor. —Su mirada recorrió su rostro, su pecho y sus brazos—. Sí, definitivamente lo noto...

Incluso con la silla entre ellos, sintió como si ella lo hubiera tocado. El vino no lo había aturdido tanto como para rendirse. Tampoco había embotado su capacidad de razonamiento. Sabía por qué estaba allí, y no era por sus encantos. Le aterraba el impostor y buscaba a tientas a cualquier hombre que, al casarse con ella, le otorgara un título nobiliario que reemplazara el que temía perder. Pero nadie le decía a una dama que era una zorrita intrigante.

—Le agradezco el cumplido, Lady Chiana. Es tan inesperado como halagador, viniendo de una mujer encantadora. Pero...

—¡Maarken! ¡Maarken, ya están aquí!

Envió un breve y sincero agradecimiento a la Diosa por haberle proporcionado un primo que a veces olvidaba sus modales. Chiana retrocedió cuando Pol entró corriendo en la tienda. El chico se quedó boquiabierto al verla, pero se recuperó rápidamente.

—Lady Andrade está aquí, y mi padre dice que nos demos prisa —dijo después de hacer una leve reverencia a Chiana—. Lamento interrumpir...

La voz de Chiana era fría y distante.

—Debería volver a la tienda de mi hermana. Disfruté de nuestra conversación, Lord Maarken. Nada me daría más placer que continuarla en otra ocasión. —Hizo una reverencia ante Pol—. Su Alteza Real.

—Mi señora —dijo él al pasar junto a ella. Luego silbó silenciosamente—. Maarken, lo siento mucho…

Maarken apagó la vela con un pellizco.

—Estar a solas con una dama hermosa solo es deseable cuando te gusta.

—Si me dices que es algo que entenderé cuando sea mayor, te doy una patada —respondió Pol con una sonrisa—. Vamos, Lady Andrade quiere verte.

Aunque a Maarken no le importaba mucho ver a Lady Andrade, le costó contener el paso mientras acompañaba a Pol al pabellón azul, y aún más controlar la expresión al entrar y encontrar la mirada de Hollis. Pero Pol volvió a olvidar sus modales.

—No estaba con la tía Tobin ni el tío Chay —informó el chico—. Estaba en su propia tienda con Lady Chiana.

Maarken se sonrojó. Agradecido como se había sentido antes con su primo, ahora podría haber estrangulado al mocoso con alegría. Los labios de Rohan se crisparon con una risa apenas contenida, y Sioned tosió para ocultar su risa. Andrade lo miró de arriba abajo,

deteniéndose brevemente bajo su cinturón. Pero Hollis no reaccionó en absoluto. Estaba de pie a un lado con Andry y un joven alto y moreno que Maarken no conocía. Sus ojos azul oscuro estaban rodeados por moretones de cansancio. Parecía más delgada, y la energía flexible que solía irradiar parecía empañada de alguna manera.

—Bueno —dijo Andrade, rompiendo el incómodo silencio—. Ahora tu propia tienda, ¿eh? Chay debería haberte dado Monte Blanco, y hace tiempo.

—Ya lo ha hecho, mi Señora. —Maarken le hizo una reverencia.

—¿Nadie me va a pedir que me siente? —se quejó—. Y me vendría bien algo de beber.

Maarken y Andry cumplieron con sus deberes de escuderos mientras Pol y el chico moreno traían sillas adicionales. Hollis se hundió en la suya con un largo suspiro, y el chico se quedó flotando detrás de ella con un aire de propietario, como si Hollis fuera suya.

—¿Buen viaje? —Maarken le susurró a su hermano mientras servían las copas de vino.

Andry hizo una mueca.

—Un infierno a caballo. Recuérdame que no te lo cuente.

Terminaron de servir el vino cuando entraron sus padres. Andrade esperó mientras saludaban a Andry y luego los dirigió a sus sillas como si este fuera su pabellón, no el de Rohan. Pero todos estaban acostumbrados a sus formas.

—Sorin tiene trabajo esta noche con Volog y no puede venir —dijo Chay al sentarse—. ¡Diosa! ¿Sabes lo deprimente que es esto? ¡Todos mis hijos pueden mirarme directamente a los ojos! No es justo. ¡Empezaron siendo tan bajitos!.

—Quizás solo te estás encogiendo debido a la decrepitud rampante —comentó Andrade.

—Espero que la podredumbre no se les extienda al cerebro. ¿Qué van a hacer ahora que el verdadero padre de Masul ha muerto?

Rohan se recostó en su silla.

—No se te escapa nada, ¿eh?

—Puede que mis ojos y oídos sean viejos, muchacho, pero aún funcionan. ¿Cuáles son tus planes?

—Preferiría saber de los tuyos. Tu Mensajero del Sol Kleve vigilaba a Kiele por ti, ¿verdad? ¿Qué descubrió?

No era frecuente que alguien consiguiera sobresaltar a la Señora de la Fortaleza de la Diosa. Maarken miró a Hollis, dispuesto a compartir una mirada divertida ante el asombro de Andrade. Pero Hollis tenía la mirada fija en su vino sin probar, y el chico de cabello negro rondaba aún más cerca.

—¿Cómo supiste de Kleve? —preguntó Andrade.

Con la mayor delicadeza posible, dijo:

—Hoy nos han dicho, y hay pruebas, que está muerto. Le sacaron los anillos cortándole los dedos, Andrade. Probablemente murió por algo que sabía. ¿Tienes idea de qué era?

El rostro de Andrade permaneció inmóvil. Tras unos instantes, susurró:

—No. Yo... yo sabía que estaba muerto. Riyan me lo contó. Pero no me dijo cómo sucedió. —Recuperándose, tomó un largo trago de vino—. Kleve ha muerto, y su información con él. El verdadero padre de Masul ha muerto, y su testimonio con él. No has gestionado la situación nada bien, Rohan.

Pol había estado de pie entre las sillas de sus padres, escuchando con los ojos abiertos. Pero en ese momento se tensó y dio un paso al frente, frunciendo el ceño ante el insulto implícito a su padre. Maarken podría haberle dicho que se ahorrara la indignación; Andrade hablaba así con todo el mundo.

Se dio cuenta, como se daba cuenta de todo.

—Meath me dijo que puedes invocar el Fuego —le dijo bruscamente al chico.
—Puedo, mi Señora.
—¿Qué más puedes hacer sin que te lo hayan enseñado?
—No lo sé —respondió Pol con valentía—. Nunca lo he intentado.
—No hay duda, eres hijo de tu padre —soltó una carcajada.
—Y de mi madre —añadió Pol.
Maarken disimuló una leve sonrisa. Si Pol estaba sobrecogido por su formidable pariente, se había decidido a no demostrarlo.
—Hmmm, sí. Y de tu madre —dijo—. Tobin, lleva a tu marido e hijos a tu tienda. No tengo tiempo para noticias familiares ahora mismo. Pol, puedes ir con ellos. Hollis, Sejast, vayan a decirle a Urival que se dé prisa. Estoy cansada y quiero descansar en mi cama antes de medianoche.
Andrade los observó obedecer sus órdenes, sin pasar por alto la mirada que Pol dirigió a sus padres, como si preguntara si debía hacer lo que Andrade le decía. Aprobaba el espíritu del chico, pero también la hacía sentir muy vieja. Necesitaría toda su energía y autoridad para convertirlo en un buen Mensajero del Sol, uno obediente. Si tal cosa era posible.
—Quiero saber tus planes —repitió a Rohan cuando los demás se fueron—. Y no me digas que vas a confiar en la verdad. Este no es un juego con reglas agradables.
—¿Qué sugieres? —preguntó Sioned con frialdad—. Comprar la cooperación sería sin duda efectivo; ¡convencería a todos de que dudamos de nuestra propia posición!
—La verdad puede ser una excelente defensa —espetó Andrade—. Pero lo que necesitamos ahora mismo es un plan de ataque.
—Pensé que ya lo tendrías todo planeado —replicó Sioned—. Y solo tendríamos que decir nuestras líneas. Eres tú quien no ha gestionado bien esto, Andrade.
Se quedó callada un momento, observando el rostro de su alumna más querida.
—¿Cuándo creerás que nunca quise obediencia ciega de ninguno de ustedes? Si hubieras sido idiota, no te habría elegido para Rohan.
—Lo creeré cuando lo demuestres. Otra vez acabas de hacer lo contrario al decir que es tu decisión, no la nuestra.
Era un viejo debate entre ellos, uno que de repente la cansó.
—Los puse a ambos en el camino de la elección. Pero no doy órdenes a nadie más que a mis Mensajeros del Sol. Y te darás cuenta de que ya no te doy ninguna orden. He aprendido que no sirve de nada.
—¿Y les dices a todos que ya no soy una Mensajera del Sol?
——Basta —dijo Rohan en voz baja—. Andrade, preguntaste mis planes y respondiste a tu propia pregunta. La única arma que tenemos es la verdad. No puedo negociar, persuadir ni ordenar para salir de esto. Masul debe ser repudiado o el derecho de Pol a Marca del Príncipe nunca estará asegurado. Lo único en lo que puedo confiar es en la verdad.
—Y no en mí —susurró Andrade, sintiéndose muy vieja de nuevo, diciéndose a sí misma que solo era cansancio—. Mi verdad es sospechosa. —Envolvió los dedos alrededor de la copa de vino, mirando fijamente los brazaletes en cada muñeca, unidos a sus anillos por finas cadenas—. Me irrita. Nada que tenga que ver con Roelstra sucede de forma que yo pueda controlarlo. —Cedió a un impulso y arrojó la copa al suelo—. ¡Diosa! ¿Por qué no pudo morir para siempre y dejarnos a todos en paz? —Un instante después, humillada por su arrebato, se encogió de hombros con irritación—. Disculpa. Me encargaré de que consigas una alfombra nueva para reemplazar la que acabo de arruinar.

Sioned habló con un tono suave, casi como de disculpa.

—Mi Señora, aunque ya no llevo otro anillo que el de mi esposo, los que me diste siguen en mis poder. Díganos qué cree que deberíamos hacer.

Más conmovida de lo que admitiría, Andrade negó con la cabeza.

—Estoy cansada. Hablamos mañana. —Se puso de pie y murmuró—: ¿Aún no ha levantado Urival esa maldita tienda?

Urival ya lo había hecho, y ahora estaba ordenando que la amueblaran con alfombras, mesas, sillas, camas y otras comodidades de los carros de equipaje.

Segev los ayudó a él y a los demás Mensajeros del Sol tras encontrar una silla para que Hollis descansara. No había tenido oportunidad de darle más dranath hoy y ella estaba notando los efectos de la abstinencia. Segev se apresuró a realizar sus tareas y finalmente escapó con la excusa de encontrar vino. Se detuvo en una sombra en el creciente enclave de las tiendas blancas de Andrade y destapó la botella. Sin confiar en sus habilidades de prestidigitación para colocar la hierba en una sola copa, roció el dranath en la propia botella. Un solo trago no causaría más que un dolor de cabeza a alguien que no hubiera tomado la dosis previamente.

El pabellón blanco estaba completamente amueblado cuando regresó. Lady Andrade se reclinaba en una silla tapizada, atendida por el Alto Príncipe y la Alta Princesa. Hollis se sentó cerca. Segev sirvió vino para ellos y para Urival, inclinándose ante cada uno como un buen Mensajero del Sol de un solo anillo debía hacerlo en presencia del Alto Príncipe y tan exaltados faradh'im.

—Y eso fue lo que pasó —estaba diciendo el Príncipe Rohan—. Naydra ha identificado el cadáver como el del hombre que la visitó hoy. Pandsala, por cierto, tenía un pequeño plan en marcha; nadie de su sangre se resistía a manipular los acontecimientos.

La Alta Princesa asintió con la cabeza mientras Segev le servía el vino.

—Parece que tuvo una pequeña charla con Kiele, quien puso a su gente a recorrer Waes en busca de este hombre, mientras los sirvientes de Pandsala los seguían como dragones tras una cierva.

—¿Qué más? —preguntó Andrade.

—Rastrearon a la gente de Kiele hasta la Feria, donde parece que todos los que querían encontrar a este hombre lo encontraron. —Sioned se encogió de hombros—. Rohan cree en dejar que las cosas sucedan. Bueno, sucedieron, sí.

Segev se maravilló de que hablaran con tanta libertad delante de él; pero claro, se suponía que él era uno de ellos, un Mensajero del Sol, miembro del séquito personal de Andrade. Sonrió para sí mismo y se acomodó en las sombras, detrás de la silla de Hollis.

—Dejamos ir al hombre de Kiele —añadió Rohan—. Después de todo, no hay nada de qué acusar a Kiele. Solo actuaba bajo las órdenes de Pandsala. No importa que sepamos perfectamente que lo habría mandado matar si lo hubiera pillado.

—De acuerdo —murmuró Andrade—. ¿Qué hay de ese Mérida que no es un Mérida?

—Pensamos que querría entrevistarlo con nosotros —dijo Rohan con naturalidad. Hizo un gesto a Segev, quien dio un paso al frente e hizo una reverencia—. Dígale a mi escudero que traiga a este hombre, por favor.

—Enseguida, su excelencia.

El hombre estaba retenido en el campamento del Alto Príncipe, con la ropa casi seca, acurrucado junto al fuego con los brazos atados a la espalda y la cabeza gacha. El escudero de Rohan, Tallain, hizo un gesto a los guardias, quienes ayudaron al cautivo a ponerse de pie. Levantó la cabeza bruscamente y Segev casi jadeó. ¡Uno de los hombres

de Mireva, aquí! Repasó lo que había oído desde su llegada esa noche y se tragó el pánico. Debía decírselo de inmediato. Este hombre no debía vivir lo suficiente como para soltar algo que pudiera identificar a Mireva o sus intenciones, o peor aún, al propio Segev. Se adentró en las sombras, más allá de la hoguera, y se mordió el labio. El hombre no lo había visto, y con un poco de suerte, Segev podría escapar sin ser reconocido.

—Límpialo —dijo Tallain—. El Alto Príncipe y Lady Andrade esperan.

Segev hizo una pausa hasta asegurarse de que el latido de su corazón no resonara en su voz, y luego dijo:

—¿Podrías disculparme con Lady Andrade, por favor? Yo... creo que estoy más cansado del viaje de lo que pensaba.

Tallain lo miró con una breve sonrisa.

—He oído que viajar con Lady Andrade puede lograr eso. Le diré que te has ido a la cama.

—Gracias —respondió Segev, haciendo una reverencia, y escapó. Lejos de las tiendas, respiró hondo varias veces el frío aire nocturno para calmarse. Comprender quién había enviado a los asesinos a matar al padre del impostor lo había sobresaltado, pero, sobre todo, le aceleraba el corazón mientras caminaba hacia el río. Se había acostumbrado a vivir rodeado de faradh'im, e incluso de Lady Andrade. Pero algo en la Alta Princesa lo ponía nervioso, y prefería no volver a estar en su compañía.

Se deshizo de esa sensación al llegar al río y pasó unos momentos admirando su silenciosa corriente estrellada. No había agua que cruzar en el camino a Waes, así que se había ahorrado la molestia de simular la enfermedad. Mireva le había enseñado a simular la reacción habitual de los faradhi al agua, y agradecía no haber tenido que recurrir a ese desagradable truco. Mireva le había enseñado mucho, pero Andrade y su creciente ambición le estaban enseñando aún más. La tensión de engañar a ambas mujeres a la vez lo exaltaba. Era el primer descendiente de la sangre ancestral en aprender las viejas costumbres y las de los faradh'im; sabía que podía usar ambas con la misma destreza. El Rialla ofrecía infinitas y fascinantes oportunidades, una vez que se hubiera enfrentado a este peligroso hombre.

Alejado del campamento, encontró un recodo en el río y se adentró lo más que pudo, con sus botas crujiendo en la fina grava. Contempló la extensión del cielo estrellado sobre el río, encontrando consuelo en su brillo. Adaptó los métodos de los Mensajeros del Sol al tejido de finos y delicados filamentos de luz plateada como ningún faradhi, salvo la Princesa Sioned, lo había hecho jamás. No había colores en este tejido, solo la brillante palidez de las estrellas. Nunca se había atrevido a contactar a Mireva de esa manera mientras estaba en la Fortaleza de la Diosa, lo cual, considerando su alteración no autorizada de sus planes, era lo mejor. Mientras seguía el brillante sendero de luz trenzada hacia el norte, hacia el Veresch, enterró sus secretos bajo capas de obediencia y olvidó por un momento dónde había dejado la pala.

Ella estaba sola en medio del círculo de piedras. Podría haber estado allí unos instantes o días en esa misma posición, esperando como había dicho que esperaría cada noche del Rialla. Segev envolvió su cuerda de luz estelar alrededor del túmulo de rocas y vio que empezaba a brillar con un brillo plateado.

Impresionante. Andrade te ha enseñado bien.

¿Había el más mínimo atisbo de sospecha en su voz? Segev se maldijo por presumir de sus habilidades.

Me enviaste a aprender, mi señora. Y tengo mucho que contarte. Rápidamente le comunicó el peligro presente, terminando con una súplica para que lo rescatara de un posible descubrimiento. Le complacería su total dependencia de ella para salvarlo.

Casi podía oír su aliento silbando entre los dientes. *¡Por todos los infiernos! ¿Cómo pudieron ser tan estúpidos? ¡Mis órdenes deben ser obedecidas, no anticipadas! ¡Debían observar, no matar! Pero ahora este idiota morirá. Lo preparé antes de irse. Igual que tú, Segev. Aprende bien de esto.*

Palideció. ¿Lo preparó? La advertencia se deslizó por sus venas como un arroyo helado de montaña bajo su manto invernal de nieve congelada. *Sí, mi señora*, respondió humildemente. *Hay más, ¿desea oírlo ahora?*

Ella no respondió. La vio empezar a balancearse ligeramente de un lado a otro ante el túmulo, con los brazos extendidos y el rostro marcado por terribles arrugas. Tras unos latidos desgarradores, ella volvió a hablar.

Se acabó. Dímelo ahora.

Así lo hizo, detallando cómo Andrade lo había aceptado para el entrenamiento de faradhi, el intento fallido de robar los pergaminos, su éxito en hacer que Hollis se volviera adicta al dranath. Los ojos de Mireva se iluminaron al escucharlo, y rió cuando le contó la muerte del Mensajero del Sol Kleve.

¡*Maravilloso! Ayuda a este impostor como puedas, a pesar de que fue demasiado ingenuo para reconocer nuestra oferta de ayuda durante la primavera. ¿Y los pergaminos?*

Aquí, con Urival. No saben que yo lo sé. Pero tenía acceso al lugar donde los guardaban, y el día que nos fuimos, habían desaparecido. Las alforjas de Urival nunca se pierden de su vista. Pero aseguraré los pergaminos para cuando el Rialla termine.

¡*Excelente!* Sus ojos verde grisáceos brillaron y por un instante pareció la hermosa joven que le había enseñado lo que era ser hombre. *Estaré observando a la luz de las estrellas, Segev, y en la próxima noche sin luna, cuando ningún faradh'im pueda tejer.*

Regresó a toda velocidad a las orillas del Faolain, temblando de alivio. Había sobrevivido a una prueba mucho más formidable que cualquiera que Lady Andrade pudiera concebir. Y también se había librado de una amenaza, aunque no soportaba pensar en cómo Mireva se había deshecho del hombre. Se recordó a sí mismo que ella poseía poderes más allá de su experiencia y posiblemente de su imaginación. Tragó saliva al oír de nuevo las fatales palabras; *lo preparé*.

Pero al pensar de nuevo en el Pergamino Estelar, una sonrisa se dibujó en sus labios. Cuando finalmente lo tuviera en sus manos, no se lo daría a Mireva.

Se lo había ganado; sería suyo.

Mientras esperaba a que les trajeran al prisionero, Urival le dirigió a Andrade una mirada larga y fija. Él no dijo nada, simplemente la miró hasta que ella respondió con una mueca.

—Lo que se debate tan sutilmente aquí —les dijo a Sioned y Rohan— es el tema de los pergaminos que Meath nos trajo de Dorval esta primavera. Yo también tengo mis pequeñas sorpresas. Hollis, tú has trabajado en esas malditas cosas. Diles a nuestros Señores.

—Los pergaminos son historias, principalmente —explicó Hollis—. Andry ha hecho la mayor parte de la traducción; ha sido difícil por todas las pistas falsas y las pequeñas pistas que a veces pasamos por alto hasta que algo mucho más adelante pierde el sentido. Y aún estamos lejos de terminar con todos. Pero hablan de los Mensajeros del Sol que abandonaron una enorme y antigua fortaleza en la isla y vinieron al continente para oponerse a un grupo de hechiceros.

—Suenan más como cuentos para niños antes de dormir —dijo Rohan.

—¡Oh, pero esta gente era real, Su Gracia! Lady Merisel en particular; ha habido momentos en que Andry jura que puede sentir su presencia en la Fortaleza de la Diosa. —Dudó un momento y luego continuó—: Y esos otros, aquellos a quienes los faradh'im vinieron a derrotar, también eran reales. Algunas de sus habilidades eran muy similares a nuestras técnicas faradhi, pero...

—Pero sin nuestra ética —terminó Andrade con sarcasmo.

Hollis no parecía saber cómo responder a eso.

—Parecen haber tomado el control de muchísima gente y lugares en su camino hacia el poder absoluto sobre el continente, y los antiguos faradh'im abandonaron su aislamiento en Dorval para luchar contra ellos. Los pergaminos son bastante impresionantes, Su Gracia.

Andrade gruñó ante la sutileza.

—Debería haber sabido que hablar de su proyecto favorito la animaría —le dijo a Urival—. Ni una palabra que decir en todo el viaje, y ahora no podemos callarla.

—Solo necesitaba un poco de descanso, mi Señora —la joven sonrió.

—¿Y ver a Maarken, eh? —rió Sioned— Disculpen, pero no es muy sutil, ¿verdad? Y basta de Su Gracia, por favor. Hollis, si no tienen otra familia y me lo permiten, estaré orgullosa de estar a su lado como hermana faradhi cuando te cases con él.

Sus ojos azules se abrieron de par en par.

—¡Su excelencia! Yo...

Rohan le guiñó un ojo.

—A la Alta Princesa tampoco se le escapa nada.

—Aposté con Maarken a que podría identificar a su Elegida a primera vista —explicó Sioned sonriendo—. ¡No fue difícil!

Hollis los miró a uno y a otro, completamente desconcertada. Por fin logró murmurar un agradecimiento.

—Está decidido —suspiró Andrade—, aunque no haya nada más que decir. Vete a la cama, Hollis. Quiero hablar con Rohan y Sioned. Y esa cautiva tuya debería aparecer pronto, ¿no?

Hollis hizo una reverencia y los dejó. Sioned asintió para sí misma.

—Va a hacer muy feliz a Maarken.

—Estás aprendiendo mis trucos —acusó Andrade con brusca ternura—. ¿Cómo lo supiste? ¿Te lo dijo?

Antes de que Sioned pudiera hacer más que mostrarse petulante, Tallain apareció en la puerta de la tienda blanca.

—Mi señor, está aquí. Aunque no muy dispuesto desde que supo con quién se iba a ver.

—¿Le tiene miedo a la vieja bruja? —preguntó Andrade—. Bueno, pues hazlo pasar.

Pero los guardias no lo llevaron más allá del umbral. El cabello oscuro y el rostro pálido del hombre parecieron brillar repentinamente con el gélido resplandor de las estrellas tras él en la noche. Con la mirada horrorizada fija en Andrade, tanteó con dedos rígidos y blancos, y luego se desplomó sobre la alfombra.

Tallain se desplomó, conmocionado.

—Mi señor... ¿qué...?

Rohan se arrodilló junto a la figura tendida, buscando en vano señales de vida. Los guardias, boquiabiertos, podrían haber aguantado un intento de fuga, amenazas de violencia, gritos de desafío, pero no eso.

—M-mi señor —susurró uno de ellos—, ¡no le hicimos daño alguno!

Rohan asintió lentamente, apoyando los dedos ligeramente sobre el pecho del hombre.
—Simplemente se le ha parado el corazón —murmuró.
Andrade miró el cadáver con una mirada pétrea, más aterradora que la ira.
—Ya veo —dijo finalmente—, los hechiceros siguen vivos después de todo.
—¿Qué quieres decir? —dijo Rohan mientras giraba la cabeza de golpe, el ceño fruncido.
Pero ella lo ignoró.
—Quita esto… —señaló al muerto— de mi vista inmediatamente. Arrójalo al mar, no me importa. Pero no conocerá el Fuego. Nada tocado por tal inmundicia podrá ser purificado jamás.
Después de retirar el cadáver, con la advertencia de Rohan de que no se dijera nada a nadie, Sioned se enfrentó a Andrade.
—¿Qué quieres decir con hechiceros? —preguntó, repitiendo la pregunta de Rohan.
—Justo lo que dije. —Suspiró profundamente—. Dulce Diosa, poder matar a distancia, usando la luz de las estrellas… —Un escalofrío la recorrió y se ajustó la capa al pecho—. Hay un pergamino que Hollis no mencionó, pero creo que debo contártelo ahora. Lo llamamos el Pergamino Estelar por el diseño de su primera página. Y trata sobre hechicerías. Probablemente sobre cosas como esta.
—¿Ha sido traducido por completo? —preguntó Rohan.
—Todavía no. Y no sé si quiero que se concluya tal traducción. No si contiene conocimiento como este. Ay, Andry tiene un montón de razones para que aprendamos todo lo que el Pergamino Estelar puede ofrecer y usemos sus propias armas contra ellos, incluyendo el dranath, pero ¿qué nos haría eso?
A pesar de la amargura en su voz, Rohan casi le sonrió.
—Parece que tú y yo estamos de acuerdo en una cosa, al menos.
Sioned asintió pensativa.
—Ahora entiendo por qué le pediste a Tobin que me trajera este paquete. —Sacó, para asombro de su esposo, un pequeño trozo de pergamino doblado y se lo entregó a Andrade—. Aunque es muy antiguo. Rohan se lo quitó a Roelstra hace más de veinte años. ¿Seguirá en buen estado?
—Nada sobre el dranath es bueno, excepto su uso contra la Plaga —murmuró Urival, frotándose distraídamente los anillos de las manos como si le dolieran.
—Debería ser potente todavía —reflexionó Andrade—. Es lo único a lo que tenemos acceso, así que más vale que así sea. No quería pedirle a Pandsala que me trajera algo del Veresch. No es alguien a quien le confiaría un conocimiento como este.
—Creo que te equivocas con ella —respondió Sioned con suavidad—. Pero no importa. ¿Qué planeas hacer con él?
—Realizar algunos experimentos por mi cuenta, como hizo Andry. Urival, deja de mirarme así. ¿Quién está más cualificado para investigar la hechicería que una vieja bruja como yo? —Sonrió sin humor, dándole vueltas al pergamino— Usaste un poco de esto para ayudarte a superar algunos momentos difíciles de camino a casa ese año, ¿verdad, Sioned?
—Solo un poco. Una pizca en una copa de vino, menos a medida que pasaban los días. Roelstra me dio bastante esa noche. Lo mismo pasó después de la dosis que curó la Plaga. —Movió los hombros para apartar el recuerdo—. Ten cuidado.
—Lo estará —dijo Urival con el rostro sombrío.
—¿Crees que Roelstra sabía de las antiguas hechicerías? —preguntó Rohan.

—De haber sido así, las habría usado en vez de limitarse a suministrar dranath al pobre Crigo para volverlo adicto. —Urival negó con la cabeza—. Me he quedado ronco con advertencias que nadie escucha.

—¿Preferirías volver a ver a Andry en sus pequeñas demostraciones? —espetó Andrade—. Lo que me asusta de él es que no le teme tanto al Pergamino Estelar como debería. —Andrade observó a la pareja real—. Espero que le hayas inculcado un poco de respeto a ese polluelo tuyo. Andry ha sido un poco difícil, pero la terquedad de Pol podría ser mi perdición.

Sioned dudó un momento y luego dijo:

—Andrade, no quiero que Pol sea mimado ni tratado de forma especial, pero prométeme que no lo intimidarás demasiado. No es como los demás, ni siquiera como Maarken o Riyan. Quién es y en qué se convertirá algún día; prométeme que tendrás esas cosas en mente.

—Difícilmente podremos escapar de ellos —respondió ella con tono seco—. Déjame ahora. No me drogaré esta noche, así que deja de fruncir el ceño. Solo quiero dormir un poco.

Rohan y Sioned guardaron silencio mientras regresaban a su pabellón. Él se hundió con cansancio en la silla de su escritorio.

—Así que por eso atacaron a Meath camino a la Fortaleza de la Diosa. Hoy ha sido un infierno. Y la forma en que habló de Andry…

—Ya no es un niño pequeño.

—No. Pero no puedo compartir sus aprensiones sobre alguien con quien solía jugar a los dragones. ¡Qué familia tan interesante tenemos! —añadió con ironía.

Sioned empezó a quitarse la ropa, deteniéndose solo para lanzarle una bata.

—Toma. Si vas a estar despierto hasta media noche, al menos ponte cómodo.

—¿Qué opinas del Pergamino Estelar? —preguntó mientras se quitaba la túnica y la camisa antes de envolverse en la seda azul.

—Creo que el potencial de peligro y conocimiento es casi igual —reflexionó ella—. Los antiguos hechiceros siguen por aquí. ¿Qué pasó esta noche…? —Se estremeció—. La tradición suele confirmar que los Mensajeros del Sol llevan al menos trescientos años en el continente. Es mucho tiempo para estar escondido.

—¿Pero dónde? ¿Por qué? ¿Qué esperan? —Cuando ella solo se encogió de hombros, él dijo—: Estás terriblemente tranquila con esto. ¿Será porque tú también sabes usar las estrellas?

Ella no lo miró, solo se quedó alisando los pliegues de su bata con dedos ligeramente temblorosos.

—Estoy muerta de miedo —susurró—. Lo que hice fue instintivo. No había otra luz que usar. Tenía que saber dónde estabas... —Por fin, ella sostuvo su mirada—. Rohan, ¿y si yo soy...?

—¿Una de ellas? —Negó con la cabeza—. ¿No recuerdas lo que decíamos sobre el poder? No es el poder en sí mismo lo que es bueno o malo, Sioned. Es la persona que lo ejerce. Eres lo suficientemente sabia para saberlo.

—Si tú lo dices. —Se encogió de hombros de nuevo y, con un tono más firme, continuó—: Para los Mensajeros del Sol, esta gente es una amenaza. ¿Para los demás príncipes? No lo sé. Pero Pol es Mensajero del Sol y príncipe. Eso lo convierte en un nuevo peligro para ellos, al parecer. Se tomaron muchas molestias para matar al único testigo que podía refutar la afirmación de Masul y hacer que los Mérida pareciera responsables. Así que

siguen escondidos. —Suspiró y apagó la vela de la mesita de noche—. Asegúrate de tener los pies calientes antes de acostarte.

—Un consejo prosaico. ¿Estás tan segura de que estaré despierto tan tarde?

Se estiró y se echó la manta sobre los hombros, respondiendo sin decir nada.

Te conozco, mi señor azhrei.

Capítulo Dieciocho

Todos sabían que los príncipes no tratarían ningún asunto serio antes de que Lyell de Waes se dirigiera a ellos esa mañana. Rohan pasó media noche preguntándose cómo evitar la vergüenza de intentar dirigir lo que seguramente serían discusiones infructuosas. Se resignó a una mañana que reflejaría mal su liderazgo, aunque no por culpa suya, mientras maldecía la astucia de Kiele, que había fijado deliberadamente la hora en que su esposo iba a hablar.

Pero el príncipe Lleyn le evitó cualquier incomodidad. El anciano insistió en hacer un informe inusualmente locuaz sobre el estado actual de la navegación en los principados. Todos utilizaban la flota mercante de Lleyn, así que todos se vieron obligados a prestar atención. Rohan lo bendijo y no perdió de vista el reloj de agua.

Era un dispositivo nuevo, más fiable que los antiguos relojes de arena. La arena erosionaba el cristal a su paso, acortando los días. El tiempo, en forma de agua, goteaba desde una esfera a través de un agujero tallado en un rubí impecable, hasta otra esfera marcada en incrementos regulares. La tapa hermética y con bisagras del cristal superior era un dragón dorado con esmeraldas por ojos. Rohan lo había encargado hacía dos años después de que un artesano fironés le escribiera sobre sus principios, y uno de sus objetivos era establecer la fabricación y el comercio de tales relojes. Pero mientras Lleyn seguía hablando monótonamente, y no había una diferencia perceptible en el nivel del agua en ninguna de las esferas, Rohan empezó a dudar de que la medición precisa del tiempo fuera tan buena idea después de todo. Esperar era esperar, sin importar cómo se contara el tiempo.

Poco después del quinto nivel del reloj, un guardia vestido del azul del Desierto entró en la tienda y se acercó a la silla de Rohan. Lleyn dio por terminada la reunión de inmediato sin dar la menor señal de haber divagado demasiado con un propósito muy concreto. Rohan agradeció a su excelencia de Dorval su valiosa información y luego se dirigió a los demás príncipes.

—Primos, ayer Lyell de Waes nos pidió unos minutos. Como todos sabemos, no es raro que un athri tenga algo que decir. —Sonrió levemente, dando a entender que las palabras de Lyell tenían tanta importancia como el lloriqueo habitual de un vasallo insatisfecho—. ¿Lo escuchamos?

—Si no nos lleva mucho tiempo, ¿por qué no, mis señores? —preguntó Cabar arrastrando las palabras, provocando algunas sonrisas disimuladas de expectación en la mesa.

—Quizás podríamos dejar que nuestros herederos observen —dijo Davvi amablemente—. Nuestros hijos se educan en casa y reciben una buena instrucción de sus señores adoptivos, pero no hay nada mejor que observar a los príncipes gobernantes en acción.

—Excelente idea —dijo Clutha—. Le dará a mi hijo la oportunidad de ver cómo se comportan los príncipes. Una lección que necesita —concluyó con mal humor.

No hubo objeciones, aunque solo había cuatro herederos presentes en el Rialla ese año. Volog y Pimantal lamentaban visiblemente no haber traído a sus hijos mayores; los de Velden y Cabar aún eran niños pequeños. Miyon no estaba casado, pero se rumoreaba que varios hijos podrían reclamarlo como padre.

Rohan sostuvo la mirada de Davvi, viendo una mirada familiar de inocente astucia en unos ojos verdes muy parecidos a los de Sioned, y en silencio expresó su aprobación a la estratagema. Pol era el heredero que necesitaba estar donde todos pudieran verlo y

compararlo con el hombre que Lyell sin duda presentaría en el clímax de su discurso. Hubo un breve interludio mientras los escuderos eran enviados a recoger a Chadric, Kostas, Halian y Pol. Rohan aprovechó el tiempo para dar una explicación informal sobre el reloj de agua con la intención de generar demanda cuando Firon se convirtiera en suyo. Saumer de Isel hizo la irónica observación de que, aunque el dispositivo no sería de mucha utilidad en el Desierto, donde el sol brillaba constantemente y los relojes de sol eran comunes, sin duda podría necesitar uno en su propio castillo, donde las lluvias eran habituales.

El príncipe Chadric llegó, hizo una reverencia a todos y se sentó detrás de la silla de su padre. Lleyn le murmuró algo y los labios de Chadric se curvaron con diversión. Pronto llegaron Kostas, Halian y Pol, este último con las mejillas aún sonrosadas por una limpieza apresurada y el cabello peinado hacia atrás con un peine húmedo. Les dedicó a todos una sonrisa radiante, visiblemente emocionado por ser incluido, y desde la mesa se recibieron amables saludos, algunos a regañadientes, por cierto. Pero era difícil resistirse a Pol.

Rohan estaba a punto de ordenar que Lyell entrara cuando las cortinas de la tienda se abrieron para dar paso a un cuarteto inesperado. Tres eran princesas; una, la representante interina de su principado. Sioned y Pandsala flanqueaban a la joven Gemma y a Lady Eneida de Firon, y los hombres la miraban con franqueza. A pesar de su escandalosa presunción de cosoberanía con el Alto Príncipe, Sioned nunca había asistido a ninguna reunión del Rialla. Las mujeres simplemente no podían asistir a cónclaves formales, y ni siquiera ella se había atrevido a romper la tradición. Pero la sugerencia de Davvi de incluir a los herederos convirtió esta en una reunión informal. Rohan sabía que debería haber esperado que su esposa la aprovechara.

—Mis señores, buenos días. Estaba con mi hijo cuando llegó su llamada y me encargué de sacar a la princesa Gemma de su tienda. Por el camino me encontré con Lady Eneida de Firon y la princesa regente —Sonrió como si esta feliz coincidencia hubiera sido, en efecto, una coincidencia. Sus ojos no se molestaron en desafiarlos a objetar; no querían, no podían, y ella lo sabía—. Primo —instó suavemente a Chale—, tu heredera necesita un lugar donde sentarse.

Cuatro gotas de agua cayeron del cristal superior del reloj al inferior mientras el anciano parecía dividido entre la indignación por la intrusión de las mujeres en esta reunión principesca y la aprobación petulante del golpe de Sioned. La tradición se había perdido, como era habitual en Sioned. Saludó a Gemma con la mano y le colocó la silla él mismo.

—Lamento no poder quedarme —continuó Sioned—. Sus damas se reunirán conmigo dentro de un rato, y hay mucho por hacer. —Les dedicó a todos otra dulce sonrisa y, tras hacer una reverencia a su esposo, se retiró.

Toda una vida de disciplina mantenía el rostro serio de Rohan. Sioned había instituido sus almuerzos hacía tres Riall'im, y los príncipes se ponían nerviosos al pensar en lo que sus esposas, hermanas e hijas decían durante las charlas privadas con la Alta Princesa. Las mujeres decían a otras mujeres lo que los hombres a menudo despreciaban oír; Rohan solía tener una idea más clara de lo que ocurría por los informes de Sioned sobre lo que las damas habían dicho que por los propios príncipes.

Lady Eneida, delgada y erguida como una espada, estaba de pie junto a la silla que le habían colocado.

—Mis señores, aunque Firon no tiene príncipe, su excelencia me ha pedido que me una a ustedes como representante de mi tierra. —Dicho esto, se sentó, lo que prácticamente proclamaba su derecho a estar allí.

Pandsala ya había tomado asiento detrás de Pol, quien se sentaba justo al lado de Rohan, no detrás de él. Esto también sobresaltó un poco a los demás príncipes, pero poco

después de su nacimiento todos lo habían reconocido como poseedor de Marca del Príncipe por derecho propio. Legalmente, también podría haber asistido a sus conversaciones formales. Como su regente, Pandsala técnicamente no tenía derecho a estar presente, pero nadie tuvo el valor ni la mala educación de protestar. Además, muchos ansiaban ver su rostro al enfrentarse al hombre que podría ser su hermano.

Rohan señaló a Tallain y se recostó con naturalidad en su silla. Era una pose deliberada, como se esperaba de él dadas las circunstancias; la hizo de todos modos. Una mirada al perfil de su hijo le iluminó la mente. Pol no perdería Marca del Príncipe antes de tener la oportunidad de gobernarlo.

Lyell entró, y no solo. Un joven alto y barbudo lo acompañaba. Su cabello oscuro tenía un ligero tinte rojizo que se acentuaba en su pulcra barba, y estaba recortado para enmarcar sus ojos muy verdes. Vestía una sencilla túnica de la más fina seda azul, tan oscura que casi parecía violeta. Unos pantalones de cuero color canela se ceñían a sus musculosas piernas por encima de unas botas suaves teñidas a juego con la túnica. Un grueso anillo de plata lucía en un dedo, un fino círculo de oro en el otro, y un pendiente de amatista le colgaba cerca de la mejilla. Su mirada recorrió lentamente un rostro tras otro en el silencio atónito, deteniéndose un instante en Pol antes de mirar fijamente a Rohan. No hizo ninguna reverencia. Nadie respiró durante varios segundos. Entonces Pandsala se levantó de la silla, pálida hasta los labios y temblando de furia.

—¡Dobla la cabeza y las rodillas ante tus superiores, campesino! —espetó.

—Y saludos para ti, querida hermana —respondió Masul sonriendo.

—Esa relación aún no se ha demostrado —dijo el príncipe Lleyn en tono suave, un recordatorio sereno que rompió la tensión que los atenazaba.

Rohan bendijo al anciano de nuevo y tocó el brazo de Pandsala. Ella se recostó en su asiento, mirándolo fijamente.

—Lord Lyell, supongo que tiene una explicación —dijo Rohan en voz baja.

—Sí, su excelencia. —Lyell hizo una reverencia, al igual que Masul—. De todas las cosas que podría haber dicho, ninguna impresionaría tanto a sus excelencias como la simple visión de este hombre. Mi esposa, Lady Kiele, lo ha interrogado extensamente y está convencida de que es, en efecto, su hermano, hijo del difunto Alto Príncipe Roelstra y su amante, Lady Palila. Yo también he hablado con Lord Masul y estoy convencido.

La respiración de Pandsala silbó cuando Lyell le dio el título a Masul, pero no habló ni se movió. Rohan esperaba que se callara y miró a Lyell con una ceja ligeramente arqueada.

—Le pido disculpas por mi atrevimiento —continuó el Señor de Waes—, pero...

—Pero requerías de toda nuestra atención —dijo Rohan secamente—. Proceda.

Los pálidos pómulos de Lyell se tiñeron de rojo y se humedeció los labios con nerviosismo. Pero nadie lo miraba. Se desvaneció junto a la vívida presencia de Masul.

El impostor dio un paso al frente. Cabar y Velden apartaron sus sillas para que pudiera estar de pie en la mesa entre ellos.

—Puedo contar mi propia historia, mis señores —dijo.

—Sus propias mentiras —susurró Pandsala, pero solo Rohan y Pol la oyeron.

—Nací aquí en Waes hace veintiún años en la barcaza del Alto Príncipe Roelstra, un hecho que he sabido toda mi vida, verificable en los registros de nacimiento de la ciudad que se presentarán para su inspección. Esa misma noche nacieron otros niños en el mismo lugar, y sus nombres también figuran. —Enganchó los pulgares en el cinturón; el gesto de Roelstra. Kiele le había enseñado bien, pensó Rohan—. La princesa regente puede dar fe de la confusión de esa noche, provocada por sus propios esfuerzos y los de su hermana, la Princesa Ianthe. —Sonrió burlonamente en dirección a Pandsala—. Si Lady Palila daba a

luz un hijo varón, el niño tendría prioridad sobre ellas, algo de lo más indeseable a sus ojos. Así que trajeron a otras mujeres embarazadas, les indujeron el parto cuando Palila dio a luz, con la esperanza de que al menos una de ellas diera a luz a una niña que pudiera sustituir al heredero varón si nacía. Este fue el plan que la princesa Ianthe le explicó a su hermana. Pero la princesa Pandsala fue entonces a ver a Lady Palila, le contó el complot y le prometió que si nacía una niña, Pandsala intercambiaría a esta decimoctava hija inservible por un niño que, según esperaban, nacería de una de las otras mujeres.

»Un plan arriesgado, estarás de acuerdo. Esa noche reinaba el caos: bebés naciendo, gente deambulando, las dos princesas corriendo de un lado a otro entre las habitaciones de Pallia y la bodega inferior. Sin embargo, algunas cosas fueron vistas y oídas por todos. Primero, se oyó a Lady Palila gritar triunfalmente que le había dado un hijo a Roelstra. Segundo, cuando llegó el feliz padre, había dos niños presentes. Uno era Chiana. El otro… —Masul volvió a fijar su mirada burlona en Pandsala.

»El otro era un niño. El verdadero hijo de Roelstra. Yo.

—¡Mentiroso! —espetó Pandsala—. ¡Ambas eran niñas! ¡El niño aún no había nacido!

Rohan ahogó un suspiro. Habría sido mejor para Pandsala no haber admitido nunca que había visto a un niño varón. Pero suponía que ya había superado sus límites. No podía culparla mucho.

—¡Mírame, hermana! ¿Acaso no tengo los ojos de nuestro padre, su altura, su porte? ¿Acaso el color de mi barba no sugiere el color del cabello de Palila? —Se dirigió a los demás una vez más—. La mujer que se hacía llamar mi madre era rubia y de ojos oscuros. Su esposo tenía el mismo color de piel. Ambos eran de estatura inferior a la mediana. ¿Cómo podían dos personas pequeñas, rubias y de ojos oscuros tener un hijo alto, moreno y de ojos verdes?

Fue Davv, leal, sincero, uno de los artífices del poder de Rohan y la herencia de Pol, quien salió en su defensa.

—Tengo dos hijos más altos que yo, y mi difunta esposa era lo suficientemente pequeña como para caber debajo de mi barbilla. La postura y los gestos se pueden aprender. En cuanto a los ojos verdes, mucha gente los tiene. Los ojos del príncipe Pol son bastante verdes bajo ciertas luces. ¿Significa esto que él también podría ser hijo de Roelstra?

Davvi, quien afortunadamente creía la mentira que Sioned había comenzado y Rohan había permitido porque todo buen príncipe bárbaro deseaba un hijo que lo sucediera. Rohan permaneció sentado con rostro impasible, agonizando un poco por dentro.

—Pregunto respetuosamente a nuestro primo de Syr qué pruebas hay de lo contrario? —Velden de Grib se sentó junto a Masul, con las manos apoyadas agresivamente sobre la mesa—. ¿Puede la Princesa Regente decir con certeza qué niño era cuál? ¿Quién más estuvo allí esa noche para presenciar el nacimiento del hijo de Palila?

Pandsala habló con una voz que habría helado la Larga Arena en pleno verano.

—Mi hermana Ianthe fue la única que asistió al parto. Y está muerta.

Velden extendió las manos, con los ojos oscuros abiertos y fingido desconcierto.

—Os pregunto, mis señores. ¿Es posible que este hombre sea el hijo de Roelstra? No hay testigos vivos de lo contrario. Pero tenemos la evidencia de nuestros propios ojos.

Miyon se puso de pie al otro lado de la mesa.

—Mírenlo, primos —dijo con voz sedosa—. Algunos de ustedes conocieron muy bien al difunto Alto Príncipe. ¿Hay algún parecido?

Los príncipes mayores guardaron silencio. Pandsala, no.

—¡Soy la hija indiscutible de Roelstra, y digo que este hombre miente!

—¿Pero se parece a Roelstra? —insistió Miyon— ¿Lo suficiente como para ser su hijo?
—Alto, moreno, de ojos verdes... ¡Podría encontrar cien que se ajusten a la descripción! ¡No prueba nada!
—Pero el nacimiento de este hombre está registrado en los registros de Waes para esa noche en particular.
—¿Me están diciendo que no reconocería a mi propia sangre? —exclamó Pandsala, levantándose a medias de su silla— ¿Se atreven a llamarme mentirosa?
—¡Jamás, mi señora! —protestó con los ojos muy abiertos— Pero… quizá tu posición no te anima a mirar con claridad la posible verdad.
Locura, se dijo Rohan. Nada de esto tenía que ver con la reclamación de Masul, sino con la de Pol.
Cabar de Gilad defendió la causa de Masul.
—Mis señores, consideren. Si este hombre es en realidad hijo de Roelstra, entonces debemos pensar muy bien si le privaremos de su derecho de nacimiento como príncipe. Como uno de nosotros.
No era que Miyon y su facción desearan que Masul se estableciera en el Castillo del Peñasco, sino que querían impedir que Pol lo hiciera.
—Es cierto que el Alto Príncipe Rohan derrotó a Roelstra en la guerra y reclamó toda Marca del Príncipe en nombre de su hijo —continuó Cabar—. Pero si las palabras de este hombre son ciertas, entonces es uno de nosotros. Un príncipe.
—Mírenlo —dijo Miyon—. Sopesa la evidencia de tus propios ojos frente a la falta de información específica sobre esa noche.
Rohan miró a Pol de reojo. El chico permanecía inmóvil, con la mirada cautelosa y fascinada fija en Masul. Rohan se preguntó qué estaría pensando Pol. Intentó ignorar las preguntas que le rondaban la cabeza: ¿era ese hombre realmente pariente de Pol, su tío? ¿Importaba? Si lo que querían era que Marca del Príncipe continuara en el linaje de Roelstra, entonces Pol cumplía a la perfección con el requisito. Pero que Pol gobernara Marca del Príncipe y el Desierto era precisamente lo que no querían.
—Son demasiadas coincidencias —dijo Miyon—. He hablado con Lady Kiele, otra de las hijas de Roelstra, y tras entrevistar a este hombre ha concluido que es, en efecto, su hermano.
Usa a Chiana en su contra, susurró la voz de Sioned en su mente. Rohan bajó la mirada hacia su anillo, el enorme topacio brillando en el círculo de esmeraldas como el ojo de un dragón, observando, esperando. Los dragones sabían atacar con exquisita astucia. Rohan era hijo de un dragón, padre de otro.
Clutha y Saumer interrogaban a Masul sobre su vida en la Mansión Dasan, su entrenamiento en armas, sus opiniones sobre todo, desde el comercio de la seda hasta la construcción del nuevo puerto en la desembocadura del Faolain. Masul alegó ignorancia de muchos asuntos principescos, pero eso halagaría a los demás haciéndoles creer que podía ser influenciado. Las respuestas que dio fueron directas y hábilmente pensadas: una honestidad cándida que disfrazaba una astucia deliberada, diseñadas para presentarlo como un príncipe digno. Pero, más importante aún, uno inofensivo.
Rohan sintió como si el suelo se desmoronara bajo sus pies como arena sobre un sumidero. Ojalá el pasado pudiera evocarse para mostrar la verdad con la misma claridad con la que la figura y los rasgos de Masul exhibían una mentira…
Conjurando.
Los poderosos Mensajeros del Sol podían vislumbrar fragmentos de sus futuros personales. Sioned sabía que Rohan la esperaba desde que tenía dieciséis inviernos. Años

después, lo había visto y mostrado sosteniendo a un bebé con el cabello rubio de Rohan; sabían que, aunque era estéril, de alguna manera le daría un hijo a Rohan. Los Faradh'im a veces podía evocar visiones del futuro. ¿Pero podrían hacer lo mismo con el pasado?

Andrade había estado allí esa noche. Pandsala también. Su testimonio verbal era inútil debido a quiénes eran para Rohan: su tía, su regente. Pero si alguno o ambos podían proporcionar una visión clara de lo que había sucedido esa noche...

Rohan se puso de pie y miró el reloj de agua. Toda conversación cesó; desvió la atención de Masul sin esfuerzo. El joven lo reconoció y le molestó. Se suponía que él era el centro de atención y le irritaba visiblemente que este hombre delgado y callado que le doblaba la edad lo eclipsara tan fácilmente.

—Mis señores, mis damas —dijo Rohan—, se hace tarde y estoy seguro de que todos necesitamos tiempo y privacidad para considerar este asunto. Aún quedan pruebas por presentar. Lord Lyell, tenga la amabilidad de estar preparado para cuando podamos volver a visitarlo. —Fingió consultar sus notas—. Primos, esta tarde abordaremos asuntos comerciales entre Cunaxa, Fessenden, Isel y Ossetia. Hasta entonces, se levanta la sesión. Agradezco a los herederos y representantes su asistencia y atención, y confío en que la experiencia haya sido edificante.

Masul tampoco hizo una reverencia al salir. Salió acompañado de Miyon, Cabar y Velden, con Lyell, olvidado, siguiéndolos de cerca. Chadric dio unos pasos hacia Rohan como si quisiera decir algo, pero luego pareció pensárselo mejor y ayudó a su padre a salir de la tienda. Pronto Rohan se quedó solo con Pol, que miraba al vacío. Para darle tiempo al chico de ordenar sus ideas y preguntas, Rohan recorrió lentamente la tienda, deteniéndose ante el reloj de agua. Pasó un dedo por el dragón tallado, observando cómo el agua goteaba inexorablemente a través del rubí.

—¿Padre?

—¿Sí, Pol?

—¿Por qué no les dejas discutir las pruebas esta tarde?

—Piensa en el oficio de quién vamos a revisar.

Hubo una breve pausa.

—El de Miyon, así que tiene que venir a prestar atención y tú puedes vigilarlo. Pero los demás no se han declarado realmente de ningún lado, ¿verdad?

—No. Y escuchando cómo se comportan con Miyon en cuanto al comercio, puede que me haga una idea de por dónde podrían meterse en este otro asunto.

—¡Ah! —Un momento después, Pol dijo con entusiasmo—: ¡Y si es desagradable con sus lanas y metales, puede que se irriten y se inclinen por nosotros!

—Tal vez. —Rohan se giró y preguntó—: ¿Cómo interpretas todo esto?

—Miyon parece bastante fácil de manipular —dijo Pol con astucia—. Creo que se cree muy listo. Pero también es testarudo y orgulloso.

—Una mezcla peligrosa. ¿Por qué debería… cómo la llamaste? ¿Manipularlo?

—Para enfadar a Chale, Pimantal y Saumer con él.

—¿Y sería prudente que lo hiciera abiertamente? —Rohan negó con la cabeza—. Roelstra lo hizo, ¿sabes? Creó disensión deliberadamente, para poder resolver los problemas que él mismo creó ejerciendo su poder para conseguir lo que quería desde el principio. No es así como trabajo, Pol. Si Miyon los antagoniza por su cuenta, bien. Debo ser más sutil y hacerle saber lo que es la verdadera astucia. —Sonrió—. Está deseando probar su fuerza contra mí, y mi ejército a lo largo de su frontera esta primavera y verano no ha conseguido que me ame.

—Pero ¿qué hay de Kiele? Ella es quien hizo posible todo esto para Masul.

—Una mujer interesante —admitió—. Supongo que no dudó en asesinar a un Mensajero sel Sol. Por cierto, no me sorprendería en absoluto que Masul lo hubiera hecho él mismo. Parece tener el instinto asesino perfecto. Mira qué bien se enfrentó a Pandsala. —Rohan suspiró profundamente—. Pol, hay una gran diferencia entre desear poder y desear lo que el poder puede lograr. Los faradh'im heredan el poder y están entrenados para usarlo. Pero a veces aparece un príncipe o un athri que no lo entiende en absoluto. Lo quiere como es, pero no le importa su esencia. Roelstra era así. Disfrutaba del poder por sí mismo. ¿Me explico?

—Creo que lo entiendo —dijo el chico lentamente—. Se opuso a ti porque tenías poder y a mamá. No es que quisiera hacer lo mismo que tú con tu poder. Simplemente no soportaba que lo tuvieras. —Pol dudó y luego dijo—: Por lo que he oído hoy, la princesa Ianthe también era así, ¿verdad?

Rohan mantuvo la expresión tranquila.

—Sí. Ella también era así. —Se estiró y dijo—: Vamos, deberíamos comer algo. Tengo una larga tarde por delante. Supongo que volverás a los potreros para ejercitar al caballo de Chay.

—¿Cómo supiste que estaba ahí?

Rohan se alegró por tener la oportunidad de reír.

—Tu madre, ¿o era Tobin?, se aseguró de que te lavaran y peinaran antes de llegar, e incluso limpiaste tus botas. Pero olvidaste sacar ese limpiacascos de tu bolsillo trasero.

Pol hizo una mueca.

—Fue la tía Tobin. Pensé que ibas a decir algo mágico, como suele hacer mi madre cuando descubre lo que no quiero que sepa.

—Empieza a practicar el arte de la observación. Puede ser muy útil, y no solo cuando quieres asombrar a tu hijo.

Otro padre y su hijo hablaban a solas en otra tienda, pero esta vez fue el hijo quien asombró al padre.

¿Por qué no me contaste esto antes? —preguntó Ostvel a Riyan— ¿Te ha mantenido Clutha bajo llave y candado?

—Casi —respondió el joven—. Lo siento, padre, pero esta es la primera oportunidad que tengo de escapar. Solo estoy aquí porque Sioned se lo pidió directamente a Clutha esta mañana. Halian exige mi presencia constante, a pesar de que se supone que soy el escudero de Clutha.

—¿No podrías haber...?

—No —declaró Riyan rotundamente—. No pude desobedecer a Halian ni hacer nada fuera de lo común. Y no me atreví a contarle a nadie más que a Lady Andrade lo que vi. Si Kiele y ese Masul asesinaron a Kleve...

—No tendrían reparos en hacerte lo mismo. —Ostvel sorprendió a su único hijo abrazándolo con fuerza—. Perdóname por haberte gritado. Hiciste lo correcto. —Soltó a su hijo y se dejó caer en una silla—. Así que tenemos alguna prueba.

—Una muy pobre, me temo. Kleve nunca me contó sus sospechas. Y nunca me acerqué lo suficiente a la casa para ver quién estaba dentro aparte de Kiele. No vi a Masul. No lo vi matar un Mensajero del Sol. —Apretó los puños, sus anillos formando arcos brillantes entre sus nudillos blancos—. Padre, que yo sepa, Halian está conspirando con Kiele y me ha mantenido alejado de ti a propósito. No confío en nadie y eso me asusta. —Hizo una pausa, negando con la cabeza—. Lo máximo que podemos hacer es contárselo a Rohan y Sioned. Quizás puedan confrontar a Kiele y asustarla de alguna manera.

—Solo te pondría en peligro al hacerle saber que viste algo que no debías. No puedo arriesgarte, Riyan. No te arriesgaré. —Mirando directamente a los ojos de su hijo, dijo—: Eres todo lo que me queda de tu madre.

Rara vez había oído a Ostvel mencionar a la mujer que Riyan apenas recordaba. Se tragó el dolor. De pie junto a la silla de su padre, observó el rostro preocupado, los ojos grises como nubes.

—¿Qué crees que habría hecho Madre?

Ostvel se encogió de hombros, incómodo por la emoción.

—Si supieras cuántas veces me lo he preguntado a lo largo de los años desde que murió... Probablemente habría dicho exactamente lo mismo que tú. —Cambió de posición y continuó—: Nosotros, Maarken y yo, llevamos a Pol a la Feria de nuevo un rato hoy, y solo tuvimos que estar atentos a los últimos rumores. Masul es, no es, no podría ser, debería ser, ¿cuánto tiempo le dejará vivir Rohan...? —Ostvel golpeó el brazo de la silla con el puño.

—Me parece que lo poco o mucho que viva Masul depende enteramente del propio Masul —murmuró Riyan.

—Intenta convencer a los demás de eso. No conocen a nuestro Alto Príncipe como tú y yo. Se cortaría el brazo antes de hacer un movimiento subrepticio o deshonroso contra este impostor.

—Y dinos que es el sentido práctico lo que lo frena, no ninguna nobleza en particular por su parte.

—Acúsalo de ser noble y se reirá en tu cara. Tiene que ver con la libertad.

—¿De quién? —preguntó el joven, desconcertado.

—Suya. No te preocupes —añadió con compasión—. Yo tampoco lo entiendo del todo. Lo que dice es que cuando actúas, te atrapas en esa acción. Pero al esperar y ver cómo se desarrollan las cosas, mantienes tus opciones abiertas. Eres libre de elegir qué hacer o qué no hacer.

—Tienes razón. No lo entiendo en absoluto.

—Creo que se remonta a su primer Rialla —reflexionó Ostvel—. Hizo ciertas cosas para engañar a la gente y que hiciera otras cosas. Pero él también cayó en la trampa, y te aseguro que no le gustó mucho. Lo que tienes que entender de él es que nunca nos usará. Sabe exactamente de qué estamos hechos, nuestras fortalezas y debilidades, y hace sus propios planes en consecuencia. Pero nunca nos engañará para que hagamos lo que él quiere. Se lo hicieron a él y lo odió. Con Rohan, nunca harás nada por él que no hubieras hecho por tu propia voluntad. No te manipulará, eso tenlo seguro. Pero como él sabe quién y qué eres, terminarás por hacerlo de todos modos.

—Realmente es el azhrei —dijo Riyan, medio maravillado—. Un dragón espera a ver hacia dónde corre la manada antes de comenzar su caza.

—Te sugiero que hagas lo mismo —advirtió su padre—. No has estado fuera tanto tiempo como para que aún no sepa qué estás pensando. Tienes los ojos de tu madre, ¿sabes? Nunca pudo ocultarme mucho. Ni lo pienses, Riyan. Rohan y Pol deben encontrarse con este hombre en público y desacreditarlo en público, o la reclamación de Pol nunca estará garantizada.

—Una lástima —dijo Riyan brevemente.

—Sea lo que sea que estés pensando, te lo prohíbo —advirtió Ostvel.

—No estaba pensando en nada, padre.

—Bien. Asegúrate de no pensarlo. —Las nubes de tormenta en sus ojos se despejaron un poco—. Siéntate y háblame de otras cosas. Estoy harto de conspiraciones y política. ¿Qué te pareció volver al servicio de Clutha? ¿Te ha tratado bien?

Riyan respondió con historias de su tiempo en Fuerte Cenagoso, encontrando un alivio igual al de su padre al hablar de asuntos no más importantes que el mejor método para domar un caballo o las travesuras de las hijas ilegítimas de Halian. Pero aunque gran parte de él se relajaba en una conversación relajada, en lo más profundo de su mente buscaba maneras de seguir observando a Kiele, tal como, después de todo, le había ordenado su príncipe adoptivo.

Encontró su oportunidad más tarde ese mismo día. Lady Chiana requería ciertas cosas en la residencia de Waes y había reclutado al príncipe Halian como escolta en el viaje. Esto era una muestra de astucia bastante evidente por su parte, pues si Halian estaba con ella, no podía estar en otro lugar escuchando a quienes dudaban de su alcurnia real. Riyan, a quien Halian había vuelto a robar de Clutha, los acompañó y escuchó impasible su coqueteo. Todos los comentarios mordaces y las risas burlonas que Chiana prodigaba a Halian eran cosas que hacía tiempo habían dirigido sin éxito a Riyan; a este le asombraba en secreto que su técnica no variara en absoluto de un hombre a otro. Pero Halian se lo tragó todo como si fuera el primero en morder el anzuelo. Riyan sintió lástima por él, pero también lo despreció. El príncipe era bienvenido, y podría traerle mucha alegría si era tan insensato como para convertirla en su esposa.

Al llegar a la residencia, le lanzó las riendas a Riyan como si no fuera más que un mozo de cuadra y le dio permiso para que se ocupara de sus asuntos. Halian lo despidió con un gesto, concentrado en Chiana.

Riyan observó a la pareja subir las escaleras hacia la puerta principal, pensando con sarcasmo en la probable reacción de Kiele al ver que su casa se convertía en un burdel. Chiana no era ninguna idiota, eso sí que lo reconocía; había muchos sirvientes dentro, testigos del tiempo que ella y Halian pasarían solos, probablemente encerrados en una habitación superior con acceso a una cama. Si Halian pensaba que conseguiría a Chiana gratis, se llevaría una sorpresa. Riyan se encogió de hombros y ayudó a desensillar los caballos, charlando distendidamente con un amable mozo de cuadra que lo conocía de su estancia allí.

Tras un breve debate consigo mismo, cabalgó hasta la mansión a las afueras de la ciudad donde habían asesinado a Kleve. Frenó su montura, frunciendo los labios y el ceño. La luz del sol se derramaba por el tejado como una cálida capa de miel; flores silvestres brotaban de la hierba circundante; no parecía un lugar de muerte. Atando el caballo, abrió la puerta con cautela y entró.

Las habitaciones estaban tan vacías como cuando las inspeccionó la noche de la muerte de Kleve. Nada se había tocado: las sábanas seguían revueltas y la vajilla usada apestaba a comida podrida. Riyan negó con la cabeza ante la tontería en la que estaba metido. Si nadie había regresado para ordenar las pruebas, lo más probable era que no las encontraría. Pero tenía que intentarlo.

La tarde dejó tenues manchas oscuras en el suelo que podrían haber sido sangre, y otras señales de abandono precipitado que no había visto la última vez: una camisa tirada bajo la cama y olvidada, un pendiente de mujer debajo de la mesa donde la luz de una vela no lo había alcanzado, pero la del sol sí. Tenía que ser de Kiele. Pero salvo rebuscar en sus arcas de joyas en busca del otro, no había forma de demostrarlo. Además, se habría deshecho del pendiente a juego en cuanto descubriera que había perdido este. Pero la evidencia estaba ahí, sin duda, lo que le hizo revisar su interpretación original del desorden. Nadie había regresado porque nadie se atrevía. Tal vez había perturbado algo en su búsqueda esa noche, advirtiendo al ocupante que huyera de inmediato. Tal vez incluso lo

habían visto entrar o salir de la casa, y si eso era cierto, se maravilló de que aún estuviera vivo. Riyan se guardó el pendiente en el bolsillo y continuó la búsqueda.

Al anochecer, encontró evidencia útil guardada en un armario en la parte trasera de la casa. La imaginación desbordante de Riyan le hizo especular que alguna prenda de ropa o algún otro artículo perteneciente a Kleve, como la camisa y el pendiente, había sido olvidado en una huida presa del pánico.

Pero no estaba preparado para el bulto de lana gruesa en el armario, rígido por la sangre seca, envuelto en una toalla que contenía tres dedos cercenados.

Riyan dejó caer el espantoso bulto y retrocedió horrorizado. Un grito se le ahogó en la garganta. A trompicones, medio ciego, corrió al lavabo y vomitó todo lo que tenía en el estómago. Cuando se sintió vacío y exhausto por la violencia de su reacción, se lavó la cara con agua. Ver sus propios anillos pulidos por el agua le provocó arcadas de nuevo.

Pareció una eternidad antes de que pudiera obligarse a regresar. La manta seguía donde la había tirado, con el estampado rojo y amarillo cubierto de sangre seca. En cuanto a la toalla, Riyan se arrodilló, temblando, y se obligó a tocar un dedo para empezar a quitarle el anillo. Andrade los querría, se repetía una y otra vez. Andrade los querría como prueba.

Pero entonces se detuvo, observando los círculos lisos alrededor de los dedos amputados.

Kleve había llevado seis anillos, lo que lo marcaba como experto en usar tanto la luz del sol como de la luna. Pero en la toalla ensangrentada que tenía delante había tres dedos con solo dos anillos de plata.

Respiró hondo para tranquilizarse. Su padre le había dicho que Sioned había recuperado de alguna manera uno de los anillos de oro; así fue como se enteraron de la muerte de Kleve. Debía de ser del dedo índice izquierdo, que faltaba en aquella lúgubre colección. El otro anillo de oro había desaparecido del pulgar derecho. Era el anillo más preciado de todos, el quinto que significaba la plena condición de Mensajero del Sol. Podía ver el círculo blanco sobre la piel muerta donde Kleve había llevado el anillo durante la mayor parte de su vida.

¿Dónde estaba ese quinto anillo? Riyan se puso de pie con esfuerzo y se acercó a la ventana, abriéndola de par en par para que entrara aire limpio. Luego cogió una sábana limpia del montón del armario de la ropa blanca y la usó para envolver la evidencia. Tomó otra sábana y dobló la manta con ella: gruesa lana roja y amarilla, tejido cunaxano, que sin duda había amortajado el cadáver de Kleve mientras se lo llevaban. Se decía que Masul era alto y fuerte, con hombros anchos y músculos suficientes para aligerar la carga. Y Riyan volvió a sentirse mal al darse cuenta de que, mientras él mismo había estado husmeando por la mansión, Masul había estado depositando el cuerpo de Kleve en algún lugar para que lo encontraran los carroñeros. ¿Por qué no pudo haber regresado Masul mientras Riyan aún estaba allí? Maldijo con amargura la oportunidad perdida, pero tragó saliva y reconoció que la Diosa lo había estado cuidando esa noche.

Pero ¿por qué Masul no le había cortado las manos a Kleve por completo? Incluso si se hubiera llevado todos los anillos, habrían quedado marcas del sol alrededor de los dedos. Sin manos, nada podría identificarlo como faradhi. Un instante después, la respuesta fue obvia. Un cadáver sin manos solo podía apuntar en una dirección: un Mensajero del Sol asesinado.

Aun así, Masul había descuidado deshacerse de los dedos cercenados; un error estúpido. No, uno fatal. ¿Acaso había confiado en que, tras no encontrar nada una vez, nadie más vendría a realizar una búsqueda tan exhaustiva como la que Riyan acababa de

hacer? ¿La prisa lo había vuelto descuidado? ¿No se había atrevido a volver o su propia arrogancia lo había traicionado?

Riyan se preguntó quién, aterrado, había encontrado el cuerpo de Kleve. Pero sabía por qué nadie había aportado la información. ¿Quién querría estar relacionado con la muerte y profanación de un Mensajero del Sol? Cómo había llegado el anillo de oro a Sioned era un misterio que le daba vueltas mientras guardaba las sábanas en sus alforjas. Quizás alguien había ido a buscar a Kleve o había oído un rumor, o le habían quitado los anillos restantes de los dedos para venderlos. No importaba mucho, y Riyan se dijo a sí mismo que dejara de cuestionar la buena voluntad de la Diosa. Ella cuidaba de sus faradh'im; Eso era todo lo que necesitaba para creer. Lo importante era la terrible evidencia, firmemente abrochada en bolsas de cuero.

Regresó a la casa y se lavó la cara y las manos de nuevo, temblando. Estaba anocheciendo; Chiana y Halian estarían impacientes por su regreso. Metió las sábanas con su terrible contenido en sus alforjas. Un galope por el aire fresco de la tarde disipó el horror y avivó su ira. Vería a Masul muerto por esto, y a Kiele con él. Habían asesinado a un Mensajero del Sol. Esperaba que Andrade igualara su crueldad cuando decidiera la forma en que morirían.

Halian y Chiana habían regresado sin él. Riyan se encogió de hombros, indiferente al castigo que el príncipe pudiera decretar por su incumplimiento del deber, y se quedó en la residencia el tiempo suficiente para beber dos grandes copas de vino antes de regresar al campamento. No se detuvo en las tiendas verde claro del Señor de Prado del Señor, sino que se dirigió directamente al pabellón del Alto Príncipe.

Riyan pasó a Tallain sin decir palabra. Hizo una reverencia y dirigió una mirada sombría a su padre y a Rohan, quienes guardaron silencio mientras él arrojaba las alforjas sobre el escritorio.

—Pruebas —dijo secamente.

Ostvel abrió las alforjas de cuero y contuvo el aliento. Rohan no dijo nada mientras le colocaban el contenido. Las estudió un buen rato y luego cruzó la mirada con Riyan.

Solo tardó unos instantes en contar la historia de su tarde. Su padre tenía una mirada asesina. Los ojos de Rohan se encendieron con una furia que crecía lentamente y que, de desatarse, destruiría todo a su paso.

—Uno de ellos tiene el otro anillo —terminó Riyan—. Estoy seguro. Supongo que era el quinto. De oro, para el pulgar derecho. El anillo de un Mensajero del Sol.

—Demasiado grande para Kiele —murmuró Rohan—. Pero del tamaño de Masul. Sí.

—Si se atreve a usarlo, lo tenemos.

—Quizás. Quizás. —Rohan dobló las sábanas y volvió a guardar los bultos en las alforjas—. Tu padre me ha contado el resto. Pero debo darte una orden ahora como tu príncipe, Riyan, algo que podría resultarte difícil de obedecer como Mensajero del Sol. —Sostuvo la mirada de Riyan—. No le digas nada a Andrade de esto. Nada.

No sintió ningún conflicto.

—Fui tu hombre desde que nací.

Las cejas rubias se arquearon ligeramente.

—¿Ni siquiera una pequeña vacilación? A Andrade no le agradará eso. Seas lo que seas para mí, eres en parte suyo.

—Todo lo que soy, mi príncipe, es tuyo —dijo Riyan con sencilla dignidad.

Rohan asintió lentamente.

—Me honras, Riyan. Haz que Tallain regrese contigo al campamento de Clutha. Si alguien pregunta, debe decir que fuiste llamado por mí al llegar. Eso debería eximirte de cualquier problema con Halian. En cuanto a tu ausencia de hoy…

—Soy responsable ante el príncipe Clutha, mi señor. No ante Halian.

—Entiendo. Pero avísame si hay algún problema.

—Sí, mi señor. —Hizo una reverencia y se dirigió a la puerta, luego se detuvo y se giró—. Tengo un favor que pedirte. ¿Te asegurarás de que tarden mucho en morir?

Ostvel emitió un sonido gutural. Rohan simplemente asintió.

—Sí, Riyan. Tanto Masul como Kiele tardarán mucho en morir.

—Gracias, mi señor. —Riyan volvió a inclinarse, satisfecho, confiando en su príncipe tan ciegamente como en su padre, y los dejó.

Ostvel recogió las alforjas y las apretó contra su pecho.

—Sabes cuál es la pena por asesinar a un faradhi.

—Sí. Pero todavía no. No hasta que se desmienta su afirmación. Eso me ata de manos, Ostvel. —Apretó los puños como si apretaran el cuello de Masul—. Dulce Diosa —susurró—, cuánto me encantaría matarlo ahora mismo. —Entonces levantó la vista—. Hay que vigilar a Riyan con mucha atención. Si Masul sospecha algo, su vida no tendrá ningún valor. ¿Tienes amigos entre los Mensajeros del Sol que Andrade trajo consigo?

Ostvel asintió.

—Lo haré un favor personal, nada de lo que Andrade tenga que preocuparse.

—Bien. Saldrá como lo necesitamos, amigo mío. No hemos llegado tan lejos ni hemos hecho tanto para verlo todo arruinado ahora.

Ostvel hizo una ligera reverencia.

—Nunca creí lo contrario, mi príncipe —dijo en voz baja.

Después de irse, llevándose las alforjas, Rohan murmuró:

—Ojalá pudiera creer lo mismo, amigo mío.

Capítulo Diecinueve

La princesa Alasen era una maestra consumada en el arte de escapar de cualquier escolta que su padre le impusiera.

La sencillez reinaba en el castillo de Nueva Raetia, en Kierst, y sus alrededores; la libertad era aún más fácil de conseguir entre la multitud que se dirigía a las carreras. Entre ellos, Alasen se convirtió en una joven con un sencillo vestido, anónima a menos que se fijara en el emblema de la petaca de plata de su padre, cosido en la pequeña bolsa de cuero que llevaba en el cinturón.

Un dosel de seda verde se había alzado sobre el recinto real, y las gradas se llenaban rápidamente. Gran parte de la multitud se desvió para buscar buenos asientos, pero Alasen continuó hacia los potreros, donde los jóvenes que pronto serían nombrados caballeros demostrarían su destreza ecuestre antes del comienzo de las carreras.

Encontró un lugar junto a la barandilla y apoyó los codos en la madera pintada para observar. El escudero de su padre, Sorin de la Fortaleza de Radzyn, condujo a catorce jóvenes nobles en magníficos caballos hacia la pradera, deteniéndose para agradecer los vítores de amigos y familiares reunidos para observar. Iniciaron una cabalgata formal alrededor del recinto, cambiando de aires y direcciones con señales invisibles a sus monturas, cortando diagonales y cabalgando en intrincadas formaciones. Sorin montaba uno de los caballos de su padre, una elegante yegua torda con crin y cola negras; Alasen se preguntó sobre las posibilidades de convencer a su padre de que le comprara el animal y decidió que eran bastante buenas. Volog estaba de excelente humor a pesar del escándalo de la aparición de Masul, y sus conversaciones privadas con el Alto Príncipe habían sido muy agradables. También le complacía que ella hubiera entablado amistad con su prima Sioned. Quizás pudiera convencerlo de comprar la yegua, incluso sin que fuera un regalo de bodas.

Alasen no se hacía ilusiones sobre por qué su padre la había traído a Waes este año. Hacía dos años que se le presentaban jóvenes en Nueva Raetia para su inspección; era bastante tarde para una princesa, pero era la última y favorita hija de Volog, a quien quería conservar a su lado el mayor tiempo posible. Cumpliría veintitrés años ese otoño, y era hora de casarse. Si se resistía a aceptar a ninguno de los jóvenes que llegaban a Kierst, Volog estaba decidido a que buscara en el Rialla. Pero él esperaba que eligiera marido, y ella lo sabía.

Sorin cabalgó solo hasta el centro del prado, mostrando maniobras más imaginativas: curvas y saltos diseñados para ostentar la habilidad del jinete e impresionar a los clientes potenciales con la calidad del caballo. Lord Chaynal se encontraba a poca distancia de Alasen, observando con ojos críticos cada matiz de la actuación de su hijo. Muchos de los otros caballos que se montaban ese día también eran suyos, el resto pertenecía a Lord Kolya de Aguas de Kadar, el único rival serio de Chaynal en la cría de caballos. Las dos posesiones habían disfrutado de generaciones de competencia amistosa, desdeñándose y degradando mutuamente sus caballos con alegre previsibilidad en cada Rialla. Alasen aplaudió su aprobación a las habilidades de Sorin y lo saludó con la mano mientras él pasaba junto a la barandilla para recibir merecidos elogios. Sonrió y le guiñó un ojo. Sin duda, era el más guapo de todos los jóvenes: alto y desgarbado, con los rasgos cincelados de su padre. También era el mejor jinete. El orgullo que Alasen sentía por él era el de una hermana mayor, y para ambos era un alivio que la calidez de su amistad no se viera afectada por el fuego. Sus padres habían hablado un par de veces de la posibilidad de un matrimonio, pero nunca se había concretado. Ella y Sorin se rieron a carcajadas ante la sola

idea. Sería un marido maravilloso para alguna mujer, pero no para ella. A pesar de sus veinte inviernos y sus muchos logros como caballero, Sorin era como un potro juguetón que aún se golpeaba las rodillas y el hocico. Alasen se sorprendió un poco al verlo tan seguro y maduro hoy.

De repente, se preguntó cómo sería su hermano Andry, el gemelo que había rechazado el entrenamiento habitual que la nobleza hacía para convertirse en Mensajero del Sol. La seriedad de sus objetivos probablemente se reflejaba en su personalidad, reflexionó: toda la alegría y el humor que tanto le gustaban en Sorin, los había aprendido de Andry durante sus años en la Fortaleza de la Diosa.

Otros jóvenes se turnaban, y la mirada de Alasen se fijó en un espléndido alazán de Radzyn, montado por un joven vestido con el verde claro de Prado del Señor. El escudero hizo bailar a su yegua por el prado con delicadeza, en un ángulo imposible, y los espectadores quedaron boquiabiertos de placer al ver cómo el caballo cambiaba de dirección con la gracia etérea de una pluma en la caprichosa brisa de verano. El joven era de mediana estatura, con la tez oscura de los montañeses fironeses, y no era ni la mitad de guapo que Sorin. Pero al pasar junto a ella, la visión de sus ojos cambió su opinión sobre su aspecto. Bordeados por largas y espesas pestañas negras, sus ojos eran de un profundo marrón aterciopelado con destellos bronce, anchos y largos bajo unas cejas rectas y pobladas. Estos asombrosos ojos transformaron su rostro, de meramente agradable a casi hermoso. Detuvo a la yegua justo delante de ella, sin moverse ni un instante de la silla, y el caballo se encabritó de repente, se recompuso y se apoyó sobre las patas delanteras, con los cascos traseros azotando. Fue un movimiento de caballo de guerra, preciso y letal, y la multitud estalló en aplausos.

—¡Oh, bien hecho! —gritó Alasen junto con el público que lo vitoreaba.

—¿Eso crees? —dijo una voz grave de hombre a su lado.

—Oh, sí —respondió ella sin girarse, fascinada por la cabalgada del joven—. ¡Perfecto! ¿Sabe quién es, señor? Lleva los colores de Prado del Señor, pero cada escudero aún lleva los colores de su señor adoptivo.

—Los suyos son azules y marrones, para Cuenco Celestial. Se llama Riyan y es mi hijo.

Alasen levantó la vista y se encontró con un rostro amable y sonriente. Había un parecido familiar en la frente y la nariz, y se dio cuenta de que, con la madurez, el hijo llegaría a ser casi tan distinguido como el padre. Pero sus ojos eran muy diferentes; los que la miraban ahora eran grises, sombreados por pestañas oscuras y una mata de cabello castaño despeinado con mechones plateados.

—Usted debe ser Lord Ostvel —dijo, devolviéndole la sonrisa.

—El mismo. Le agradezco el cumplido en nombre de mi hijo. El orgullo de un padre es una cosa, pero oír los elogios de una joven lo confirma… —Se encogió de hombros con aire burlón—. Y usted debe ser la Princesa Alasen de Kierst.

—¿Cómo lo sabe? ¡Hoy me puse mi vestido más viejo y sencillo a propósito, y estoy intentando pasar desapercibida! —A despecho de sus intenciones, se le escapó una risa.

—Dudo que alguna vez lo consigas, mi señora. En cuanto a saber quién eres, conocí a tu madre una vez y te pareces a ella. Pero tus ojos verdes lo confirman. Son exactamente del mismo color que los del Príncipe Davvi y de la misma forma que los de la Princesa Sioned.

—¿En serio? Sé que me parezco a mi madre, en gran parte, pero ¿crees que me parezco siquiera un poco a la Alta Princesa?

—Suena a que te gusta la idea. Pero yo diría que con parecerte a ti misma es suficiente. Sin duda has impresionado a ese joven de ahí. —Asintió hacia donde Lord

Chaynal estaba con un joven cuyos ojos azules la observaban con suma atención—. Obviamente, le resulta más gratificante mirarte que ver a su hermano cabalgar.

—¿Su hermano? —repitió Alasen con la mirada perdida.

—Sorin. Tu joven admirador es Andry de Radzyn, y últimamente de la Fortaleza de la Diosa.

Olvidó la dignidad de sus veintidós inviernos y se quedó mirando fijamente. ¡Así que ese era el gemelo de Sorin!

—No se parecen mucho, ¿verdad, mi señor?

—Antes era casi imposible distinguirlos. Pero han crecido de forma muy distinta en los últimos años. —Su voz se volvió repentinamente inexpresiva y ella lo miró, sobresaltada. Él notó la mirada y sonrió de nuevo—. Pero te impido ver el resto del espectáculo. Están a punto de cabalgar uno hacia el otro a galope tendido; idea de Sorin, el loco. Solo espero que Riyan no se caiga.

—Dudo que lo haya hecho desde la primera vez que lo montaste en un poni —rió entre dientes.

La fila de jinetes se formó de nuevo, luego se dividió en dos por la mitad. Galoparon hacia extremos opuestos del prado, giraron en el mismo sitio y, a una señal de Sorin, se lanzaron uno hacia el otro con una velocidad que prometía aniquilarlos a todos. Sin embargo, de alguna manera, cada uno encontró un espacio para galopar, y al instante siguiente todos se alinearon de nuevo para disfrutar del aplauso del público.

—Excelente —murmuró Lord Ostvel—. Pero no le digas a mi hijo que lo dije yo —añadió.

—Pero se lo merece, mi señor. Después de Sorin, es el mejor jinete aquí.

Una risa retumbó desde lo más profundo de su pecho.

—¡Se acabó el almíbar para mi orgullo paternal, mi señora! Dime, ¿qué te parece la yegua que monta?

—Como caballo de guerra, la perfección. Como montura casual… —Negó con la cabeza—. Esa yegua se desgastaría hasta los huesos si no le dieran más que un buen galope cada dos días.

—Estoy de acuerdo. Es demasiado nerviosa. Pero necesito regalarle a Riyan una montura de caballero como es debido. ¿Qué caballo preferirías?

Dudó, pero tuvo que responder con sinceridad.

—A Sorin le va el gris, sin duda.

Lord Ostvel dejó escapar un largo suspiro.

—Temía que también estuviéramos de acuerdo en eso. Chay va a exigir medio año de ingresos por ese caballo, ¡y no bajará el precio por nuestra amistad!

La multitud se dispersaba, dirigiéndose a las gradas para ver la primera carrera, y Alasen fue empujada contra la barandilla. Ostvel la tomó del brazo para estabilizarla.

—Estoy bien —le aseguró—. Pero creo que esperaré aquí hasta que la multitud se disperse un poco.

—No hace falta. Te acompaño, si me lo permites. ¿Te gustaría ir a felicitar a Sorin?

—¡Sí, por favor!

Juntos se dirigieron hacia donde estaba Lord Chaynal con sus hijos y Riyan. Ostvel alborotó el cabello oscuro de su hijo como si aún tuviera diez años y no restaran dos días para ser nombrado caballero formal; Riyan lo soportó, sonriendo, y el oro brilló con el bronce en sus ojos. Presentaron a Alasen y notaron que Riyan no era como Sorin; aunque era igual de hábil caballero, también poseía las suficientes habilidades sociales como para

no ruborizarse en presencia de una chica guapa. Le dedicó una reverencia y una sonrisa, y ella, una vez más, vio en él a su padre.

Sorin entonces reclamó su atención exigiéndole que le dijera lo maravilloso que era. Alasen se rió de él.

—¡Te mantuviste en la silla, lo cual es más de lo que esperaba!

Volvió la cara de agravio hacia su padre.

—Permíteme agradecerte, mi señor, ¡por no habernos dado nunca hermanas! Andry, esta es la chica de la que te hablé, la que me ha hecho la vida imposible durante casi ocho años. Princesa Alasen de Kierst, mi hermano, Lord Andry.

Alasen se llevó una sorpresa. Recibió una elegante reverencia, una mirada directa y una pronunciación muy serena de su nombre y título con una voz que la hizo temblar a ella en vez de a él.

—Así que eres el menor de Volog —dijo Lord Chaynal—. ¡Qué suerte tener semejante tesoro en su castillo! Incluso te excuso de no haberle enseñado modales a este desventurado cachorro mío durante su estancia en Nueva Raetia.

Ella le devolvió la sonrisa con ojos brillantes y sus labios fruncidos en una línea triste.

—De verdad, mi señor, lo siento. Lo intentamos todo, pero fue en vano. —Sus ojos eran grises como los de Lord Ostvel, pero como la luz del sol sobre piedras lunares mientras que los del otro hombre eran como plata en las sombras.

—Quiere decir —dijo Sorin— que solía tirarme libros en la escuela. No intentes negarlo, Allie, sabes que lo hacías. Todavía tengo las cicatrices.

—Y la mente desorientada, si su puntería era lo suficientemente buena —bromeó Andry.

—Maleducado, insolente, rebelde… —gimió Lord Chaynal—. Ostvel, ¿qué hice yo para merecer semejante descendencia?

—Algo terrible, estoy seguro. Deberíamos alejarnos del sol, Chay. A la gente del Desierto no le importa, pero estoy seguro de que la Princesa Alasen preferiría estar a la sombra.

—¿Es tan terrible el calor en el Desierto como dicen? —preguntó.

Lord Chaynal sonrió, y una vez más pudo ver la madurez de un hijo en el rostro de un padre.

—Te quemaría cuarenta pecas en tu encantadora nariz antes de que pudieras respirar.

—Deja de coquetear o te delataré —amenazó Sorin, sonriendo.

—¿De verdad? —El Señor de Radzyn se irguió en toda su estatura; solo un palmo más que sus hijos, pero también pesaba más que ellos con una seda de músculos sólidos y los superaba en hombros por el ancho de una mano— Hago cumplidos a las chicas guapas como me place, muchacho, y el día que deje de...

—¡Es el día que Maarken heredará —intervino Andry con picardía—, porque habrás llevarás muerto al menos tres días!

Su señoría dejó escapar un suspiro de mártir.

—Alasen, querida, si alguna vez tienes hijos, tenlos solo uno a la vez. Ya son bastante malos solos, como pueden atestiguar Ostvel y Rohan. Gemelos, son más de lo que cualquier persona racional debería soportar. Si me disculpas, debería estar atendiendo mis inscripciones en las primeras carreras. Y si te animas a apostar, te recomiendo mi yegua negra en la quinta. —Hizo una reverencia, sonrió y se marchó.

Alasen estaba un poco asombrada por las bromas juguetonas entre padres e hijos, tan diferentes de la relación entre Volog y sus hermanos Latham y Volnaya. El escrupuloso respeto y la cortesía que se demostraban mutuamente eran todo lo contrario del abuso

cariñoso que acababa de oír. Pero le gustaban sus modales sencillos y sabía instintivamente que sus bromas eran directamente proporcionales al amor que se tenían.

También se sorprendió de sí misma por participar. Pero probablemente había heredado la habilidad de un padre indulgente y de las constantes bromas de Sorin. Los echaría de menos cuando se casara. El recuerdo del motivo por el que estaba en Waes le restaba algo de alegría al día. Deliberadamente, desvió sus pensamientos hacia otra parte mientras regresaba a las gradas.

Sorin, Riyan y Lord Ostvel tomaron la delantera, dejando a Alasen y Andry uno o dos pasos atrás. Caminaron en un silencio que le resultó embarazoso después de la charla anterior. Por fin, él habló.

—¿No tiene ningún acompañante hoy, mi señora?

—A veces me gusta escaparme —confesó—. Mi padre tiende a cuidarme como si fuera de cristal fironés.

—Cualquiera que te viera podría decir que lo eres —murmuró.

Alasen lo miró sorprendido. Estaba mirando a cualquier parte menos a ella. Había oído elogios desde la cuna, pero las palabras de Andry sonaban más a una admisión a regañadientes de un hecho ineludible y algo incómodo que a una tentación de ganarse su favor. De repente, parecía exactamente igual que Sorin en presencia de otras chicas guapas, con las mejillas rojas y los pasos un poco largos. Sonrió con indulgencia. Los chicos eran criaturas divertidas, pero ella ya era lo suficientemente mayor como para saber que prefería a los hombres adultos. Aun así, Andry era bastante dulce, y aunque sus rasgos eran diferentes a los de Sorin, era igual de atractivo. Con la exquisita princesa Tobin y el apuesto lord Chaynal como padres, ninguno de los hermanos podría haber resultado de aspecto desfavorable. Y Alasen aprobaba con entusiasmo a los jóvenes apuestos.

A Sioned y Tobin, sentados en las gradas reales, les pareció que había más jóvenes en el Rialla que nunca, la mayoría buscando esposas adecuadas, como se suponía que debía hacer Alasen. Las liberales normas del Alto Príncipe sobre quién podía asistir habían engrosado las filas del séquito de cada príncipe con jóvenes y doncellas de alta cuna, sus sirvientes y guardias de sus riquezas materiales. Para ellos, no eran necesarios guardias; Rohan responsabilizaba personalmente a cada príncipe de la seguridad de los jóvenes a su cargo, y nadie quería provocar una guerra por los ultrajes perpetrados contra o por aquellos cuyo inocente propósito aquí era casarse.

Los hijos e hijas que no heredaban las tierras de sus padres solían tener poco más que sus encantos para recomendarlos. Rohan y Sioned, queriendo equilibrar un poco la balanza matrimonial, habían considerado en una ocasión proporcionar a todos suficiente oro para comenzar una vida decente. Tobin había rechazado implacablemente esta idea diciendo que si de verdad querían publicitar el oro del dragón, ¿por qué no llevar a todos a un recorrido por las cuevas? Se encontraron maneras de dotar a los jóvenes, tanto a los más ricos como a los más pobres, de la misma manera, principalmente a través de las carreras. Anteriormente, solo los jinetes ganadores se llevaban premios, pero ahora quienes quedaban en segundo y tercer lugar recibían pequeñas bolsas de plata. Se decía que algunos jóvenes perdían a propósito para ganar dinero en efectivo en lugar de las gemas que acompañaban a la victoria; gemas que no podían permitirse engastar y que no alcanzaban su verdadero valor en el Rialla. Los herederos y los athr'im no necesitaban nada más que sus posiciones para atraer a las jóvenes. Había muchos hombres solteros presentes este año; Miyon de Cunaxa era el mayor premio, ya que era un príncipe que ya gobernaba. Sioned agradeció a la Diosa que Pol fuera demasiado joven para las locuras

coquetas que se desarrollaban a su alrededor en las gradas, y ella y Tobin se divertían entre carreras comentando emparejamientos que parecían cambiar a cada instante.

Halian de Prado del Señor y Kostas de Syr eran muy solicitados y, obviamente, lo disfrutaban enormemente. Patwin de Colinas Catha, viudo de Rabia, hija de Roelstra, era otra excelente opción, a juzgar por el grupo de mujeres que lo rodeaban; además de su riqueza y sus encantadores ojos marrones, poseía un magnífico castillo en la cima de una colina, legendario por sus jardines. Los jóvenes Kolya de Aguas de Kadar, Allun de Bajo Pynne y Yarin de Cuevas Nevadas fueron asediados.

—Apuesto la nevada del próximo invierno a que Isaura, la nieta de Clutha, se casa con Sabriam de Einar —le susurró Sioned a Tobin, señalando con la cabeza a la pareja que intentaba ocultar sus manos entrelazadas bajo la falda de la joven.

—Y yo cada grano de arena del Desierto a que Allun finalmente cede ante la hermana de Sabriam —respondió Tobin—. ¡Mira a Kiera, con esos grandes ojos clavados en el pobre chico! Sería una alianza interesante, debo decir.

—Hmmm. Me interesa más saber quién va tras Tilal. ¿Adónde se habrá metido? Y mira a Chale, con la mirada ceñuda por allá. ¡Está ahuyentando a cualquiera que se acerque siquiera a hablar con Gemma! ¿Cómo se supone que la chica la que le dé el próximo Príncipe de Ossetia si no la deja hablar con nadie?

—¿Quién anda con ellos? La rubia que parece que la han lavado hasta el desgaste y que parece colgada en un tendedero.

—Creo que es Danladi, otra de las hijas de Roelstra. Ya sabes, la que tuvo con Lady Aladra.

—¡Oh, Sioned, rápido! ¡Chiana ha acorralado a Miyon! ¡Y ahí está Halian, cerca de ellos, con aspecto de tormenta sobre el Veresch! ¡Eso sí que es interesante!

Comenzó la siguiente carrera, y se concentraron en animar a un semental de Radzyn que tenía caminos viables para la victoria. La mayoría de los caballos de Chay estaban montados por hijos menores con la esperanza de ganar premios. Chay era generoso, pero solo los jóvenes en quienes confiaba personalmente podían montar sus caballos. La aprobación del poderoso Señor de Radzyn fue suficiente para que muchas jóvenes observaran con avidez a quién honraba con un paseo en uno de sus caballos.

Tobin aplaudió con inmodestia.

—¡Ganamos otra vez! ¡Maravilloso! ¿Quién es, Sioned? No puedo ver tan lejos.

Rohan se sentó junto a su esposa y anunció:

—Nuestro Tilal. Me lo voy a pasar genial derramando un río de granates en sus manos. ¿Ya han decidido, damas, quién llevará el collar de bodas que hará con lo que acaba de ganar?

—¿Quién aplaude más fuerte? —replicó Sioned.

Muchos lo vitorearon al pasar en su vuelta de la victoria, pero algo que la desconcertó profundamente captó la atención de Sioned. Kostas, a pesar de sonreír y saludar con la mano a su hermano menor, apenas apartó la mirada de Gemma. Ella tenía la nariz hundida en un libro, ignorando a todos y a todo. Los ojos azules de la pálida y delicada Danladi estaban entrecerrados por la preocupación. Sioned se recostó en su asiento con el ceño fruncido.

Uno de los caballos de Lord Kolya fue el vencedor de la siguiente carrera. El joven bailó de orgullo y emoción al bajar a felicitar a su jinete, y de hecho la abrazó. El trío real rió y luego prestó mucha atención cuando anunciaron la siguiente carrera, pues Maarken cabalgaba.

—Diosa, ¡cuánto deseo de victoria! —dijo Tobin con una naturalidad que no engañó a nadie— No puedo permitirme desprenderme de ninguna de mis joyas hasta que por fin necesite un collar para su novia.

Rohan resopló e intercambió una sonrisa disimulada con Sioned. Poco después, Maarken alcanzado la victoria con plena facilidad. Tobin se olvidó de sí misma y se levantó de un salto, vitoreando a carcajadas a su hijo. Esta vez, Rohan y Sioned estallaron en carcajadas, y sus severas reprimendas no lograron callarlos.

Un vendedor de helados de fruta se acercó por el pasillo y Rohan le lanzó monedas suficientes para tres vasos. Tobin quitó el helado de manzana de las manos a su hermano.

—¡Yo quería ese! —se quejó—. Yo los pagué, debería tener la primera opción.

—Cállate y compórtate —le reprendió Tobin, entregándole el helado de baya de musgo que él le había dado—. Cualquiera pensaría que aún tienes doce años.

—Eres una hermana egoísta y antinatural —gruñó—. ¡Mira, ahí está Sorin! Cuando ella giró la cabeza, le arrebató la copa y la sustituyó por el helado de baya de musgo.

—¡Rohan! —Le dio un codazo en las costillas.

—En un momento volverán a la infancia y empezarán a jugar a los dragones —rió Sioned—. ¡El Alto Príncipe y la Dama de Radzyn, sin duda! Ahora, dime el nombre de esa belleza que monta Sorin. Parece uno de los hijos de Pashta.

—Sí. Ese es Joscenel, gemelo de Maycenel. Quien ahora pertenece a Andry. Les dimos a ambos un buen caballo cuando se convirtieron en escuderos. ¡Rohan, devuélveme ese helado!

Le ofreció la copa de manzana, aunque la misma estaba, adrede, fuera de su alcance.

—¿Un buen caballo? Ese parece músculo sólido cubierto de luz solar. Le doy tres largos y una cola.

—Pashta nunca tuvo una pareja mejor —dijo Tobin—. Ni hablar, hermanito. —Lamió el hielo que goteaba en su mano, haciéndole una mueca—. Esto es mejor que la manzana, de todos modos.

—¿De verdad? —Intentó cambiar de copa de nuevo, y rieron como niños.

Sioned, segura con su helado de cereza de nieve, perdió la sonrisa cuando otro caballo apareció a la vista.

—Rohan... mira quién monta el caballo de Kadar.

Miró a su alrededor. Toda la alegría se desvaneció y la luz abandonó sus ojos.

—¿Y bien? —instó Tobin— Soy víctima de la vejez y mi vista no es buena a esa distancia. ¿Quién es?

—Masul —respondió Rohan sin expresión alguna.

Pareció que todos lo vieron al mismo tiempo. El silencio descendió como una nube sobre la animada conversación en las gradas. Una última risita nerviosa se escuchó desde algún lugar, y entonces todo quedó en silencio. Masul montaba un magnífico semental castaño, cuya característica mancha blanca y mechones blancos como plumas en cada casco lo identificaban como un ejemplar de la raza de Agua Kadar. Sin embargo, el joven no vestía los colores de Lord Kolya, quien se quedó atónito al ver al impostor montado en uno de sus caballos. Masul vestía una camisa de seda del intenso color violeta de Marca del Príncipe.

Se había afeitado la barba, una estratagema que no pasaba desapercibida para nadie con dos dedos de frente. Las líneas limpias y elegantes de sus mejillas y mandíbula eran visibles ahora bajo los deslumbrantes ojos verdes. Mientras los caballos desfilaban frente a las gradas, Sioned sostuvo su mirada por un instante y vio la alegría pura en su sonrisa. La furia la invadió al ver que se atrevía a usar el color de Marca del Príncipe, seguida

rápidamente por una profunda gratitud de que Pandsala estuviera a salvo en su tienda. Rohan le había contado sobre el estado de ánimo y las acciones del regente el día anterior, y Sioned estaba segura de que si Pandsala hubiera estado allí, le habría arrancado la seda violeta de los hombros a Masul.

Lanzó una mirada rápida a su esposo, que parecía estar contemplando algún acto de caos similar. Los ojos negros de Tobin brillaban de rabia y sus mejillas estaban profundamente sonrojadas, pero la ira de Rohan era tan pálida y fría como si su rostro hubiera sido tallado en nieve.

Lyell fue el que dio la salida oficial. Jugueteó con el fleco de una gran bandera roja y amarilla mientras los caballos, danzantes e inquietos, se alineaban. La mirada de Sioned recorrió el recorrido de una vuelta y vio con horror que se trataba de la carrera a la bahía de Brochwell y de regreso. Los saltos estaban listos; se había quitado una sección de la barandilla donde los caballos se desviarían de la pista hacia los acantilados. Cualquier cosa podía pasar en ese recorrido desatendido. Ella lo sabía de sobra. Rohan había corrido la misma carrera veintiún años atrás para ganar sus esmeraldas, y casi había muerto en el camino.

Sorin palmeó el cuello lustroso y radiante de Joscenel, y una oreja con mechón blanco giró hacia atrás para escuchar lo que decía. Sioned miró a los demás caballos. Sorin era sin duda el caballo a batir. Dos jinetes montaban los caballos de Lord Kolya, luciendo su uniforme rojizo y blanco; otros dos lucían el rojo liso del príncipe Velden de Grib. Otro caballo de Chay se encontraba en la misma línea que Sorin. Ambos jóvenes vestían sus sedas rojas y blancas. El octavo caballo era de Lord Sabriam, distinguido por el naranja y amarillo de Einar, y el noveno pertenecía a Lord Patwin, el jinete que su hermano menor vestía con llamativas rayas rojas y azules. Estos se batirían por el tercer puesto, pues era obvio que la contienda por el primer puesto sería entre Sorin y Masul.

Tobin, recuperándose de su sorpresa inicial, era ahora la viva imagen de la serenidad para cualquiera que no la conociera. Sioned, que la conocía muy bien, notó un pulso delator latiendo en su garganta al inclinarse para colocar el hielo sin comer a sus pies. Sus pequeños y delicados dedos se entrelazaron entonces en el regazo de la princesa, con los nudillos blancos de tensión. Tobin no mostraría más que el orgullo justificable de una madre cuando su hijo cabalgaba hacia la victoria. Y Sorin debía ganar, se dijo Sioned, mirando el rostro helado e inexpresivo de Rohan. Debía.

Lyell arrió la bandera y los caballos se lanzaron hacia adelante como flechas de nueve arcos guerreros. Se levantaron terrones de tierra al pasar junto a las gradas y atravesar la abertura de la valla. La multitud jadeó, y luego volvió a reinar un extraño, inquietante y susurrante silencio.

Como había hecho años atrás, cuando Rohan competía con Pashta en la misma carrera, Sioned tejió rápidamente una fina trenza de luz solar y la envió tras los jinetes, agradeciendo a la Diosa que la luz le diera en el rostro y no tuviera que llamar la atención moviéndose. Mientras observaba a los nueve caballos separarse camino al bosque, tuvo la clara impresión de que alguien más también observaba a la luz del sol. Maarken, quizás, o Andry, ansioso por su hermano. Con cuidado de mantener su propio trenzado distintivo y separado, se deslizó hacia los acantilados, esperando a que los jinetes emergieran de entre los árboles.

Masul iba en cabeza, Sorin justo detrás, los demás a al menos dos cuerpos de distancia. Joscenel era una franja de oro pálido contra el oscuro suelo de grava. Sorin cabalgaba pegado al cuello de su caballo, en tan perfecta armonía con el semental que cada zancada parecía encontrar respuesta en la ondulación muscular bajo la camisa de

Sorin. Sioned nunca había visto a nadie cabalgar así, ni siquiera Chaynal, el mejor jinete que se recordaba. Chay montaba sus caballos con naturalidad; Sorin se fundía con su montura.

Masul se acercó a la pronunciada y peligrosa curva del acantilado, con rocas que salían volando bajo los cascos de plumas blancas de su caballo bayo. Tuvo que girar la cabeza del animal con crueldad para evitar caer al mar. Sorin calculó mejor el ángulo, frenando a Joscenel para facilitar el giro, y recuperó terreno mientras el indignado caballo de Masul flaqueaba, casi tropezando, antes de recuperar el paso.

Tras ellos, uno de los jinetes de Velden calculó mal y su aterrorizado caballo se detuvo en seco, derrapando hasta detenerse sobre sus ancas a un metro del borde del acantilado. Su jinete salió volando y desapareció entre las rocas escarpadas. El caballo, temblando por todas partes, se alejó cojeando.

Sioned no esperó a ver si el resto había sorteado la curva sin problemas. Corrió de vuelta a la luz del sol y vio a Rohan y Tobin mirándola fijamente, solo entonces comprendió que no había estado del todo con ellos.

—Un jinete se cayó por el precipicio —dijo—. Uno de Velden. Necesita ayuda, si es que sigue vivo.

Rohan asintió brevemente y los dejó, abriéndose paso a empujones hacia el sendero. Sioned sintió que Tobin se aferraba a su mano, pero no tuvo tiempo de tranquilizarla. Volvió a la luz del sol y aceleró por ella, con la esperanza de alcanzar a Sorin y Masul cuando emergieran de nuevo del bosque.

Pero los dos caballos eran incluso más rápidos de lo que había pensado. Ambos estaban bastante lejos de los árboles. El semental de Masul estaba cubierto de espuma, con las orejas planas y los dientes al descubierto; solo el agarre férreo de su jinete le impidió ceder a un instinto más profundo y volverse al ataque. La sangre manaba de los cuartos traseros del caballo bayo, donde el semental dorado evidentemente había asestado un mordisco feroz. Sioned se asombró de que los dos caballos de guerra aún obedecieran a sus jinetes.

Sorin estaba ahora aún más apretado contra el cuello de su caballo, con la camisa hecha pedazos por las ramas bajas del bosque. Sus manos enguantadas sujetaban las riendas casi por el freno. Durante tres zancadas, la pareja corrió codo con codo, y entonces Joscenel empezó a adelantarse.

De repente, un fuego floreció ante ellos a la derecha, justo en el camino de Sorin. Su caballo viró bruscamente, con los ojos blancos de terror. Joscenel se abalanzó sobre el caballo bayo de Masul y el enorme caballo tropezó. Recuperándose de una zancada, seguían corriendo tan juntos que las chispas que los cascos herrados golpeaban contra la piedra saltaron simultáneamente. Sioned vio destellar el extremo del látigo de Masul, y la espalda de Sorin se arqueó al sentir el acero clavándose en su hombro. Joscenel luchó por mantener el equilibrio mientras el joven se tambaleaba en la silla. Masul mantuvo a su semental castaño junto a Sorin, cabalgando hacia el borde del Fuego, obligando a Joscenel a lanzarse directamente a las llamas que le llegaban al pecho.

Sorin se enderezó e hizo una señal a su caballo. Los músculos se tensaron bajo la piel oscurecida por el sudor y Joscenel se elevó sobre el Fuego, aterrizando a una larga zancada más allá, con el vientre chamuscado y la manta blanca de su silla de montar ardiendo. Las llamas se desvanecieron, dejando una delgada línea ennegrecida en la tierra que fue rápidamente borrada por los cascos de otros seis caballos.

Sioned se estremeció violentamente al deslizarse hacia la luz del sol. Se puso de pie tambaleándose, su visión se aclaró justo a tiempo para ver a los dos sementales entrar a

toda velocidad en la pista hacia el primer salto. Masul usó el látigo contra su semental; el brillo de la púa plateada estaba manchado de sangre. El primer salto fue superado, y el segundo. Sorin le pisaba los talones en el tercero. Uno de los caballos del Señor Kolya se tambaleó tras el primer obstáculo, y su jinete, derribado, rodó rápidamente para apartarse. Nadie pareció notarlo.

Si los dedos de Tobin hubieran sido cuchillos, habrían rebanado el brazo de Sioned hasta el hueso. Alguien gritó en el silencio, con eco de otro grito desde las gradas de los plebeyos, y el sonido recorrió la multitud; no eran vítores de aliento, sino la liberación de una tensión insoportable. Sioned oyó un gemido sordo que surgía de la garganta de Tobin, sabiendo que el control de la princesa estaba a punto de desaparecer.

El semental castaño y el semental dorado superaron juntos el último salto. Las costillas y la boca del primero estaban cubiertas de espuma roja como la sangre; el látigo seguía clavándose en sus costados. Bajo su embestida, agotó lo que le quedaba de su gran corazón y cruzó la meta a medio paso de la cabeza. Tobin arrastró a Sioned entre la multitud hasta la barandilla, y Sioned finalmente logró ponerse delante de su pequeña cuñada para protegerla de la multitud que gritaba desenfrenadamente.

—¡Abran paso! —gritó— ¡Déjenme pasar! ¡Abran paso a la Alta Princesa!

—¡Sioned! —se escuchó un bramido familiar— ¡Por aquí!

Se abrió paso a empujones hasta Ostvel, agarrando la mano de Tobin. Él estaba junto a la barandilla, despejando un espacio para que pudieran pasar.

—Lleven a todos al potrero, rápido, o habrá problemas. Chay tiene cara de asesino.

—¿Puedes culparlo? —espetó Tobin antes de subir por la barandilla.

Rohan ya estaba en la pista, esperando a que Sorin galopara para calmar a su semental, demacrado y tembloroso. Agarró a su hermana por los hombros cuando ella habría corrido hacia su hijo.

—¡No! Te pisotearán. Tobin, quédate aquí.

—¡Bajaré a ese cabrón mentiroso del caballo y se lo daré de comer a los dragones! —siseó—. ¡Suéltame!

Rohan soportó sus forcejeos un momento, y luego espetó:

—¡Basta! ¿Quieres que todos te vean?

No era algo que le hubiera importado a Sioned, pero Tobin, nacida y criada en una posición principesca, había sido entrenada para presentar cierta cara al mundo exterior. Se quitó a su hermano de encima y se alisó el cabello.

—No hay necesidad de que me aflojes los huesos —dijo con acidez.

Interpretando esto correctamente como una señal de recuperación, Rohan asintió. Sorin cabalgaba más cerca, y Sioned temió por un momento que Tobin estallara de nuevo. Podía distinguir la diferencia entre las marcas dejadas por las ramas cortantes y el hombro desgarrado y ensangrentado causado por el azote de un látigo. Pero aunque la rabia ardía aún más en sus ojos de párpados largos, no dijo nada.

Sioned sintió que alguien le tiraba de la manga y miró a su alrededor. Alasen estaba a su lado, con el rostro ceniciento.

—¿Sorin está bien? —susurró la chica, y Sioned recordó que ambos habían crecido juntos en la corte de Volog.

—Estará bien, solo le quedará una cicatriz.

Sorin se acercó entonces, Joscenel ya se había tranquilizado. Le dedicó a Alasen una sonrisa forzada.

—No estoy herido, Allie. Sácame de aquí antes de que mate a ese cerdo. No respondo por lo que pueda hacer como se me acerque

—Tú y tu padre —dijo Rohan con suavidad, aunque sus ojos brillaban—. Pero no veo la necesidad de insultar a los cerdos, Sorin. Sin duda, son de mucha mejor raza que Masul. Llevemos tu caballo al potrero para que lo cuiden, ¿de acuerdo?

Tobin se volvió hacia él con una mirada de furiosa traición, sin desear otra cosa que confrontar a Masul por lo que había hecho. Pero ella obedeció la mirada de advertencia de Sioned y tomó la brida de Joscenel con una mano temblorosa

—Vámonos de aquí —murmuró, llevándolos hacia donde Ostvel había interceptado al lívido Chaynal.

Rohan miraba a Alasen.

—Con esos ojos verdes, no me cabe duda de quién eres. Princesa, ¿serías tan amable de quedarte aquí y vigilar a cierta gente por mí?

—Por supuesto, su excelencia —dijo, comprendiendo al instante lo que se le pedía—. Será un verdadero placer.

Sorin soltó una breve carcajada por encima del hombro.

—Ve a coquetear con Masul. Quedará tan deslumbrado que no verá que lo que realmente quieres es sacarle los ojos.

—Si decidiera ensuciarme las manos tocándolo, apuntaría mucho más abajo —replicó ella, y se dirigió hacia el grupo que rodeaba al vencedor.

Rohan parpadeó sobresaltado, luego sonrió y frunció el ceño cuando Chay finalmente eludió a Ostvel y apareció furioso.

—Aquí no —ordenó bruscamente antes de que Chay pudiera hacer más que abrir la boca—. Este caballo necesita atención.

Chay se puso rojo como un tomate y por un momento Sioned pensó que desafiaría a Rohan. Pero luego tragó saliva con fuerza, asintiendo.

—Tal como digas, mi príncipe. —Pasó los dedos suavemente por el vientre y las patas chamuscadas del semental, y luego sostuvo la mirada de su hijo—. Tendrás que explicarme esto. Confío en que puedas.

—Aquí no —repitió Rohan, y se dirigieron a los potreros.

En el camino se les unieron Pol, Maarken y Andry. Sioned observó los rostros de los hermanos, pero solo vio ira. Incapaz de convencerse de que había sido uno de ellos a quien había percibido en la luz del sol, atrajo a Maarken hacia ella con una mirada.

—¿Viste la carrera? —susurró— Como un faradhi, quiero decir. —Cuando él pareció sorprendido y negó con la cabeza, llamó a Andry y recibió la misma respuesta.

—¿Ver? —preguntó Maarken— ¿Qué viste?

—Primero quiero hablar con Sorin. —Ella se lo arrebató a su padre una vez que llegaron al potrero. Rohan distrajo a Chay preguntándole qué tratamiento le darían al caballo herido, y se llevaron a Joscenel. Sorin se sometió a la inspección de su madre sobre su lomo y hombro, haciendo una mueca de dolor al limpiarle los rasguños con agua fresca que le había traído un mozo de cuadra. Mientras Tobin trabajaba, Sioned miró a Ostvel. Él asintió y se llevó al reacio Pol para ayudar a Riyan a prepararse para la siguiente carrera.

—Sorin —dijo ella por fin—, cuéntame exactamente qué pasó desde tu punto de vista.

Estaba sentado en un cubo volcado mientras su madre le vendaba las heridas. Miró a Sioned pensativo, con los ojos azules entrecerrándose bajo la desordenada mata de cabello castaño. Después de un momento, asintió.

—*Mi* punto de vista significa que tú también tuviste uno. Debí haberlo adivinado. Fue un viaje limpio hasta que salimos del bosque de regreso. De repente, las llamas se alzaron frente a mí. Joscenel se sobresaltó y se estrelló contra el caballo de Masul. Fue entonces cuando me azotó con su látigo.

—Andry —dijo Tobin apretando los dientes—, haz una venda con lo que queda de la camisa de Sorin.

La seda roja y blanca se rasgó mientras Sorin continuaba:

—Masul rodeó el Fuego, pero tuve que saltar por encima. El muy cabrón me metió en él. Así fue como se quemó Joscenel. Luego seguí cabalgando... ¡y perdí, maldita sea!

—Podrías haber perdido la vida —dijo Maarken. Luego, intentando disimular su tristeza, añadió—: O tu buen aspecto, si te hubiera abierto la cara con ese látigo.

—Fuego —murmuró Andry, sujetando el vendaje improvisado al hombro de su gemelo mientras Tobin lo ataba—. ¿Fuego de Mensajero del Sol?

Sioned asintió.

—Por eso pregunté si tú o Maarken habían estado observando. Sentí que alguien más. Si no erais ninguno de los dos…

Tobin levantó la vista, con una voz peligrosamente suave.

—¿Quieres decir que un Faradhi, uno de los nuestros, es el responsable de esto?

Andry sostuvo la mirada de Sioned mientras respondía a su madre:

—No somos los únicos que podemos invocar el Fuego. Si no me necesitas, Madre, será mejor que vaya a contárselo a Andrade.

—Iré contigo —dijo Maarken—. Sorin, ni una palabra a nadie.

Asintió con tristeza.

—Pero será mejor que me lo expliques, Andry.

—Me alegra que sigas aquí para poder explicártelo —respondió su gemelo, y se fue con Maarken.

—¿Y qué es lo que debe ser explicado, y a mí, debo añadir? —exigió Tobin.

—Sea lo que sea —dijo Sorin al ponerse de pie—, no podemos hablar de eso ahora. Miren. —Señaló con la cabeza a los recién llegados a los potreros: Lyell, Kiele y Masul, este último guiando a su exhausto semental—. ¿Papá estará ocupado?

—Sí. Y me voy —dijo Tobin—. Sioned, ocúpate de ellos. No confío en mí misma. —Giró sobre sus talones y se marchó, un desaire deliberado a los que se acercaban.

—Sígue mi ejemplo —susurró Sioned, y Sorin frunció el ceño—. Lo digo en serio. Ya sabes que son peligrosos. Deja que yo me encargue de esto.

Kiele llegó primero, con una preocupación educada apenas disimulada tras su entusiasmo triunfante.

—Su excelencia, mi señor, ¡qué alivio encontrarlo ileso! ¿Cómo está su caballo?

—Recuperándose —observó Sioned—, como obviamente necesita. Lord Lyell, ¿no debería estar usted cuidando la comodidad de su caballo?

—¿Cómo supo que era mío? —preguntó Lyell, y luego añadió, apresurado— ...Su Excelencia.

—Sus colores bordean su manta de silla de montar, y este joven difícilmente puede tener el dinero para comprar semejante animal. —*Y tampoco sabe cómo tratar a su montura*, añadió con la mirada mientras señalaba la cabeza colgante del semental, con sangre en las costillas y la boca.

—Una carrera excelente, mi señor —le dijo Masul a Sorin con una sonrisa condescendiente.

Sorin asintió brevemente.

—Interesante, sin duda.

—Deberías seguir la sugerencia de la Alta Princesa y ocuparte del caballo —dijo Masul volteando a ver a Lyell—. Seguro que querrás ir con él, querida hermana.

La sonrisa de Kiele se tensó ligeramente; sus ojos insinuaban que más tarde le diría algo duro a Masul por darles órdenes como si fueran simples sirvientes. Pero aprovechó la oportunidad diciendo:

—Por supuesto. Nos vemos en el recinto real para las finales, Su Excelencia.

La comisura de los labios de Sioned se alzó en una sonrisa burlona cuando Kiele le dio a Masul el título que no merecía, pero no dijo nada mientras Kiele y Lyell se llevaban el caballo. Masul fue directo sobre su ataque, como ella esperaba; al menos, su falta de sutileza lo delataba como hijo de otra persona, no de Roelstra.

—Pensé que le gustaría saber, Lord Sorin —dijo—, que no tengo intención de presentar una queja por lo ocurrido en el hipódromo.

Sioned esperaba algo así. Sorin no. Unas cejas gruesas y oscuras se fruncieron.

—¿Una queja? ¿Contra mí?

Masul se encogió de hombros.

—Tu reputación como jinete sugería que podías controlar a tu montura. Tendré moretones durante días después de que me golpearan así, y es un milagro que no nos tiraran a los dos. Si hubiera ocurrido en la pista, donde los jueces lo hubieran visto, no habría tenido más remedio que presentar una protesta formal. Pero como nadie más lo vio...

Sioned sabía lo cerca que estaba Masul de perder varios dientes por el temperamento que Sorin había heredado de sus volátiles padres.

—Estoy segura de que Lord Sorin es igualmente generoso, aunque diría que llevará la cicatriz en el hombro mucho después de que se te hayan curado los moretones. Pero me alegra ver que ustedes, jóvenes, están de acuerdo. No queremos que surjan problemas durante la carrera, ¿verdad? Estas cosas tienden a encenderse como el Fuego de un Mensajero del Sol.

Masul no pudo ocultar su reacción. Sus ojos verdes, casi del mismo color que los de Roelstra, miraban con fijeza, se entrecerraron y un músculo de su mejilla se tensó. Su voz salió de una garganta apretada.

—No tengo experiencia con asuntos de faradhi. Sin ánimo de ofenderla, Alta Princesa, pero tampoco deseo aprender sobre ellos.

—No me ofende ni me sorprende. El fuego, de cualquier tipo, es peligroso, ¿no te parece? A menudo uno se quema los dedos. —Le dedicó una sonrisa gélida—. Tienes mi permiso para retirarte.

Masul se quedó paralizado un instante, luego inclinó la cabeza un insultante momento, un desgarro para su honor, y se marchó. Sorin escupió en la tierra donde había estado.

—Exactamente lo que pienso —murmuró Sioned—. Pero captó la indirecta, que es lo que yo quería.

—¿Qué indirecta? —exclamó Sorin— ¡Ese hijo de puta tuvo las agallas de acusarme de haberlo atropellado a propósito!

—Y no mencionó el verdadero origen del incidente —señaló Sioned—. Sorin, solo quiero contarte esto una vez. Esta noche, después de la entrega de premios, nos reuniremos todos en el pabellón de Andrade y hablaremos de esto. Pero por ahora, no digas nada. Y sonríe, que vienen unas chicas guapas a consolarte.

—Lo único que podría consolarme sería deshacerle la cara a patadas a Masul —murmuró—. Su rostro me complace muy poco.

—Parece que me favoreces —le dijo—. Quédate tranquilo hasta esta noche, Sorin, y si no terminas esta tarde con al menos cinco de esas chicas enamoradas de ti, entonces no eres el hijo de tu padre. —Le guiñó un ojo.

Soltó una breve carcajada a pesar suyo y volvió su atención hacia las señoritas, al principio de mala gana, luego con más entusiasmo al darse cuenta de que ser un apuesto joven señor con un hombro románticamente herido podía ser una experiencia muy entretenida.

Capítulo Veinte

El pabellón blanco de Andrade se llenó lentamente a intervalos irregulares esa medianoche. Los Mensajeros del Sol de guardia informal llevaban finos guantes de cuero para protegerse del frescor otoñal del aire, ocultando con precisión que no todos eran Mensajeros del Sol; capas en diversos tonos de azul, marrón y negro ocultaban cualquier indicio de que estuviera al servicio de Rohan, Chay o Pandsala. Una inspección minuciosa de algunas otras tiendas podría haber dado una buena idea de quién se reunió en secreto con la Señora de la Fortaleza de la Diosa esa noche. Pero dos cosas contaban en contra de la presencia de miradas indiscretas: la extrema tardanza y el suntuoso banquete que había terminado hacía poco. A nadie le importaba nada más importante que acostarse y evitar los dolores de cabeza que sin duda le aguardarían por la mañana. Ostvel había dado instrucciones estrictas de que los invitados del Alto Príncipe nunca permanecieran sentados más de un instante con las copas de vino vacías.

Rohan llegó primero con Pol y Pandsala. Los tres seguían furiosos por la forma en que Masul había recogido las joyas que había ganado en la carrera: las amatistas de la misma Marca del Príncipe, la razón por la que había elegido participar en esa carrera, por supuesto. Su reverencia a Rohan había sido apenas respetuosa, su sonrisa abiertamente burlona. Aunque relegado a una mesa inferior con Kiele y Lyell, prácticamente había dominado la corte tanto antes como después de la comida. Tan grande era la furia de Pandsala que no había probado bocado. Rohan había disimulado mejor su ira, y Pol había seguido el ejemplo de su padre en lugar del de su regente. Sioned había sido la única que perturbó el triunfo de Masul, por razones que ninguno de ellos comprendía; se le vio retroceder sobresaltado cuando, al anochecer, ella se levantó de su silla para indicar que encendieran las velas y las antorchas. Su sonrisa en su dirección había sido completamente tóxica.

En el pabellón de Andrade, las sillas estaban dispuestas alrededor de un pequeño brasero donde las ascuas incandescentes protegían del frío aire de medianoche. Urival se sentó junto a Andrade a un lado del círculo, Pol entre su padre y Pandsala enfrente. Nadie habló. Tobin y Chay llegaron con sus tres hijos poco después; Ostvel y Riyan se unieron al grupo poco después. Por fin, Sioned entró con Alasen de Kierst. La joven tenía las manos fuertemente entrelazadas y no levantó la vista mientras la presentaban formalmente. Andrade miró a Sioned con una mirada interrogativa y se tocó los anillos. Sioned asintió en señal de confirmación. La Señora de la Fortaleza de la Diosa dirigió una mirada especulativa a la joven princesa, quien se sentó junto a Sioned y Andry.

—Hollis debería estar aquí —comentó Sioned, encontrando su mirada con Maarken.

El joven se sonrojó. Al encontrarse con la mirada perpleja de sus padres, respiró hondo.

—Debería habértelo dicho antes. Espero convertirla en miembro oficial de la familia en unos días.

Tobin se recostó en su silla, atónita. Chay se quedó boquiabierto. Sioned le susurró a Andry que fuera a buscar a Hollis y luego dijo:

—Lo siento, Maarken, pero no sabía cómo incluirla sin que les pareciera extraño a quienes no la conocían.

—Sioned, mi amor —murmuró Rohan—, eres tan sutil como un dragón que detecta una manada desprevenida.

Maarken seguía observando a sus padres.

—No encontraba el momento adecuado para decírtelo. Sé que aún no has tenido la oportunidad de conocerla, pero espero que lo apruebes.

Tobin le sonrió a su hija mayor.

—Estaba dispuesto a amar a quien tú eligieras, cariño, y lo has hecho maravillosamente fácil. ¡Aunque nunca perdonaré a Sioned por saberlo primero!

—No fui yo quien se lo dijo —explicó él, sonriendo—. Apostamos a que lo adivinaría, y así fue.

Chay rodeó a Sorin con el brazo para agarrar a Maarken.

—Si es tan inteligente como hermosa, eres un hombre afortunado. Además, una Mensajera del Sol... ¿cuántos anillos tiene?

—Seis, como yo.

—Tu abuelo Zehava siempre decía que quería descendientes guapos —bromeó Rohan—. Creo que su ambición está a salvo en la siguiente generación.

Andrade permaneció sentada en silencio, sonriendo, mientras los demás se sumaban a sus felicitaciones.

—Esta vez no tuve nada que ver, Sioned —dijo finalmente—. De hecho, lo lograron a pesar mío. Algún día tendrás que conseguir que te cuenten cómo sucedió.

—¡Mi Señora! —protestó Maarken automáticamente, rojo hasta los lóbulos de las orejas.

—¡Si no lo haces, se lo contaré yo misma! —amenazó con una sonrisa y un guiño, sobresaltando a quienes en el grupo solo conocían su humor más cáustico, o quienes no lo conocían en absoluto.

Andry regresó a la tienda solo y desconcertado.

—Maarken, le dije que viniera aquí, y por qué, y ella dijo...

—Algo modesto, supongo —comentó Andrade, pero su mirada se había agudizado.

Andry negó con la cabeza.

—Dijo que no podía unirse a nosotros en conciencia porque... porque sería bajo falsas pretensiones.

Maarken jadeó como si alguien le hubiera dado un golpe en el estómago. Empujó su silla hacia atrás y salió de la tienda, dejando un silencio de asombro tras él.

Rohan tuvo que aclararse la garganta dos veces antes de poder hablar con calma.

—Andry, ¿por qué diría algo así?

—No lo sé. Quizás solo esté cansada. No se ha encontrado muy bien casi todo el verano. Y probablemente a mí también me asustaría que me citaran a una conferencia como esta. Después de todo, ninguno de nosotros es exactamente un don nadie.

—Conciso, aunque poco elegante —dijo Andrade—. Alasen, confío en que no te intimidemos demasiado. Bien. Andry, siéntate. No hay nada que podamos hacer que Maarken no pueda hacer por sí mismo, así que mejor sigamos con esto. Sioned, supongo que eres tú quien tiene las explicaciones. Será mejor que empieces antes de que la curiosidad nos mate.

—Sí, mi Señora. —Sioned echó un vistazo al círculo una vez y luego comenzó—: Alguien invocó Fuego en la pista hoy, amenazando con dañar a Sorin, pero no a Masul. Después, Masul se acercó a Sorin e intercambiaron unas palabras...

—Como ambos están vivos e intactos —interrumpió Andrade—, puedo suponer que las palabras fueron al menos un poco educadas.

—Puedes. Pero cuando insinué el Fuego de Mensajero del Sol, Masul reaccionó de forma muy extraña. Él sabe tan bien como Sorin y yo lo que pasó. Solo que yo le hice creer que fue uno de nosotros quien lo hizo.

Sorin soltó una maldición ahogada.

—¡Querías que pensara que las llamas estaban destinadas a él, no a mí!

—Pensé que lo haría sudar un poco si le metía miedo. Cualquier cosa que lo desequilibre juega a nuestro favor.

—Bien pensado —dijo Rohan—. Pero el problema es que sabemos que el Fuego estaba destinado a Sorin.

—Se levantó justo delante de mí —confirmó el joven—. Fue fácil para Masul evitarlo.

Chay se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas.

—¿Tenemos otro Mensajero del Sol renegado, entonces, como el que Roelstra corrompió?

—Lo dudo mucho —respondió Urival en voz baja—. Por razones que explicaré en breves. Sioned, ¿admitió haber visto el Fuego?

—No en voz alta.

—Entonces hay tres alternativas. Primero, no lo esperaba, pero ahora cree que alguien quiere ayudarlo y no quiere ponerlo en peligro admitiendo que vio el Fuego. Segundo, lo sabía de antemano y está seguro de que era para Sorin, y no quiere admitir que alguien con dones faradhi trabaja para él. La tercera alternativa la sugiere su reacción a tu mención del Fuego, Sioned. Puede que crea que un Mensajero del Sol hizo esto, y hará algo aún más letal si se queja. ¿Crees que de verdad nos tiene miedo?

Sioned frunció el ceño y asintió lentamente.

—Al menos, desconfía muchísimo de lo que cree que somos capaces de hacer. Sorin, ¿te pareció asustado?

—Parecía que les tenía más resentimiento a los faradh'im que miedo, aunque lo pusiste muy nervioso esta noche al encender las velas. —Sonrió de repente—. Creo que Masul está empezando a darse cuenta de que Pol está rodeado de Mensajeros del Sol.

—Sea cual sea la alternativa de Urival —añadió Chay—, estará preocupado por nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó Tobin, sorprendida— ¿Sabes que es la primera vez que te incluyes entre los Mensajeros del Sol?

—Tengo esposa, dos hijos, una cuñada y un sobrino que son faradh'im —se encogió de hombros—. Mi hijo mayor está a punto de casarse con uno. Estamos aquí con la Señora de la Fortaleza de la Diosa, todo el lugar está plagado de Mensajeros, ¿y aún así hallas objeciones a que diga *nosotros*?

—Es bueno saber que el Señor de Radzyn por fin nos acepta —dijo Andrade con sequedad—. La pregunta es, ¿cómo podemos sacar ventaja de la situación?

—Si asumimos que Masul estaba tan sorprendido como Sorin y no sabe que alguien lo ayuda, entonces podría ser posible… —dijo Rohan, pensativo.

—¿El qué, padre? —preguntó Pol.

—Alentar esa creencia y ofrecerle una fuente de ayuda algo asombrosa. —Se volvió hacia Pandsala—. ¿Podrías contener tu odio lo suficiente como para convencerlo?

Dudó un momento y luego negó con la cabeza.

—He sido demasiado vehemente. Si esto hubiera ocurrido hace varios días, después de mi conversación con Kiele, podría ser; ella y yo coincidimos en que la humillación de Chiana, por cualquier medio, sería de lo más satisfactoria. Pero después del encuentro de ayer con Masul… —Levantó las manos y las dejó caer sobre su regazo—. Lo siento, porque la idea es excelente. Pero una conversión repentina a su causa sería sospechosa. Si hubiera otras hermanas con los dones, sería posible. Pero no puedo ni pensar en su nombre sin querer escupir.

—No eres la única —murmuró Tobin—. Sorin, ¿cómo está tu hombro?

—Sanando, madre. No te preocupes.
—Bueno, descartamos la idea. —Rohan estiró las piernas y se miró las botas—. Podemos descartar, también, la suposición de que el Fuego estaba destinado a Masul, porque sabemos que no es cierto. Tenemos que trabajar con lo que creemos que es cierto, que es o bien que no lo sabía y agradece la ayuda, o bien que lo sabe muy bien. —Hizo una pausa y luego alzó lentamente la mirada hacia Urival—. Me interesaría escuchar sus razones, mi señor, para pensar que no hay ningún Mensajero del Sol corrompido por causas distintas a las nuestras.
Los ojos castaño dorado de Urival se oscurecieron; los ángulos de su rostro parecían piedra toscamente labrada. Miró a su alrededor como Sioned, pero sin captar su atención. Juzgó cada rostro por turno, desde el conocimiento previo de algunos hasta la franca perplejidad de otros. Por fin habló, tras haber satisfecho algunos criterios internos de cada persona presente.
—No sospecho de ninguno de los faradh'im. Los entrené a todos; los conozco. La persona que sospecho es desconocida y se aferra a las antiguas formas de hechicería, a las que los Mensajeros del Sol dejaron que Dorval se opusiera. Es impactante, pero no realmente sorprendente, saber que algunos de los descendientes de esos hechiceros aún existen.
—Pero trabajan con la luz estelar, no la del sol —protestó Andry—. ¡Lo que pasó hoy ocurrió a plena luz del día!
La mirada de Ostvel estaba fija en el brasero brillante; sus ojos grises brillaban casi como rubíes por las brasas.
—Mi difunta esposa era de las montañas fironesas, como su tez oscura dejaba claro. Las leyendas de hechiceros eran más que leyendas donde ella creció. Había dos tipos de dones: uno que vemos en los faradh'im y otro muy similar, pero con un énfasis diferente. Podían usar la luz del sol si así lo deseaban, pero preferían las estrellas, creyendo que su poder era más potente y que las noches sin luna eran el mejor momento para trabajar. Camigwen siempre pensó que la razón por la que a los Mensajeros del Sol se les prohibía la luz de las estrellas era porque estos otros la habían usado. Los antiguos faradh'im no querían que los confundieran con sus enemigos.
—Me contó algunas historias cuando éramos muy jóvenes —murmuró Sioned—. Nunca las creí.
Los dedos de Andrade marcaban un ritmo lento en el brazo de su silla; sus anillos enjoyados reflejaban la luz en un arcoíris de colores.
—La prohibición del uso de las estrellas es tan firme como la del uso de los dones para matar.
—Sin embargo, no puede ser intrínsecamente malo tejer luz de las estrellas —La mirada de Ostvel se alzó hacia Sioned, al otro lado del círculo—. Sioned lo hizo la noche en que Rohan luchó contra Roelstra en combate singular. Otros se vieron envueltos en ello: la princesa Tobin, la regente, Urival, la propia Lady Andrade. Nadie podría sospechar que alguno de ustedes fuera hechicero. Así que debió estar prohibido simplemente porque los antiguos lo hacían. ¿Qué podría haber de malo en la luz de las estrellas, excepto en la forma en que uno la usa? —Hizo una pausa y luego se inclinó ante Andrade—. Perdóname por presumir de interpretar asuntos faradhi, mi Señora.
—¿Presumir? —resopló—. Eres tan de los nuestros como si llevaras los anillos.
—Gracias. Entonces diré además que, dado que los Mensajeros del Sol pueden usar la luz de las estrellas, como demostró Sioned, Andry se equivoca al suponer que es el único tipo de luz con el que trabajan estos hechiceros. Puede que la prefieran, pero... —Se

encogió de hombros—. Todo esto lleva a una conclusión que no creo que les guste. No hay razón para suponer que esta gente no pueda invocar el Fuego ni usar la luz del sol o la luna. Por lo tanto, no hay razón para suponer que no puedan convertirse en faradh'im.

La espalda de Urival se convirtió en una espada; recta y fría.

—¿Me estás diciendo que podría haber entrenado a los descendientes de nuestros enemigos?

—Sin duda has entrenado a gente, mi señor, que desconoce el verdadero origen de sus dones. El poder es el mismo. Los usos, no. —Se giró hacia Andrade—. ¿Hay alguna forma de distinguirlos?

Andry fue quien respondió.

—Aún no he traducido todos los pergaminos, mi señor. Puede que haya pistas dentro...

—¿Pergaminos? —Alasen se sonrojó al instante y se encogió en su silla, sobresaltada por su pregunta— Perdón, lo siento…

—No, soy yo quien debería disculparse —Andry sonrió amablemente—. Olvidé que no todos aquí los conocen. Son historias, principalmente, de cómo los antiguos Mensajeros de Sol dejaron Dorval para oponerse a los hechiceros del continente. —Se volvió hacia Ostvel—. ¿Dijo Lady Camigwen alguna vez algo sobre el antiguo idioma?

—No que yo recuerde. Los dialectos varían mucho en las montañas remotas, ¿sabe?

El joven faradhi se inclinó hacia adelante con entusiasmo.

—¡Ahí es donde dicen los pergaminos que huyeron los hechiceros tras ser derrotados!

—¿Y entonces toda persona con dones que viene de las montañas probablemente sea de la Antigua Sangre? ¡Bah! —Urival alzó las manos— Que sepas que mi abuelo nació en la fuente del río Uss en las tierras altas, y sus padres antes que él, hasta donde se sabe. ¿Eso me convierte en hechicero?

—No, mi señor —dijo Ostvel con calma—. Pero podría convertirte en parte de los restos de su sangre.

—Mi madre era de un lugar llamado, simplemente, La Montaña —comentó Pandsala.

Los ojos de Sioned se encontraron con los de Rohan por un instante antes de decir:

—Todo esto son especulaciones, Ostvel. Interesante, lo admito, pero ¿qué tiene que ver con nuestras circunstancias actuales?

—Creo que tiene mucho que ver con ellos, Sioned —intervino Tobin, al comprender la mirada que intercambiaron—. La madre de Pandsala era la abuela de Pol; si ella había sido de la Antigua Sangre, él también lo era. Si todo esto es cierto, podría haber descendientes de hechiceros que no estén dispuestos a ser comandados por sus antiguos enemigos. Y nunca sabríamos quiénes eran, porque sus habilidades serían exactamente las mismas que las nuestras.

Riyan se había estado mordiendo el labio todo el tiempo. Por fin, exclamó:

—Padre, ¿es eso lo que mi madre era? ¿Es eso lo que soy yo?

—Tú y ella son la prueba de la naturaleza de los dones —dijo Ostvel con firmeza—. Rohan, posees el mismo poder que Roelstra. ¿Es el poder el que produce el mal, o el hombre?

—Sabemos la respuesta —espetó Andrade—. Sin ánimo de ofenderte, Pandsala, pero Roelstra habría sido un tirano en un lodazal.

—Mis sentimientos por mi padre son prácticamente comparables a los tuyos, mi Señora —le recordó la regente—. Creo que la comparación de Lord Ostvel es válida. Ciertamente preferiría que así fuera, si mi madre fuera de la Antigua Sangre. Pero puede que haya una manera de distinguirlos. No hay rastro de Mensajeros de Sol en el linaje de Roelstra. Sin embargo, yo me he convertido en una. Tú misma teorizaste, mi Señora, que los dones

deben provenir de mi madre. Y soy diferente a otros faradh'im. Puedo cruzar el agua sin dificultad.

Sioned se asombró por la valentía de Pandsala al señalar eso. Equivalía a admitir que provenía de una línea de hechiceros.

—Entonces —se oyó decir—, ¿solo tenemos que hacer esa prueba?

—Quizás —dijo Pandsala en voz baja—. Podría ser útil. Pero si Lord Riyan también es de la Antigua Sangre y tiene los problemas habituales para cruzar el agua, la prueba podría no ser válida.

—Me enfermo —le dijo el joven—, pero no mucho. ¿Eso significa algo?

—¿Quién sabe? —Urival se encogió de hombros— Pero esto no lleva a ninguna parte —añadió a modo de advertencia—. ¡Solo nos falta algún fanático que exija una prueba de sangre faradhi pura! Y no importaría, de todos modos, porque quien sea lo suficientemente inteligente como para haber aprendido las artes de los Mensajeros del Sol sería lo suficientemente listo como para fingir la reacción habitual. Así que eso nos deja en nada.

Andry se aclaró la garganta.

—Todo conocimiento ayuda, mi señor —dijo en voz baja.

Riyan seguía con aspecto preocupado, pero no, pensó Sioned, por su posible ascendencia.

—¿Qué ocurre, Riyan? —la animó.

—Mi señora... creo que es probable que esta persona esté entre nosotros, alguien de quien ni siquiera sospecharíamos. Si entregaron a una de las suyas para ser la esposa de Roelstra, ¿no es posible que quisieran que un hijo nacido del matrimonio se convirtiera en Alto Príncipe? Así podrían salir de su escondite y desafiar abiertamente a los faradh'im.

Sioned intentó no hacerlo, pero no pudo evitar mirar a Andrade, quien había deseado príncipes faradhi nacidos de ella y Rohan. *¿Somos tan diferentes de ellos después de todo?*, preguntaron sus ojos a Andrade, quien apartó la mirada.

—Y si esto falla —intervino Urival—, Masul es una oportunidad para romper el poder del actual Alto Príncipe, que está tan estrechamente vinculado a nosotros. —Bajó la vista hacia sus nueve anillos—. Me pregunto si Roelstra lo supo alguna vez.

Rohan se removió ligeramente en su silla antes de dedicarle una mirada interrogativa a Alasen.

—Ibas a contarnos lo que observaste esta tarde, mi señora.

—Sí, Su Excelencia —dijo ella con prontitud—. Tras la carrera, Kiele, Lyell, el príncipe Miyon, el príncipe Cabar y su esposa, Kenza, acompañaron a Masul. El príncipe Velden se unió a él poco después, al igual que Lord Patwin, quien lo llamó *hermano* en nombre de su difunta esposa, Lady Rabia. El príncipe Saumer observaba desde cerca, con cara de haberse bebido un barril de vino malo. El heredero del príncipe Clutha, Halian, estaba igual de descontento, pero miraba fijamente a Chiana. —Alasen esbozó una leve sonrisa—. Se aferraba a Miyon y no se dio cuenta hasta demasiado tarde de adónde iba. Masul le dedicó una sonrisa de lo más desagradable y dijo que estaría encantado de compartir el premio con ella, ya que deseaba ser conocido como un príncipe que cuidaba la dote de su pueblo. Pensé que le arrancaría la garganta.

—Me lo imagino —dijo Ostvel secamente—. La dama está en una situación bastante incómoda. Aunque debo decir que lo estoy disfrutando.

—Kiele también —señaló Sioned—. Y eso me preocupa.

Rohan se puso de pie y empezó a pasearse como si ya no pudiera quedarse quieto.

—¿Qué tenemos entonces? Patwin siguiendo a su señor Velden acercándose al impostor. Saumer saltando en cualquier dirección. Halian podría influir en su padre, si es

que desea a Chiana con todas sus fuerzas; Clutha no casaría a su hijo con la hija de una sirvienta. Pero no voy a contar con ello. Gracias por tu trabajo, Princesa Alasen. Has sido de gran ayuda.

—Pero aún tenemos el asunto de este desconocido que está ayudando a Masul. Fue criado en Veresch, así que podría saberlo todo y hacerse el ignorante para proteger la fuente de su ayuda. Tenemos pruebas de que existen hechiceros. El ataque a Meath mientras llevaba los pergaminos a la Fortaleza de la Diosa, los propios pergaminos y otros incidentes. Pero no tenemos ni idea de quiénes son estas personas ni dónde están. En definitiva, es encantador, ¿verdad?

Rohan se frotó la nuca y suspiró.

—Andrade, necesito hablar de algo contigo en privado. Les agradezco a todos por haberme recibido. Pueden irse a sus camas y empezar a vigilar a cualquiera que pueda ser nuestro culpable.

Maarken se quedó fuera de la tienda de Hollis, indeciso por una de las pocas veces en su vida. Un viento fresco convertía su camisa de seda en una capa de hielo, pero su temblor provenía de mucho más profundo. Mientras permanecía allí temblando, gradualmente se dio cuenta de que ninguna espera calmaría el caos de sus sentimientos. Solo Hollis podía lograrlo explicándose.

Había una sola lámpara encendida dentro, convirtiendo la tienda en un gran farol blanco. Podía ver su sombra en la pared de tela: hombros encorvados, cabeza gacha, caminando de un lado a otro como un animal enjaulado. Apartó la solapa de la tienda y entró.

—Hollis… —Su nombre se le atascó en la garganta cuando ella se giró para mirarlo—. Hollis —repitió con voz ronca—. Dime por qué. Dime qué ha cambiado.

El terror y las lágrimas llenaron sus ojos. Negó con la cabeza, con su larga y brillante cabellera suelta sobre la espalda.

—Se lo dije a mis padres esta noche —continuó Maarken—. Te esperan para darte la bienvenida. Cuando Andry me contó lo que habías dicho...

—Te he avergonzado —susurró—. Maarken, lo siento, nunca quise...

—¿Entonces qué quisiste decir? ¡No me has hablado, no has intentado verme, ni siquiera me has mirado! ¡Ni siquiera ahora, que me tienes frente a ti! —Oyó su voz endurecerse por la emoción y a ella estremecerse a causa de la vehemencia— ¡Hollis, mírame!

Ella lo encaró, con los ojos encendidos de furia.

—Tienes otros que te miran... ¡Oí lo que dijo el Príncipe Pol sobre Lady Chiana en tu tienda! ¡Ve a deleitarte con ella!

—¿Chiana? ¡Oh, Diosa! Vino sin ser invitada ni deseada, Hollis... ¡No puedes estar celosa de ella!

—Sin duda, con su linaje real que tanto te esfuerzas por mantener, ¡es más adecuada para tu realeza que yo!

Dio los tres pasos que los separaban con rotundo aplomo y la sujetó por los hombros.

—Vas a hablarme. ¿Entiendes? Dime por qué, Hollis. ¡Ahora!

—¡Suéltame! Maldita seas, Maarken, si no me quitas las manos de encima...

La detuvo tomándole la boca. Ella forcejeó frenéticamente en sus brazos como un ser salvaje y asustado. Entonces, con un gemido sordo y sollozante, se aferró a él y sus labios se separaron para sus besos. La rabia se derritió en él, junto con el terrible hielo en su

corazón. Maarken la levantó y la llevó a un catre en un rincón. Sus manos forcejearon con su ropa y él rió entre dientes contra su boca, divertido por su torpeza y prisa.

—¿Será esta la mujer que vino a mí disfrazada de Diosa para convertirme en un hombre? —susurró burlonamente— ¿Has olvidado todo lo que has aprendido, mi torpe Mensajera?

—Haz algo con esa boca aparte de hablar —ordenó, transformándose en la Hollis que él conocía tan bien.

Él volvió a reír y obedeció.

Fue el cambio en las sombras lo que lo puso alerta, una imagen borrosa en la pared de la tienda mientras se incorporaba para quitarse la camisa. Giró la cabeza y vio una vela sostenida en la mano temblorosa del chico de cabello negro. Una vocecita irónica le dijo que debería estar acostumbrándose a tener momentos privados con mujeres hermosas interrumpidos por niños.

—Yo... perdóname, lo siento, no sabía que no estabas sola, mi señora… —El joven sostenía una taza humeante de taze en la otra mano, y la violencia de su temblor lo ponía en peligro de derramar el líquido caliente—. Solo pensé que te gustaría un poco más... no sabía...

Hollis se incorporó y se vistió.

—Gracias, Sejast —dijo con admirable calma—. Fue muy considerado de tu parte.

—Déjalo y vete —añadió Maarken, y el chico casi dejó caer la taza y la vela en su prisa por obedecer. —Lo siento, mi señor, mi señora...

—Perdonado —dijo Hollis amablemente, y tragó saliva. Pero cuando Maarken la rodeó con un brazo, algo brilló en los ojos del chico, algo más viejo que él. Algo peligroso. —No pasa nada, Sejast —dijo ella, y él huyó.

Maarken la sintió alejarse, la vio abrocharse el corpiño con una determinación que le encogió el corazón. El ánimo se había roto y había pocas esperanzas de recuperarlo. Sintió un intenso deseo de estrangular a ese niño estúpido, pero en lugar de eso se levantó de la cuna y le trajo la taza a Hollis.

Ella dio un sorbo y lo miró a los ojos por encima del borde.

—Hace una infusión especial y me la trae todas las noches a esta hora. Estaba terminando la primera taza cuando llegaste. Me ayuda cuando estoy cansada.

—Supongo que debería estarle agradecido por sus cuidados. Andry dice que se ha convertido en tu sombra. Pero debo decir que admiro su buen gusto más que su sentido del tiempo.

—Solo es un chico dulce que cree estar enamorado de mí. El cariño no abunda tanto en esta vida como para que cualquiera de nosotros pueda permitirse rechazarlo cuando se le ofrece, sea cual sea su origen. Además, no quiero hacerle daño, Maarken. Ya se le pasará.

—Será mejor que se dé prisa.

—Oh, deja de hacer el tonto. —Le dio la taza como gesto de paz.

Él dio un largo trago que le quemó la lengua, luego otro, y se la devolvió.

—Debería volver con Andrade. A menos que quieras que me quede. —*Por favor, dime que quieres que me quede*, le dijo con la mirada.

Pero ella miraba fijamente la taza vacía.

—No, tienes razón. Deberías volver. —Hizo una pausa, respirando hondo—. No quise molestarte. Es solo que… no conozco a ninguno de ellos y ellos no me conocen a mí. Hay tanto poder en tu familia, tantos tipos de poder. ¿Puedes entender que me cuesta imaginarme formando parte de ellos?

—Solo necesitan la oportunidad de conocerte y te querrán como yo.

—Por favor, no me presiones —susurró ella con impotencia, sin mirarlo todavía.
Él quiso tomar su rostro entre sus manos y obligarla a verlo.
—Muy bien. Pero nos pertenecemos el uno al otro, Hollis. Nos elegimos el uno al otro. —Le dio un beso en la coronilla y la dejó.
No regresó al pabellón blanco. Bajó a grandes zancadas hasta el río y se sentó en una gran roca, mirando ciegamente el agua oscura, su cuerpo clamando lastimeramente por el cuerpo de Hollis, con la cabeza doliéndole como si se hubiera tragado dos botellas de vino en lugar de media copa de inofensiva taze.

Cuando todos abandonaron la tienda blanca, incluso Sioned, Rohan por fin volvió a sentarse. La tensión del día lo había agotado, le había tensado los músculos y le había hinchado las venas. Y si él estaba cansado, Andrade parecía demacrado. El resplandor del brasero resaltaba las profundas grietas alrededor de su boca y en su frente. Ella había forjado tantas vidas, había influido en tantos destinos, incluido el suyo. Ella le había traído a Sioned.
Urival estaba sentado a su lado, con sus ojos castaño dorado casi del color del barro bajo las densas sombras de sus cejas. Ambos faradh'im parecían terriblemente viejos.
—Sioned puede conjurar fragmentos del futuro en el Fuego —dijo Rohan abruptamente—. ¿Podrías conjurar el pasado?
Andrade se quedó sin aliento de golpe y los ojos de Urival se ennegrecieron. Sus dedos buscaron los suyos y se aferraron con fuerza. Rohan se preguntó de repente por qué nunca antes se había dado cuenta de que ambos eran amantes, y que lo habían sido durante más tiempo del que Rohan había vivido.
—A menudo me he preguntado si aprendiste ese truquito de mí o lo aprendiste por tu cuenta —comentó Andrade por fin, con la voz tan fría como siempre—. Nunca lo untes en miel cuando puedes forzarlo por la garganta, ¿eh?
—Todos estamos cansados. —Rohan se cruzó de brazos para ocultar el temblor de sus manos—. Ninguno de nosotros tiene tiempo de quitarse las capas dulces. ¿Puedes o no?
—Citando a tu hijo… no lo sé. Nunca lo he intentado. —Soltó la mano de Urival y entrelazó sus largos dedos—. Supongo que es una noche en particular la que deseas ver en el Fuego.
—Andrade… —empezó a decir Urival, pero sus párpados ya habían caído sobre sus ojos azules mientras las arcuas del brasero ardían: respuesta a su silenciosa llamada.
Rohan contuvo la respiración. Ella se llevó las manos juntas a los labios y cerró los ojos con fuerza, el rostro tenso, con los huesos orgullosos visibles bajo la piel envejecida. El fuego saltó en el caldero de bronce, vaciló, se estabilizó, saltó hacia el techo. Imágenes borrosas comenzaron a formarse en las llamas.

Se encendieron faroles en la barcaza de Roelsra, meciéndose suavemente en la noche con el movimiento del río. Los marineros se movían nerviosos en cubierta. Había una escalera estrecha, una habitación diminuta y oscura donde tres mujeres se retorcían y temblaban en sus labores, vigiladas por la Princesa Pandsala. La escena cambió bruscamente, y las mujeres se agruparon en un pasillo panelado. La mano anillada de Andrade golpeó silenciosamente una puerta cerrada. Y esa puerta se abrió.
El Fuego ardió salvajemente y se apagó con un sonido como el de una espada que regresa a su vaina. Andrade jadeó, con la frente empapada de sudor, y se desplomó contra Urival. Él la abrazó, mirando furioso a Rohan.
—¿Satisfecho? —espetó.

Rohan se arrodilló ante su tía, tomándole una mano, asustado por su respiración entrecortada.

—Andrade... lo siento...

—No —susurró con voz ronca—. Tranquilo. —Inhaló una gran bocanada de aire, luego otra, y se enderezó—. Solo estoy sin aliento. Ahora sé por qué estas cosas están prohibidas. —Extendió la mano libre y la observó temblar, perpleja—. Dulce Diosa. Nunca me había pasado eso. Fue como caer en un pozo sin fondo, en la oscuridad… —Se interrumpió y sacudió la cabeza para limpiarse el sudor de los ojos—. Es posible. Quizá pueda hacerlo.

Urival soltó una maldición espeluznante.

—¡No harás tal cosa porque él no te lo va a pedir! ¡No seas tonta!

—¿Viste algo útil, Rohan? —dijo, ignorando a Urival.

—La barcaza, la habitación bajo cubierta, unas mujeres en un pasillo, tu mano llamando a una puerta. Eso es todo.

—No lo llevé lo suficientemente lejos —se inquietó.

—¡Un poco más y te habrías desmayado, como mínimo! —exclamó Urival con voz áspera— ¿Estás loca?

—No más de lo habitual. Tranquilo, viejo amigo. Rohan, haré lo que quieras si es necesario. ¿Cuándo quieres programar mi actuación?

—Si crees que puedes, dentro de dos días. Pero…

—Pero nada. Solo que… no podrás conseguir lo mismo de Pandsala. Me costó todo lo que tenía solo para conseguir lo poco que viste. No está a la altura ni en talento ni en entrenamiento. —Su mano se apretó contra la de él—. Prueba todo lo demás primero. Haré esto si es necesario, por Pol. Pero solo si es necesario.

—Solo si no puedo hacer nada más —prometió—. Me diste un susto de muerte.

—Para mí tampoco fue precisamente un placer —respondió ella con la misma acritud de siempre—. Anda, vete a la cama.

Rohan le apretó los dedos en la mejilla y luego en los labios.

—Perdóname, tía —dijo. Ella le alisó el cabello hacia atrás casi con ternura, uno de los pocos gestos de cariño que le había mostrado. Se le hizo un nudo en la garganta. Antes de que pudiera avergonzarlos a ambos, se levantó y salió de la tienda.

Justo cuando la seda blanca se cerraba tras él, oyó a Andrade decir:

—Urival, tráeme el Pergamino Estelar.

Rohan regresó muy despacio a su pabellón. Tenía lo que quería.

Y eso lo aterrorizaba.

Capítulo Veintiuno

A la edad de Pol, aburrirse ya era bastante malo. Pero cuando se combinaba con la certeza de que se estaban gestando cosas extrañas, cosas importantes que lo preocupaban pero que nadie se molestaba en contarle, el aburrimiento se convertía en una firme determinación de hacer algo. Casi cualquier cosa.

Su tía Tobin siempre daba un desayuno la cuarta mañana del Rialla. Absolutamente todos estaban allí, comiendo como dragones medio muertos de hambre. Pol vagaba de un grupo a otro, dispersos entre tiendas bajo el nuevo sol, masticando malhumorado una galleta rellena de salchicha y mermelada de fruta. Todos los príncipes, athr'im, damas y escuderos le hacían una reverencia a su paso, pero estaban absortos en sus propias actividades convencionales. De hecho, lo ignoraban. Incluso su propia familia estaba demasiado ocupada para hacer algo más que sonreírle. Su padre estaba en profunda consulta con Lleyn y Chadric; su madre charlaba con Miyon mientras Tobin conducía gradualmente a Chiana hacia ellos y la dejaba allí; Chay y Sorin hablaban de caballos con Lord Kolya; Andry permanecía mudo y serio cerca de Volog y Alasen de Kierst; y Maarken corría de un lado a otro desde las mesas de caballete hasta donde Hollis estaba sentada con Andrade y aquel joven de intenso cabello negro, buscando exquisiteces para tentar su apetito. Pol los miraba a todos con una sensación de traición. No era estúpido, no habría revelado ningún secreto, y algún día sería Alto Príncipe; sin embargo, a ninguno se le había ocurrido incluirlo en los grandes acontecimientos y planes que se gestaban a su alrededor como huevos de dragón. Incluso habría recibido con agrado la irritante compañía de Sionell en ese momento; al menos ella le prestaba atención.

Se acercó a Ostvel, agazapado ante la hoguera central, donde se cocinaba aún más comida. A pesar de ser Señor de Cuenco Celestial, asumió sus antiguas funciones de mayordomo jefe de Stronghold durante su estancia en el Rialla, y maldijo en voz baja mientras avivaba el fuego. Habían apilado leña nueva para reavivar las llamas, pero los troncos tardaban en encenderse. Pol tuvo una idea repentina y perversa, e hizo un gesto casual con una mano. Las llamas se alzaron, inmolando la leña y asustando a Ostvel, que lo hizo maldecir de nuevo.

De repente, Pol supo que la gente lo miraba; algunos incluso se apartaron de él con los ojos abiertos. Les dedicó a todos su sonrisa más radiante. Déjalos que lo ignoren, se dijo.

—¿Sirve de algo? —le preguntó Pol a Ostvel con su tono más inocente.

El Señor del Cuenco Celestial se levantó, frunciéndole el ceño.

—No te atrevas a volver a hacer eso —dijo apretando los dientes.

El placer de su truco se esfumó. Ostvel nunca le había hablado así en su vida, y mucho menos lo había mirado con tan oscura desaprobación. Pol intentó ignorar su incomodidad y se giró para volver al grupo principal. Pero los susurros habían corrido por la reunión, y ahora todos lo miraban, incluidos sus padres, cuyos ojos brillaban con un verde frío y un azul aún más gélido. De repente, Pol se convirtió en el centro de atención, y sintió que sus mejillas se encendían cuando su padre y su madre se dieron la vuelta.

Pero entonces vio a Masul, junto a un árbol con Kiele, Lyell y Cabar de Gilad. La tez del impostor se había vuelto tan blanca como arrebolada la de Pol. El chico recorrió con la mirada al resto de la asamblea mientras la gente reanudaba sus conversaciones anteriores o, más probablemente, hablaban de él en voz baja. El rubor intenso desapareció de sus mejillas y se dio cuenta de que, pensaran lo que pensaran sus padres, había logrado recordarle a Masul que era más que un príncipe a quien desafiaba; era un Mensajero del Sol.

Pandsala se acercó entonces, y por primera vez sintió un atisbo de verdadero cariño por ella mientras lo rescataba de la soledad y el silencio. Habló en voz baja sobre el tiempo, y poco a poco Pol se fue relajando. Luego lo condujo hasta donde Gemma estaba junto al viejo príncipe Chale, quien apenas toleraba la presencia de los primos de Pol, Kostas y Tilal. Este último le sonrió mientras Chale decía algo convencional sobre la excelencia de la comida. Luego, con una reverencia a Gemma, Tilal tomó a Pol del brazo y lo convenció para tener una charla privada.

—No es lo más inteligente que has hecho jamás, primo —le dijo el joven—. Pero no creo que tu madre se queje demasiado.

—¿Viste la cara de Masul?

—No, estaba observando a Clutha. —Tilal cogió un pastel de una bandeja que traía un sirviente que pasaba y mordisqueó el bocado mientras continuaba—: Tiene una cara fácil de leer, ¿sabes? Riyan me dice que Halian ha estado insistiendo en que Clutha se comprometa con tu causa, porque quiere casarse con Chiana. ¡Que la Diosa lo ayude! Pero el viejo se resiste. Creo que lo que acabas de hacer es recordarle qué clase de príncipe vas a ser. Si Masul se hace con Marca del Príncipe, Prado del Señor volverá a estar en medio. ¡Y lo último que quiere Clutha es proporcionarte un campo de batalla, sobre todo con un príncipe Mensajero del Sol a su lado!

Pol suspiró suavemente, aliviado.

—Gracias. Usaré esa información cuando mis padres empiecen a gritarme.

—Oh, lo habrán olvidado por completo para esta tarde.

—Solo si desaparezco un rato. Oye, ¿quieres ir a la Feria? Tengo un par de cosas que revisar. ¿Tienes tiempo?

—Primero pide permiso. No sé si mi espada será suficiente para protegerte, a sus ojos.

—¡Estoy harto de pedir permiso, y de que no me digan nada!

Tilal volvió a sonreír, y era imposible albergar resentimiento cerca de esos alegres ojos verdes.

—Sueno como una niña malcriada, ¿verdad? —preguntó Pol con timidez.

—Suenas como cualquier chico que se está convirtiendo rápidamente en un hombre. Deberías haberme oído hasta que realmente tuve derecho a gobernar Aguas Dulces. Nos vemos fuera de mi tienda cuando termine esta fiesta, ¿de acuerdo? Iré a pedirles permiso a tus padres ahora mismo; así no tendrás que acercarte a ellos hasta esta tarde, si tienes suerte.

Pol asintió agradecido, dándole las gracias. Encontró un árbol conveniente y se apoyó en él, observando a los nobles y pensando en cuánto cariño sentía por Tilal. Conocía al sobrino de su madre desde su nacimiento, cuando el joven era escudero de Rohan. Tilal había sido nombrado caballero durante las celebraciones del octavo cumpleaños de Pol, y regalarle el tradicional pan, sal y hebilla de oro era uno de los mejores recuerdos de su infancia. Tilal abandonó Stronghold la primavera siguiente para vivir con sus padres en Alto Kirat, la sede de Syr, y un año después tomó posesión de las propiedades combinadas de Aguas Dulces y Vista del Río. El primero era su lugar de nacimiento, y también el de Davvi y Sioned; el segundo se había convertido en parte de Aguas Dulces gracias al matrimonio de Davvi con su heredera. Así, Tilal gobernaba una considerable extensión de tierra a lo largo del río Catha, una de las mejores zonas de cultivo y pastoreo de los principados.

En el enclave Syreno, el estandarte verde y negro de Tilal ondeaba sobre su pequeña tienda turquesa. Un escudero más joven que Pol hizo una reverencia casi hasta el suelo al verlo. Tilal, saliendo de la tienda con una gran bolsa de cuero tintineando en la mano, sonrió a modo de saludo y despidió al escudero con un gesto.

—Creo que la tía Sioned se alegra de darte algo que hacer hoy —confesó—. No está muy contenta contigo, pero no creo que haya ningún castigo. Tiene todo el tiempo y la imaginación ocupados en otras cosas. —Se ató la bolsa al cinturón, comprobó su espada y dijo—: Bien, nos vamos. Si nos damos prisa, podemos llegar a la Feria antes que la multitud.

—Pero apuesto a que las chicas te seguirán hasta allí —bromeó Pol—. Estuve observando durante el desayuno esta mañana, antes de que tú y Kostas empezaran a hablar con Chale.

—Oh, la mayoría de las chicas se quedarán aquí hoy, planeando sus mejores galas para los próximos días. Dejaré que los demás hombres tengan una oportunidad —respondió Tilal con un tono desenfadado en la voz y una mirada burlona—. Ayer me habló Kostas de un vendedor cunaxano que fabrica espadas increíbles. Quiero comprarle una a mi padre.

—¿Crees que a Sorin y Riyan les gustaría algo de él? —preguntó Pol mientras caminaban— Quiero hacerles un regalo a cada uno, y traje mucho dinero. Ah, y tengo que pasar por cierto comerciante de seda, y necesito al mejor cristalero fironés.

El cunaxano demostró ser un verdadero artista. La espada que Tilal le compró era una maravilla de acero reluciente decorada con grabados de manzanos cargados de fruta. Grabó el emblema de Syr mientras los primos observaban. El agarre fue ajustado según las especificaciones de Tilal para que fuera cómodo para su padre, y mientras Pol seleccionaba dos finos cuchillos para Sorin y Riyan en celebración de su título de caballeros, Tilal sacó un puñado de pequeños granates para colocar en los espacios que el artesano había dejado para tal fin.

El trabajo llevó mucho tiempo, pero el resultado fue magnífico. El sol del mediodía se deslizaba por la larga hoja y ardía en las oscuras joyas, encontrando su eco en la empuñadura cincelada en oro. Tilal envolvió la espada cuidadosamente en un trozo de lana suavísima, pagó su premio y suspiró felizmente mientras se alejaban del puesto.

—¿Esos eran los granates que ganaste en la carrera? —preguntó Pol—. ¿No vas a encargar que te engasten el resto en un collar?

—Quizás.

El chico miró a su primo de reojo.

—Ah, ya veo. Ninguna dama te ha llamado la atención para hacerle un collar de novia.

Para su asombro, la mandíbula de Tilal se endureció y su mirada fue feroz cuando dijo:

—Puede que seas príncipe, pero eso no es asunto tuyo.

Pol casi tropieza con sus propios pies. Parecía ser su día para provocar miradas furiosas de familiares y amigos; Mantuvo la boca cerrada mientras revisaban los pasillos de puestos y finalmente se detuvo ante una colección de cristales que parecían burbujas de jabón, con suaves iridiscencias rosas, verdes y azules bajo el sol.

Tilal cedió, volviéndose una vez más hacia su primo y buen compañero.

—¿Para quién es esto? ¿Para tu madre?

—No. Para otra dama. —Pol rió al ver las cejas negras de Tilal arquearse con sorpresa—. Como todo el mundo me dice, ¡aún soy demasiado joven para eso! Rompí un vaso de la esposa de un posadero en Dorval, y necesito reemplazarlo. —Señaló una frágil copa con la forma de una fantástica flor amarilla, con la base de hojas verdes y un tallo donde diminutas perlas de cristal imitaban gotas de rocío—. Creo que me gustaría esa, por favor.

—Una sabia y brillante elección, señor —dijo entusiasmado el comerciante.

—¿Cómo vas a llevarla en una pieza a Perla Gris? —preguntó Tilal.

—La envolveré tan bien y de forma tan segura que ni las peores tormentas de invierno podrían hacerla temblar —pese al tono de seguridad, el comerciante resopló—. Un momento, mi señor

Cuando la caja de madera estuvo lista —del doble del tamaño de la copa y llena de lana de cordero—, Pol pidió que la enviaran al pabellón de su padre. Al darse cuenta de quién era su cliente, el comerciante palideció, se humilló y, con una velocidad temeraria, tomó otra copa y se la ofreció a Pol. Esta era una magnífica creación de cristal púrpura que se degradaba en azul en el borde y se oscurecía por el tallo hasta alcanzar treinta centímetros de un negro opaco. Todo estaba sostenido por tres finos alambres de oro que se arremolinaban alrededor del borde.

—Mi príncipe —dijo el comerciante con humildad, e hizo otra reverencia.

Pol se sonrojó y se preguntó si su tez aprendería a comportarse bien con la edad.

—De verdad que no puedo...

—Por favor —dijo el fironés—. Hablo en nombre de mi gremio y de todo mi pueblo cuando digo que ansiamos estar bajo el gobierno benévolo de un príncipe tan noble y poderoso.

—Es muy amable de su parte, pero…

—Por favor, Su Excelencia. —Los oscuros ojos del hombre se encontraron con los suyos, y Pol recordó los temores de Lady Eneida de ser invadida por Miyon de Cunaxa. Parecía que los fironeses realmente lo querían como su príncipe. Tendría que decírselo a su padre.

—Acepto, con gran agradecimiento —dijo Pol. La copa fue envuelta y añadida a la primera, para ser enviada junto con ella al pabellón del Alto Príncipe.

—Vaya, vaya —murmuró Tilal mientras dejaban a los fironeses.

—No puedo evitarlo —respondió Pol, encogiéndose de hombros—. Están decididos a darnos su principado. Mejor nosotros que los cunaxanos. —Se detuvo bruscamente, consciente de que Tilal también tenía derecho a Firon.

—¡Mejor tú que yo! —dijo su primo con una amplia sonrisa.

—¿En serio? ¿No lo quieres?

—¿Yo, ahí arriba con toda esa nieve? —se estremeció exageradamente— ¿Quieres matarme?

—No nieva siempre —le recordó Pol.

—Nieva suficiente para mí. No quiero a Firon, Pol. Se lo he dicho a mi padre. Está demasiado lejos de... de todo.

Se había corregido lo de Firon, pero Pol no insistió.

—Bueno, si así lo piensas... pero no conozco a muchos hombres que desdeñen un principado. Vamos, comamos algo y luego visitemos a los halcones. Mi madre dice que me compró uno, y aún no he tenido la oportunidad de verlo.

Eligieron varios bocadillos y comieron mientras subían la colina hacia el bosque. Pol quería explorar, lejos de la mirada severa de Maarken y Ostvel, así que, antes de girar hacia las aves enjauladas y encapuchadas, la pareja se deslizó entre los árboles y la maleza. Tilal lo convirtió en un juego, enseñándole a Pol algunos trucos necesarios para cazar en el bosque, que este hijo del amplio Desierto aún no había aprendido.

—Tendrás que venir a Aguas Dulces algún otoño y te enseñaré lo que es la verdadera caza —rió Tilal entre dientes después de que Pol pisara otra ramita, cuyo fuerte crujido lo sobresaltó.

—Mi señor Chadric nos deja ir con él a veces, pero siempre a caballo, a cazar ciervos. Enséñame otra vez a caminar sin hacer ruido.

Tilal obedeció, y Pol lo imitó con creciente destreza. Cada pie se colocaba suave y cuidadosamente; cada músculo del cuerpo controlado; todos los sentidos atentos a los olores, las texturas, la brisa y los sonidos…

—Si te acercas más, grito —dijo una mujer en voz baja.

Tilal agarró a Pol del codo y ambos se quedaron paralizados. La voz provenía de más allá de un bosquecillo de zarzas, su dueña invisible y desconocida para Pol, pero la tensa ira en el rostro de Tilal revelaba que conocía la identidad de la mujer.

—¡Lo digo en serio, Kostas! Gritaré y haré que todos corran a presenciar esta vergonzosa...

—No, Gemma. No gritarás. Con el ruido de los halcones y el de la Feria, ¿quién te oiría? Además, no pretendo hacerte daño, mi señora. Solo ven a mí, quédate conmigo...

—¡No!

Los dedos de Tilal le hicieron moratones en el brazo a Pol para detener la huida del chico hacia el bosque.

—No —suspiró—. Espera.

—Pero va a...

—Ni siquiera Kostas haría eso.

Pol reflexionó. La violación era un delito atroz. Si se le declaraba culpable, el acusado era privado del equipo físico que le permitiría repetir el delito. Sin embargo, si la mujer hacía una acusación falsa, su dote pasaba a manos del hombre y su señor tenía que pagar una multa cuantiosa por sus mentiras. Tanto Kostas como Gemma conocían la ley; ninguno sería tan insensato como para arriesgarse a una violación o a ser acusado de ello.

Gemma le estaba explicando esto mismo a Kostas mientras Pol y Tilal escuchaban.

—¡Estoy segura de que con el tiempo querrás tener hijos! ¡Pero ten por seguro, mi señor, que no los vendrán de mí!

—Si me acusas, puedo demostrar mi inocencia, y entonces perderías Ossetia, pues esa es tu dote. Sería Príncipe de Ossetia contigo o sin ti, mi señora. Preferiría que fuera contigo a mi lado, con honor.

—¡Honor! —espetó ella— ¿Y cómo probarías tu inocencia? ¿Qué te hace pensar que mi tío, el Príncipe Chale, dejaría que llegara a juicio? ¡Solo tengo que acusarte, y te matará!

—¿Con mi tío, el Alto Príncipe Rohan, de pie? No lo creo, mi señora. Hay cuatro testigos de intachable reputación dispuestos a jurar que estuve con ellos todo el día. Vamos, Gemma —dijo, y procedió con voz más suave—. Deja ya de tonterías. Siempre hemos estado destinados el uno para el otro, incluso antes de que te convirtieras en el heredero de Chale. Acéptame y te haré feliz. Lo juro. Y seré un príncipe bueno y sabio para nuestras tierras...

Para entonces, la mano de Tilal estaba blanca alrededor de la espada envuelta. Ya había oído suficiente. Soltó a Pol y se deslizó por un claro entre los arbustos. Pol lo siguió, temblando de furia, y se quedó observando mientras los hermanos se enfrentaban en el pequeño claro.

—¿Cuatro testigos más impecables que tu propio hermano y el hijo del Alto Príncipe? —Su voz fue como una espada clavada en la columna vertebral de Kostas; el hermano mayor se giró bruscamente, con la rabia encendida en los ojos—. ¿Cómo te atreves? —siseó Tilal—. ¡Maldito seas, Kostas! ¡Déjala en paz, y hazlo antes de que olvide que eres mi hermano!

La respuesta de Kostas fue desenvainar la espada. Tilal arrancó el envoltorio del arma que le había comprado a su padre. Gemma tuvo el buen sentido de no gritar; en cambio, se

interpuso entre ambos, un gesto valiente que, sin embargo, irritó a Pol. Él se adelantó, la agarró del brazo y la apartó.

—No lucharán, mi señora —le dijo con voz clara, más dirigida a sus primos que a ella—. Si lo hacen, todos en todos los principados se enterarán por mí. Guarda el arma, Kostas. Ahora. Tilal, si desatas uno más de esos nudos…

Enfurecidos, los hermanos se volvieron hacia él con gruñidos. Pol notó que el temblor se había disipado en lo más profundo de su cuerpo. Sus manos y su voz eran firmes, sus rodillas firmes. Se sentía a la vez poderoso y vulnerable: su voluntad y su personalidad se veían fuertemente afectadas por la ira de ellos, pero él era vulnerable a su propio y extraño temblor interior, una advertencia que no podía comprender. ¿Se había sentido así alguna vez su padre? ¿Eso era experimentar el poder de ser Alto Príncipe?

Poder que poseía, y era tan emocionante como aterrador. Kostas envainó su espada. La postura de combate de Tilal se relajó un poco. Gemma era la que temblaba ahora, respirando entrecortadamente.

—¿Desea acusar a este hombre de violación, mi señora? —preguntó Pol con frialdad.

Ella negó con la cabeza; su brillante cabello castaño rojizo le caía por el cuello y las mejillas.

—No, Su Excelencia. No lo haré.

—Una sabia decisión, mi señora. —La aflojó y miró a los hermanos. No había nada más patético que dos hombres, por lo demás racionales, peleando por la misma mujer—. Ustedes dos la desean.

Tilal lo fulminó con la mirada y luego se dio la vuelta. Kostas parecía a punto de desenvainar su espada y usarla contra Pol. La embriagadora sensación de oponer su voluntad a la de ellos aumentó, junto con un miedo equivalente a lo que podría suceder si no lograba dominarlos.

—¿Alguno de ustedes le preguntó a Gemma qué quería? ¡Dulce Diosa, qué pareja! —resopló Pol— Mi señora, ¿desea a alguno de estos idiotas?

Se soltó de la mano de él y se apartó el cabello de la cara, irguiéndose con orgullo.

—¿La verdad, Su Excelencia? Sí. Y no es a Kostas a quien quiero como esposo.

—Y Príncipe de Ossetia —le recordó Pol—. Tilal, ¿me escuchas? Mírame. Pregúntale a ella.

—¡No! —gritó Kostas— ¡No lo permitiré!

—Tilal, te espero —suspiró Pol.

—¡Espero que estés disfrutando esto, Su Excelencia! —El joven Señor de Aguas Dulces se giró, todavía furioso, y su comentario estaba cargado de saña— ¡Sí, la deseo! Siempre la he amado, pero no me casaría con ella ahora si…

¿Por qué los hombres supuestamente adultos eran tan increíblemente estúpidos?

—Estás a punto de perder tu oportunidad, Tilal. Pídeselo ahora o no lo hagas nunca.

Kostas lanzó un grito inarticulado y se abalanzó sobre su hermano. La pareja rodó por el suelo, sin siquiera mediar espadas ni cuchillos, concentrados en la satisfacción más directa de golpear con puños, huesos rotos y mandíbulas destrozadas.

Pol los observó un momento, completamente disgustado. Probablemente no se harían mucho daño, estando físicamente igualados y demasiado furiosos para ser realmente efectivos en su batalla. Pero cuando Kostas le asestó una buena patada, Gemma gritó el nombre de Tilal, aferrándose al hombro de Pol. Se la quitó de encima y se concentró, invocando Fuego. No mucho, solo lo suficiente para llamar su atención. Una respetable llamarada rojiza se elevó desde una piedra hasta la altura del arbusto más cercano. Gemma lanzó un pequeño grito ahogado. Tilal y Kostas reaccionaron con más violencia,

separándose el uno del otro y poniéndose de pie a toda prisa. El tenso nudo de poder dentro de Pol se deshizo, enviando zarcillos de excitación por todo su cuerpo, aún contrarrestados por la aprensión. Empezaba a apreciar esa pequeña y fría advertencia y a entenderla como parte esencial del ejercicio del poder.

—Ahora —dijo en voz baja, como creía que haría su padre—, ¿nos comportamos como personas civilizadas? Bien. Tilal, la princesa y yo seguimos esperando.

Después del desayuno de Tobin, que había dejado a Sioned satisfecha con el progreso de Chiana al reclamar la atención de Miyon, aunque no con la pequeña actuación de su hijo, regresó a su pabellón con la intención de pasar unos momentos tranquilos a solas en sus aposentos privados. Pero Andrade y Pandsala llegaron antes que ella.

—Por favor, no empieces —advirtió Sioned mientras se hundía en un sillón—. Rohan no durmió muy bien anoche, lo que significa que yo tampoco. Y estoy intentando encontrar una buena excusa para no quemarle el trasero a Pol.

—Ah, eso. —Andrade desestimó el lapsus del chico con un gesto de la mano—. La verdad es que me impresionó su control. Sioned, tenemos cosas que discutir que no pueden esperar.

—Lo siento, su excelencia —intervino Pandsala en voz baja.

—Discúlpate en otro momento —interrumpió Andrade—. Sioned, a lo largo de los años has deducido la mayoría de mis planes. Pero ahora es el momento perfecto para la culminación de todo por lo que he trabajado, y de todo lo que tú y Rohan también han deseado.

Sioned sintió que se ponía rígida por la sospecha e intentó relajarse.

—No son necesariamente lo mismo —comentó con cautela—. Tonterías. Al final, todos queremos lo mismo. Y nunca habrá una mejor oportunidad para ello. No puedes consolidarlo todo bajo tu propio estandarte este año, claro, pero los ingredientes están justo delante de tus narices. Rohan lo inició él mismo cuando animó a Kierst e Isel a unirse en matrimonio. Cuando Volog y Saumer mueran, ese chico, ¿cómo se llama? ¿Arlis?, heredará ambos principados. Y es pariente de Pol, lo cual lo hace perfecto. Pol podría perfectamente gobernar Kierst-Isel él mismo.

—Continúa —murmuró Sioned.

—En cuanto a Ossetia, si casamos a Gemma con Kostas, entonces Ossetia y Syr también estarán unidas bajo el mando de un pariente de Pol. ¿Qué podría ser mejor?

—¿Hay algo más? —preguntó en voz baja.

—Sí, Su Excelencia —respondió Pandsala—. Está Firon. Si pasa a formar parte de Marca del Príncipe, el comercio de cristales será tuyo, además del principado. Y está Puerto Adni. Lord Narat no tiene heredero. Sus posesiones pasarán a Volog tras su muerte y pasarán a formar parte de la riqueza de Arlis. Y también está Waes. Una vez que se descubra el fraude de este impostor, se podrá lidiar con Kiele y Lyell, y Waes pasará a ser de Clutha. —Dudó un instante y luego continuó con determinación—. Sugiero lo mismo para todos los demás que apoyan a Masul. Si se les permite conservar sus principados después de oponerse a la reclamación de Pol, siempre serán enemigos y no se puede confiar en ellos. Hay suficientes jóvenes leales dentro de tu propia familia y en las de tus aliados para proporcionar príncipes a Cunaxa, Gilad, Grib y Fessenden, que parecen ser los principales focos de oposición.

—¿Estás de acuerdo? —Sioned miró a los fríos ojos azules de Andrade.

—Lo estoy —respondió ella, asintiendo.

—Entonces —dijo ella—, si te entiendo bien, nuestros objetivos deberían ser los siguientes. Primero, aniquilar Firon para nuestro propio beneficio, sin importar lo que digan los demás. Segundo, concertar un matrimonio que combine dos principados bajo el mando de mi sobrino, sin importar lo que piensen o sientan los dos jóvenes involucrados. Tercero, derrocar al Señor de Waes y a su esposa por el delito de haberse equivocado, para que Clutha reciba la ciudad como regalo con nuestros buenos deseos. Ah, y reemplazar a todos los que se opusieron con personas de nuestra elección. ¿Son estas las ideas generales? ¿He acertado en mi interpretación?

—Sí, Su Excelencia —contestó Pandsala con los labios prietos.

—Sí, aunque de mala gana —asintió Andrade con el ceño fruncido.

—¡De mala gana! ¡Dulce Diosa! A ti, Pandsala, podría disculparte, pues me conoces poco a pesar de haber sido regente de Pol durante tantos años. ¡Pero tú, Andrade! ¡Nos conoces a Rohan y a mí desde niños! ¿Puedes proponer tales cosas?

—¡En nombre del sueño que compartimos, sí!

—¡No compartimos nada! —Se puso de pie, con los puños apretados, mirando a las dos mujeres con furia— ¡Cómo te atreves a sugerir esto! ¡Como si Rohan destruyera príncipes y principados para crear otros más a su gusto! ¡Como si tú y nosotros compartiéramos un sueño!

Andrade se inclinó hacia delante en su silla, pálida de furia.

—¿Y dejarás que esto continúe sin parar, con todas las pequeñas rivalidades, las amenazas a Pol? ¡Lo que sueño es una consolidación de todos los principados bajo tu hijo como Alto Príncipe!

—¡El Alto Príncipe Mensajero del Sol!

—¿Y por qué no? ¡Rohan lo empezó tomando Marca del Príncipe y organizando la unificación de Kierst e Isel! ¿Qué pretendía, si no lo que te he explicado? ¿Cuándo habrá un mejor momento para lograrlo todo? ¡Cuando Masul sea visto como el mentiroso que es, todos los que lo apoyaron deben ser castigados! ¿Qué manera más limpia de librarse de los enemigos y unificar sus principados bajo el mando de Rohan? ¿O quieres que lo haga en el campo de batalla, con la sangre empapando las tierras que Pol gobernará? ¡Rohan, quien hace mucho tiempo desenvainó su espada y juró no volver a empuñarla en batalla! ¿Puedes resistirte con bonitas dudas de conciencia ante esta oportunidad de hacerlo todo de una vez?

Sioned recorrió los pocos pasos que los separaban y se inclinó, aferrándose a los brazos de la silla de Andrade, hasta que sus rostros quedaron a solo un suspiro de distancia.

—¡Su sueño y el mío es una unión de principados bajo leyes acordadas por todos, impuestas no por la espada, sino por el honor y la creencia de que esas leyes son mejores que la espada! ¡Tu sueño es ordenar el mundo a tu gusto, con Rohan como figura decorativa!

—Él no, Su Gracia —dijo Pandsala con claridad—. Pol.

Se giró hacia la regente.

—¿Le darías un legado como este? Tierras confiscadas, posesiones absorbidas, principados destrozados sin importar las leyes ni a las personas a las que esas leyes debían servir, príncipes expulsados de sus castillos... ¿o planeabas matarlos a todos?

—¿Y qué legado quedará si no? —replicó— ¡Oposición de todos los rincones, principados en venta a la espada más poderosa!

—¡Tierras unidas por consentimiento! —espetó— ¡No con un remiendo impío! ¡Con un grupo de antiguos príncipes amargados conspirando para recuperar sus tierras, los Mérida multiplicados por diez!

—Entonces mátalos —dijo Pandsala simplemente—. Ya habrá tiempo para leyes más adelante, cuando tu gobierno se consolide.

—¡Después de que mi esposo haya perdido la confianza de todos los príncipes!

—¡Estarán de acuerdo con todo lo que diga y vivirán según ello!

—¡Quieres decir que vivirán con su espada en la garganta! Yo no viviré así, Pandsala, ¡y ese no es el mundo que le vamos a dejar a nuestro hijo!

—Pero vas a llevarte Firon, ¿verdad? —intervino Andrade astutamente.

—Si los fironeses lo desean —Sioned retrocedió astutamente—, y si los demás príncipes están de acuerdo según la ley...

—¡Un buen bálsamo para la delicada conciencia de Rohan! Te pareces más a él que a ti misma, Sioned. Te enseñé a ser más práctica.

—Me enseñaste muchas cosas, Andrade, algunas de las cuales sé que desearías que nunca hubiera aprendido. Pero mi esposo me ha enseñado mucho más. Sí, nos quedaremos con Firon, dentro de la ley. ¿No lo entiendes? Sé que desprecias su necesidad de que todo sea legal y correcto cuando podría simplemente tomar lo que quiera y acabar con ello. ¿Pero no lo ves? ¿Qué diría eso de él y de las leyes que ayudó a redactar? Si él no cumple la ley, ¿quién lo hará?

—Intento demostrarte que existe la posibilidad de extender su imperio de la ley y el órden de un extremo a otro del continente. ¡Puede hacerlo todo ahora, cosas que le llevarían el resto de su vida lograr si se hace el príncipe honorable y noble! Diosa, ¿por qué no lo ves? Zehava tenía la espada para ello, pero no la astucia. Rohan...

—Lo convertirías en otro Roelstra —le dijo Sioned con frialdad—. ¡Si eso es lo que quieres, dale tu apoyo a Masul!

Andrade se puso de pie, pálida y temblando de furia.

—¡Insensata! ¡Me dijiste que aún llevabas tus anillos! Te di un mundo envuelto en una cinta de plata, y tú...

—¡No me diste nada más que los anillos que ya no llevo, que son como cicatrices en mis dedos y mi mente!

Sioned también temblaba. Era la vieja batalla entre ellos, el profundo compromiso de Sioned con Rohan luchando contra la inflexible exigencia de obediencia de Andrade. Se habían lanzado palabras antes, pero nunca tan abiertamente, nunca con la desafiante desobediencia de Sioned confrontando el imperioso veredicto de traición de Andrade.

—Eres como yo, Sioned. —La voz de la Dama fue como un latigazo—. Tus planes son solo variaciones de los míos. Sí, te conozco a ti y a Rohan desde niños. Yo los hice lo que son, a ambos. Y también creé a tu hijo a través de ti.

—¡Eres una araña! —replicó Sioned—. ¡Tejiendo la luz del sol y la luna como una red para atraparnos y envenenarnos a todos! ¡Quieres que todo te pertenezca, porque nunca has pertenecido a nada! ¡Yo no soy tuya! ¡Rohan tampoco, y mucho menos Pol!

—Tú eres la que no entiende. ¿Cuál puede ser tu objetivo, si no la consolidación de todos los principados bajo su mando? Como Alto Príncipe y faradhi, entrenados por mí...

—Jamás.

Esa era la única palabra que podía quebrantar a Andrade; en esta batalla, solo podía perder. Sioned lo vio en sus ojos, el repentino agotamiento de su ira, dejando solo una súplica lastimosa; lo vio, y sintió una satisfacción despiadada.

—Yo seré quien le enseñe —continuó—. Tú no. Y más te vale habernos hecho a Rohan y a mí tan bien como crees, Andrade, porque lo que Pol será recae en nosotros.

—¡No! —jadeó, traicionada por el pánico—. ¡No puedes! —Pero el orgullo la inundó casi al instante, tiñendo de rojo sus mejillas cenicientas. Salió de la tienda en una furiosa carrera de faldas de seda. Al cabo de un momento, Pandsala la siguió.

Sioned se quedó sola, temblando, avergonzada al darse cuenta de que Andrade tenía razón en una cosa: las palabras eran de Rohan, no suyas. Y admitió para sí misma lo cerca que había estado de dejar de lado el honor de su esposo y estar totalmente de acuerdo con Andrade.

Durante toda su infancia y juventud, le habían enseñado a obedecer a Andrade sin pensar ni cuestionar. Rohan había sido criado como un príncipe para gobernar y dar órdenes, no para obedecer como le habían enseñado a Sioned. Había sido tan fácil, tan seguro hacer lo que se le pedía y no preguntar por qué. Pero el poder de un Alto Príncipe y su Princesa Mensajera del Sol exigía un cuestionamiento constante. A veces, Sioned deseaba poder simplemente delegar la responsabilidad y obedecer las órdenes de los demás. Pero no podía. Rohan le había demostrado que era imposible.

Tobin no tenía esos escrúpulos. Pero claro, Tobin no tenía ni de lejos el poder que poseía Sioned. Chay no mostraba ningún conflicto. Pero por muy alta que fuera su posición, Chay era vasallo del Alto Príncipe, había jurado obedecerlo en todo. Chay tenía una fe absoluta en Rohan. Podía cuestionarlo, pero confiaba plenamente y obedecía.

Sioned no podía permitirse tal obediencia. Rohan quería que ella estuviera de acuerdo con él por su propia voluntad e inteligencia o que no lo estuviera. Si ella asentía plácidamente a todo lo que él decía, sin importar lo que realmente pensara, la despreciaría por tonta. Si alguna vez le dictaba que tenía razón y punto, y ella se lo permitía, la despreciaría aún más por abrogar la responsabilidad inherente a la posesión de una mente.

Entró en la alcoba y se estiró, con los brazos cruzados tras la cabeza. Los momentos difíciles llegaban cuando su mente estaba de acuerdo con Rohan y sus sentimientos no. La mente educada por más de veinte años de gobernar según la ley —la mente que siempre se había inclinado por esa dirección, de todos modos— se había horrorizado ante las propuestas de Andrade y Pandsala. Pero los sentimientos por su hijo, por su seguridad y su prosperidad como Alto Príncipe, clamaban que las dos mujeres tenían razón. Aceptaban lo que se les ofrecía, aprovechaban la oportunidad de librarse de obstáculos como Miyon y Kiele, y dejaban la ley para cuando pudieran permitírsela.

Sioned casi podía ver las elegantes cejas arqueadas de su esposo. *¡Qué oportuno sería eso!,* decía, y sonreía, pues sabía que, fueran cuales fueran sus emociones, ella no cedería a las exigencias del bárbaro, al igual que él.

Nadie la molestó durante un buen rato, y ya era bien pasado el mediodía cuando se despertó. La princesa Audrite vendría pronto para hablar de los últimos rumores sobre quién estaba de parte de quién. Y entonces Rohan regresaría de la reunión de la tarde, tenso e inquieto como lo había estado desde que comenzó el Rialla. Sioned no le contaría nada de Andrade y Pandsala. Cuanto menos lo preocupara, mejor. Al entrar en la parte principal del pabellón, se sorprendió al ver que Pol había regresado de la Feria. Sioned no tuvo valor para regañarlo por la ofensa de la mañana, no cuando estaba encorvado en su silla, con los brazos colgando a los costados.

—Así que has vuelto —dijo—. ¿Lo has pasado bien?

Él la miró, con un rostro extrañamente parecido al de su padre mientras sus cejas rubias oscuras se alzaban.

—Oh, sí. Simplemente encantador. —El tono de voz también era el de Rohan: sardónico, con un ligero toque de amargura.

—¿Qué ha pasado?

Levantó una mano y la dejó caer.

—Ahora no, madre. Por favor.

Sioned lo miró perpleja. La entrada de tres jóvenes escuderos con dos enormes cajas de madera y un enorme paquete envuelto en fina seda le evitó tener que pensar en una respuesta. Pol les indicó que colocaran los paquetes en una mesa cercana.

—Supongo que no me vas a decir qué son —dijo ella al fin.

Él volvió a levantar la vista, como si realmente la viera por primera vez. Una leve sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios.

—Bueno, el más grande es para ti —dijo.

—¿Mi regalo? —preguntó ella, sintiéndose extraña. Ya no se parecía en nada al niño que había sido a principios de verano—. ¿Puedo abrirlo?

—Tendrás que hacerlo para asegurarte de que te queda bien. No te diste cuenta de que te seguían el otro día cuando estabas en la Feria, ¿verdad? ¡El mercader se acercó sigilosamente detrás de ti, tomándote las medidas con la mirada! —Pol rió, pero el niño seguía sin aparecer— Hoy dijo que si no fuera por tu pelo rojo para identificarte, ¡nunca habría adivinado si tú o Alasen era la mayor!

—Los mercaderes son ladrones mentirosos, pero dime qué más dijo de mí.

Finalmente, la expresión tensa desapareció de los ojos de Pol, y volvió a ser un chico de casi quince años, no un hombre del doble de esa edad. Sioned rió aliviada mientras rasgaba el envoltorio de seda. Luego jadeó.

—¡Pol!

—No me regañes —suplicó, con los ojos encendidos de emoción—. ¿Recuerdas lo que te conté de la posada que está debajo de Perla Gris? Un par de comerciantes insistieron en recompensarme con suficiente seda para vestidos para ti y la tía Tobin. El rojo y plateado es suyo; ya le habían hecho ropa antes, así que ya sabían la talla. El otro…

Sioned levantó el vestido, escuchando el delicioso susurro de la seda verde ricamente bordada.

—¡Esto es absolutamente hermoso y absolutamente escandaloso! ¡Ninguna dama usa algo tan ajustado y con un escote tan bajo!

—No muchas damas podrían —señaló su hijo—. Pero tú sí.

Lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Estás aprendiendo las maneras de tu padre para engatusarme o las pediste prestadas del comerciante?

—¡Madre! ¡Es la pura verdad!

Sioned desapareció tras el biombo y se quitó su sencillo vestido de verano.

—¡Diosa, espero que te quede bien!

Unos instantes después, emergió retorciéndose y dio vueltas sobre las puntas de los pies.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Otra voz habló desde la puerta.

—Creo que mi hijo definitivamente ha heredado mi exquisito gusto —dijo Rohan. Entró y le revolvió el pelo a Pol juguetonamente, sonriendo. Pero ni el gesto ni la sonrisa pudieron disimular el cansancio y la ansiedad en sus ojos.

—Has vuelto temprano —se aventuró Sioned—. Y menos mal: si lo hubiera visto antes del banquete, tendrías que pasarte media noche reanimándome. ¿Es este tu diseño, Pol?

—Es como los vestidos que usan las aldeanas en Dorval. Supongo que el comerciante pensó que le sentaría bien a madre.

—Yo diría que tenía razón. Aunque nunca podrás usarlo de día en Stronghold, Sioned. Con ese escote y estando frente al sol, te quemarías enseguida.

—¿De frente? ¡Mira la espalda! —Se giró para mostrarle cuánto de su columna estaba al descubierto— ¡Y no me dirás que alguna aldeana modesta en Dorval usa algo así!

—Bueno, sus vestidos tienen más tela, por supuesto —dijo Pol sonriendo—. Pero tampoco son princesas.

Sioned alisó la seda por sus costillas, sobre la cintura caída y el canesú ajustado a las caderas.

—No podré comer nada desde ahora hasta el banquete del Último Día o nunca podré sacarmelo —se lamentó—. Y si como esa noche, se me saltarán todas las costuras.

Desapareció para quitarse el vestido y volver a envolverlo en sus envolturas de seda. Cuando se reunió con ellos, Rohan se había acomodado en una silla con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados. Intercambió una mirada preocupada con Pol.

—Padre, ¿es cierto que ayudaste a arreglar las cosas entre la tía Tobin y el tío Chay?

Un ojo azul se abrió para mirar a Pol.

—Bueno, en cierto modo

—¿Y Walvis os ayudó a ti y a mamá?

—Sí.

—¿Para qué sirve todo esto? —preguntó Sioned mientras servía bebidas frías.

—Bueno... creo que he hecho algo parecido, en cierto modo. —El rostro de Pol estaba pensativo, pero había un brillo revelador en sus ojos.

—¿Para quién? —Rohan abrió los ojos con curiosidad.

—Espero que esté bien; de todas formas, ahora no hay mucho que se pueda hacer. Simplemente ocurrió.

—¿De quién hablas? —preguntó Sioned— Sabemos de Hollis y Maarken, pero son los únicos de nuestra familia inmediata que...

—No se trata ni de Hollis ni de Maarken —dijo Pol.

—¿Entonces quiénes? —preguntó Rohan.

—Tilal y Gemma. —Pol se encogió de hombros, manteniendo una expresión admirablemente seria mientras sus padres lo miraban boquiabiertos—. Me llevó un tiempo, pero finalmente logré que vieran lo obvio. Espero que a nadie le importe demasiado. Bueno, a Kostas sí, pero ese es su problema, no el nuestro, ¿verdad? Y lo que realmente quería era Ossetia, no a ella. Tilal fue bastante estúpido al no querer pedírselo ahora que es la heredera del príncipe Chale, pero lo convencí para que empezara a hablar. —Pol suspiró—. Una vez que lo hizo, no se calló. Se han amado todo este tiempo, ¿puedes creerlo? Ella era demasiado orgullosa para decirle nada, y él quería convertir Aguas Dulces en la propiedad más rica de todo Syr antes de pedírselo. Y ninguno de los dos dijo una palabra al respecto. Pero ese no es el problema ahora. ¡Por lo que sé, siguen ahí fuera hablándose sin parar!

—¿Tilal? —consiguió decir Sioned.

—¿Y Gemma? —Rohan seguía mirándolo fijamente.

—¡Eran tan graciosos! —Pol no pudo evitarlo y se echó a reír— Prométeme que cuando me enamore de una chica, si empiezo a actuar como un tonto, me lo dirás antes de que haga el ridículo.

Capítulo Veintidós

Nadie dijo una palabra sobre Tilal y Gemma. Nadie tenía por qué hacerlo. La aparición de la pareja en el banquete al aire libre de Clutha esa noche anunciaba con orgullo su mutua elección. Inseparables, aislados de todo por su propia y privada felicidad, era dudoso que supieran de la existencia de alguien más.

Davvi parecía completamente feliz, aliviado. Chale parecía estar acostumbrándose a la idea. Se comentó, en voz baja, que Kostas brillaba en su ausencia.

Las mesas estaban llenas de nobles, algunos de ellos en un estado casi igual al de Tilal y Gemma, pues en los últimos días se habían llegado a acuerdos entre muchas parejas. Un dúo, sin embargo, se sentaba separado, el hombre con el rostro sombrío, la mujer pálida y tensa. A su lado estaban sus hermanos menores, y junto a ella un joven de cabello negro con ojos del color de las hojas nuevas en la sombra. Andry se preocupaba por Maarken y Hollis, pero alguien más acaparaba la mayor parte de su atención. La princesa Alasen estaba a cuatro mesas de él, rodeada de jóvenes atractivos cuyo entusiasmo por su compañía era estrictamente observado, y en ocasiones reprimido, por su padre. Vislumbrarla a través de las flores y los rostros parlanchines alteraba inexplicablemente el ritmo cardíaco y la respiración de Andry. No entendía qué le pasaba para tener tan poco interés en los platos que le servían, ni siquiera en la magnífica torre de azúcar hilado y hojaldre adornada con frutas confitadas que le ofrecieron de postre. Maarken, sumido en su melancolía, no se dio cuenta, pero Sorin sí, y su gemela le pareció una compañía realmente aburrida.

La risa de Chiana dominaba su mesa. Tenía buenas razones para estar de buen humor. Halian se sentaba a un lado, Miyon al otro, y Masul estaba al otro lado de la reunión, sentado con Kiele, Lyell, Velden, Cabar y Kenza, la esposa de Cabar, con aspecto descontento. Presidiendo una tranquila mesa de príncipes mayores estaba Lady Andrade, con Urival a su lado como siempre. Su austeridad se suavizaba un poco al estar en compañía relativamente poco exigente. El príncipe Lleyn incluso la hizo reír un par de veces. Cerca estaban Ostvel, Riyan, Chay y Tobin, intercambiando historias de Pol con Audrite y Chadric. El propio niño estaba sentado entre sus padres en una mesa con Pandsala, Milosh de Fessenden y Lord Kolya; los dos jóvenes apenas se atrevían a respirar en presencia del Alto Príncipe. Otros nobles estaban dispersos por allí, el nivel de conversación subía y bajaba con inocua regularidad, y nadie decía nada sobre lo que todos pensaban.

La velada estaba volviendo loca a Sioned.

Sabía lo que ocultaban las caras. El levantamiento prematuro de la reunión de los príncipes por parte de Rohan se debía a que Velden había insistido en una votación sobre el derecho de Masul a Marca del Príncipe. Fue Saumer de Isel quien propuso otro día de espera. El príncipe estaba sinceramente preocupado, pero no había forma de saber si quería tiempo para convencerse o si deseaba organizar sus argumentos. Rohan estaba preocupado porque Volog no había logrado convencer a Saumer, o peor aún, que el señor de Kierst hubiera ofendido de alguna manera al señor de Isel, y este último votaría por Masul solo para fastidiar al rival de toda la vida con el que se había visto obligado a trabajar estos últimos años.

La decisión se tomaría al día siguiente. Todos lo sabían. Y nadie dijo una palabra al respecto.

Sin que su hijo lo supiera, quien se habría quedado boquiabierto de haberlo notado, el estado de ánimo de Sioned era bastante similar al que esa mañana había impulsado a Pol a

dar su pequeña demostración de habilidades faradhi. Había una creciente necesidad en ella de hacer algo, cualquier cosa, para quitar esas máscaras educadas de los rostros principescos. Quería recordarles el poder que Rohan y ella poseían, un poder que Pol ejercería por sí solo. Anhelaba ver sus ojos abiertos, su asombro e incluso su miedo a una Princesa Mensajera del Sol, y al Mensajero del Sol que algún día sería el Alto Príncipe.

Gracias a la Diosa, la cena terminó temprano. Después de las borracheras matutinas que siguieron a la cena de Rohan la noche anterior, nadie estaba dispuesto a repetir la experiencia, sobre todo con una votación tan importante al día siguiente. La propia Sioned solo deseaba dormir, algo que sabía que escasearía. Así que cuando Tobin le pidió a su compañía una taza de té caliente después de la cena, ambos supieron que en realidad era una excusa para pasarse la noche hablando.

Rohan regresó solo al pabellón, dejando a Pol bajo la atenta mirada de Maarken y Ostvel. Junto con Riyan, Sorin y Andry, habían aceptado la invitación de Volog para escuchar un poco de música antes de acostarse, y mientras Rohan se acomodaba en su escritorio, apenas pudo captar el dulce sonido de una flauta. Disfrutaba de la música, pero no consideraba que su escasa formación en la materia fuera privarse de la misma. Su madre, amante de la música, había renegado para que sus hijos aprendieran siquiera alguna nota, y con razón; ni él ni Tobin afinaban siquiera el tono. Pol, en cambio, tenía una verdadera afinidad por el canto, y al cabo de un rato, Rohan creyó oír la voz de su hijo doblando la de Ostvel. Levantó la vista, sorprendido. El talento de Ostvel rara vez se exhibía, y nunca fuera de Cuenco Celestial o Stronghold, y solo tras súplicas que casi equivalían a órdenes directas de su príncipe. Qué extraño que lo hubieran convencido ahora.

Rohan estaba examinando acuerdos comerciales cuando llegó un jinete con informes del Desierto. Agradecido de tener la mente distraída de los problemas del Rialla, atendió primero a las noticias de Feylin sobre los dragones. Ella había pasado el verano observándolos y compilando proyecciones de población basadas en el número de crías que habían volado ese año, y se complació en informar al Alto Príncipe que las noticias eran alentadoras. Salvo circunstancias imprevistas, los dragones se mantendrían en número. Quedaba el problema de encontrar más cuevas para que la población pudiera aumentar, pero por ahora estaban a salvo. Las noticias de Walvis y Eltanin en Tiglath eran igual de buenas. Las tropas del Desierto trabajaban bien con las de Marca del Príncipe. La competencia amistosa en las artes de la esgrima, el tiro con arco y la equitación había permitido el aprendizaje de muchos trucos nuevos por ambos bandos. Los del Desierto eran mejores jinetes, pero los cazadores del Veresch hacían cosas con las flechas que Walvis habría jurado imposibles de no haberlas visto con sus propios ojos. Había una divertida posdata que indicaba que varios hombres y mujeres pronto solicitarían un cambio de residencia, pues la proximidad había cumplido con lo habitual. Se avecinaban unos veinte matrimonios.

Así, Rohan sonreía cuando Tallain se acercó a él en la sección privada del pabellón.

—Ah, bueno, espero que no haya más despachos. Lady Feylin escribe con letra clara, tu padre al menos tiene la decencia de contratar a un escriba, ¡pero los garabatos de Lord Walvis casi me dejan ciego!

—No, mi señor —Tallain sonrió—, no hay más manuscritos que leer. Tienes una visita. Se hace llamar Gran Mayordomo del Príncipe Miyon de Cunaxa.

Rohan arqueó las cejas.

—¿Cuánto tiempo lo has hecho esperar?

—Lo de siempre, mi señor. ¿Lo dejo pasar?

—Hazlo. ¿Cuándo llegarán sus excelencias de Syr y Ossetia?

—En breve, creo. Si tu conversación con este mayordomo se alarga demasiado, los dirigiré a la antecámara, mi señor.

—Excelente. Ah, por cierto, Tallain, tu padre te envió una nota con su carta. —Le lanzó la misiva sellada al joven, quien lo atrapó con entusiasmo—. Todo va muy bien en Tiglat. Un jinete partirá de regreso mañana por la mañana, así que puedes incluir una carta para tu padre si quieres.

—Gracias, mi señor. —Tallain guardó la nota en su túnica—. ¿Debo dejar pasar al mayordomo? ¿Quieren vino fresco?

—Creo que ese hombre tiene más hambre que sed —dijo, y le guiñó un ojo a Tallain—. Dame un momento y luego déjalo pasar.

El escudero se quitó la sonrisa del rostro, hizo una reverencia y se fue. Rohan se recostó en su silla. Tenía bastante claro el motivo de la visita de Miyon y, sin duda, lo esperaba con ilusión.

Pronto observó la reverencia apenas cortés de un caballero bajo y rechoncho, cuya espesa barba y larga cabellera prácticamente ocultaban su rostro. Solo sus ojos, oscuros, astutos y vigilantes, eran claramente visibles. Se expresaron muchos sentimientos encantadores; se expresaron deseos de buena salud y felicidad para el Alto Príncipe, la Alta Princesa y su noble heredero; Rohan lo recibió todo con una sonrisa afable y no le pidió al mayordomo que se sentara.

—Si me permite la osadía, Alto Príncipe, mi exaltado señor siente curiosidad por los preparativos para la menor de las hijas de Roelstra.

—¿La Princesa Chiana? —preguntó Rohan, dándole deliberadamente a la joven un título al que no tenía derecho. Decidió ser obtuso por un momento—. Tengo entendido que vive con varias de sus hermanas y que actualmente reside con Lady Kiele aquí en Waes.

El mayordomo volvió a inclinarse, con la mirada indicando que comprendía la estratagema de Rohan.

—Quizás debería ampliar. Mi amo está interesado en los preparativos que se hayan hecho para su futuro.

—Es libre de ir donde quiera y vivir como quiera.

—Su Excelencia, me resulta difícil comunicar con la debida delicadeza la verdadera naturaleza de la curiosidad de mi amo.

—Entonces quizás debería ser poco delicado al respecto —sugirió Rohan afablemente, disfrutando.

—Para no envolverlo en seda, Su Excelencia, ¿cuál es su dote?

—Me sorprende que el príncipe Miyon esté interesado en el tema. Ahora mismo me interesa mi propia curiosidad.

La mano enjoyada del mayordomo se peinó nerviosamente la barba antes de recordar. Se removió, se encogió de hombros y dijo:

—Para ser franco, le preocupa lo que le sucedería a la dama con su matrimonio.

—Eso dependería de su esposo Elegido —respondió Rohan con suavidad—. Cuando la Princesa Naydra se casó con Lord Narat, recibió tierras alrededor de la propiedad de Puerto Adni, compradas por Su Gracia al Príncipe Volog. Y a mí también me costó bastante —admitió con voz alegre.

—¿Podría preguntar si se harían arreglos similares para la Princesa Chiana?

—Claro que se podría preguntar. Pero recibiría una respuesta más definitiva si fuera el Príncipe Miyon quien hiciera la pregunta.

La figura regordeta del mayordomo se dobló por la cintura.

—¿Me permite retirarme, Alto Príncipe?

Rohan lo despidió con un gesto afable, luego llamó a Tallain y le dijo que bajo ninguna circunstancia se permitía al Príncipe Miyon entrar en su presencia antes de que Davvi y Chale fueran vistos entrando en el campamento de Rohan. El joven rió entre dientes, comprensivo, y cuando Rohan se quedó solo de nuevo, dedicó su tiempo a escribirle una carta a Feylin agradeciéndole su trabajo. Escribió una nota aparte a Sionell, insinuándole un bonito regalo de la Feria del Rialla, y la apartó para que Sioned pudiera añadir unas líneas si quería. Iba por la mitad de otra carta, esta vez dirigida a Walvis, pidiendo detalles completos de varias maniobras para compartir con Chay, cuando Tallain finalmente regresó.

—Mi señor, Alto Príncipe, Su Gracia de Cunaxa desea hablar con Su alteza real.

Rohan parpadeó ante tanta formalidad, y entonces se dio cuenta de que Tallain hablaba lo suficientemente alto como para que Miyon lo oyera. Intentó disimular la diversión y respondió:

—Por supuesto, hazlo pasar. Espero que no lo hayas hecho esperar.

El escudero hizo una reverencia, serio, y unos instantes después Miyon fue admitido. Le hizo un gesto a Rohan, lanzó una mirada irritada a Tallain y se sentó donde Rohan le indicó.

—Tengo suficientes ministros como para que me hagan bonitos discursos —dijo el príncipe sin preámbulos—. Seré directo contigo, primo. ¿Qué estás dispuesto a darle a Chiana si me elige como esposo?

—No sabía que estabas considerando el matrimonio, primo.

Miyon se dignó a sonreír, como quien cree tener la llave de las puertas cerradas de otro.

—Podría convencerme de considerarlo, si hubiera algún beneficio.

—¡Vaya! —murmuró Rohan— Esta generación de jóvenes... Uno pensaría que el encanto de la dama sería tu principal motivación.

—El romance en el matrimonio es el lujo de un príncipe con un puerto seguro —declaró Miyon rotundamente—. ¿Qué trato podemos hacer, primo?

Rohan lo miró directamente a los ojos. Los de Miyon eran negros, como las astillas de piedra vítrea encontradas en Cuenco Celestial.

—¿Qué tenías en mente?

—Mi apoyo a tu causa, a cambio de derechos de navegación en Tiglat.

—Con Chiana como... ¿cómo lo dijo tu hombre? Ah, sí: el fino envoltorio de seda.

—No me aliaría con una plebeya, por supuesto. Mi disposición a casarme con ella contribuiría en gran medida a convencer a los demás de sus derechos frente a los de Masul.

—Adiós al romance. ¿Es eso todo lo que quieres?

—El libre acceso al puerto de Tiglat no es descabellado como una parte de su dote.

—Una parte —repitió Rohan en voz baja—. ¿Qué más?

—Diez kilómetros cuadrados de tierra del norte para usar como plataforma para mi comercio.

—¿Y?

—Las doscientas piezas de oro que les diste a sus otras hermanas, las que se casaron.

—¿Y? —preguntó Rohan de nuevo, pacientemente.

—¡Tus ejércitos lejos de mi frontera!

Rohan echó un vistazo al reloj de agua en la esquina y sonrió.

—¿No me digas que un simple ejercicio militar a cincuenta kilómetros de tu frontera te ha puesto nervioso? ¿Tú y tus Méridas armados con el mejor acero cunaxano?

—Vine aquí a ofrecerte…

—Viniste aquí a que te sobornara. —La sonrisa de Rohan no se desvaneció, pero sus ojos y su voz eran gélidos—. Te conozco, Miyon. Tienes tres ambiciones en la vida: un puerto, una gran porción de mis tierras para quitarte de encima a los Mérida, y el reconocimiento de que eres un hombre digno de sentarse en conferencia con príncipes. Las dos primeras dependen completamente de mí. La tercera es tu problema. No seré el medio por el cual te reafirmes en tu hombría.

Miyon se puso de pie de un salto, temblando de furia por el insulto.

—¡Cómo te atreves!

—Escúchame bien, principito. Quieres a Chiana porque crees que te traerá las tres cosas: derechos de navegación en Tiglat, un trozo de mis tierras y elogios de los príncipes por tu astucia al burlarme. ¿Es este un buen resumen?

—¡Es la mejor oferta que recibirás!

—Creo que no. El día que Chiana se case contigo será el día en que cruzaré tus fronteras, todas ellas, con más tropas de las que podrías reunir en veinte años. Con solo una de tus codiciosas monarquías en mi flanco norte me basta, y tú y Chiana juntos me causarían una irritación insoportable. Yo también la conozco, Miyon. Te he permitido sobrevivir hasta ahora...

—¡Me has permitido! —gritó Miyon.

—Esos consejeros que te mantuvieron encadenada durante tu juventud no te enseñaron modales. O quizás has pasado demasiado tiempo cerca de los Mérida. ¿Sabes qué eran originalmente? Una hermandad de asesinos entrenados que usaban cuchillos de cristal afilados como navajas. Se dice que mataban casi sin dolor. —Rohan se inclinó hacia delante, con las palmas de las manos apoyadas en el escritorio—. Puede que alguna noche te encuentres intentando respirar con un cuchillo de cristal en la garganta, primo.

—¡Tienen todo el derecho al Desierto! Todas esas tierras eran suyas antes de que tu abuelo...

—No tienen ningún derecho, por eso la mayoría de los demás príncipes apoyaron a mi abuelo. Miyon, te importan un bledo sus derechos, salvo cuando puedan servir de excusa para tus propias ambiciones. Y te diré algo más, principito. Sé que Kiele te ha ofrecido ciertas cosas, pero no confías en ella. Y tampoco crees del todo en este farsante.

—¿Cómo...? —Miyon se detuvo demasiado tarde, con el rostro rojo de rabia.

—Intentas construir un puente desde el centro del río, y quien te proporcione más tablones te tendrá de su lado. No te ofrezco nada, Miyon. No necesito tu apoyo, sobre todo si lo compro con mi honor y el futuro de mi hijo. Por mí puedes caerte al río y ahogarte. Tienes mi permiso para retirarte.

Por un instante, Miyon pareció como si la furia asesina en sus ojos fuera a desahogarse en un ataque físico contra Rohan.

—¡Tú y tu zorra Mensajera del Sol! —espetó— Espiando, manipulando... ¿crees que los príncipes se quedarán de brazos cruzados para siempre? ¡No nos gobernarán desde Stronghold y la Fortaleza de la Diosa! Hemos soportado a los faradh'im y hemos soportado a un Alto Príncipe, ¡pero no a ambos a la vez!

—Cuando repitas esta historia, Miyon, asegúrate de decirla con sinceridad —dijo, y le dedicó una sonrisa sardónica—. Veo por mi reloj que sus excelencias de Ossetia y Syr deberían estar en la antecámara ahora mismo, escuchando cada palabra. Sería terriblemente vergonzoso ser corregido en público.

Tallain, un chico listo, eligió ese momento para rodear el biombo.

—Su alteza real, el príncipe Chale y el príncipe Davvi esperan a su excelencia.

—¿Lo ves? —Rohan le sonrió radiante a Miyon.

—Tenías razón. Dales vino, Tallain, y diles que estaré con ellos enseguida. ¿Y bien, Miyon?

—Hoy te has ganado un enemigo, Alto Príncipe —sentenció con la voz entrecortada por la ira.

—Tu casa y la mía han sido enemigas desde el día en que el primer Mérida fue bienvenido en Castillo del Pino —la sonrisa había desaparecido de los labios de Rohan—. Me sorprende que te haya costado tanto darte cuenta.

Miyon giró sobre sus talones y salió del pabellón. Chale y Davvi entraron al instante en la zona privada, y Rohan se puso de pie, saludándolos con una mueca cómica.

—Temía que dijera algo como *¡lo lamentarás!*

—Fue una jugada asesina —comentó Davvi—. Es un cabrón cruel, Rohan. Cuídalo.

Chale, sentándose, miró a Rohan con curiosidad.

—Aprecio tu punto sobre un matrimonio entre él y Chiana. ¿Qué no se les ocurriría a los dos? Pero dime, ¿cómo sabes que habló con Kiele?

—No tiene nada que ver con los Mensajeros del Sol, primo. Cabar de Gilad tiene una esposa que adora a su marido y detesta a Miyon. Y mi hermana tuvo la oportunidad de hablar con ella cuando nuestras damas pasaron la tarde juntas el otro día... —Terminó encogiéndose de hombros.

—Ah, sí, la formidable princesa Tobin —resopló Chale—. ¡Si yo hubiera sido veinte años más joven, habría competido contra Chaynal por ella, déjame decírte! —Siguió mirando a Rohan, pero ahora una leve sonrisa se dibujó en sus labios—. Estaba recordando a ese joven príncipe de rostro inocente que nos cautivó a todos en su primerañ Rialla. Tu padre estaría orgulloso de ti, Rohan.

—Gracias. Lo aprecio mucho, sobre todo viniendo de un hombre que no siempre estaba de acuerdo con él. —Rohan se hundió en una silla, lejos de su escritorio—. Hablemos de cosas más agradables, ¿de acuerdo? ¿Te gusta tener a Gemma contigo?

—Davvi ha hecho un excelente trabajo con su educación —dijo Chale con brusquedad—. Tiene una buena cabeza y un buen corazón. Me recuerda a su madre, mi hermana Chalia. Pero supongo que me preguntas qué me parece la idea de ella y el hijo de Davvi, Tilal.

—Su excelencia y yo lo hemos estado discutiendo toda la mañana —intervino Davvi, y añadió con una sonrisa triste—: Estamos de acuerdo en que he sido un idiota por no haberlo visto antes. Y ha tenido la amabilidad de sugerir que celebremos las ceremonias en privado, después del Rialla.

—Con respeto a mi hijo y a mi nieto, así como al joven Kostas —asintió Chale.

—Quien no puede estar nada contento de perder semejante premio. ¡Mis señores, no puedo expresarles lo contento que estoy de que al menos una cosa haya salido bien este año!

Rohan señaló a Tallain, quien trajo nuevas copas de vino. Brindieron por los jóvenes, en perfecta armonía, una circunstancia tan inusual que dibujó una sonrisa irónica en los tres rostros.

—Se casará con un hombre que la hará feliz y le dará a Ossetia un buen príncipe cuando yo ya no esté. —Chale hizo una breve pausa y se encogió de hombros antes de seguir—. Tienes razón, no tenía mucho en común con tu padre, Rohan, y tú y yo tampoco vemos las cosas de la misma manera. Me irrita estar de acuerdo con Miyon en algo, pero que tu hijo sea un Mensajero del Sol y un príncipe también me preocupa. Me gusta lo que he visto de él, no te equivoques. Pero aún le quedan muchos años por crecer y el poder ha arruinado a hombres buenos en el pasado.

—Entiendo tus dudas, primo. Yo también las tengo. Pero también tengo fe en el carácter de Pol y en el entrenamiento que está recibiendo de Lleyn, Chadric y Audrite.

—¿Y cuando vaya a la Fortaleza de la Diosa y descubra lo que puede hacer con la luz del sol y el Fuego? ¿Qué pasará entonces? —Chale se aclaró la garganta y volvió a encogerse de hombros— Bueno, eso es para el futuro, y no estaré presente para preocuparme por ello. Tilal creció en tu corte. Él comprenderá estas cosas mejor que yo. En cualquier caso, estoy de tu lado en el asunto de este impostor, por dos razones.

—Agradezco tu apoyo, mi señor —comentó Rohan en un intento de ocultar su alegría y sustituirla por gratitud.

—Deberías estar agradecido de que Roelstra se presentara ante ti —señaló Chale con severidad—. Solo un necio preferiría a otro como él antes que a ti. Y por lo que he visto del chico, pensar en el hijo de Roelstra en el Castillo del Peñasco me repugna. Esa es mi primera razón. La segunda es Gemma. Ella y Tilal tendrán que lidiar con él si es proclamado, y ella ha dejado muy claro que, independientemente de los sentimientos de su Elegido, considerará a Masul un enemigo para siempre, después de lo que Roelstra le hizo a su hermano. —El anciano príncipe gruñó—. ¡Usando el orgullo del chico para hacerle responsable de lo peor de las batallas! Sabes que a menudo apoyaba a Roelstra, todos lo hacíamos, pero ese asunto me abrió los ojos.

Rohan no pudo evitar decir:

—Y sin embargo, fue en una batalla contra mí en la que Jastri murió —las palabras salieron inopinadamente de su boca; apenas un recordatorio de que eso aplicaba para ambos Altos Príncipes.

—¿Crees que soy tan tonto? Puede que fuera mi sobrino, el único hijo de mi hermana muerta, pero sé quién lo puso en el camino de su muerte. No me hace sentir aprecio por ti que lideraras las tropas que lo mataron, pero sé quién fue el verdadero responsable de su muerte.

—Perdóname —contestó lentamente.

—La política es un asunto extraño —reflexionó Chale—. Mira a Saumer y Volog. Peleándose durante años, y ahora mimando a su nieto y heredero mutuo como si nunca se hubieran robado una sola oveja. Y si estás contando verdaderas rarezas, ahí está la hija de Roelstra como tu regente en Marca del Príncipe. —Suspiró y negó con la cabeza—. Sabes, la mayoría somos personas razonables. Los príncipes tienen que serlo para sobrevivir. Miyon aún no lo ha aprendido, y eso lo hace peligroso.

—¿Tan peligroso como la princesa Mensajera del Sol que tengo por esposa? —dijo Rohan sonriendo.

Chale pareció sorprendido y luego estalló en una risa ahogada.

—¡Oh, a tu padre le habría encantado!

—Una vez más, me siento halagado —dijo Rohan, sonriendo—. Y permíteme decir a cambio que mi padre habría apreciado tu razonamiento y tu apoyo.

—No digo que vaya a aceptar nada de lo que digas, ¿eh? —replicó Chale mientras lo spuntaba con el dedo.

—Primo, me decepcionarías si lo hicieras.

—Entonces tráeme un poco más de ese vino y brindemos por Gemma y Tilal otra vez. ¡Y que a tu propio hijo le sea más fácil conquistar a su Elegida!

Sioned volvió toda la furia de sus ojos verdes hacia su esposo.

—¿Cómo pudiste? ¡Iba tan bien! ¡Miyon podría haber sido nuestro! ¡Chiana lo tenía en el anzuelo! ¡Solo tenías que ayudarla un poco a atraparlo!

—¿Y si lo hubiera hecho? —haciendo acopio de toda su paciencia, Rohan suspiró— Habría sido su oportunidad perfecta para humillarme. Solo tendría que decirles a los demás príncipes en el consejo que había aceptado sus condiciones para tomar a Chiana, haciendo que pareciera que le había rogado para ganarse su apoyo.

—¡Habría funcionado! —exclamó furiosa.

—Nunca habría funcionado. Escucha, Sioned, quería ser más astuto que yo, demostrar que era más listo, tener algo con lo que controlarme. En cambio, lo puse en su lugar y le hice saber que no puede ser más astuto que yo. Y que nunca lo será. ¿Has olvidado que mantiene Méridas en su principado y en su corte? ¿Que han intentado matar a Pol? ¿Crees que podrían haberlo hecho sin la ayuda de Miyon, o al menos sin su consentimiento?

—Te has ganado un enemigo declarado. ¿Es eso preferible a la fachada de tolerancia?

—Prefiero tenerlo como un enemigo reconocido por todo el mundo, que como un supuesto amigo que podría engañar a mis verdaderos aliados. Ahora lo tendrán en cuenta. Y siempre que se acerque a cualquier otro príncipe, recordarán que él y yo nos oponemos, y se lo pensarán dos veces. Y aparte de todo eso, ¿de verdad querrías a Chiana en nuestra frontera, conspirando con Miyon contra nosotros? ¿Una mujer cuyo nombre significa *traición*? No podía hacer nada más. Lamento que lo desapruebes, pero fue mi decisión, no la tuya.

Guardó silencio un rato, sopesando los argumentos y las posibles repercusiones de los actos de su esposo. Finalmente, negó con la cabeza.

—Entiendo por qué lo hiciste, Rohan. Pero no me gusta que me hayas utilizado. Y lo hiciste, ¿sabes? Y a Tobin también, haciéndonos manipular a Miyon y a Chiana para que llegaran donde querías.

Usar a Chiana contra Miyon había sido idea de Sioned. Rohan no lo había alentado ni interferido; simplemente se había aprovechado de lo que ella había hecho por su cuenta. Una bonita distinción, un alivio para su conciencia, que ella no apreciaría. Fue lo suficientemente sabio como para callarse esos pensamientos y medir sus palabras.

—Has aprendido casi todo lo que un príncipe necesita saber para gobernar. Pero aún te queda aprender que a veces hay que usar a la gente.

—Supongo que es una de las cosas que no aprendí de Andrade —dijo ella en voz baja.

—Ella lo hace a la perfección, y sin remordimientos. No es particularmente agradable, y ciertamente no es noble ni heróico. La diferencia entre Andrade y yo es que a veces, como ahora, odio las cosas que he tenido que hacer. Ah, admito que me lo pasé genial haciendo lo que le hice a Roelstra en mi primer Rialla. Disfruto jugando con aquellos demasiado estúpidos como para darse cuenta de que sus propias ambiciones los han llevado por el camino que quiero que sigan. No me arrepiento en absoluto de Miyon, porque tuvo que aprender a inclinarse ante mí. En cuanto a los demás...

—Déjame adivinar —Sioned sonrió levemente—. Ojalá no se inclinaran tanto.

—Por eso valoro a Chale —dijo mientras asentía—, Lleyn y Davvi. Se inclinan como los demás, pero saben por qué es necesario. Los demás simplemente... lo hacen. —Miró el reloj de agua y suspiró—. Ya ha pasado más de la mitad de la noche. Y mañana no va a ser nada agradable.

—Rohan… —Ella se paró junto a su silla y él la rodeó con dedos suaves—. Déjame ayudarte a dormir, amor. Lo necesitas. —Cuando él sonrió y negó con la cabeza, ella continuó—: Pero estás agotado. Y yo también —añadió con franqueza—. No puedo dormir si tú no lo haces. Solo por esta vez, Rohan. Consiente a tu esposa faradhi y deja que te haga un poco de magia.

—Lo harás de todos modos, ¿verdad? —preguntó tras una breve pausa.

—Bueno…

—Oh, está bien. Supongo que ya he tenido suficiente por hoy. Y lo único que me falta es una discusión de mi bruja testaruda.

—De nada —le dijo con ironía, y él rió.

Poco después yacían abrazados bajo una sábana de seda ligera y una manta de lana de tejido suelto. Sioned se acurrucó junto a su esposo, con el rostro bañado por la tenue luz de la luna que se filtraba por la abertura de la ventana. Cerró los ojos y tejió las delicadas hebras de plata en una suave red, colocándola sobre Rohan. Él suspiró una vez, sus músculos tensos se relajaron y al instante se quedó dormido.

Ella permaneció despierta a su lado hasta la mañana, escuchando el ritmo constante y tranquilizador de su respiración y sus latidos, que seguían el compás perfecto de los suyos.

Rohan miró a Andrade una vez, viendo su pluma suspendida sobre el pergamino, antes de hablar.

—Su Gracia de Cunaxa.

Miyon se puso de pie, alto, delgado e implacable.

—Me pongo del lado del príncipe Masul.

Lleyn arqueó las cejas. Los privilegios de su avanzada edad y sus largos años de gobierno le permitieron hablar con franqueza.

—La dama Chiana se sentirá decepcionada.

Las mejillas de Miyon se sonrojaron.

—Voto con el cerebro, primo. No con las pelotas.

—En efecto —murmuró Lleyn con tolerancia.

Andrade hizo una marca en el pergamino.

—Su Gracia de Ossetia.

Chale se puso de pie.

—Digo que este joven se equivoca —gruñó, mirando fijamente a Masul, quien permanecía tranquilo y relajado cerca del reloj de agua—. No es más hijo de Roelstra que yo.

—Hermano —dijo Masul, y le dedicó a Chale una pequeña reverencia burlona.

—Silencio —espetó Andrade mientras escribía.

—Su Gracia de Dorval.

Lleyn tardó un poco en levantarse y se apoyó pesadamente en su bastón con cabeza de dragón.

—He observado y escuchado con suma atención, como corresponde a este importante asunto que nos ocupa. No he visto ninguna prueba de que Lady Andrade y la Princesa Regente Pandsala se equivocaran en sus percepciones de la noche en cuestión. Además, no he visto ninguna prueba contundente de que este joven tenga razón en sus afirmaciones. Lamento cualquier dolor que esto pueda causarle, pero en conciencia debo negarme a creerle.

—Su Gracia de Grib —dijo Rohan mientras Lleyn se sentaba y la pluma de Andrade volvía a escribir.

Velden se levantó al instante, con una pose agresiva.

—Debo discrepar de nuestro primo de Dorval. No hay pruebas que contradigan la afirmación. Debe dársele el beneficio de cualquier duda que podamos tener. Yo, por mi parte, no tengo dudas. La evidencia es infalible. Lo acepto como hijo de Roelstra.

—Su Gracia de Fessenden.

Pimantal, largo, flacucho y de mirada perezosa, se levantó de su silla.

—Príncipe Masul —fue todo lo que dijo, con una ligera reverencia hacia el joven.

Rohan se preguntó qué le habría ofrecido Kiele mientras veía a Pimantal volver a sentarse.

—Su Gracia de Syr.

Davvi se levantó, inclinándose ligeramente hacia delante, con los nudillos apoyados en la mesa.

—Estoy de acuerdo con nuestros primos de Ossetia y Dorval, y por las mismas razones. Pero tengo otra razón. Incluso si este hombre fuera hijo de Roelstra, e incluso si yo estuviera convencido de ello, Marca del Príncipe se ganó hace mucho tiempo por todos los derechos de guerra, confirmados por ley. Yo obtuve Syr de forma muy similar. Es cierto que era el único heredero varón que quedaba de la casa Syrena, pero mi reclamación se basaba precisamente en los mismos derechos de guerra con los que se dio la reclamación de Marca del Príncipe. Si esta asamblea decide violar el acuerdo al que llegamos en el año setescientos cinco, durante la primavera, mismo que reconocía los derechos de posesión del Alto Príncipe Rohan, entonces… —Recorrió la reunión con sus fríos ojos verdes—, entonces les aseguro que el mismo principio, o la falta de él, se aplicará en mí.

Tan asombrado como los demás, la sorpresa traicionó a Rohan.

—¡Davvi!

El hermano de Sioned sostuvo su mirada con calma.

—Sabía que no estarías de acuerdo, Rohan. Pero créeme cuando te digo que si un principado ganado y legítimamente confirmado puede ser arrebatado tan fácilmente y entregado a otro, entonces yo y los míos no tendremos tratos con príncipes. —Se sentó.

Rohan tardó un momento en recuperarse. Pero su voz era firme y no dejaba entrever su turbación.

—Su Gracia de Kierst.

Volog se incorporó y lanzó una mirada penetrante a Masul antes de hablar.

—Prefiero el buen gobierno y la paz, demostrados durante tantos años, antes que este desconocido peón que solo me ha convencido de su colosal arrogancia.

Miyon de Cunaxa se puso rígido, ofendido.

—Ten cuidado, primo —dijo con firmeza—. Te sentarás en esta mesa con él antes de que acabe el día.

Volog soltó una carcajada.

—¡Ni hablar, muchacho!

—Mi señor —murmuró Rohan a modo de advertencia—. Su Gracia de Gilad.

Se preguntó por un instante si la princesa Kenza habría logrado insistir a su esposo para que se librara de la influencia de Miyon. Pero Cabar se puso de pie, tragó saliva y murmuró palabras que coincidían con las de los señores de Cunaxa, Grib y Fessenden. Mientras estaba sentado y la pluma de Andrade raspaba el pergamino, Rohan volvió la mirada momentáneamente hacia Saumer de Isel. Su voto era el único que aún estaba en duda. Un perverso sentido del dramatismo en su interior lo impulsó a llamar a Clutha de Meadowland, y la tensión se acentuó un poco más.

El anciano se puso de pie.

—Digo que nuestro primo de Kierst ha hablado con más sabiduría que todos. Pero, al igual que nuestro primo de Syr, tengo otra razón. Durante más tiempo del que puedo recordar, mi tierra ha sido el campo de batalla entre el Desierto y Marca del Príncipe. En los últimos quince años me he acostumbrado a la paz. No pienso ponerla en peligro, porque si alguno de ustedes piensa que entregar Marca del Príncipe a este chico será así de fácil, se equivocan. ¿Y quién lo pagaría con campos quemados y muertos? ¡Yo! Pasé mi infancia,

juventud y madurez viendo cómo ejércitos asolaban mis prados. No lo toleraré también en mi vejez. ¡No, gracias! —Se dejó caer de golpe en su silla y, ceñudo, se concentró en sus manos.

Cinco en contra, cuatro a favor. Rohan se volvió hacia Saumer.

—Su Gracia de Isel.

El antiguo enemigo de Volog, abuelo de su heredero común, se puso de pie a regañadientes.

—Primos —dijo con voz grave y tensa—, he considerado este asunto, como todos ustedes, con toda mi mente y mi corazón. No estoy de acuerdo con las declaraciones anteriores sobre las pruebas. No he visto ninguna prueba que refute o demuestre convincentemente ninguna de las dos partes. Pero pregunto esto: ¿Qué derecho tiene un hombre a sus tierras?

»El Alto Príncipe, mientras aún poseía únicamente el Desierto, afirmó con acierto y sabiduría que, para gobernar con eficacia, debía saber de qué era príncipe. Dedicamos mucho tiempo y esfuerzo a descubrir precedentes para la posesión de nuestras tierras, y los tratados redactados fueron de gran satisfacción para todos. Y, sin embargo, si el derecho precedente y tradicional sobre lo que poseemos es la ley suprema, ¿dónde queda la posesión por derecho de guerra? Si esa es la ley suprema, entonces todos estaríamos a la greña, como en el pasado. —Miró de reojo a Volog, quien lo miró fijamente—. Si un hombre tiene derecho a sus tierras, entonces tiene derecho a dárselas a su hijo. Generalmente el mayor, nacido del seno de su esposa, pero hay varios casos recientes de hijos menores o ilegítimos que heredan. Si les quitamos ese derecho, y si decidimos que la guerra es el medio más legítimo para obtener un principado o una propiedad, entonces anunciamos el caos y más vale que nos preparemos para la batalla aquí y ahora. Porque ninguno de nosotros estará seguro de lo que poseemos, desde el príncipe hasta el más recóndito athri. —Hizo una larga pausa y luego negó con la cabeza.

»No desacredito las palabras de Lady Andrade ni de la Princesa Regente. No descarto a este joven que tenemos ante nosotros. Pero sí creo en la ley y en mi propia conciencia. Y ambos me dicen que Marca del Príncipe, por derecho propio, pertenece al hijo del difunto Alto Príncipe Roelstra. —Echó un vistazo rápido a la mesa y se sentó.

Rohan contuvo el largo suspiro que quería escapar de su pecho, contuvo la amarga decepción que amenazaba con asomar sus labios. Saumer no intentaba fastidiar a Volog ni a nadie; era honesto en sus dudas y creencias. En realidad, se dijo Rohan con humor sombrío, debería estar celebrando las palabras que habían salido de la boca de Saumer: *Creo en la ley*. Llevaba más de veinte años trabajando para inculcar esas palabras y esa creencia en sus compañeros príncipes. ¡Y qué momento para triunfar!

Andrade rompió el silencio con el crujido de un pergamino.

—El recuento es el siguiente: Ossetia, Dorval, Syr, Kierst y Prado del Señor en contra; Cunaxa, Gilad, Grib, Fessenden e Isel a favor. —Levantó la vista de sus notas—. Señores, parece que estamos en un punto muerto.

Rohan evitó la mirada, sabiendo lo que encontraría en ella. Masul se mordía el labio, tamborileando con los dedos de una mano sobre el soporte de madera tallada del reloj de agua.

Por fin, Rohan se levantó, atrayendo conscientemente todas las miradas.

—Mis señores, es como ha dicho la Señora. Ambos bandos carecen de mayoría. Firon no tiene príncipe, y tanto yo como la Princesa Regente estamos claramente descalificados, veo pocas maneras de romper este punto muerto.

Todos se irguieron ante su insinuación, pero fue Masul quien formuló la pregunta.

—¿Qué quiere decir? —Cuando alguien contuvo la respiración indignado ante su tono perentorio, añadió—: Mi señor.

—Quiero decir que hay alternativas. Se han presentado las pruebas disponibles y no han convencido ni en un sentido ni en otro. Pero...

Finalmente miró a su tía. Ella asintió lentamente, colocando sus largas manos con sus diez anillos y relucientes brazaletes sobre la mesa que tenía delante.

—¿Qué ocurre, mi Señora? —preguntó Lleyn con voz suave.

—Los faradh'im poseen ciertas habilidades que no suelen ser conocidas entre la población, ni siquiera entre la mayoría de los faradh'im. Algunos de nosotros somos capaces de captar visiones bastante detalladas del futuro, por ejemplo.

Miyon se recostó en su silla con un gesto de enfado.

—Disculpe, mi Señora, pero seguramente no se propone mostrarnos cómo sería el mundo con el Príncipe Masul en el Castillo del Peñasco. Nunca he oído hablar de nada tan…

Andrade continuó como si no hubiera hablado.

—Yo misma he hecho esas cosas, mis señores. Pero lo que nos importa ahora es otra cosa. El pasado, y en concreto esa noche de hace veintiún años, está en mi memoria. Usando ciertas... técnicas... podré conjurar ese pasado para que todos ustedes lo vean con sus propios ojos. Es algo difícil, y posiblemente peligroso. Pero quienes no me crean, creo que creerán en las pruebas que les presentaré.

—¿Y por qué deberíamos creer esto, o siquiera permitirlo? —exclamó Velden— ¡Yo tampoco he oído hablar de esta supuesta habilidad! ¿Por qué deberíamos confiar en ella?

—¿Te atreves a cuestionar la palabra de la mismísima Señora de la Fortaleza de la Diosa? —preguntó Lleyn, con la mirada atronadora.

—Tranquilo, amigo mío —dijo Andrade—. Tiene todo el derecho a cuestionarlo. ¿Te conformarías, Príncipe Velden, si primero conjurara una escena del pasado que ambos presenciamos?

Cabar se quedó boquiabierto; Miyon estaba ansioso e intentaba disimularlo; el labio de Masul se curvó con desdén. Pimantal parecía intrigado, y Saumer, esperanzado.

—Si eso disipa nuestras dudas y si no es demasiado peligroso para ti...

—Probablemente lo sea —dijo ella encogiéndose de hombros—. Pero considero a esta persona más peligrosa. —Miró a Masul con sarcasmo—. ¿Y bien? ¿Estás lo suficientemente seguro en tu afirmación de la verdad como para que te la revelen a través de las artes de los Mensajeros del Sol?

—Artes en las cuales tengo muy poca fe —replicó él—. Pero si sus gracias lo desean, ¿por qué no? —Sonrió.

—Muy bien —Se levantó e hizo una reverencia a Rohan—. Con su permiso, mi señor, me retiraré a mi pabellón y me prepararé.

—¿Mañana servirá, mi Señora? —Su repentina palidez lo horrorizó.

—Esta noche al atardecer servirá. Me gustaría acabar con esto. —De nuevo, atravesó a Masul con la mirada—. Ya has consumido bastante tiempo y energía, y sus excelencias tienen asuntos más importantes que tratar.

Sin decir una palabra más, salió de la tienda, dejando tras sí un silencio aprensivo. Cada príncipe miró a los demás, y finalmente a Rohan. Este se aclaró la garganta.

Pero antes de que pudiera decir nada, Masul habló, arrastrando las palabras, divertido, pero con un matiz de hostilidad en la voz.

—Bueno, primo —le dijo a Rohan—, parece que la bruja de tu familia es tu última esperanza. Pero no estoy preocupado. Nada me asusta.

—Entonces eres un insensato —respondió Rohan con calma—. Nos reunimos aquí al atardecer, mis señores. Confío en que nadie objetará la presencia de la Alta Princesa y mi hijo, así como de la Princesa Regente.

No hubo objeciones; no podía haberlas. En un renovado silencio inquietante, dejaron a Rohan solo. Permaneció en silencio y sin ver durante un rato después de que se marcharan. Luego, dejándose caer en su silla, se tapó la cara con las manos.

—Dulce Diosa —susurró—. ¿Qué he hecho? ¿Qué estoy a punto de hacer?

Pero no había nadie que pudiera responder.

Capítulo Veintitrés

De todas las personas de Waes que Sioned deseaba ver ese mediodía, la última era Chiana. Pero la medio princesa no se quedó atrás de Tallain, quien había corrido al gran pabellón azul enseguida con la noticia de la decisión de los príncipes. Sioned había estado allí toda la mañana, esperando en soledad y silencio a su esposo, sin querer que ni siquiera Pol compartiera ese tiempo con ella. Tallain, respetando sus obvios deseos, le contó la noticia y se retiró. Pero Chiana le pisó los talones y paseó por las alfombras con la intención de desgastarlas hasta convertirlas en polvo.

—¿Cómo pudiste permitir que esto pasara? —gritó— ¿Cómo pudiste?

—Silencio —le dijo Sioned en un tono que debería haberle advertido que lo hiciera de inmediato.

Chiana estaba más allá de cualquier comprensión rudimentaria de las emociones ajenas; para empezar, no era su especialidad. Sioned se levantó de su silla; una vocecita frenética en su cabeza exigía que Chiana fuera desalojada de inmediato, antes de que Rohan regresara con su indudable necesidad de la poca paz que Sioned podía darle. Pero Chiana continuó reprendiéndola, estridente y voluble en su furioso pánico.

—¡Solo tenías que ordenarlo, y este impostor estaría muerto! ¡Mi padre lo habría ejecutado antes de que siquiera abriera la boca! ¿De qué sirve el poder de un Alto Príncipe si no lo usas? ¡Y ahora debo pagar por esta cobardía! ¡Debo soportar que duden de mi linaje! Debo...

Sioned lo soportó con una paciencia fenomenal antes de que su ira estallara.

—¡Tú, tú y tú! ¿Acaso tu preciado *yo* es lo único en lo que puedes pensar? ¡La hija de Roelstra! ¡Si alguna vez tuve dudas, ya se han desvanecido! ¡Solo la prole de esa víbora egocéntrica y despiadada se comportaría así! ¡Ahora déjame en paz, Chiana, o te echaré de aquí con mis propias manos!

Tuvo la extraña sensación de que era la voz de otra persona gritando, la mano de otra persona alzada amenazadoramente. Pero la visión del anillo de esmeralda le recordó que la mano alzada para atacar era, en efecto, la suya. Se apartó, con náuseas.

—Fuera —susurró—. Fuera antes de que olvide quién soy.

—¡Parece que te has olvidado quién soy yo!

La voz frenética de Tallain se elevó en la cámara exterior del pabellón.

—Su excelencia, por favor...

—¿Está Rohan aquí? ¡Debo hablar con él ahora mismo!

Pandsala; lo único que Sioned necesitaba en ese momento era otra de las hijas de Roelstra. Se giró al oír el crujido del tabique y Chiana soltó una carcajada.

—¡Pandsala! ¡Díselo! ¡Exigimos la muerte de este impostor!

Pandsala se sobresaltó al ver a su hermanastra y pareció culpable. Sioned apretó los puños.

—¿Y bien? —espetó Chiana— ¡Vamos! ¡Díselo! Si ninguna de vosotras tiene el coraje, yo misma ordenaré que ese bastardo sea ejecutado.

—Si muere —oyó Sioned, la extraña voz no le pareció la suya, sino la de alguien más—, tu muerte vendrá después, Chiana, y por mis artes de Mensajera del Sol.

La joven jadeó y palideció.

—¡No te atreverías!

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Sioned.

—¿Ah, no?

En ese preciso instante, Rohan entró en la tienda y se detuvo al instante al ver a las tres mujeres. Observó la furia de Chiana y la desestimó con una mirada penetrante. Luego contempló a Pandsala un instante, con los ojos como astillas de hielo incoloro. Por fin miró a su esposa, con un destello de irritación en el rostro.

—Vengo aquí esperando un respiro y me encuentro un campo de batalla —dijo, el cansancio en su voz, su espalda tensa y lánguida a la vez.

Y dicho esto, se fue.

Chiana se quedó boquiabierta. Pandsala parecía a punto de gritar o atacar a su hermanastra, o quizás ambas cosas. Sioned quiso llorar de dolor al ver los ojos de Rohan tan fríos y muertos, su rostro tallado en piedra. Su propia sangre se congeló en riachuelos de hielo, sus propios rasgos se endurecieron al mirar fijamente a los intrusos en la paz de su esposo.

—Vete —espetó.

—¡No soy una sirvienta! —replicó Chiana, pero sin su anterior furia moral— ¡Soy una princesa!

—¡Cállate, idiota! —siseó Pandsala, y la sacó del pabellón arrastrándola de un brazo.

Cuando Sioned se quedó sola, pasó un buen rato mirando con los ojos cerrados la puerta vacía. Luego, con una orden enérgica, llamó a Tallain y le dijo que fuera a buscar a su hijo.

Tras librarse de Chiana con el simple recurso de empujarla a una tienda cercana y gritarles a los guardias que la mantuvieran allí, Pandsala partió tras Rohan. Tenía una idea bastante clara de adónde se dirigía. Si su objetivo era el silencio, seguramente buscaría el río que bajaba por el campamento. Sabía que lo haría, y su corazón se emocionó al reconocer una similitud de impulsos entre ellos.

Efectivamente, allí estaba él, caminando con paso decidido por la grava húmeda a la orilla del agua, una figura esbelta con pantalones azul oscuro, botas negras y una camisa blanca holgada, coronada por una cabellera rubia. Pandsala se recogió rápidamente sus largas faldas y corrió tras él. Cuando estuvo a una distancia que le permitiera oírlo, mucho más allá de la última tienda en la ladera boscosa, lo llamó a gritos.

—¡Mi señor! ¡Espere!

Rohan se giró con furia, listo para gruñirle a cualquiera que se atreviera a interrumpir. Y de nuevo el corazón de Pandsala se estremeció al verll cambiar su expresión. Aunque su cuerpo de hielo y piedra no se derritió ni se ablandó, tampoco desahogó su ira con ella. Lo habría hecho con casi cualquier otra persona. Pero ahora encontraba en Pandsala, como no en Sioned, el respiro que necesitaba.

Esto fue lo que se dijo a sí misma al acercarse a él, y la respiración entrecortada se debía más a tenerlo solo para ella que al esfuerzo de correr.

—Mi señor, lamento el arrebato de Chiana. Fue imperdonable.

—Pero Chiana tiene muchas cosas imperdonables —respondió—. No corriste tras de mí para decirme esto, mi señora.

—No —admitió en voz baja, con el corazón y la respiración más lentos—. Quería hablar de algunas posibilidades contigo, mi señor. Cosas que podrían ahorrarle a Lady Andrade el peligro de un conjuro.

Sus ojos azules se entrecerraron.

—Ya me ha dicho que no tienes ni la habilidad ni la fuerza para algo así. Por favor, no lo sugieras, Pandsala.

—Lo haría —insistió ella, apartando la mirada de la suya para mirar el río—. Pero puede que ninguno de los dos tenga que intentarlo.

—Explícate.

Miró hacia la orilla boscosa.

—Por favor, mi señor —dijo, casi suplicante, y miró hacia la orilla boscosa—, ¿caminamos un poco más? No veo a nadie, pero...

Rohan asintió y caminaron. Al cabo de un rato, Pandsala habló en voz baja y urgente.

—Los príncipes están en un punto muerto, sin esperanza de persuadir a ninguno de los partidarios de Masul para que cambie de opinión. Sabes tan bien como yo que esto significa que tendrá que ser reconocido como gobernante de Marca del Príncipe. Sin votos suficientes para denegarlo, tu propio honor exigirá que sea confirmado, sin importar si hay otros cinco príncipes que crean que es falso. Si hubiera habido seis o siete, podría haber sido denegado. Pero incluso entonces, incluso con solo dos o tres príncipes para defenderlo, podría haber organizado un ejército para luchar por Marca del Príncipe, con esos príncipes de su lado. Si lo deniegan ahora, hay cinco que lo acogerán y lo abastecerán. No deseo la guerra más que tú, mi señor. Pero la guerra seguramente llegará, y no solo entre tú y Marca del Príncipe. Todos los demás se verán involucrados, y se agotarán todos nuestros recursos.

—Conciso y preciso —dijo Rohan con tono cortante—. ¿Qué propones como solución?

—Si las consecuencias del problema no pueden eliminarse, entonces debemos ir a su origen. Al propio Masul.

—¿Y tú qué harías?

Lo miró de reojo, respirando hondo.

—Lo que Chiana propuso justo antes de que entraras en el pabellón. Matarlo.

Rohan se detuvo y se giró hacia ella.

—Pandsala…

—¡Escúchame, mi señor! ¡Por favor! Ya he matado usando métodos faradhi antes, ambos lo sabemos.

—Sioned también —espetó—. ¡Eso no significa que ninguno de los dos lo vuelva a hacer, y menos ahora!

—¿Sioned también? —Esto era nuevo para Pandsala, quien se recordó a sí misma que debía reconsiderar su opinión sobre la Alta Princesa— Entonces lo entenderá. Lo haré, mi señor, puedes culparme de todo y castigarme como creas conveniente después. Masul no es hijo de mi padre, y aunque lo fuera, no podría soportar verlo suplantando a Pol en el Castillo del Peñasco.

—¡Detén esto! ¡Basta ya!

—Mi señor, es la única manera. —Ella lo agarró del brazo, sintiendo los fuertes músculos bajo la camisa—. Todo esto es culpa mía. Chiana tenía razón en eso. Si no hubiera conspirado con Ianthe y luego con Palila, nada de esto habría sucedido. La responsabilidad es mía. La acepto libremente. Mataré a Masul por los medios que solo un Mensajero del Sol posee, y lo haré a la vista de todos. Tú y Andrade decidirán mi castigo, y si es la muerte, que así sea.

Por un instante maravilloso, pensó que estaba tentado a barajar tal posibilidad. Pero su respuesta fue un gruñido.

—¡No quiero oír más de esto! —Se apartó de ella, con los tacones de sus botas crujiendo furiosamente en la arena.

—¡Rohan, por favor! —Ella lo alcanzó de nuevo, agarrándole la mano entre las suyas esta vez, con tanta fuerza que su anillo de topacio se le clavó en la palma. La luz del

mediodía le bañaba el pelo y la frente, dorando su ya dorada piel y hundiendo sus ojos en la sombra— ¡Con Masul muerto, y conmigo castigada bajo tu juicio, ya no habría peligro para Pol!

—¡Con Masul muerto, siempre habría dudas! Si esta fuera una alternativa viable, lo habría hecho yo mismo. ¿Crees que necesito que otros maten por mí? ¡Me las arreglé bastante bien matando a tu padre! —Él apartó la mano de la suya y cerró ambas palmas sobre sus hombros— Lo que dices es una locura. Tú lo sabes, yo lo sé. La Diosa es testigo de que yo también estoy al borde de una especie de locura. Escúchame, Pandsala. ¡Masul no puede morir hasta que todos crean, no en él, sino en Pol! Una vez que eso ocurra, su muerte será segura, pero no porque me haya desafiado. ¡No puedo ser yo quien lo mate, y tú tampoco!

—¿Qué más daría? —gritó— ¡Ya he matado por Pol muchas veces!

Por un momento, Rohan no comprendió del todo. Luego, lentamente, escudriñó sus desesperados y apasionados ojos oscuros, y el oro de su rostro palideció hasta convertirse en gris, como ceniza. Sus dedos se clavaron dolorosamente en su carne.

—¿Qué dices? —susurró— ¿Qué has hecho?

Pandsala lo enfrentó, con la excitación como vino fuerte en la sangre, y le contó la verdad de los últimos catorce años.

Rohan escuchó, incrédulo, el espantoso catálogo de sus crímenes. Con creciente horror, oyó las palabras fluir, la voz febril de Pandsala y sus ojos desorbitados, dando una frenética realidad a cosas sacadas de pesadillas. Por fin, ella se detuvo en seco, con las manos apretadas sobre el pecho de él, los anillos de Mensajero del Sol y su propio regalo de amatista y topacio guiñándole un ojo burlón a la luz del sol.

Ella ya había matado por Pol antes. No solo aquél arquero, devenido en antorcha viviente en las almenas del Castillo del Peñasco. ¡Oh, no! Y con qué eficiencia, con qué lógica había elegido a quién matar y cómo.

El hijo nonato de Naydra —el hijo de su propia hermana— había sido el primero, asesinado en el vientre materno un año después de que Pandsala se convirtiera en regente. Naydra casi murió a causa del aborto. Pero sin heredero, Puerto Adni volvería a manos de Kierst tras la muerte de Lord Narat. Y Kierst estaba gobernada por el pariente de Pol.

Otra hermana, Cipris, había sido asesinada con un veneno lento introducido en el pergamino de sus cartas privadas. Propuesta esposa del heredero de Clutha, Cipris había muerto antes de dar a luz a un varón de la línea de Roelstra que algún día pudiera desafiar a Pol.

Luego, Obram de Isel. El único hijo de Saumer se había casado con Birani, la hija de Volog; no hubo descendencia del matrimonio antes de que se ahogara una primavera en la costa de Iseli. Su hermana Hevatia, esposa del heredero de Volog, ya había dado a luz al hijo que, con la muerte de Obram, se convirtió en heredero de ambos principados. Un Kierst e Isel unidos algún día serían gobernados por el pariente de Pol.

Lady Rusalka había muerto en un accidente de caza poco antes de su matrimonio. Lady Pavla había sucumbido a un collar con puntas envenenadas apenas un año después de su matrimonio con el príncipe Ajit de Firon. Ambas mujeres eran hermanastras de Pandsala, y ambas fueron asesinadas por la misma razón que Cipris.

Y había más. Lord Tibayan de Bajo Pyrme, al resistirse a cooperar con Davvi en la regulación de las tasas portuarias y otros asuntos, junto con la frontera syrena con Ossetia, pagó con la vida su intransigencia. Lo mismo le ocurrió a Lady Rabia de las Colinas Catha, cuya muerte al dar a luz a su tercera hija se produjo justo después de que su esposo bloqueara la construcción de un puerto en la desembocadura del Faolain, un objetivo

comercial fundamental tanto para Syr como para el Desierto. Patwin se había mostrado mucho más dócil desde la muerte de su esposa. Sin duda, Pandsala tenía esto en mente cuando mató a otra hermana.

Y otra más, hacía dos años: Lady Nayati, que había caído en manos de lo que parecía ser un bandido callejero común en Waes durante una visita a Kiele. Ella tampoco tendría herederos varones que desafiaran a Pol.

En estas mismas vacaciones de Año Nuevo, mientras Rohan y Sioned planeaban el avance a través de una Marca del Príncipe conquistada por la sonrisa de Pol, Pandsala se había ocupado de conquistar a Firon mediante la muerte de Ajit. Se había impacientado; ansiaba que el anciano muriera de muerte natural, y lo había apresurado con vino envenenado que le había afectado el corazón hasta detenerlo.

Finalmente, esta primavera, llegaron Inoat y Jos de Ossetia. Muertos en un accidente de barco en el lago Kadar, dejando a Gemma, la sobrina de Chale, como única opción como heredera del principado. Y con los rumores de que Kostas se casaría con Gemma, ¿era de extrañar que Inoat y Jos hubieran muerto? Poco importaba que Tilal, y no Kostas, fuera el esposo y príncipe de Gemma; el efecto era el mismo: otro principado gobernado por otro pariente de Pol.

Pandsala había puesto sus miras en Kiele este año. Incapaz de evitar el matrimonio con Lyell, ocurrido antes de la regencia de Pandsala, por alguna razónhabía dejado que Kiele viviera lo suficiente para tener un hijo y una hija. Pero este año la habían elegido para la muerte por defender a Masul.

¿Y otros asesinatos propuestos? Nada menos que los hijos de Ianthe. Se conocían sus nombres, pero no su paradero. Aunque no se sabía nada de ellos desde que Feruche ardió hasta los cimientos, Pandsala estaba convencida de que vivían. Había buscado a los hijos de Ianthe durante años, los buscaría mientras tuviera aliento, hasta que, o a menos que, se probara fehacientemente que estaban tan muertos como su madre. Porque estos tres, más que cualquier otro nieto de Roelstra, ansiarían tierras, castillos, principados, poder... y la muerte de Pol.

Once muertes en menos de quince años. Y ni un solo indicio, ni un rumor, se había oído jamás de que hubieran sido algo más que tristes accidentes o muertes naturales. Nada los había relacionado jamás con la mujer que lo miraba ahora, con los puños apretados contra su pecho.

Rohan miró fijamente los febriles ojos oscuros de Pandsala. El sudor le salpicaba la frente. Hacía calor allí, bajo el sol, pero el fuego que ardía en su interior era aún más intenso.

Rohan intentó respirar a pesar de la horrible opresión en el pecho.

—Oh, dulce Diosa, ¿por qué? —La pregunta fue un susurro mortal, áspero y desesperanzado. Y con todas las demás verdades reveladas, ahora escuchó la más terrible de todas.

—¡Por el hijo que te dio, el hijo que debería haber sido mío!

El pánico se apoderó de él y fue reprimido con una velocidad violenta; pues si ella lo sabía, debía mantener la calma, no ceder al miedo, la rabia ni a nada que pudiera destruir el repentino equilibrio que percibía entre ellos. Era un equilibrio enfermizo y retorcido, con Pol como punto de apoyo: el amor de Rohan contra las mentiras de Pandsala. Pero al comprenderlo, encontró la fuerza para preservarlo.

Porque debía proteger ese equilibrio a toda costa. Él le había dado poder, Marca del Príncipe y su orgullo, y ella había respondido con una devoción inquebrantable para reducir las filas de quienes pudieran oponerse a Pol. Que esta lealtad hubiera adquirido una forma

tan atroz era su pago por haberla usado tan bien, por haber sido tan ciego. En los oscuros ojos de Pandsala brillaba un odio que nunca se había dirigido a Rohan. Ahora no se dirigía a él. Su rechazo por Sioned debería haberle valido el odio. No fue así. ¿Cómo podía odiar al hombre que le había dado la vida, al hombre por cuyo hijo había trabajado durante tantos años? No, Rohan no figuraba en la lista de sus odios.

A su padre, sí, por exiliarla a la Fortaleza de la Diosa. A Sioned, que poseía el corazón, el cuerpo y la mente de Rohan. A Ianthe, que había dado a luz a su hijo. A estos tres los odiaba. Pero Rohan vio algo más en los ojos de Pandsala. Los odiaba porque él se había dedicado más a ellos que a ella. Los celos eran el núcleo de su odio. Celos de Roelstra, a quien Rohan había combatido; de Sioned, a quien amaba; de Ianthe, que había gestado a su hijo. Lo habían reclamado y Pandsala no podía hacer lo mismo. Así que ella había reclamado el futuro de su hijo. Asesinó para demostrarle su amor, pervirtió otras vidas para mantenerlo a salvo. Creó gran parte del mundo que Pol heredaría, un legado de sangre y odio.

Era la hija de Roelstra.

Andrade se lo había advertido hacía muchos años. También Tobin, Chay y Ostvel. Pero Rohan había estado demasiado seguro de su propia astucia. Demasiado arrogante en su propio poder como para considerar cómo ella podría usar el suyo. Demasiado dispuesto a creer que trabajaría al máximo de sus capacidades por la causa de Pol en Marca del Príncipe.

Oh, sí, ella había trabajado. Al máximo de sus enormes capacidades.

No podía hablar, mortalmente temeroso de decir algo que perturbara ese terrible equilibrio entre ellos, que de romperse podría ponerla en contra de él y de Pol. Ella ejercía sobre él un poder que lo aterrorizaba y enfurecía. Pero era tan incapaz de matarla ahora como lo había sido de matar a Ianthe años atrás en Feruche. *¡Cobarde!*, se acusó a sí mismo, y tuvo que responder: *Sí.*

La voz grave e intensa de Pandsala lo desgarraba.

—Sus ojos... podrían ser míos, ¿sabes?, en forma, si no en color. Hay algo en él... cosas que no hablan de ella, sino de mí. Lo vi en él desde el principio. ¡Debería haber sido nuestro, Rohan, no suyo! Ella no lo merece. He visto cómo la mira con tanto amor... un amor que debería haber sido mío...

—Ella… —Se atragantó y, como un golpe en el corazón, la certeza lo invadió: Ella no lo sabía. Y de repente, la balanza se inclinó a su favor. Esa única verdad era más poderosa que todas sus mentiras. Creía que Pol era el hijo de Sioned. No sabía nada de Ianthe. Y mientras el poder surgía en él, fuerte y letal como Sioned a veces describía el destello del poder de los Mensajeros, supo que usaría esa verdad con la misma crueldad con la que la propia Ianthe lo habría hecho.

—Lo he considerado nuestro —continuó Pandsala en voz baja, casi como sumida en sueños—. Cuando no está cerca, puedo creer que es tuyo y mío. Ninguna madre de sangre podría amarlo más, desear más para ellal. Si crees que lo que he hecho es horrible, entonces piensa en cómo habría sido su vida si no hubiera actuado. Todos esos rivales que podrían haber surgido de los matrimonios de mis hermanas... ¡Me deshice de la mayoría y me alegro! ¡Será Alto Príncipe y faradhi, el hombre más poderoso que jamás haya existido! Piensa en lo que he hecho por amor a él, Rohan, ¡cosas que ella nunca habría hecho!

Sus ojos brillaron encantados ante su trabajo en nombre de Pol, acciones que atormentarían su hombría como Alto Príncipe y faradhi. El equilibrio entre ese chico limpio y orgulloso por un lado y esta terrible mujer empapada de sangre por el otro se volvió repentinamente intolerable.

—Sioned nunca habría hecho tales cosas —dijo Rohan en voz baja—. Pero Ianthe sí.
Pandsala lo miró sin comprender.
—¡Tu hermana! ¡La madre de Pol! —gritó, zarandeándola hasta que su cabeza colgaba sobre su cuello, con el pelo largo cayéndole sobre la cara—. ¿Creías que me había atraído a Feruche y me había retenido allí para que me entregara a una tortura común? ¿Por qué crees que me dejó ir? ¡Estaba embarazada de mi hijo! ¡El niño que dices amar es el hijo de la hermana que odias! ¡Pol es hijo de Ianthe... y mío!
Pandsala dejó escapar un gemido lastimero y se desplomó de rodillas, acurrucada, balanceándose con los brazos alrededor del pecho como para mantener su cuerpo unido. Rohan se alzó sobre ella y pronunció palabras que la destrozaron por completo.
—La primera vez, pensé que era Sioned. La segunda, fue una violación. Sabía exactamente quién era y qué hacía. Me mantuvo allí hasta que estuvo segura, y luego se rió y me soltó. Fui a la batalla, sabiendo que mi hijo estaba en su vientre. Sioned también lo sabía; esperó, esperó, y luego fue a Feruche a llevarse al niño y a arrasar con el castillo. ¿Qué se siente al saber que has trabajado, conspirado y asesinado por el hijo de Ianthe?
Pandsala había matado niños. Al hijo no nacido de Naydra, Jos de Ossetia, que era solo un niño pequeño. Había dejado a otros niños sin padre ni madre; había tomado hijos de ancianos y mujeres que ya no podían soportar más.
Lo había hecho por odio a Roelstra, regocijándose de que un príncipe que no era de su sangre gobernara sus tierras, de que los herederos de su linaje nunca se sentaran en el Castillo del Peñasco. Lo había hecho por amor a Rohan, regocijándose de que el hombre que su padre e Ianthe odiaban gobernara Marca del Príncipe. Y ahora sabía que el chico que había sido su venganza era de la sangre de Roelstra y del linaje de Ianthe. Soltó un sollozo que sonó como su último aliento y hundió los dedos en su cabello rizado, balanceándose de un lado a otro.
—Lo que has hecho, Diosa, lo que has hecho será una carga para él el resto de su vida —dijo Rohan con tono perentorio—. Pero ya no serás una carga para él.
Alzó la vista al oír eso, con el rostro hinchado por el horror contenido y las lágrimas que brotaban de sus ojos pero no caían.
—Si tengo que morir, que sea por un propósito —dijo con voz ahogada.
—¿Qué propósito? ¿Matar a Masul? —Quiso preguntarle por qué, si era tan leal a Pol, no había matado a Masul mucho antes. Pero sabía que si hubiera podido, lo habría hecho— Oh, no. Vive hasta que se demuestre que miente. No voy a pasar el resto de mi vida escuchando dudas sobre el derecho de Pol a Marca del Príncipe. —Sonrió levemente—. Y es un gran derecho, ¿no te parece?
Se desplomó, con el cabello desordenado a su alrededor, y a la luz del sol vio las vetas blancas a través de él.
—Entonces mátame ahora —dijo con voz apagada.
—Pol no puede permitírselo. Si te someto a juicio y te condenan como mereces, la carga sobre él será mayor. Así que no te mataré. —*Pero, Diosa, cuánto me gustaría, y con mis propias manos…*—. Quizás soy el cobarde que Chiana cree que soy. Pero después de lo que has hecho, creo que la mejor muerte para ti es a la que tu padre te condenó hace años. No te enviaré a la Fortaleza de la Diosa. Te retirarás tranquilamente a una mansión en algún lugar; quizás reconstruya Feruche para ti —sugirió con saña—. ¿Te gustaría supervisar su reconstrucción, Pandsala? ¿Lo harías?
Un escalofrío de odio la recorrió. Aun así, tuvo el valor suficiente para sostener su mirada.
—Como desees, mi señor. Soy tuya ahora, como siempre lo he sido.

—No acepto los regalos que me ofreces. ¿Acaso entiendes lo que has hecho? ¿Entiendes?

—Sé que lo hice todo por el bien de Pol. Por ti. Los amé a ambos. Que la Diosa me ayude, todavía los amo. No me arrepiento de nada.

—Lo harás. Créeme que, en los años venideros, mientras observas la Larga Arena desde Feruche, sabrás lo que es el arrepentimiento.

Él mismo lo sabía ahora, pues no podía matarla aunque cada fibra de su ser clamara por su muerte. No sería más que justicia por todos los asesinatos que había cometido, todos los hombres, mujeres y niños que había destruido en nombre de Pol. Sintió la tentación por un momento. Pero el bárbaro que llevaba dentro era el vencedor, ajustándose por una vez al príncipe civilizado. Condenarla a una muerte en vida, encerrada en Feruche, era infinitamente más cruel que si le hubiera clavado un cuchillo en el corazón. Más cruel y más práctico.

No, no la mataría, y no podía exponer sus crímenes. Él tendría que vivir con esto. Y ella también.

—Levántate —ordenó. Cuando pareció que no tenía fuerzas para hacerlo, la tomó de los codos y la puso de pie de un tirón. Ella se tambaleó, se echó el pelo hacia atrás y bajó al río para lavarse las manchas de emoción del rostro. Rohan la observó impasible, deseando nada más que su muerte. Ahora comprendía que el impulso era su propia vergüenza por haberse equivocado tanto, tan fatalmente equivocado. ¿Era eso realmente lo que no podía soportar? ¿Haber cometido un error tan terrible? Deseó poder buscar el consejo de Sioned. Pero se prohibió ese consuelo, esa comprensión segura. Para siempre.

Cuando Pandsala se arregló el pelo y le alisó las faldas, Rohan emprendió el regreso al campamento. Oyó sus pasos tambaleantes tras él. Dondequiera que estuviera, fuera cual fuera el exilio al que la condenara, sabía que oiría esos pasos tras él durante el resto de su vida, tropezando con cadáveres.

El príncipe Lleyn necesitaba no solo el apoyo de su bastón, sino también del fuerte brazo de su hijo mientras entraba en el pabellón de Rohan. Chadric acomodó a su padre en una silla y se quedó de pie a su lado, con el rostro cuidadosamente controlado para mantener la neutralidad. La expresión de Lleyn era perfectamente legible; expresaba molestia y curiosidad a la vez.

—Muy bien, aquí estoy. Ahora dime qué es lo que no puede esperar ni un instante más.

—Perdóname por haberte convocado —comenzó en voz baja, manteniéndose frente al anciano.

—No lo habrías denominado orden del Alto Príncipe a menos que fuera necesario. ¡Dímelo, maldita sea!

—Necesito un gran favor de usted, mi señor. Tanto de usted como del príncipe Chadric. —Dudó un momento, luego miró a Sioned. Tenía la cabeza gacha, los dedos fuertemente entrelazados en el regazo, el cuerpo completamente inmóvil. Había cumplido su promesa, no le había dicho nada. Y cuánto lo lamentaba. Devolvió la mirada a Lleyn—. Firon desea un príncipe descendiente de su propia realeza. Te pido ahora si me harías el favor de considerar a tu nieto, el príncipe Laric, para ese puesto.

La piel apergaminada de Lleyn se sonrojó ligeramente en los pómulos y clavó en Rohan una mirada dura e inquisitiva. Pero fue Chadric quien habló, con una voz tan desconcertada como su expresión.

—¿Laric? ¿Por qué? El derecho de tu hijo es mucho más fuerte, y proviene tanto de ti como de la princesa Sioned...

—Silencio —susurró Lleyn. Su mirada ahora leía el alma de Rohan. Pasó mucho tiempo antes de que hablara con una voz como el susurro de las hojas secas—. Creía que Firon se había decidido por Pol. Algo te ha hecho cambiar de parecer. Algo que ocurrió hoy. No creo que haya sido la votación, pero si esa es la razón que deseas dar, la acepto.

Rohan inclinó la cabeza.

—Gracias, mi señor.

—Con mi nieto como Príncipe de Firon, tendrás un sexto y decisivo voto a favor de Pol. Lo entiendo. No te preguntaré por qué no se propuso esto antes, cuando podría habernos ahorrado muchos problemas.

Rohan asintió de nuevo, casi haciendo una reverencia.

—¿Pero lo has pensado bien? Sabes que no tengo ambiciones fuera de mi isla. Chadric ocupará mi lugar cuando me vaya, y después de él su hijo mayor, Ludhil. Para Laric, estará la mansión de su madre, Sandeia, o la gobernación de los puertos, o lo que le guste y se adapte a sus talentos. No nos inmiscuimos en los asuntos del continente, Rohan. No tenemos necesidad de hacerlo. Es una de las razones por las que prosperamos.

—Lo entiendo, mi señor. Pero no es posible que mi hijo herede Firon ni ninguna parte de él.

Acababa de pasar por una turbulenta discusión con Sioned, Tobin y Chay precisamente sobre ese tema. Como era comprensible, todos discutieron. Y por primera vez desde que lo conocían, gritó que era su decisión y su voluntad y que acatarían los dictados del Alto Príncipe o de lo contrario... Aturdido, dolido y furioso, Tobin salió del pabellón hecho una furia. Chay lo siguió tras una única mirada elocuente. Muda de vergüenza por la traición, Sioned se negó a mirarlo. Se quedó solo porque Rohan le había ordenado que estuviera presente durante su conversación con Lleyn y Chadric. Se odiaba a sí mismo por no decirles la verdad, pero simplemente no podía hacerlo.

En cuanto a Firon, no tenía elección. Lo que Pandsala había hecho al asesinar al príncipe Ajit había hecho imposible tomar el principado. No podía resucitar a los muertos, pero podía negarse a sacar provecho del crimen. Un pequeño consuelo, cuando había tantos otros crímenes de los que, sin saberlo, había sacado tanto provecho.

—Pol no puede tomar Firon —repitió.

—¿Por qué? —preguntó Lleyn— ¿Crees que un exceso de poder sería peligroso? ¿O crees que Andrade no presentará pruebas suficientes esta noche?

Sioned fue quien respondió. Su tono bajo y tranquilo sobresaltó a Rohan.

—Es la percepción que otros tendrían de un exceso de poder, mi señor. Han cuidado de mi hijo, usted y mi señor Chadric. Lo conocen. ¿Creen que alguna vez abusaría del poder que le fue otorgado?

—¡Claro que no! —exclamó Chadric— El honor es tan parte de él como la sangre en sus venas. Pero eso no fue obra nuestra, mi señora.

—Compartiremos el mérito, si le place —respondió ella en voz baja, y levantó la vista con una leve sonrisa—. Pero por mucho que lo conozcamos y confiemos en él, otros no lo harán. O al menos, elegirían no hacerlo. Él tendrá el Desierto y Marca del Príncipe. Eso es suficiente.

—Nunca te he visto actuar movido por miedos o amenazas imaginarias. —Los ojos de Lleyn, aún clavados en Rohan, eran fulminantes.

—Aun así, todos tenemos nuestros terrores secretos —respondió Rohan—. Volog teme por su nieto y por que la eventual unión de Kierst e Isel sea complicada. Davvi teme que el matrimonio de Tilal con Gemma, que le otorgaría el trono de Ossetia, lo enfrente a su hermano Kostas cuando este herede Syr. Temes involucrarte en el continente. Todos

tenemos miedo, mi señor, pero solo algunos tenemos la opción de eliminar algunos de nuestros miedos.

»Podrías decir que temo por mi hijo, y estarías en lo cierto. Ya tendrá suficientes cargas sobre sus hombros: el Desierto, Marca del Príncipe, el título de Alto Príncipe, sus dones de Mensajero del Sol. ¿Es cobardía o prudencia de mi parte eliminar una causa probable de disensión y amenazas no solo a su poder, sino también a su vida?

—Y esperas lograrlo usando a mi nieto.

—Sí —dijo Rohan con franqueza.

Lleyn levantó la cabeza y miró fijamente a Chadric, cuyo asombro se había convertido en preocupación.

—¿Podría Laric hacerlo? —preguntó el anciano.

—No lo sé.

—¡Vamos, no seas modesto con él! ¿Podría gobernar Firon?

Sioned se inclinó ligeramente hacia adelante en su silla.

—Mis señores, ¿sería él feliz ostentando el cargo? Aunque estoy de acuerdo en que sería mejor para todos que Laric gobernara Firon, si no es lo mejor para él, entonces me opongo al plan.

Rohan le lanzó una mirada sombría que ella ignoró.

—Tu belleza es igual a tu corazón, querida —dijo Lleyn. Luego suspiró y negó con la cabeza—. No lo sé. Creo que me he desvivido por causas así, opino.

—Siento molestarlo con esto —dijo Rohan—. Pero tenía que hacerlo, mi señor. Créeme.

—Sí, sí. —Lleyn irguió sus frágiles hombros y dijo con más energía—; Si me permiten usar un Mensajero del Sol para comunicarme hasta Perla Gris y hablar con Eolie esta noche, entonces podemos dejar que el chico elija. Pero será su decisión, Rohan, no la mía ni la de su padre. Modestia aparte, creo que le iría muy bien. Se desperdiciaría en una mansión o supervisando el comercio de la seda o los yacimientos de perlas. Es joven, sin duda, y bastante estudioso, pero creo recordar a otro principito joven y estudioso al que no le ha ido tan mal. —El anciano arqueó una ceja al mirar a Rohan, quien sintió una sonrisa dibujarse en sus labios por primera vez ese día—. Y los jóvenes son flexibles, la Diosa lo sabe. Aprenden rápido a ser príncipes. Supongo que habrá tratados que le proporcionen apoyo militar, si lo necesita.

—Por supuesto. He preparado una propuesta para que la inspecciones. —Tomó el pergamino de su escritorio y se lo dio a Chadric—. Si Cunaxa intenta algo, el Desierto invadirá desde Tiglath. Creo que Volog proporcionará apoyo naval. Y hay un tramo de la frontera entre Firon y Marca del Príncipe que serviría como guarnición. Si crees que Laric necesita algo más, no dudes en añadirlo.

—¡Qué generoso de parte de nuestro primo de Kierst! —comentó Lleyn con sequedad—. Pero bueno, todo queda en familia, ¿no? Dime, Rohan, ¿por qué no el hijo menor? Volnaya solo tiene diecisiete años; ni siquiera ha sido nombrado caballero. Además, los hijos de Davvi algún día gobernarán Syr y Ossetia. El nieto de Volog, Arlis, unirá a Kierst e Isel cuando herede. Pol tendrá el Desierto y Marca del Príncipe. Todos son parientes cercanos de Pol. Pero Laric no, Dorval está muy lejos de Firon.

»Ah, sí. Los dos no se fusionarán como lo harán los otros. Aunque no contaría con que Kostas y Tilal colaboren estrechamente sin que alguien los controle muy de cerca. Pero ¿has considerado que con mi nieto en Firon, Pol acabará teniendo cuatro parientes

controlando cinco principados entre ellos? Con la Marca del Príncipe y el Desierto juntos, eso suma seis de once. Es una cifra bastante amenazante, cuando no eres uno de los seis.

—Lo he pensado —admitió Rohan—. Y sobre Tilal y Kostas, tal como has dicho. Pero aunque sé que esta red de parentesco probablemente se desmoronará en una o dos generaciones, para entonces todos estaremos muertos y será problema de alguien más.

—El miedo secreto de alguien más. —El anciano príncipe sonrió con tristeza—. Bueno, entonces, búscame un Mensajero del Sol que conozca los colores de Eolie, e informaremos a mi desprevenido nieto de que puede convertirse en príncipe. —Miró a Sioned—. No, querida, no puedes ofrecerte voluntaria para ser ese Mensajero del Sol. Andrade tiene suficientes faradh'im en su séquito como para prescindir de uno esta tarde.

Chadric ayudó a su padre a levantarse, sujetándolo hasta la puerta. El frágil cuerpo se enderezó bruscamente.

—Puedo caminar —espetó Lleyn—. Déjame en paz.

—Por supuesto, padre.

Cuando se fueron, Rohan se volvió hacia Sioned. Ella volvía a mirarse las manos, extrañamente quieta. El cabello dorado como el fuego estaba en la sombra, los ojos brillantes velados por sus pestañas. Dolía ver su luz atenuada y saber que él lo había causado.

—Sé que no lo entiendes —empezó en voz baja.

—No. No lo entiendo. —Ella levantó la cara, sus ojos sumidos en la oscuridad—. ¿Qué te dijo Pandsala hoy? No creo en tus razones para esto más de lo que Lleyn cree. ¿Qué te dijo, Rohan?

Se sintió tentado. Diosa, deseaba tanto dejar que la verdad fluyera de él. La obstinada autocompasión se lo prohibía.

—Una vez juraste no mentirme nunca —susurró ella.

—Nunca lo he hecho.

Sus ojos brillaron con un repentino desafío. Pero después de un rato, volvió a apartar la mirada.

—Maldito seas.

Rohan se hundió en la silla que Lleyn había usado, sintiéndose casi tan viejo como el hombre que la había dejado vacante recientemente. Y solo. Diosa, solo como nunca se había sentido desde su temprana juventud, cuando soñaba, trabajaba, dormía y vivía solo. Ante Sioned.

Contempló su orgullosa cabeza, ahora inclinada, y el dolor que sentía no era tanto por el dolor de ella como por el suyo propio, un dolor egoísta que era su castigo por lo que le había dado a Pandsala el poder de hacer. Pero había una cura para su dolor, y para el de Sioned. Ninguno de los dos tenía que estar solo. Era débil y cobarde, pero no podía vivir sin el consuelo de la mente y el corazón de su esposa.

Para cuando terminó de contarle, ella se había cubierto el rostro con las manos como si las palabras le hubieran evocado imágenes que no soportaba ver. No dijo nada durante un buen rato. Entonces, por fin, susurró quedas palabras.

—Su padre regó un prado verde y vivo con sal. Ella lo ha hecho con sangre.

Rohan se estremeció al recordar. Ese otoño e invierno de su guerra contra Roelstra, había llovido más días de los que nadie querría contar. Con el primer respiro de las tormentas, él, Chay y Davvi habían salido a caballo para inspeccionar la llanura donde habían acampado los ejércitos de Roelstra. Las tropas se habían ido. En su lugar había un lago ancho y poco profundo creado al desviar un afluente del Faolain. Pero antes de que el

agua penetrara y ahogara la hierba y empapara la tierra hasta convertirla en un lodo viscoso, toda la pradera había sido sembrada de sal.

Roelstra había tenido el poder de ordenar la contaminación de la Tierra misma. Rohan la había contemplado, con los vapores penetrantes de tierra podrida y sal impregnando sus fosas nasales, y casi lloró. Ahora sentía la misma desesperación enfermiza.

—Toda esa sangre… —Sioned levantó la vista con ojos atormentados—. También es nuestra culpa, Rohan. Intentamos limpiarla, pero no sale. ¡Es igualita a Ianthe, igualita a ella! ¿Por qué no la vimos?

—Fue mi ceguera. No la tuya. No dejaré que te culpes por mi fracaso.

Ella negó con la cabeza obstinadamente. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Nos lo advirtieron, a los dos. Y no escuchamos. Oh, dulce Diosa... Rohan, ¿qué hemos hecho? ¡La hija de Roelstra!

—Nada de esto afectará a Pol. Sioned, escúchame. No dejaré que afecte a nuestro hijo.

—¡No es mi hijo!

Se levantó al instante, tomándole el rostro entre las manos.

—¡No! ¡Es tu hijo!

Las lágrimas surcaban su piel como cicatrices, y contra su mejilla blanca, la blancura de la marca en forma de medialuna era lívida.

—Hazme creerlo. Hazme creer que hice lo correcto cuando nació...

—Si lo dudas, entonces dile la verdad. Ahora. Hoy.

Sus ojos se abrieron de par en par y él contuvo la respiración, temiendo que la descarga deliberada hubiera sido un error. Pero un momento después, ella se estremeció y extendió la mano hacia él. Él la levantó y la estrechó contra su corazón.

—No puedo hacerle eso —susurró—. No tan joven. —Un escalofrío la recorrió—. ¡Qué mentirosa soy! Temo por mí misma, Rohan. No quiero perderlo.

—No lo perderás. Jamás. Sioned, es tu hijo. Tú eres su madre.

Después de un rato, asintió contra su hombro.

—Tengo que creerlo, ¿no? —Se apartó de él, frotándose los ojos con los nudillos—. No has dicho qué harás con Pandsala.

—No puedo recompensar casi quince años de servicio con una ejecución pública. No sin revelarlo todo.

—Otro de nuestros miedos secretos —añadió Sioned con amargura—. Que viva. Nunca hablará. Que se pudra en algún lugar.

—¿A quién pondremos en su lugar en el Castillo del Peñasco? —Ya tenía a alguien en mente, pero se preguntaba si sus pensamientos armonizarían con los suyos.

—Ostvel —dijo ella al instante—. No hay nadie más en quien podamos confiar tan plenamente. Riyan puede encargarse de Cuenco Celestial; es joven, pero conoce su hogar al dedillo, y también sabe lo del oro. Tiene que ser Ostvel, Rohan.

—Exactamente —coincidió él, aliviado de que la soledad se hubiera desvanecido para ambos. Entonces, toda otra emoción fue sustituida por un profundo cansancio—. Sioned... no puedo evitar pensar que si hubiera hecho lo que debía haber hecho desde el principio...

—¿Matar a Masul? ¿Te sorprendería saber que estoy de acuerdo contigo? —Le dedicó una sonrisa desagradable—. Pero Inoat, Jos, Ajit y todos los demás seguirían muertos. Pandsala habría seguido asesinando a cualquiera que percibiera como un obstáculo para Pol. Y quién sabe, cuando Pol tuviera hijos, podría haber matado también a los hijos de Tilal, Kostas y Laric, para que todo quedara bajo su control. Es lo que Andrade siempre ha querido, ¿sabes? —añadió con amargura— Rohan, si hubieras matado a Masul, lo único que habría sido diferente, no mejor, es que seríamos asesinos, igual que ella.

—Quizás deseemos ser bárbaros —dijo mientras la abrazaba—. Pero tenemos la desgracia de querer ser civilizados. Que la Diosa nos ayude.

—Es una ambición estúpida —respondió ella—. En tiempos como estos, el colmo de la locura.

—Estoy de acuerdo. Pero aún tenemos que hacer la comedia. Haré que Tallain encuentre a Ostvel y le daremos la noticia.

—Con suavidad. Con mucha suavidad. —Inclinando la cara hacia él, añadió—: Rohan, ¿podrías haberme ocultado lo de Pandsala para siempre? ¿Podrías?

—No —negó rotundamente con la cabeza, consciente de que, respecto a ese tema, siempre sería débil y frágil—. Me dije que podría, que debía. Pero parece que estoy tan hecho para ti que no podemos vivir separados de ninguna manera. Te necesito demasiado.

Sioned alisó el cabello rubio, que lentamente se iba poniendo plateado, de la frente de Rohan.

—Amado —susurró—. Amado.

Capítulo Veinticuatro

Con la tensión que reinaba sobre Masul esa mañana y la nerviosa especulación sobre lo que Andrade haría esa noche, casi todos habían olvidado que por la tarde se celebrarían las ceremonias de nombramiento de quince jóvenes escuderos. En un montículo con vistas a los campamentos se congregaban las familias y los padrinos de los jóvenes, pero no se veía la alegría habitual.

—Es una celebración de caballería mediocre para ellos —le dijo Maarken a Andry, negando con la cabeza—. He esperado este día con ilusión toda mi vida.

Andry, que no lo había hecho, simpatizaba con Sorin, Riyan y los demás que habían trabajado tan duro y durante tanto tiempo, solo para ver el momento culminante de sus jóvenes vidas arruinado por los problemas políticos de sus mayores.

—Será especial para ellos —dijo, intentando sonar seguro—, pase lo que pase. Recuerdo que parecías como si tú y Lleyn fueran las dos únicas personas en el mundo en ese momento. Ellos también lo sentirán, aunque solo sea por ese ratito. Eso es lo importante.

—Supongo que sí.

Andry dudó, echó un vistazo rápido a los demás que estaban de pie en pequeños grupos cerca y decidió que no lo oirían.

—Maarken, ¿has hablado con Hollis?

Maarken se puso rígido.

—No. Hoy no.

—No sé por qué se comporta así —continuó Andry imprudentemente—. Durante todo el tiempo que estuvimos trabajando en los pergaminos, habló de ti y me hizo preguntas sobre Radzyn y el Desierto, y ahora ni siquiera…

—¿Sabes de qué estás hablando? —preguntó Maarken con una voz ronca.

Andry tragó saliva.

—No —susurró Andry, y luego tragó saliva—. Supongo que no. Pero, Maarken, es solo que yo...

Sus gélidos ojos grises, del mismo color que los de su padre, los miraron fijamente a lo lejos, a la distancia de un dedo que los separaba. Pero después de un momento, Maarken suspiró y agarró brevemente el hombro de Andry.

—Lo siento. No puedo hablar de eso ahora, ¿de acuerdo?

Asintiendo, aliviado de que su querido hermano mayor no hubiera considerado oportuno romperle la mandíbula como compensación por sus intromisiones, Andry dirigió su atención a la cima del montículo, donde los escuderos se habían reunido en estricto orden de precedencia.

Quince de ellos estaban de pie bajo el sol de la tarde, erguidos y orgullosos con los colores de sus señores patrocinadores, los tonos de las propiedades de sus padres visibles en el cuero teñido de sus cinturones. Esto a veces producía resultados estridentes; el hermano menor de Lord Sabriam, Bosaia, por ejemplo. El amarillo y naranja de su ciudad, Einar, competían de forma deslumbrante con la ya de por sí violenta combinación de rosa y carmesí de la túnica de Bajo Pyrme, donde había sido criado. Riyan, con el verde claro de Clutha y el azul y marrón de Marca del Príncipe en su cinturón, tuvo más suerte que la mayoría. Y la túnica de Sorin, de color escarlata kierstino, contrastaba brillantemente con el rojo y blanco de Radzyn que le rodeaba la cintura.

Hoy no se nombraba caballero a ningún hijo de príncipe, pero, como hijo del señor más importante del Desierto y nieto de un príncipe, Sorin, naturalmente, fue el primero. Andry y

Maarken estaban de pie junto a sus padres, observando con orgullo cómo Volog colocaba la hebilla dorada en el cinturón de Sorin y Alasen le entregaba una de las pequeñas hogazas de pan horneadas especialmente para la ocasión, junto con un pequeño frasco de sal de plata. La tradición también afirmaba que los caballeros recibían otras condecoraciones según la corte que los hubiera criado. Kierst siempre presentaba el pan en un plato finamente esmaltado, elaborado por un maestro de Nueva Raetia y bordeado con oro de las minas de la isla.

Andry sintió que se le encogía el corazón de repente. Podría haber sido él mismo el que estaba allí, sonrojándose levemente al ver a Alasen sonreírle. Podría haber sido él, salvo que la ambición por la caballería nunca lo había ardido. Todo su ardor estaba reservado para los asuntos faradhi. Y pasarían muchos años antes de que alcanzara el estatus que Sorin había alcanzado hoy en el campo que había elegido. Echó un vistazo furtivo a sus anillos y, una vez más, sumó mentalmente los que serían nueve y luego diez.

Alasen y Volog acompañaron a Sorin con su familia. En el intervalo antes de que llamaran al siguiente joven, tuvieron unos momentos para abrazarse y felicitarse. Andry abrazó a su gemelo con cariño, orgulloso hasta reventar, y, sin embargo, cuando Alasen se rió y le dio a Sorin lo que ella llamó “*su primer beso real de una dama"*, inexplicablemente se dio la vuelta, incapaz de mirar.

Mientras el segundo escudero era nombrado caballero, una voz suave habló a sus espaldas.

—Podrías haber sido tú el que está ahí arriba, ¿sabes?

Andry miró a su padre, sorprendido y avergonzado de que, de alguna manera, hubieran adivinado sus pensamientos. Y por un instante temió haber decepcionado profundamente a este hombre al que veneraba y amaba, que nunca había comprendido del todo sus sueños. Pero Chay no estaba insatisfecho con él ni enfadado. Sus ojos grises eran cariñosos, y la mano que descansaba sobre su espalda irradiaba afecto.

—¿No lo lamentas, verdad? —murmuró Andry sin poder evitarlo.

—Lo lamentaría solo si tú lo hicieras primero. Pero si tú estás contento, yo también. —Soltó una risita—. ¡Mira lo tranquilo que me he vuelto con la edad! —Luego, con seriedad, añadió—: Andry, estoy orgulloso de todos mis hijos.

Se mordió el labio y asintió sin ver. Los hijos y hermanos menores se acercaron con sus padrinos y recibieron hebillas de oro, pan, sal y el regalo especial de cada athri. Desde cerca, Rohan, Sioned y Pol presidían la ceremonia, y el honor de ser nombrado caballero ante el Alto Príncipe, la Alta Princesa y su heredero no pasó inadvertido para ninguno de los jóvenes tan encumbrados. Tras hacer una reverencia a sus señores, se giraron, caminaron unos pasos hacia la izquierda e hicieron una reverencia aún más profunda ante el trío real. Recibieron a cada nuevo caballero con sonrisas: aprobación por parte de Rohan, amabilidad por parte de Sioned y un poco de envidia por parte de Pol.

Riyan hizo su aparición hacia el final de las ceremonias, siendo hijo de un athri relativamente menor, sin vínculos de sangre importantes con ninguna casa real. Aceptó los regalos habituales del príncipe Clutha y su hija mayor, una dama escultural de gran dignidad y una repentina sonrisa traviesa al entregarle al joven el obsequio tradicional de Prado del Señor: una cantimplora tallada en el cuerno de un ciervo. Las proporciones del animal que había aportado el cuerno debieron ser realmente impresionantes, pues la cantimplora contenía suficiente vino para emborrachar a un hombre.

—Espero que no les importe si comparto esta primera con ustedes para celebrar —dijo la princesa Gennadi.

Riyan le devolvió la sonrisa mientras destapaba el frasco, brillante con plata y un círculo de diminutos zafiros, e inclinó con destreza la cantimplora para rociar un chorro de vino carmesí en su garganta. Enderezando el cuerno, se lo dio a Riyan. Él se lo ofreció primero a Clutha, quien temblaba tanto por la risa contenida que casi se derrama el vino sobre la barbilla antes de tomar un buen sorbo.

—Mi señor, mi señora —les dijo Riyan mientras volvía a tapar la cantimplora y se la colgaba del hombro por la cadena de plata—, les deseo lo que tan gentilmente me han prometido: ¡que nunca, jamás, pasen sed!

Todos se alegraron de poder reír. Clay le dio una palmada en la espalda a Ostvel y anunció:

—¡Ese chico tiene estilo!

Riyan hizo una reverencia a Clutha y Gennadi. Rohan, Sioned y Pol sonreían ampliamente cuando el joven caballero se acercó e inclinó ante ellos.

Ostvel, rígido por los nervios durante la presentación de Riyan, casi se desplomó de alivio cuando su hijo se acercó. Pero se recuperó rápidamente, se volvió hacia Chay y le habló con picardía.

—Ahora, viejo amigo, ¿de verdad estás dispuesto a ver a alguien con menos estilo montando esa hermosa yegua torda?

Chay podría haber sido inmune a los halagos de Ostvel, pero cuando la princesa Alasen lo miró con toda su fuerza y defendió a Riyan, se sintió perdido. Su esposa lo vio y rió.

—Ríndete, viejo avaro —lo regañó, dándole un codazo poco delicado—. Nunca serías feliz si alguien más montara a Dalziel, y lo sabes.

Chay gimió. Pero para cuando Riyan se unió a ellos para recibir felicitaciones y abrazos, ya se había resignado.

—Bueno, parece que este año te irás con mi yegua premiada, gracias a tu padre... y a ciertos grandes ojos verdes a los que ya debería saber cómo resistirme —añadió en dirección a Alasen—. ¡Sioned tiene una mirada igualita!

De nuevo, Andry sintió una delicada y exquisita punzada en el pecho cuando Riyan se inclinó sobre la muñeca de Alasen para darle las gracias. Cuando sonrió, el dolor fue peor. Y cuando ella lo miró riendo, con esos ojos verdes encendidos, de repente supo qué le pasaba. Para disimularlo, apartó la mirada. Era lo peor que podía haber hecho. Alasen no era tonta. Solo tres inviernos mayor que él, había vivido en un gran palacio toda su vida, y no en el relativo aislamiento de la Fortaleza de la Diosa durante los últimos seis años, como él. Había visto a alguien como él antes, había conocido la adoración de innumerables jóvenes desde que tenía memoria. Sabía exactamente lo que sentía. Y se reiría, divertida por haber conquistado otro corazón, y lo compadecería por haberlo entregado donde no podía encontrar hogar. Sin duda, sus sentimientos, tan vitales para él, serían para ella solo la adoración de otro inmaduro, demasiado joven para saber lo que era el amor. Amargamente humillado, se obligó a tener el valor de mirarla a la cara.

Lo que vio lo dejó atónito.

Sus ojos eran claros, suaves y tiernos. No se reía de él. No le tenía lástima. Sabía lo que sentía por ella. Pero no sonrió con un rechazo amable.

Alasen quizá no lo amara, pero se sentía tímidamente complacida de que él la amara.

El mundo de Andry se tornó en colores difusos, desenfocados alrededor del verde de sus ojos, el marfil de su piel, el dulce rosa de su boca, el intenso castaño dorado de su cabello. La luz del sol lo atravesaba como por sí sola, y a través de ella sintió sus otros colores: piedra lunar brillante, rubí brillante, ónix profundo. Ella jadeó suavemente, sintiendo

la luz entrelazada mezclar su brillo a su alrededor y a través de ella. Todos los colores del final del verano se arremolinaban a su alrededor, dulces y brillantes en una danza que armonizaba con la música de los pájaros, el viento y el correr de la sangre en sus venas. Andry se dio cuenta de que era la primera vez que Alasen experimentaba sus dones faradhi, y con una alegría inmensa supo que era algo que solo él podía mostrarle.

El deleite le ruborizó las mejillas al mirarlo a los ojos, y fueron las únicas personas en el mundo durante muchos latidos compartidos. Pero de repente, el mundo volvió a surgir, su exigencia dura y aterradora cuando, a través de su encantamiento, ambos oyeron el nombre de Masul.

Se dirigió al lugar donde todos los demás escuderos habían sido nombrados caballeros. Pero su padrino no era el esposo de Kiele, Lord Lyell. A su lado estaba Miyon de Cunaxa, cuya túnica naranja brillante vestía Masul. La escandalosa presunción del hombre, su absoluta audacia, extendió un silencio conmocionado sobre el montículo como una nube. La suave y brillante neblina de color de Andry se enfocó con tanta nitidez que hizo una mueca. Vio con dolorosa claridad la furia blanca del rostro de Rohan, el carmesí del de Chay mientras luchaba por contener una rabia terrible. La fórmula resonó burlonamente mientras Masul se arrodillaba ante Miyon.

—He examinado a este candidato en todos los aspectos y lo he hallado digno de mi patrocinio para el título de caballero. Por lo tanto, le encargo que sirva a la Diosa y a la verdad, que viva con honor y valentía tanto en tiempos de prosperidad como en tiempos de adversidad. En señal de ambos, le doy pan y sal, y en señal de su nuevo y honorable estado, le doy esta hebilla de oro.

Se presentaron el pan y la redoma, y el cinturón violeta de Masul estaba decorado con un gran círculo hueco de oro, perforado con oro. Entonces, con una sonrisa pícara, Miyon llamó a uno de sus escuderos y una exclamación de sorpresa recorrió al público, pues con la presentación del último obsequio se recordó que Cunaxa, cuna de los mejores orfebres del continente, tradicionalmente ofrecía como regalo especial una espada. Recién ceñido con una magnífica espada en una espléndida vaina, engastada como la empuñadura con amatistas, Masul avanzó unos pasos e hizo una breve y burlona reverencia a Rohan, Sioned y Pol. El primero asintió brevemente, rígido por su esfuerzo de control. Sioned, igualmente furiosa, respondió al saludo de Masul con una mirada sombría. Pero el muchacho, a pesar de su juventud e inexperiencia, fue quien los salvó del desastre.

Habló con absoluta y orgullosa calma, y con una voz clara que se oyó a través del montículo herboso.

—Algo te estropea la apariencia.

Masul se enderezó y lo miró fijamente.

—¿De qué hablas?

—Tu cinturón. —Las comisuras de los labios de Pol se alzaron en una leve y fría sonrisa—. Violeta con naranja... qué doloroso y mala elección de colores, sobre todo para los ojos de un Mensajero del Sol. Aunque estoy seguro de que fue un error.

—Violeta es el color de Marca del Príncipe —respondió Masul con escasa cortesía a este joven príncipe al que podría haber partido en dos.

—Y Marca del Príncipe —le informó Pol amablemente— es mía. Ten la amabilidad de rectificar el error y quitarte el cinturón.

Si se negaba, se armaría un caos. Si obedecía…

Miyon se apresuró a acercarse y le susurró algo urgente al oído a Masul. El rostro del impostor se tiñó de rojo varios tonos, uno tras otro. Miyon dijo algo más y retrocedió. Y

Masul, rescatando lo que pudo de una batalla perdida, desató la hebilla dorada que tan recientemente llevaba abrochada en la cintura.

—Como desee, mi señor —añadió con tono insultante.

Verlo haciendo malabarismos con pan, sal y espada mientras intentaba desabrochar la hebilla del cuero provocó sonrisas e incluso algunas carcajadas. Pero Pol esperó con perfecto aplomo mientras Masul luchaba por mantener su dignidad y acceder a una petición que no se atrevía a rechazar. Pol tenía razón. Marca del Príncipe aún le pertenecía. Desafiarlo ahora sería una temeridad.

Liberaron la larga tira de cuero teñido de violeta. Masul la sujetó en un puño, como si estrangulara a una serpiente venenosa. Pol tuvo la prudencia de no extender las manos para cogerla, y por lo tanto Masul no tuvo la satisfacción de dejarla caer al suelo para que Pol la recuperara. Tallain apareció en silencio junto a Masul, y antes de que el impostor pudiera siquiera considerar tirarlo al suelo, tomó el cinturón y lo enrolló casi al regresar a su puesto cerca del trío real.

—Ahora te ves mucho mejor y tu túnica es mucho más agradable a la vista —agregó Pol mientras asentía con gracia—. Tienes nuestro permiso para retirarte.

Los ojos verdes de Masul se clavaron en los suyos.

—Conserva tu precioso color, principito —dijo con desdén.

—Eso pienso hacer —respondió Pol.

Con Miyon a su lado, Masul se alejó colina abajo. Ni siquiera se perdió de vista cuando alguien, nadie supo quién, lanzó una ovación estridente que decía el nombre de Pol.

Andry, que había observado todo con la respiración entrecortada, rió a carcajadas y se unió a su familia en la marcha hacia Rohan, Sioned y Pol. Si había partidarios descontentos del pretendiente en aquella ladera, desaparecieron rápidamente tras el pequeño y revelador triunfo de Pol.

Poco después, cuando todos descendían del montículo hacia sus campamentos, Alasen alcanzó a Andry con claras dudas a punto de estallar.

—Entiendo lo que hizo el príncipe Pol, y fue magistral, pero ¿por qué lo nombraron caballero?

—No era solo para irritarnos —asintió Andry.

—Sí, nuestro joven príncipe lo hizo muy bien hoy, ¿verdad? —dijo Ostvel desde atrás, donde caminaba con Riyan y Chay— ¡Pensé que al impostor le daría un ataque! Pol es definitivamente el hijo de su padre, Chay.

—Un hecho que Masul está maldiciendo ahora mismo —respondió el padre de Andry con una sonrisa forzada—. Pero si me disculpan, me gustaría volver al campamento rápidamente. Quiero ser yo quien le cuente esto al viejo Lleyn.

—¡Hazlo con cuidado! —le gritó Ostvel— ¡Se va a partir de la risa!

—Mi señor —le dijo Alasen a Ostvel—, todavía no entiendo por qué…

—Solo por despecho, mi señora —se apresuró a decir Riyan—. Padre, Tallain dice que debemos presentarnos ante sus señorías inmediatamente después de esto. Será mejor que nos demos prisa.

—Por supuesto. Andry, ¿te encargarás de que la princesa Alasen quede a salvo bajo el cuidado de su padre? Parece que nos han separado de su gracia entre la multitud.

Andry la habría mantenido a salvo incluso si mil caballeros montados los hubieran abatido de repente. Sospechaba que su rostro reflejaba tal pensamiento.

—Por supuesto, mi señor.

—Bien. Todo queda en sus hábiles manos, entonces, mi señora. —Ostvel volvió a sonreír a Alasen, y ella le devolvió la sonrisa.

—No nos respondieron —dijo cuando se fueron.

—No. —Andry no pudo evitar preocuparse—. Mi señora... Alasen...

Se sonrojó y el corazón le dio un vuelco. Pasó mucho tiempo antes de que ambos recordaran que se suponía que debían ir a las tiendas de su padre.

Andrade levantó la vista. Ostvel sostenía su capa sobre un brazo, con el rostro en sombras. No había ninguna lámpara encendida, y el sol poniente había convertido la tienda blanca en una niebla gris a su alrededor. Se levantó, se alisó el cabello y dejó que le pusiera la capa sobre los hombros.

—Mi Señora...

—No. —Oyó su voz aguda por la tensión nerviosa y apretó los puños bajo los pliegues de tela que la ocultaban—. No —repitió, más suavemente—. Todo irá bien.

—No hay nada que pueda decir para disuadirte.

—Claro que no. Date prisa. Esto debe hacerse antes de que salga la luna. ¿Están todos reunidos?

—Sí.

—Entonces terminemos con esto. Ya he tenido suficiente de este Masul.

—Como todos —murmuró.

El sol poniente se cernía sobre un cielo teñido de amarillo pálido. Andrade subió al montículo donde se habían celebrado las ceremonias de nombramiento de caballeros esa tarde. Olía a lluvia en el aire, pero no temió de sí, mientras permanecía fuera del círculo reunido en la colina. Veinticinco personas estaban de pie alrededor de una hoguera vacía, un collar de poder principesco ensartado por faradh'im. Cuando Andrade y Urival se unieran a ellos, serían veintisiete, uno de los múltiplos de tres estrictamente prescritos para lo que estaba a punto de hacer. Andrade encontró absurdo el significado místico del tres, y sospechó que Lady Merisel también. Pero no se atrevió a burlarse de tradiciones que desconocía por completo.

Andrade había planeado cuidadosamente el equilibrio de poderes, tanto políticos como faradhi, en torno al círculo. No había nada en el Pergamino Estelar que lo exigiera, pero su propio sentido del equilibrio había centrado a los dos bandos en conflicto, uno directamente opuesto. Sioned actuaba como Mensajera del Sol del Desierto, como de costumbre; Rohan permanecía a su derecha, con los ojos cargados de culpa. Pol había insistido en su privilegio como gobernante titular de Marca del Príncipe, y Pandsala no podía unirse al círculo en ningún caso, pues la presencia de personas que pudieran interferir en este tipo de conjuro estaba prohibida. Tobin, a pesar de sus escasos tres anillos honorarios y su falta de entrenamiento formal en la Fortaleza de la Diosa, actuaba como Mensajera del Sol de Pol. Al otro lado del círculo estaban Miyon de Cunaxa y los otros cuatro príncipes que apoyaban la reivindicación de Masul. Varios faradh'im, incluyendo a Hollis, se interponían entre ellos. Chale había elegido a Riyan como su Mensajero del Sol. Andry había solicitado y recibido permiso para unirse a Volog como su enlace faradhi en el círculo. A su otro lado estaba Lleyn, con Maarken a su lado. Lady Eneida representaba a Firon; Urival estaría con ella. El joven Sejast se había ofrecido como faradhi de Davvi. Completaron el círculo junto a Sioned.

Todos la miraban con diferentes mezclas de aprensión, preocupación y simple curiosidad. Urival le quitó la capa con un gesto de los dedos, y ella echó un vistazo a las espadas y cuchillos dispuestos cuidadosamente sobre una manta en la hierba. Ostvel los cuidaría, al igual que a Chiana y Masul, quienes tampoco podían formar parte del círculo. Otros también estaban afuera: Chay y Sorin con Alasen, Tilal y Kostas junto a Gemma y

Danladi. Pandsala se mantuvo aparte, con aspecto tranquilo y seguro hasta que se vieron sus profundos ojos amoratados por las sombras.

Kiele tuvo la osadía de acercarse a Andrade, pero una mirada fría le impidió hablar. Regresó al lado de Masul. La impostora arqueó una ceja sardónica hacia la Señora de la Fortaleza de la Diosa, pero si la expresión le recordó a Roelstra, no se permitió pensarlo.

Le indicó a Urival con un gesto que se colocara en el círculo y entró ella misma, de pie frente a la hoguera. Habían apilado leña en un pesado triángulo, con astillas debajo, listas para el Fuego de los Mensajeros del Sol. Andrade observó cómo el sol se ponía y el cielo se oscurecía gradualmente. Solo tenía que esperar un rato antes de que salieran las lunas; este conjuro solo podía tener lugar bajo las estrellas. Cuando la primera apareció por el este, levantó una mano envuelta en anillos. Urival se adelantó con una pequeña petaca. La abrió, sacó una pequeña copa dorada de su bolsillo y sirvió vino con dranath.

Andrade lo bebió rápidamente. Casi al instante, la cabeza le empezó a doler. Bebió más; el dolor se desvaneció en un resplandor de bienestar, un placer casi sexual al fluir la sangre por sus venas y el aire por sus pulmones. Un calor se extendió por su cuerpo, un lento despliegue de poder para el que nada en el Pergamino Estelar la había preparado. El cielo se oscureció mientras bebía de nuevo. Y le pareció que las estrellas surgían simultáneamente, hechas de un millón de colores diferentes que podía tejer en la trama de sus recuerdos.

Se sobresaltó cuando los leños estallaron en llamas. No recordaba haberlo deseado conscientemente, pero allí estaba el Fuego, ardiendo hacia el cielo nocturno deslumbrado por la luz. Alguien jadeó; tal vez era ella misma. No lo sabía y, desde luego, no le importaba. Este era un poder más allá de todo lo que jamás había sentido. Cantaba a través de ella, prometiéndole deleites de mente, carne y espíritu que la encantaron. Dulce, limpio, omnipotente, actuando sobre las fuerzas ya extraordinarias que la habían convertido en la Señora de la Fortaleza de la Diosa, el dranath la recorrió y casi rió a carcajadas. Andrade buscó las energías de los Mensajeros del Sol que la rodeaban, tejiendo sus variados colores en una tela tensa y brillante, disciplinada por su mente poderosa. Fue una capa que usó solo un instante antes de que se fundiera con su carne y se convirtiera en parte de sus poderes aumentados.

Así que este es el camino de una hechicera, pensó, *esto era lo que tanto había temido. ¡Qué insensatez!* El ascenso fue deslumbrante. No pensó en la caída.

Volviendo el rostro hacia las llamas que saltaban más y más alto con cada pensamiento, sin esfuerzo hizo que las escenas de su memoria se desarrollaran en patrones humeantes superpuestos al calor rojizo y dorado. Si hubo jadeos de temerosa sorpresa, no los oyó. Solo conocía la imponente gloria del poder.

La barcaza se mecía con el suave movimiento del río Faolain, con el cielo nocturno brillante de estrellas. Palila yacía en la cama, forcejeando con el parto. Ianthe apareció, moviendo los labios en silencio, y al salir Andrade del camarote, vio a la princesa sentada junto a la amante de Roelstra, acariciándole la mano. Una escalera empinada y oscura; una habitación estrecha y en penumbra, donde otras dos mujeres luchaban por dar a luz, presididas por Pandsala. Una tercera apretaba con fuerza a su recién nacida contra su pecho. Andrade ayudó a las otras dos lo mejor que pudo, y luego se dirigió de nuevo al camarote del piso superior. La noche se arremolinaba vertiginosamente, de forma nauseabunda, a su alrededor mientras permanecía en cubierta. El agua salpicada de estrellas parecía elevarse, intentando reclamar a un Mensajero del Sol. Cuando el mundo dejó de girar, le dieron un trago de una petaca de marinero. Los recuerdos se superpusieron

nerviosamente por un instante, el rostro del amable marinero superpuesto al de un cadáver de ojos verdes: el verdadero padre de Masul.

La puerta de Palila estaba cerrada. Mujeres se apiñaban en el pasillo, mujeres que debían asistir al parto. Andrade golpeó la madera tallada; sus anillos brillaban a la luz de una lámpara cercana. De repente, la puerta se abrió de golpe. Ianthe estaba allí sonriendo, con un bulto envuelto en violeta en sus brazos.

Palila yacía agotada contra las almohadas blancas, con una sonrisa triunfal en el rostro. Cuando Andrade se giró, Ianthe se había ido. Corrió al pasillo, donde la princesa estaba con el niño, y apartó la manta del pequeño rostro. Y de repente, Pandsala estaba allí, sosteniendo a otro bebé envuelto en violeta con bordados dorados. Su rostro se congeló de horror al ver a Andrade.

La presencia de Roelstra llenó el estrecho pasillo: alta, de hombros corpulentos, con ojos verdes llameantes. Y mientras Andrade lo miraba fijamente, Ianthe y Pandsala, y los niños en sus brazos, desaparecieron de su vista.

Y entonces estaban los cinco y los dos niños envueltos en violeta, solos en la cabaña. Andrade tomó a uno de los bebés, Palila gritó, Roelstra aplicó la llama de una vela al cabello de su amada, que se convirtió en una antorcha viviente, y la niña en brazos de Andrade extendió sus garras brillantes hacia sus ojos.

El poder la había dominado ahora, garras de dragón alrededor de su mente. Ya no podía controlar las visiones que se arremolinaban, se rompían y se fundían de nuevo en las llamas. Gritó ante la agonía que le desgarraba el cráneo. Era el toque de algo extraño, una cosa maligna, ardiente y aferradora que desgarraba su mente, arrancándole los colores faradhi; ese suave manto de poder adicional había desaparecido. Solo estaba Andrade, con la sangre ardiendo de dranath, los ojos cegados por un destello de luz estelar que descendió a la tierra.

—¡Andrade, la astuta! —dijo una voz burlona en su mente— ¡Qué astuta! ¡Atrévete a usar mis poderes! ¡Aprende ahora que esto es el arte de la hechicera!

Gritó, cayó de rodillas con la cabeza en llamas agarrada con ambas manos, chillando hasta quedarse sin voz.

El círculo se rompió con el primer grito de Andrade. Los Menssjeros del Sol se tambalearon, algunos desplomándose en la hierba, otros sostenidos por los aterrorizados príncipes. Maarken se tambaleó hacia Hollis, que yacía inconsciente a los pies de Miyon. Pol se aferró a Tobin con los ojos desorbitados mientras ella gemía suavemente de dolor. Apenas pudo sujetar a Sioned cuando empezó a desplomarse, Rohan gritó llamando a Chay y Ostvel. El fuego y sus horribles visiones continuaron, su rugido acentuado por terribles gritos.

Urival, con el conocimiento y la fuerza de sus nueve anillos que rodeaban sus dedos como fuego desde el inicio de la obra de Andrade, arrancó sus propios colores del enredado tejido. Que Sioned se encargara de los demás; que ella se preocupara por ellos. Se arrodilló junto a Andrade, meciéndola en sus brazos, con la cabeza a punto de estallar y el rostro afligido contorsionado por el intenso resplandor rojo de las llamas. Envolvió a Andrade en sus propios colores, intentando en vano protegerla de la oscuridad que se cernía sobre ella. Los demás estaban en peligro, pero no tenía tiempo para ellos. No ahora, no cuando los gritos de Andrade se debilitaban. Aferrándose a ella, con los anillos quemándole la carne, sollozó y maldijo contra su cabello plateado.

Riyan, Andry, incluso Pandsala y Alasen fuera del círculo, todos los faradh'im, estaban casi inconscientes por una repentina agonía que nadie fuera de su especie podía comprender. El desenredo del poderoso tejido de Andrade creó un caos de colores. Sioned

forcejeaba en los brazos de Rohan, con el rostro cubierto de sudor mientras intentaba descifrar un torbellino cegador de patrones que los no dotados no podían ver. Pol, entregando a Tobin a los fuertes brazos de Chay, logró dar unos pasos hacia su madre y la abrazó por la cintura. Ella gritó y abrazó su brillante cabeza, separando primero sus colores brillantes. Cuando recuperó la compostura, se deslizó al suelo, conmocionado y aún temblando, pero a salvo.

Sioned trabajó desesperadamente mientras las sombras amenazantes se acercaban para oscurecer las mentes faradhi. Repelió la niebla negra con frenesí, reformó los elegantes y brillantes patrones de los Mensajeros del Sol casi perdidos. Finalmente, se estremeció y se desplomó en los brazos de Rohan.

El fuego se extinguió de repente, casi como si un puño gigantesco lo hubiera estrangulado. Nadie vio a Segev caer al suelo, aparentemente con la misma reacción que los demás Mensajeros del Sol. Solo él sabía que su colapso se debía a que Mireva por fin lo había liberado a él y al fuego que había creado a través de él. Yacía en un bulto olvidado, respirando con dificultad, con un latido tan rápido que se le arrastraba en el pecho.

El príncipe Lleyn cojeó hasta donde Andrade estaba acunado en los brazos de Urival. Se arrodilló y tomó una de sus manos. Su orgulloso y anciano rostro se contorsionó por el dolor.

Chadric y Audrite se acercaron a Rohan, quien se inclinó sobre su esposa e hijo. Se quitó de encima sus manos compasivas, aterrorizado por el rostro exhausto de Sioned y el temblor incontrolable de Pol. Audrite murmuró palabras tranquilizadoras con una serenidad que no se reflejaba en sus ojos; Chadric agarró el hombro de Rohan y lo miró a los ojos.

—Estarán bien. Hay alguien más que te necesita.

Rohan levantó la vista y siguió la mirada de Chadric hasta donde yacía Andrade. Cerró los ojos con fuerza, negando con la cabeza lo que había visto. Pero cuando volvió a mirar... Tocó con ternura el cabello de su hijo, la mejilla cicatrizada de su esposa. Luego se acercó a Andrade.

Alasen sollozaba de forma ahogada e impotente en los brazos de Ostvel. Davvi sostenía a Clutha, cuyo rostro ceniciento y ojos vidriosos denotaban una conmoción casi tan severa como la de los Mensajeros del Sol. Una parte de Rohan los observó a todos automáticamente, un guerrero que seguía la pista de amigos y enemigos por igual en la batalla. Sorin se inclinó sobre su hermano gemelo; Lyell y Kiele retrocedieron al pasar Rohan; Chiana se aferró al brazo de Halian, jadeando con inminente histeria. Pandsala se acurrucó en el suelo, abrazándose las rodillas. Tobin estaba abrazado a su esposo; Kostas y Chale ya habían puesto a Riyan de pie y recobrado la consciencia. Velden, Cabar y Pimantal se quedaron aterrados.

Masul habló de repente, con una voz que rechinó en el frío.

—No creo que se haya probado nada —le comentó el impostor a Miyon—, excepto que no pueden probar nada.

Tilal le respondió con voz baja y áspera:

—¡Cierra la boca antes de que te haga otro agujero para acompañar el que ya tienes!

Masul parecía enormemente divertido.

—¿Es una amenaza?

Gemma se enderezó, protegida por el brazo de Tilal.

—Bastardo —siseó furiosa—. ¡Bastardo mentiroso! ¡No solo es una amenaza, sino que yo le daré la espada para que lo hará!

Rohan se agachó junto a Lleyn. Tenía la garganta demasiado apretada para preguntar lo que temía haber respondido. El anciano sostuvo su mirada, con lágrimas corriendo por sus mejillas marchitas y pálidas, y negó con la cabeza.

Imposible. Andrade no podía morir. Rohan sujetó el hombro de Urival y la cabeza inclinada se alzó un instante. No había acusación en sus ojos castaño dorado. Solo había agonía.

Andrade se movió levemente, abriendo los ojos, incoloros y nublados. Vio a Rohan y sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa triste.

—Pol —susurró—. ¿A salvo?

Él asintió sin decir palabra.

—¿Sioned?

Él asintió de nuevo, y la tensión abandonó su rostro. Ella pronunció su nombre muy suavemente, con un amor que era un puñal en su corazón.

—Sin culpa —murmuró, con la voz ahora tensa—. Perdóname...

¿Perdonarla?

Rohan se atragantó y le tocó la cara. La piel estaba tan fría.

—Por favor... Andrade, por favor...

—Lo siento... no pude... probar... —De repente, su mirada se endureció—. Mátalo —dijo con toda claridad.

Rohan asintió una vez más. Andrade encontró a Lleyn con la mirada y la antigua orden imperiosa se reflejaba en su rostro.

—Él morirá —le dijo Lleyn—. Que te vaya bien, querida amiga.

Se relajó en el abrazo de Urival, mirándolo. Otra pequeña y dulce sonrisa le levantó las comisuras de los labios. Cuando la luz abandonó sus ojos, ella seguía mirándolo.

No permitiría que nadie más la tocara. Urival mismo la cargó colina abajo, medio cegado por lágrimas que eran riachuelos de hielo que resbalaban por sus mejillas en el frío aire nocturno. Lo seguían: príncipes y faradh'im, enemigos, amigos, sangre de su sangre, engendros de Roelstra y las personas que Andrade había entrenado. La abrazó más fuerte, vio cómo la brisa alborotaba mechones de cabello plateado sobre su frente, vio cómo las lunas nacientes brillaban en los diez anillos, las cadenas y los brazaletes. Pronto se los quitaría, todos menos el décimo de su dedo anular, y los distribuiría entre sus parientes de sangre. Y uno de ellos iría a Sioned, como recordatorio. Pero el décimo anillo lo dejaría en su mano, donde habría puesto el suyo si la Fortaleza de la Diosa no la hubiera reclamado mucho antes que él, y las delicadas cadenas las guardaría para sí.

Oyó a los demás dispersarse al acercarse al campamento iluminado por antorchas. Algunos lloraban en voz baja; otros murmuraban consuelo, pena o alguna implicación política. La llevó al pabellón blanco y la colocó con cuidado en su cama.

El Alto Príncipe fue el único que se atrevió a seguirlo. Rohan tomó una manta ligera del pie de la cama y la subió con cuidado alrededor de la cintura de ella.

—Ella y mi madre eran gemelas, pero nunca se parecieron mucho —dijo en voz baja—. Pero ahora sus rostros son iguales.

Urival lo comprendió. Milar siempre había sido la hermosa, la radiante y encantadora. Sin embargo, el rostro de Andrade en la muerte era terso, hermoso, su calma desmentía el espíritu inquieto e impaciente que había sido liberado esa noche. La cruzó de brazos sobre la manta, tocando cada anillo con las yemas de los dedos.

—Perdóname —susurró Rohan.

Urival negó con la cabeza y miró los ojos atormentados.

—Tú, más que nadie, deberías saber que ella nunca hizo nada en contra de su voluntad.

—Si yo no hubiera...

Suspiró con impaciencia, deseando que Rohan se llevara su culpa a otra parte y lo dejara en paz con ella.

—Y si no hubiera existido el Pergamino Estelar, y si Ianthe no hubiera sido una zorra intrigante y Pandsala no la hubiera acompañado, y si Andrade no hubiera traído a Sioned a la Fortaleza de la Diosa... ¿cuánto tiempo debo seguir? No hay nada que perdonar. —Hizo una pausa y se encogió de hombros—. Quizás algún día lo creas.

—Quizás.

—Tienes que saberlo ahora —dijo Urival después de un rato de silencio—. Andry la seguirá y usará los anillos.

—¿Andry?

Sus ojos azules, casi del mismo color que los de Andrade, se entrecerraron con una mirada calculadora casi idéntica. Urival comprendió que habría ecos de ella a su alrededor por el resto de su vida. Pero nunca serían los mismos. Nunca.

—No es más que un niño —dijo Rohan.

—Tiene la edad que tenías cuando te convertiste en príncipe gobernante. Fue su elección. La única decisión que pudo tomar. No solo por el futuro de Pol, sino por el de todos los faradh'im. No entiendes su poder, y él tampoco, todavía. —*Y que la Diosa nos ayude cuando lo haga*, se dijo.

—Si Andrade lo quiso, entonces… —Rohan se aclaró la garganta—. Lo siento por él, Urival.

Se hizo otro silencio, denso y pesado, como nubes de tormenta que no se desvanecían con la lluvia.

—No oí dragones —dijo Urival de repente.

—Dragones antes del amanecer, muerte antes del amanecer —citó Rohan en voz baja—. Sí, yo también lo esperaba.

Se oyó un suave cojeo, y ambos hombres se giraron para encontrarse con el príncipe Lleyn entrando lentamente en el pabellón.

—Tu esposa pregunta por ti —le dijo a Rohan, quien se levantó al instante—. Tranquilo, muchacho, está bien. Chadric y Audrite han estado cuidando de ella y de Pol. —Tomó la silla que Rohan había dejado libre y juntó las manos sobre su bastón con cabeza de dragón—. Pero ve con ellos ahora. Nosotros velaremos por ella.

Cuando Rohan se fue, Lleyn suspiró y negó con la cabeza.

—Siempre pensé que el viento llevaría mis cenizas a la Fortaleza de la Diosa, no que vería a sus Mensajeros del Sol invocar el Fuego para ella.

Urival asintió.

—La amabas como yo.

—No, no como tú. Gasté todo lo que poseía en mi esposa. Murió hace cuarenta y seis inviernos. La veo en su hijo y sus nietos, pero no es lo mismo.

—No, nunca es lo mismo.

—Masul morirá por esto, por supuesto —continuó Lleyn—. Si fuera más joven, lo haría con mis propias manos. Pero escúchame, Mensajero del Sol. No lo hagas con las tuyas.

Nunca había matado usando los dones; se preguntaba cómo Lleyn sabía que eso era precisamente lo que pasaba por su mente.

—Me habría perseguido el resto de mis días si lo permitiera... Qué mujer testaruda es tu Andrade.

Sí, pensó Urival, era solo suya, ahora que estaba muerta.

—Espero que no te importe que espere contigo. Va a ser una noche muy larga.

—No, no me importa en absoluto. Creo que ella querría que estuvieras aquí.

—Gracias, mi señor. —Lleyn inclinó la cabeza como si Urival hubiera nacido en la realeza—. Me quedaré aquí, entonces. Esperaremos juntos.

Capítulo Veinticinco

Los guardias vigilaban atentamente, en busca de los terrores que reptarían en la noche ahora que la Señora de la Fortaleza de la Diosa había muerto. Se tensaron al oír murmullos, se estremecieron ante las sombras que proyectaban las velas solitarias sobre las paredes de tela. Intentaron no ver los gestos bruscos, los movimientos de impaciencia, dolor o miedo, los brazos que se extendían con impotencia o a veces se cerraban alrededor de alguien necesitado. Mucho después de que las lunas se hubieran acurrucado de nuevo en el abrazo del Veresch; mucho después de que los acontecimientos del día y la noche deberían haber enviado a todos a sus camas; mucho después de que las hogueras ardieran lentamente y solo las estrellas iluminaran el campamento con una pálida luz plateada, los susurros continuaron dentro de las tiendas multicolores.

Rohan agradeció a Chadric y Audrite por el cuidado de su esposa e hijo, los despidió en la noche y se sirvió una gran copa de vino fuerte. Pol estaba sentado en una silla cerca de Sioned, notablemente tenso y con los ojos muy abiertos, intentando, sin éxito, ocultar los intermitentes temblores. También les sirvió vino y caminó lentamente en triángulo sobre la alfombra: del escritorio a la ventana, de la ventana a las sillas, de las sillas al escritorio.

—Preguntó por ti —dijo bruscamente—. Por los dos. Para saber si estaban a salvo. Que la Diosa nos ayude. Le importábamos más que su propia vida.

Sioned dejó la copa sin probarla. Rohan pronunció su nombre en voz baja, anhelando la terrible culpa en sus ojos, la misma que había en los suyos.

—No —dijo ella, con la voz desgarrada por el dolor—. No puedo soportarlo, Rohan. Ella me hizo todo lo que soy, y la última vez que hablé con ella... ¡Oh, Diosa! —Su serenidad se quebró— ¡Murió pensando que la odiaba!

—Sioned, no te hagas esto.

—Si me detengo —dijo con ojos sombríos—, ¿también lo harás?

Pol se movió ligeramente, sosteniendo la mirada de Rohan con ojos que reflejaban una madurez que su edad desmentía.

—Padre, el Príncipe Lleyn me contó lo que dijo sobre Masul.

—¿Y?

—No tendrá Marca del Príncipe. No es solo que sea mía por derecho. El pueblo y la tierra me aceptaron. No se los entregaré, por ningún motivo.

—Son tuyos, y tú eres de ellos —murmuró Sioned. Miró a Rohan, con una mirada atormentada, que clamaba: *Y él es el nieto de Roelstra, con más derecho a Marca del Príncipe del que cree.*

—Lucharé por ellos si es necesario —terminó Pol.

—No habrá guerra. —Rohan sabía lo vacía que era esa promesa. Le dedicó a su esposa una sonrisa cansada y cínica—. Bueno, quizás solo una pequeña.

Una guerra mayor se debatía en la tienda naranja de Miyon. Estaba recostado en un sofá acolchado, escuchando mientras Kiele y Masul discutían sobre la fuerza de sus tropas como si supieran de lo que hablaban. La diversión se reflejaba en sus ojos y labios. Quienquiera que librara esta guerra, no serían sus propios soldados. Él conseguiría que otros lo hicieran. Y cuando todos estuvieran exhaustos por la batalla, incluso los vencedores, su propio ejército, fresco y preparado, se apoderaría de grandes porciones de Firon, Marca del Príncipe y del propio Desierto.

Lyell permaneció nervioso junto a la silla de su esposa, ignorado por todos hasta que se dirigió a Masul.

—Disculpe, mi señor. Simplemente se me ocurre que todo esto traería mucha destrucción, lo cual sería muy malo para todos.

—Comerciante —espetó el impostor con desdén—. Hablamos de tronos, y tú parloteas sobre comercio.

Miyon disimuló una sonrisa. Masul pensaba que ser príncipe era montar buenos caballos, vestir ropas elegantes y disfrutar de la vista de cabezas y rodillas inclinadas ante él. Nunca había sido estrangulado ni había padecido hambruna gracias a los ejércitos del Desierto, nunca había visto los productos de sus tierras pudrirse y oxidarse por falta de transporte a los mercados. Tampoco había tratado con los codiciosos y sombríos Mérida, siempre clamando por una guerra contra el Desierto que, según Miyon, solo podía terminar de una manera. Quizás enviaría a los Mérida contra los restos de los ejércitos de Rohan, una vez que estos se hubieran agotado en Marca del Príncipe. Sí, era una buena idea; podrían aniquilarse mutuamente, y como mínimo, se fragmentarían tanto que pasaría una generación antes de que alguno de los dos tuviera la fuerza para volver a luchar.

—Los principados funcionan gracias al comercio —dijo Miyon en voz baja—. Pero sí que estamos hablando de tronos, y no solo del de Marca del Príncipe.

—¿A qué se refiere, Su excelencia? —preguntó Kiele con recelo.

—Considérelo, querida señora. —Se acurrucó de nuevo entre las suaves almohadas—. Nos acompañan Gilad y Grib, Fessenden y, por supuesto, Isel. —Rió entre dientes—. ¡Qué bien se lo pasarán en su isla cuando comience la verdadera guerra con la que llevan cien años coqueteando desde que acabó la última! Grib y Gilad yacen a ambos lados de Ossetia, listos para apretujarla como las fauces de un dragón. Fessenden cabalga sobre Marca del Príncipe y pronto la pondrá en nuestras manos. ¿En cuántos frentes cree que Rohan tiene suficientes ejércitos para luchar? ¿De qué le serviría Dorval? Syr es un poderoso aliado, pero una vez que Clutha comprenda que su amado Prado del Señor volverá a ser un campo de batalla, reservará sus tropas para protegerse a sí mismo, no para una lucha que no le importa. —Miyon suspiró felizmente—. Rohan se equivoca si cree que recibirá ayuda sustancial de alguno de sus aliados.

—No creo que todo esto me lleve al Castillo del Peñasco pronto —dijo Masul con el ceño fruncido.

—Paciencia. —Miyon sonrió—. Observa cómo se desgastan durante toda una primavera y un verano. Para entonces, no solo entrarás en Castillo del Peñasco sin oposición, sino que los demás estarán tan exhaustos por sus guerras que no tendrán fuerzas para contrarrestar las más interesantes de tus propuestas en la reunión de príncipes que convocarás para poner paz y órden ante una guerra en la que no formaste parte.

—¿Y tú, Su Gracia? —preguntó Masul con voz sedosa— Supongo que no estarás exhausto.

—En absoluto. Seré dueño del Desierto desde Tiglat hasta Feruche. Puedes quedarte con el resto. No soy codicioso.

—Por supuesto que no —murmuró Kiele.

—Mañana será un buen día para empezar la guerra —concluyó Miyon—. Recuérdalo, y no pierdas de vista lo verdaderamente importante solo por soñar que gobiernas el Castillo del Peñasco.

Pandsala dormía, soñando solo con ese lugar.

Era una niña de nuevo, paseando por los jardines excavados en los acantilados, y el sol le daba suave en el rostro y el cabello. Su hermana Ianthe le entregó un bulto envuelto en violeta que se retorcía en sus brazos. El niño tenía el cabello dorado y ojos azul verdosos.

—No eres el guardián que yo habría elegido para él, pero lo has hecho muy bien —se burló Ianthe—. ¡Incluso lo amas! ¡Es *mi* hijo, y lo amas! ¡Es la mejor broma que le he gastado a alguien, el plan más grandioso de mi vida!

Pandsala miró horrorizada al hijo de Ianthe. Una parte de ella quería apartarlo de sí, arrojarlo por encima de los muros hacia la profunda garganta del Faolain.

—Pero lo recuperaré ahora mismo —rió Ianthe—. Es mío. Y, lo que es más importante, pertenece al pueblo de nuestra madre. Siempre pensé que era extremadamente injusto que te diera los regalos a ti y no a mí. ¡Piensa en lo que podría haber hecho con ellos! —Extendió las manos—. Devuélvemelo ahora, Pandsala. Tu trabajo está hecho.

—¡No!

—No te pertenece —explicó Ianthe como si se dirigiera a una estudiante torpe—. Dánoslo.

Una sombra cayó sobre el césped junto a ella. Se giró y vio a su padre, alto, de ojos verdes e inflexible.

—Dánoslo —dijo el espectro de Roelstra—. Es la hora.

Apretó al bebé contra su pecho. Invocando todo lo que sabía sobre el poder, lanzó una descarga de Fuego contra Ianthe y Roelstra. La carne se ennegreció y se quebró ante sus ojos, pero se reían mientras morían.

Echó a correr, pero tropezó en los escalones y, mientras caía, dejó caer su preciada carga. Gritó de nuevo, aterrorizada. Pero la manta estaba vacía.

Sioned apareció en la pasarela sobre ella, con el anillo de esmeralda brillando tan intensamente como sus ojos esmeralda. Se arrodilló y recogió la manta violeta, sin apartar la mirada de Pandsala.

—¿Qué has hecho? —exigió, desplegando la tela— ¡Mira la sangre!

Pandsala se apartó del terciopelo que goteaba la espesa sangre roja. Cayeron sobre las piedras calentadas por el sol y se quemaron hasta convertirse en círculos ennegrecidos. Tocó una y la yema del dedo se le quemó, aunque no sintió dolor.

Levantó la vista de repente, sollozando de alivio al ver a Pol salir del castillo para estar junto a Sioned. Pero este no era el chico que Pandsala conocía; era un hombre adulto, alto y orgulloso, con el gran anillo de topacio y amatista en el dedo. La miró con curiosidad remota, sin reconocerla. Sioned le tomó la mano. Lo reclamó. Pandsala abrió la boca para revelar la verdad. Podría destruir a Sioned hablando de Ianthe. Pero no lo hizo. Si había matado a Ianthe y a Roelstra para liberar a Pol de ellas, no podría recuperarlo diciéndole quién había sido su verdadera madre. No podía hacerle eso.

Otra sombra apareció, y por un instante de pánico pensó que Roelstra había escapado de las llamas. Pero fue Masul quien avanzó a grandes zancadas, con sus ojos verdes rebosantes de feroz alegría mientras blandía una nueva espada cunaxana contra la cabeza de Pol.

—¡No! —gritó de nuevo.

Detrás de él había tres sombras más, oscuras y amenazantes, más letales incluso que Masul. Rohan debía cambiar de opinión, debía permitirle seguir siendo regente de Marca del Príncipe; ¿de qué otra manera podría seguir protegiendo a Pol de los peligros que lo amenazaban una y otra vez y…?

Masul se rió de ella y la espada continuó su lento, mortal y soleado arco hacia el cuello de Pol.

—¡NO!

—¡Mi señora!

Se incorporó en la cama, temblando, y miró sin comprender al chico que estaba a su lado. Sostenía una vela. La llama danzaba sobre su cabello oscuro, en sus ojos, verdes como los de Roelstra, como los del impostor, como los de Sioned. Sus rostros se superponían al suyo, uniéndose al de Ianthe sobre todos ellos. Pandsala se apartó de él.

—¿Qu-quién eres? —susurró.

—Me llamo Sejast, mi señora —dijo, y los demás rostros se desvanecieron al oír su voz. Se acabó el sueño, entonces. Solo un chico con un único anillo de faradhi en el dedo corazón de la mano derecha.

—Perdóneme por violar su privacidad, pero... pero me enviaron para averiguar si estabas en algún apuro después de lo que pasó esta noche.

—Estoy bien —dijo ella, con una voz exasperantemente débil y delgada.

—Me alegra oírlo, mi señora —dijo él con una tímida sonrisa—. Algunos de los otros no están tan bien. Pero creo que usted es mucho más fuerte que ellos.

—Tú no pareces muy afectado. —Bajó los pies al suelo y se alisó el pelo—. ¿Acaso eres así de fuerte?

—No tengo tanto talento, mi señora —Sejast se sonrojó—. Si está bien, iré a dejarla descansar.

—Espere. —Lo agarró del brazo y él la ayudó a ponerse de pie, con respetuosa solicitud—. Tráeme algo de beber.

Él obedeció mientras ella se dirigía a una silla cercana. Bebió con avidez, necesitando el vino para disipar las últimas sombras de su sueño.

—¿Quiere que llame a un médico, mi señora?

—No. —Sintiéndose mejor, enderezó los hombros y lo observó atentamente, buscando el recuerdo esquivo. Lo había visto antes, estaba segura. De repente, lo captó—. ¿No eres tú el chico que atiende a Lady Hollis?

—Tengo el honor, mi señora.

—Ya veo. —Tras ubicarlo, se relajó. No era una sombra, solo un chico amable y servicial que había sido bondadoso, y que más le valía no decir nada sobre lo que pudiera haber oído—. Estaba soñando —continuó—, cuando entraste y me despertaste. Debí de asustarte.

—Ni la mitad de lo que te sobresalté yo a ti, mi señora. —Él sonrió de nuevo—. Te oí llamar y pensé que sería mejor despertarte si podía.

—Gracias. No fue un sueño agradable —añadió con ironía, aliviada de no haber dicho nada que la dejara en evidencia—. Y gracias por tu atención, Sejast. Ya puedes irte. Me he recuperado.

—Muy bien, mi señora. Pero intenta descansar, por favor. Pareces muy cansada.

—Lo haré. Buenas noches.

Segev sonrió para sí mismo al salir de la tienda. Adiós al instinto familiar, pensó; Pandsala no había reconocido en él ni un atisbo de su hermana Ianthe. Había sido una osadía, pero la noche, el uso que Mireva le dio, y, sobre todo, la muerte de Andrade, lo habían embriagado. Sintió el poder atravesarlo como una ventisca de nieve fría y punzante que ardía con su propio calor corporal y se convertía en ríos de fuerza ardiente. Ansiaba el Pergamino Estelar y los hechizos que le otorgarían aún más poder. Pero aún tenía que esperar.

Aunque no mucho.

Se dirigió a la tienda del Alto Príncipe, con cuidado de que los guardias vieran su anillo. Se detuvo frente a la tienda de Maarken, escuchando las voces y observando las sombras en la pared.

—Hollis, quédate aquí esta noche, no estás lo suficientemente bien como para…

—¡Quiero volver a dormir en mi propia cama!

—¡*Esta* es tu cama! ¡Vas a ser mi esposa! ¡Cualquier cama en la que yo esté es en la que tú también deberías estar!

—Maarken, déjame en paz, no puedo…

Segev sonrió de nuevo, apenas conteniendo la risa cuando la sombra que era Hollis se separó de los brazos extendidos de la sombra más alta. Se abrazó a sí mismo con entusiasmo.

—¡Deja de actuar como si fuera tuya! —espetó Hollis.

Casi tropezó con Segev al huir de la tienda. De repente, fue como si el grito áspero de Maarken al llamarla no existiera, ni el propio Maarken, para el caso.

—¡Oh! —dijo ella, sobresaltada— ¡*Sejast*! ¿Estás bien?

Él la había agarrado del codo y ahora deslizó su mano hacia la de ella. Dedos delgados y fríos se cerraron alrededor de los suyos.

—¿Está usted bien, mi señora?

—Estoy bien. Pero me alegra que estés aquí. ¿Me llevarás de vuelta a nuestras tiendas?

Miró por encima del hombro mientras la acompañaba. Maarken estaba allí, en la entrada de su tienda, con una vela encendida titilando en la mano. A su luz, Segev vio un odio celoso no disimulado en los ojos pálidos del joven señor.

Y sonrió.

Ostvel había intentado devolverle a la hija de Volog en el montículo, avergonzado por los sollozos desesperados de la niña y la forma en que se aferraba a él. Pero Alasen no la soltaba. Volog, tras un suave intento de atraerla a sus brazos, negó con la cabeza y murmuró.

—Ven conmigo. Dudo que sea consciente de mucho ahora mismo.

Parecía cierto. Fue un accidente que él hubiera estado cerca de ella en primer lugar, cuando el conjuro de Andrade salió mal y el Fuego pasó de ser una visión a una pesadilla. El gemido de agonía de Alasen, un leve eco del grito de Andrade, atrajo las manos de Ostvel para sujetarla; de repente, ella había hundido la cara en su pecho y hundido los dedos en su camisa. Temblaba como si su esbelto cuerpo fuera a romperse. Desesperado por la seguridad de su hijo, Ostvel intentó zafarse. Ella solo se aferró con más fuerza.

Davvi y Chale ayudaban a Riyan; mientras Ostvel observaba, Gemma y Tilal se unieron a ellos. Riyan parecía aturdido, pero se recuperaba rápidamente. Ostvel agradeció sinceramente a la Diosa y al tierno espíritu protector de su Camigwen, que sin duda velaba por su hijo, y centró su atención en la niña que lloraba desconsoladamente en sus brazos.

Volog parecía contento de que Ostvel ayudara a Alasen a regresar a las tiendas. Los dejó un rato y luego regresó.

—Riyan está bien. Davvi se encarga de su bienestar.

—Gracias por cuidar de mi hijo, Su Gracia —dijo Ostvel.

—Y por cuidar de mi hija. —Volog acarició el cabello de Alasen—. Pobre niña... Es faradhi, por supuesto.

Ostvel la animó a dar unos pasos.

—Ven, Alasen. Se acabó. Estás a salvo. —Volvió a mirar a Volog a los ojos—. ¿Qué hay de Andrade?

El príncipe negó con la cabeza.

Ostvel tragó saliva con dificultad. Los recuerdos de su juventud en la Fortaleza de la Diosa, creciendo con Camigwen, Sioned, Meath y tantos otros Mensajeros del Sol lo asaltaron. Nunca había echado en falta lo que ellos tenían y él no; incluso había esperado algún día alcanzar el rango de mayordomo jefe allí. En cambio, acompañó a Sioned a Stronghold, se convirtió en vasallo y amigo de Rohan y, finalmente, en athri de su propio castillo. Andrade había ordenado a Sioned que se marchara al Desierto, reorganizando así todos sus destinos. Andrade, en muchos sentidos, había gobernado su vida durante gran parte de ella. Y era imposible pensar en que estaba muerta.

Alasen caminaba con más seguridad ahora, pero cuando Ostvel intentó soltar los puños de su camisa y entregársela a su padre, ella lanzó un grito desesperado y se acurrucó aún más.

—Está bien, mi amor —murmuró Volog, rodeándola la cintura con un brazo—. Solo falta un poco. Mi señor, usted sabe más de los faradh'im que yo. ¿Qué ha pasado aquí esta noche?

—No estoy seguro, Su excelencia —advirtió, aunque tenía fuertes sospechas—. Hay... ciertas cosas en las que todos los Mensajeros del Sol están unidos, y esta noche... esta noche fue peligroso. —Incluso más que la noche en que Sioned tejió luz estelar, y no solo Tobin y Pol, que estaban cerca, sino también faradh'im a cientos de kilómetros de distancia, quedaron atrapados en ella. Entonces, Andrade despejó la maraña de colores; Ostvel supuso que Sioned había hecho el trabajo esa noche. Los demás Mensajeros del Sol, sin importar su nivel de entrenamiento, se habían recuperado, aunque, según deducía por sus conocimientos, todos padecerían terribles dolores de cabeza. Pero Alasen no tenía entrenamiento alguno.

—Unidos, les guste o no —interpretó Volog, señalando con la cabeza a su hija.

Ostevel asintió.

—Urival, ¿o era Sioned?, es muy hábil.

Reconocía un comentario indirecto cuando lo oía.

—No creo que quienes no tenemos los dones podamos entender realmente qué les sucede, Su majestad.

—Pero usted vivió entre ellos la mayor parte de su juventud, ¿verdad?

—Tuve ese honor. Cuando hablaron de tocar colores y ver los patrones del otro en la luz… —Sostuvo a Alasen mientras ella se tambaleaba—. Sus poderes son un misterio para mí, Su majestad. Pero al fin y al cabo solo son personas, como el resto de nosotros.

Llegaron a las tiendas escarlatas de Volog. Ostvel empezó a preguntarse si tendría que sacrificar su camisa ante el fuerte agarre de la chica. Finalmente, sin embargo, él y Volog la persuadieron para que soltara los dedos. El príncipe colocó a su hija en un diván bajo y la cubrió con una manta ligera. Sus ojos verdes estaban abiertos de par en par y miraban fijamente, ciegos a todo lo que la rodeaba. O eso pensó Ostvel hasta que se giró para irse, y ella extendió ambas manos con un lastimero grito de abandono.

Se arrodilló junto a ella, apretándole las manos con las suyas.

—Silencio. Todo está bien, Alasen. Estás a salvo. Te lo prometo, mi señora. A salvo.

Ella lo miró a la cara y sus ojos recuperaron la cordura. Casi le sonrió. *Diosa, la chica es hermosa*, pensó con un nudo en el corazón que lo confundió. Sus largas pestañas se cerraron y se alegró de que esos ojos ya no lo miraran con tanta confianza, tanta gratitud.

—Pero está muerta —susurró Alasen de repente—. Todos sus colores... y Lady Andrade está muerta.

—Shh —respondió, consciente de que Volog rondaba al otro lado del sofá, observándolo—. Duerme, querida.

Los dedos de Alasen se movieron convulsivamente entre los suyos, luego se aflojaron. Ostvel esperó hasta estar seguro de que dormía y luego se puso de pie con cansancio. Las articulaciones de la rodilla y el hombro le dolían un poco por el clima húmedo de Waes, tan diferente del desierto caluroso y seco que rodeaba Cuenco Celestial. Los dolores sordos le recordaban su edad, el doble que la de la chica que yacía en el sofá, descansando por fin, pero no en paz. Otra pequeña molestia se centraba en su pecho al contemplar su juventud, su rostro pálido y tenso.

Se volvió hacia Volog.

—Se pondrá bien cuando haya dormido lo suficiente, excelencia.

—Debes de estar aburriéndote de mis expresiones de agradecimiento —dijo el príncipe con ironía—. ¿Puedo ofrecerle un poco de vino, mi señor? Ambos lo necesitaremos.

—En cualquier otro momento lo aceptaría con gusto. Pero realmente debería ir a ver a mi hijo.

—Por supuesto. En otro momento, entonces. —Acompañó a Ostvel a la entrada—. Lamento preguntarlo, pero ¿qué crees que pasará mañana? Andrade ha muerto, el asunto de Masul sigue sin resolverse y no veo salida.

—El Alto Príncipe encontrará a alguien. Siempre lo hace. —Ostvel pensó en el Mensajero del Sol que Masul sin duda había matado; si se pudiera probar su culpabilidad, moriría, pretendiera o no ser regente de Marca del Príncipe—. Buenas noches, Su excelencia.

Se encontró con Chay fuera del perímetro de las tiendas de Rohan.

—He estado viendo cómo están nuestros hijos —dijo el hombre mayor—. Todos tranquilos, aunque mañana no estarán en condiciones de hacer nada, si no me equivoco.

—Mi diagnóstico es exacto. Acabo de estar con Volog. Alasen fue más afectada que los demás. Ella no ha recibido entrenamiento.

—Alguien debía conocer sus colores —la expresión de Chay era una danza de sombras—. De lo contrario, Sioned nunca habría podido encontrarla y separarla de los demás Mensajeros del Sol, y la habríamos perdido en las sombras.

Ostvel se preguntó quién habría tocado y recordado el patrón de luz único de Alasen. Entonces se encogió de hombros; bastaba con que alguien lo hubiera hecho, no importaba quién.

—¿Cómo está Tobin?

—Bien. Ella supo lo que estaba pasando todo el tiempo. Es más fuerte de lo que cree, e incluso más fuerte de lo que finge ser —añadió con un encogimiento de hombros triste. Luego se puso serio—. No puedo creer que Andrade se haya ido.

—Yo tampoco —murmuró Ostvel.

—Normalmente puedo adivinar cómo funciona la mente de Rohan, aunque la mayor parte del tiempo solo voy a medio paso por detrás de él. Pero que me aspen si sé qué va a hacer ahora. —Negó con la cabeza—. No puedo creer que se haya ido —repitió.

Ostvel pensó que sería mejor cambiar de tema.

—¿Riyan está con Davvi ahora mismo?

—¿Qué? Oh, no, está con Andry en las tiendas de los Mensajeros del Sol. Sorin va a pasar la noche con ellos. Maarken está encerrado en su tienda fingiendo dormir. —Chay hizo una mueca—. Ojalá supiera qué le pasa. Esa chica suya es preciosa, claro, y Andry

nos dice que es perfecta para Maarken. Pero si está enamorada de él, no he visto nada. En fin. Supongo que lo averiguarán ellos mismos. —Miró al cielo del este con los ojos entrecerrados—. La noche se acaba.

—Ojalá durase un poco más. No tengo ganas de que sea mañana.

—¿Crees que la quema será aquí o en la Fortaleza de la Diosa?

—No lo sé. Urival tendrá que decidir, pero no creo que esté en condiciones de hacer planes. —Agarró el brazo de Chay con suavidad—. Nosotros tampoco, a menos que intentemos dormir un poco.

—Ostvel, ni siquiera puedo empezar a pensar en qué planes hacer, salvo los de guerra.

Andry yacía insomne y asustado en la pequeña tienda blanca, sin consuelo ni siquiera por la presencia cercana de su gemelo. Él había sido quien delineó los colores de Alasen, y Sioned no había sido quien la separó del resto. Andry lo había hecho él mismo. A través de la conmoción y la agonía que amenazaban con destrozar su mente, había visto cómo el patrón luminoso que era Alasen comenzaba a fragmentarse. El pánico lo había dejado a un lado. Había presentido el método empleado por Sioned para sacar a Pol del caos; el instinto se había impuesto a partir de entonces. El esfuerzo por calmar el terror de Alasen y mantenerla intacta lo había agotado por completo. Lo siguiente que supo fue que la voz preocupada y tranquilizadora de Sorin lo ayudaba a bajar del montículo. Podía oír la suave respiración de su gemelo cerca, el ritmo de la vigilia, no del sueño, como el de Riyan en la otra cama. Andry se incorporó lentamente, sujetándose la cabeza palpitante entre las manos.

—Vuelve a acostarte, idiota —susurró Sorin, a su lado al instante. Andry buscó a tientas la mano cálida de su hermano—. ¿Qué pasa, Andry? ¿Estás bien?

No pudo contener el repentino escalofrío que le recorrió los huesos.

—Es que no consigo entrar en calor —balbuceó.

Sorin sacó otra manta del pie de la cama.

—Toma, envuélvete con esto. ¿Mejor?

—Sí —mintió.

Sorin se agachó a su lado mientras se recostaba.

—Envié a un escudero a preguntar por los demás. Todos están bien, más o menos. Pero el consenso es que ustedes, los Mensajeros del Sol, se sentirán mañana como si hubieran hecho un viaje de cuatro días en alta mar. —Apretó con fuerza los dedos de Andry—. ¡Diosa, me asustaste!

Se dejó embriagar por la sólida y sensata presencia de su hermano. Poco a poco, las visiones se desvanecieron de su mente consciente, hundiéndose en un lugar cerrado donde solo las pesadillas tendrían la llave.

—¿Te vas a quedar aquí? —preguntó, sin avergonzarse de su tono suplicante.

—Por supuesto. Para empezar, mi padre lo ordenó. Y para empezar, ¿crees que te dejaría cuando estás así de herido?.

Andry recordó un tiempo lejano, cuando ambos eran muy pequeños, y la luz del sol asaltó repentinamente su mente y sus dones con brutal insistencia. Frenético, Sorin se mantuvo a su lado durante días. Y hubo un invierno en el que Sorin enfermó con fiebre alta, y Andry desafió la prohibición de su madre y se quedó con él, cuidándolo hasta que se recuperó. Había sido así toda su vida. Compadecía a quienes no tenían un gemelo, un segundo yo que estuviera siempre presente; pero aún más, compadecía a su hermano Maarken por lo que debió haber soportado cuando su gemelo Jahni murió por la Plaga. Sorin volvió a apretarle las manos.

—¿Crees que podrás dormir un poco ahora?

—Sí... no. Andrade está muerta, ¿verdad?

—Urival está con ella —dijo, y asintió—, y creo que Lleyn también.

—Agradece no poder ver ni sentir lo que yo veo, hermano —susurró Andry—. Era como un vitral en movimiento, con imágenes cambiantes y retroiluminadas por el Fuego, pero luego se rompió en un millón de pedazos y tuve que encontrar los correctos, recomponer las imágenes. Sioned hizo el trabajo, pero... podía sentirlos a todos, a todos nosotros, el miedo a las sombras...

—Se acabó —murmuró Sorin—. Tranquilo, Andry. Cierra los ojos. Estaré aquí.

—Te he echado de menos —sonrió levemente—, ¿sabes?

—Yo también. Escucha, ¿qué tal si le pregunto a mi padre si puedo ir a visitarte a la Fortaleza de la Diosa durante el invierno? Él y Rohan tienen que pensar en algo para mí ahora que me han nombrado caballero, después de todo. Eso les dará tiempo para pensar qué quieren hacer conmigo.

—¿Y qué hay de lo que quieres hacer contigo?

—Nunca lo había pensado —respondió Sorin con naturalidad—. No me pondrán a trabajar en las cuentas del Puerto de Radzyn ni en nada aburrido por el estilo, ¿sabes?

—Menos mal —rió entre dientes—. Nunca supiste sumar sin contar con los dedos.

Sorin sonrió, y Andry se dio cuenta de que la magia fraternal había vuelto a funcionar: su hermano lo había hecho reír.

—Sería interesante ayudar con el nuevo puerto del Faolain, pensé —continuó Sorin—. Me gusta construir cosas. Volog tiene una pequeña casa solariega que está remodelando por si acaso Alasen se casa con alguien que no tenga un lugar adecuado para una princesa. Me lo he pasado genial allí... —Se interrumpió de repente, susurrando— ¿Andry?

Se maldijo por dejar que se le notara en la cara.

—¿Qué? —preguntó, intentando imitar el tono más severo de Maarken. Pero evidentemente su hermano mayor había sido el único en heredar esa particular inflexión de su padre. Sorin se quedó mirando.

—¿Tú... y Alasen? —dijo al fin— ¡Oh, Diosa!

—¿Qué nos pasa a Alasen y a mí? —lo desafió Andry— Puede que no sea un príncipe ni tenga tierras, pero soy nieto de un príncipe, hijo del Señor de Radzyn y sobrino de…

—Oh, deja de presumir de tus títulos como si fueras un embajador comercial —reprendió Sorin—. Es solo una sorpresa, nada más. No puedo pensar en ella más que como una pesada que creció siendo bastante bonita. Pero si la quieres...

—Como si hubiera alguna posibilidad —murmuró Andry.

—¿Por qué no debería haberla? Tu linaje es tan bueno como el suyo. Es más, es pariente de Sioned y Pol. Estaría en la familia. Me parece una gran idea. De verdad.

—¿En serio? —Suspiró— Ahora solo tengo que convencerla a ella, y a su padre, y a su madre, y...

—Suenas como Maarken. Ustedes, los Mensajeros del Sol, siempre encuentran sombras donde no las hay. ¿Por qué no te aceptarían? Eres bastante presentable, no comes con los dedos, eres más inteligente que el alce arado promedio y te lavas con frecuencia.

Andry no pudo evitar sonreír de nuevo.

—¡Gracias por darme más confianza!

—Me alegra mucho poder ayudar. —Sorin le dio una palmadita en el hombro. Pero, después de un momento, se puso serio—. ¿Pero crees que podrías renunciar a estar en la Fortaleza de la Diosa? Es todo lo que siempre has querido, Andry. La mansión de Kierst es

hermosa, y sería más que suficiente para que cualquier hombre la dirigiera, y tener a Allie allí la haría perfecta para ti. Y seguirías siendo un Mensajero del Sol, por supuesto, probablemente vinculado a la corte de Volog. De hecho, sería una excelente jugada política. Si fueras su Mensajero asignado, entonces, cuando Arlis crezca y herede toda la isla...

—Lo haría, por ella —dijo Andry lentamente—. Pero no tendré que dejar la Fortaleza de la Diosa. Alasen irá allí y se entrenará como faradhi.

—¿Estás seguro de eso?

—Sorin, no me imagino a nadie con los dones que no quisiera usarlos, que no ansíe aprender todo lo posible sobre ser un Mensajero del Sol. Es lo más maravilloso del mundo. Es…

—Ya podría ponerle música a ese discurso; lo he oído tantas veces —interrumpió Sorin, sonriendo de nuevo—. De acuerdo, entonces, llévala a la Fortaleza de la Diosa y conviértela en una Mensajera del Sol. —Agitó un dedo en señal de advertencia frente a la cara de Andry—. ¡Pero iré este invierno para asegurarme de que tus intenciones hacia ella son honorables!

—¡Sorin! —protestó Andry, indignado, hasta que vio el brillo burlón en los ojos de su gemelo. Intentó desquitarse con Sorin, pero un movimiento repentino transformó la punzada en su cráneo en un dolor nuevo e ingenioso. Se recostó y cerró los ojos con fuerza.

—Tranquilo —aconsejó Sorin, de nuevo preocupado—. Deberías intentar dormir.

—Me temo que no podrá por un rato —dijo una voz queda a sus espaldas. Se giraron, sobresaltados, y vieron la silueta del príncipe Lleyn recortada en la puerta—. Casi amanece, no hay tiempo para un sueño reparador. Lord Andry, si se siente con ánimos, Lord Urival le pide que lo atienda. Le sugiero —añadió secamente— que se sienta con ánimos.

Andry se vistió a toda prisa e intercambió una mirada de desconcierto con su gemelo.

—Su excelencia —dijo mientras seguía a Lleyn fuera de la tienda—, ¿sabe por qué Lord Urival desea verme?

—¿No lo sabe? —el anciano lo miró de reojo—. Bien.

Las palabras no tranquilizaron a Andry. Entró solo en el enorme pabellón blanco, casi temblando de aprensiones inconexas. Urival estaba de pie ante el tabique de tapiz que ocultaba el dormitorio donde yacía Andrade. Tenía las manos entrelazadas a la espalda, el rostro completamente inmóvil e inexpresivo, salvo por la tristeza que oscurecía sus ojos castaño dorado.

—¿Mi señor? —preguntó Andry vacilante.

Urival dio los pocos pasos que los separaban, extendiendo las manos. Andry miró con perplejidad los dos brazaletes que le ofrecían.

—Mi señor —dijo Urival en voz baja.

Y entonces lo supo, y oyó un rugido en su mente, como una tormenta de fuego. Agonía y júbilo, dolor y alegría, terror y deseo: Andry tomó los brazaletes y se los ciñó en las muñecas.

—Mi señor —repitió Urival, y se inclinó ante él.

Capítulo Veintiséis

A lo lejos, en las montañas, Mireva paseaba inquieta.

—¿Por qué no hacen nada? —le preguntó por quinta vez a Ruval, quien se repatingaba cerca de la puerta abierta de su morada, con la silla inclinada hacia atrás y los pies apoyados en la pared—. Todo este día, y nada más que para cocerse en sus malditas tiendas como dragones en cuevas en eclosión, cuando podrían estar...

Ruval rió y ella se volvió hacia él, furiosa. Él levantó las manos en un gesto de paz.

—Perdóname —dijo, sin dejar de sonreír—. ¿Pero qué más pueden hacer? Viste cómo se escabullían de tienda en tienda anoche. Hoy esperarán. Al atardecer habrán hecho la pira, y antes de que salga la primera estrella se reunirán para quemar a la vieja bruja. —Se encogió de hombros—. Aunque sigo sin entender por qué la mataste.

—¿Podría haber habido un mejor momento? ¿cuándo se habría presentado otra oportunidad así? —Sirvió vino de una botella que se mantenía fría sobre la mesa—. Estaba vulnerable como nunca antes. En cualquier caso, sin ella y con su amante senil angustiado, a Segev le resultará mucho más fácil robar los pergaminos. —Bebió el vino, dejó la copa y juntó las palmas de las manos—. Casi puedo sentirlos en mis manos, Ruval. Debo tenerlos, los *necesito*. Se ha perdido tanto. Es increíble que Merisel lo haya escrito todo. Era nuestra enemiga más poderosa e implacable. ¡Y aun así, parece que sabía casi todo! ¿Quién se lo dijo? ¿Cómo adquirió tal conocimiento?

Estiró los brazos y bajó la silla al suelo. Se levantó y se sirvió un trago de vino. Al observarlo, sintió que la tensión se disolvía y algo más se desenrollaba en su cuerpo para ocupar su lugar. Él había experimentado su madurez final esta primavera y verano. Sus hombros eran más anchos y musculosos, las líneas de su cuerpo y rostro eran duras y limpias, con la belleza depredadora de un felino cazador. Incluso holgazaneando como antes, o de pie con naturalidad con una copa en la mano, lo envolvía una sensación de poder contenido. Por ahora era puramente físico; durante los próximos años, ella lo instruiría plenamente en otros poderes. La mirada de Mireva lo recorrió, y una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

—Deberíamos celebrar la muerte de Andrade —sugirió con una sonrisa al reconocer la mirada de Mireva. Dio un largo trago de vino y dejó la copa—. Después de todo, no harán gran cosa el resto del día. No hay necesidad de aburrirnos viéndolos.

—¿Y tienes alguna forma de celebrar en mente? —preguntó ella con picardía.

Él solo volvió a reír.

Pero poco después, cuando yacían en una maraña de ropa medio desechada sobre su cama, ella se apartó y tomó su rostro entre sus manos. Unos ojos azules, ardientes de pasión, la miraron fijamente por la interrupción.

—Escúchame —dijo ella, respirando con dificultad—. Esta noche, y todas las noches hasta que Segev regrese con los pergaminos, debemos vigilar con mucho cuidado.

—¿No confías en mi querido hermano menor? —se burló.

—Si no, estaría muerto.

Ruval le sonrió, giró la cabeza para hundirle los dientes en la mano.

—Y lo mismo me pasa a mí, ¿no? Pero aparte de ese cobarde idiota de Marron, soy todo lo que tienes, Mireva. Trátame con dulzura, mi señora, y te daré un principado.

—Trátame con dulzura, mi señor, y te lo daré todo, desde el Agua del Amanecer hasta las Islas Lejanas. —Ella lo agarró con más fuerza por la cara y hundió los dedos en su cabello—. Recuérdalo.

—¿Cómo podría olvidarlo? —La agarró por las muñecas y le extendió los brazos sobre la cama— ¿Harás esto con Pol algún día? —preguntó, con los ojos aún más encendidos.

Como respuesta, invocó el dranath que había estado en el vino, usándolo junto con la hechicería ancestral para transformarse en la hermosa y esbelta joven. Se echó la espesa cabellera negra sobre el hombro, extendiéndola ampliamente, sonriendo encantada ante el cuerpo joven y flexible que ahora lucía.

—¡Digno de príncipes —rió Ruval—, sin duda! ¡Que su Diosa se apiade de él!

Era una larga caminata hasta los acantilados donde se celebraría el ritual. A Rohan le preocupaba que la distancia fuera demasiado para Chale y Clutha, y especialmente para Lleyn. Pero Chale contaba con el apoyo de Gemma y Tilal; Clutha con Halian. Lleyn no se apoyaba en nada más que en su bastón con cabeza de dragón, aunque Chadric y Audrite rondaban lo suficientemente cerca como para irritarlo y provocar varias miradas penetrantes.

Andry se había encargado de construir una pira de piedra adecuada. Él y Urival habían elegido un lugar donde los acantilados rocosos alcanzaban su punto más alto, con el mar justo debajo. Las piedras se habían apilado en un lugar de descanso plano, cubierto por un trozo de terciopelo de seda blanca que no se había descosido desde su tejido. También se había construido rápidamente una litera con un solo árbol imponente talado esa mañana; todos los talladores de madera de la Feria habían sido llamados para pulir los puntales y los postes, un orfebre había dorado las cuatro asas y un joyero había engastado piedras lunares en ellas.

Rohan sostenía ahora dos de esas asas, sintiendo la fría capa de oro y las gemas suavemente redondeadas en las palmas. Chay había tomado el otro extremo de la litera, a los pies de Andrade. Rohan observó la cabeza oscura e inclinada por encima del cuello de la ropa gris de luto, viendo de repente cuánta plata se había entrelazado con el cabello de Chay. Sioned y Pol caminaban a un lado, llevando a Andrade, Tobin y dos de sus hijos al otro. Andry encabezaba la procesión, con los brazaletes reluciendo en sus muñecas. Urival los seguía con los Mensajeros del Sol. Los nobles, sus familias y sirvientes, y finalmente la gente común, seguían a Rohan, cuya espalda Tallain había insistido en proteger.

Sentaron a Andrade sobre las piedras, le hicieron una reverencia y se unieron a sus esposas e hijos. El ritual pertenecía a Andry esa noche; solo él lo presidiría. Ni siquiera Urival, que la conocía y la amaba desde hacía tanto tiempo, podía participar como algo más que un faradhi más.

Andry avanzó, delgado y pálido, moviéndose con la estricta gracia de alguien cuyo control es demasiado rígido para permitir gestos naturales. Se detuvo mientras todos se reunían, y Rohan siguió su mirada entre la multitud. Príncipes, athr'im, sus esposas, hijos y sirvientes; los Mensajeros del Sol a un lado; Un gran número de mercaderes y sirvientes de la Feria al otro lado del río; todos rodeados de soldados que lucían los emblemas y colores de los trece principados en sus túnicas, pero no portaban armas. Rohan se preguntó cuántos de ellos pronto portarían los colores y las armas con seriedad.

Andry parecía estar buscando a alguien en particular, y un pequeño músculo se tensó en su mejilla al no encontrar a esa persona. Rohan conocía el rostro de su sobrino lo suficiente como para interpretarlo, incluso en su nuevo aspecto de Señor de la Fortaleza de la Diosa.

El agua de un frasco se esparcía por la capa blanca de Andrade mientras más gente observaba de la que jamás había visto honrar a una Dama o Señor de la Fortaleza de la Diosa. Mantenían una respetuosa distancia de la familia de Andrade y los faradh'im. El ritual

en sí les era familiar desde hacía tiempo, pero aquel por el que velaban esa noche había sido la personificación del poder de la Diosa. Muchos miraban con recelo al joven que la reemplazaría, y aún más quienes lo consideraban una presa fácil. Rohan sintió una leve y sombría sonrisa en sus labios cuando Andry, una delgada sombra gris en la creciente penumbra del crepúsculo, dejó caer un puñado de tierra de sus dedos sobre la capa blanca. Si alguien lo consideraba débil, se llevaría una sorpresa. Debían saber que un hombre nacido en la familia de Chay, Andrade y Zehava estaba hecho de poder y fuerza.

Parecía que Andry también quería dejar constancia de esas cualidades. Rodeó la pira de Andrade para que todos pudieran observarlo bien. Luego, mirando al oeste, al mar que se extendía frente a ella, levantó ambos brazos. Sus mangas cayeron hacia atrás para mostrar brazaletes que captaban los últimos rayos del sol en plata y oro. Sus cuatro anillos con pequeños rubíes en las puntas brillaron cuando de repente se quitó ambos brazaletes de los brazos y los volvió a colocar en las muñecas cruzadas de Andrade.

Rohan sintió que Sioned daba un respingo de sorpresa a su lado. Le tomó los dedos y ella sostuvo su mirada, desconcertada. Rohan admitió para sí mismo que si Andry no se lo hubiera explicado antes, él tampoco lo habría comprendido. El joven estaba advirtiendo a todos que, fuera lo que fuese Andrade, ya no sería el mismo. Cuando se convirtió en Lady, usó los brazaletes del hombre que había sido Lord antes que ella; un acto de humildad calculado, pues ella también era muy joven cuando fue nombrada Lady. Pero los brazaletes de oro y plata que habían rodeado sus muñecas durante la mayor parte de sus setenta inviernos se derretirían y desaparecerían con las llamas que consumían su carne vacía. Rohan no sabía si esto era la acción de una niñl arrogante o de un hombre que sabía exactamente lo que hacía. Pero sabía que tarde o temprano todos lo descubrirían.

Urival se había escandalizado por el plan de Andry, aunque no se atrevió a objetar. Ahora permanecía de pie con la cabeza gacha y los hombros hundidos. Parecía tan viejo, pensó Rohan, dolorido de compasión. Se aferró con más fuerza a la mano de Sioned, sin querer pensar en el momento en que podría quedarse así y ver a su propia amada enviada al Fuego.

Andry hizo un gesto, y una suave brisa agitó el aire inmóvil, sopló sobre el cuerpo de Andrade, ondeó el dobladillo de su capa y rozó mechones sueltos de su cabello plateado. Tobin y Sioned se habían ofrecido a ayudar a Urival a prepararla, pero él se había aferrado celosamente al único servicio que se le permitía realizar: lavar su cuerpo, vestirlo con una túnica blanca y trenzar su larga cabellera.

Los demás Mensajeros del Sol se movieron para rodear la pira. Urival fue el último en acercarse, tendiéndole a Andry un pequeño frasco de plata con aceite dulce. Pero el joven negó con la cabeza, devolviendo el frasco a las manos repentinamente temblorosas del anciano. Rohan asintió lentamente en señal de aprobación. Urival debía participar en honrar a Andrade. Era lo justo.

Podía oler hierbas y especias impregnadas en el aire inmóvil mientras un aceite espeso se aplicaba con ternura en las manos, la frente y los labios de Andrade, y se ungían las cuatro esquinas de la capa. Urival retrocedió, con lágrimas en las mejillas mientras Andry invocaba el Fuego.

Los Mensajeros del Sol, con capas y capuchas grises, inclinaron la cabeza. Las llamas prendieron, se elevaron e iluminaron el perfil fuerte y severo de Andrade durante un largo instante. Rohan sintió temblar a Sioned, y entonces ella avanzó para unirse a los de su especie y velar por la mujer que la había acogido, le había enseñado la naturaleza de sus dones y la había convocado al Desierto para convertirse en la esposa de un príncipe. Tobin dudó, luego fue al lado de Sioned. Maarken estaba justo detrás de ella, y, por último, Pol

dejó a Rohan para interponerse entre su madre y su primo. Rohan sintió que Chay y Sorin se acercaban un poco más a él. De toda la familia de Andrade, eran los únicos que no poseían el Fuego de los Mensajeros.

Andrade había deseado y planeado lo que sería Rohan. En cambio, fue Pol quien sería faradhi y príncipe. Se oyeron suspiros entre la multitud cuando se unió a los Mensajeros del Sol y les recordó de nuevo lo que muchos querrían olvidar.

Rohan echó un vistazo alrededor del acantilado. Sus ojos se posaron en Masul. Asesino, codicioso, despiadado: Masul era todo lo que Pol no era. ¿Y si a esos vicios se le hubieran sumado los poderes faradhi? Reconoció las razones del estricto entrenamiento de Andrade, su arrogante exigencia de que todos los Mensajeros del Sol se sometieran a su voluntad. Sioned no lo había hecho; pero Pandsala tampoco. Ella le había dado a Rohan una amarga lección sobre lo que podía resultar cuando los poderes faradhi y principescos se combinaban en una sola voluntad despiadada.

Tarde o temprano, habría otros príncipes que poseerían esos dones. Pol, Maarken y Riyan no estarían solos mucho tiempo. Andrade había confiado en que su formidable voluntad inculcaría disciplina en esas personas para protegerlas de los abusos de poder. Pero Andrade se había ido, y Andry ocuparía su lugar. *Es demasiado joven*, pensó Rohan, frunciendo el ceño. *Demasiado joven.*

—De la misma edad que tenías cuando te convertiste en príncipe gobernante…

Miró de reojo a Chay. A la luz cegadora de la pira, su rostro orgulloso y apuesto parecía tallado en piedra, con generaciones de leales athr'im y valientes guerreros brillando en sus ojos. La mirada de Rohan buscó entonces a su hermana en el círculo de Mensajeros del Sol; las puntas de sus trenzas negras asomaban por debajo de su velo gris. Era una mujer extraordinaria: princesa y política, guerrera por derecho propio, hija de una larga estirpe de príncipes. Procedente de personas como esas, Andry no podía evitar ser fuerte. Quizás de una manera muy distinta a Andrade, como su negativa a usar sus brazaletes había predicho, pero fuerte de todos modos.

La primera espera había pasado, y la gente común comenzó a acercarse para inclinarse ante Andry y el Alto Príncipe. La mayoría se movía con rapidez, deseando irse de aquel lugar donde al amanecer los faradh'im llamarían al Aire para esparcir las cenizas de Andrade a lo largo y ancho del continente. Pero algunos pasaban lentamente, observando a los grandes y a los que podrían ser grandes. Rohan recibía sus saludos en silencio, asintiendo con la cabeza a algunos que notaba que le tenían miedo. Y sentía los ojos de Masul como pinchazos, sabiendo que el impostor se veía a sí mismo en el lugar de Rohan como Alto Príncipe.

La mayoría de los rituales comenzaban a medianoche. Para una Señora o Señor de la Fortaleza de la Diosa, las cosas eran diferentes. Al amanecer, los Mensajeros del Sol tejían una delicada tela que se extendía por todas las tierras, tocando a todos los faradh'im, haciéndolos partícipes de este ritual, algo que no se hacía con simples príncipes. Esta era la primera vez que muchos de los lejanos Mensajeros del Sol se enteraban de la muerte de la Señora; apoyarlos en su dolor y extender la tela para encontrar a todos los faradhi en todas partes requería tiempo y mucha fuerza. Si esto hubiera sucedido en la Fortaleza de la Diosa, donde todos los Señores y Señoras habían muerto en el pasado, habría habido cientos de mensajeros y estudiantes para realizar esta tarea. Pero allí apenas había suficientes para que esta efusión de poder fuera segura. Algunos se tambaleaban un poco, sostenidos por sus compañeros mientras continuaban el trabajo. Sioned envió a Tobin y Pol de vuelta para que se quedaran con la familia, ambos pálidos y agotados. Rohan asintió con

la cabeza a su hijo, pero no lo abrazó para apoyarlo, como Chay hizo con Tobin. Los ojos de Pol reflejaban gratitud antes de volverse a observar el Fuego.

Rohan deseaba desesperadamente abordar a su hijo, romper el silencio decretado por el ritual, hablarle de su orgullo y sus promesas para el futuro. Mañana, último día del verano y Último Día del Rialla, Masul moriría. Rohan aún no sabía cómo lo lograría, pero Masul sería ejecutado. Y si algunos aún lo creían hijo de Roelstra... bueno, no podían poner un cadáver en un trono. Rohan ya no podía permitirse el lujo de preocuparse por desacreditar al impostor. Su muerte sería suficiente.

Los príncipes y los athr'im comenzaron a moverse, preparándose para abandonar el acantilado. Rohan se sobresaltó; seguramente no sería ya más de medianoche. Pero la posición de las lunas le indicó que sí. Y mientras Lleyn avanzaba cojeando, el propio Masul decidió la forma de la muerte de Masul.

Pasó con insolencia junto al príncipe de Dorval, deteniéndose a tres pasos de Rohan y Pol. Sus ojos verdes eran pozos de sombra al darle la espalda a la pira y romper el silencio ritual que había reinado durante la larga noche.

—Solo hay una manera de resolver esto, Alto Príncipe —anunció con una voz clara y resonante que provocó jadeos de asombro en todos, excepto en los inconscientes Mensajeros del Sol—. Reclamo el derecho a desafiarte, tal como hiciste cuando luchaste contra mi padre en combate singular. Demostraré mi derecho con mi cuerpo.

A pesar de su edad, Lleyn aún podía atronar con su voz.

—¿Cómo te atreves a insultar la solemnidad de esta noche? ¡Guarda silencio en honor a la Dama que honramos aquí!

—No logró demostrar tu punto —respondió Masul rotundamente—. Y, en cualquier caso, no me sirven los faradh'im. —Dijo esto mirando fijamente a Pol, con una leve sonrisa burlona en los labios.

Rohan sintió un espasmo de ira recorriendo el cuerpo de su hijo.

—Su Gracia —le dijo en voz baja a Lleyn—, la Señora a quien honramos comprendería perfectamente la arrogancia de este joven insensato. Y acogería con agrado, como yo, la oportunidad de darle la muerte que merece.

Lleyn hizo una leve reverencia.

—Creo que tiene razón, Alto Príncipe. Sin duda, la Señora se reiría en su cara.

Masul se había puesto rígido, indignado, pero recuperó la compostura rápidamente.

—Entonces, aceptas luchar contra mí.

—¿Pensaste en luchar contra mi hijo? —Rohan esbozó una leve sonrisa, e incluso Masul reconoció su letalidad— Deduzco que crees que la edad te favorece en ambos casos. Solo un caballero puede lanzar semejante desafío. Lo esperaba desde que el príncipe de Cunaxa te patrocinó ayer. Pero también es cierto que solo un caballero puede responder.

—Padre —dijo Pol en voz baja, tenso por el odio—, Marca del Príncipe es mía.

—Eso nunca lo dudé, hijo mío. Pero no pretendo que manches tus manos con esta peste.

—He oído que tu espada no ha salido de su vaina en quince años —dijo el impostor arrastrando las palabras—. De hecho, no ha salido de tu Gran Salón. Me pregunto a quién tendrás que pedirle prestado, y si aún recuerdas cómo usarla.

—Como retado, tengo derecho a elegir el arma —la sonrisa de Rohan se ensanchó un poco.

—¿Y qué será? ¿Libros de leyes lanzados a cincuenta pasos?

—Confío en que sepas usar un cuchillo para algo más que cortar cebollas.

La insultante referencia a la comida campesina pasó desapercibida para Masul. Alguien evidentemente le había advertido que Rohan era el mejor en peleas a cuchillo desde hace tres generaciones. Pareció conmocionado por un instante antes de recuperar la compostura.

—Cuchillos serán, Su excelencia.

—No —dijo Maarken, apareciendo de repente junto a Chay—. Espadas. Tuya y mía. —Hizo una reverencia a Rohan y Pol, con voz y fraseo estrictamente formales—. Sus Excelencias, reclamo el derecho a actuar como campeón contra este impostor. Su alteza, mi primo, es demasiado joven, y usted, mi príncipe, hizo hace mucho tiempo una promesa que no le permitiría romper. No cuando mi espada está aquí para servirle.

—Maarken… —La voz de Chay sonó casi ahogada.

—Padre, sé lo que hago. No solo ha causado innumerables problemas aquí entre los príncipes, sino que además asesinó a un faradhi.

Esta revelación rompió el último silencio respetuoso que quedaba. Los Mensajeros del Sol permanecieron en su círculo ritual, pero todos se giraron hacia el grupo de nobles. Aquellos iluminados por las llamas eran figuras gris plateadas sin rostro; quienes miraban al otro lado del Fuego estaban igualmente desprovistos de rostro por las capuchas y los velos. Pero sus anillos —cuatro aquí, ocho allá, y solo uno en las esbeltas manos de Sioned— devoraron las llamas y las escupieron en brillantes colores.

—Miren su mano —dijo Maarken—. Lleva un anillo de Mensajero del Sol, tomado de Kleve, a quien mató.

—Es cierto. —Riyan también había abandonado el círculo de faradh'im, presentándose con total alivio de que su información fuera finalmente utilizada—. Se alojó en una mansión propiedad de Lady Kiele y su esposo. Lo sé porque la seguí allí una noche.

En algún lugar de la multitud, alguien sollozó. Rohan habría apostado el oro de dragón a que era Kiele.

—Espía Faradhi —se burló Masul.

—Asesino —replicó Riyan—. Dejaste la evidencia atrás, y faltaba un anillo. ¡El anillo que llevas en la mano ahora mismo!

De repente, Andry se parecía más a su abuelo con cara de halcón que a cualquiera de sus padres. Sus ojos se habían vuelto casi negros de rabia. Sabía de la muerte de Kleve y quién la había causado, pero que el impostor se atreviera a ponerse un anillo faradhi en el dedo encendió algo salvaje y mortal en el joven. Agarró la muñeca de Masul y levantó la mano culpable para que todos la vieran.

—Un anillo de oro de los Mensajeros del Sol —dijo Andry—, hecho con el oro de los Mensajeros del Sol. Morirás por esto.

Masul rió con dureza y soltó la mano de Andry.

—Cuida tus palabras y tus modales, señor. Cuando yo sea el Alto Príncipe, ustedes, los Mensajeros del Sol, serán vigilados en la Fortaleza de la Diosa por todas las cortes, no al revés. Los príncipes tienen derecho a dirigir sus asuntos como deseen, sin la interferencia de los faradh'im, cuyo único poder era el miedo que inspiraba su difunta Señora. Dudo que sean tan formidables. —Echó un vistazo a la asamblea—. Sí, maté al espía de Andrade. Todos veneran a los Mensajeros, pero sangran y mueren como cualquiera. Llevo uno de sus anillos para demostrarlo. Pregúntenle a mi hermana, Lady Kiele. Ella me observó mientras lo hacía.

Andry la encontró entre la multitud, apretada contra su esposo, con el rostro afligido proclamando su culpa.

—Mi Señor, juro que no sé nada de...

—¿Me abandonas, dulce hermana? —se burló Masul— ¿Qué tienes que temer? Mañana defenderé Marca del Príncipe y nada podrá con nosotros. Acepto a este —asintió a Maarken— como mi oponente para el desafío. Parece capaz de darme un buen espectáculo en una pelea.

Rohan estaba asombrado por la arrogancia de aquel hombre. Toda la amargura de largos años creyéndose el hijo perdido de Roelstra parecía haber aflorado en cuestión de segundos. Estaba devolviéndoles el favor a todos los que alguna vez lo habían considerado solo el bastardo de una sirvienta, a todos los que habían dudado de lo que él mismo había soñado creer que era su verdadero linaje.

Maarken seguía esperando la respuesta de Rohan. Miró fijamente los furiosos ojos grises, tan parecidos a los de Chay, y por un instante recordó al niño que él y Sioned habían salvado de un dragón, el escudero que se había ido a la guerra demasiado joven. Maarken aún llevaba el anillo de granate que Rohan le había regalado como su primer símbolo de Mensajero del Sol. Miró entonces a Tobin, cuyos dedos eran blancos como huesos en el brazo de Chay. Pero sus ojos negros eran inflexibles; ni Rohan ni Pol podían participar en esta batalla. El honor de su casa exigía que un miembro de ella fuera nombrado en su lugar. Chay asintió en silencio, con expresión a la vez furiosa y orgullosa.

De repente, vio un grácil movimiento de falda y velo de seda gris. Sioned, que se había mantenido aparte con los otros faradh'im, dio unos pasos al frente. Su mirada no se apartó de la de él; en ella no había ira ni orgullo rígido. Solo pena por lo que tenía que ser.

Rohan se volvió hacia Maarken.

—Es mi hijo quien debe decirlo. Marca del Príncipe es suya.

Pol le tendió una mano a su primo, quien la tomó y se arrodilló ante él.

—Reconocemos su derecho, Lord Maarken, aunque lamentamos que vaya a manchar su espada con la sangre de este hombre.

—¡Oh, bien dicho, pequeño príncipe! —dijo Masul y soltó una carcajada.

—Maarken —dijo lentamente Pol mientras observaba a Masul con los ojos entonados—, gana rápido, pero asegúrate de que muera lentamente.

—Como ordenes, mi príncipe.

—¿Mañana al mediodía, entonces? —preguntó Masul, con la misma naturalidad con la que tendría una cita con una mujer.

—Mediodía —dijo Maarken tras ponerse de pie—. Ahora, vete. Deshonras este ritual con tu presencia.

Masul le dedicó una reverencia burlona y se marchó. Sus aliados lo siguieron, aunque recordaron hacer sus reverencias ante Rohan y Andry. El resto se quedó. Los Mensajeros del Sol volvieron a formar su círculo, figuras grises alrededor de la pira. Todo volvió a ser silencio, el único sonido era el de las llamas hambrientas.

Pol permaneció junto a su padre, mirando el Fuego con los ojos ciegos. Su madre había mantenido un contacto suave con él mientras él estaba en el círculo, actuando como barrera entre él y los demás farad-h'im mientras la luz se extendía por el continente. Pero ahora esa tierna y alentadora presencia había desaparecido. Nunca se había sentido tan solo en su vida.

No era la pérdida de su contacto lo que lo perturbaba, ni el rígido silencio de su padre a su lado. A lo largo del verano y del Rialla, había experimentado el poder del título principesco que su padre le había otorgado y lo había manejado a su entera satisfacción. Pero dos veces en dos cortos días había sentido la increíble fuerza del legado de su madre. Y ese fue un cambio más difícil. Ser parte del tejido de esa noche le había enseñado las

formidables formas de entrelazar los faradh'im, la impresionante belleza de los disciplinados patrones de color. Pero la noche anterior, cuando Lady Andrade murió...

Aún le dolía un poco la cabeza por la fuerza de aquella batalla que su madre había librado contra las sombras. Había aprendido la sutileza de su arte, su fino y feroz dominio de sus dones. Siempre la había considerado solo como su madre, pero la noche anterior se dio cuenta de lo poderosa que era como faradhi. Su mirada buscó y encontró su figura alta y esbelta, su cabello dorado como el fuego brillando incluso bajo el opaco velo gris. Ella estaba en el círculo como una Mensajera del Sol, aunque solo llevaba el anillo de esmeralda que simbolizaba su posición como Alta Princesa. De repente, se preguntó cuál de sus poderes le brindaría más satisfacción; sabía a cuál renunciaría si se veía obligada a hacerlo.

Andry había tomado su decisión hacía mucho tiempo. Como hijo de un importante athri y pariente cercano de príncipes, habría tenido un castillo o una mansión para gobernar, poder, responsabilidad y honores. Pero había elegido la Fortaleza de la Diosa y los anillos que pronto serían diez en sus dedos. Pol no sintió el asombro de los demás ante el ascenso de Andry. Sobre todo después de sus palabras a Masul. La autoridad absoluta resonó en la voz de su primo, y el rostro de Andry maduró casi de la noche a la mañana hasta convertirse en el de un hombre que había vivido el doble de sus veinte inviernos. Andry estaba exactamente donde quería y era lo que él quería ser. Poseía todo lo que siempre había deseado, lo único que siempre había deseado.

Observándolo con los ojos entrecerrados, Pol se preguntó por qué. Maarken y Riyan tenían las mismas perspectivas que Andry: buenas vidas como señores en sus propias fortalezas, como fiables y poderosos consejeros del Alto Príncipe. Hombres a tener en cuenta. Pero no tan poderosos como la posición que Andry ahora ocupaba.

Pol cambió ligeramente el peso del cuerpo, consciente de que el Príncipe Lleyn ahora aceptaba el apoyo del brazo de Chadric. Esos dos le enseñarían como le habían enseñado a Maarken. Aprendería las costumbres de los príncipes. No tenía elección sobre lo que sería. Ni Maarken ni Riyan. Ellos también eran Mensajeros del Sol, igual que él. Sin embargo, no tendrían el tremendo poder de ser el Alto Príncipe.

Y ahí era donde él y Andry se enfrentaban, se dio cuenta. Con tan solo cinco años de diferencia, tendrían que lidiar el uno con el otro el resto de sus vidas. Andry sería a quien Pol acudiría para recibir entrenamiento faradhi. Y, de repente, Pol apretó la mandíbula. Algún día sería el Alto Príncipe; no sería gobernado por su primo de la Fortaleza de la Diosa.

No fue la arrogancia la que tomó la decisión, ni la celosa posesión de su poder. Fue simple instinto de supervivencia. No podía vivir en el tipo de conflicto que, ahora entendía, había atormentado a su madre. Ella había sido una Mensajera del Sol antes de convertirse en princesa. Pero él era un príncipe ante todo y para siempre. Ser también faradhi era un don de la Diosa, y uno que no pensaba desperdiciar. Aprendería lo que Andry pudiera enseñarle y lo usaría. Pero para sus propios fines, no para los de la Fortaleza de la Diosa.

Se preguntó por qué sentía esa repentina desconfianza hacia su primo. Siempre había habido muchas visitas entre Stronghold y Radzyn, pero los escasos cinco años que los separaban le habían parecido muchos más los de un niño pequeño que seguía a sus primos mayores. Pol tenía solo siete años cuando Andry se fue con el Príncipe Davvi como escudero y de allí a la Fortaleza de la Diosa. Mirarlo ahora, envuelto en su nueva autoridad, era mirar a un extraño.

Entonces se reprendió a sí mismo. Él y Andry eran parientes de sangre. Compartían abuelos, el Desierto, dones de Mensajero del Sol. Gracias a esos lazos comunes, podían

entenderse y trabajar en armonía. No había motivos para dudarlo. No sería como había sido entre Andrade y Roelstra, ni como el conflicto más sutil entre Andrade y los padres de Pol.

Y Pol sabía que él, no Andry, era la culminación de la ambición de Lady Andrade. Ella había deseado un príncipe Mensajero del Sol, no un descendiente de príncipes para gobernar a todos los Mensajeros.

Aun así... Andry poseía algo que Andrade no tenía. El Pergamino Estelar. Pol sabía que no debía subestimar el poder que había devastado el Fuego visionario de Andrade la noche anterior.

Frunció el ceño ligeramente y luego se encogió de hombros. Siempre y cuando Andry se mantuviera dentro de los límites de sus propios poderes y no desafiara los de nadie más, como había hecho Andrade, ¿pero era propio de una Señora o un Señor de la Fortaleza de la Diosa el tratar con un Alto Príncipe? Sin embargo, no podía imaginar una situación en la que él y Andry entraran en conflicto, y el ceño fruncido se desvaneció de su rostro ante la tranquilidad que le brindaban la sangre, los orígenes y los dones compartidos.

Pol se sorprendió al ver que casi amanecía. En el Desierto, el amanecer siempre parecía deslizarse por la arena, creando y luego llenando las sombras de luz. En Dorval, el amanecer era un torrente de repentino resplandor sobre las alturas de Perla Gris. Pero ahí, en Waes, había descubierto que la luz del día se filtraba por el cielo en tonos sutiles que apenas rozaban la tierra hasta que el sol se deslizaba sobre las colinas orientales. Las estrellas habían desaparecido en la mitad del cielo, reemplazadas por una suave neblina lechosa que se atenuaba en comparación con las llamas que aún ardían dentro del círculo de faradh'im. Pensó en lo que había visto esa misma noche: la tierra extendida ante la ondulada red de colores de los Mensajeros del Sol, la vertiginosa sensación de vuelo que debe sentir un dragón al descubrir sus alas. Miró a su padre; azhrei, Príncipe Dragón, lo llamaban a veces, lo que lo convertía en hijo del Dragón. Sintió una sonrisa cansada dibujarse en sus labios. Cualquier otra cosa que Andry pudiera poseer, él nunca podría tenerla.

Sus sentidos faradhi se despertaron de repente. Las llamas se encendieron una vez y luego se hundieron en las piedras ennegrecidas. Andrade había desaparecido. Solo quedaban unas pocas cenizas dispersas de la poderosa Señora de la Fortaleza de la Diosa. Pol sintió la mano de su padre en el hombro, cuyos dedos se apretaron convulsivamente, y al levantar la vista, descubrió que sus ojos azules estaban empañados por las lágrimas. Le sorprendió sentir escozor en los ojos. Conocía a Andrade solo un poco. Pero su muerte fue la de alguien extraordinario que había trabajado por su nacimiento y conspirado para mantenerlo a salvo.

Los Mensajeros del Sol habían roto su círculo. Se reunieron ahora en la cabecera de la pira, exhaustos por la vigilia nocturna, pero con un deber más que cumplir. Andry la inició, de pie, apartado de ellos, con los brazos en alto y los ojos cerrados, mientras invocaba Aire. Un soplo rozó la mejilla de Pol, se arremolinó suavemente alrededor de la asamblea, ondeando las ropas grises de los Mensajeros. Pol sintió que respondía, añadiendo sus propios dones sin quererlo. Y descubrió lo fácil que era invocar el Viento, hacerlo girar con una fuerza que levantaba las cenizas y, de hecho, las mismas rocas que habían construido la pira de Andrade. Hubo jadeos y estremecimientos, pero Pol no les prestó atención, ni siquiera cuando Andry se giró para mirarlo y la mano de su padre le agarró el hombro con más fuerza.

Pol podía sentir los colores de Andry ahora. Los demás faradh'im, incluso su madre, retrocedieron ante la fuerza combinada de ambos. Sintió a alguien más por un momento, alguien vagamente familiar y estrictamente disciplinado, sobre cuya fuerza y entrenamiento

se basaba este poder. Pero la alegría del poder mismo pronto le hizo olvidar esa otra presencia. Solo estaban él y su primo, y la dulce embriaguez de sus dones.

Las cenizas se movieron. Se convirtieron en un majestuoso vórtice nacido del Aire, atraído hacia arriba y más delgado hasta que la espiral se extendió tres veces la altura de un hombre sobre la multitud atónita. Pol había probado el poder de los faradhi antes; esta era la realidad, el festín completo, que saturaba su mente y su cuerpo. Y comprendió el compromiso incondicional de Andry, su necesidad de ser esto por encima de todo, un Mensajero del Sol que invocaba el Aire e invocaba el Fuego, que podía tejer la luz y todos los elementos con el poder de sus pensamientos.

Las cenizas, plata y oro fundidos en brillantes puntitos de luz, se extendieron por la tierra; el viento avivaba la niebla, haciéndola aún más frágil. Tan lejos como Dorval, Firon, el Desierto y Kierst, otras brisas recogían el fino polvo hasta que la lluvia invisible finalmente caía y se fundía con la tierra. El último vínculo entre el espíritu y el cuerpo de Andrade se rompió; la sustancia que una vez fue carne se extendía ahora por las tierras a las que había servido durante tanto tiempo.

—Pol.

Era vagamente consciente de que alguien pronunciaba su nombre.

—Pol. Hecho está. Pol, vuelve con nosotros.

Miró a sus padres sin comprender. Los ojos verdes de su madre estaban apagados por el cansancio y, sorprendentemente, por el miedo. Su padre lo sujetaba por los hombros; era él quien había hablado. Pol respiró hondo e intentó sonreírles, consciente de repente del esfuerzo que le costaba que los músculos de su rostro respondieran. Estaba cansado, con un cansancio que nunca antes había experimentado, y le resultaba extraordinariamente difícil mantenerse en pie.

Su madre asintió lentamente; sus ojos ya no reflejaban miedo.

—Todo está bien —murmuró para sí misma.

Por supuesto que todo está bien, quiso decir Pol. *Solo había estado haciendo lo que cualquier Mensajero del Sol podía hacer.*

Pero a medida que la gente se acercaba a saludarlo antes de regresar al campamento, vio cosas extrañas en sus expresiones. Incluso Lleyn, incluso él y Chadric lo miraban con una nueva consciencia en sus ojos. A Pol le pareció muy extraño.

Pero comprendió demasiado bien la expresión de un par de ojos. Andry no apartó la mirada del rostro de Pol en ningún momento. Y en esa mirada larga y serena, Pol encontró la confirmación de su anterior cautela. Andry podía tener un poderoso talento en las artes faradhi, pero Pol era igual de talentoso, y era un príncipe.

Capítulo Veintisiete

—Instinto, por supuesto —comentó Sioned con una naturalidad que ella distaba mucho de sentir. Rohan la miró larga y pausadamente, lo que indicaba que su tono no lo había engañado en absoluto.

Acababan de ver a Pol acurrucado en la cama, exhausto y tambaleándose. Se quedó dormido antes de que su cabeza tocara la almohada; su cabello desteñido por el sol brillaba con la luz del amanecer que se filtraba a través de la tienda. Rohan entonces llevó a Sioned a su propia sección del pabellón, la hizo acostarse y luego comenzó a pasearse por la alfombra.

—No sabía lo que hacía —continuó—. Simplemente lo hizo. No puedo describir cómo me sentí al tenerlo allí de repente, toda esa fuerza joven y pura uniéndose y fusionándose con la de Andry, y, sin embargo, ambos se separaron. Simplemente nos sacaron del conjuro, estaban decididos a hacerlo todo ellos mismos. Son jóvenes y muy fuertes, los dos.

—Vi la cara de Andry después —dijo Rohan en voz baja.

Sioned se incorporó, abrazando una almohada contra su pecho.

—Yo también —se vio obligada a admitir.

—Entiendo por qué estaría enojado, en cierto modo. Su primer gran momento como Señor de la Fortaleza de la Diosa, y su primo, que va a ser Alto Príncipe, lo comparte con él. Su primo que es aún más joven que él. Pero no me gustó lo que vi en su rostro, Sioned. Me recordó al dragón de fuego que conjuraste en Stronghold, el que voló por el Gran Salón y se fundió con el tapiz.

Se encogió de hombros.

—Llamativo, pero efectivo —dijo, y se encogió de hombros.

—Maldita sea, sabes a qué me refiero. Andrade estaba furiosa y desconfiada. Andry miró a Pol de la misma manera.

—Ambos son jóvenes, Rohan —repitió ella.

—Dijiste que eran jóvenes y muy fuertes —corrigió él con gravedad.

Hundió la barbilla en la suavidad de la seda y guardó silencio.

—Es mi sobrino, el hijo de mi propia hermana. Esto es una locura.

Sin embargo, no dijo nada.

—¿Por qué deberían entrar en conflicto? Sus áreas de poder e influencia serán totalmente diferentes. —Dejó de caminar y se frotó la cara con las manos—. Diosa. Si Andrade se equivocó con él...

—¿Recuerdas a aquel athri de cerca de la frontera con Cunaxan que te preguntó qué hacer con sus hijos? —preguntó lentamente mientras se mordía el labio.

—Tenía un hijo legítimo y un bastardo, y ambos querían sucederlo. Si no recuerdo mal, la Plaga resolvió el asunto llevándoselos a ambos, y las posesiones volvieron a Tiglath.

—Sí. Pero cuando nos habló de ellos y de sus características, quedó claro que ambos eran lo suficientemente capaces de conservar las mansiones con gran éxito. Hablamos de ello toda la tarde. ¿Recuerdas lo que le pregunté al final?

Rohan asintió con cansancio.

—¿Cuál de los dos, si le diera sus tierras al otro, se opondría a la decisión hasta que pudiera conseguir lo que quería?

—Ven a la cama, amor mío —dijo finalmente tras un largo silencio—. Al menos recuéstate un ratito, aunque no puedas dormir.

—Será mediodía antes de que nos demos cuenta.

—Sí.

—Sioned…
—Lo sé. —Ella lo miró—. Yo también tengo miedo.

Pol se despertó de repente con una extraña luz grisácea, como la del crepúsculo, que se filtraba a través de la ventana de malla metálica junto a su cama. Se levantó de un salto, horrorizado por haber dormido después del mediodía. Pero la neblina no eran más que nubes que se habían levantado desde el amanecer. El sol hizo una aparición vacilante, luego se escondió tras un banco de nubes color pizarra.
Pol rodeó de puntillas el biombo, vio que sus padres estaban sentados de espaldas a él hablando en voz baja, y calculó sus posibilidades de escabullirse. Volviendo a su cama, recogió unas botas y una camisa limpia. Se detuvo antes de salir del pabellón; sus padres estaban callados ahora, y la mano de su madre se extendió por el breve espacio que los separaba para estrechar la mano de su padre con fuerza. Pol no pudo distinguir las palabras que pronunció, pero el dolor en su voz era dolorosamente claro. Se mordió el labio y salió del pabellón.
Tallain no estaba por ningún lado, y Tallain era el único que podría haberle ordenado que volviera a la cama con impunidad. Los guardias simplemente... Hizo una reverencia al detenerse para ponerse las botas y la camisa. Se pasó los dedos por el pelo y corrió hacia la tienda cercana donde de repente supo que estaría Tallain.
Sus instintos resultaron acertados. No solo Tallain, sino también Sorin, Riyan y Tilal estaban allí, cada uno con una sección del arnés de batalla de Maarken en sus manos. Levantaron la vista al entrar Pol, y unas sonrisas idénticas, pequeñas y sombrías, se dibujaron en los cuatro rostros.
—Mi hermano tiene suerte con sus escuderos —comentó Sorin—. Toma, tus dedos son más ágiles que los míos, Pol. —Le dio a su joven primo un brazalete—. Refresca la parte interior, ¿quieres? No puedo alcanzar las partes más pequeñas.
Juntos pulieron los cierres de acero y las decoraciones de plata hasta que el brillo de un metal era indistinguible del otro. El cuero fue engrasado para suavizarlo donde era necesario, e inspeccionado para reforzarlo donde era esencial. Ninguno hablaba a menos que fuera para pedir un paño limpio o para pedir su opinión sobre la preparación de alguna pieza en particular; opiniones que siempre expresaban satisfacción, pero que solo servían de acicate para pulir más, engrasar más, asegurarse de que el equipo de Maarken estuviera impecable.
Al cabo de un rato, Tobin entró con la ropa de su hijo. Sus ojos negros reconocieron a Pol con un destello fugaz. Extendió los pantalones, la camisa y la túnica sobre una silla, alisándolos con la delicadeza de sus dedos sobre la seda, el terciopelo y el cuero suave como la mantequilla.
Los colores deslumbraban. La camisa era blanca como la de Radzyn, con cuello y canesú rojos. Azul cielo por sus antepasados del Desierto y azul pálido por Lleyn, quien lo había nombrado caballero, se bordaban sutilmente en las finas bandas a los lados de los pantalones de cuero blanco. Pero el rojo y el naranja de Monte Blanco dominaban la túnica, un terciopelo ligero como un susurro que se desprendía de uno u otro color según cómo se frotara la lanilla. En ella, mientras sus músculos se movían bajo la rica tela, parecería una llama viva.
—Si se atreve a hacerle algún agujero, lo pondré sobre mis rodillas —dijo de repente. Y solo entonces Pol se dio cuenta de lo asustada que estaba.
—Lo recordaré, madre.

Maarken entró en la tienda, con la piel bronceada por el sol y el cabello dorado tras un verano en Marca del Príncipe, sus ojos grises brillaban como el mercurio. Les sonrió con facilidad a todos antes de rodear la cintura de su madre con un brazo.

—Lo digo en serio —insistió ella, pareciendo más pequeña que nunca al lado de su alto hijo—. Este terciopelo me costó una fortuna. Si tan solo aflojas un hilo de la costura, yo...

—Lo sé —la interrumpió—. No te preocupes. Y gracias por la ropa. Es magnífica.

—Claro que sí. —Ella lo miró un momento, luego extendió la mano y lo tomó suavemente de las orejas para acercar su rostro al suyo. Ella lo besó rápidamente y lo soltó—. Iré a buscar a tu padre. No es que necesites ayuda para armarte —añadió con una mirada cariñosa a los demás.

—Lo único que falta es una espada, mi señora —dijo Tilal, levantándose. Fue a un rincón, sacó una vaina y se la ofreció a Maarken con una reverencia—. Compré esto para mi padre y te lo envía con cariño. Sería un honor para ambos que la usaras hoy.

Maarken, maravillado, pasó los dedos por los granates incrustados en la empuñadura y luego la blandió.

—Es perfecta. Yo... Tilal, no sé qué decir.

—Solo dime que la usarás. Sé que tienes la tuya, pero... mi padre también dijo que a su edad, no es probable que la use para el propósito que su creador pretendía. Y una espada tan fina no debería estar ociosa en las manos débiles de un anciano —Tilal sonrió—. ¡Es su opinión, no la mía!

—He estado en la guerra con el príncipe Davvi —dijo Maarken en voz baja, mirando a Tilal a los ojos verdes—. He visto lo que él y una espada pueden lograr. Gracias, y agradézcanle también de mi parte. Lamento que no beba nada mejor que la sangre de ese bastardo.

Tobin emitió un sonido suave, pero se recompuso al instante, aunque sus palabras denotaron aspereza.

—Empuñarás esa espada por tu pariente y tu príncipe, y también por los Mensajeros del Sol. No se me ocurre una primera sangre más honorable para una espada.

—Tienes razón, madre, como siempre. —Echó un vistazo a la tienda—. Y no se me ocurre mayor honor que contar con la ayuda de príncipes y señores para armarme. Pero se hace tarde. Será mejor que nos pongamos en marcha.

Tobin se tocó la mejilla brevemente y salió corriendo de la tienda. Pol retrocedió y observó cómo Maarken se vestía primero y luego se quedó quieto en medio de la tienda mientras Sorin, Tilal y Riyan le abrochaban el arnés de batalla. Pol conocía la teoría, por supuesto, y había ayudado a armar al príncipe Chadric y a sus hijos en ocasiones ceremoniales. Pero nunca antes había ayudado a nadie a ponerse el atavío de guerra en serio, y se quedó atrás tímidamente, con los ojos muy abiertos.

La túnica rojo-anaranjada prácticamente desapareció bajo las protecciones del pecho y la espalda, firmemente abrochadas en hombros y costillas. El cuero endurecido había sido teñido del rojo oscuro de Radzyn y Monte Blanco, y estaba tachonado de acero y plata en el pecho. Maarken lucharía a pie, no a caballo, por lo que su ropa y armadura estaban diseñadas para permitir la mayor libertad de movimiento posible. Cuando estuvo casi listo, despidió a los tres jóvenes con un gesto y se volvió hacia Pol.

—Mi príncipe —dijo en voz baja.

Pol miró con asombro a su primo, al que idolatraba. Sin duda, no había joven más apuesto en el mundo, caballero más noble, Mensajero del Sol más admirable. Y, sin embargo, Maarken sonrió levemente; sus ojos transmitían comprensión. Pol quería ser quien defendiera su propio principado y maldecía su juventud y falta de experiencia en

batalla. Sabía que estaba mal querer demostrar su valía en la lucha, cuando sus padres habían trabajado tan duro toda la vida para evitar que viviera bajo la espada. Pero, acercándose a su decimoquinto año, y en presencia del campeón que lucharía por él hoy, comprendió que habría sido antinatural si no hubiera querido estar en el lugar de Maarken. Sonrió con ironía al ver la mirada de su primo y se encogió ligeramente de hombros.

Sorin se adelantó entonces con el cinturón y se lo entregó a Pol. Abrochó su blanco cinturón alrededor de la cintura de su primo, con dedos ágiles en la hebilla dorada que le había regalado el príncipe Lleyn. Entonces aceptó la espada de Tilal y se la entregó. Mientras se la ponían, miró a Sorin y Riyan.

—¿Tienen lo que les di? —Lo comprendieron al instante y le entregaron a Pol los cuchillos que les había comprado en la Feria. Se los mostró a Maarken—. Solo son cuchillos de comer —se disculpó—, no sirven para lanzar. Pero mi padre siempre dice que deberías tener al menos uno de reserva, donde a tus enemigos no se les ocurra buscarlo. Mi padre guarda el suyo en sus botas.

—Lo sé. Tengo un par escondidos, pero estos son bienvenidos, créeme. —Maarken se guardó los cuchillos en el cinturón.

—¿Querrás el yelmo? —preguntó Sorin.

—No. Ni la cofia de cuero. Pienso ver cómo se le desmorona la cara a este cabrón, y las capuchas y los yelmos solo estorbarán. —Sonrió de repente—. Además, hace un calor infernal ahí fuera.

De repente, todos guardaron silencio, reacios a reconocer que era casi mediodía y que Masul estaría esperando. Pol miró fijamente a su primo, deseando encontrar palabras para explicar sus sentimientos, deseando saber cuáles eran. Lo invadieron tan rápido que no supo si el miedo, el orgullo, el amor, el odio o la lúgubre expectación lo dominaban. Tocó brevemente la muñeca de Maarken y vio cómo sus ojos grises le sonreían.

—Cuídate, Maarken —fue lo único que pudo pensar, murmurando con un repentino nudo en la garganta.

—Lo haré, mi príncipe.

Entonces llegó un visitante inesperado, inesperado solo para Pol, y recibido con respeto por todos menos por él. Se sintió culpable por la distancia que quería poner entre él y Andry, pero la cautela era más fuerte que nunca.

Sin embargo, Andry no pareció darse cuenta. Se acercó y abrazó a su hermano mayor.

—No te lo tomes como un insulto, por favor, pero debes terminar con esto rápido. No quiero que las estrellas brillen en tu batalla. Si estos hechiceros pudieron matar a Lady Andrade a la luz de las estrellas, no tendrán ningún escrúpulo en hacerte lo mismo. Cuídate, Maarken.

—¡No querrás decir que Masul los tiene de su lado a sabiendas! —exclamó Riyan.

—No sé qué quiero decir —espetó Andry—. Solo sé que esto tiene que hacerse antes del anochecer. Aún no sé lo suficiente sobre el Pergamino Estelar como para contrarrestar cualquier intento.

Maarken asintió lentamente.

—Hay suficientes nubes como para bloquear la luz del sol, Andry. ¡Y aún no es mediodía! Yo no me preocuparía demasiado por las estrellas.

—Bueno, yo sí —dijo su hermano con tono seco.

—Maarken sabe lo que hace —se oyó decir Pol.

—Lucha por mi honor —destacó Andry—, tanto como por el tuyo.

Pol asintió.

—Creo que será mejor que lleguemos primero, por cierto. Si Maarken llega tarde, Masul solo se burlará de él. —Hizo un esfuerzo por controlar la indiferencia de Maarken y se encogió de hombros—. Si no es por otra razón, merece la pena matarlo por lo mal que habla.

La aprobación brilló brevemente en los ojos de Maarken, quien le dio una palmada a Pol en el hombro antes de continuar.

—Acabemos con esto, entonces. Me estoy ahogando aquí dentro, y…

Pol vio que su rostro se congelaba y se giró. Hollis estaba en la puerta, con su larga melena rojiza desordenada sobre los hombros, cayendo en mechones enredados hasta las caderas. Sus ojos azules, enormes y oscuros en su rostro pálido, solo veían a Maarken. El asombro y la curiosidad devoradora de Pol dieron paso al tacto por primera vez en su vida; reunió a los demás con un gesto y los guio fuera de la tienda.

Fuera lo que fuese que Pol esperaba que se dijeran para reparar la brecha, tan evidente desde su llegada a Waes, la expresión de Maarken al unirse a ellos indicaba claramente que no se habían dicho tales cosas. Pol se enfureció repentinamente con Hollis. Cualquiera con un poco de sentido común sabía que ningún hombre ni mujer debía ser enviado a la batalla con el recuerdo de ojos llenos de miedo. Había observado y aprendido de las despedidas en Stronghold esta primavera; aunque no se anticipaba ninguna guerra, pasar una temporada en la frontera de Cunaxan siempre era peligroso. Sobre todo, se había fijado en la forma en que Lady Feylin se había despedido de Lord Walvis. Lo había abrazado y besado, y luego lo había reprendido por pulir su maldito arnés de tal manera que le dolían los ojos al mirarlo. Se habían separado bromeando, una técnica muy similar a la que Tobin había empleado hacía un rato con su hijo. Había visto a hombres y mujeres en Stronghold usar la misma excusa para expresar sus emociones al despedirse de esposas, esposos y amantes guerreros. Hollis tendría que aprender. Andry estaba a punto de empeorar las cosas.

—Maarken, te quiere mucho, solo ha estado enferma este verano y...

Pol miró a Andry con lo que esperaba fuera una aproximación adecuada a la mirada más fría de su padre. Evidentemente, era más que adecuada; el nuevo Señor de la Fortaleza de la Diosa se sonrojó como un colegial y apartó la mirada. Pero al instante siguiente, el hombre que tanto inquietaba a Pol regresó y le dirigió una mirada con la misma frialdad. Se habían conocido por medios faradhi, los dos, habían aprendido cosas sobre las fortalezas del otro que aún no habían sido analizadas a fondo. Y Pol tuvo la repentina y enfermiza sensación de que, si bien él nunca llegaría a una batalla abierta con Andry, tampoco estarían jamás en paz del todo. Había demasiado poder en ambos bandos.

Dulce Diosa, ¿poder para qué?, pensó de repente mientras se dirigían al pabellón del Alto Príncipe, donde les esperaba el resto de su familia. ¿Qué ganaba con ello? Roelstra había disfrutado enfrentando a príncipes y cosechando el botín. Andrade había querido reorganizar el continente bajo el gobierno de los Mensajeros del Sol. El padre de Pol quería crear un tejido legal tan amplio como el tejido de luz que los faradh'im habían tejido la noche anterior. Pero ¿qué quería Andry?

Más concretamente, ¿qué quería el propio Pol?

Preguntas inquietantes se le escaparon de la cabeza al encontrarse con sus padres y los demás fuera de la enorme tienda. Urival permanecía rígido y erguido, como quien teme que relajar cualquier músculo suponga el colapso de su elaborada estructura defensiva contra el dolor. Chay permanecía igual de erguido, pero sin tensión. Se movió con soltura para abrazar a su hijo, con confianza y orgullo en cada línea de su cuerpo.

—Pol.

Se sobresaltó al oír la voz de su madre, tensa y entrecortada, sin su habitual sonoridad. Avanzó automáticamente y ella le ofreció un sencillo y fino aro de plata. Solo entonces se dio cuenta de que sus padres llevaban estrechas bandas en la frente, coronas talladas de tal manera que el oro parecía facetado como una joya. Se alisó el cabello y se colocó la diadema, sintiendo su frío calentarse rápidamente al contacto con la piel. Raras eran las ocasiones en que había lucido este símbolo de su rango; la última vez había sido en su banquete de despedida en Radzyn, justo antes de partir hacia Perla Gris para convertirse en escudero de Lleyn. Pero precisamente hoy sabía que tenía que recordarles a todos su estatus real, como si, junto a sus padres, severamente regio, alguien necesitara que se lo recordaran.

Rohan inspeccionaba el arnés de batalla de Maarken, tirando de un cierre de cuero por aquí, comprobando una hebilla de acero por allá. Pol se tensó ligeramente, y entonces comprendió que no era que su padre desconfiara de los jóvenes que habían armado a Maarken; solo necesitaba algo que hacer.

Finalmente, Rohan asintió con satisfacción y retrocedió. Mientras tanto, se les habían unido Davvi y Kostas, Volog, Alasen y Ostvel. Este último conducía el elegante y brillante semental de Maarken, enjaezado con los colores de Monte Blanco. Como si Ostvel siguiera siendo el mayordomo principal de Stronghold y no un señor importante por derecho propio, hizo una reverencia a Rohan.

—Su excelencia, todo está listo.

Rohan inclinó la cabeza una vez.

—Como está prohibido hacer tales cosas dentro del recinto de Rialla —dijo dirigiéndose a Maarken—, hemos encontrado un campo al otro lado del río. Es perfectamente llano, sin desniveles ni montículos que dificulten las cosas. Esperarás a caballo hasta que te llamen, luego subirás y nos saludarás a mí, a Pol y a Andry como de costumbre. Desmonta entonces, y cuando Andry dé la señal, comienza. —Hizo una pausa y luego dijo—: Que la Diosa te bendiga, Maarken.

Al partir, Andry intentó apartar la mirada de Alasen, pero no pudo. Llevaba una sencilla túnica gris pálido, del color de una nube caída a la tierra. Su larga cabellera le caía por la espalda en brillantes ondas de un castaño dorado. Los ojos verdes, muy parecidos a los de Sioned, se negaban a mirarlo; pero ella a menudo miraba a través del velo de sus pestañas a Maarken, que caminaba junto a Ostvel y el magnífico caballo. Los celos lo invadieron, pero luego se desvanecieron. Lo que había compartido con ella a la manera de un faradh'im no podía rivalizar con la visión de su hermano guerrero con todo su valiente gala. Andry había conservado su esencia, le había mostrado la alegría de sus dones. Había reestructurado sus brillantes colores cuando podría haberse perdido en las sombras. La había mantenido a salvo.

—Que esto termine pronto —le pidió a la Diosa—, y que me permita hablar con ella a solas.

Alasen lo entendería y lo acompañaría a la Fortaleza de la Diosa, donde le enseñaría las maravillas de ser faradhi. Serían Señor y Señora juntos, con hijos que los seguirían, y...

Se detuvo en seco al ver a la multitud que se dirigía al puente. Un extraño arcoíris ondeaba bajo el cielo gris mientras la gente ondeaba cintas azul Desierto, rojo y blanco Radzyn, rojo y naranja Monte Blanco, y violeta de Marca del Príncipe. Se preguntó con amargura si ondeaban ese color por Pol o por Masul.

Pandsala se unió a ellos por fin, con la mirada vacía. Inclinó la cabeza hacia Andry y las rodillas hacia Pol, y se sentó al final de la pequeña procesión. Andry frunció el ceño

ligeramente. Había una a la que tendría que reincorporar a la disciplina de la Fortaleza de la Diosa. Princesa Regente o no, era una Mensajera del Sol; Andrade la odiaba y había optado por ignorar su existencia lo máximo posible, pero Andry no se sentía tan optimista sobre permitirle usar libremente los anillos que llevaba. Andrade también había sido negligente con Sioned; pero mientras que Andry confiaba ciegamente en su tía, no confiaba en absoluto en Pandsala. Sería un interesante filo de navaja, se dijo a sí mismo: mantener el deber y la lealtad que todos los Mensajeros del Sol debían a la Fortaleza de la Diosa cuando algunos de ellos eran príncipes gobernantes. Miró de reojo a Pol. Andrade había pensado en entrenarlo; ahora sería Andry quien le enseñaría las artes faradhi. Junto con ellas, inculcaría en Pol un espíritu de cooperación con la Fortaleza de la Diosa. No se hacía ilusiones de que sería fácil. Pero Andrade había roto la regla de que los faradh'im no se convertían en príncipes; ella había incubado el huevo, y ahora le tocaba a Andry enseñarle a la cría dónde y cómo volar. Pero primero tenían que librarse de ese impostor que se había atrevido a asesinar a un Mensajero del Sol.

Los cascos del semental resonaron con fuerza contra el puente de madera, haciendo eco del latido del corazón de Maarken en su pecho. Estaba disgustado consigo mismo por la aprensión. Tenía una espada excelente; cuchillos suficientes para respaldarlo en la improbable circunstancia de perder la espada mayor; fuerza, juventud y la razón de su parte. Por sus príncipes y por sus compañeros Mensajeros del Sol, mataría a Masul. Esbozó una leve sonrisa ante la perfecta armonía que burlaba sus miedos de que sus dos partes entraran en conflicto. Si ser athri y faradhi siempre era tan fácil, no tenía nada de qué preocuparse.

Pero el futuro era precisamente lo que ocupaba su mente: el trabajo del día que le esperaba y todos los días que vendrían después. ¿Hollis los compartiría o no?

Había estado asustada, angustiada, con los ojos desorbitados cuando acudió a él en su tienda. La fiebre se había arremolinado en sus ojos azul oscuro, tornándolos casi negros con puntitos plateados como relámpagos que le atravesaban el alma. Al estrecharla contra su corazón, eufórico al ver que no se resistía, sintió los temblores sacudir su cuerpo, casi frágil entre sus brazos.

—Amada, amada —susurró—, no tengas miedo. No sufriré ningún daño, lo juro.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Cómo podemos estar seguros?

Fue él quien se apartó de ella, furioso y profundamente herido.

—Si no tienes fe en mí...

—Tengo plena fe en ti. Es en ellos en quienes no confío.

—¿Quiénes? ¿De qué estás hablando, Hollis?

—Los que quieren a todos los faradh'im muertos. Los hechiceros. He leído sobre sus costumbres, Maarken, he ayudado a traducir los pergaminos. Aunque Masul no sepa de ellos ni quiera su ayuda, se la darán. Él es su desafío contra nosotros. No solo contra el Alto Príncipe y su hijo, sino contra todos nosotros, ¡todos los Mensajeros del Sol!

Maarken se dijo a sí mismo que su miedo debería tranquilizarlo, pues significaba que aún lo amaba. Sus súplicas de cuidado sin duda indicaban un corazón que era solo suyo. Pero, de repente, sus labios se enfriaron bajo sus besos reconfortantes, y se soltó de su abrazo con un breve recordatorio de que los demás lo esperaban.

Mientras caminaba entre la multitud hacia el puente, la vio de pie con los demás Mensajeros. Hollis sujetaba con fuerza la mano de Sejast.

Su familia se adelantó al llegar al campo. Ostvel se quedó atrás, sujetando la cabeza del semental mientras Maarken montaba. Tomando las riendas, miró el rostro de su viejo amigo.

—Recuerda que es más grande que tú —dijo Ostvel—. Ponlo a prueba. Si es lento por su tamaño, úsalo en su contra. Pero si es rápido y fuerte… —Ostvel resopló de repente—. ¡Escúchame! ¡Te aconsejo como si no hubieras estado en tu primera batalla a los once años! ¡Y como si alguien como yo supiera algo de las artes de la guerra!

—Sabes más que la mayoría —Maarken esbozó una sonrisa—, aunque nunca uses esos conocimientos. Recuerdo mis lecciones antes de ir a Perla Gris. Tú y Maeta solían entrenarme en esgrima hasta que… —Se interrumpió, haciendo una mueca al oír su nombre.

—Estaría muy orgullosa de ti ahora mismo —le dijo Ostvel—. Siempre lo estuvo.

Asintió sin decir palabra.

—Será mejor que vaya a ocupar mi lugar con los demás.

—No te preocupes, Ostvel. Una victoria rápida para mí, una muerte lenta para él. Lo prometí.

—¡Al diablo con tu promesa! Mátalo como puedas, en cuanto puedas. —Dudó—. Vigilaré a tu dama por ti.

—Gracias —respondió Maarken con torpeza, sin querer pensar en ella. Debía pensar solo en la muerte de Masul.

El campo estaba rodeado de gente, a medio paso de donde Maarken montaba a caballo. Los nobles estaban estrictamente divididos entre los bandos opuestos. La gente común ocupaba el espacio intermedio, todos en silencio bajo las nubes de pizarra. Maarken levantó la vista, pensando que el cielo parecía hecho de las cenizas grises esparcidas al amanecer, como si el espíritu de Andrade se demorara para presenciar la derrota del impostor.

Por orden de los guardias de Rohan, apareció una abertura a ambos lados del círculo, una de ellas justo delante de Maarken. La multitud se apartó al otro lado, permitiéndole ver claramente a Masul. Llevaba el uniforme violeta de Marca del Príncipe, maldita sea, y montaba el caballo que casi había matado en la carrera. Sería un placer para Maarken reclamar ese caballo como suyo y tratarlo como un animal tan noble se merecía.

A pesar de la capa de nubes, seguía siendo un día cálido, bochornoso con una mezcla de finales de verano y principios de otoño, como si ninguna de las dos estaciones hubiera dominado aún. Maarken sintió el sudor humedecerle la espalda bajo el cuero y el acero de su arnés, y resistió el impulso de contraer los omóplatos contra el hilillo de humedad que los separaba. Por fin oyó la voz de su hermano, indistinta a esa distancia al aire libre, pero sabía lo que Andry estaría diciendo.

Primero, la identificación de las acusaciones. Luego, la declaración del crimen de Masul.

El impostor avanzó y se detuvo ante el Alto Príncipe, sin hacer ninguna reverencia, aunque nadie esperaba que lo hiciera. Su cabeza estaba inclinada con arrogancia mientras lanzaba un desafío formal. Andry lo escuchó, se giró levemente y volvió a hablar. Maarken distinguió su nombre y títulos, rozó los costados de su semental con los talones y frenó con precisión a medio cuerpo de Masul. Inclinó la cabeza hacia su tío y su primo.

—Sé entonces nuestro campeón, Lord Maarken —decía Rohan con una fórmula ancestral—. Así como este hombre busca demostrar su derecho sobre su cuerpo, tú demostrarás el nuestro con el tuyo.

—Lo haré, mi príncipe —respondió.

Andry les indicó a ambos hombres que desmontaran. Pero Masul tenía algo más que decir.

—Exijo garantías de que no usará brujerías de Mensajero del Sol en esta batalla.

—Hecho —espetó Maarken antes de que nadie pudiera hacer más que enderezarse por el insulto.

—Entonces quítate los anillos, faradhi.

Maarken lo miró fijamente. Seguramente Masul no creía ese viejo cuento de que un Mensajero del Sol privado de los anillos era impotente. Sioned era prueba suficiente de ello; no había usado ningún anillo aparte del de su esposo durante quince años, y todos los presentes habían visto una amplia demostración de su continuo poder. Miró a Andry, quien lucía una sonrisa desdeñosa.

—Se concede el permiso —dijo el Señor de la Fortaleza de la Diosa—, no queremos que el impostor se distraiga con sus supersticiones.

Maarken casi rió. A pesar de su juventud, Andry tenía un don innegable para este tipo de cosas. Hizo una reverencia a su hermano y se quitó los guantes de cuero rojo. Uno a uno, se quitó los anillos que tanto le había costado conseguir. Al hacerlo, sus ganas de reír se desvanecieron. Los seis pequeños círculos en su palma, de plata y oro con pequeños rubíes, y uno más coronado con un granate, eran parte integral de su orgullo. Formaban parte de lo que era. Dudó, luego se acercó y, con una profunda reverencia, se los entregó a Pol para que los guardara.

Vio destello en el rostro de Andry, aunque este desapareció en un instante.

—Mi príncipe —le dijo a su primo—, los reclamaré pronto.

—Pero todavía están en tus dedos, Maarken. Mira.

Había finas franjas de piel más pálida donde habían estado los anillos. Si Andry tenía talento, Pol poseía un genio innegable. Le sonrió al chico y los ojos de Pol se iluminaron en respuesta.

Chay se adelantó entonces, guiando al semental de Maarken. Miyon hizo lo mismo con el caballo de Masul. Maarken volvió a ponerse los guantes, flexionando los dedos sobre el fino y flexible cuero que le mantendría la espada firme y segura, e hizo un gesto a Masul para que lo precediera hacia el centro del campo.

Mientras seguía al impostor, percibía la presencia de Hollis en toda su piel. Pero no cometió el error de mirarla.

Segev se removió nervioso junto a Hollis. Ahora estaba solo, y lo sabía. Mireva no podía hacer nada, ni para imponer su voluntad a través de él ni para decirle qué debía hacer. La luz de las estrellas era su arma; pero era de día. Era competente con la luz del sol; pero las nubes lo ocultaban. Debería haberse sentido eufórico por la libertad. No sentía más que aprensión.

Rápidamente, observó a la multitud. Muchos a favor y muchos en contra de Masul, pero ninguno con el poder de hacer lo que él podía si así lo deseaba. Si tuviera el coraje. Si estuviera dispuesto a arriesgarlo todo por un hombre al que Mireva acabaría matando de todos modos.

No, no lo haría por Masul. Sino por sí mismo. Segev exploró las posibilidades, proyectando acciones y sus probables consecuencias. Si lograba matar a Maarken sin que nadie se diera cuenta, entonces Mireva tendría que favorecerlo a él sobre Ruval cuando llegara el momento de desafiar a Pol abiertamente. Pero con el Pergamino Estelar en su poder, no necesitaría a Mireva en absoluto.

¿Quién podría ser un problema?, se preguntó, observando los rostros. Ningún Mensajero del Sol se atrevería a tejer: no había luz solar útil que se filtrara entre las nubes, nada con qué trabajar. Sonrió con desprecio ante su debilidad. Pero ¿quién de ellos podría percibir su propia obra? Pandsala era el peligro obvio; su madre había sido la madre de

Ianthe, dotada con los poderes del diarmadh'im. Podía pensar que era una Mensajera del Sol, pero Segev sabía que no. Urival era una gran posibilidad. Segev no olvidaba que había percibido las observaciones de Mireva bajo la luz de las estrellas esa noche de primavera.

Pero solo Andry sabía y comprendía lo suficiente del Pergamino Estelar como para ser una amenaza real. Y eso solo ocurriría si Segev se descuidaba.

Observó atentamente cómo Maarken y Masul se enfrentaban. El primer choque de acero provocó un espasmo en Hollis. Segev casi la había olvidado. Se había escapado de él por un rato esa mañana, probablemente para ir a ver a Maarken. Como si alguno de los dos pudiera encontrar algún consuelo en el otro. Observó su rostro pálido y tenso, con sus enormes ojos, y le apretó la mano para tranquilizarlo.

Maarken era quizás un dedo más alto que Masul, pero este último era más ancho de hombros. Aun así, parecían estar a la par. Segev echó un vistazo rápido al reloj de agua que habían traído de la tienda de Rohan para medir la duración de la batalla. Cuando el nivel en la esfera inferior hubiera subido una marca, Segev actuaría. Para entonces, el cansancio se apoderaría de los combatientes, y la tensión pondría los nervios de punta en todos los demás. Nadie prestaría atención al desconocido joven *Mensajerl del Sol* que decidiría el resultado del desafío.

Ocultó una sonrisa y respiró hondo y satisfecho, respirando el aire húmedo. Podía esperar.

Capítulo Veintiocho

Riyan observaba con ojo crítico cómo Maarken y Masul ponían a prueba sus respectivos estilos de lucha. No cabía duda de que Maarken era el guerrero más refinado, elegante y grácil. Pero Masul luchaba con ardor controlado, como el fuego de un horno avivado hasta alcanzar una fuerza abrasadora. Maarken podía arriesgarse a enfurecer a Masul con la esperanza de que el estallido de ira resultante lo volviera descuidado. O podía confiar en su entrenamiento y técnica superiores. Por el momento, jugaba con cautela, con fintas y paradas diseñadas para mostrarle las debilidades de Masul. Pero Riyan y todos los demás espadachines que observaban pronto vieron lo que Maarken hacía: las debilidades de Masul eran muy pocas.

El impostor había tenido un maestro magistral. Riyan podía imaginarse que algún caballero retirado de la Mansión Dasan ansiaba divertirse. A falta de hijos propios que entrenar, el descubrimiento de un alumno tan apto en un lugar tan improbable debía de haberle ofrecido la salida perfecta para el aburrimiento. Debía de haber muchos jóvenes así por todos los principados, cuyas espadas podrían ayudarles a escapar del anonimato y convertirse en guardias permanentes de señores o príncipes, e incluso a poseer sus propias posesiones. Andry era la prueba de que no todos los hijos de nobles nacían para empuñar una espada; Masul demostró que no todos los campesinos estaban hechos para el arado.

Aun así, había ciertos movimientos que parecía ignorar. Al principio, parecía que Maarken estaba sobreentrenado, sobre todo en comparación con la brutal franqueza de Masul. Pero enseguida se dio cuenta de las diferencias en sus estilos, y cuando la lucha empezó en serio, Riyan asintió lentamente al ver que Maarken había encontrado su mayor debilidad. Masul destacaba en las estocadas y paradas a una mano, pero tenía la mala costumbre de llevar la espada completamente por encima del hombro izquierdo para añadir fuerza a un golpe poco elegante a dos manos, como si estuviera atacando un árbol. Si hubiera logrado engañar a Maarken haciéndole perder el equilibrio, el golpe habría sido efectivo. Pero Maarken observó y esquivó, y tras intentar el movimiento dos veces, aprovechó la tercera. Le dio tiempo a Masul para que se llevara la espada al hombro, engañándolo con una torpe recuperación a propósito, y luego blandió su propia espada en un arco mortal justo en las costillas de Masul.

El impostor lo vio venir demasiado tarde para evadirlo por completo. Arqueó la columna como un gato furioso, y su mano derecha se deslizó de la espada mientras luchaba por mantener el equilibrio. Cuando la espada de Maarken lo alcanzó con un amplio golpe sobre su arnés pectoral, su brazo izquierdo y su espada describieron un semicírculo plateado e impotente. Los primeros susurros provenían de la multitud, hasta entonces silenciosa.

Riyan vio que Maarken prefería la ventaja emocional a la física. En lugar de aprovechar la angustia de su oponente, dio un paso atrás y se puso una mano en la cadera: la actitud de un maestro que espera a que un alumno incompetente se recupere para la siguiente lección. Riyan no podía oír lo que decía Maarken, pero la curva burlona de sus labios era inconfundible. Evidentemente, sentía que la furia desatada de Masul sería mucho más efectiva contra él que una herida física. Mientras el impostor recuperaba el equilibrio y se lanzaba al ataque, Riyan se preguntó si Maarken tenía razón al arriesgarse. La ira aún estaba contenida.

Su atención se desvió de los siguientes movimientos al ver a un joven escudero con el naranja de Cunaxa y la insignia plateada del cuchillo, que se acercaba sigilosamente a este lado de la multitud. Sorin lo detuvo, hizo una mueca y lo acompañó hasta donde estaban Rohan y Sioned. Riyan se acercó para escuchar lo que decían.

—...sus excelencias se preocupan por el resultado —terminó el escudero.

—Su señor tiene un descaro infernal —siseó Tobin, con la mirada fija en su hijo.

—De acuerdo —murmuró Sioned, y Riyan arqueó las cejas al ver el brillo perverso que iluminaba sus ojos esmeralda—. Pero aceptaremos la apuesta, de todos modos. —Miró a Rohan—. ¿Qué opinas, mi señor azhrei y esposo? ¿Libertad para Tiglat durante los próximos diez años contra...?

El Alto Príncipe sonrió, y el escudero retrocedió un paso involuntariamente.

—Contra lo que quieras, mi alma —dijo Rohan arrastrando las palabras—. Eres la apostadora de la familia.

—Gracias, querido. Eres muy generoso conmigo. —Volvió a mirar al escudero—. Mi señor esposo cree firmemente en las innovaciones. Tenemos uno o dos proyectos en mente que requieren grandes cantidades de hierro. Digamos, unas quinientas libras de seda.

El escudero tragó saliva ante su casual mención de esa cantidad colosal.

—Se me ordena aceptar cualquier condición que se me ofrezca, excelencia. Informaré a mi señor de inmediato.

—Hazlo —ronroneó.

Riyan miró a Sorin con una mirada interrogativa, recibió un encogimiento de hombros desconcertado como respuesta y suspiró. Lo que Sioned tuviera en mente, solo lo sabían ella y Rohan.

Maarken seguía jugueteando con Masul, intentando liberar la ira que solo podía ayudar a derrotar al impostor. La multitud comenzó a gritar sus preferencias, vitoreando un golpe certero o una parada astuta. Mientras Riyan seguía cada ataque y contraataque, se dio cuenta de que, fuera lo que fuese, Masul no era tonto. Demasiado dependía de esto como para que lo engañaran y lo hicieran perder los estribos. Maarken pareció percibirlo también; su rostro se endureció y blandía su espada con mayor ferocidad, buscando no provocar, sino matar.

Había sangre en ambos hombres: cortes en brazos y muslos, heridas arrancadas del arnés de cuero y de la piel que lo cubría. Riyan se tensó cuando la espada de Masul intentó hundirse en el cráneo de Maarken; el joven señor retrocedió justo a tiempo, pero no lo suficientemente rápido como para evitar un corte indirecto en su pómulo. Respondió rápidamente con un feo corte en las costillas ya magulladas del impostor, donde su golpe anterior había abierto parte de la armadura de Masul. El hombre jadeó y retrocedió, agarrándose el costado ensangrentado con una mano. Esta vez, Maarken continuó con un largo paso hacia adelante y un sádico golpe diseñado para diseccionar los tendones detrás de las rodillas. Masul se apartó de su camino en el último instante y cayó al suelo.

Los cuatro anillos de Riyan se le clavaron en la carne mientras sus manos se apretaban anticipando el golpe final. Pero no llegó. Maarken se tambaleó ligeramente, sacudiendo la cabeza. Y de repente, levantó la espada para golpear algo que no estaba allí.

Risas nerviosas y gritos burlones resonaron entre la multitud, seguidos rápidamente por exclamaciones cuando Maarken volvió a asestar su espada al vacío. Riyan lanzó un grito incoherente al sentir un calor tembloroso en sus dedos. Bajó la mirada hacia sus manos, casi esperando que los anillos brillaran, mareado de alivio al ver que no lo hacían. Pero lo alertaron de un sutil y amenazante cosquilleo del mismo calor en su mente. Maarken luchaba contra un enemigo que solo él veía, y su verdadero enemigo se recuperaba de la conmoción y el dolor, poniéndose de pie. Riyan cerró los ojos, concentrándose. Una llamarada extrañamente familiar en el borde de sus pensamientos, un fuego intenso casi inalcanzable; contuvo la respiración y recordó la vez que lo había sentido antes.

La muerte del asesino.

El antiguo poder de la familia de su madre había respondido al uso de la hechicería, tanto entonces como ahora, respondiendo mediante la quema de sus anillos faradhi. Así que pertenecía a la Antigua Sangre, pensó, reprimiendo el pánico mientras esa sangre le permitía vislumbrar cosas que amenazaban la vida de Maarken con la misma certeza que la espada de Masul.

Sioned se aferró al brazo de Rohan, observando con horror cómo Masul se alzaba para reanudar la batalla. Pero Maarken blandía su espada hacia la nada, girando para atacar cosas que no existían.

—Dulce Diosa, ¿qué le pasa? —jadeó.

Tobin gritó el nombre de su hijo. Masul, con cuidado de la espada que se movía violentamente, se acercó y asestó un golpe contundente con la hoja plana en la columna vertebral de Maarken. El joven señor se tambaleó y se giró para hacerle un corte en el brazo a Masul. Pero era como si luchara no contra uno, sino contra dos o más hombres, solo uno de ellos visible para la multitud atónita. Solo sus vastas habilidades como guerrero, entrenado para anticipar una docena de espadas a la vez, lo mantenían con vida.

—Sioned... son ellos, hay alguien aquí que conoce las viejas costumbres...

Apenas reconoció la voz de Pandsala; ni siquiera notó que, por primera vez, el regente la había llamado por su nombre.

—¿Qué? ¿Qué dices?

Pandsala parecía enferma, su rostro tan gris como su túnica, sus ojos casi negros. Se frotaba las manos, retorciendo los anillos en sus dedos como si le dolieran.

—No sé, no puedo... ¡oh, Diosa!

Rohan y Sioned la sostuvieron mientras se tambaleaba.

—Sioned... si tiene razón, alguien tiene que proteger a Maarken.

Supo al instante lo que le pedía. Ella lo había protegido de la traición años atrás durante su batalla contra Roelstra, tejiendo luz estelar a una distancia imposible en una cúpula imponente que las flechas y los cuchillos no podían penetrar. Pero esto era diferente. Le estaba pidiendo que usara sus artes de Mensajera del Sol contra algo que desconocía por completo. Y no había luz solar con la que trabajar, nada con lo que tejer una densa red de protección. Incluso si pudiera, ¿sería efectiva contra la hechicería?

Maarken se retorcía y luchaba, a veces esquivando las embestidas de Masul y a veces tambaleándose bajo su impacto mientras luchaba contra espectros que solo él podía ver. El rojo intenso de su arnés de batalla y el rojo anaranjado de su túnica se oscurecían ahora con otro rojo, un rojo ominoso. Como una llama viva, se retorcía y giraba entre guerreros visibles e invisibles.

Una llama viva.

Dejó que Rohan soportara el peso de Pandsala.

—¡Pol! ¡Andry! ¡Urival! —gritó, y ambos estuvieron a su lado incluso cuando la primera llamarada del Fuego del Mensajero del Sol conjurado surgió del suelo.

Oyó los gritos, el furioso grito de Miyon de que los trucos de faradhi estaban prohibidos, e ignoró todo mientras se reunía con los colores de quienes la rodeaban. Zafiro, rubí, esmeralda, diamante y una docena de otros tonos de gemas deslumbraban y brillaban entre las llamas rojizas y doradas que se elevaban cada vez más alto, trepando por muros inexistentes, uniéndose en un arco de fuego que se extendía hasta encapsular el campo de batalla. La gente retrocedió, con los rostros enrojecidos por el Fuego, aterrorizada por su intensidad. Sioned se aferró a cada ápice de poder faradhi que pudo encontrar a su alrededor, sin hacer caso de los suaves gritos desesperados de los Mensajeros del Sol, ya exhaustos. Pero mantuvo a Maarken al margen, acordonado del tejido que debía protegerlo.

Las llamas parpadeaban, inestables, mientras el hechicero que había forjado las visiones de Maarken asaltaba a Sioned, azotándola con poderes similares pero distintos a los de los faradhi. Era como si sus manos se encontraran a ambos lados de una fina malla, palmas y dedos unidos, la calidez de la piel contra la piel tangible, pero sin llegar a tocarse. Ella se defendió, extrayendo aún más de los Mensajeros del Sol, tambaleándose, hasta que no tuvieron más que dar.

El Fuego resistió, ocultando la vista de los combatientes dentro de su cúpula. No podía saber si su tejido había cancelado la obra del hechicero. Quería creer que el frenético ataque a sus defensas significaba que estaba triunfando. Pero sabía que el hechicero debía ser encontrado, debía serlo. No quedaba suficiente en los Mensajeros del Sol ni en ella misma para sostener esto por mucho tiempo.

Sioned sintió una pérdida repentina, una recuperación de porciones de poder y color para el faradhi que las poseía. No pudo detenerse a reclamar la fuerza perdida; buscó y encontró más, gimiendo al reconocer la fuerza brillante, casi ilimitada, que era su hijo, ofrecido para su libre uso. Como lo había hecho una vez antes cuando apenas tenía un día de vida, recurrió a su poder puro y agradeció a la Diosa por sus dones, incluso mientras le rogaba que lo mantuviera a salvo.

Pandsala, de rodillas, luchó por incorporarse donde Rohan la había abandonado cuando Sioned comenzó su trabajo. Seguía formando parte de ese trabajo, podía sentir la imperiosa demanda de fuerza de Sioned. Sin embargo, no era como años atrás, cuando había estado indefensa bajo el poderoso control del Mensajero del Sol. Podía recuperar la mayor parte de sí misma, y con ella su voluntad consciente.

Se tambaleó unos pasos, se detuvo para recuperar el aliento y recorrió con la mirada los rostros asustados e iluminados por el fuego bajo la penumbra. ¿Quién era, dónde, cómo? Los anillos le quemaban la carne. Su mente ardía. Sin embargo, por primera vez, experimentó dos sensaciones de poder distintas, superpuestas en algunos puntos y notablemente similares, pero diferentes en sutiles matices. Una de ellas la identificó fácilmente como la disciplina faradhi, asumida por Sioned. La otra se sentía extrañamente libre de la Alta Princesa, atraída en cambio por otro poder similar.

De repente, supo su origen, era un conocimiento tan instintivo como el propio respirar. Ojos feroces en un rostro salvaje, teñido de fuego; un rostro que antes le había resultado inquietantemente familiar. Los ojos eran del color equivocado, pero de repente el rostro era el eco de uno que había odiado durante media vida, un rostro que se reía de ella en pesadillas que habían sido reales. El rostro de Ianthe.

Pandsala casi gritó con la agonía del conocimiento, el rostro de Ianthe, el hijo de Ianthe, la victoria de Ianthe. Saboreó la sangre en su boca, la sangre de hechicero compartida con él, y supo que sus dientes la habían mordido. Su labio inferior ardía, como los círculos de oro y plata alrededor de sus dedos. Los anillos de Mensajero del Sol gritaban ante la presencia de la hechicería. El dolor físico rompió un hilo de tensión en ella, pero en lugar de encender la furia, sintió una calma gélida.

Estaba a poca distancia de ella. Empujó a Chay para pasar, quien sostenía a su esposa casi inconsciente en brazos, apartó a Volog, Ostvel y Alasen, con los ojos abiertos como platos. El chico no la vio. Se aferró a la joven Mensajera del Sol con la que Maarken quería casarse, con la mirada fija en la cúpula ardiente. Ella se acercó, cada músculo de su cuerpo fluyendo suave y silenciosamente como el agua. La exigencia de Sioned de su fuerza en el Tejido de Fuego absorbió un poco más de su parte faradhi entrenada, pero se guardó la Sangre Antigua para sí misma, sintió su brillo sedoso en sus venas como los rayos de sol filtrándose ahora a través de las nubes grises.

Lo suficientemente cerca como para tocarlo ahora, para ver las sombras arremolinándose en sus ojos. Su forma, el grosor de sus pestañas y su conjunto en su rostro eran todos de Ianthe. Su color, verde brillante ahora sin rastro de gris, era el de Roelstra. Las manos de Pandsala se alzaron para arrancarlos de su cráneo.

Entonces la vio y apartó a la otra mujer de un empujón. Pandsala se abalanzó sobre él, con un grito incoherente ahogándose en su garganta. Este era uno de los que deseaban la vida de Pol, su poder, su destrucción. El hijo menor de Ianthe, Segev, quien desearía esas cosas aún más, a pesar de, y sobre todo, porque Pol era su propio hermano. La Sangre Antigua gritaba en su interior que lo dejara terminar su obra, prometiéndole poderes inimaginables si tan solo se aliaba con el pueblo de su madre, de quien había recibido su poder.

Pandsala clavó las uñas en los hombros de su sobrino. Él emitió un leve gemido de dolor e intentó liberarse. Ella desvió su agarre hacia su cuello, presionando con los pulgares el hueco en su base.

La agonía la apuñaló por cada nervio del cuerpo. Sus manos descendieron de su garganta a la empuñadura de la espada incrustada en su muslo. Sus dedos tantearon los resbaladizos pliegues de seda de su vestido, ya empapados de sangre.

No fue una estocada lo que debería haberla matado. No debería haber dolido tanto. Su mente lo sabía. Pero el cuchillo era algo vivo, una serpiente de acero que se deslizaba a través de ella, cortando toda conexión entre cerebro y cuerpo, mente y poder.

La empujó hacia la hierba, sonriendo.

—Querida tía —susurró. Pero entonces su voz cambió, se volvió más grave. Hacía mucho tiempo había visto a Andrade demostrar el arte arcano de hablar a través de otra persona, usando otros ojos y oídos. No era la voz de Segev la que oía ahora—. Son los faradh'im quienes sienten el dolor, *a través de ti*, y es el diarmadhi dentro tuyo lo que te mantiene viva. Pero no por mucho más tiempo. ¿Puedes sentirlo en el cuchillo? El hierro no nos mata, solo duele. Pero cualquier cosa imbuida con el veneno Mérida mata.

No tenía carne, ni voz, ni voluntad. Segev seguía sonriendo, seguía hablando con esa otra voz.

—Morirán a través de ti. Están conectados. Todos ellos, todos los débiles e insensatos Mensajeros del Sol. Pero Pol no. Es uno de nosotros. ¿Lo sabías? Nos pertenece. A través de Rohan, a través de Sioned, no importa. Sobrevivirá a esto y tendrá una muerte mucho más satisfactoria. No estarás presente para verlo, pero pensé que debías saberlo.

Y Segev rió quedamente, con alegría.

Pandsala oyó los gritos de los Faradhi, sintió su dolor. Dolor que ella había provocado. Olió la sangre que latía en sus venas. Sintió la empuñadura del cuchillo caliente y resbaladiza en su palma. No tenía fuerzas para sacarlo, para quitar el venenoso hierro que mataba a los Mensajeros del Sol ni el veneno Mérida que la mataba a ella. Vio cómo el rostro del chico palidecía mientras el poder brillaba en sus ojos y lo estremecía. Sonrió, y esta vez fue la sonrisa de Ianthe mientras las llamas rojizas se apagaban. Y Pandsala con ellas.

El agudo grito surgió como de una sola garganta. Los Mensajeros del Sol aullaron de agonía mientras los colores hechizados brillaban con una intensidad insoportable, latían a través de nervios ya destrozados, amenazando con explotar sus mentes desde adentro. La cúpula ardiente se derrumbó. El reloj de agua, colocado en su soporte cercano, estalló en una lluvia de fragmentos de cristal. Sioned, retorciéndose en los brazos de su esposo, usó sus últimas fuerzas en un intento frenético por encontrar orden y patrón. Pero el cielo

nublado, desprovisto del sol, se afiló abruptamente sobre ella, con el gris acero de cuchillos en sombras.

Todos ellos —incluso Alasen en su ignorancia de las artes faradhi—, todos los Mensajeros del Sol sintieron el dolor punzante. Pero de todos ellos, solo uno encontró la fuerza suficiente para actuar.

Hollis permaneció inmóvil, con los ojos vidriosos, mientras observaba a Sejast asesinar a Pandsala. La cabeza le estallaba, los pulmones le punzaban con cada respiración superficial, su cuerpo era una masa de agujas incandescentes que exhalaban llamas. No comprendió el grito de Pandsala, no podía comprender por qué su propia agonía coincidía precisamente con ese grito. Vio a Sejast arrodillarse junto a los demás Mensajeros del Sol caídos a su alrededor, como si él también estuviera muriendo.

Hollis observó el cuerpo inerte de Pandsala justo detrás de él, el cuchillo que sobresalía de su muslo. Todo tenía bordes ásperos y desgarrados. Recorrió los ángulos de ese cuchillo brillante, con un brillo tan intenso que hundió un nuevo dolor en sus ojos. Se preguntó por qué no estaba muerta, por qué aún podía pensar, mientras que los faradh'im que la rodeaban no podían. Una parte de ella funcionaba con normalidad, se sentía fuerte y en perfecto control de su cuerpo y sus colores, casi tan bien como cuando Sejast llegaba cada noche con su ofrenda de un calor maravilloso. Pero el resto sabía que era ilusorio; por alguna razón, sabía que estaba cerca de la muerte.

Vio la palabra escrita en elegante caligrafía centenaria. Den: *muerte*. Pero otra palabra se superponía, una palabra que encabezaba una sección del Pergamino Estelar. Chian'den: *muerte por traición*. La página tembló, se convirtió en una lámina de cristal fironés salpicada de tinta negra. Se hizo añicos en el suelo ante ella. Tomó un fragmento, leyó en él *chian'den*, y se preguntó qué era ilusorio, sus manos o el cristal raspado.

Sejast se arrodilló junto a ella, respirando con dificultad, el cabello negro enmarcando su rostro pálido en mechones irregulares como trazos de tinta sobre pergamino. Observaba el combate con avidez, con ojos feroces y riendo. *Chian'den*, pensó Hollis. Había ayudado a Andry a traducir esas palabras, y Sejast los había ayudado a ambos.

Oyó un grito desesperado; supo que provenía de Maarken. Parecía muy lejano, luchando por levantarse mientras su enemigo, cuyo nombre no recordaba con exactitud, se cernía sobre él y reía. Pero la espada que brillaba en esa mano enemiga estaba muy cerca, inmediata, lista para cobrar la vida de Maarken. Hollis respiró con dificultad, maravillándose en parte ante la magnitud de la furia que parecía haberle llenado el cráneo, pero que ahora se había reducido a una aguja incandescente clavada en su corazón.

Esa parte tranquila y fuerte de ella se alzó. Sus anillos eran fríos, frágiles círculos de oro y plata alrededor de sus dedos, cubiertos de polvo mientras se arrastraba por el suelo. Le cortaron la carne al rodear el cuchillo con ambas manos. Lo extrajo del cuerpo de la Princesa Regente y lo sostuvo un instante entre sus pechos como un secreto.

Se sentía cada vez más cómoda con la renovación del poder. Quizás era la copa de vino fortalecedor y nutritivo que Sejast le había instado a beber antes de venir. Asintió, comprendiendo por fin y sin sorpresa. Eso, y todas las demás copas de vino, taze, zumo de frutas e incluso el agua simple e inocente que le había traído durante la primavera y el verano. Todas las bebidas dulces y potentes que le había dado, aderezadas con dranath.

Vio que su hermana y su hermano faradh'im ya no se retorcían presas de un dolor feroz. Se preguntó brevemente si Sejast también lo habría notado, si habría oído sus gemidos debilitados acallarse al recuperar el aliento. Vio que, para llegar a Pandsala, se había arrastrado tras él, y que él le daba la espalda mientras se agachaba sobre sus talones, con los brazos extendidos hacia Maarken.

Maarken...

La alta y ensangrentada figura se tambaleaba como un borracho muerto, con la espada tambaleándose en su agarre inseguro. Masul retrocedió, sonriendo, mientras Maarken intentaba prepararse para el ataque. El impostor retrocedió un paso, riendo a carcajadas al fallar por completo una estocada casi ciega. Una palmada desdeñosa en un hombro con la hoja plana, una patada, y Maarken volvió a caer.

Hollis lo oyó gritar de nuevo, no de dolor ni de miedo, sino de absoluta desolación. Cayó sobre una rodilla y lanzó un ataque salvaje al aire, sin siquiera mirar a Masul. Y Sejast se estremeció con una risa silenciosa.

Le metió la hoja manchada de sangre entre las costillas, hundiéndola cada vez más hasta que creyó sentirla vibrar con los latidos de su corazón. Entonces, se retorció. Un enrojecimiento espeso le cubrió las manos, el pecho, el rostro. Hizo girar el cuchillo dentro de su cuerpo hasta que el corazón se detuvo.

El repentino colapso de los Mensajeros del Sol —y, con ellos, el escudo de Fuego— hizo vibrar de dolor incluso los rudimentarios sentidos faradhi de Rohan. Sioned se desplomó en el suelo, con la respiración entrecortada y sus ojos verdes oscuros y salvajes. Pol, Tobin, Alasen... todos los Mensajeros del Sol se acurrucaron en su agonía sobre la hierba seca, terriblemente silenciosos después del primer grito, tan insensatos como si un puño gigantesco los hubiera aplastado.

Masul rió y derribó a Maarken de una patada. Rohan vio cómo la espada de su sobrino volvía a alzarse, sin rumbo. El impostor agarró la hoja con una mano enguantada y la arrojó a un lado. Maarken se encogió ante algo invisible, buscando a tientas los cuchillos de su cinturón. Se abalanzó hacia arriba; la suerte clavó una de las hojas en la pierna de Masul. El hombre gruñó de dolor, derribó a Maarken de una patada y le dio un golpe en la muñeca con una bota. El segundo cuchillo se sacudió al romperse los huesos. Masul se enderezó entonces, tomándose su tiempo para colocarse como si posara para el boceto de un tapiz conmemorativo. Sosteniendo la espada con ambos puños, la levantó con la punta hacia abajo, listo para hundirla en el pecho de Maarken. Los cuchillos de las botas de Rohan se balancearon ligeramente en sus dedos durante una fracción de segundo antes de deslizarse por el aire, demasiado rápidos para verlos, salvo como un único y largo hilo plateado brillante. Cada una se incrustó en la garganta de Masul, tan cerca que, al temblar con su sobresalto, Rohan oyó el chasquido de las empuñaduras.

La espada cayó; Maarken rodó lentamente hacia un lado y falló por un palmo. Los dedos de Masul y su cuerpo, que se desmoronaba lentamente, supieron lo que su cerebro aún no podía aceptar: estaba muerto. Con la incredulidad desbordada, sus ojos verdes buscaron a Rohan. Tardó muchísimo en caer de rodillas. Miró la sangre que derramaba su vida sobre su pecho, sobre el suelo, como si debiera ser la sangre de otro. Movió los labios, pero las hojas de acero en su garganta lo enmudecieron. Rohan observó sin pestañear cómo se desplomaba hacia adelante, con el asombro absoluto dibujado en su rostro, y moría.

El puño del gigante parecía haberse cerrado alrededor de todas las gargantas, incluida la de Rohan. Intentó tragar saliva, encontrar su voz. No pudo. El silencio fue finalmente roto por los suaves gemidos de los aturdidos faradh'im.

Sioned se puso de pie con dificultad y se tambaleó junto a Rohan. Él la miró de reojo y luego se giró hacia su hijo. Pol se aferraba al brazo de Sorin, apenas erguido. Sin embargo, cuando Rohan avanzó, Pol lo siguió, con la determinación sustituyendo la fuerza física.

Rohan sacó los cuchillos de la garganta de Masul, los limpió en la hierba y los devolvió a sus botas. Pol acunó la cabeza de Maarken sobre sus rodillas, limpiándole la sangre y el

sudor de la cara, pronunciando el nombre de su primo con urgencia. Maarken gimió, parpadeando, y luego levantó la vista.

Sus palabras casi destrozaron a Rohan.

—Lo... siento, mi príncipe —susurró— Yo... fracasé...

—¡No! —exclamó Pol— ¡Saliste a luchar contra un hombre, no contra un hechicero!

Una risa áspera atrajo la atención de Rohan. Miyon de Cunaxa lo fulminó con la mirada y espetó:

—¿Esa es la historia que vas a usar? ¿Brujería? ¡Una bonita excusa para quebrantar más leyes de las que jamás has escrito en tu vida, Alto Príncipe! La única brujería aquí fue la que usaron los faradh'im...

—¡Para proteger a ambos hombres de la traición! —gritó Pol con vehemencia— ¿Cómo te atreves a...

—Si crees que voy a creer eso, muchacho, ¡eres aún más tonto que tu padre!

—Sí que quebré la ley al matar a Masul yo mismo —dijo Rohan en voz muy baja—. Pero no voy a discutir las circunstancias contigo ni con nadie más. Me siento tentado a quebrantar algunas leyes más ordenando a mis tropas que crucen tu frontera. Si crees que puedes hacer llegar la noticia al norte más rápido que yo, sigue hablando. —Hizo una pausa—. Si no, cierra la boca y quítate de mi vista.

Chay estaba con ellos ahora, abrazando a su hijo mientras su excelencia de Cunaxa seguía sabia, aunque furiosamente, el consejo de Rohan. Maarken protestó débilmente diciendo que no solo estaba bien, sino que no era un niño. Su padre lo silenció con una sola mirada, luego alzó la vista hacia Rohan.

—Ahora, antes de que nadie más monte un alboroto, ¿puedo sacar a mi hijo de aquí?

Rohan chasqueó el dedo; Tallain llegó corriendo.

—Dile a los príncipes que me atiendan al anochecer. Y que busquen un médico. Ni mi esposa ni mi hermana están en condiciones.

—Atenderé a Lord Maarken, si su excelencia lo permite. —Apareció Gemma, con Tilal a su lado—. La medicina me resulta familiar.

—Gracias, mi señora —dijo Chay, ocultando la mayoría de sus dudas.

Pero Tilal asintió y sacaron a Maarken del campo. Gemma, con la ayuda de Danladi, realizó un trabajo experto en las heridas y contusiones de Maarken tras administrarle un somnífero que, afortunadamente, lo liberó del dolor. Chay y Rohan lo observaban todo, haciendo muecas de dolor al descubrir, limpiar y vendar cada herida, agradecidos por la habilidad de Gemma y su seguridad de que solo quedarían unas pocas cicatrices. Lo más preocupante era la muñeca aplastada; Danladi dedicó mucho tiempo a ella, e incluso en su sueño aturdido por las drogas, Maarken gimió mientras se la vendaban. Solo el tiempo revelaría si recuperaría su uso.

Chay no agradeció a su príncipe la vida de su hijo. Rohan se habría sentido insultado por tales palabras; si era deber de un vasallo luchar por su príncipe, no era menor el deber de un príncipe proteger a sus vasallos. Todo eso se entendía. Pol había sido enviado de vuelta al pabellón con su madre y su tía, donde los tres se quedaron dormidos como si también los hubieran drogado. Rohan supuso que Andry, Urival o alguien más se había encargado de los demás Mensajeros del Sol de forma similar. Casi anochecía cuando Tallain llegó a la tienda de Maarken con una noticia impactante.

—La princesa regente ha muerto, mi señor.

Rohan era consciente de que no sentía nada, como un golpe contundente que paraliza las emociones.

—¿Cómo? —preguntó Chay con voz áspera, incrédulo.

—Solo había una herida, un pinchazo de cuchillo en la pierna. No pudo haberse desangrado. Pero murió de todos modos. —Tallain parecía no poder creerlo—. Su hermana, la princesa Naydra, la llevó del campo a las tiendas de su esposo y pregunta qué desea que se haga, mi señor.

Empezaba a sentir, y sus emociones lo avergonzaban. Porque no sentía nada más que alivio.

—¿Mi señor?

—Sí —respondió automáticamente—. Se le dará una quema honorable con gran ceremonia, como corresponde a una princesa y a una Mensajera del Sol. En el Castillo del Peñasco, creo. Sí. Por favor, dígale a la Princesa Naydra que si me hace el favor de organizar todo, le estaré muy agradecido. Y… y dígale que comparto su dolor.

Lo curioso era que, en cierto modo, lo compartía. Lamentaba la información distorsionada, el amor basado en el odio, los dones malversados. Pero también se alegraba vergonzosamente de que estuviera muerta, de no tener que encerrarla en una fortaleza remota por el resto de su vida. Sus crímenes eran imperdonables, pero a su terrible manera, ella los había amado a él y a Pol. Rohan se aclaró la garganta.

—¿Ya esperan los demás príncipes?

—No, mi señor. Ya que parecía que te tomaría tiempo más allá del anochecer, les envié un mensaje para que vinieran mañana por la mañana. —Al fruncir el ceño, Tallain se puso a la defensiva y un poco formal—. Su Gracia la Alta Princesa coincidió en que todos necesitan descansar.

—Su Gracia la Alta Princesa puede ser una fastidiosa. Sobre todo cuando tiene razón. Ve a tranquilizarla por mí, Tallain.

Con un aspecto enormemente aliviado, el joven hizo una reverencia y se marchó. Rohan se giró hacia Gemma.

—Mi señora, ¿ha terminado?

—Justo ahora, Su Gracia. —Se secó las manos con una toalla y se la devolvió a Danladi, que esperaba—. No hay heridas graves, salvo en la muñeca, aunque estará rígido y dolorido durante un tiempo, y uno o dos cortes de espada merecerán la pena vigilarlos. En cuanto a su mano… —Miró a Maarken—. Todavía no lo sé. Pero no debería moverla durante al menos dos o tres días.

—Considerando lo difícil que fue administrarle el somnífero —sonrió tímidamente Danladi—, tendrá suerte si lo mantiene en cama durante un tiempo, Su Gracia.

—Se portará bien —dijo Chay con brusquedad—. O le arrancaré la piel que le quede.

—No lo dudo, mi señor —dijo Gemma. Pero Rohan vio algo en su expresión que lo desconcertó. Arqueó una ceja y ella apartó la mirada, repentinamente nerviosa.

—¿Qué ocurre, mi señora? —la persuadió— Nos ha hecho un gran favor a mí y a los míos. Pida lo que quiera.

—Su excelencia, no quiero nada a cambio...

—Oh, permítame ser generoso —sugirió Rohan con una leve sonrisa—. Es uno de los pocos placeres verdaderos que tiene un príncipe, como descubrirá.

—No pido para mí —dijo ella rápidamente—. Sino para Danladi.

La otra chica contuvo la respiración.

—No, Gemma, por favor...

—Calla —ordenó la princesa con dulzura—. Ha sido como una hermana para mí durante muchos años. Es mi deseo que nos convirtamos en hermanas de hecho, además de en sentimientos.

Rohan intercambió una mirada de desconcierto con Chay.

—He sido princesa toda mi vida, aunque mi título cambiará un poco cuando vaya a Ossetia después de que mi señor Tilal y yo nos casemos. —Se sonrojó al mencionar su nombre—. Pero Danladi es tan princesa de sangre como yo. Consideraría un gran favor que le preguntaras al príncipe Davvi si sería posible que Danladi se convirtiera en princesa de Syr y mi hermana por matrimonio.

—¿Con Kostas? —exclamó Chay, y luego se disculpó apresuradamente mientras Danladi se sonrojaba hasta la raíz del pelo.

—Cree que me desea —dijo Gemma con ingenuidad—. Pero una vez que deje Alto Kirat, y si la dote de Danladi es lo suficientemente tentadora…

Evidentemente, Gemma no se hacía ilusiones sobre el carácter de Kostas. Danladi tampoco. Sostuvo la mirada de Rohan directamente; sus ojos azules en un rostro tímido y bello le indicaban en silencio que quería a Kostas como esposo. Él se maravilló de que su amor por Gemma no se hubiera resentido ante la preferencia de Kostas; Danladi era, sin duda, única entre las hijas de Roelstra, pues parecía no tener ni una pizca de celos ni posesividad.

Pero… ¿el nieto de Roelstra como futuro Príncipe de Syr?

¡Dulce Diosa!, pensaba como Pandsala. Después de todo, otro nieto de Roelstra sería Alto Príncipe algún día.

—Mi señora —le dijo a Danladi—, con gusto hablaré con Davvi en cuanto sea oportuno. Si me permite la franqueza, sin embargo… —Le dedicó una sonrisa y ella se sonrojó de nuevo—. Creo que una vez que Kostas vea tu bonito rostro en Alto Kirat, después de que haya recuperado la cordura, es más que probable que vuelva a perderla.

—Gracias, Su Excelencia —suspiró ella.

Se contuvo justo a tiempo de negar con la cabeza, asombrado.

—Seré sutil, lo prometo —añadió, y por fin ella sonrió.

Mientras caminaba junto a Chay de vuelta a su pabellón, el hombre mayor silbó levemente

—¡Vaya, vaya, pero qué galante fuiste! ¡Imagínate, esa pequeña y pálida niña siendo la hija de Roelstra! ¡Y queriendo casarse con Kostas, ese grandísimo imbécil!

—Chay, me sorprendes. Creía que sabías por experiencia propia que la esposa adecuada puede ser la artífice de un buen hombre.

—Siempre te refugias en bromas, ¿verdad? —preguntó Chay con compasión.

—Me conoces demasiado bien, maldita sea. —Se detuvieron frente al pabellón y Rohan observó el crepúsculo que se aproximaba—. No puedo asimilar lo que ha pasado estos últimos tres días. Sigo pensando que en cualquier momento despertaré. Chay, ¿cómo ha pasado todo esto?

—Como siempre: mientras no mirábamos.

—Estaba mirando —respondió Rohan con gravedad—. Miré, pero no vi nada, nada en absoluto.

—Ve a acostarte y duerme. Estás a punto de caerte.

Se encogió de hombros y entró en la tienda. Chay lo siguió.

—No tienes que estar rondando alrededor mío, asegurándote de que te obedezca —dijo con cierta irritación—. ¿Y qué te da derecho a darme órdenes, de todas formas?

—El derecho de cualquier hermano mayor. Ahora, sé sensato y vete a la cama. Créeme —añadió con tristeza—, todo te estará esperando mañana por la mañana.

Capítulo Veintinueve

—Ella estará bien ahora. Está durmiendo.

Volog se sentó pesadamente en una silla cerca de la cama de su hija. Se cubrió la cara con las manos, y por un instante Davvi pensó que iba a llorar de alivio y cansancio. Pero entonces, Volog se frotó las mejillas con fuerza y se pasó los dedos por el cabello canoso.

—Parece que siempre estoy agradeciendo a alguien por cuidar mejor de mi hija que yo. Y la cuestión es que ella siempre se ha cuidado espléndidamente. Hasta ahora.

—Es el impacto de sus dones faradhi, primo, nada más. Aunque admito que es suficiente —añadió Davvi.

—Sí. Pero la pregunta es: ¿debería ir a la Fortaleza de la Diosa y aprender a usar esos dones, o intentar olvidar que los tiene? No le han traído más que dolor, por lo que puedo ver, desde que puso un pie en el barco para venir aquí.

Davvi no respondió. Volog lo miró con curiosidad y se levantó de la silla.

—Lo sé —dijo Volog—. No es algo que pueda decidir por ella. —La condujo a la parte principal de la tienda, le señaló una silla a Davvi y le indicó a un escudero que sirviera vino—. Tengo curiosidad, primo —continuó—. ¿Cómo fue que Sioned dejó Aguas Dulces para ir a la Fortaleza de la Diosa?

Davvi esperó a que el escudero se marchara con una reverencia y los dejara solos antes de hablar.

—Sioned era solo una niña cuando murieron nuestros padres. De repente, tuve que supervisar una fortaleza. Estaba demasiado ocupado como para prestarle mucha atención y siguió su propio camino. Pero cuando me casé con Wisla, lo comprendió enseguida. *Un extraño camino para el viento*, lo llamó. Una noche de invierno, mientras estábamos sentados en el solar, el fuego se apagó y Sioned lo reavivó sin tocarlo, sin mover más que sus dedos. Nuestra abuela, y la tuya, era faradhi. Pero nunca se me había ocurrido antes de esa noche que Sioned pudiera serlo también.

—He estado igual de ciego con Alasen —admitió Volog—. Sabes, a menudo me he preguntado cómo sería; incluso he envidiado a Sioned. —Miró el biombo tras el que dormía su hija—. Pero ya no.

—Sioned ha encontrado una gran alegría y plenitud en ser una Mensajera del Sol.

—Alasen no. —Volog dio un sorbo a su vino—. Ah, bueno. Como dije, es su decisión. —Levantó la vista al ver entrar al escudero—. ¿Sí? ¿Qué es?

—Un mensaje de Su excelencia Isel, mi señor. —El chico le entregó un pergamino cuadrado doblado y sellado, y se retiró de nuevo con una reverencia.

—Déjame adivinar —resopló Davvi, agotado—. Saumer ha tenido una revelación.

—Ni hablar. —Volog abrió la carta y examinó su contenido—. ¡Ja! Parece que no solo Saumer, sino también Pimantal de Fessenden, han cambiado de opinión. Kiele se lo está confesando a cualquiera que la escuche. Supo de Masul, lo trajo a Waes, creyó su historia y le enseñó los gestos de Roelstra para acentuar el posible parecido. Le rogó que no matara al Mensajero del Sol, y así sucesivamente. Dudo que nada de esto le pese a Lord Andry. Pero debo decir que encuentro esto muy político por parte de Saumer y Pimantal.

—Sobre todo en el caso de Pimantal, ahora que los rumores sobre el nieto de Lleyn y Firon corren por todos los campamentos. Volog, necesito un favor. Cuando Pimantal haga pública su conversión, pégame si me río en su cara.

—De acuerdo —accedió Volog con una sonrisa—, pero solo si haces lo mismo por mí. Rohan ya es mayor de edad, al menos.

—Pobre consuelo.

—En efecto. —Dudó un momento y luego preguntó—: Davvi, ¿qué sabes del Señor de Cuenco Celestial?

Si Davvi se sorprendió, no lo demostró.

—Un buen hombre, el mejor. Pasó su juventud en la Fortaleza de la Diosa con Sioned; de hecho, se casó con una Mensajera del Sol, aunque él no lo es. Ya viste qué buen hijo crió.

—Hmmm. Lord Ostvel me fue de gran ayuda con Alasen. Me gustaría hacer algo por él, si me lo permite.

—Lo dudo. Pero si te acercas a Rohan y a Sioned, encontrarán la manera.

—Seguiré tu consejo, primo.

Con pura fuerza de voluntad y negándose rotundamente a dejarse vencer por el dolor de cabeza, Urival se levantó de la cama, se vistió, salió de su tienda y echó a andar.

Todavía era temprano, las lunas apenas se veían entre las nubes. Pero se sentía más como la profunda oscuridad antes del amanecer. Los últimos días habían sido un horror sin consuelo, y cualquiera con un poco de sentido común descansaba. Pero hacía tiempo que había reconocido que a veces tenía muy poco sentido común. Así que cruzó el puente y bordeó la silenciosa Feria, rumbo al campo de batalla.

Estaba más o menos seguro de saber lo que había sucedido. Las dos muertes, además de la de Masul, y la quema de sus propios anillos, le habían dicho mucho. Se detuvo un momento cuando el campo se extendió ante él, pensando en cómo los había encontrado: Pandsala, con sus ojos oscuros mirando fijamente las nubes; Sejast, boca abajo con un cuchillo clavado en la espalda. Hollis estaba despatarrado cerca, apoyada en una mano con la cabeza gacha, el cabello brillante enredado alrededor de su rostro. Urival miró rápidamente a su alrededor. Pero nadie observaba; todas las miradas estaban fijas en el pequeño grupo de personas que rodeaban a Maarken. Rápidamente, arrancó el cuchillo del cadáver de Sejast. Hollis levantó la cabeza. Estaba cubierta de sangre.

—Entonces murió, ¿no? —dijo con calma.

—Por tu mano —murmuró.

—Pandsala lo intentó y fracasó —dijo mientras asentía. De repente, las lágrimas corrieron por sus mejillas—. Ah, Diosa, el Pergamino Estelar... ¡Él lo sabía, él lo sabía, era uno de ellos, quería a Maarken muerto! Devuélveme el cuchillo, hay que matarlo...

—Está muerto. Y Maarken está vivo. ¡Hollis, escúchame!

Pero ella se llevó las rodillas a la barbilla, abrazándolas, y se meció adelante y atrás, llorando, murmurando sobre dranath, el Pergamino Estelar y brujería.

Urival gritó el nombre de Sorin. El joven miró a su alrededor, dejó a Andry al cuidado de Lleyn y se acercó corriendo. Siguiendo las instrucciones de Urival, levantó a Hollis para cargarla. Ella hundió la cara en su cuello por un momento. Luego, volviendo a mirar a Urival, susurró:

—Dile a mi señor que lo siento. Le ruego que me perdone.

—Él lo entenderá.

—¿Y tú? —Entrecerró los ojos.

Urival asintió.

—Llévala de vuelta al campamento, Sorin.

Hollis se estremeció, con la mirada perdida de nuevo, las lágrimas surcando la sangre de su rostro.

—¡Pero no estará Sejast, y moriré; sabes que moriré sin él!

—Mi señora… —la mirada de Sorin era fija, una tonelada de preocupación.

—Silencio —susurró Urival—. Ella no es responsable de lo que dice ahora mismo. Descansa tranquila, Hollis. No morirás, te lo prometo.

Su mano se extendió lastimeramente.

—¿Lo juras? No quiero morir. Maarken... quiero a Maarken, ¿dónde está?

Urival puso las yemas de los dedos en su frente y la envolvió en un sueño profundo. Mientras sus largas pestañas descendían para ocultar la angustia en sus ojos, se volteó hacia Sorin.

—No te preocupes. Estará bien.

—Si tú lo dices, mi señor —fue la dubitativa respuesta.

Urival se estremeció en la oscuridad mientras sus botas crujían contra el cristal. Los restos del reloj de agua de Rohan estaban bajo los pies, pisoteados y olvidados. Hurgó, con cuidado de no cortarse los dedos, y finalmente encontró lo que buscaba: el dragón dorado que decoraba la tapa de la esfera superior. Lo giró de un lado a otro, frotó con el pulgar las alas orgullosamente alzadas, luego guardó la ficha de ojos esmeralda en el bolsillo y siguió caminando.

Se detuvo al ver las oscuras manchas de sangre empapadas en la tierra. Solo una pequeña parte era de Pandsala, derramada de una herida que no debería haberla matado. Había sacado el cuerpo de Sejast del charco de sangre del suelo y lo había escondido en los árboles cercanos. Iba allí ahora. Los insectos aún no habían empezado a picar en la carne, hartos como estaban de sangre. Por un momento, Urival consideró arrojar el cuerpo al río. No habría Fuego purificador para este. Pero rechazó el impulso; Rohan querría ver el rostro del muerto, los demás príncipes necesitarían pruebas de la presencia de un hechicero, y Andry necesitaba una vívida demostración de lo falible que podían ser los Mensajeros del Sol.

Recogió el cadáver y lo bajó de los árboles. Al igual que Andrade, había visto y desaprobado el arrogante deleite del chico ante sus crecientes poderes. Pero eso había desaparecido, dejando solo este cuerpo ligero y flácido, con la cabeza oscura apoyada en el hombro de Urival como un niño dormido. ¿Quién era este chico que jamás se convertiría en hombre?

Con la mirada cautivadora oculta, Urival vio la dulzura que se cernía sobre las líneas de sus mejillas y frente, la curva de su boca. Un chico que aparecía de la nada, hablando con el acento del Veresch, fijándose infaliblemente en los dos Mensajeros más cercanos al Desierto, conociendo fragmentos del antiguo idioma. Conociendo también los usos del dranath y la hechicería. Este *niño* había mentido para entrar en la Fortaleza de la Diosa, había inducido una adicción al dranath en Hollis, cosa que aún podría matarla, la había engañado a ella y a Andry para que lo dejaran trabajar en los pergaminos. Había urdido brujerías con la esperanza de matar a Maarken. Había matado a Pandsala. Todos los Mensajeros del Sol presentes habían sentido su poder. Era heredero de la Sangre Antigua, enemigo de los faradh'im. Y, sin embargo, parecía tan joven, tan inocente.

Urival buscó razones. El pueblo de Sejast había estado oculto durante siglos. ¿Por qué ahora? ¿Por qué él? ¿Qué tenía de especial este chico? Había buscado ayudar a Masul, quien decía ser de la sangre de Roelstra. ¿Cómo podría su victoria haber beneficiado a los hechiceros? ¿Qué podría conectar la hechicería con el Castillo del Peñasco?

La primera vez que alguien había oído hablar de dranath fue cuando Roelstra lo usó para esclavizar a un Mensajero del Sol. Al contrario de sus hermanas, Pandsala había demostrado tener los dones, aunque nadie había puesto a prueba a las demás. Y ella no compartía la aversión de los Mensajeros del Sol al agua. «Mi madre vino de un lugar

conocido solo como La Montaña». Las montañas de Veresch, de donde Sejast había llegado a la Fortaleza de la Diosa.

Urival reprimió una maldición cuando la cabeza del chico rodó hacia atrás contra su brazo. Con las prisas, había olvidado cerrar los párpados, y sus ojos estaban abiertos de par en par a la luz de las estrellas. Vidriosos. Fijos. Había visto ojos así hacía mucho tiempo, ojos verdes muertos iluminados por estrellas y enmarcados por cabello negro. La espada de Rohan le había atravesado la garganta, pero aun así el rostro sonreía en la muerte, como el rostro que sonreía ahora.

Nariz, frente, boca, mandíbula: no la imitación de color y movimiento que Kiele había intensificado en Masul, sino una semejanza, como un retoño que es la versión joven y a medio formar de su árbol madre.

Ianthe había tenido tres hijos antes de morir, hijos que todos creían muertos con ella —y el misterioso cuarto hijo— en Feruche. Urival conocía sus nombres desde hacía tiempo. Y que todos estaban vivos.

Uno estaba muerto ahora. No *Sejast*, sino *Segev*. Segev, quien había matado a Andrade.

Urival llevó al hijo de Ianthe al puente. Adolorido por el agotamiento, se detuvo en el centro del puente. El Faolain estaba oscuro y engañosamente silencioso debajo de él. Río arriba, el agua retumbaba, pero desde allí hasta el mar todo era un silencio veloz y poderoso. Un silencio deseable.

Los músculos de sus hombros y espalda se desgarraban mientras alzaba el cuerpo de Segev por encima de la barandilla y lo dejaba caer en la corriente. El cadáver vestido de gris emergió una vez y luego desapareció para siempre.

—Urival llegó justo antes de medianoche para decirnos que el chico, Sejast, era el responsable. Un hechicero que lleva viviendo todo este tiempo en la Fortaleza de la Diosa. Es insoportable pensarlo, Meath.

—No puede llegar a ser de conocimiento público, Sioned. Andry ya va a tener bastantes problemas para convencer a todos de que es tan fuerte como Andrade; si se supiera, nadie confiaría en él. Dejó que Sejast trabajara con él en los pergaminos. —Meath bebió su tercera copa de vino de dos tragos—. ¡Diosa! ¡La muerte de Andrade, y ahora esto!

Rohan le acercó la petaca por encima de la mesa.

—Sin cuerpo a mano, podemos decir que el niño murió igual que Pandsala. El problema es que no sabemos realmente por qué murió.

—Te lo puedo asegurar. —Levantó la vista de repente y dejó la taza y la jarra con fuerza sobre la mesa, derramando un poco de vino—. ¡Pol!

—¿Qué haces despierto? —preguntó Sioned bruscamente. Pero Meath ya se estaba levantando para abrazar al niño con fuerza.

—¡Diosa, me alegro de verte! Sioned, no lo hagas volver a la cama. De todas formas, no dormiría.

—Oh, muy bien —se encogió de hombros—. Ya que estás despierto, probablemente deberías escuchar para que no tengamos que repetirlo. Siéntate aquí a mi lado, Pol.

Así lo hizo, acomodándose entre ella y Rohan.

—Pareces muerta de cansancio —le dijo a Meath.

La Mensajera del Sol se dejó caer en su silla.

—He estado subida a un caballo desde que se supo lo de Andrade. Y tú tampoco te ves muy bien.

—¿Por qué murió Pandsala? —preguntó Pol en voz baja.

—Sioned estaba a cargo de un poderoso conjuro, ¿verdad? Todos los faradhi del lugar participaron.

—Y, además, estábamos ganando—murmuró Pol.

—Por supuesto —dijo Meath, sorprendida de que lo mencionara—. Tienes mucho que aprender sobre tu madre, ¿sabes? Por lo que me han descrito, de repente sentiste como si el mundo entero se derrumbara a tu alrededor. No me sorprende, y sé exactamente cómo se siente. A mí me pasó lo mismo. Estaba en medio de un conjuro y me clavaron un cuchillo. ¿Y sabes por qué no morí? —Hizo una pausa y tomó otro trago— Porque lo saqué.

Si le hubiera quedado energía, Rohan estaría paseándose por la alfombra.

—Ustedes, los faradh'im, tienen prohibido usar sus artes para matar. ¿Están diciendo que…?

—He estado leyendo las traducciones de Andry —interrumpió Meath—. El texto exacto dice que tenemos prohibido usar nuestras habilidades en batalla. Y por eso. Un Mensajero del Sol activo, alcanzado por una flecha, una espada o un cuchillo, está muerto.

—¿Pero por qué? —exclamó Sioned— ¡No hay razón! ¿Por qué una herida leve durante un conjuro nos mataría?

—No lo sé. Pero piensen en esto por un momento. En los pergaminos se menciona a los Mérida y sus cuchillos de cristal. Trabajaban para los hechiceros. Se decía que el cristal era sagrado. Usar cristal se convirtió en un orgullo, casi en una religión. Era su sello distintivo, su firma en un asesinato. ¿Pero por qué cristal?

—Hierro —dijo Pol abrupta y sucintamente. Entonces pareció oír lo que había dicho y su rostro cambió. Extendió la mano por encima de la mesa, se sirvió vino y lo bebió de un trago.

Meath asintió.

—Exactamente. El cuchillo que me hirió y el que apuñaló a Pandsala eran de acero. Y apuesto a que las heridas de Kleve tampoco fueron para matarlo. Intentaba usar los dones, y el cuchillo...

—Pero le quitaron el acero —señaló Rohan—. Tenía que ser así para que Masul cortara más de un dedo. —Vio que los Mensajeros del Sol se ponían algo enfermos, con las manos apretadas instintivamente en puños, y añadió—: Perdóname. Pero no entiendo cómo funciona tu teoría, Meath.

—Supongo que, aunque el cuchillo no estuvo clavado en él todo el tiempo, cada corte sucesivo actuó de la misma manera, impactándolo mentalmente hasta que murió. Me dijiste que Pandsala solo tenía una herida en la pierna. Y, sin embargo, está muerta. También dijiste que, tan repentinamente como comenzó el dolor para el resto de ustedes, se detuvo. Eso debió haber sido cuando Hollis retiró el cuchillo. El hierro ya no interrumpía la conjuración conectada. Pero Pandsala ya estaba demasiado debilitada. Imagínatelo como la sangre que llega al cerebro a través de las grandes arterias del cuello. Si se cortan, el cerebro muere. Debe haber algo que ocurre dentro de nosotros cuando tejemos luz o conjuramos Fuego, algo que el hierro rompe. Gracias a la Diosa que Sejast no formaba parte de la conjuración de Mensajeros del Sol cuando Hollis lo apuñaló.

—Y si los hechiceros formaron a los Mérida —dijo Rohan—, les obligarían a usar cristal porque no confiaban en que no usaran esos cuchillos contra sus amos. Meath, incluso apuesto a que los hechiceros prohibieron las armas de hierro en su presencia. Ellos sabían por qué, pero nadie más. Para alguien sin talento, el cristal o el acero no importan. Ambos matan.

—Así que aquí hay otra razón por la que debemos mantener esto en secreto —dijo Sioned mientras entrelazaba los dedos—. Si alguien supiera lo vulnerables que somos al hierro y a los hechiceros que se hacen pasar por faradh'im...

—Todos estaríamos muertos antes del próximo verano —terminó Meath por ella.

Rohan se recostó en su silla. Se sentía como un millón de años mayor.

—Muy bien. Prueba esto. Pandsala y Sejast murieron porque no eran lo suficientemente fuertes para el poder de la conjuración de Sioned. Esto refuerza su ya considerable reputación como faradhi, una grata ventaja. Todos los que los rodeaban, incluyendo a Hollis, eran Mensajeros del Sol y no estaban en condiciones de ver, y mucho menos recordar, lo que ocurrió exactamente. El cuerpo de Sejast ha desaparecido... Hmmm, eso sí que es un problema. ¿Qué te parece esto? Urival, como mayordomo jefe de la Fortaleza de la Diosa, se ocupó del cadáver en privado. Al fin y al cabo, esa es la verdad. Podemos decirle a Naydra que el cuchillo estaba envenenado. Urival lo tiene ahora mismo, y tendrá que deshacerse de él. ¿Qué he olvidado?

—Nada que se me ocurra —dijo Meath—. Tienes un don propio, Su excelencia.

Rohan sonrió levemente.

—Creía que te habías curado de esa tontería de mi *excelencia*.

—Claro que sí, Su alteza real. —Meath le sonrió

—Creo que Chiana se portará fatal mañana —comentó Sioned mientras se frotaba la nuca—. Diosa, dame la paciencia para no abofetearla.

—¿Son ciertos los rumores de que Halian se va a casar con ella? —preguntó Meath.

—Le deseo mucha felicidad —dijo Rohan—. Y siento una lástima por Clutha mayor de lo que puedo expresar.

—La que me da pena es Alasen —dijo Pol. Se levantó y se colocó detrás de la silla de su madre para masajearle los hombros—. ¿Mejor?

—Gracias, polluelo. —Ella sonrió y se recostó en sus manos cuidadosas y tranquilizadoras—. ¿Por qué Alasen?

—¿No lo sentiste? Ella también estaba atrapada. Y la aterrorizó.

—¿Alasen? —preguntó Meath— ¿La hija menor de Volog?

—Mensajera del Sol —confirmó Rohan—. Pero una vez que aprenda a usar sus dones…

—No sé si ella quiera —reflexionó Sioned—. No le gusta mucho la idea de ser faradhi, Rohan. Hablamos de eso, ¿Diosa, hace solo seis días? ¿De verdad es el último día del verano?

—Al amanecer, el primero del otoño. —Meath se puso de pie—. Tengo que dormir un poco. Sugeriría que todos ustedes hicieran lo mismo, si pensara que eso serviría de algo. E incluso yo dudo en dar una orden directa a la Alta Princesa.

—Ella no me obedece a *mí* —dijo Rohan—. ¿Por qué debería escucharte a ti?

—Terco como siempre. —Meath fue a besar la mejilla de Sioned—. Estoy deseando volver a Perla Gris, donde tengo autoridad para dar órdenes a Pol. —Agarró al chico por los hombros—. Eolie y yo tenemos mucho trabajo para ti. Y nada de eso tiene que ver con ser escudero.

—¿Quieres decir que me vas a enseñar cosas de faradhi? —Miró fijamente a Rohan—. Pero pensé que Andry sería el que...

—Al final —interrumpió Sioned—. Pero te enseñarán ciertas cosas que necesitas saber.

—Bien —dijo Pol—. No me siento muy cómodo con la idea de ir a la Fortaleza de la Diosa sin conocer más que a la gente nueva habitual. No soy un cualquiera; soy un príncipe. —Sonrió al ver que Rohan arqueaba las cejas—. No lo digo en serio. Solo quiero

decir que mi posición me hace único. Y no creo que a Andry le haga gracia tener al gobernante de Marca del Príncipe bajo sus pies.

Así que Pol también lo intuye. Fueron las palabras no pronunciadas que Rohan y Sioned intercambiaron.

Meath se estiró, sus huesos crujiendo, y bostezó.

—Yo también te encuentro bastante pesado —dijo amablemente—. ¿Puedo pedirte una cama en una de tus tiendas, mi señor príncipe?

—Toma cualquiera que no esté ya ocupada por una de mis criadas —respondió Rohan con serenidad, y Meath sonrió antes de despedirse con una reverencia.

—Creo que dormir es una muy buena idea —murmuró Sioned después de que Meath se fuera—. Tenemos que enfrentarnos a príncipes mañana y un largo viaje de regreso a casa antes de descansar de verdad.

—Padre, ¿iremos al norte, al Castillo del Peñasco?

—No. —Fue la escueta respuesta. Luego amplió el áspero monosílabo con—: No podemos estar seguros de regresar al Desierto antes de que empiecen las lluvias. Y tienes que embarcarte hacia Perla Gris. Lleyn me dejará tenerte un poco más de tiempo, pero necesita a su escudero, por torpe e inculto que sea.

—¡Padre! —Pol, que sabía que se burlaban de él y que también sabía por qué, sonrió— Nunca tengo la oportunidad de ponerme arrogante por ser príncipe. ¡Nadie me deja!

—Y menos mal. —Sioned se levantó, le dio un beso en la frente a su hijo y dijo—: Vuelve a la cama. Rohan, da órdenes a los guardias de que no nos molesten, por favor. Urival y Meath eran necesarios, pero…

—Por supuesto. Duerme bien, Pol.

El chico se detuvo en el biombo.

—Padre... Sé que ganamos, pero ¿por qué no se siente como una victoria?

—Sé a qué te refieres —dijo en voz baja, sin intentar una respuesta simplista que Pol no habría creído de todos modos—. Tampoco lo sentí así cuando maté a Roelstra. No sé si alguna vez lo sienta así, no cuando alguien tiene que morir para que ganemos.

—Lo entiendo. —Pol asintió—. Intenta dormir, padre.

—Tú también.

Sioned estaba en la cama cuando terminó de dar instrucciones a los guardias y entró en sus aposentos. Rohan se desnudó y se tumbó a su lado, boca arriba, mirando el techo azul.

—¿Y qué hemos ganado? —preguntó en voz baja—. El derecho de Pol a Marca del Príncipe. Librarnos de Pandsala, aunque no de sus crímenes. Tilal como Príncipe de Ossetia algún día. El nieto de Lleyn en Firon. Mira lo que hemos ganado, Sioned. Y mira lo que ha costado toda esta victoria.

Lo abrazó, moviéndose para que su cabeza descansara sobre su hombro. No dijo nada, y él se sintió agradecido.

—Te amo —le dijo—. Tú y Pol son las únicas victorias que me han importado.

Rohan había decidido convocar a todos los nobles, no solo a los príncipes. Las trece sillas y la enorme mesa fueron sacadas al exterior, bajo el débil sol de la mañana. Cada príncipe se sentó en su lugar habitual, con su esposa, heredero y vasallos, si estaban presentes, de pie detrás de ellos. Los Mensajeros del Sol estaban agrupados en una mesa cercana, donde Andry se sentaba para presenciar y sellar cualquier documento firmado ese día.

Lady Eneida de Firon había cedido su asiento en la mesa de los príncipes a Chadric en nombre de su hijo, y parecía aliviada de que, de alguna manera, en medio del caos, los problemas de su pueblo no se hubieran olvidado. Una conversación privada con ella antes del cónclave general había sido sumamente satisfactoria; Laric sería recibido con los brazos abiertos por un pueblo agradecido cuando llegara a Firon antes del comienzo del invierno. Y tras la aceptación formal y la aclamación del nuevo cargo de Laric, una conclusión inevitable, habría un voto más en contra de Masul. Un pobre consuelo, sin duda.

Chiana estaba, como Sioned había predicho, inaguantable. Había tomado posesión del brazo de Halian y lucía su vestido más elaborado y una sonrisa radiante, comportándose como si ya fuera Princesa de Prado del Señor. Su hermana Kiele la miraba con sordo desprecio; Maarken, todavía un poco aturdido por las heridas de guerra y la poción que le habían dado para aliviar el dolor de la muñeca, la apartó bruscamente cuando ella intentó abrazarlo en agradecimiento por su liberación. Rohan lamentó la necesidad de su presencia y, de nuevo, compadeció al pobre Clutha por sus últimos años en su compañía.

Rohan se tomó su tiempo para tratar los asuntos de la reunión extraordinaria. Primero, había varios tratados por firmar; no muchos, ya que pocos habían estado dispuestos a aceptar las propuestas sin saber quién gobernaría Marca del Príncipe. Pero ahora Rohan los encontraba ansiosos por aceptar la continuación de los tratados anteriores durante otros tres años. No pudieron hacer mucho más cuando el Alto Príncipe hizo la sugerencia, en tono cortés, pero con hielo en sus ojos azules. Una vez resueltos los tratados, Rohan se dedicó a la confirmación de Laric como Príncipe de Firon. Lady Eneida detalló el carácter de elegibilidad que le concedía su ascendencia y afirmó que ella y el pueblo fironés estaban más que dispuestos a aceptarlo. Al Príncipe Chadric le entregó un anillo de diamantes, una gema de Firon, en fideicomiso y prenda para su hijo. La aclamación de Laric fue unánime; de nuevo, difícilmente podría haber sido de otra manera, no cuando el Alto Príncipe atravesaba a los posibles disidentes con su mirada gélida.

Entonces se realizó la votación que confirmó a Pol como poseedor de Marca del Príncipe. Una mera formalidad, por supuesto, pero una en la que Urival se había mostrado extrañamente inflexible la noche anterior. En su opinión, todos los príncipes debían estar de acuerdo en que él, y solo él, era el legítimo gobernante allí. Nadie se había atrevido a decir una palabra cuando Pol tomó el puesto que Pandsala había ocupado durante los últimos cuatro Riallas

Ostvel fue entonces presentado ante la asamblea como Regente de Marca del Príncipe. Se le presentó un pergamino para su firma (las de Rohan, Sioned y Pol ya estaban añadidos) que le otorgaba el Castillo del Peñasco. También recibió un nuevo sello: la corona de Marca del Príncipe rodeando una representación de la fortaleza misma. No hubo ni un ápice de reacción cuando firmó y estampó el sello, ni cuando entregó el anillo que indicaba su señorío sobre Cuenco Celestial y aceptó el que Pandsala había usado. Se quedó de pie detrás de la silla de Pol, silencioso y solemne.

Rohan llamó entonces a Riyan y le entregó Cuenco Celestial, pero de una manera diferente a como lo había hecho con su padre. Un documento similar al que convertía a Ostvel en señor del Castillo del Peñasco volvió a Ritan señor de Cuenco Celestial; ya no poseía la propiedad del Desierto ni de Marca del Príncipe. Riyan dudó, mirando a su padre, preguntándose en silencio si debía firmar este instrumento que lo convertiría en un athri por derecho propio y lo llevaría a su hasta entonces desconocida familia en las tierras de dos principados distintos. Ostvel asintió una vez. También habían tenido una breve conversación con él antes de la reunión general, donde Rohan y Sioned afirmaron rotundamente que así debían ser las cosas. Ostvel se quedaría con el Castillo del Peñasco y Riyan con Cuenco

Celestial, pues ambos eran feudos suyos por ley. El ascenso de dos don nadie sin tierras, aunque uno de ellos fuera un Mensajero del Sol, conmocionó a más de uno. Pero cuando Riyan firmó el documento y le colocaron el anillo de su padre en el dedo, nadie profirió una sola palabra de protesta.

Entonces fue el turno de Sioned, quien presentó un plan propio con el que Rohan se negó a participar. Escuchó con rostro impasible mientras ella llamaba a Sorin y lo nombraba Señor del Castillo de Feruche.

Tobin se irguió bruscamente junto a su esposo, sobresaltado. Chay le tomó la mano y la apretó con fuerza, advirtiéndole que guardara silencio.

—Agradecemos a Su excelencia de Cunaxa por ofrecerse a proporcionar algunos de los materiales necesarios para reconstruir esta importante fortaleza —dijo Sioned dirigiéndose a la asamblea—, de modo que el comercio entre los principados del norte esté protegido en el futuro como lo estuvo en el pasado. —Miyon pareció algo agriado por ello; lo único en que se atrevió a mostrar su furia fue en que Sioned le reclamado su apuesta. Habían apostado por el resultado de la batalla, no por la forma en que se libraría. Lo miró brevemente y continuó—: Nuestro amado sobrino trabajará con ahínco, estamos seguros, por la seguridad de las caravanas comerciales mientras supervisa la construcción de su nuevo castillo. Confiamos en que para el próxima Rialla, Feruche estará en camino de completarse.

Sorin hizo una profunda reverencia, con los ojos encendidos de emoción ante este inesperado honor. Sioned le dedicó una sonrisa cariñosa junto con un hermoso anillo de topacio como símbolo de su nuevo estatus. La mirada que dirigió a su esposo fue de un velado desafío; su objetivo no era darle a Sorin un castillo, sino a que ese castillo fuera Feruche. Hasta el fin de sus días él no tendría nada que ver con ese lugar.

Le hizo un gesto al príncipe Clutha, quien se levantó y se aclaró la garganta ruidosamente antes de ordenar que trajeran a Kiele y Lyell para que lo enfrentaran.

—Nunca he estado de acuerdo con esta idea del Alto Príncipe de que los athr'im sean dueños de sus fortalezas. Todos los míos poseen sus tierras para mí. Waes es mío para hacer con él lo que quiera. Y es un placer recompensar a esta pareja por su traición, conspiración y mentiras arrebatándoles Waes.

Lyell palideció; Kiele se puso blanca como el hueso. Clutha, en cambio, plantó sus puños nudosos sobre la mesa que tenía delante.

—Hace años, te libraste de un justo castigo por tus acciones contra la Fortaleza de la Diosa durante el conflicto con Roelstra. Acorralar a Lady Andrade y sus Mensajeros del Sol con la excusa de *protegerlos*... ¡bah! No te condené entonces porque ella y Rohan me disuadieron. Pero esta vez, esta vez nadie ha intentado siquiera hablar de clemencia. Reclamo a Waes. Eres rechazada, sin hogar ni tierras. Y agradezco a la Diosa que tu padre, el noble y leal Lord Jervis, haya muerto y no pueda enterarse de la vergüenza que has traído a su casa. —El anciano hizo una pausa para respirar, fijando en Kiele una mirada furiosa—. Eres realmente la hija de tu padre. Parece que aceptaré a otra como mi hija por matrimonio. Pero no tendré ni una segunda en mi principado, sobre todo en un lugar donde no podré vigilarla en todo momento.

Chiana perdió su sonrisa triunfal ante eso y miró a Clutha con furia. La ignoró, y también la mirada indignada de Halian.

—Pero no creo en castigar a niños inocentes por lo que han hecho sus padres —continuó Clutha con brusquedad—. Hasta que el joven Geir demuestre su lealtad e idoneidad para gobernar, mi hija Gennadi mantendrá Waes por mí. En cuanto a Lyela, tendrá una buena dote. Nadie les reprochará la ascendencia de los niños, o, por la Diosa,

les quitaré la cabeza. —Miró a su alrededor para reforzar su argumento. Luego se dirigió a Lyell—. Eso es todo lo que puedes esperar de mí. Algunos dirían que es demasiado.

Rohan evitó la mirada del anciano. Tampoco quería tener nada que ver con eso, con la ejecución juiciosa, legal y necesaria de Kiele.

Andry se levantó de su asiento en la pequeña mesa.

—Ha sido usted muy generoso, su excelencia. ¿Puedo asumir que Lord Lyell y Lady Kiele ya no están bajo la protección acordada por los athr'im para sus príncipes?

Clutha apretó la mandíbula y negó con la cabeza.

—No. Haz lo que quieras.

Lyell cerró los ojos y movió los labios, presumiblemente suplicando clemencia a la Diosa. No había ninguna en los ojos de Andry. Kiele cayó de rodillas al ver acercarse al Señor de la Fortaleza de la Diosa, con el rostro hinchado por las lágrimas, alzado por un terror absoluto.

—¡Mi Señor! ¡Se lo ruego, fue todo un error!

—Sí —Andry asintió con ironía—. Y pagarás por ello, mi señora.

Lyell tragó saliva con dificultad y ayudó a su esposa a ponerse de pie, sujetándola cuando estuvo a punto de caerse.

—Lo entiendo, mi Señor —susurró—. ¿Puedo hablar con Su gracia?

Andry asintió de nuevo, y Lyell se volvió hacia Clutha.

—Lamento lo sucedido, Su gracia. Y le agradezco su compasión por mis hijos. Sé que la Princesa Gennadi los tratará con cariño. —La princesa, visiblemente conmovida, abrió la boca para tranquilizarla. Su padre la silenció con una mirada antes de que pudiera respirar.

Kiele se tambaleó, se puso de pie y miró desesperadamente a su alrededor, buscando a alguien que pudiera ayudarla.

—¿Y los demás? —preguntó— ¿Y Miyon, que creía en Masul como yo? ¿Por qué no los castigan también? ¿Por qué no les arrebatas sus tierras, Alto Príncipe?

—Tu apoyo al impostor no es asunto mío —le respondió Andry—. El asesinato de un Mensajero del Sol sí lo es.

—¡Mentiroso! —exclamó, y el desprecio curvó sus labios— ¡Todo esto es por culpa de Masul y lo sabes!

—Cree lo que quieras —se encogió de hombros—. No te servirá de nada.

Kiele contuvo el aliento y levantó la mano. Lyell la agarró antes de que pudiera golpear a Andry. Se lo quitó de encima y se giró para encarar a Rohan. Pero su mirada fue atrapada por Tallain, parado justo detrás de Rohan, y ella gritó con furia y desesperación.

—¡Tú! ¡Eres pariente de mi esposo, eres hijo de su hermana muerta! ¡Haz que paren esto! —Tallain se puso rígido y retrocedió un paso— ¡Dulce Diosa, eres primo de mis hijos! ¿Quieres ver a su madre destruida? ¿A tu tía mutilada? ¡En nombre de tu madre Antalya, no permitas que hagan esto! —gritó.

Rohan no miró por encima del hombro, pero percibió la angustia de Tallain, la tensión en su voz cuando respondió.

—Estoy de acuerdo con Su Gracia de Prado del Señor. Me alegra que mi madre no esté viva para presenciar esto. No son parientes míos, pero haré todo lo posible por sus hijos.

—¿Cómo puede eso ayudarme? —gritó Kiele— Malditos sean, malditos sean todos...

—¡Silencio! —rugió Clutha.

Andry levantó un dedo y dos faradh'im se acercaron; a regañadientes, notó Rohan, no tan convencido como Kiele de lo que estaba a punto de suceder. Uno de ellos le puso una mano en el brazo; ella se apartó de él bruscamente y le abofeteó.

—¡Cómo te atreves a tocarme! —exclamó furiosa— ¡Soy hija del Alto Príncipe! Haré que te arranquen los anillos de las manos...

Fue una imprudencia por su parte recordarle a Andry lo que le había sucedido a Kleve. Asintió brevemente al Mensajero del Sol, quien tomó los codos de Kiele y los colocó tras su espalda. Ella se retorció, escupió y gritó en la cara de su esposo mientras él intentaba calmarla.

—Llévenla donde el cuerpo de Masul espera a ser quemado —dijo Andry en voz baja.

Kiele se quedó petrificada.

—¿Quemado? —repitió, como si no hubiera oído bien.

—Mi hermano, Lord Maarken, ha pedido que se le concedan honores de batalla al difunto pretendiente —explicó Andry, no a ella, sino a los demás—. Es más generoso que yo.

—¿Quemado? —preguntó con incredulidad mirando a Lyell— ¿Van a honrar a ese bastardo mentiroso con Fuego?

Su esposo la agarró por los hombros; toda su silenciosa fortaleza se desvaneció en un torrente de amargura.

—¡El bastardo mentiroso que me juraste era tu hermano! Y no será solo él, Kiele. Seremos nosotros también. ¡Agradece que no prendan a Geir y Lyela con nosotros!

Andry perdió un poco la compostura.

—Lord Lyell, no tuviste nada que ver con la muerte del Mensajero del Sol Kleve. Has sido castigado por tu señor. Yo no busco... no tengo motivos...

—Es mi esposa —la mirada fija en Andry, tan ardiente como las llamas que presagiaba—. La ayudé, la apoyé para que avanzara en la reclamación de Masul. He compartido su vida y su lecho. Tengo la intención de compartir su muerte.

La ama... el muy idiota, pensó Rohan. Pero no podía culpar a Lyell por su inesperada valentía.

—Preferiría morir con ella, mi señor —le decía a Andry, con un tono suplicante—. Solo me preocupaban mis hijos. Pero ahora que sé que saldrán ilesos… —Se encogió de hombros—. Soy tan culpable como ella, a mi manera. Sabía lo que hacía y no la detuve.

—Pero tú… —Andry estaba realmente nervioso.

Lyell casi sonrió. Su rostro pálido adquirió una dignidad que nunca había tenido en vida al encarar a la muerte.

—Moriré de una forma u otra. Dejemos que sea en el Fuego, mi Señor.

Andry miró a Rohan en busca de ayuda. Rohan le devolvió la mirada inexpresivamente, pensando: *Lo siento, Andry. Esta decisión es tuya. Es asunto de Mensajeros del Sol, no de príncipes. Quiero que recuerdes en los años venideros que hay una diferencia.*

El joven asintió lentamente, ya fuera entendiendo el silencio de Rohan o aprobando la petición de Lyell. Rohan no tenía forma de saberlo. Pero Lyell lo interpretó como una aquiescencia e hizo una reverencia. Tras un instante, Andry recuperó la compostura y dijo:

—Invoco a todos los príncipes y señores aquí presentes para que presencien el justo castigo por el asesinato de un faradhi: muerte por el Fuego de los Mensajeros del Sol.

Kiele gritó y no se detuvo. Lyell les indicó a los Mensajeros del Sol que se alejaran. Tomó a su esposa en brazos, con una mano sobre su boca para cerrarle las mandíbulas, y la cargó a medias mientras seguía a los faradhi hacia el río.

Rohan vio algo desconcertante cuando el resto de la reunión se movió para seguirlo. Andry se apartó unos pasos, pero de repente Alasen estaba a su lado. Se aferró a su brazo, hablando rápidamente en una voz demasiado baja para que Rohan la oyera. Sus ojos verdes brillaban con intensidad en su rostro pálido, pero su actitud era más suplicante que

autoritaria a pesar de la furiosa emoción en sus ojos. Andry la miró con repentina angustia, la orgullosa confianza de un Señor de la Fortaleza de la Diosa había desaparecido. De repente, Rohan comprendió algo que lo sorprendió. Sioned también lo había visto. Se aferró a los dedos de Rohan y él sintió en su cuerpo la urgencia de acercarse a ellos, de evitar que aquello los destrozara. La rodeó con el brazo por la cintura.

—No —susurró—. Déjalos en paz.

—Pero...

—No —repitió.

Ella respiró temblorosamente y asintió con reticencia. Andry levantó una mano para apartarle de la mejilla el largo y suelto cabello de Alasen; ella se apartó de él. En esos dos gestos estaba la determinación, pensó Rohan con tristeza. Se preguntó si alguno de los dos se daba cuenta.

El cuerpo de Masul yacía en la arena junto al Faolain. Las heridas que le había infligido Maarken y los cortes que le habían dejado los cuchillos de Rohan estaban ocultos por una capa negra que le llegaba desde el cuello hasta las botas. Los Mensajerls del Sol formaron un semicírculo a su alrededor mientras Andry señalaba el lugar cerca del cadáver donde Lyell y Kiele morirían. Alasen había acudido a su padre, suplicándole abiertamente. Estaban lo suficientemente cerca para que Rohan escuchara la respuesta de Volog.

—No. Es asunto de la Fortaleza de la Diosa, no nuestro. Entiendo tu compasión y te amo por ello, querida, pero nadie puede interferir. No se muestra piedad con quienes son así; de lo contrario, ¿dónde terminaría la traición?

Rohan vio las lágrimas brillar en sus ojos, tan parecidas a las de Sioned en color y forma, pero sin su sabiduría. Quizás veinte años atrás, Sioned habría suplicado como Alasen ahora. Pero entre ese momento y este habían transcurrido largos años de gobernar y gobernar, tomando decisiones difíciles, luchando por el derecho a tomarlas. Miró a su esposa y corrigió su análisis. Sioned nunca habría suplicado. Había en ella una vena de frío pragmatismo y siempre había comprendido la realidad política. Si no lo hubiera hecho, nunca habría sido la mujer adecuada para él. Si Alasen no podía, entonces ella no era la mujer adecuada para Andry.

Los nobles se agruparon alrededor de los Mensajeros del Sol para presenciar la quema. Allí no se seguiría ningún ritual de Aire, Tierra, Agua ni Fuego; ningún aceite aromático disimularía el hedor a carne quemada. Las llamas invocadas por los dones faradhi inmolarían un cadáver y dos seres vivos casi al instante. Nadie velaría mientras ardían, y ninguna brisa invocada por los Mensajerls del Sol esparciría sus cenizas por la tierra. Pocos habrían dicho que merecían siquiera el honor del Fuego. Pero aunque Andry protestó, Maarken insistió. Y el nuevo Señor de la Fortaleza de la Diosa nunca había desobedecido los deseos de su hermano mayor.

Tras haber fracasado con su padre, Alasen se acercó a Rohan y Pol. Hizo una profunda reverencia y, sin levantar la vista, susurró:

—Su Gracia, por favor, no permita que esto suceda.

Rohan no dijo nada, esperando la respuesta de Pol. El chico no lo decepcionó. Frunció el ceño y preguntó:

—¿No creen que se lo merecen, después de lo que han hecho?

—Tienen que morir, lo sé. Y estoy de acuerdo. Pero… —retorció los dedos—. Primo, te ruego que no dejes que sea Andry quien se encargue.

—¡Ah! —susurró Pol, mirando brevemente a Rohan, quien arqueó una ceja— ¿Y qué sugieres, mi señora?

—Sin duda, no sería mucho pedir que ellos sean… que la muerte venga antes que el Fuego, para evitarles el dolor. Daría igual, ¿verdad? Seguirían muertos. Pero con misericordia. Sin sentir las llamas.

—¿Por misericordia también por Andry? —preguntó en voz baja.

Ella asintió, sin dejar de mirar la arena.

—Por su bien más que por el de ellos. Por favor, primo.

Rohan se encontró mirando unos ojos azul verdosos que le preguntaban qué debía hacer, si es que podía hacer algo. Pero era demasiado tarde. Andry estaba levantando las manos y en cualquier instante el Fuego ardería. Rohan no dijo nada, esperando que los acontecimientos les quitaran la decisión. Porque si Pol desafiaba el nuevo poder de Andry tan pronto, Andry jamás lo perdonaría ni lo olvidaría. Reflexionó sobre la idea, entristecido de nuevo por haber dado tan por sentado que tarde o temprano se desafiarían.

—Mi señora —estaba diciendo Pol—, yo...

Ostvel se movió junto a ellos, sacudiendo la muñeca hacia adelante para liberar un brillante cuchillo de plata. Se hundió en la arena húmeda a los pies de Lyell, quien bajó la mirada, sobresaltado, y se agachó rápidamente para recogerlo. Cuando las primeras llamas brotaron del cadáver de Masul y se extendieron para envolverlos a él y a Kiele, clavó la hoja en el corazón de su esposa. Mientras ella se desplomaba, sacó el cuchillo de su pecho y lo clavó en el suyo. Murieron antes de que sus ropas se quemaran.

Andry se giró, mirando a Ostvel con furia ciega. Pero Rohan, lo suficientemente cerca como para leer en los ojos de su viejo amigo, comprendió otra cosa sorprendente. Así como Ostvel había sido la muerte de Ianthe para evitar que su sangre manchara las manos de Sioned, también lo había sido para Lyell y Kiele para evitar que Andry manchara las suyas.

Y las de Alasen.

Capítulo Treinta

Hollis se despertó en un entorno desconocido. En lugar de las paredes blancas y los artículos básicos de las tiendas de los Mensajeros, había una seda azul suave y relajante, claraboyas abiertas al sol y un lujo elegante. Durante un largo rato, simplemente permaneció tumbada sobre las sábanas frescas, demasiado cansada para hacer algo más que mover la cabeza y observar el entorno. Finalmente, la culpa la invadió; no tenía derecho a estar allí, en el enclave del Desierto, como si perteneciera a la familia de Maarken. No podía creer que alguna vez hubiera aspirado a convertirse en una de ellos, como su esposa. Ciertamente, eso ya no podría suceder. Incluso si él la perdonaba, sabía que pronto moriría.

Una sombra de hombros anchos apareció en la puerta, dudando, pisó la alfombra. Hollis reconoció a Meath y apartó la vista.

De pie junto a la cama, Meath rió entre dientes.

—Bueno, te ves bastante mal —le dijo—. Pero lo único que necesitas es una buena comida y un baño. Me encargaré de lo primero enseguida, ¡y tú te comerás cada bocado! Aunque me encantaría ayudar con lo segundo, creo que Maarken me reventaría.

Sin querer reconocerlo, sintió algo parecido a su antiguo humor irónico en las comisuras de los labios. Diosa, ¿cuánto tiempo hacía que no reía?

—Oh, vamos, Hollis. —Meath se arrodilló junto a la cama y le tomó una mano—. No he cabalgado hasta aquí desde la Fortaleza de la Diosa para encontrarme con tu nuca. Mírame. No puedo hacer nada por ti si ni siquiera me miras.

Deseaba que volviera a burlarse de ella o que simplemente se fuera. Su compasión y amabilidad eran imposibles de escuchar sin dolor.

—Sé que mi cara no es precisamente de tu gusto —dijo con un gesto—, pero aun así es bastante presentable. Incluso me han dicho en alguna ocasión que soy guapo, aunque sospecho que las damas que lo dijeron estaban un poco borrachas.

—O estaba muy oscuro, y para tu propio beneficio —se oyó decir.

—¡Mejor así! Ahora, ¿puedes incorporarte? Bien. —Le colocó unas almohadas tras la espalda y ella se hundió en ellas con cansancio, con una sonrisa fugaz en los labios—. Creí haber visto vino por aquí...

—¡No! —Se contuvo al borde del pánico y se obligó a relajarse—. Lo siento. *Quisiera* algo de beber, por favor.

—Así que lo puso en el vino, ¿no? —preguntó con una voz suave y compasiva mientras se alisaba el pelo hacia atrás.

—Y en el taze, y en cualquier otra cosa... ay, Meath...

—Shh. Hablaremos de eso dentro de un rato. —Se acercó a una mesa y sirvió dos copas de un fino y pálido vino syreno—. Una cosa diré sobre la vida en el Desierto: el Príncipe Davvi le proporciona a su hermana los mejores vinos jamás embotellados. Ahora bien, este es una mezcla de bayas de musgo y uvas de los alrededores de Aguas Dulces, la antigua casa de Sioned. Tendrás que visitarlo algún día. ¡Es un lugar encantador si no te importa tanta agua!

Sonrió de nuevo, con más facilidad esta vez, y dio un sorbo al vino. Meath habló de Aguas Dulces y los vinos de Syr y de lo que la Alta Princesa sabía de ellos, y poco a poco Hollis se relajó. Lo vio en su rostro y se interrumpió a mitad de frase.

—Supongo que te gustaría saber qué ha estado pasando.

—No recuerdo nada después de… después de…

—Comprensible. Urival te puso a dormir con comodidad. —Meath se recostó en una silla tallada que parecía demasiado frágil para sostener su musculosa figura—. Bueno,

veamos. Primero, Firon ahora pertenece a Laric, el nieto de Lleyn. Y gobernará muy bien. ¡Qué listo! Sorin va a reconstruir Feruche para Sioned, y el joven Riyan tiene Cuenco Celestial ahora que su padre será el regente de Pol en el Castillo del Peñasco.

Hollis se quedó mirando.

—¿Todo eso, solo en esta mañana?

—Rohan no pierde el tiempo. Sabías que Gemma eligió a Tilal en lugar de a Kostas, ¿verdad? Bueno, se rumorea que Kostas ya ha sido elegido por Danladi. Quizás sea lo suficientemente listo como para aceptarla. Es una niña muy simpática. No tiene ni una palabra que decir, lo cual es inusual en una de las hijas de Roelstra. Pero Davvi la quiere mucho y dice que es una chica dulce, así que supongo que algún día será Princesa de Syr. Y hablando de las hijas de Roelstra, esa pequeña zorra de Chiana estuvo hoy dando vueltas con Halian, lista para casarse con él y heredar cuando Clutha ya no esté. ¡Eso va a ser interesante!

—Gracias a la Diosa, a pesar de todas sus intrigas, es bastante estúpida —reflexionó Hollis—. Y por fin ha cumplido la ambición de su vida, ahora que Halian ha sido lo suficientemente ingenuo como para convertirla en una verdadera princesa.

—Eso lo resume todo —asintió Meath.

—Son buenas noticias sobre Danladi. —Se incorporó un poco más sobre las almohadas—. Al estar cerca de Gemma, las dos deberían poder resolver cualquier problema entre los hermanos. —Sonrió con ironía—. ¡Política!

—Y algo más. La princesa Gennadi ha sido nombrada para hacerse cargo de Waes y de los hijos de Lyell. No sé mucho sobre ella, pero la reputación la convierte en una dama astuta con buen ojo para los hombres guapos. —Hizo una pausa y sonrió—. ¡Quizás debería pedir un traslado!

Por primera vez en lo que pareció una eternidad, Hollis rió a carcajadas.

—Eres un miserable y lujurioso, ¡y si no tienes cuidado, le contaré a Eolie!

—Oh, ella lo sabe todo sobre mí —respondió con desenfado.

—¿Pero tú lo sabes todo sobre ella? —bromeó Hollis.

—¿Qué? —Meath pareció sorprendido.

—¡Te pillé! —Soltó una risita.

—Maarken te pilló —gruñó—. ¡Y te dio la bienvenida!

Hollis disimuló una repentina mueca de dolor tomando un largo trago de vino. Al cabo de un momento, preguntó:

—¿Y Kiele?

—Muerta. —Se levantó para coger la botella de la mesa y les sirvió más vino a ambos—. Ardió con el cadáver de Masul esta mañana. Y Lyell con ella.

—Pero él...

—Lo sé. Andry tampoco quería que se hiciera así. Pero Lyell insistió. La amaba, ¿sabes? Además, ¿qué clase de vida habría tenido, sin Waes y sin ningún lugar adónde ir? Gennadi cuidará bien de los niños, y Clutha se empeñó en que no fueran castigados por lo que hizo su madre. Pero en realidad era lo único que Lyell podía hacer, pensándolo bien.

—Murió de mala manera —murmuró con la cabeza inclinada.

—Murieron antes de que el Fuego los tocara. —Meath negó con la cabeza—. La cosa más maldita que he visto en mi vida. Andry acababa de invocar las llamas y estábamos a punto de hacer lo mismo para acelerar el proceso, cuando un cuchillo apareció de la nada a los pies de Lyell. Lo usó para matar a su esposa y luego a sí mismo. No sintieron nada. Más tarde supe que fue Ostvel quien le lanzó el cuchillo.

—Dulce Diosa. —Lo miró a los ojos—. Sabes por qué lo hizo, ¿verdad? Para que Andry no fuera un asesino, ni ninguno de los demás Mensajeros del Sol.

Un asesino como lo era la propia Hollis. Disimuló otra mueca de dolor.

—Andry está furioso, por supuesto —dijo con un encogimiento de hombros.

—Se lo explicaré —dijo con firmeza.

—Como su hermana mayor —añadió con una sonrisa.

—Meath, por favor.

—Mira, Hollis, sé lo que te pasó. Maarken también.

—¿Y tú y él también sabéis que voy a morir? —Le dedicó una sonrisa sombría— Tengo dos opciones, Meath. Puedo encontrar un suministro de dranath y ser esclava de él el resto de mi vida, o puedo liberarme de él y morir en el intento

—¡Eso no es verdad! No lo entiendes...

—Lo sé todo sobre el Mensajero del Sol corrompido por Roelstra. Murió por tomar demasiado, pero habría sido lo mismo si hubiera dejado de tomarlo por completo. No voy a dejarme encadenar por la necesidad de esa droga, Meath. Voy a preguntarle a Andry si puedo volver a la Fortaleza de la Diosa durante el tiempo que me queda.

—Me estás deprimiendo muchísimo —dijo con disgusto—. ¿Quién te enseñó a ser tan condenadamente melancólica? ¡Te lo dije, no lo entiendes!

Ambas levantaron la vista cuando alguien entró en la tienda. Alta, delgada, vestida con un sencillo vestido verde, la Alta Princesa se echó la larga trenza dorada sobre el hombro en un gesto que recordaba extrañamente a Lady Andrade y miró meditativamente a Hollis. Llevaba una fina diadema sobre la frente, pero parecía una idea de último momento, o como si se hubiera olvidado de quitársela después de alguna ceremonia. La banda dorada ciertamente no tenía nada que ver con su aura de autoridad real; Hollis tenía problemas para recordar que antes de su matrimonio esta mujer había sido, como ella, solo una oscura Mensajera del Sol.

Pero también había sido descendiente de los príncipes de Kierst y Syr, la elegida de Andrade para ser la esposa de Rohan, madre del primer Alto Príncipe Mensajero del Sol.

Aun así, a pesar de toda su belleza, porte e importancia, su repentina sonrisa fue cálida y empática. Podría llevar el círculo de la realeza como si hubiera nacido para ello, pero seguía siendo solo una mujer muy humana. Hollis sintió que sus propios labios se curvaban tímidamente en una sonrisa de respuesta.

—Por fin estás aquí —dijo Meath aliviado—. ¿Qué te ha retenido? Sioned, haz entrar en razón a esta chica testaruda. No consigo que me escuche.

—Lo estás haciendo todo mal, como siempre —respondió Sioned con ligereza—. Fuera de aquí, Meath. Ve a pastorear al salvaje de mi hijo, si crees que puedes seguirle el ritmo. Lo enviamos a los potreros a ejercitar los caballos de Chay mientras se realizan las últimas ventas.

Meath se levantó y le dedicó una elaborada reverencia.

—Enseguida, Su gran alteza real.

—Tonto —respondió ella con cariño. Se acomodó en la silla que él había dejado libre y esperó a que se alejara para hablar—. Sé exactamente lo que estás soportando ahora mismo. Puede que pienses que no, pero lo sé. Roelstra me drogó con dranath, ¿sabes?, hace años. Y sigo aquí.

—Perdóname, excelencia, pero dudo mucho que te hayas vuelto adicta como yo.

—No —admitió Sioned—. Pero casi lo fui entonces, y más tarde, durante la Plaga, cuando el dranath era la única cura. Y aun así, sigo aquí —repitió.

Hollis no dijo nada.

—No necesariamente morirás, querida —le dijo Sioned con dulzura. Y metió la mano en un bolsillo de su vestido para sacar una bolsita de terciopelo—. Registramos las cosas de Sejast esta mañana y encontramos esto.

—¡No! ¡No lo quiero! —Hollis se encogió entre las almohadas como para alejarse lo más posible del dranath— ¿No lo entiendes? ¿Y si accediera, siguiera consumiéndolo y me casara con Maarken? No solo viviría una vida que odiaría, atada a la droga, sino que ¿y si alguien lo descubriera e intentara controlar a Maarken amenazándome con quitármela? ¡No puedo hacerlo, Su excelencia, no lo haré!

—¿Dije algo sobre seguir consumiéndolo? Cuando Roelstra me engañó para que tomara dranath, pensé que yo también iba a morir. De regreso a Stronghold hubo momentos… —Se interrumpió y negó con la cabeza—. No digo que esto vaya a ser fácil para ti, Hollis. Pero tomando menos cada día, lo mínimo que puedas soportar, con el tiempo podrás liberarte. Me ha pasado dos veces. Es un infierno mientras dura, no te voy a mentir. Pero Roelstra y la Plaga casi me vuelven adicta, y sigo aquí.

No se dio cuenta de las lágrimas que rodaban por sus mejillas hasta que notó el sabor a sal en sus labios.

—Su excelencia...

—Puedes hacer esto, o puedes volver a la Fortaleza de la Diosa y morir allí —murmuró Sioned—. Sí, he estado escuchando afuera durante bastante tiempo. Si decides esto último, no creo que nadie te culpe. Todos saben por lo que pasé. Pero todos estaremos contigo, Hollis. Nos tomaremos el tiempo que necesites para regresar al Desierto, y no tendrás que ir a Radzyn, a Monte Blanco, ni siquiera a Stronghold, si así lo deseas, hasta que seas libre.

—¿Maarken lo sabe? —susurró.

—Hablé con él antes. Te quiere mucho, ¿sabes? Y tiene mucho amor para dar. ¿Te arriesgarás, Hollis, a dejar que te quiera lo suficiente?

Hollis cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Espero que sí —continuó Sioned—. Verás, tengo una apuesta con él, y odio perder más que nada.

Hollis se secó las lágrimas de los ojos con los nudillos y los abrió, y vio a Maarken de pie junto a la silla de Sioned. Estaba exhausto. Los moretones le oscurecían los pómulos y la mandíbula, y tenía una sien hinchada. Se mantenía rígido, con los blancos vendajes abultando alrededor de las costillas y al descubierto en el cuello abierto de la camisa, una manga arremangada para acomodar la férula que le habían puesto en el brazo. Esas heridas y los cortes de espada que se estaban curando en su rostro no eran nada comparados con el dolor en sus ojos.

—De verdad que odia perder, ¿sabes? —dijo con voz ronca y temblorosa.

—Ahora no practicará —le dijo Hollis.

—Creo que me he vuelto superflua —dijo Sioned con una sonrisa—. Me encargaré de que no los molesten, queridos. —Se inclinó para besar la mejilla de Maarken—. Sé feliz.

Hollis le ofreció sus brazos. Él se dejó caer en la cama junto a ella, abrazándola sin decir palabra. Pasó mucho tiempo antes de que sintiera un dolor lento y sordo en los huesos, un letargo que le provocaba una inquietud paradójica. El miedo la atravesó. *Así empieza*, pensó, y su mirada se dirigió a la mesa donde Sioned había dejado la bolsita de dranath. Cerró los ojos y se aferró con más fuerza a Maarken.

—Su excelencia, quisiera hablar con su hija.

Volog arqueó las cejas, y Andry deseó tener diez inviernos más, con todo ese tiempo como Señor de la Fortaleza de la Diosa a sus espaldas.

—Está descansando —dijo Volog—. Quizás más tarde.

¡Qué ganas de que sea más tarde!, quiso gritar, pero mantuvo la boca cerrada. Cualquier exhibición así solo acentuaría su juventud. Así que esperó, algo en lo que nunca había sobresalido.

—Mi señor —dijo Volog al fin. Andry percibió una vaga inquietud con el nuevo título—. Los últimos días han sido muy difíciles para ella. Como debe saber. La revelación de sus dones…

—Es precisamente de lo que deseo hablarle, Su excelencia. Perdóneme, pero debo insistir.

—La decisión debe ser suya —advirtió el príncipe—. Si quiere ir a la Fortaleza de la Diosa, quizás sea la mejor manera de encontrar la paz consigo misma y con sus poderes. Pero si elige lo contrario…

—Respetaré cualquier decisión que tome, Su Gracia. —Pero seguramente ella no podía sino elegirlo a él.

—Entiendes que es la preocupación de un padre por su hija favorita.

—Mi preocupación por ella es igual a la tuya —dijo Andry ignorando toda cautela.

El príncipe arqueó una ceja irónica que incomodó aún más a Andry, pero no respondió. Le hizo un gesto a un escudero y en pocos instantes Alasen entró en la sección principal de la tienda. Ni un cabello fuera de lugar, ni una arruga estropeaba su ropa. Estaba vestida para montar con una camisa de seda escarlata kierstiana, un chaleco de terciopelo negro, pantalones y botas negros. Obviamente, no había estado descansando.

—Mi señora —dijo Andry formalmente—, ¿me harías el favor de acompañarme un rato?

—¿Al río, quizás? —Respondió ella, con un control perfecto, aunque sus mejillas estaban muy pálidas. Pero eso podría haber sido el efecto del intenso escarlata y el terciopelo negro que vestía— Sí, creo que es hora de que hablemos, mi señor. —Se volvió con gracia hacia su padre—. ¿Puedo?

—Por supuesto. —Volog cogió un chal bordado con flecos, lo puso sobre los hombros de su hija y la besó en la mejilla—. Anochecerá antes de lo que crees, y ya hace frío. No te quedes fuera mucho tiempo.

Una vez se alejaron de las tiendas de Volog, Alasen habló primero.

—Estuve en los potreros antes, viendo las rebajas. Los caballos de tu padre se vendían a precios excelentes.

—Siempre es así.

—El otro día estaba admirando una yegua preciosa. Esperaba que mi padre me la comprara, pero Lord Ostvel se adelantó. Para Riyan, sin duda.

—Sin duda.

Caminaron en silencio, pasando junto a las tiendas blancas de la Fortaleza de la Diosa y las tiendas azules del Desierto, y entonces le tocó a Andry conversar cortésmente.

—He estado en reuniones todo el día con más gente de la que podía contar. Pero con nadie a quien realmente quisiera ver. No pude escaparme para hablar contigo. Todo ha sucedido tan rápido. No tuve tiempo antes de recibir formalmente a los príncipes como nuevo Señor de la Fortaleza de la Diosa.

—Es un gran honor haber sido elegido por Lady Andrade.

—Lo sé. Me asusta un poco —confesó. Pero sobre todo estaba furioso. La hostilidad en algunos ojos había confirmado sus sospechas: si a cierta gente no le gustaba la idea de un Mensajero del Sol como Alto Príncipe, les gustaba aún menos que el nieto de un príncipe fuera Señor de la Fortaleza de la Diosa. Tendría que hacerles entender que no sería gobernado desde Stronghold. Andrade había sido demasiado parcial. Pero él no podía

serlo. Su honor se lo prohibía. Su posición como Señor de la Fortaleza de la Diosa provenía de su don con los poderes faradhi, no de su parentesco con Pol.

—Sé que lo harás bien, Andry —decía Alasen.

Contigo a mi lado, lo haré, pensó con avidez. Pero no podía decirlo en voz alta. Todavía no.

—Hoy, finalmente, también tuve la oportunidad de hablar con mi hermano. —Sonrió de repente—. Pensé que me iba a dar una paliza cuando le dije que tenía que pedirme permiso formalmente para casarse con Hollis. Hasta que se dio cuenta de que bromeaba. ¡Deberías haber visto su cara!

Ella le sonrió de lado, con un atisbo de risa en sus ojos verdes.

—¡Qué vergüenza, mi Señor! ¡Tu propio hermano! Me sorprende que no te haya roto algo.

—¡Pero se habría decepcionado si no le hubiera tomado el pelo! —se rió Andry— Además, ¡estaba muy serio! ¡Fue divertido verlo ponerse rojo, moviendo la boca sin pronunciar palabra!

—Sigo diciendo que no fue muy agradable. Después de todo lo que ha pasado...

—Por eso necesitaba reír —se apresuró a decir Andry. Acababa de notar lo angustiada que se veía Alasen, y se preguntó si era por lo que acababa de decir o si ya estaba así—. Mi padre dice que es la mejor solución. —Se frotó el hombro con tristeza—. ¡Maarken también se metió en una buena de todas formas, una vez que se dio cuenta de mi broma y vio que bajé la guardia!

—Si esperas compasión de mí —rió entre dientes—, olvídalo.

Guardaron silencio mientras descendían la suave pendiente hacia el río; el crujido de sus botas en la orilla de grava era un contrapunto rítmico al canto de los pájaros al final de la tarde. Tomaron la dirección opuesta al lugar donde Masul, Kiele y Lyell se habían quemado esa mañana, río abajo, pasando el puente. Una brisa del mar cercano trajo el olor a sal y la amenaza de lluvia temprana de otoño desde las nubes que se cernían sobre la costa.

Por fin, Andry no pudo esperar más.

—Alasen...

—Por favor. No. —Apoyó las palmas de las manos en una enorme roca gris. Él contempló las flores escarlata, azul y blanca tejidas sobre el chal negro y vio cómo sus hombros se movían nerviosamente—. Tengo que decírtelo a mi manera, Andry —dijo.

—Solo quiero oír que me amas y que vendrás conmigo y...

—Quieres que me convierta en una Mensajera del Som, como tú.

—Eres como yo. He tenido tus colores en mis manos, Alasen, he sentido lo fuertes que son tus dones, lo poderosa que podrías llegar a ser con entrenamiento. Ven conmigo y te lo enseñaré todo.

Alasen no dijo nada. Andry avanzó, aplastando la arena que silenciaba sus pasos, y su mano se posó un instante cerca del cabello enroscado en su nuca. Pero no la tocó. Todavía no.

—Solo di que me amas —murmuró.

—Ya lo sabes. Nos hemos visto el uno al otro, Andry. Algo así no podía permanecer oculto.

—Necesito oírlo.

—Eres muy joven —dijo ella con indulgencia.

El orgullo lo atormentó, y dio un paso atrás.

—¡Soy lo suficientemente mayor como para ser el elegido de Andrade para ser el Señor de la Fortaleza de la Diosa!

—No lo decía en serio. —Ella no se giró para mirarlo—. Quería decir que yo también debo ser muy joven, porque quiero oír las mismas palabras.

Él puso las manos sobre sus hombros, sintió su esbeltez y su fuerza.

—Te amo, Alasen.

—Esas palabras son tan fáciles para ti —susurró ella, agachando la cabeza—. Lo que tengo para decir no lo es.

Andry la giró para que lo mirara, desconcertado hasta que vio sus ojos.

—No vas a venir conmigo. Me tienes miedo.

—¡Por favor, intenta comprender! Siempre sospeché lo que era. Creo que siempre lo supe. Había razones por las que no quería que se supiera, por Pol, por lo que será de mayor; no quiero que me quieran solo porque mis hijos tengan la oportunidad de ser faradh'im. Tengo derecho a un matrimonio feliz y a una vida con un hombre que me ame, ¿no?

—Eso es lo que te ofrezco. Y también hijos Mensajeros del Sol.

—Lo sé. Y es imposible.

Se apartó de ella.

—¿Pero por qué? Tú me amas...

—Sí. Te amo —respondió ella con desesperación—. Ah, Diosa, no quiero hacerte daño, Andry.

—Entonces...

—No. No puedo. —Sus manos se retorcieron, delgadas y sin anillos—. Tengo miedo. Lo que he visto y sentido del poder me aterroriza. No puedo vivir con ello. No lo haré.

—Pero no es así. Lo que pasó fue…

—¡No! —repitió ella, apretándose contra la piedra como una cierva acosada—. No iré contigo. —Dudó un momento, y luego continuó en voz baja—: Andry, si solo fueras hijo de tu padre, con una herencia como la de Sorin o Riyan, sería diferente. Pero eres el Señor de la Fortaleza de la Diosa. Es lo que estabas destinado a ser; cualquiera que no lo vea es un tonto. No te ofrezcas a renunciar a eso por mí. Lo veo en tus ojos. Nunca te pediría eso. No sería amor si te obligara a negar lo que eres. Así como yo nunca estaría feliz ni en paz intentando ser algo que me asusta. —Alasen le tocó la mejilla brevemente, con pesar—. No he pensado en nada más hoy. Intento verme con los anillos, haciendo lo que tú puedes hacer, y no puedo. Tú entiendes el poder. Pero a mí me aterra.

—¿De qué tienes miedo? —susurró, y el rostro de ella se tornó ceniciento en la penumbra ante el letal silencio de su voz— ¿De que pueda hacer tales cosas?

Una diminuta gota de Fuego titiló en la piedra junto a ellos, flotando sobre el río. Se encendió al reaccionar al miedo en sus ojos.

Andry, por favor, esto ya es bastante difícil para mí. No lo empeores.

—Entonces, ¿debemos ser civilizados?

Casi perdió el control de la llama flotante; una emoción furiosa lo sacudió en el pecho y casi lo estranguló. Ella lo amaba. Pero no iba a ir con él.

—¡Basta! Andry, ¿por qué no lo entiendes? ¡No quiero ser Mensajera del Sol! ¡Me asusta!

—¡Esto es lo que te asusta! —El fuego rugió desde el río, arremolinándose en un torbellino de Aire, denso con brillantes diamantes de Agua y oscuros coágulos de Tierra atrapados en el influjo de poder. La columna de llamas saltó hacia el oscuro cielo turquesa, fulgurando en las profundidades del Faolain. Estrecha como la punta de una espada en su

base, se expandió hasta el ancho del río y alta como los árboles— ¡Esto es lo que temes! —gritó por encima del torrente de viento y llamas. El viento azotó su chal y su cabello, tiñendo de rojo su rostro pálido— ¿Cómo puedes decir que me amas cuando odias lo que soy? Esto es lo que soy, Alasen, ¡esto es lo que significa el poder!

Vio el horror en sus ojos. Si hubiera sido cualquier otra persona, ella lo habría amado. *Bueno, pues que vea exactamente lo que soy*, pensó con amargura, furioso por una vida que, al pedirle todo de él, le había arrebatado a Alasen. La atrajo hacia la vorágine de colores giratorios, obligándola a crear belleza salvaje con él. Levantó ambos brazos y el vórtice ardió más alto, más brillante, alimentado por sus dones entrelazados. Chispas transportadas por el viento cayeron en picado al agua, brillaron y silbaron antes de desvanecerse. Los árboles se doblaron y temblaron a ambos lados del río; los pájaros, asustados por sus frenéticos chillidos, huyeron de sus perchas, algunos volando hacia las llamas y su muerte. El agua se agitó, rebulló, una brillante ola rojiza y dorada se estrelló contra la orilla opuesta.

Alasen se alejó a trompicones, aferrándose el chal al pecho. Andry extendió la mano con toda la fuerza de su mente, mostrándole un fantástico espectro de color, matices que ningún ojo había visto ni nombrado jamás, haciéndole sentir la asombrosa fuerza de las artes de los Mensajeros del Sol. Pero las cosas que para él eran gloriosas y hermosas la horrorizaban. Gritó de terror mientras el viento azotaba su cuerpo y el poder su mente.

—¡Andry, por favor! —sollozó— ¡Duele! ¡Suéltame!

El torbellino se apagó en medio del descongierto. Dolor. La había dañado. En medio de la locura que era su amor por ella, había olvidado el tacto que requería para tratarla.

—¡Alasen, perdóname, lo siento! ¡No sabía que te haría daño! Solo quería… ¡Alasen, por favor!

Pero ella subía la pendiente a trompicones y desapareció entre las sombras del bosque cuando él la llamó por última vez, sin esperanza.

Había poca luz mientras corría; el sol se escondía tras la colina occidental, las siluetas negras de los árboles se recortaban contra un cielo gris amarillento enfermizo. Y luego se apagó por completo mientras avanzaba a trompicones por la ladera boscosa. Casi sollozó al ver las hogueras, y corrió hacia ellas antes de darse cuenta de lo que su rostro debía revelar a cualquiera que tuviera ojos para mirar. Las hogueras parpadeantes se desdibujaron y se secó los ojos repetidamente, mortificada por la mirada de los guardias. Por fin reconoció sus propias tiendas escarlatas y la grande que era de su padre. Irrumpió en el pabellón, tambaleándose.

Unos brazos fuertes la sujetaron y se desplomó agradecida, ocultando el rostro en una suave túnica de terciopelo. Pero a medida que su corazón se calmaba de su frenético latido y su mente se apagaba gradualmente, comprendió que había sido un error venir allí antes de recuperar el control. Nunca debería haber dejado que su padre la viera en ese estado. Culparía a Andry con la ira implacable de un padre que protege a su hijo más querido. Un nuevo terror la azotó al pensar en lo que podría decir o hacer, en la enemistad que podría generarse por su culpa.

Hizo un esfuerzo, se apartó de él. Pero no era una túnica escarlata kierstiana la que estaba empapada con sus lágrimas. El terciopelo era azul oscuro con un canesú negro, y cubría unos hombros más anchos y musculosos que los de su padre. Horrorizada, se encontró mirando a los profundos ojos grises de Lord Ostvel.

—Mi señora —dijo torpemente, con el rostro enrojecido a la brillante luz de la lámpara—. Perdóname. Tu padre me mandó llamar, pero luego lo llamaron a él. Me pidió

que esperara su regreso. No era mi intención... pero tú estabas tan... solo quería ayudarte... perdóname —terminó.

Tartamudeaba como un colegial, y ella se dio cuenta de que estaba tan avergonzado como ella. Curiosamente, su desconcierto le devolvió algo de aplomo.

—Gracias, mi señor. Me alegra mucho que estuvieras aquí.

Bajó la vista hacia sus manos, que aún la sujetaban suavemente por los brazos, y la soltó rápidamente.

—Yo... tu padre dijo que estabas hablando con Lord Andry —dijo sin venir a cuento, retrocediendo un paso.

Al volver a encontrarse con su mirada, la leve compostura la abandonó. Él lo sabía, o al menos lo sospechaba. Pero jamás diría nada. Ella lo vio en sus ojos... y algo más. A través de su estupefacta sorpresa, se preguntó por qué nunca lo había visto antes, ni en él, ni en ella misma.

Alasen observó cómo sus manos rozaban sus hombros. Sintió su calor, su fuerza bajo el suave terciopelo. Si Andry era Fuego, rápido, brillante y peligroso, este hombre era Tierra: resistente, paciente, seguro. Allí estaba el poder que no la asustaba, ojos que no exigían nada. Solo esperaba, consciente ahora de que sabía algo que apenas se admitía a sí mismo.

Con él, nunca existiría el salvaje remolino de colores en su mente y su corazón. Nunca existiría la alegría desgarradora de la pasión de la primera juventud. Nunca sabría lo que significaba ser una Mensajera del Sol y volar por cintas de luz tejida. Nunca existiría la gloria de los poderes plenamente realizados, los dones cultivados hasta su plenitud. Parte de lo que era nunca encontraría satisfacción. Pero con él, habría calidez, fuerza serena, ternura duradera y paz.

Con mucha delicadeza, deslizó sus manos entre las de él, una ofrenda silenciosa. Sus largas figuras se cerraron alrededor de las de ella casi convulsivamente. Ostvel inclinó la cabeza.

Pasó un buen rato antes de que hablara, y las palabras salieron lentamente.

—Mi señora... Alasen... mi vida se esparció en el viento con las cenizas de mi Camigwen hace dieciocho años. Me convertí... en el padre de mi hijo, en el amigo de mi príncipe, en el señor de Cuenco Celestial. Pero no tenía vida. No sabía lo... lo vacío que estaba, hasta que llegaste tú.

Se acercó más, todavía sujetando sus manos, buscando su cálida fuerza, apoyando la cabeza cansada en los duros músculos de su pecho. Podía oír su corazón como el latido de alas de seda. Esperó a que el ritmo se calmara, luego retrocedió un paso y sonrió serenamente a sus ojos asombrados.

—Ven —murmuró—. Deberíamos decírselo a mi padre.

Tobin, como era habitual en las personas despiadadamente prácticas, sin importar las circunstancias, ordenó que la cena se sirviera en la tienda de Rohan y ordenó a su familia y amigos que asistieran, o de lo contrario… El banquete del Último Día se habría celebrado esa noche, el festín que se volvía más espectacular con cada Rialla que pasaba. Pero no este año. Los elaborados planes de Kiele quedaron en el olvido; sus sirvientes, la espléndida vajilla y la cristalería permanecieron en la residencia de Waes, y la princesa Gennadi mandó distribuir la comida entre los pobres.

Solo Chiana veía motivos para celebrar. Privada de su entrada triunfal al festín del brazo de Halian, y de la oportunidad de presumir del gran banquete que había preparado con la intención de costarle a su hermana una cuarta parte de los ingresos anuales de

Waes, se conformó con ofrecer su propia cena elegante a aquellos nobles que no se atrevieran a rechazar su invitación.

Tobin examinó sus propios preparativos, sabiendo perfectamente que nadie los apreciaría y que esa comida también podría haber sido donada a los pobres. Hogazas de pan fresco, cuencos de fruta, carne en bandejas de plata, montones de verduras... esperaba que casi todo se quedara donde estaba, en una larga mesa a un lado de la cámara principal del pabellón. Al ver a su hermano pelar, desgranar, cortar y guardar metódicamente una manzana de pantano sin probar, suspiró irritada. Pero no dijo nada. De todas formas, él no la habría escuchado.

Tuvo más éxito con su sobrino y uno de sus hijos. Aunque al principio Pol parecía reacio a comer, sucumbió a las exigencias de un apetito joven y saludable; Sorin nunca se había saltado una comida por voluntad propia en su vida. Maarken, ocupado intentando tentar a Hollis con comida, no tenía remedio. Sioned también, aunque se recompuso lo suficiente como para lanzarle a Rohan una mirada de fingido horror cuando le ofreció una rodaja de manzana de pantano; la fruta le dio urticaria. Uno nunca se preocupaba por Meath; había nacido hambriento y comía por dos. En cuanto a Chay, al igual que Rohan y Urival, ignoró la comida en favor de un vino syreno añejo.

Tobin frunció el ceño con desaprobación cuando Rohan le hizo un gesto a Tallain y se abrió otra botella. Pero se dio cuenta de que era improbable que el licor los emborrachara. No bebían por las razones habituales: olvidar, celebrar, mitigar el dolor. Bebían para armarse de valor y hablar.

Lo que más preocupaba a Tobin era la ausencia de conversaciones, salvo las más inconexas. Había cosas que necesitaban decirse, discutirse, explicarse. Pero ni siquiera ella se atrevía a introducir temas peligrosos esa noche. Todavía no; no hasta que todos dejaran de verse tan malditamente sombríos.

No era insensible a las corrientes subyacentes de sentimiento; compartía su profundo dolor por Andrade, su conmoción por la forma en que se produjeron las otras muertes y, sobre todo, el cansancio persistente de los Mensajeros del Sol. Pero sin conversación no podía haber comprensión y, por lo tanto, no podía afrontar los horribles sucesos de este Rialla.

Sin embargo, faltaban personas que deberían haber estado presentes. Hizo una seña a Tallain para que se acercara y le preguntó si sabía dónde estaban Andry y Ostvel. El joven negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Lo siento, mi señora. Dejé un mensaje en sus tiendas, pero...

Tobin se mordió el labio inferior un momento.

—Ya veo —de forma inevitable, Tobin se mordió el labio inferior antes sin ser consciente de ello—. Que alguien los busque, por favor. —Se acercó a Riyan, que estaba sentado junto a Meath cerca del tabique de tapices. Hicieron ademán de levantarse y ella les indicó que permanecieron en el lugar—. No seas tonto —los reprendió con una leve sonrisa—. Riyan, ¿qué le ha pasado a tu padre?

—No lo he visto desde que fue a ver al príncipe Volog, mi señora. —Se inclinó hacia delante y llamó la atención de Sorin—. ¿Por qué quería Su Gracia hablar con mi padre?

—Ah, eso. —Sorin tragó saliva y se encogió de hombros—. Quería darle las gracias de nuevo por ayudar a Allie el otro día. Estaba bastante conmocionada, ¿sabes? Ostvel la tranquilizó, más o menos.

—Ya que sabes tanto, ¿podrías decirme dónde está tu hermano? —preguntó Tobin.

—No puedo, madre —respondió con naturalidad—. Pero, francamente, Riyan, si yo fuera tu padre, me mantendría alejado de él un rato. ¿Alguien más vio la cara de Andry cuando Ostvel le lanzó el cuchillo a Lyell?

—Fue compasión —dijo Meath lentamente—. Pero no estoy seguro de que encajara con la idea de justicia de Andry.

Tobin frunció el ceño. Coincidía con el Mensajero del Sol, pero no quería admitir que no había comprendido la reacción de su propio hijo. Era un mal asunto no ver a los hijos mientras eran acogidos por otros príncipes. Uno los recordaba de pequeños, y la impresión de reencontrarse con ellos de mayores era inquietante. Sería demasiado fácil herir su orgullo de adultos intentando tratarlos como los niños que habían dejado de ser durante años.

¿Y ahora quién era?, se preguntó con ironía, *¿quién quería evitar algo que necesitaba ser tratado?*

—Sorin —dijo de repente—, tráeme una copa de vino. —Él se levantó para cumplir sus órdenes, y ella reflexionó que los modales en los jóvenes eran algo excelente. Se sentó cerca de Meath y Riyan, y dijo rápidamente—: Dime la verdad, ¿qué le pasó a Maarken mientras luchaba?

Meath parpadeó; Riyan, a quien iba dirigida la pregunta, dejó el tenedor y negó con la cabeza.

—Mi señora, como los demás Mensajeros del Sol, solo pude ver fugazmente.

—Creo que viste más que eso —murmuró Tobin. Se sonrojó—. Perdóname, pero...

—Lo sé —susurró—. Pero me costará acostumbrarme.

Meath parecía desconcertado; ninguna de las dos cosas le aclaraba nada.

—¿Qué viste? —inquirió Tobin.

—Ardieron —Riyan bajó la mirada hacia sus anillos—. Quizás eso también le pasó a Pandsala. —Respiró hondo—. No fueron tanto cosas reales lo que vi, sino sentimientos, mi señora. Era como... como si el miedo hubiera tomado forma, medio borroso, fácil de sentir pero no del todo visible. —Sus ojos luminosos se desenfocaron al recordar—. Aire lleno de sombras. Cosas escapando de jaulas, todas negras y terribles. Amenazas y peligros, algunos de pesadillas infantiles, otros de... de todos los Infiernos. Sentimientos que te acechan por detrás, listos para arrancarte la mente y devorarla. Sombras que no podías ver del todo, pero sabías que ocultaban algo horrible que venía a matarte a ti y a todo lo que amas...

Pol se había acercado a ellos, atraído por la voz apagada y potente de Riyan en el abrupto silencio mientras todos se giraban para escuchar. Tenía los ojos abiertos y oscuros, con las pupilas hinchadas.

—Yo también lo vi —susurró en el silencio cautivador—. Fue así. Extendiste la mano para ahuyentarlo y desapareció, y algo igual de letal ocupó su lugar. Pero en realidad no podías verlo ni tocarlo...

La mirada en sus ojos asustó a Tobin.

—Pol. Ya está todo bien. Todo ha terminado.

La miró un instante como si no la reconociera. Entonces, los músculos de su rostro se tensaron, formando líneas mucho más antiguas que su edad.

—¿De verdad? Sejast era solo un poco mayor que yo. Tal vez no sabía tanto. ¿Y si hay más como él, mayores y con más experiencia, esperando la oportunidad para actuar?

—Entonces nos ocuparemos de ellos —dijo Urival, a su lado y con una mano sobre su hombro, con un tono serio y seguro—. No iba a proponer esto todavía, pero creo que tal vez deba hacerlo. Regresaré a la Fortaleza de la Diosa y me quedaré con Andry mientras se

establece allí como Señor. Pero me estoy haciendo viejo. He enseñado a cientos de Mensajeros del Sol en mi vida, y al último al que enseñaré serás tú.

Pol lo miró fijamente, una breve incomprensión se disipó tras una comprensión completa y gratitud.

Urival asintió.

—Cuando Meath diga que estás listo, llámame. Iré adonde estés y te enseñaré lo que necesitas saber. Andrade así lo deseó.

No quieren que Andry le enseñe. La comprensión horrorizó a Tobin. El alto y viejo Mensajero volvió hacia ella sus hermosos e implacables ojos, no sin entendimiento e incluso con compasión. Pero ella no tuvo tiempo de arremeter en defensa de su hijo.

Ostvel había entrado, y Alasen con él. La pareja se detuvo justo en el tabique del tapiz; el tenso silencio los sobresaltó a ambos. Los dedos de Alasen buscaron los de Ostvel.

Ese gesto fue elocuente. Volog había pensado en recompensarlo; había sido recompensado con el amor y la mano de su hija.

Riyan fue el primero en ponerse de pie. Se acercó a su padre y le abrazó el hombro, compartiendo un momento de silencio mientras se miraban a los ojos. Luego le tendió la otra mano a Alasen. Ella colocó los dedos en ella; él se llevó la palma de ella a los labios.

Sorin se quedó boquiabierto de asombro. A Tobin le pareció muy extraño y decidió preguntarle al respecto más tarde. Pero todas sus preguntas pronto se volvieron innecesarias. Porque mientras los demás, liderados por Rohan y Sioned, se acercaban para abrazar a la pareja y expresar su alegría —más que bienvenida en esa noche triste y extraña—, Andry entró.

El silencio fue aún más repentino que antes, e igual de terrible. Sorin dejó la copa de vino y se dirigió hacia su gemelo. Hollis retrocedió un paso involuntariamente, aferrándose al brazo de Maarken. Chay miró a su alrededor tras hacerle un comentario a Sioned. Volvió la mirada, afligida, hacia Rohan; su expresión cambió y respiró hondo para hablar.

Pero Andry ya había escuchado demasiado. Tobin, aquejada por el dolor, miró con los ojos vidriosos a Alasen y Ostvel. Los ojos verdes de la joven se llenaron de lágrimas. La mirada de Andry pasó de su rostro a los dedos suplicantes que ella le ofrecía, y cuando volvió a alzar la vista, esta vez hacia Ostvel, sus ojos brillaban de furia.

—Deberías saber —dijo en voz muy baja—, que no debes interferir en los asuntos de los Mensajeros del Sol, mi señor.

Tobin comprendió entonces por qué Andrade y Urival no querían que Pol fuera instruido por el nuevo Señor de la Fortaleza de la Diosa. Se enfureció en silencio con su pariente por mostrarle a Andry todo sobre cómo se usaba el poder y nada sobre cuándo no usarlo. Andry alzó las manos, apenas cuatro anillos brillaban, y el Fuego se concentró entre sus dedos, eclipsando incluso el de sus ojos.

Asqueado, Riyan dio un paso hacia Andry.

—Al menos sé sincero —dijo con voz áspera—. Te importa un bledo lo que hizo por Lyell y Kiele.

Andry pareció no oír. Ostvel empujó a Alasen hacia Sioned y se enfrentó al joven, con una mirada invernal.

El Señor de la Fortaleza de la Diosa sostuvo la esfera de Fuego entre sus manos, un Fuego frío y dorado como la luz de una estrella capturada, que emitía luz pero no calor. Miró brevemente a Urival.

—Deberías haber leído más de los pergaminos —murmuró.

—Y tú nunca deberías haberlos leído. Soy el único que puede darte los diez anillos, Andry. Detente o nunca los usarás. Tú puedes ponerlos alrededor de tus dedos, pero serán símbolos vacíos.

La furia brilló en sus ojos, el Fuego en sus manos.

—Andry. —Rohan habló en el terrible silencio—. Por favor.

Las pálidas llamas se agitaron al oír al Alto Príncipe, su querido tío, decirle esas palabras. Volvió a mirar el rostro surcado de lágrimas de Alasen, y luego al Fuego. Este se extinguió suavemente. Las líneas de su rostro se deformaron en angustia por un instante antes de enderezar los hombros, con una expresión de orgullo desesperado.

—Lo lamento… —Se mordió el labio y lo intentó de nuevo, y su madre gimió suavemente por el dolor que nunca podría consolar—. Mi señor Urival, no hay nada que nos retenga aquí. Mañana por la mañana partimos hacia la Fortaleza de la Diosa. —Solo, sus ojos dijeron al mirar a Alasen por última vez. Recorrió con la mirada los demás rostros y luego hizo una leve reverencia a Rohan. Salió de la tienda rápidamente, sin llegar a correr.

Sorin se perdió en la noche tras él antes de que nadie pudiera decirle que no lo hiciera. Chay se desplomó en una silla y se cubrió la cara con las manos.

—Dulce Diosa —dijo con voz apagada—. ¿Por qué no lo vi? Es mi hijo. —Sus manos cayeron sobre sus rodillas y sostuvo la mirada de Urival—. Quédate con él. Ayúdalo. Es tan joven, Urival. Es tan joven.

Tobin se zafó de la tierna mano de Hollis, entró a trompicones en la habitación privada de Pol y lloró.

Era casi el amanecer cuando Sioned reunió el valor suficiente para preguntar.

—Amado... ¿cómo supiste qué decir?

Rohan dio vueltas a su copa de vino, vacía hacía tiempo, entre sus manos.

,—Su orgullo había sido demolido. Tuve que restaurarlo. —Levantó la vista con una sonrisa amarga—. ¿Cuántas personas han oído alguna vez al Alto Príncipe suplicar?

Ella asintió ante su sabiduría.

—Podría haber matado a Ostvel.

—Lo sé. Lo entiendo. Tenía más o menos su edad cuando te encontré. Si te hubiera perdido como él perdió a Alasen, podría haber sentido la tentación de hacer lo mismo.

—Tú nunca lo… —protestó, presa de la conmoción.

—¿...habría hecho? El amor es aún más poderoso que esos dones faradhi tuyos, Sioned. Los románticos nos considerarían la prueba viviente de ello.

—Así que comprendiste su falta de orgullo y mermaste el tuyo. —Dudó un momento—. Pol no lo habría hecho.

—No. Pero quizá no tenga que hacerlo. —Rohan dejó la copa a un lado y se puso de pie, moviéndose como un anciano—. Tendrá el conocimiento de Urival. Y un poder muy diferente al de Andry.

—No te refieres a ser Alto Príncipe.

—Oh, no. Para nada.

Capítulo Treinta y Uno

Volog cabalgó con ellos hasta el cruce de Faolain, donde, en un prado bañado por el sol, entregó a su amada hija a Ostvel en matrimonio. Ese mismo día, Sioned cumplió dos promesas: acompañar a Hollis en su boda con Maarken y servir de testigo de la unión. Ayudó a Maarken, cuya mano herida seguía inutilizada, a sujetar al cuello de su nueva esposa un collar de hojas de plata con flores de zafiro. Luego, Sioned le dio a Hollis una sencilla cadena de oro para que la colocara alrededor del cuello de Maarken. Tres de sus eslabones anchos y planos estaban tachonados con un rubí, un diamante y un trozo facetado de ámbar translúcido, extraído de uno de los anillos de Andrade.

La autoridad de un príncipe para reconocer matrimonios era igual a la del Señor o la Señora de la Fortaleza de la Diosa. Lleyn y Volog acompañaron a Rohan para rendir un honor extra a las parejas que se unían ese día. Meath pronunció las palabras tradicionales que deberían haber sido pronunciadas por Andry; Habría sido una crueldad despiadada por su parte presidir mientras la mujer que amaba se casaba con otro hombre. De todos modos, el nuevo Señor hacía tiempo que se había ido, cabalgando con Urival y el contingente de Mensajeros del Sol de vuelta a la Fortaleza de la Diosa para su investidura. Sorin había acompañado a su gemelo para representar a la familia durante el ritual y porque Andry lo necesitaba. Rohan, al ver cómo Alasen colocaba un collar de plata con ágatas grises luminosas alrededor del cuello de Ostvel, pensó en su sobrino con tristeza. Quizás Sorin podría ayudarlo a superar esto. Quizás no. Pero al ver la cuidadosa ternura de Ostvel mientras sujetaba piedras lunares y ónice en la nuca de Alasen, supo que al menos estos dos habían encontrado la paz. Esperaba que Andry también la encontrara.

Hubo un festín esa noche, y Sioned por fin lució el vestido que Pol le había hecho. Tobin, asombrada por el vestido rojo y plateado que le regaló su sobrino, no se dejó convencer para arriesgarse en el baile que siguió hasta que el propio Pol la condujo al centro del prado. Entre el séquito de Rohan había varios músicos, y, al instante en que Ostvel tomó prestado un laúd y comenzó a cantar, Sioned se puso a llorar.

—¿No lo sabías, verdad? —le preguntó a Alasen, quien escuchó con los ojos abiertos la música de su nuevo esposo y negó con la cabeza— No ha cantado así desde… —Se interrumpió y decidió que debía decir otra cosa—. Me alegro tanto de que te haya encontrado.

—Entonces sonríe —susurró Rohan, besando el hombro desnudo de su esposa.

Se quedaron varios días junto al río, disfrutando de la calma del final del verano. Los sucesos del Rialla se habían desvanecido un poco con cada metro de distancia que ponían entre ellos y Waes. Prado del Señor estaba verde y dorado, como si el verano se hubiera prolongado, conteniendo el aliento. No había prisa por regresar al Desierto; los Mensajeros del Sol se turnaban para explorar el Veresch, y ninguna tormenta había cobrado aún la fuerza suficiente para desbordarse de las montañas y romper la delicada quietud.

Después de que Volog y su séquito los dejaran, regresando a la costa para embarcarse hacia Kierst, cruzaron el Faolain. La promesa de un buen tiempo continuo permitió a Rohan actuar a su antojo, y llevó a la mayor parte del grupo al norte, dejando Prado del Señor por las tierras bajas de Marca del Príncipe. El resto regresaría a Stronghold y Radzyn por las rutas habituales, pero había un paso a través de las Colinas Vere que, aunque no era particularmente empinado ni arduo, no se usaba a menudo. El camino era largo y sinuoso, y era más corto y rápido seguir el río hacia el sur. Pero tenían tiempo, y Hollis necesitaba tiempo para deshabituarse del dranath. Eso solo nublaba el suave y cálido comienzo del otoño. A veces se quedaban en un lugar durante un día o dos mientras ella probaba sus

fuerzas contra su adicción; con Maarken, Sioned y Tobin a su lado, rechazó la droga hasta que no pudo más. Pero la cantidad en la bolsa de Sejast disminuía cada día. El viejo príncipe Lleyn se quedó con ellos después de decirles a Chadric y Audrite que se dirigieran al sur, hacia el mar, y lo esperaran allí.

—Hace años que no veo esta parte del país —le dijo a Rohan—. La última vez era niño y mi padre decidió llevarme con él de viaje. Iré contigo, si no te importa. Me gustaría volver a verlo antes de morir.

Meath también se quedó, asumiendo de nuevo su deber como guardián de Pol. Por un acuerdo tácito entre él y Sioned, comenzó a enseñarle al niño algunas de las artes faradhi más básicas. Los resultados se hacían notar a veces cuando un pequeño remolino se deslizaba por el camino, o cuando un color danzante tocaba las mentes de los demás Mensajeros del Sol. Sioned arqueaba las cejas al mirar a Meath, veía a su hijo encogerse de hombros en señal de disculpa, y sonreía. Pol se deleitaba con el poder tanto como ella, amaba su belleza y su alegría. Que aprendiera lo mejor de él ahora, se dijo a sí misma. Él ya había descubierto la contraparte.

El decimocuarto día de otoño los encontró en las faldas del Veresch, al oeste de Stronghold y Cuenco Celestial, y casi directamente entre ellos. Hacía un calor sofocante, incluso cabalgando junto al arroyo a través del bosque. El sudor empapaba el cabello de Rohan y su fina camisa se le pegaba a la espalda. Pidió un descanso y se giró en su silla para observar a los cincuenta jinetes, todos desfallecidos por el intenso calor. Al recomponerse, le hizo una mueca irónica al príncipe Lleyn.

—Uno pensaría que una vida en el Desierto nos acostumbraría a esto. ¡Pero te juro que estoy a punto de derretirme!

—Ah, pero el calor que hace allí puede absorber el agua de las piedras. Esto es como pleno verano en la costa: el aire es tan denso que se puede nadar en él. —Lleyn se estiró, con sus huesos crujiendo, y sonrió—. La verdad es que me siento bastante cómodo.

Rohan rió y luego maldijo, sorprendido: no había ni una sola nube en el cielo, pero de repente cayó una lluvia fría, cuyas gotas marcaban el polvo seco del camino. Se oyeron relinchos de los caballos asombrados y exclamaciones de sus jinetes. Rohan miró a su alrededor con extrañeza. El chaparrón vigorizante se extendía a lo largo de la columna, y a ningún otro lugar.

—¿Qué...?

Sioned, sacudiéndose el pelo suelto, encantada con la frescura, se acercó a él y sonrió. Señaló el arroyo cercano, de donde subía el agua que ahora los salpicaba.

—¡No me mires a mí! ¡Si quieres un culpable, habla con tu hijo!

Efectivamente, Pol esbozaba una sonrisa pícara y Meath intentaba, sin éxito, parecer desaprobatorio. El chico espoleó a su caballo, acercándose para hablar.

—Hace mucho calor, padre. Pensé que estaría bien refrescarme.

—¿Lo hiciste tú? ¿Y qué más has estado aprendiendo?

—Nada que Meath me permita intentar... —dijo sacudiéndose el agua de encima— todavía.

—Tallain —le dijo Rohan a su escudero—, regresa y cuéntale a la gente qué está pasando aquí.

—Ya lo saben, mi señor. Y también quién lo causó. —Miró pensativo a Pol—. Solo no empapes los petates, por favor.

Contrito al instante, Pol chasqueó un dedo y la suave lluvia cesó.

—Lo siento. Supongo que no estaba pensando con claridad.

—Hmmm —dijo Rohan.

Más tarde, pasaron la noche junto a una bifurcación del mismo arroyo, y, en plena intimidad con su esposa, Rohan no pudo evitar cuestionar.

—¿Debería ser capaz de hacer algo así?

Había algo en sus ojos que le impidió dar una respuesta ligera. Encorvó los hombros brevemente y miró fijamente la pequeña hoguera cerca de sus sacos de dormir. El aire nocturno seguía siendo muy caluroso, pero Sioned prefería tener luz para ver. Miró brevemente a su alrededor. Ostvel y Alasen aún no habían regresado de su habitual paseo a la luz de la luna; Maarken y Hollis también estaban ausentes, pero no por razones románticas. Aunque su dependencia del dranath estaba disminuyendo, estaba inquieta y despierta casi toda la noche. Marido y mujer paseaban juntos mientras él le hablaba de Monte Blanco, Stronghold, Radzyn, y cualquier cosa que la distrajera del hambre de dranath y le tranquilizara sobre la vida que les aguardaba. Sioned, recordando cómo había sido con ella, había consolado a Maarken recordándole que el insomnio y el agotamiento que lo acompañaba eran solo pasajeros. Pero tenían profundos y dolorosos moretones bajo los ojos, y Sioned se entristeció de que sus primeros días juntos quedaran ensombrecidos así, una versión más larga y dolorosa de lo que ella y Rohan habían soportado.

Chay, Tobin, Riyan, Lleyn y todos los criados, excepto los de guardia, ya estaban dormidos, agotados por el calor sofocante. Pol estaba abajo en el arroyo con Meath y Tallain, intentando refrescarse con un baño más convencional que el que les había dado a todos esa tarde. Oyó risas apagadas y salpicaduras que insinuaban una guerra de agua, y sonrió.

Finalmente, respondió a la pregunta de su esposo.

—No creo que nadie pueda decir qué es normal y qué no para Pol. Ni para Riyan tampoco, de hecho. Sospecho que Urival es igual que ellos. Vieron casi todo lo que Maarken vio durante el combate. Yo solo lo vi fugazmente, al igual que los demás Mensajeros del Sol entrenados.

—Eso no implica...

—Pandsala debió verlo —murmuró Sioned, sin mirarlo—. Y llegó a afirmar que su madre era de la Antigua Sangre.

—Pero nunca se enfermó cruzando el agua —señaló Rohan—. Pol y Riyan sí, y recuerdo muy claramente el odio de Cami al agua.

—Pero Pandsala tampoco tenía sangre de Mensajera del Sol. Pol sí, a través de ti. Creo que podemos concluir que alguien con solo ascendencia de hechicero no se enferma, pero que algo en los faradh'im lo causa, esté o no presente la Antigua Sangre.

—Estás exagerando —dijo secamente.

—¿De verdad? —Sioned cogió una ramita y atizó el fuego. Una chispa se elevó danzando casi hasta los árboles—. Pandsala podía cruzar el agua sin dificultad, y eso la hacía diferente del resto de nosotros, sospechosamente. Podía percibir cuándo se usaba la brujería. Sentí cómo se liberaba del tejido con el que intentaba proteger a Maarken. Y había algo extraño en sus colores, Rohan. Nunca lo había notado antes, porque la única otra vez que estuve en contacto cercano con ella fue la noche en que murió su padre. Me aferré a quien pude entonces, incluso a Pol, aunque solo tenía un día de vida. He estado pensando en eso últimamente.

—¿Sentiste lo mismo en él?

—No. Pero no lo buscaba. Pero piensa, mi amor. —Lo miró a los ojos por encima del fuego—. Cuando Pandsala se retiró casi por completo de mi conjuro, lo que dejó atrás fue un *algo* faradhi, o las partes de ella que fueron entrenadas como faradhi. Solo pude vislumbrar lo que se llevó consigo. Era muy parecido a lo que somos, pero sutilmente

diferente. —Hizo una pausa, frunciendo el ceño mientras buscaba las palabras—. Como espejos casi idénticos que se reflejan de un lado a otro. Pero no en el ángulo correcto. Extrañas profundidades en cada uno que no encajaban con el otro.

Rohan reflexionó sobre eso.

—Cuando se descubrieron los dones de Pandsala, Andrade rebuscó en las genealogías lo más lejos que pudo, y nada del lado de Roelstra sugería siquiera los dones. Así que la herencia de Pandsala era solo de la Antigua Sangre, a través de su madre. No de Mensajera del Sol en absoluto. Aun así, aprendió las artes. Ya que Riyan podía percibir lo mismo que Pandsala, Cami probablemente tenía la misma herencia sumada s sus dones de faradhi.

—O eso, o está en Ostvel igual que en ti. Pero no estamos hablando de Riyan —le dijo Sioned en voz baja.

—No.

—Pol no puede cruzar el agua; eso lo convierte en Mensajero del Sol. Pero también percibió las visiones que Sejast usó para atacar a Maarken. Eso lo convierte en parte de la Antigua Sangre.

—Lo convierte en hechicero —dijo Rohan con gravedad—. Y tarde o temprano lo descubrirá.

—¿Y qué? Siempre hemos dicho que Maarken será su ejemplo de Mensajero del Sol que también es un importante poder político. En esto otro, tendrá a Riyan como modelo. ¡Nadie podría acusar a ese chico de ser hechicero! Pol lo entenderá.

—¿Y entenderá de dónde viene esa segunda herencia?

Sioned jadeó.

—Rohan…

—Lo siento, cariño. Pero seguro que algún día se dará cuenta. Ha crecido mucho esta primavera y verano, Sioned. Quizás sea hora de que lo sepa. Ya tiene edad para entender.

—¡No! Todavía no. Rohan, por favor. ¡Todavía no! —Le tendió una mano suplicante.

Después de un momento, él le tomó los dedos.

—Sabes, claro, que cuanto más esperemos…

—Pero aún es tan joven. No entendería de verdad por qué…

—¿Por qué su padre violó a su madre? —Soltó una risita amarga— Supongo que sí. Lleyn le está enseñando a ser demasiado civilizado, Sioned. Solo los bárbaros comprenden la violación.

—Basta. No te hagas esto, Rohan.

—Pero es cierto, ¿verdad? —Se encogió de hombros y le soltó la mano— Una vez más, a pesar de todas mis pretensiones de civilización, hice lo que un buen bárbaro podía hacer. Maté a Masul. Sabes, Sioned, no importa mucho que me haya resistido tanto tiempo. Mejor ser un salvaje honesto y simplemente hacerlo.

—Si luego dices que si lo hubieras matado cuando supimos de él, Andrade podría seguir viva, yo...

—Sin amenazas —sonrió con tristeza—. Es muy probable que las cumplas. Muy bien, sin dudas. Pero siempre habrá quienes crean que Masul era, de hecho, el hijo de Roelstra. Por alguna razón, no me importa mucho, mientras Pol esté a salvo. Pero más vale que tengamos una buena explicación preparada para él cuando pregunte de dónde vienen realmente sus dones.

Volvió a atizar el fuego con la ramita, mirando con aire melancólico las brasas rojas.

—No se ha dicho ni una palabra en ningún sitio, Rohan, en quince años. Que se sepa, tú y yo fuimos encarcelados por Ianthe en Feruche y luego liberados. Incluso si alguien

supiera que el hijo que dio a luz era tuyo, darían por sentado que murió con ella cuando el castillo ardió. —Lo miró fijamente por un breve instante—. No quiero que sepa la verdad. Nunca. No quiero hacerle daño.

—No quiero perderlo —susurró él. Sioned se estremeció y gesticuló con una mano sin rumbo—. Un desliz. Ignóralo. Solo estoy cansado.

Fue lo suficientemente sabia como para dejarlo pasar. Apagando el fuego, se estiró sobre la manta. Juntos, contemplaron las silenciosas y peligrosas estrellas que le habían dado nombre a Pol.

—¡Oh, excelente, Sioned! —Meath se frotó las manos con alegría— ¡Estofado fresco para cenar esta noche, gracias a ese halcón tuyo!

El ave se había posado delicadamente en su muñeca y se pavoneaba como si entendiera cada palabra del elogio. El halcón, en efecto, había actuado de maravilla. Sioned la había hecho volar una o dos veces durante el viaje, pero nunca antes con una presa. Hoy, sin embargo, había traído un conejo del doble de su tamaño, depositado la presa con gracia a los pies de Sioned y luego saltó de nuevo a la mano de su ama.

—Y solo arrancó un poco para ella —observó Pol, añadiendo el conejo a los dos pequeños pájaros abatidos por sus halcones y los de Tobin.

Rohan y Alasen aún no habían volado con los suyos; él hizo un gesto galante y ella avanzó, aflojando la capucha del ave, pero sin revelar aún los feroces ojos negros en un rostro ambarino. Miró a Ostvel por encima del hombro y sonrió.

—Si es una buena presa, mi señor, ¿cantarás para nosotros esta noche?

—Es el deber de una esposa proveer a las necesidades de su esposo —dijo, y arqueó las cejas—. ¿Por qué debería recompensarte por cumplir con tu deber?

—¡Ostvel! —reprendió Chay, sonriendo— ¡Esa no es forma de hablarle a la mujer con la que te casaste hace menos de veinte días! Sobre todo a una que aún no ha visto tu fortaleza. Hasta que lo haga y lo apruebe, aún puede deselegirte. ¡Así que ten cuidado!

Alasen reía mientras esperaba la respuesta de Ostvel.

—¿Y bien? ¿Cantarás si te preparo la cena?

—Nada de nanas —le dijo Lleyn con severidad, con los ojos llenos de alegría—. No creo que cantarle para dormir fuerq exactamente lo que tenía en mente.

—Me refería más bien a satisfacer mis necesidades —bromeó Alasen.

—¿Sabes? —comentó Sioned—, creí ver su último rubor hace años. Parece que quedan algunos. ¡Felicidades, Alasen!

—¡Basta! —rugió Ostvel, provocando que los halcones sacudieran las plumas con irritación— Una canción para una comida decente, ¿eh? Muy bien, mi señora. Pero que sea una buena presa. Últimamente tengo mucho apetito.

—Un bueeen apetito —dijo Tobin arrastrando las palabras y guiñándole un ojo a Alasen.

Sioned le entregó su propio halcón a un sirviente después de encapuchar la orgullosa cabeza y alisar las iridiscentes plumas azules que ondeaban por el lomo del ave. Un recuerdo de Camigwen le atravesó el corazón con una repentina y dolorosa punzada. El laúd de Ostvel había sido su regalo de bodas, casi en silencio desde su muerte. Pero Alasen había recuperado su música.

Se quitó la capucha y el halcón de cara ambarina voló. Con sus magníficas alas de bronce, verde y oro, centelleando a la luz del sol, proclamó su alegría en vuelo libre. Pero en lugar de recorrer las colinas bajas en busca de presas terrestres, lanzó un grito triunfal y giró hacia el norte.

—¡Maldición! —exclamó Riyan— ¡Nunca la alcanzaremos si sigue así!

Sioned cedió a la tentación y entrelazó algunos hilos de luz solar. Siguió al halcón con los ojos cerrados y el espíritu en alto. Esto era lo que significaba ser faradhi: planear tan libre y salvaje como si ella también tuviera alas, impulsada por el viento, la luz del sol y su propia fuerza. Después de todo el dolor y el trauma que sus dones le habían causado durante el Rialla, este, el más preciado de sus poderes, era un deleite puro. Voló con el halcón de Alasen sobre las ricas laderas y los prados que se extendían entre ellas, vio al ave dar vueltas sobre un valle y luego descender en picado tan rápido que era imposible seguirla ni siquiera a la velocidad del sol.

—¡Vamos! —gritó Sioned— ¡Sé dónde está!

Fue una dura cabalgata la que ella les impuso, galopando por ondulantes laderas y saltando con sus caballos sobre las ramas de un arroyo que en poco tiempo se convirtió en un río de aguas finas como el verano. Retumbando por sus orillas, Sioned gritó una advertencia cuando el cauce se estrechó a través de un desfiladero rocoso y arbolado que los obligó a cabalgar más despacio y solo de dos en dos. Pol azotó a su caballo por las aguas poco profundas para alcanzarla a ella y a Rohan. Podía oír a Meath maldiciendo detrás de ella, a Tobin riendo como loca y a Chay gritándoles a todos que redujeran la velocidad. Sioned no hizo nada, y cuando el sendero se ensanchó de nuevo, animó a su yegua a correr a una velocidad prodigiosa a través del bosque.

De repente, irrumpieron en el valle que había vislumbrado a la luz del sol. Sioned detuvo a su caballo en seco, jadeando ante la vista. Una amplia y exuberante llanura se extendía ante ellos, de diez pies de largo y la mitad de ancho en su punto más amplio. Árboles cargados de frutos crecían en las laderas, y altos pinos se alzaban en las elevaciones más altas, donde la piedra gris y desgarrada se alzaba hacia el cielo. El río serpenteaba por la ladera oriental, rodeado de una pradera poblada de flores azules y carmesí que, juntas, teñían la tierra de púrpura. A lo lejos, a medida que el valle se estrechaba, se veía el brillo soleado de un pequeño lago, con hierbas altas meciéndose con gracia con la brisa, alternando dorado y verde plateado. Sioned contuvo el aliento y le dedicó una sonrisa emocionada a Rohan, cuyos ojos azules se habían vuelto ligeramente vidriosos al contemplar la belleza que lo rodeaba.

—Como palma de la mano de la Diosa —susurró Tobin—. Sioned, ¿son rosas las que suben por esa colina?

—Y también vides silvestres —afirmó Chay. Se giró hacia uno de los mozos de cuadra que había logrado seguirlos—. Vuelve a buscar a los demás. Acamparemos aquí esta noche. —Con una mirada al rostro paralizado de Rohan, añadió con ironía—: ¡Y quizás para el invierno!

Rohan no lo oyó. Pronunció el nombre de su esposa con una voz vibrante de emoción contenida.

—Dime cómo es la tierra.

—Rohan —parpadeó sorprendida—, hace años que yo…

—Hazlo.

Saltó del caballo y le lanzó las riendas a Pol. Caminando, vadeando, hacia el océano de flores silvestres, se quitó los guantes de montar, se arrodilló y hundió las manos en la rica tierra oscura. La apretó en sus puños, inhaló su fragancia, la filtró entre sus dedos. La hija de un señor agricultor recordó las lecciones de su vida; probó la tierra con un conocimiento inútil en el hermoso y muerto Desierto. Levantándose, le dedicó a su esposo una sonrisa radiante.

—¡Aquí crecerá cualquier cosa que plantes! ¡No es que nadie deba siquiera tocarlo! ¡Mira a nuestro alrededor! ¡Nunca he visto nada tan perfecto!

Él asintió lentamente, con una luz en sus ojos. Desmontó y avanzó solo, el sol se reflejaba en su cabello rubio, y los demás lo observaban en un silencio desconcertado. Todos menos Sioned; ella sabía exactamente lo que estaba pensando y apenas pudo contenerse para no contárselo a los demás.

Por fin regresó, y sorprendió incluso a Sioned al agarrarla por la cintura y alzarla en el aire, riendo triunfalmente.

—¡Tienes razón, tienes razón, es perfecto! —exclamó— ¡Sioned, es el lugar más hermoso del mundo! ¡Y es nuestro! —La besó, la bajó y se volvió hacia los demás— ¡Pol! ¿Dónde crees que deberíamos construir tu palacio?

—Mi… —El chico casi se cae de la silla—. ¡Padre!

—¿Palacio? —dijo Tobin boquiabierta— ¿De qué estás hablando?

—Ah, ya sabes… paredes, suelos, techos pintados, tapices, alfombras y…

—¡Y enormes ventanales, vidrieras, jardines, fuentes y… y todo! —terminó Pol con entusiasmo— ¡Puedo verlo todo ahora mismo!

—¡Yo también! —Tobin se sobresaltó y rió— ¡Están locos! ¿De dónde van a sacar la piedra?

—¡Eso es lo bueno de ser rico! —Rohan le sonrió.

—Padre, no tendremos que gastar nada. ¡La Mansión Rezeld!

—¿Dónde? —preguntó Chay.

—Es una propiedad que visitamos este verano, ¿recuerdas, Maarken? Nos deben una —añadió para su madre—. Y tienen una cantera.

—¡Casi lo olvido! —añadió con alegría Rohan.

—Un momento —ordenó Chay—. Supongo que me lo explicarás luego, pero lo que quiero saber ahora mismo es de qué demonios estás hablando.

—Le di el Castillo del Peñasco a Ostvel por una razón, ¿sabes? Quiero un nuevo palacio que abarque tanto el Desierto como Marca del Príncipe. Este valle no está muy lejos del paso que lleva a Stronghold. Y aquí es donde se mantendrá el Rialla en el futuro, no en Waes. —Atrajo a Sioned hacia sí y la besó de nuevo—. ¡Así, mis Mensajeros del Sol ya no tendrán que molestarse en cruzar el Faolain!

Poco después, Lleyn llegó con el resto del grupo. Su aprobación fue instantánea para el valle, un nuevo palacio y un nuevo emplazamiento para el Rialla.

—A Clutha no le importará, y Gennadi agradecerá no tener que cargar con esa responsabilidad cada tres años. Además, siempre he creído que el Alto Príncipe debería tener una residencia accesible. El Castillo del Peñasco es un lugar imposible. Esto… —Miró al valle y asintió—. Esto es perfecto. —El anciano sonrió de repente—. Por cierto, ¿encontraste el halcón de Alasen?

—¡Oh, Diosa! —exclamó Sioned— ¡Lo olvidé por completo!

Tejió la luz del sol mientras los sirvientes y guardias preparaban el campamento para pasar la noche. Pero sus esfuerzos fueron en vano y se disculpó con Alasen, quien negó con la cabeza y sonrió.

—Volverá cuando se haya saciado de lo que haya cazado.

—Te la di y no pienso perderla por mi estupidez —respondió Sioned—. Vamos a buscarla. Pol, Rohan, Ostvel, vengan con nosotros.

Maarken se unió a ellos tras ver a Hollis cómodamente instalada a la sombra con Lleyn para hacerle compañía. Ella negó con la cabeza cuando él le hizo una pregunta silenciosa con la mirada.

—Me siento muy bien, cariño. Y no he tomado vino desde ayer por la mañana. Creo que se acabó, Maarken, o casi.

Le besó ambas manos y sonrió. Lleyn le dio un golpecito en la pierna con la punta de su bastón con cabeza de dragón.

—La has tenido para ti solo durante días —la reprendió—. Deja que un viejo coquetee con tu hermosa esposa sin que puedas oírlo. Te prometo que solo haré las sugerencias más escandalosas, con la garantía de que volverá a sonrojarla.

—Viejo libertino —acusó Maarken con cariño.

Se alejaron de los árboles, siguiendo el curso del río hacia el lago. Rohan tenía un montón de planes que Pol amplificó, intercambiando ideas como si lo hubieran ensayado durante años.

—Y allí plantaremos un huerto y un nogal.

—Más vides subiendo esa colina...

—Si mantenemos el Rialla aquí, tendremos que hacer un círculo de carreras, pero al final del valle para que no haya tanto polvo.

—¿Podríamos montar una granja de caballos en ella?

—Espera un momento… —empezó Maarken, pero ninguno de los dos lo oyó.

—¡Excelente! Nada elaborado, solo establos y un prado. ¡Criaremos por color! ¿Qué te parecería un prado lleno de caballos dorados? Podemos convencer a Chay para que nos dé unas cuantas yeguas buenas y un semental…

—¿Dártelo? —preguntó Maarken, más alto.

—Vender, entonces —rió Pol—. No nos negarías unos cuantos caballos, ¿verdad?

—Pregunta peligrosa —intervino Sioned—. ¿Y este palacio?

—Cimientos de piedra de Rezeld, pero fachada de ese maravilloso mármol grisáceo de esa cantera al norte de aquí; recuerdas que lo vimos este verano, Pol. Brillará plateado al sol y dorado al amanecer y al atardecer.

—Con un tejado de tejas azules —afirmó el chico—. Cerámica kierstina. ¡Padre! ¡Tengo una idea! ¿Por qué no tener algo de cada principado, como en el Gran Salón de casa?

—Me gusta —anunció Rohan—. Después de todo, tendremos todo un palacio con el que trabajar.

Alasen había estado escuchando todo esto con los ojos abiertos; Ostvel, con una sonrisa indulgente. Le tocó el brazo.

—Tobin tiene razón, ¿sabes? Están completamente locos.

—¡Ja! —se burló Sioned— Esto viene del hombre que rehizo Cuenco Celestial de sótano a torre, y antes de eso transformó Stronghold de un extremo a otro, y antes de eso gobernó la Fortaleza de la Diosa a pesar de que Urival ostentaba el título de mayordomo jefe. Sé exactamente cómo vas a pasar tu primer año de matrimonio, Alasen: ¡preguntándote qué habitación del Castillo del Peñasco no vas a reconocer a continuación!

—Una vil calumnia, indigna de una Alta Princesa —le dijo Ostve—l. ¿No se supone que deberías estar buscando un halcón?

—¡Un cambio de tema descortés, indigno de un regente! —replicó ella, riendo— Pero tienes razón. Veamos si nuestro díscolo amigo ha vuelto a volar.

Se detuvieron a medio camino del lago. Mientras ella volvía a tejer luz, Maarken le preguntó a su tío:

—¿Por qué nadie ha vivido antes en este valle? Es hermoso, según Sioned, crece de todo, y no está mal situado, aunque un poco lejos de los caminos principales. ¿Por qué crees…?

Se interrumpió bruscamente. Rohan no lo escuchaba. Había frenado, con el cuerpo rígido, el rostro vuelto hacia el norte, donde el pequeño lago extendía su brillo antes de que el abrazo de las colinas se estrechara. Sioned se apartó de la luz del sol y lo miró fijamente.

Estaba tenso por la expectación, con los ojos brillantes. Sioned intercambió una sonrisa irónica y un gesto de asentimiento con Maarken.

—Por eso —dijo ella—. Dragones.

Más de treinta adolescentes y crías, vigilados por cinco hembras adultas y un macho, descendieron volando de las altas colinas hacia el valle. Giraron en círculos vertiginosos antes de aterrizar para beber en el lago. Las crías estaban bien desarrolladas, casi la mitad del tamaño de sus mayores, lustrosas gracias a la buena alimentación estival del Veresch. Algunas se zambulleron en el lago para bañarse, ganándose gruñidos de fastidio de las demás al remover los sedimentos.

Los caballos se movieron sigilosamente, nerviosos. Los dragones se dignaron a dirigirles a los humanos una mirada desinteresada antes de ignorarlos.

—Ojalá Feylin pudiera verlos —murmuró Rohan—. ¡Mira esas bellezas!

—Madre... ¿cómo lo hace? —susurró Pol.

—También fue criado por dragones, ¿sabes? —Se encogió de hombros.

De repente, se irguió en su silla. Una dragona rojiza surgió de la orilla del lago y se elevó perezosamente sobre ellos, gritando suavemente. Sioned calmó a su inquieto caballo y cabalgó unos pasos hacia adelante. La dragona descendió en espiral, con las alas abiertas para mostrar su parte inferior dorada y la cabeza extendida para observar a Sioned. Un estridente aullido de saludo presagiaba una magistral exhibición de habilidades de vuelo, que terminó en una feliz zambullida en medio del lago que salpicaba agua casi hasta la orilla.

—¡Es Elisel! —saludó Sioned. La dragona rodó una y otra vez en el agua antes de remar hasta las aguas poco profundas y erguirse. Se oyó otro grito de júbilo, y sus alas se agitaron en una lluvia de gotas brillantes.

—¿Elisel? —preguntó Rohan.

Ella lo miró, avergonzada.

—Mi dragón. La he estado llamando así en mi mente. Significa *ala pequeña*.

—¡Y la gente me acusa de ser un tonto con los dragones! ¡Al menos nunca le puse nombre a uno! —Hizo una pausa y luego añadió pensativo—: Pero claro, yo tampoco tuve mi propio dragón.

—¿Y crees que yo sí? —rió ella.

—Bueno, mírala… ¡Exhibiéndose para ti, llamando como si te hubiera estado buscando! Yo diría que sí tienes tu propio dragón, Sioned.

Se irguió sobre sus estribos y levantó una mano, su esmeralda brillando al sol. El dragón extendió sus alas en respuesta. Sioned tejió luz, con cuidado de no tocar al dragón, pero Elisel salió del agua directamente a la luz del sol de Sioned. Contuvo la respiración cuando el contacto le mostró una deslumbrante gama de colores. Giraban y danzaban en un arcoíris viviente que se intensificaba en velocidad y luz hasta que se mareó y su mente gritó.

La vorágine de color se suavizó, se ralentizó. Y a través de ella percibió disculpa, curiosidad. Aturdida, Sioned reorganizó sus pensamientos y le habló al dragón.

Me llamo Sioned. ¿Tienes un nombre?

El dragón se acercó, inclinando la cabeza en un gesto de pregunta extrañamente humano. Sioned comenzó a desmontar. Sintió la mano de Rohan avisándole y lo miró con una sonrisa tranquilizadora. Pero el tejido tiraba de ella, y a través de él percibió una petulancia que la asombró.

Él es mi... mi pareja. Se llama Rohan. Es el padre del chico de allí, el hombrecito con cabello como el sol. El nombre del pequeño es Pol. Elisel, ¿entiendes algo de esto o solo hablo conmigo misma?

Su frustración era casi palpable, incluso para ella misma; la dragona gimió y se sacudió el agua de las alas, revolviéndose como si la emoción la incomodara.

—Sioned… —Rohan se acercó a ella.

—Eso es —susurró—. Un lenguaje de emociones.

—¿Quieres decir que te estás comunicando con ella?

—No estoy segura. —Dudó, luego lo rodeó con un brazo por la cintura, apoyándose en él, y dejó que su amor por él fluyera a través de la luz del sol. Elisel pareció extrañamente sorprendida por un momento, abriendo mucho los ojos. Luego se acercó arrastrando los pies y tarareó en voz baja, con los ojos entornados en una expresión de placer, balanceando la cabeza de un lado a otro sobre su grácil cuello.

—Maldita sea —murmuró Sioned—. ¡Le estoy diciendo que te amo, y ella me entiende!

—Pensé que podría ser algo así. Con cuidado, Mensajera del Sol. —Le sonrió—. Solo tiene tres años. No permitiré que corrompas a una dragona inocente.

—¡Oh, silencio!

Acercándose a la dragona, intentó hablar una vez más.

¡Elisel! Me llamo Sioned y mi pareja se llama Rohan. ¿Tienes nombre?

La dragona parecía desconcertada. Sioned se mordió el labio, buscando a tientas la forma de comunicarse con ella. Entonces la encontró. Con mucha imaginación, pintó una imagen de dragones machos en la arena y hembras eligiéndolos; la fantasía puso a Rohan de pie entre ellos y a ella misma caminando para tomar sus manos. Se concentró, evocando la escena dentro de los rayos de sol; no era muy difícil, solo una variación de lo que hacía con Fuego. Elisel se entusiasmó con la imagen, tarareando de nuevo, y esta vez su placer inundó el tejido.

Así era como había que hacerlo. Sioned hizo otra imagen de Cuenco Celestial, tal como ella misma lo veía cuando corría por el Sol, tal como lo vería un dragón en vuelo. Le mostró al dragón la fortaleza agazapada junto al lago. Elisel gritó alegremente y se balanceó de un lado a otro. Los colores rebotaban en el aire, todos los azules brillantes del agua y el cielo. Sioned se dejó llevar por ellos sin intentar asimilarlos todos. Se formó una visión de Stronghold, de nuevo desde el punto de vista de una Mensajera del Sol (o de un dragón), luego se concentró en sí misma, Rohan y Pol, de pie en el patio. Esta vez, las imágenes volvieron, y con tanta fuerza que Sioned se estremeció un poco. Un nido de montaña, de un verde intenso con follaje estival, alces y ciervos como presas fáciles; las suaves alturas de las Colinas Catha en invierno, tormentas que cruzaban un cielo oscuro desde la acogedora seguridad de las cavernas. Dentro de cada imagen había una miríada de colores e imágenes secundarias: ríos, peces, ciervos y alces salvajes, otros dragones, árboles, pájaros, flores, patrones de vuelo hacia y desde cada lugar, la campiña circundante con asentamientos humanos cubiertos de oscuros colores de advertencia; demasiada información para que Sioned la asimilara.

¡Elisel! ¡Por favor! ¡Más despacio, me haces daño!

Las imágenes terminaron abruptamente. La dragona aleteó, gimiendo de preocupación. Sioned se concentró de nuevo, intentando proyectar tranquilidad. Formó su propio patrón de color distintivo, los tonos esmeralda y zafiro, ónix y ámbar incrustados en su conciencia, más parte de ella que de su propio nombre. *Esta soy yo. Sioned. Estos son mis colores.*

Y por fin pareció que la dragona comprendió, pues el patrón parecía flotar duplicado en el aire entre ellas, extrañamente elegante al filtrarse a través de las percepciones de una

dragona, una imagen del rostro de Sioned superpuesta. Un instante después apareció otra estructura, compleja con colores que Sioned nunca había visto. Entrelazada con esta, había una imagen del pequeño dragón rojizo con sus alas inferiores doradas.

¡Elisel!, le dijo Sioned triunfante. Y el dragón tarareó y se balanceó. Ella pronunció la palabra en voz alta, y podría haber jurado que Elisel le guiñó un ojo.

—¡Sabe su nombre!

—Diosa mía —susurró Rohan—. Ella te entiende. Toda mi vida he querido, Sioned —se interrumpió con repentina urgencia—, preguntarles si está bien que estemos aquí.

—¿Crees que necesito preguntar? ¡Le gustamos! —Ella rió y lo besó. El zumbido del dragón adquirió el mismo tono bajo que cuando Sioned le había comunicado su amor por su esposo. Rohan se apartó, sonrojándose un poco— Oh, a ella también le gustas —le aseguró Sioned juguetonamente—. Pero creo que tienes razón al preguntarle si está bien construir aquí.

—¡Pero no podríamos! Ahora no. Si este valle les pertenece...

—Déjame preguntarte, cariño.

Alejándose de él, se preguntó cómo transmitir una idea tan compleja. Volvió a mostrarle Stronghold a Elisel, y luego cambió la imagen en su mente. La fortaleza ahora se alzaba valle abajo, alta y orgullosa, con la gente ocupada en sus asuntos dentro y fuera. De nuevo, la curiosidad de Elisel; sus grandes ojos miraban hacia el sur como si realmente hubiera aparecido un castillo allí. Miró a Sioned, desconcertada, ladeando la cabeza en ese gesto extrañamente humano. La imagen de su imaginación se expandió para incluir un gran prado donde caballos dorados pastaban al sol. Elisel se animó y Sioned casi rió; el dragón estaba viendo una presa fácil.

Pero la imagen que Sioned había creado le fue devuelta repentinamente con una forma distinta: en lugar de yeguas y sementales de patas largas, Elisel imaginó con cierta nostalgia ovejas blancas y regordetas. El Mensajero del Sol alteró la visión en consecuencia y le mostró un corral cerca del lago, lleno de ovejas y corderos. El dragón rugió de alegría y le ofreció a Sioned una vista de todo el valle desde una altura de vuelo: castillo, prado, caballos, gente, ovejas y dragones que se detenían para beber, nadar y comer gratis.

Sioned rió entonces, y su aprobación del plan se unió a la del dragón.

—¿Así que te gustan las ovejas? ¡Puedes tener todas las que quieras a cambio de dejarnos construir nuestro palacio aquí!

Elisel agitó sus alas y proyectó el patrón de color de Sioned una vez más en el espacio entre ellas. Entrelazada con él se veía una vista de las colinas invernales que debían ser el hogar sureño de este grupo en las Colinas Catha. La invitación a unirse a ellos era muy clara, no solo a través de la luz del sol, sino también en sus enormes ojos tiernos. Sioned no tuvo problemas para expresar su pesar; le mostró de nuevo Stronghold a Elisel, y la dragona suspiró.

Durante todo este tiempo, los demás dragones habían estado refrescándose en el lago, completamente ajenos al contacto revolucionario que se estaba produciendo en las cercanías. Pero ahora, el dragón macho bramó una severa advertencia y se elevó al cielo. Rodeó el lago, chasqueando sus grandes mandíbulas contra las crías que parecían inclinadas a quedarse y jugar en el agua. Uno a uno, los demás dragones se elevaron a barlovento, las hembras maduras manteniendo a raya a los adolescentes y las crías.

Los caballos temblaron cuando el semental pasó volando sobre ellos y rugió a Elisel. La pequeña dragona se sobresaltó y se puso firme como un soldado reprendido. Sioned sonrió y apartó suavemente la luz del sol. Elisel volvió a gemir por la pérdida; Sioned sintió ganas de imitarla al renunciar al esplendor de sus colores y a la calidez de su comunicación. El

dragón alzó el vuelo, dio una vuelta sobre el lago y luego se unió a los de su especie mientras volaban hacia el sur.

Sioned los observó hasta que desaparecieron. Solo entonces sintió el toque de Rohan en sus hombros. Se giró y lo miró a los ojos.

—Fue maravilloso —dijo en voz baja—. Indescriptible.

—Por primera vez en mi vida, me arrepiento de verdad de no ser faradhi.

Su corazón se llenó de lástima porque él nunca sabría lo que era tocar a uno de sus dragones.

—Rohan...

Negó con la cabeza, sonriendo.

—Luego. Cuando hayas tenido tiempo de pensarlo bien. Cuando puedas encontrar palabras para describir lo indescriptible, ¡porque quiero saberlo todo!

Pol se acercó a ellos, todavía a caballo.

—¿Qué te dijo, madre? ¿Qué te dijo?

—Que podemos quedarnos aquí y construir nuestro palacio, ¡siempre y cuando les demos comida gratis a los dragones cuando hagan escala! Este valle está en una de sus rutas de vuelo entre las colinas Veresch y Catha. ¡Ay, Pol, qué ganas tengo de que aprendas a usar tus dones!

—¿Así que puedo hablar con un dragón? —rió emocionado— Creo que eres la única que puede enseñarme eso, Madre.

—Bueno, si estás dando lecciones… —intervino Maarken.

—Cuando descubra cómo sucedió —prometió.

Un grito agudo y asustado los sobresaltó. En lo alto, una pequeña y veloz figura cruzó el cielo como una flecha: el halcón de Alasen. Ostvel espoleó a su caballo al galope, siguiendo al ave hasta la cima del valle. Los demás corrieron tras él y finalmente lo encontraron en una ladera boscosa, donde una fina cascada caía por un acantilado. Con las lluvias de otoño, crecía hasta convertirse en un torrente rugiente, y tal vez con el invierno se transformaría en una columna de hielo. Pero ahora era como una frágil gasa blanca, casi silenciosa.

Ostvel iba a pie, con su caballo atado cerca, y les hizo un gesto de silencio mientras se acercaban. Su mirada estaba fija en un pino joven. En una rama superior se veía un destello ámbar, verde y bronce.

—¿Así que tus primos mayores te asustaron, eh? —le canturreó al halcón— Ya está todo bien, pequeño. Se han ido. ¿Por qué no bajas ya? Alasen, llámala.

Ella se deslizó de la silla y se movió hacia él, silbando tres notas graves con las que el halcón había sido entrenado para responder. Las plumas crujieron. Silbó de nuevo, extendiendo el brazo, invitándolo. Unos momentos después, el ave saltó con un grito a la vez triste y aliviado, y se posó en su muñeca. Alasen tardó un rato en alisar las plumas y conseguir que las alas se plegaran; cuando lo logró, Ostvel le puso la capucha al ave.

—Bueno —dijo—, al menos sabemos cómo llamar a este lugar.

—¿El Valle del Halcón Perdido? —preguntó Maarken con humor.

—Ah, no —dijo Rohan, y había algo en su voz que atrajo todas las miradas. Sonrió—. ¿De qué otra manera podríamos llamarlo estas tierras, y nuestro nuevo palacio, más que Descanso del Dragón?

Índice de Personajes

* Mensajero del Sol

ABIDIAS (658-701). Señor de Tuath. Murió por la Plaga.

ABINOR. Señora de Finca Rezeld..

AFINA. Niñera de Kiele cuando era niña.

AILECH. Hermana de Afina. Fallecida.

AJIT (657-). Príncipe de Firon. Tuvo seis esposas, incluyendo a Pavla (713).

ALADRA (676-694). Amante de Roelstra.

ALASEN de Kierst (696-). Hija menor de Volog.

ALLUN (685-). Señor de Bajo Pyrme.

*ANDRADE de la Posada de Catha (649). Melliza de Milar. Señora de la Fortaleza de la Diosa 677-.

*ANDRY del fuerte de Radzyn (699-). Hijo de Chay y Tobin; mellizo de Sorin. Acogido en Alto Kirat 711-713; Fortaleza de la Diosa 713-.

ANTALYA de Waes (679-701). Hermana de Lyell. m698 Eltanin. Madre de Tallain. Murió de Plaga.

ARLIS de Kierst-Isel (710-). Hijo de Latham y Hevatia, nieto of Volog y Saumer; heredero de ambos principados.

ATHIL (680-703). Padre de Segev, amante de Ianthe.

AUDRITE de Sandeia (670-). m692 Chadric. Madre de Ludhil, Laric.

AVALY de Finca Rezeld (703-). Hija de Morlen y Abinor.

BAISAL (650-). Señor de las Tierras Bajas de Faolain.

BIRANI de Kierst (688-). Hija de Volog. m708 Obram.

BOSAIA de Einar (698-). Hermano de Sabriam. Acogido en Bajo Pyrme 710-.

CABAR (687-). Príncipe de Gilad. m705 Kenza.

*CAMIGWEN (676-701). m698 Ostvel. Madre de Riyan. Murió de Plaga.

CHADRIC de Dorval (664-). Hijo de Lleyn. m692 Audrite. Father of Ludhil, Laric. Acogido en Stronghold 677; vuelto caballero en 683.

CHALE (645-). Príncipe de Ossetia.

CHALIA de Ossetia (650-695). Hermana de Chale. m680 Haldor. Madre de Jastri, Gemma.

CHAYNAL (668-). Señor del fuerte de Radzyn. m690 Tobin. Padre de Maarken, Jahni, Andry, Sorin. Comandante de la batalla del Desierto 695-.

CHELAN (670-). Padre de Ruval, hijo de Ianthe.

CHIANA (698-). Hija de Roelstra y Palila.

CIPRIS (687-708). Hija de Roelstra y Surya.

CLADON (681-). Señor de Río Ussh.

CLUTHA (644-). Gobernante de Prado del Señor. Padre de Gennadi, Halian. Abuelo de Isaura.

*CRIGO (665-698). Forzado a volverse adicto al Dranath por Roelstra.

DANLADI (694-). Hija de Roelstra y Aladra.

DAVVI (665-). Príncipe de Syr. Hermano de Sioned. m686 Wisla. Padre de Kostas, Riaza, Tilal.

DRESLAV (646-). Señor de Gran Veresch.

ELTANIN (678-). Señor de Tiglath. m698 Antalya. Padre de Tallain.

EMLYS. Señora de Mansión Dasan. Athri de la casa en que Masul creció.

ENEIDA. Embajadora Fironesa.
*EOLIE. De Perla Gris.
*ERIDIN. De la Fortaleza de la Diosa.
EVAIS (674-). Padre de Marron, hijo de Ianthe.
FARID (638-704). Señor de Cuenco Celestial. Asesinado por los Mérida.
*FENICE. De la Fortaleza de la Diosa.
FEYLIN (684-). m706 Walvis. Madre de Sionell, Jahnavi.
GARIC (642-). Señor de Finca Elktrap.
GEIR de Waes (707-). Hijo de Kiele y Lyell.
GEMMA de Syr (694-). Hija de Haldor y Chalia.
GENNADI de Prado del Señor (667-). Hija de Clutha.
GERIK.
GEVINA (679-701). Hija de Roelstra y Vamana. Murió de Plaga.
GIAMO. Posadero en Dorval.
HADAAN (634-714). Señor de Remagev. Primo lejano de Rohan.
HALDOR (656-701). Príncipe de Syr. m680 Chalia. Padre de Jastri, Gemma. Murió de Plaga.
HALIAN de Prado del Señor (680-). Hijo de Clutha.
HEVATIA de Isel (682-). Hija de Saumer. m707 Latham. Madre de Arlis.
*HOLLIS (691-). De la Fortaleza de la Diosa.
IANTHE de Marca del Príncipe (676-704). Hija de Roelstra y Lallante. Madre de Ruval, Marron, Segev, Pol. Asesinada por Ostvel.
INOAT de Ossetia (664-). Hijo de Chale. Padre de Jos.
ISAURA de Prado del Señor (700-). Nieta of Clutha.
JAHNAVI de Remagev (711-). Hijo de Walvis y Feylin.
JAHNI del fuerte de Radzyn (693-701). Hijo de Chay y Tobin; gemelo de Maarken. Murió de Plaga.
JAL. Guardia al servicio de Chay.
JASTRI (688-704). Príncipe de Syr. Hijo de Haldor y Chalia. Asesinado en batalla.
JAYACHIN. Hija de un mercante de Waes.
JELENA (689-701). Hija de Roelstra y Palila. Murió de Plaga.
JERVIS (655-701). Señor de Waes. Padre de Antalya, Lyell. Murió de Plaga.
*JOBYNA. En la Fortaleza de la Diosa.
JOS de Ossetia (709-). Hijo de Inoat.
KARAYAN (660-689). Amante de Roelstra.
*KASSIA. De la Fortaleza de la Diosa.
KENZA (683-). m705 Cabar de Gilad.
KIELE (681-). Hija de Roelstra y Karayan. m704 Lyell. Madre de Geir, Lyela.
KIERA de Einar (698-). Hermana de Sabriam y Bosaia.
*KLEVE (681-). Mensajera del Sol itinerante.
KOLYA (696-). Señor de Agua de Kadar.
KOSTAS de Aguas Dulces (687-). Hijo de Davvi y Wisla. Acogido en Fuerte Cenagoso 700; vuelto caballero en 708.
LALLANTE de La Montaña (655-679). m673 Roelstra.
LAMIA (683-701). Hija de Roelstra y Karayan. Murió de Plaga.
LARIC de Dorval (698-). Hijo de Chadric y Audrite. Acogido en Alto Kirat 710; nombrado caballero en 718.
LATHAM de Kierst (683-). Hijo de Volog. m707 Hevatia. Padre de Arlis.

LENALA de Marca del Príncipe (674-701). Hija de Roelstra y Lallante. Murió de Plaga.
LLEYN (637-). Príncipe de Dorval. Padre de Chadric.
LUDHIL de Dorval (694-). Hijo de Chadric y Audrite. Acogido en Fessada 705; nombradl caballero en 714.
LYELA de Waes (709-). Hija de Kiele y Lyell.
LYELL (683-). Señor de Waes. m704 Kiele. Padre de Geir, Lyela.
*MAARKEN del fuerte de Radzyn (693-). Hijo de Chay y Tobin; gemelo de Jahni. Acogido en Perla Gris 702; vuelto caballero en 712; Fortaleza de la Diosa 712-719.
MAETA (670-). Comandante de la guardia de Stronghold. Hija de Myrdal.
MARRON de Feruche (701-). Hijo de Evais e Ianthe.
MASUL (698-). Pretendiente al trono de Marca del Príncipe. Muerto, por suerte.
*MEATH (673-). De Perla Gris.
*MERISEL. Antigua Mensajera del Sol.
MILAR de Posada de Catha (649-701). Gemela de Andrade. m670 Zehava. Madre de Tobin, Rohan. Murió de Plaga.
MILOSH de Fessenden (699-). El hijo más jóven de Pimantal
MIREVA (659-). Hechicera que crió a Ruval, Marron y Segev.
MIYON (689-). Príncipe de Cunaxa.
MORIA (684-). Hija de Roelstra y Surya.
MORLEN (674-). Señor de Finca Rezeld.
*MORWENNA (684-). En la Fortaleza de la Diosa.
MOSWEN (692-). Hija de Roelstra y Palila.
MYRDAL (645-). Comandante retirada de la guardia de Stronghold. Madre de Maeta.
NARAT (667-). Señor fe Puerto Adni. m705 Naydra.
NAYATI (684-717). Hija de Roelstra y Vamana.
NAYDRA de Marca del Príncipe (673-). Hija de Roelstra y Lallante. m705 Narat.
OBRAM de Isel (680-711). Hijo de Saumer. m708 Birani.
OSTVEL (673-). Señor de Cuenco Celestial. m698 Camigwen. Padre de Riyan.
PALILA (669-698). Amante de Roelstra.
*PANDSALA de Marca del Príncipe (675-). Hija de Roelstra y Lallante. En la Fortaleza de la Diosa 698-704. Regente de Marca del Príncipe 705-.
PATWIN (691-). Señor de Colinas Catha. m709 Rabia. Padre de Izaea, Sangna, Aurar.
PAVLA (687-713). Hija de Roelstra y Palila. m713 Ajit.
PELLIRA. Guardia al servicio de Pandsala.
PIMANTAL (657-). Príncipe de Fessenden.
POL de Marca del Príncipe (704-). Hijo de Rohan e Ianthe. Acogido en Perla Gris 716-.
RABIA (693-715). Hija de Roelstra y Palila. m709 Patwin. Madre de Izaea, Sangna, Aurar.
RASOUN. Capataz en las minas de Cuenco Celestial.
REVIA. Guardia al servicio de Chay.
RIALT. Hijo de un mercante en Perla Gris.
RIAZA de Aguas Dulces (694-701). Hija de Davvi y Wisla. Murió de Plaga.
*RIYAN de Cuenco Celestial (699-). Hijo de Ostvel y Camigwen. Acogido en Fuerte Cenagoso 711-713; en la Fortaleza de la Diosa 713-718; en Fuerte Cenagoso 718-.
ROELSTRA (653-704). Gobernante de Marca del Príncipe, Alto Príncipe 665-704. m673 Lallante. Padre de Naydra, Lenala, Pandsala, Ianthe; Gevina, Rusalka, Alieta, Nayati; Kiele, Lamia; Moria, Cipris; Pavla, Jelena, Moswen, Rabia, Chiana; Danladi. Asesinado por Rohan.

ROHAN (677-). Príncipe del Desierto 698-; Alto Príncipe 705-. Acogido en Remagev 690; vuelto caballero en 695. m698 Sioned. Padre de Pol.

*ROSSEYN. Antigua Mensajera del Sol.

RUSALKA (680-712). Hija de Roelstra y Vamana.

RUVAL of Feruche (700-). Hijo de Ianthe y Chelan.

SABRIAM (695-). Señor de Einar. Hermano de Bosaia, Kiera.

SAUMER (659-). Príncipe de Isel. Padre de Obram, Hevatia.

SEGEV of Feruche (703-). Hijo de Ianthe y Athil.

SINAR (610-678). Príncipe de Kierst. m635 Siona. Abuelo de Sioned, Davvi, Volog.

*SIONA (614-679). m635 Sinar. Abuela de Sioned, Davvi, Volog.

*SIONED de Aguas Dulces (677-). Hermana de Davvi. m698 Rohan. Príncesa del Desierto 698-; Alta Peincesa 705-.

SIONELL de Remagev (708-). Hija de Walvis y Feylin.

SORIN del fuerte de Radzyn (699-). Hijo de Chay y Tobin; mellizo de Andry. Acogido en Nueva Raetia 711-.

SURYA (665-690). Amante de Roelstra.

TALLAIN de Tiglath (700-). Hijo de Eltanin y Antalya. Acogido en Stronghold 713-.

TIBAYAN (642-714). Señor de Bajo Pyrme.

*TIEL. En Fuerte Cenagoso.

TILAL de Aguas Dulces (692-). Señor de Aguas Dulces. Hijo de Davvi y Wisla. Acogido en Stronghold 702; nombrado caballero en 712.

TOBIN del Desierto (671-). Hermana de Rohan. m690 Chaynal. Madre de Maarken, Jahni, Sorin, Andry.

ULRICCA. Orfebre en Waes.

*URIVAL (653-). Mayordomo jefe de la Fortaleza de la Diosa 681-.

VAMANA (658-686). Amante de Roelstra.

VELDEN (683-). Príncipe de Grib.

*VESSIE. En la Fortaleza de la Diosa.

VOLNAYA de Kierst (702-). Hijo menor de Volog.

VOLOG (659-). Príncipe de Kierst. Padre de Latham, Birani, Alasen, Volnaya.

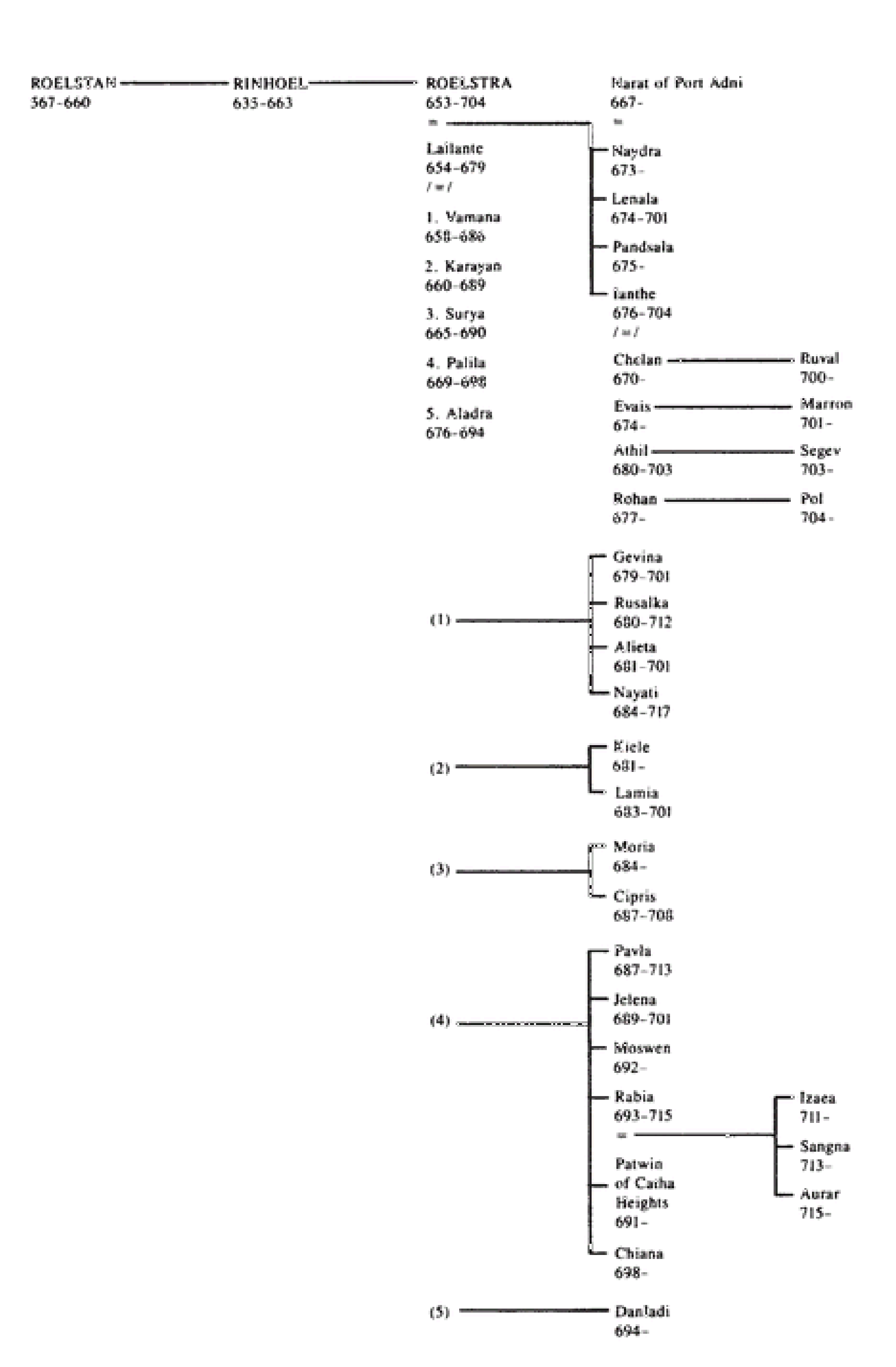
WALVIS (685-). Señor de Remagev. m706 Feylin. Acogido en Stronghold 697; nombrado caballero en 703. Padre de Sionell, Jahnavi.

WILLA. Esposa de Giamo.

WISLA de Vista del Lago (663-717). Príncesa de Syr 705-717. m686 Davvi. Madre de Kostas, Tilal, Riaza.

YARIN (690-). Señor de Cuevas Nevadas.

ZEHAVA (638-698). Príncipe del Desierto. m670 Milar. Padre de Tobin, Rohan. Asesinado por un dragón.


ROELSTAN
367-660
RINHOEL
635-663
ROELSTRA
653-704
=
Lallante
654-679
/=/
1. Vamana
658-686
2. Karayan
660-689
3. Surya
665-690
4. Palila
669-698
5. Aladra
676-694
Narat of Port Adni
667-
=
Naydra
673-
Lenala
674-701
Pandsala
675-
Ianthe
676-704
/=/
Chelan
670-
Ruval
700-
Evais
674-
Marron
701-
Athil
680-703
Segev
703-
Rohan
677-
Pol
704-
(1)
Gevina
679-701
Rusalka
680-712
Alieta
681-701
Nayati
684-717
(2)
Kiele
681-
Lamia
683-701
(3)
Moria
684-
Cipris
687-708
(4)
Pavla
687-713
Jelena
689-701
Moswen
692-
Rabia
693-715
=
Patwin
of Catha
Heights
691-
Izaea
711-
Sangna
713-
Aurar
715-
Chiana
698-
(5)
Danladi
694-

Genealogy
(as of 719)

